Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo I

Alcide Dessalines d'Orbigny, nació el 6 de septiembre de 1802 en Couëron, cerca de Nantes. Desde muy joven, cuando vivía al borde del mar en la ciudad de La Rochelle, d'Orbigny comienza a interesarse en los moluscos y los cefalópodos microscópicos. Publica entonces sus primeros estudios, los cuales llaman la atención del Museo de Historia Natural de París, institución prestigiosa a la que ingresa en 1824. A los 23 años, poco antes de embarcarse hacia América, crea una nueva disciplina: la micropaleontología. Consciente de las acusaciones de impostura que se hacían a cierta literatura científica, d'Orbigny se propuso escribir un texto de gran rigor científico sustentado en una completa y rica colección de muestras. Este objetivo está anunciado desde las primeras páginas de su obra, la que será, según advierte, "lectura para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios y para el sabio, siempre ávido de aumentar el conjunto de sus conocimientos". Impulsado por una energía y una pasión inagotables, Alcide d'Orbigny, joven y apasionado como era, no escatimó esfuerzos y logró reunir, en cerca de ocho años, una impresionante serie de ilustraciones, de mapas,

(Continúa en la solapa posterior)

Alcide D'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo I

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

Las ilustraciones fueron obtenidas de la edición original en francés perteneciente
a la Biblioteca y Archivo Histórico del H. Congreso Nacional de Bolivia.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo I: ISBN 99905-64-49-3
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

PRESENTACIÓN

El 21 de julio de 1826, el velero "La Meuse" zarpa del puerto de Brest con rumbo a Brasil. A bordo se halla el joven y todavía desconocido naturalista-viajero, Alcide Dessalines d'Orbigny quien era enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica en América Meridional. Por entonces aún no había cumplido 24 años.

Durante cerca de ocho años recorre sucesivamente Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia y Perú. De este importante viaje, el joven científico recogerá una inmensa y exhaustiva colección de especies animales y vegetales, de cristales y rocas, pero también de ceramios, mapas, partituras musicales y documentos históricos, precisas notas científicas y dibujos detallados. Toda esta vasta información, extraordinaria por su envergadura, será recogida y publicada entre 1835 y 1847 con el titulo de *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, en nueve tomos y once volúmenes, es decir una obra de cinco mil páginas y quinientas ilustraciones, un verdadero monumento de la ciencia del siglo XIX como bien lo señaló en su momento Charles Darwin.

Alcide Dessalines d'Orbigny, nació el 6 de septiembre de 1802 en Couëron, cerca de Nantes. Su padre, un ilustre cirujano, sería el encargado de transmitirle la pasión por las ciencias naturales y muy probablemente también por los viajes, ya que él mismo había nacido a bordo de un barco que navegaba desde Francia hacia Santo Domingo. Desde muy joven, cuando vivía al borde del mar en la ciudad de La Rochelle, d'Orbigny comienza a interesarse en los moluscos y los cefalópodos microscópicos. Publica entonces sus primeros estudios, los cuales llaman la atención del Museo de Historia Natural de París,

institución prestigiosa a la que ingresa en 1824. Al año siguiente presenta sus primeros resultados sobre los foraminíferos y a los 23 años, poco antes de embarcarse hacia América, crea una nueva disciplina: la micropaleontología. Será su impresionante y profundo conocimiento de las ciencias de la naturaleza y de la tierra y su gusto pronunciado por las excursiones y las experiencias científicas lo que le valdrá ser elegido por el Museo para realizar esa importante misión científica. Se sabe que d'Orbigny acepta de inmediato la propuesta de trasladarse al nuevo continente pero antes de partir pide algunos meses para consolidar sus estudios en las ciencias naturales y la geología, ampliar sus conocimientos en geografía, historia y etnología y sobre todo, para poder encontrarse con los viajeros más célebres del momento, en particular Humboldt, quién le dará importantes consejos y valiosas cartas de recomendación.

Consciente de las acusaciones de impostura que se hacían a cierta literatura científica, d'Orbigny se pone como objetivo escribir un texto de gran rigor científico sustentado en una completa y rica colección de muestras. Este objetivo está anunciado desde las primeras páginas de su obra, las que serán, según advierte, "lectura para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios y para el sabio, siempre ávido de aumentar el conjunto de sus conocimientos". Para él se trataba de lograr un saber que sea transmisible según las normas de clasificación valoradas también por el filósofo de Las Luces Jean-Jacques Rousseau.

Impulsado por una energía y una pasión inagotables y aunque no conocía de antemano los múltiples peligros que podían acechar en los todavía jóvenes estados sudamericanos, que atravesaban en esos momentos por diversos conflictos, en muchos de los cuales se vio varias veces envuelto, e ignorando los riesgos de la selva tropical, Alcide d'Orbigny, joven y apasionado como era no escatimó esfuerzos y logró reunir, en cerca de ocho años, una impresionante serie de ilustraciones, de mapas, de apuntes científicos y una extraordinaria colección, en la que están comprendidos ejemplares de geología, de mamíferos, de pájaros, de reptiles, de peces, de moluscos, de foraminíferos, de crustáceos, de insectos, así como de criptogamas y de palmeras que permitirán dar un verdadero salto a las ciencias naturales de la época. A esta contribución se suma la primera escala precisa de los tiempos geológicos y miles de especies de invertebrados fósiles que permiten retrazar la historia de la tierra.

Todo ello lo confirma, por cierto, como un naturalista fuera de serie, que nos ha dejado una herencia científica excepcional. Mas aún, y como lo señaló en una carta dirigida al presidente de Bolivia, Andrés de Santa Cruz, con quien mantuvo una estrecha amistad, Alcide d'Orbigny quiso, yendo más allá de su

pasión cognoscitiva, contribuir a la aplicación de los resultados de sus descubrimientos y ser útil al progreso del país andino. Sus numerosas observaciones y consejos, así como sus planes para el desarrollo de los caminos, de las vías fluviales, de la explotación racional de los ricos recursos minerales y vegetales (por ejemplo la quina), y su reiterada recomendación de no usar el fuego para el desbroce, muestran una preocupación ecologista antes de tiempo y una sorprendente capacidad de ingeniero (en el sentido más noble del término).

Si bien su formación fue esencialmente en ciencias naturales, Alcide d'Orbigny mostró durante su aventura americana, una capacidad sorprendente para la etnología. Sus observaciones sobre las costumbres, los trajes, la música, las lenguas nativas –como la de los moxos, chiquitanos, patagones, yuracaés–, son de una rara riqueza y demuestran, siguiendo en este sentido a Michel de Montaigne, un gran respeto por el otro y una gran apertura de espíritu. Este rasgo profundamente humanista queda manifiesto en la actitud que asumió frente a las injusticias cometidas en suelo americano. Condenó severamente y sin reservas los abusos y el trato inhumano de los cuales eran víctimas los indígenas y no dudó en denunciar a los funcionarios, religiosos, militares y terratenientes culpables de esas viejas prácticas coloniales. Según una concepción positivista, d'Orbigny planteó una mejora de la condición humana a través de la valoración de las potencialidades económicas.

De vuelta a Francia, Alcide d'Orbigny, naturalista excepcional, precursor de la etnología, ecólogo que antecedió a la disciplina, humanista determinado nos ofrece a través de las páginas de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, un documento científico, cultural y humano de un inmenso valor que alcanzó una gran resonancia en Europa y América. Paradójicamente, su difusión ha sido desgraciadamente restringida, en particular en los países que visitó como estudioso.

A pedido del presidente de Bolivia José Ballivián, se editó en 1845, en castellano, el primer y único volumen de una *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia*, libro importante pero que no representa más que una reducida parte de los conocimientos y hallazgos de d'Orbigny. Habría que esperar un siglo, para que en 1945 la Casa Editorial Futuro de Buenos Aires editase en cuatro tomos y mil seiscientas páginas, la parte histórica (el diario de viaje) del *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, edición agotada desde hace mucho. En cuanto a la versión francesa, que nunca fue reeditada, ha llegado a convertirse en una costosa rareza, muy buscada por los bibliófilos.

En el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Alcide Dessalines d'Orbigny, la Embajada de Francia en Bolivia y el Instituto Francés

de Estudios Andinos decidieron reeditar el diario de viaje en la traducción de Alfredo Cepeda, revisada a partir del original en francés por Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Para poder dar a conocer, al menos en parte, las magníficas y sabias ilustraciones de d'Orbigny, ofrecemos un centenar de ellas, la mayoría en colores.

Para finalizar, debemos decir que esta edición no habría sido posible sin la valiosa colaboración de TotalFinaElf, del IRD, (Instituto de Investigación para el Desarrollo) y de Plural Editores, a los cuales quedamos infinitamente agradecidos.

Françoise Le Bihan
EMBAJADORA DE FRANCIA
EN BOLIVIA

Jean-Joinville Vacher
DIRECTOR DEL INSTITUTO FRANCÉS
DE ESTUDIOS ANDINOS

PRÓLOGO

Alcide Dessalines d'Orbigny (1802-1857)
Del Nuevo Mundo al *pasado* del mundo

*Philippe Taquet**

En este año 2002 celebramos el bicentenario del nacimiento de Alcide Victor Marie Dessalines d'Orbigny, gran naturalista, viajero y científico de talento, quien nació en Couëron, cerca de Nantes en 1802.

Alcide d'Orbigny provenía de una familia de viajeros y de naturalistas. Su padre, Charles-Marie, médico en la Marina, le transmitió su entusiasmo por las ciencias naturales.

La familia d'Orbigny se instaló en La Rochelle en 1820 en cuyo litoral Alcide se apasionó desde muy joven por el estudio de un grupo de animales microscópicos que él denominó "foraminíferos" y le dedicó su primer estudio científico, sentando de esta manera las bases de una nueva ciencia, la micropaleontología. Esta ciencia tiene aún hoy en día, numerosas aplicaciones en geología estratigráfica y contribuye en la prospección petrolera o en grandes obras como la construcción del túnel bajo el Canal de la Mancha.

De 1826 a 1833 d'Orbigny recorrió América meridional en calidad de naturalista viajero del Museo Nacional de Historia Natural. Exploró Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú. De esta misión trajo una cosecha científica impresionante: más de 10.000 especies de animales y de vegetales y numerosas publicaciones referentes a botánica, zoología, geografía, geología y etnografía. La descripción que dio en "el relato del viaje a la América meridional" es uno de los monumentos de la ciencia del siglo XIX, tal como lo

---

* Profesor del Museo Nacional de Historia Natural, Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias.

escribió su ilustre contemporáneo Charles Darwin. En su obra "El hombre americano", el naturalista francés dirige su mirada de humanista sobre las sociedades con las que compartió la vida en el transcurso de sus viajes, declarando en 1839: "nuestra íntima convicción es que, entre los hombres, no hay más que una única y misma especie". Hoy en día el nombre de D'Orbigny sigue siendo más conocido en los países de América del Sur que en su propio país.

Al retornar a París, d'Orbigny da a conocer la descripción de todas las especies de invertebrados fósiles encontradas en las capas geológicas de Francia. Los ocho volúmenes publicados cuando aún estaba vivo y consagrados a la "Paleontología francesa" constituyen un notable compendio cuya re-edición crítica está en curso.

Le debemos a d'Orbigny la primera escala de los tiempos geológicos y la definición de numerosos pisos geológicos de referencia como el Toarciano, El Caloviano, el Oxfordiano, el Kimmeridgiano, el Apciano, el Cenomaniano. Estos pisos siguen siendo utilizados por los geólogos del mundo entero en la escala cronoestratigráfica standard.

La carrera de Alcide d'Orbigny se vio coronada con su nombramiento como profesor del Museo Nacional de Historia Natural de París, cuando la cátedra de paleontología fue creada para él en 1853. D'Orbigny ha legado a la posteridad inmensas colecciones y muchas obras científicas.

Durante su estadía en Uruguay, Argentina, Chile, Perú y finalmente en Bolivia, donde permaneció cuatro años por invitación del Mariscal Andrés de Santa Cruz, Alcide d'Orbigny recibió de los habitantes de estos países una calurosa acogida. Con las autoridades bolivianas tejió una relación privilegiada y obtuvo un apoyo total del gobierno de esta joven república, tan es así que durante sus viajes y exploraciones estuvo acompañado por un oficial y tuvo la asistencia de jóvenes científicos bolivianos. Justamente durante la estadía de d'Orbigny, Francia fue el primer país no americano que estableció relaciones oficiales con Bolivia. En el momento de su partida, d'Orbigny fue declarado ciudadano de honor de Bolivia.

Al volver a Francia, Alcide d'Orbigny dio a conocer con sus publicaciones, la riqueza y la diversidad de los paisajes, la flora y la fauna de América Meridional e hizo apreciar la generosidad y la calidad de su gente.

Por todo esto, son muy numerosos los que, en este año que se celebra el nacimiento de Alcide d'Orbigny, rinden merecido homenaje al científico de renombre, al profundo humanista, al hombre cuya vida y obra contribuyeron notoriamente a acercar a los pueblos de América del Sur y de Europa.

Retrato de Alcide Victor Marie Dessalines d´Orbigny

CAPÍTULO I

Primeros estudios y trabajos preparatorios del autor. Su misión. Partida de Francia. Arribo y estadía en Tenerife. Partida de Tenerife. Prosecución y fin de la travesía

Sometidos al gran movimiento impreso a todos los espíritus durante el curso del siglo pasado y el primer cuarto del presente, los viajes, como todas las demás ramas de la literatura científica, tuvieron que asumir un carácter más imponente y serio que el que les era generalmente reconocido con anterioridad a esta época de regeneración y progreso.

Los libros de viajes ya no están, como otrora, relegados al rincón más oscuro de las bibliotecas, entre las novelas y las obras de mera imaginación; y sin haber dejado de proporcionar una distracción agradable al hombre de mundo deseoso de deleitarse con sus goces, su lectura se ha convertido en una necesidad para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios, así como para el sabio, siempre ávido de aumentar la suma de sus conocimientos; de donde resulta que los libros de viajes se incorporan realmente, hoy día, al dominio de las clases ilustradas, y constituyen, gracias a los inmensos progresos que hicieron últimamente, y aún hacen, la materia general y particular, el complemento indispensable de toda educación liberal.

De ahí, dos disposiciones igualmente alentadoras para esta clase de trabajos: primero, el absoluto descrédito en el que ha caído, desde hace ya mucho tiempo, el injusto prejuicio que incluía, sin distinción ni crítica, en un mismo menosprecio, a las expediciones a tierras lejanas, imponiéndoles indistintamente el estigma de un viejo proverbio, cuyo texto trivial no es más que una sinrazón ridícula. En efecto, los viajeros se equivocan todavía, sin duda, o pueden equivocarse, puesto que son hombres...; pero los viajeros ya no *mienten* más... ¿Y cómo se atreverían a mentir ante un público en general tan descon-

fiado como ilustrado, dotado de un espíritu crítico siempre alerta, de una prensa siempre lista para revelar sus imposturas?

Una segunda disposición, no menos favorable a los trabajos del escritor-viajero, es la simpatía que viene a acoger y fecundar a la vez el pensamiento que le preocupa y el sentimiento que le agita, una vez que la franqueza y lealtad de su comienzo le ganan la confianza del lector receloso y establece entre ambos esa dulce comunión de impresiones, primera y a menudo única recompensa del hombre de letras delicado y concienzudo; ¿pero a qué precio el dichoso escritor obtendría tal confianza, gaje infalible de los éxitos más halagadores que puedan coronar sus esfuerzos?

El lector ya ha respondido al encontrar en estas reflexiones preliminares, no ya la apología gratuita sino la necesaria explicación de los detalles personales en los cuales a veces tendré que incurrir, en el curso de estos relatos. Justo y benévolo, no buscará la preocupación odiosa del egoísmo y la vanidad, sino que reconocerá el deseo natural y legítimo de identificarme, en cierto modo, con él, para hacerlo de manera más útil para sí mismo, el confidente más íntimo de todos mis sentimientos y todas mis ideas.

Listo para lanzarme con él, aún joven en medio de los azares de una carrera inmensa, necesito decirle que al consentir en aceptarme por guía, se digna también acordarme su apoyo; y si en nuestra ruta llegara a unirse a mis observaciones e investigaciones el elogio tan fácil de los hombres distinguidos que, como amigos, como maestros o émulos, afirmaron mis primeros pasos, también espero que el lector reconocerá en la expresión siempre tan franca como profundamente sentida de mi admiración y mi gratitud por unos, en la reserva y moderación de mi crítica a los otros, y en mi respeto por todos, un derecho más a esa confianza, cuya falta haría estática e infecunda para siempre la explotación de los más ricos tesoros de la naturaleza y de los campos más fértiles de la inteligencia.

Nacido con especiales disposiciones para las ciencias naturales, disposiciones que se manifiestan en mí desde mis primeros años, he debido al aliento de un padre honorablemente conocido en el mundo de los estudiosos, y a sus doctas enseñanzas, el desarrollo prematuro del irresistible instinto que me llevaba a su estudio.

Como vivía por entonces en el litoral de nuestra Francia, me dedicaba sucesivamente, bajo la dirección de aquel sabio Mentor, a las producciones variadas que sin cesar tenía ante mi vista, lo que no tardó en darme nociones bastante extensas sobre numerosas ramas de la zoología y la geología; y sin duda alguna es a estos estudios primarios, perfeccionados luego en París, que

debo el éxito de mi largo viaje, para el cual ya me preparaba a mis propias expensas el gusto acentuado por las excursiones científicas.

Sin dejar de instruirme en las generalidades de las distintas ramas de la historia natural, sentí pronto que necesitaba vincularme a una especialidad, a fin de profundizarla todo lo posible.

Tuve que detenerme en los moluscos radiados, entonces muy poco conocidos y que estaba en mejores condiciones de estudiar. Me ocuparon con ardor. Mis primeros ensayos fueron alentados por mi padre y por el Sr. Fleuriau de Bellevue, de la Rochela, las dos únicas personas que entonces se dedicaran seriamente a las ciencias naturales en la ciudad de Réaumur; y es incluso a la complacencia del Sr. Fleuriau, tan gentil como instruido, que debo los medios necesarios para estudiar las miríadas de pequeños seres que encontraba a cada paso en la arena de nuestras costas; y tras seis años de trabajo había preparado, acerca de los cefalópodos microscópicos, una publicación general, de la cual mi pronta partida no me permitió dar a conocer más que el pródromo.

El señor De Férusac me hizo venir a París, a principios de 1824. La idea quizá demasiado favorable que se había formado de mí le indujo a ofrecerme una participación en los diversos trabajos que emprendía. Yo contaba con numerosas observaciones y dibujos hechos del natural, de muchos animales de Francia, una parte de los cuales debía ser incluida en las publicaciones proyectadas. Recibido con bondad por los estudiosos de nuestra capital, pude satisfacer mis gustos predilectos en forma más especial y estudiar, bajo su dirección, una ciencia que se me hacía cada vez más querida.

Me dedicaba a ordenar mis numerosas observaciones sobre los moluscos, cuando con motivo de la partida de Europa de una compañía inglesa encargada de explotar las minas de Potosí, en Bolivia, la Administración del Museo concibió el proyecto de enviar a América un naturalista-viajero, y me hizo partícipe de sus intenciones al respecto. Esta comunicación despertó en mí el amor a los viajes, pronto moderado, no obstante, por el deseo de seguir estudiando. No me consideraba bastante instruido para aceptar semejante misión, que ambicionaba cumplir lo más concienzudamente posible. Quería trabajar algunos años más, a fin de adquirir, por lo menos en parte, los conocimientos variados, necesarios a un viajero que pretenda servir eficazmente a la ciencia y dar a conocer un país desde sus distintos puntos de vista... ¡Pero sucedió otra cosa!

Al principio de noviembre (1825) el Sr. Geoffroy Saint-Hilaire me hizo saber que durante una sesión de la Administración del Museo, de acuerdo con Cuvier, Brongniart y otros colegas suyos, había propuesto encomendarme el

viaje planeado, y que había sido nombrado. Me sentí extremadamente halagado por esta muestra de confianza, sin saber bien, por el momento, qué partido adoptar, Y pedí tiempo para decidirme: la Administración me lo concedió.

La idea de recorrer América con auspicios tan halagüeños no podía menos que agradarme. Mil cuadros, cada uno más seductor que el otro, se presentaban en mi imaginación. Ya me veía en el seno de esa naturaleza virgen, rodeado de cosas nuevas y observando en su suelo natal a los animales que caracterizan al otro hemisferio. Los consejos de ciertos viajeros experimentados no contribuían menos a determinarme. Fui a visitar a los señores profesores del Museo y acepté prontamente su propuesta, con la única condición de permanecer aún un tiempo en Francia, para reafirmar mis estudios y ponerme así en condiciones de realizar un viaje más ventajoso: la Administración tuvo a bien condescender a mis propósitos.

En su sesión del 15 de noviembre siguiente, me nombró naturalista-viajero y me señaló, como alumno del Museo, una dieta por todo el tiempo que insumiría en estudiar, a la espera del momento de partir. Desde entonces sólo me ocupó la adquisición de los conocimientos más necesarios a la misión que se me había confiado. La benevolencia de los señores profesores del Museo acudió en mi auxilio. El inmortal Cuvier se dignó concederme algunas de sus preciosas horas. De él recibí amplias instrucciones verbales acerca de lo que podría hacer en América para el conjunto de la zoología; y el interés que se tomó por un gran trabajo que yo había emprendido con Férusac sobre los cefalópodos cryptodibranquios y los gasterópodos nudibranquios[1], le llevó a permitirme estudiar en el gabinete de anatomía del Museo todo lo referente a estas dos series de animales.

Alexandre Brongniart, al que siempre encontré colmado para mí de una benevolencia no desmentida un sólo instante, quiso darme, con paciencia y bondad paternales, lecciones particulares de geología, y puso sus numerosas colecciones a mi disposición.

Geoffroy Saint-Hilaire me transmitió varias de sus observaciones fisiológicas, y he seguido, en fin, con empeño, los doctos cursos de los señores Crodier, de Blainville, Latreille y otros, para no descuidar ningún medio de instruirme en todas las partes de la historia natural que debían ser el objeto principal de mi viaje.

---

1 Este trabajo, ya completo, pero cuyo arreglo parcial exigirán los nuevos descubrimientos, aún está, tanto el texto como las láminas, en las carpetas de De Férusac. No tardará, sin duda, en aparecer.

Sentía que debiendo viajar solo me sería indispensable ocuparme de todo lo que pudiera hacer más completas y menos áridas las investigaciones de la naturaleza que iba a emprender; me refiero las ciencias accesorias, tales como la geografía, la etnología, la historia, etc. Movido por este interés, visité a nuestros viajeros más celebres. Humboldt tuvo la cortesía de plantearme multitud de cuestiones a resolver y de poner a mi alcance los medios de observación necesarios en esas lejanas comarcas. También debo a sus gestiones el haber podido llevar barómetros, únicos instrumentos que me hayan sido suministrados. Este sabio ilustre me ofreció, además, recomendaciones que su nombre, tan favorablemente conocido en América, debería hacerme tanto más preciosas. Todos los viajeros se empeñaron en indicarme el material necesario para el viaje. Los señores Quoy, Gaimard, Lesson y Garnot me proporcionaron los frutos de su experiencia en viajes marítimos; los señores Auguste de Saint-Hilaire y Milbert, los de su práctica en viajes por tierra firme. Obtuve del primero de ellos recomendaciones para muchos habitantes de Río de Janeiro y Montevideo, y logré de mis amigos notas detalladas sobre las cosas a observar, sobre todo en relación con la botánica. Adolphe Brongniart, en particular, no descuidó nada para ponerme en condiciones de ser útil a esta última ciencia. Isidore Geoffroy Saint-Hilaire acudió a las galerías del Museo a redactar para mí las notas más preciosas sobre las piezas a recoger en mamíferos y pájaros, y especialmente sobre las observaciones a hacer respecto a sus costumbres, todavía tan poco conocidas. Tuvo a bien, además, encargarse de guardar mis observaciones, a medida que yo hiciera llegar mis noticias.

Todo parecía favorecer mi expedición. Había recogido todas las informaciones deseables y me veía, por último, en condiciones de aprovechar mi estadía en América. Sólo una cosa me inquietaba aún. El Museo me había acordado 6.000 francos anuales para viajar, adquirir las piezas de historia natural y transportar las colecciones hasta los puertos. Aunque era el máximo de lo que había votado hasta entonces, estaba convencido de la insuficiencia de tal subvención para cubrir los gastos de un viaje de esa naturaleza, cuando informaciones ulteriores me lo reiteraron, y las siniestras palabras del sabio Desfontaines, profesor de Botánica en el Museo, pronunciadas en su última visita, resonaban sin cesar en mi oído: "No vaya a América con esta módica suma –me había dicho–; se morirá de hambre". ¿Qué hacer, empero? Mi partido estaba bien adoptado y difícilmente habría retrocedido, después de haber aceptado las condiciones del Museo; pero me quedaba un recurso. Conocía la generosidad con que el duque de Rívoli protegía a quienes se dedicaban a las ciencias naturales. Siempre bien recibido por él, me decidí a visitarlo en su residencia

de la Ferté Saint-Aubin. Le describí francamente mi posición; me escuchó tal cual lo esperara; me comprendió y me señaló 3.000 francos por año, hasta 1830.

Debo declarar aquí que sin este argumento de subsidios mi misión habría fracasado del todo. Entro en tales detalles, sin gran temor de cansar al lector; el lector me los perdonará, en atención al grato placer que siento al hacerle partícipe del reconocimiento que debo personalmente al duque de Rívoli, y que igualmente habrá de deberle quienquiera se tome algún interés por los resultados consignados en esta obra.

Al principio de mayo (1826), recibí del Ministerio de Marina el aviso de que la corbeta de carga *Meuse* estaba a punto de partir a América meridional y que tenía pasaje en el barco.

El 27 de mayo dejaba París. No me alejaba sin nostalgia de la hermosa capital. Me parecía que ya no volvería a este santuario de la ciencia. Pasé por la Rochela para despedirme de una familia querida; disfruté sus abrazos con inquietud, obligado como estaba a arrancarme pronto de su seno y a dirigirme al punto de embarque. Los que alguna vez se hayan separado de padres y amigos queridos, sobre todo para afrontar los peligros de una misión en la que casi todo está librado al azar, sólo ellos podrán hacerse una idea de los sentimientos que experimentaba al separarme de los míos; pero no sé qué instinto me decía interiormente: ¡volverás a verlos!

Una carta del Ministerio de Marina me había hecho partir demasiado pronto. Llegué a Brest antes de que lo hiciera el navío que debía llevarme, y lo esperé durante más de un mes; pero este tiempo no fue del todo perdido para mis estudios. Lo empleé en búsquedas por las cercanías de Brest, donde tuve la dicha de encontrar muchos animales marinos interesantes, e incluso nuevos géneros... Se va lejos para hacer descubrimientos, y las costas de nuestra Francia todavía son poco conocidas.

Es difícil figurarse la impaciencia que causan las demoras prolongadas, cuando una resolución está bien tomada. Todos los días iba al puerto a ver si avanzaba el acondicionamiento del barco; todos los días me decían: será para mañana, y me volvía tristemente a mi domicilio.

Me embarqué el 29 de julio. Y desde entonces sólo esperamos para partir la señal que debía darnos el buque comandante de la rada. Hasta esa señal se hizo esperar largo tiempo: se la vio por fin el 31, a las dos. En seguida se levó el ancla y se desplegaron las velas. Un cielo puro, una fuerte brisa del nordeste, todo presagiaba una partida feliz. Vimos alejarse la ciudad de Brest, pronto pasa-

1826
En el mar.
31 de julio

mos por la estrecha entrada del puerto y ganamos alta mar; poco a poco se desvaneció la costa; sólo la isla de Ouessant se mostraba a nuestra vista; pronto desapareció también y fue preciso dar el último adiós a la tierra natal. Una tristeza viva e indefinible se difundió pronto en nuestros corazones; pero por fin la noche, trayéndonos el sueño, puso término a las penosas reflexiones que nos agitaban.

Nos enfermó bastante esa molestia que no se puede evitar, y que provoca la hilaridad de los marinos: el *mareo* me atormentó durante varios días; era el último tributo que debía rendir al líquido elemento, porque jamás lo he vuelto a sufrir.

Creo innecesario entrar en detalles náuticos que a menudo cansan al lector, sin otra ventaja que la de ocupar mucho espacio. Me conformaré con decir que vimos, cerca de las costas de Portugal, unos fucos[2] y que diversos grupos de cetáceos pasaron junto al buque, en el paralelo del cabo Finisterre. Entre esos cetáceos, que pertenecían a especies diferentes, algunos medían de cincuenta a sesenta pies de longitud; expelían agua a gran altura; unos se distinguían por un tinte gris pálido y los otros por el color moreno. Gustosos seguimos con la vista a estos enormes animales, que nadaban a una velocidad bastante grande y que parecían jugar en la superficie de las ondas. Otro día, un grupo de pequeños delfines pasó cerca de nosotros; saltaban oblicuamente a más y mejor; algunos se lanzaban fuera del agua a más de tres pies y en seguida volvían a sumergirse, ofreciéndonos, durante largo rato, un espectáculo novedoso; luego desaparecieron. También creímos ver unas tortugas. En el mar se vuelve a la niñez; cualquier cosa divierte; se atrapa al paso, con avidez infantil, el menor objeto que venga a quebrar la aplastante monotonía de las jornadas siempre uniformemente iniciadas y concluidas.

9 de agosto

El 9 a la una, divisamos, todavía confundidas con las nubes, las elevadas montañas de la isla de Madera, cuyas crestas desgarradas coronaron un suelo antiguo, teatro de revoluciones volcánicas que parecen haber devastado todo el archipiélago de las Canarias. Muchas islitas que teníamos a la vista presentaban el mismo aspecto: por todas partes cimas aplastadas y recortadas, y colinas escarpadas que, vistas a una distancia de seis a siete leguas, ofrecen la imagen de murallas perpendiculares de gran elevación. La puesta del sol es de gran belleza en estos lugares: el horizonte nos mostraba montañas azuladas que venían a destacarse sobre su línea invariable aportando cierta diversidad a la uniformidad tan fas-

2 *Fucus longissimus.*

tidiosa en el mar. Los únicos seres animados que tuvimos cerca eran pequeños petreles de tempestad[3], que saltaban en el agua junto al buque; y de rato en rato, unos pusinos. En el seno de esa vasta soledad hay interés por el menor pájaro, por dedicarle un instante, y agrada seguirle, sea en su vuelo ligero o en su manera de alimentarse.

El oficial a cargo del cuidado de los relojes había olvidado poner en hora el cronómetro: parecía inevitable una escala y se había decidido que las operaciones necesarias se harían en Tenerife. Esta decisión nos gustó mucho, porque nos proporcionaba la esperanza de pisar, al día siguiente, una tierra nueva. Habría que ser naturalista y entusiasta para hacerse una idea adecuada de lo que sentía; lo que mis ojos, ávidos de novedades, esperaban encontrar era representado por mi imaginación en forma de mil quimeras. Desde aquel momento ya no hubo sueño para mí. El 12, la aurora me encontró en el puente tratando de atravesar con la mirada los vapores matutinos para divisar tierra. Esperé aún largo rato; por fin la tierra se presentó, a diez o doce leguas de distancia, semejante al comienzo, sobre el horizonte, a esas nubes que tantas veces han confundido a los marinos, en parajes desconocidos; pero que entretienen al viajero ocioso, feliz de engañar así por un instante al prolongado hastío de las largas singladuras. Poco a poco la tierra se destacaba más, sin que pudiéramos aún percibir el famoso pico, siempre oculto por las nubes apiñadas; por último, ese gigante africano mostró su cabeza por encima de un velo de vapores que lo siguieron envolviendo durante un rato prolongado, y desaparecieron muy lentamente, a medida que el sol cobraba fuerzas. Nunca había visto montañas que no fueran pequeñas, por lo que me costó trabajo creer que aquel cono truncado que forma la cima del pico fuera una continuación de la tierra que se veía nítidamente bajo las nubes. De vuelta de mi viaje al Perú no habría consignado esta observación. Pronto las nubes desaparecieron del todo y la tierra mostró sus contornos ondulados, dibujándose graciosamente contra un cielo del más hermoso azul.

A medida que los distintos mamelones se destacaban sobre el fondo y que otro punto se mostraba con mayor claridad, experimentaba en mi interior exquisitas sensaciones, que me sería difícil describir; pero las experimentaba sólo, sin ver que de ellas participaran mis compañeros, acostumbrados a viajar. Sin embargo, la tierra parecía salir al encuentro de nuestros deseos; pronto se distinguieron unos puntos luminosos que un momento después se reconocían

En el mar
11 de agosto

3 *Procellaria pelagica*, Brisson.

como un grupo de casas, una ciudad. El viento nos llevaba con rapidez y no tardamos en reconocer la ciudad de Orotava, asentada sobre una meseta de ciento sesenta toesas de altura sobre el nivel del mar[4]. Observamos distintamente la parte baja, llamada puerto, unida a la ciudad por medio de un hermoso camino que se dibuja por la ladera de la montaña. Suponíamos que se podría desembarcar unas horas más tarde, pero no fue así. Los barcos de guerra no tienen acceso a Orotava; Santa Cruz es el único puerto de las Canarias en que se les recibe, por lo que tuvimos el pesar de cambiar repentinamente el rumbo; el comandante dio orden de cambiar de ruta; nos alejamos de tierra para echar una bordada y encontrarnos al día siguiente cerca del puerto de Santa Cruz.

Hacia el mediodía del día siguiente doblamos la punta de Anaga que nos ocultaba Santa Cruz y tuvimos la certidumbre de bajar a tierra la misma tarde.

12 de agosto

Costeamos la cadena de montañas desgarradas y áridas que bordean esa parte de la costa; en vano buscamos una vegetación activa; el catalejo nos mostraba, por toda riqueza vegetal, grupos de euforbiáceas con hojas de cactos, prendidas a los basamentos de las rocas, y algunas plantas achaparradas. Algo más tarde y siempre con ayuda del anteojo, descubrimos las torres de las dos iglesias de Santa Cruz; por fin, a eso de las tres, fondeamos a poca distancia de tierra, frente a la ciudad. No tardó en arrimar una lancha, que llevaba a bordo un oficial de la marina española y el vicecónsul francés. Después de las preguntas de rutina sobre la salud de la gente de a bordo, la lancha partió a transmitir al comandante nuestra intención de saludarlo; pronto se le saludó con veintiún cañonazos, enarbolando el pabellón español al tope del palo mayor; los fuertes costeros respondieron al saludo y el eco de las montañas repitió largamente a lo lejos sus sones belicosos.

Nos hallábamos en una gran bahía abierta que bordea, a cada lado, una hilera de montañas divididas por los lechos de los torrentes que las surcan de distancia en distancia. Detrás de la ciudad se extiende en anfiteatro un llano amplio, de más en más elevado; al primer vistazo la ciudad ofrece un aspecto bastante pintoresco que volví a encontrar en Valparaíso, Chile; desplegada al borde de la costa, se le advierte un aire de limpieza; las casas, bien edificadas y no muy altas, pues a lo sumo son de dos pisos, están pintadas de diversos colores con una línea negra que en los ángulos imita una pilastra: todas están coronadas por una terraza.

---

4 Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales*, T. I, pág. 248.

Bajamos a tierra de tarde; desembarcamos en el muelle, construido con piedras de sillería. Pese a esta avanzada construcción el desembarcadero es incómodo; los botes se rompen con frecuencia y es raro que se pueda bajar sin mojarse, porque el mar está siempre grueso y rompe con violencia. Primero vi un paseo público de poca extensión, plantado por entonces de unos tamarindos y álamos blancos, y adornado al estilo morisco con pequeñas lastras alineadas, pintadas de diversos colores, ornato que no encontré de buen gusto. Es cierto que todavía me hallaba poseído por el recuerdo de nuestros bellos monumentos de Francia. Me dirigí a la plaza, en uno de cuyos extremos hay una gran fuente en forma de pirámide cuadrangular. Esta plaza tiene veredas de piedras de sillería y ha sido artísticamente pavimentada con cantos rodados multicolores, ordenados simétricamente para formar dibujos bastante regulares. Por otra parte, en la ciudad no encontramos nada notable, salvo la extremada limpieza que la caracteriza.

Tenerife

Como aún era de día, no vi por las calles más que mujeres del pueblo; se visten a la española, con un echarpe o mantilla de lana blanca con la cual se envuelven la mitad de la cabeza y cuyas puntas penden o se cruzan sobre el pecho. Algunas llevan además un sombrero de hombre. Encontré análoga costumbre en las ciudades del Alto Perú. Los hombres tienen un pantalón que sólo les llega a las rodillas y cuyos extremos están descosidos a los lados. La mayor parte de los niños de ambos sexos pertenecientes a las clases inferiores andan completamente desnudos, de manera que su piel está curtida. Las mujeres tienen la fisonomía propia de todos los descendientes de los orgullosos castellanos; presentan en general rasgos bastante marcados y bellos ojos negros, lo que contrasta agradablemente con la blancura de las mujeres en las altas clases sociales. Estas últimas se encierran en sus casas y sólo salen para asistir a misa. No se las ve en las ventanas, como en Francia, y una especie de mirilla pequeña (postigo) practicada en las ventanas les permite mirar afuera sin riesgo de ser vistas.

No entraré en más detalles acerca de las costumbres de los habitantes. Es necesaria una larga estadía para pronunciarse al respecto, y un viajero que sólo observe de paso siempre debe temer equivocarse. Por lo demás, multitud de obras trataron el asunto, y lo mejor que podría hacerse sería esperar la sabia historia de las islas Canarias que preparan P. Barker Webb y Sabin Berthélot, quienes han residido mucho tiempo en todas estas islas y están en mejores condiciones que nadie para completar su descripción.

Al igual que en muchos países cálidos de América, vi gran número de mujeres de las clases inferiores bañándose todas las tardes en el muelle mismo;

se desnudaban del todo y dejaban a la semioscuridad de la noche el cuidado de velar sus formas; no parecían preocuparse para nada por la vecindad de gran número de hombres que la frescura del mar atrae al muelle, paseo vespertino de esos lugares. Entre los curiosos, advertí a varios clérigos cubiertos, como todos los que luego vi en América, con un sombrero de alas levantadas a los lados.

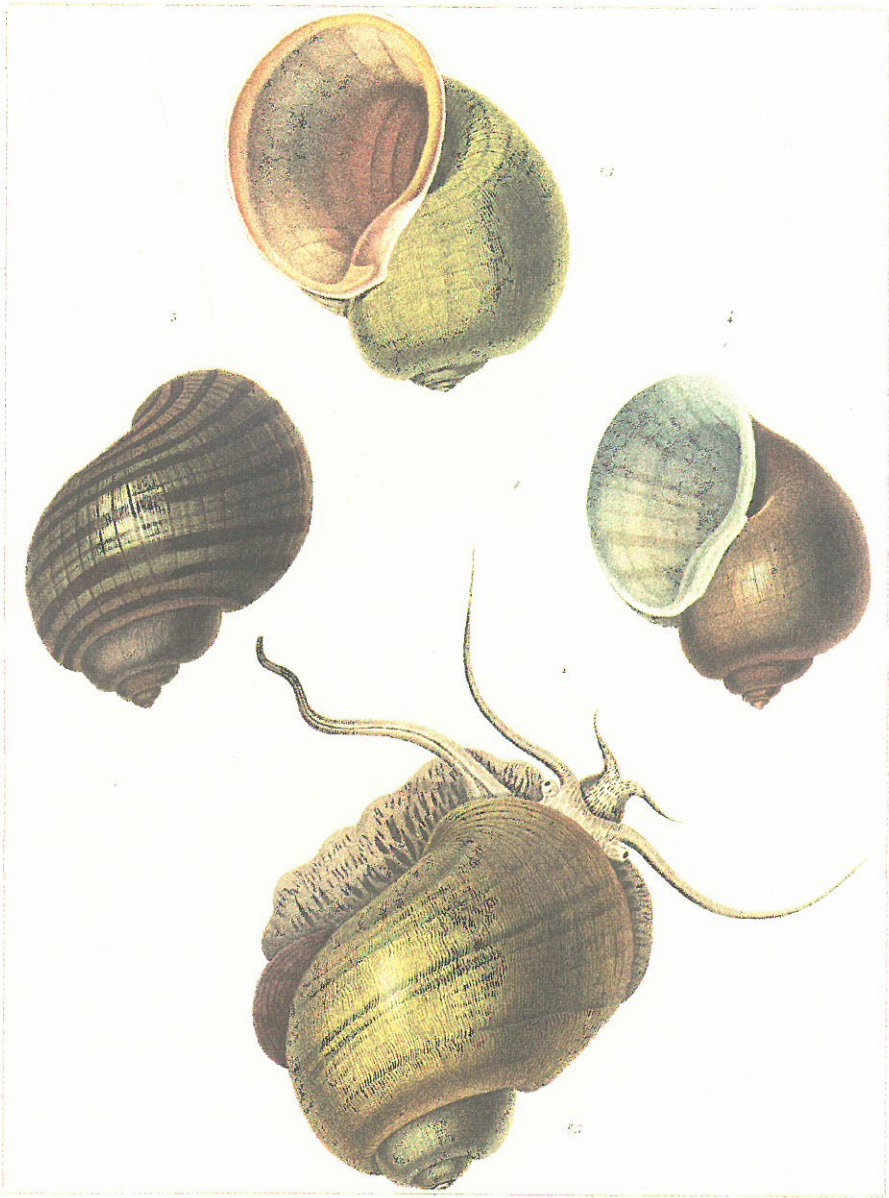
Quería bajar temprano al día siguiente para realizar observaciones de historia natural, pero el capricho del comandante de la *Meuse* lo decidió de otro modo. No permitió que se me diera una lancha, y me vi obligado a esperar que un barco pesquero consintiera en tomarme, pagando. Aprovecharé esta oportunidad para señalar una especie de rivalidad, tan perjudicial al progreso de la ciencia, que en aquella época existía entre ciertos oficiales de marina y los naturistas. No ignoro el origen de tal prejuicio, que parecía deseoso de hacer expiar a una clase entera la torpeza de uno solo, muerto luego en Madagascar; pero no es menos injusto. Lamento tener que decir que he sufrido mucho durante toda esa travesía por la absoluta falta de consideración de parte del comandante y su teniente, que llevaron su mala voluntad hasta obstaculizar incesantemente mis exploraciones. Me apresuro a agregar que la amable compañía de los demás oficiales de a bordo me indemnizaba holgadamente por el desdén de sus jefes; y pasando rápidamente sobre un tema tan penoso, anticiparé algo relativo al curso de mi viaje, para rendir aquí un público homenaje a varios otros oficiales de la marina del Estado, entre los cuales nombraré al Sr. Lefévre, comandante del Zélée, en 1826, y al Sr. Du Petit-Thouars, comandante del *Griffon*, en 1833. Con delicadeza, amabilidad y complacencia infinitas, todos hicieron lo posible para secundarme en mis trabajos, facilitando mis observaciones e investigaciones.

La barquita del pescador recién me dejó en tierra a las diez de la mañana. Ya había perdido toda la mañana y ya se hacía sentir un calor aplastante. Una vez desembarcado, sentí una gran alegría, que sólo se goza al pisar por primera vez una tierra extranjera y alejada del suelo natal. Me dirigí hacia el lecho de un torrente cercano, caminando sobre restos de basaltos llevados por las aguas. Admiraba esas masas imponentes, atormentadas por las tempestades y las antiguas erupciones que tantas veces, en tiempos pasados, cambiaron la forma de sus crestas elevadas. Por doquiera, rocas salientes, desnudas, que no dejaban crecer ni un desgraciado liquen. Sólo algo más allá encontré euforbiáceas que desafiaban el exceso de calor y sequía, agrupándose en los huecos de las rocas como lindos candelabros de un hermoso verde, de seis a siete pies de altura. Había unos arbustos muy pequeños, dispersos aquí y allá como para que se viera que la naturaleza no es del todo ingrata con ese suelo trastornado. Había

llevado sólo una escasa cantidad de agua: el ejercicio que hacía levantando piedras para buscar hélices abajo había aumentado mi sed devorante. Advertí en la hondonada, a una distancia bastante grande, unos arbustos cuyas hojas amarillentas denunciaban la falta de humedad; maquinalmente orienté mis pasos hacia ese lado, reconociéndolos con gusto como higueras blancas, cargadas de higos medio secos, que apaciguaron momentáneamente mi sed; luego me interné, prosiguiendo con mis búsquedas, en las sinuosidades del lecho seco del torrente. Pronto la sed volvió a hacerse sentir y con mayor violencia; el calor era sofocante; ni un soplo de viento venía a suavizarlo. El suelo negruzco ardía y me tuve por muy feliz al encontrar un pastor que había bajado de las montañas, en tanto que sus cabras pastaban libremente por las escarpadas laderas. Le pedí agua. Se mostró extremadamente cortés. Fue a buscar un barrilito que había escondido en una cabaña cubierta de ramaje, y me lo ofreció. Bebí a grandes sorbos y recobré las fuerzas necesarias para continuar mi excursión. A cierta distancia encontré una gruta espaciosa, socavada en la roca. Me pareció que esa gruta debió servir de vivienda a los célebres *guanches*, primeros pobladores de la isla. Entré y el hollín que ennegrecía la bóveda y las paredes justificó mi presunción. Más tarde descubrí una fuente de agua límpida. Allí me detuve para hacer una comida liviana con las provisiones que había llevado.

Breve rato después se me ofreció el más bello de los espectáculos. Ya el sol iluminaba sólo la cima de las montañas, cuyas crestas ardientes contrastaban con la sombra que se expandía por doquiera. Grupos de cereus cercanos y unos arbustos verdes aún denotaban un poco de vida; el agreste aspecto de las colinas, la soledad que me rodeaba, todo me decía que ya no estaba en Francia; y apenas me atrevía a articular una palabra, por temor de turbar el silencio salvaje de aquel desierto, apenas interrumpido por los silbidos de los pastores, que los ecos repetían sin cesar. Oía a esos pastores llamando a sus cabras desde lo alto de los picos, armados de una lanza larga, en tanto que los animales congregaban apaciblemente, a los sones que también conocían, descendiendo a pasos mesurados de la cima de los montes y separándose en majadas a una señal de sus guías. Las vi dirigirse a la entrada de la hondonada, y alejarse lentamente. Siempre en éxtasis seguía oyendo en la lejanía la nota aguda de los silbidos y el tintineo de las esquilas suspendidas al cuello de las cabras. Pronto los sonidos se desvanecieron del todo en la onda de los aires. Sólo entonces advertí que la noche estaba cerca y yo solo en las montañas.

Pronto resolví qué hacer. Me decidí a pasar la noche en la gruta de los guanches. Retorné, y antes de tomar posesión de mi improvisado cubil me demoré aún un largo rato afuera. La noche estaba tranquila y sin luna; el silen-



1, 2: *Ampullaria insularum*; 3,4: *Australis*.

1-4: *Phryniscus nigricans*; 5-7: *Bufo*.

cio, solemne; apenas se oía batir las alas de algunos murciélagos y el canto monocorde de unos pájaros nocturnos. Sin embargo, se hacía tarde; volví a mi gruta y me acosté para reparar el cansancio del día. Tal fue la primera noche que pasé campo afuera, noche luego seguida, durante mis viajes, de tantas otras semejantes, que llegué a aficionarme a no vivir bajo techo.

Al día siguiente retomé la ruta de Santa Cruz, por la que me encaminé a la capital de la isla, La Laguna de Mercedes. Sus naturales calculan en legua y media la distancia a Santa Cruz, y demoré unas dos horas para llegar. El camino no podía ser más áspero. Iba siempre subiendo por una pendiente bastante pronunciada y pisando fragmentos de lava, que en menos de una hora me habían roto los botines. Por el camino me había podido percatar que, pese a los obstáculos que les opone la naturaleza, los pobladores son laboriosos. Las tierras que bordeaban la ruta estaban labradas, y las laderas de las montañas plantadas de viñas cuyo verdor hacía un notable contraste con la aridez de la yerma tierra circundante. Llegué cansado a La Laguna. Esta ciudad me pareció bastante bien edificada, por el estilo de todas las ciudades americanas; es decir, dividida en cuadrados *(cuadras)* de casas iguales en tamaño. Las calles están bien pavimentadas. Los habitantes ricos de Santa Cruz acuden a la orilla del mar, para pasar el tiempo de los calores, que son muy intensos, y disfrutar de la hermosa vegetación de los alrededores. En efecto, la campaña es rica y presenta una agradable mezcla de naranjos, limoneros y plátanos.

Después de haber visitado la ciudad, me dirigí a uno de los sitios boscosos que tiene la isla. Atravesé hermosos campos y gané un bosquecito de árboles de poca talla. En las montañas vecinas se veían pinos[5] que dan a los lugareños una madera apta para todo uso, puesto que la emplean para vigas y también para los conductos del agua necesaria al consumo de Santa Cruz.

De vuelta a Santa Cruz encontré muchos camellos que se usan para el acarreo de mercancías a La Laguna, y alcancé también una multitud de mujeres que llevaban enormes canastos en la cabeza. Así es cómo llevan diariamente los frutos destinados al aprovisionamiento de Santa Cruz. No es raro verlas cargadas de fardos que pesan casi sesenta libras. Algunas van descalzas, lo que parece increíble al pensar en las piedras del camino.

Al bajar hacia Santa Cruz sentí un calor proporcionalmente más intenso que la frescura de que había gozado al subir a La Laguna. Después observé con frecuencia análogo fenómeno en mis recorridas por las altas montañas de Bolivia y Perú.

---

5 *Pinus conariensis.*

Aproveché los días siguientes para dibujar animales marinos y peces y para realizar investigaciones en la costa y las montañas. Mis búsquedas fueron bastante fructíferas: encontré numerosas especies de peces variados y muchos fucos y pólipos. Las montañas me ofrecieron más de diez especies de conchillas terrestres.

En el mar. 18 de agosto

El 18 de agosto estaba de vuelta a bordo, esperando la hora de zarpar. Por entonces las nubes dejaban ver todo el pico de Tenerife, tanto tiempo sustraído a mis miradas. Su cono truncado, a la luz, parecía cubierto de nieve y resaltaba en un cielo azul oscuro. ¡Cuántas veces, luego, al recorrer las costas peruanas y al contemplar las cumbres nevadas de los Andes, he recordado la primera impresión que me causara la vista del pico de Tenerife! También fue allí donde encontré valles tan secos y desprovistos de vegetación como en las proximidades de Santa Cruz.

A la tarde nos hicimos a la vela, obligados por las tinieblas a despedirnos de esa isla montañosa antes de lo que hubiéramos querido. Nos esperaba otro espectáculo. Por la noche se aleja de la costa una infinidad de pequeñas barcas pesqueras, valiéndose de fuegos para atraer los peces que se pescan de diversos modos. Nada más pintoresco que aquellas luces vacilantes, a capricho de las olas, y reflejándose en el agua en medio de una oscuridad que las montañas espesaban. Esta escena singular se alejaba de nuestra vista a medida que avanzábamos. Desapareció, por fin, del todo y volvimos a estar solos en el seno del océano.

Un hermoso tiburón que seguía el buque nos brindó un día una de esas diversiones infantiles que matizan las travesías prolongadas. Parecía jugar en el agua, agitando apenas sus enormes aletas. Le echamos un cebo que trató de atrapar en varias tentativas, volviéndose sobre el lomo para tragárselo, maniobra que hizo durante más de una hora. Le acompañaban tres *pilotos*[6] que, ubicados junto a su aleta dorsal, se lanzaban sobre la presa antes que él y volvían luego, espontáneamente, a su puesto.

Los pilotos son unos lindos pececitos, de un pie de longitud, agradablemente anillados de negro y azul. Es raro que el tirano de los mares no vaya acompañado por algunos de estos fieles compañeros de su fortuna.

Todos los días veíamos peces voladores. Nada más divertido que ver elevarse del seno de las aguas esos peces tan curiosamente conformados que se les tomaría, por sus alas plateadas, por mariposas marinas. Los bonitos les hacen

---

6 *Centronotus conductor*, Lacép.

la guerra a muerte y los persiguen con saña. Para escapar se lanzan al aire en bandadas, pero al mantenerse más o menos tiempo planeando sus alas se secan y caen al agua, donde los esperan sus implacables enemigos. Del decimoquinto al quinto grado de latitud norte nos acompañaron los peces voladores.

A eso de las cuatro de la tarde empezamos a ver unas medusas cyanées que pronto aparecieron por centenares. Desde entonces he pensado, y más tarde llegué a la convicción, en otros mares, de que estos animales son todos crepusculares o nocturnos. Sus formas y colores nos presentan las imágenes de las más lindas flores de nuestros jardines. A la noche se vuelven fosforescentes, y al tomarlas parecen globos de fuego. La substancia viscosa que dejan en los cuerpos con los que se las pone en contacto, proyecta también una viva luz, más brillante cuando hay choque o frotamiento. El mar estaba en calma, y lenta era la marcha del navío; pero como rozaba gran número de esos animales, un largo rastro de fuego prolongaba la popa, y la proa estaba igualmente iluminada Era un espectáculo encantador él del mar rompiendo ante el buque. Al soplar algo de viento, se extendía a apreciable distancia una gran superficie cubierta de una espuma de hermosa blancura, constelada en todos sentidos por grandes estrellas que titilaban con intermitencias, entre miríadas de chispitas que esmaltaban esa nieve flotante.

En medio de las alternativas de calmas y borrascas, de buen tiempo y lluvia, que caracterizan la zona equinoccial, en la línea de los vientos alisios, pudimos observar gran número de animales marinos de las especies más variadas. Aquí los glaucos desplegaban ante nuestra vista sus elegantes formas, brillando con los más bellos tintes plateados, sobre el azul marino que los colorea; allá, envolviéndose en sus mil brazos, las porpitas desplegaban sus discos violáceos, bordeados de azul; más lejos, con las velelas de vela diáfana, bogaban levantando en cresta sus velas las fisalias, las jantinas, los pterópodos de alas graciosas; y por todas partes se apretujaban a nuestro alrededor esos pequeños crustáceos pelagianos cuya abundancia aumenta la fosforescencia del agua; animados tesoros del océano que, todos, tendrían que constituir el objeto constante de mis estudios cuando, tiempo después, me dedicara ya a descubrir los misterios de su constitución, ya a intentar la fijación con el pincel, de los matices a la vez tan delicados, tan ricos y tan fugitivos, con que la naturaleza los ha ataviado, en alta mar.

Los únicos pájaros que vimos en varias oportunidades eran pequeños petreles de tempestad; sin embargo, a la altura de Cabo Verde, cuatro o cinco golondrinas de chimenea vinieron a posarse a bordo. El tiempo había estado calmo y no podíamos adivinar qué había obligado a esos pobres pajaritos a

alejarse tanto de las riberas, pues estábamos entonces a más de cien leguas de la costa africana. Parecían tan cansadas que se dejaron tomar sin dificultad, y su flacura mostraba que habían viajado mucho tiempo.

El 8 de septiembre cruzamos la línea a veintiséis grados de longitud oeste de París. El famoso bautismo del trópico tuvo lugar con el ceremonial ordinario, que revistió gran brillo debido a la circunstancia de ser la primera vez que el capitán y el buque pasaban al otro hemisferio. Sería superfluo extenderse sobre los usos tantas veces descritos por los viajeros.

8 de septiembre

Pocos días después nos encontramos de pronto en medio de esos inmensos bancos de pequeños crustáceos, tan numerosos que imprimen al agua su color rojo; una vasta superficie del mar se había coloreado intensamente: es lo que llaman los balleneros *el banco del Brasil*. Ahí acuden a pescar la ballena, que se alimenta solamente de esa multitud de pequeños seres, de los cuales el mayor no tiene más de una línea de largo[7]. Este banco parece extenderse a lo largo de una gran porción de la costa brasileña, y mantenerse siempre, aproximadamente, a igual distancia. ¿Es posible concebir cuántos animalitos hacen falta para alimentar centenares de ballenas y colorear el a agua? ¿Qué multitud debe ser supuesta en una superficie apreciable en cincuenta o sesenta leguas de longitud por dos o tres leguas de anchura? He tenido que pensar que el mar se halla poblado por un numero incalculable de tales seres; y esto en todas las latitudes, al menos teniendo en cuenta la gran cantidad que advertí por todas partes, incluso en el Cabo de Hornos, a cincuenta y siete grados de latitud meridional. Percibimos, a cierta distancia, unas ballenas que expelían agua a gran altura.

Supe por capitanes balleneros que tales cetáceos eran muy comunes en el banco, hace algunos años, pero que se habían alejado poco a poco, llegando a ser muy raros; de modo que actualmente (1834) ya no se los pesca con regularidad, debiéndose conformar con seguir el banco hacia el sur, donde las ballenas aparecen con mayor frecuencia. ¿A qué atribuir la desaparición de las ballenas del banco del Brasil, que les suministra tan abundante alimento? ¿Se deberá a la destrucción de todas las que pueblan el banco o a su emigración forzosa, al ser perseguidas por los barcos de todas las naciones? Me inclinaría más bien hacia esta última hipótesis, porque en las islas Malvinas y sus cerca-

---

7 Se trata de un género de crustáceos recientemente descritos por el Sr. Roussel-Vauzienne, con el nombre de *Cetochylus*; dio a su especie el nombre de *Cetochylus australis*. Ver los *Annales des sciences naturelles, zoologie*. Tomo 1, pág. 333, pl. 9, fig. IB a 9B.

nías, y más al sur, donde sólo se las pesca durante una estación del año, los pescadores temen esos parajes deshabitados y carentes de puertos, pues no abundan menos que hace unos años. Este banco nos anunciaba la proximidad de la costa y el fin de nuestra travesía.

El 23, el agua que hasta entonces había sido constantemente azul oscura cambió al verde. Poco después divisamos las rocas del cabo Santo Tomé, a cuatro leguas de distancia. Estábamos entonces rodeados por una multitud de aves marinas; había bandadas de *piqueros*, y la fragata de anchas alas planeaba a intervalos en torno nuestro. Hacia las diez vimos otras tierras elevadas, que pronto identificamos como las islas Santa Ana, en número de cuatro; y a medida que nos aproximábamos distinguíamos mejor sus panes de azúcar aplastados, aislados en medio de las aguas, su suelo de aspecto granítico, sus cimas cubiertas de una vegetación activa y grandes árboles. Deben haber sido raramente visitadas por los hombres, pues su contorno está cortado a pico y el desembarco se haría sin duda difícil. Las pasamos a sólo dos leguas de distancia.

23 de septiembre

Pronto quedaron atrás esas islas y comenzamos a reconocer otras que bordeamos más de cerca, las que ofrecían el mismo aspecto; por último, al atardecer, el cabo *Frío* nos mostró sus dos pezones descarnados que se perdían entre las nubes. Admiraba el aspecto general de las tierras, esa forma de pezón de las islas y de los puntos visibles de la costa. Luego volví a encontrar las mismas formaciones en medio de las llanuras de la margen oriental del Río de la Plata y entre los bosques de la provincia de Chiquitos, en Bolivia.

La puesta del sol y la noche, que llegó muy pronto, nos hurtaron el continente americano. Las reflexiones que me habían asaltado en cuanto divisé esa tierra tan impacientemente esperada, me ocuparon toda la velada, acortándola para mí. Había visto sin mucha tristeza los picos del cabo *Frío* perderse momentáneamente entre las sombras, y los sueños del día no me dejaron durante la noche entera, o más bien ocuparon el lugar del sueño.

A la mañana siguiente fui el primero en subir al puente para ver la tierra. Nos habíamos alejado de ella la víspera y no reapareció hasta las ocho. A la vista de unos puntos destacados se reconocía que estábamos a la entrada del puerto de Río de Janeiro, así llamada porque fue tomada en un principio por la desembocadura de un río, y vuelta a ver el 1 de enero de 1531, por Sousa. El gran número de islotes que cubren esa entrada se nos presentó pronto en forma clara. Uno de los situados al sur está coronado por una torre donde se tenía la intención de instalar un faro; pero a consecuencia de la guerra con la República Argentina quiso el azar que la máquina llegara a la Patagonia, donde la

he visto. El navío que la transportaba, con equipos militares, fue tomado por un corsario de esa nación, hacia el comienzo de 1828. Del mismo lado que esta isla, llamada *Ilha Rasa*, se encuentran otras cuatro o cinco de menor tamaño, dos de ellas muy próximas entre sí. Todas tienen forma de montículos cónicos, más o menos redondeados, cubiertos de zarzas y a veces de árboles.

Nos aproximábamos sin cesar. El continente se hacía notar por una larga cadena de montañas de distintas formas, asentadas las unas junto a las otras. Al sur del canal de acceso se mostraba la montaña de la Gabia, llamada así porque se asemeja a la gavia de un barco, que por cierto aspecto representa, mientras que observada desde otro punto de vista remeda, junto con las montañas vecinas, un perfil acostado horizontalmente que recuerda al de Luis XVI. No lejos de allí se alza el famoso *Pan de Azúcar*, cuya forma, que es la de un cono truncado muy agudo, contrasta con los altozanos de las montañas vecinas. Sorprende ver en su cima algunos grandes árboles y muchos arbustos. Todas estas montañas están dominadas por la del Corcovado, cuya cima, cubierta de una madera color azul marino, atraviesa las nubes blancuzcas que se escalonan a su alrededor. Al norte de la estrecha entrada del puerto las montañas forman eminencias bajas de aspecto poco notable.

Un aire embalsamado por el perfume de mil flores ya venía a nosotros. Disfrutaba de una felicidad perfecta. A medida que los objetos se dibujaban más nítidamente ante mi vista, me exclamaba sobre la belleza del paisaje. No había un punto carente de verdura; las mismas rocas ornaban sus grietas con una bella vegetación; por doquiera los cocoteros y las palmeras de variadas especies se unían agradablemente a multitud de otros árboles de aspecto completamente nuevo. Las mariposas, apacibles habitantes de estas ricas comarcas, ya venían a visitarnos y los brillantes colores de sus alas matizadas me anunciaban las maravillas que la naturaleza prometía a mi imaginación en este suelo privilegiado.

Por fin entramos en el canal, entre verdeantes laderas y los valles más rientes; pasamos entre los dos fuertes de la entrada encontrándonos en esa inmensa rada, una de las más hermosas del mundo. Al norte teníamos la encantadora capilla de Nuestra Señora del Buen Viaje, ubicada sobre una roca cubierta de árboles, y la gran bahía a cuyo borde se alza el lindo pueblo de Santo Domingo; a la izquierda, toda la ciudad de San Sebastián o Río de Janeiro se nos mostraba dominada por altas cumbres arboladas. Del fondo de la rada sólo veíamos un azul lejano, coronado por las famosas montañas dos Orguas cuyas cimas en aguja se destacaban en el horizonte sólo por un tinte algo más oscuro que el azul plateado del cielo; pero un vistazo a la rada entera sólo mostraba un circuito bordeado de montañas.

En el momento de nuestra llegada, indefinibles emociones se habían apoderado de mí. Mi corazón desbordaba y me causaba vivo pesar la imposibilidad de comunicar a alguien los diversos sentimientos que lo agitaban a la vez. Por fin iba a poner el pie en la tierra tan deseada, cuya exploración y estudio había deseado casi desde mi infancia; en la tierra de los Colón y los Cabral que, bajo tan diferentes auspicios, se convertía para mí en teatro de investigaciones a las que involuntariamente ligaba nobles ideas de gloria y devoción a la patria y a la ciencia, dulces pensamientos de independencia y de reposo, en el seno del hogar paterno, después de tantas osadas correrías. Ciertas previsiones de fatigas, de decepciones, de disgustos, incluso de peligros, quizá, también venían, como las luces siniestras que anuncian las tormentas, a atravesar por momentos mi imaginación exaltada; pero joven y lleno de ardor, confiado y enardecido por las ilusiones juveniles, ¡qué me importaban entonces los peligros, los disgustos, las decepciones y las fatigas!

Nada me faltaba para ser feliz... Estaba en América.

Vista del Paraná, provincia Entre Ríos

CAPÍTULO II

Estadía en Río de Janeiro. Partida y travesía a Montevideo

Anclamos el 24 de septiembre a media legua de la ciudad, en medio de naves de todas las naciones. Pronto nos rodearon numerosas piraguas tripuladas por negros y cargadas de productos del país. Nos ofrecieron todos los frutos americanos: ananás, bananas, naranjas... Sobre todo estas últimas son deliciosas.

Lo que más me sorprendió al entrar en la ciudad fue la gran cantidad de hombres de color, comparativamente con la de blancos. Es lo que supongo ha de extrañar más a todo europeo que desembarque en Brasil. La vista acostumbrada al espectáculo de una población de color, por decirlo así, uniforme, se habitúa con dificultad a esa mezcla de tintes de todos los tonos posibles, del negro al blanco, pasando por el amarillo y el moreno, a tal extremo que todas las caras parecen idénticas al principio, siendo imposible distinguir a una persona de otra. Sólo una estadía prolongada permite discernir sin esfuerzo la diferencia que guardan los rasgos en los colores oscuros.

Los informes que recibí acerca de la guerra con Buenos Aires y los medios de pasar a Montevideo, no me auguraban nada bueno para la continuación de mi viaje. Gran número de barcos franceses habían sido apresados por la marina brasileña y sus capitanes me enumeraron toda clase de obstáculos. Averigüé sin embargo que tres o cuatro días más tarde debía partir un barco hamburgués para Montevideo. Fui a ver al Sr. De Gestas, nuestro cónsul general; le expliqué las dificultades que se me oponían; me prometió allanar algunas, sobre todo aquellas que podrían provenir del propio gobierno, pero no me dio ninguna espe-

1826
Río de Janeiro

ranza acerca de otro de los puntos más importantes. Me hallaba carente de dinero y ningún comerciante de Río de Janeiro quiso suministrarme fondos sobre mis letras de cambio que habían sido giradas sobre Buenos Aires, alegando que las comunicaciones con aquella ciudad estaban cortadas. Tuve que renunciar a esa esperanza e incluso a la de obtener alojamiento en la ciudad, donde todos los departamentos estaban ocupados por el gran número de extranjeros que por entonces eran atraídos con toda clase de ofertas. Tales dificultades me decidieron a aprovechar la ocasión que me ofrecía el buque hamburgués. En efecto, traté con el capitán, quien, mediante 200.000 reis (1.400 francos) como precio del pasaje, se comprometió a tomarme a bordo, sin garantizar mi seguridad contra los corsarios de Buenos Aires que solían recorrer toda la costa brasileña. Sólo disfruté de cierta tranquilidad después de haberme despedido de mis compañeros de viaje de la *Meuse* y de haberme instalado a bordo de mi nuevo buque.

La partida no fue todo lo pronta que supuse. Pasaron aún doce días, que dediqué a investigaciones de historia natural y recorridos por los alrededores de Río, a fin de tener una idea general de la región. Mi primer paseo fue realizado por el lado del Corcovado; escalé una colina bastante empinada hasta un lindo convento, construido sobre un hermoso acueducto que suministra el agua indispensable a las necesidades de la ciudad. Seguí por esta estructura, y pronto una pendiente bastante suave me permitió gozar la magnificencia del sitio. A un lado, una montaña sobre cuya ladera se pasa presentaba sus flancos escarpados, y al otro la vista se recrea en los más lindos valles. Chozas de negros, sembradas por la montaña en pintoresco desorden; elegantes viviendas rodeadas de campos cultivados; por todas partes, una verdura fresca, atestiguando la fertilidad del lugar. Este riente paisaje se extiende por el horizonte hasta el punto en que comienzan las selvas vírgenes. Allí toma la naturaleza un carácter más agreste, y mediante el pensamiento es posible retrotraerse a la edad primitiva de este hermoso país. Ya no se trata de los magníficos campos de cafetales, bananeros y cocoteros: se trata de árboles de todas clases, tan apretados unos con otros, y de tal modo enlazados por lianas, que forman una red tanto más impenetrable, por cuanto muchas palmeras espinosas vienen a erizarlo aún más con su ramaje. Mientras recogía gran cantidad de los hermosos insectos y mariposas, cuyos colores son tan variados, llegué a un lugar en que concluye el acueducto, y el agua, cayendo de roca en roca, en la selva virgen, forma un pequeño estanque natural que alimenta al propio acueducto. Sería preciso tener muy poca sensibilidad para no emocionarse ante semejante espectáculo. Los diversos árboles

24 de septiembre

entrecruzan su ramaje por encima del agua, que salta en cascada sobre rocas graníticas, y parecen querer preservarla, de tal modo, de los rayos solares y mantenerle la frescura tan preciosa al viajero, jadeante bajo el peso del día. A cada lado crecen naranjos silvestres, árboles de café, mimosas de follaje delicado, palmeras y sobre todo unos bellos helechos arborescentes, cuyas elegantes ramas de tierno verde parecen brotar de un trono como surtidores que cayeran en lluvia a su alrededor. Varía hasta el infinito la cantidad de especies de helechos, al borde del agua, que por otra parte adornan mil flores distintas, cubiertas de mariposas y picaflores que, con leve vuelo, acuden a abrevarse uno por uno en el néctar de cada flor. Muchos otros huéspedes de la floresta la animan con cantos agradables, y hasta la importuna cigarra viene también a celebrar aquellos lugares encantadores.

Volví con frecuencia a la cascada del Corcovado, que cada vez contemplaba con renovado gusto. Incluso quise subir hasta la cumbre de la montaña, pero sin guía, por un sendero apenas trazado, trepando por una pendiente de las más rápidas y recibiendo a plomo el sol ardiente de los trópicos; me vi obligado a renunciar a este proyecto.

Otra vez quise bajar a un profundo valle cercano a la cascada; descendí con dos compatriotas que me habían acompañado hasta allí para efectuar trabajos de historia natural. En el fondo del barranco vimos a la montaña elevarse como una muralla verdeante que ofrecía la reunión de todas las formas de vegetación. Después de haber admirado largamente los alrededores había que subir de nuevo y, sin vacilar, nos internamos en el bosque de la colina para cortar camino y ganar más pronto la carretera. La subida era de las más empinadas, pero un lindo caminito tortuoso, tapizado de verdura y muy sombreado, se ofreció a nuestra vista y nos sedujo. Lo tomamos, lo seguimos un rato con el mayor gusto, pero pronto apareció obstruido por lianas que nos cerraban el paso. Uno de mis acompañantes se alejó, creyendo encontrar un camino más cómodo. Me quedé solo con el otro y en grandes dificultades. La espesura se tornaba de más en más densa; había que desembarazar sin cesar el camino de lianas y ramas de palmeras espinosas y al mismo tiempo afirmarse por temor a resbalar y rodar hasta los espinos. Oímos a nuestro compañero que nos llamaba para tratar de unirse a nosotros porque se había sumido en una parte tan tupida de la floresta que se le hizo imposible seguir avanzando. Le respondimos, y después de haber gritado largo rato para orientar su marcha, le vimos llegar, por fin, cubierto de espinas. No estábamos en lo alto de la colina y hubiera sido difícil darnos cuenta de lo que aún faltaba para llegar. Los obstáculos crecían a nuestro paso, en progresión impresionante y ya nos iba a faltar

el coraje, pero hicimos un esfuerzo final y, una media hora más tarde, llegamos al sendero del Corcovado, jadeantes, agotados de cansancio, todos pinchados por largas espinas de palmera. Jamás olvidaré el interior de las selvas vírgenes brasileñas, tan magníficas por fuera pero tan difíciles de cruzar y muy diferentes de los majestuosos bosques que más tarde vi, en el país de los Yuracarés, en la República de Bolivia. Allá, pocas o ninguna traba se oponen a la marcha del viajero que las recorre en todos sentidos, bajo un palio de verdura de doscientos pies de altura, formado por el entrelazamiento de las ramas de distintas especies de árboles.

En otra oportunidad dirigí mis pasos a la entrada de la bahía, del lado del Pan de Azúcar; crucé tres vastas playas de la arena más blanca, formada de granos cuarzosos, cada una de las cuales se halla separada de las demás por colinas mamelonadas, compuestas de gneis, bastante elevadas y cubiertas de bosques. Ascendí a una colina regularmente alta y llegué por fin al borde del mar. Me hallaba entonces tras del Corcovado que, de ese lado, está cortado perpendicularmente y ofrece el aspecto de una muralla de tal modo elevada que apenas permite divisar el cuerpo de guardia señalero, construido en su punto culminante[1]. No obstante la verticalidad de esa ladera, algunas plantas e incluso unos agaves crecen entre las grietas de la roca. Las demás pendientes de la montaña son infinitamente menos rápidas, por lo que se las ve cubiertas de selva virgen, agrupándose y desplegándose en toda su pompa. El Corcovado se asemeja mucho a La Silla de Caracas, descrita por Humboldt[2]. El Corcovado, tal como La Silla, está compuesto de gneis y, como ella, presenta una escarpadura del lado del mar. En cuanto grandes acontecimientos geológicos los justifiquen, semejantes cotejos interesan y no son indiferentes para el progreso de la ciencia.

Los cereus espinosos y los agaves abundan junto al mar, entre las rocas que lo bordean. Las dunas de arena están cubiertas de los más lindos *convolvulus*, y los troncos de los árboles, sobrecargados de plantas parasitarias.

Estas correrías me procuraron muchos hallazgos interesantes de historia natural; uno de ellos me resultó especialmente provechoso; había recorrido ya mucho camino y volvía muy cansado, pero enriquecido por una gran cosecha, siguiendo el borde del mar por la linda caleta de *Botafogo*. Estaba vestido y equipado como verdadero naturalista: saco gris, bolsa plomiza, pera para pulverizar, pesada mochila a la espalda, fusil al hombro y la cabeza tocada con un

---

1 Freycinet, en su *Viaje alrededor del Mundo*. Tomo I, pág. 75, asigna al Corcovado 746 metros o 383 toesas de altura.

2 *Relación Histórica*, tomo IV, pág. 249.

enorme sombrero de paja que me había servido de caja para insectos y se hallaba cubierto de éstos. Iba pensando en los tesoros que llevaba, cuando interrumpió mis cavilaciones el ruido de los caballos de dos jinetes, uno de los cuales, de levita negra, tenía bigotes; el otro era una mujer vestida de amazona. Andaban muy despacio. Yo no tenía motivo alguno para tratar de conocerlos y, ya prevenido contra todos los demás individuos que había encontrado precedentemente por la altanería y el desprecio que me habían dispensado al verme *cargado como un hombre de color*, en un país donde los blancos jamás hacen nada, pasé junto a ellos sin parecer advertirlos. Me pasaron a su vez, luego volvieron sobre sus pasos y me llamaron. Me volví sin contestarles, ignorando lo que me decían, pues entonces comprendía muy poco del idioma portugués. Les hice señas de que no entendía, sin mostrarles la menor deferencia. Parecieron disgustados y, empujándome con sus caballos, me preguntaron si era alemán. Les respondí mencionando mi país; entonces se aproximaron y el jinete, en mal francés, me hizo unas preguntas acerca del objeto de mis investigaciones. La dama que lo acompañaba se expresaba mejor en mi idioma. Después de una conversación bastante prolongada, me desearon las buenas noches y prosiguieron su paseo. Cuando me hubieron dejado, recordé que tres personajes, uno de ellos cubierto de condecoraciones, se habían detenido al mismo tiempo que ellos, pero a cierta distancia y sombrero en mano. Esto me dio qué pensar. No suponía que mi interlocutor pudiera ser un gran señor de la corte, porque no tenía ninguna condecoración de las que había visto cubiertos incluso a niños de catorce o quince años. Pronto fui sacado de dudas. Los dos personajes volvieron a pasar y uno de los oficiales que los seguía, deteniéndose junto a mí, me preguntó si sabía con quiénes acababa de hablar; y ante mi respuesta negativa, "con el emperador y la emperatriz *do Brasil*, me dijo... Me quedé bastante sorprendido, poco acostumbrado a ver que las majestades se pasearan solas por las afueras de una ciudad, y le rogué que excusaran, en razón de mi ignorancia, la manera quizás poco caballeresca con que había contestado al príncipe. Luego observé que todos los naturales se descubrían a su paso, que por todas partes le eran rendidos honores de soberano, y supe que aquella linda caleta, bordeada de hermosas casas de campo y bellos jardines, era el paseo habitual de *Pedro Primeiro*.

Sólo había recorrido el interior y un lado del Pan de Azúcar. Me dirigí hacia Sao-Christovao (San Cristóbal), donde se halla el palacio de descanso del emperador. Allí vi primero las hermosas canteras de gneis que proporcionan la piedra de construcción a la ciudad. Las pequeñas entradas de la costa me depararon multitud de conchillas y pude asistir a una pesca bastante singu-

lar. Una manada de marsopas había entrado en una de esas ensenadas. Los negros pescadores cerraron su entrada con numerosas redes y lograron capturar varios de aquellos animales estrechándolos cada vez más, en círculos sucesivos de más en más cerrados.

Proseguí la caminata y encontré, en una arena barrosa, toda la ribera minada por millares de Ocypodos y Gecarcinos[3] que se escondían en sus orificios al acercarme. Cuando hube avanzado, vi pantanos cubiertos de mangle. La tierra estaba completamente roturada por los cangrejos, coloreados muchos de un rojo resplandeciente.

De regreso al pueblo de Sao-Christovao, los negros me ofrecieron el espectáculo de sus bailes, ejecutados al son de un tambor y de muchos otros instrumentos. Nada más original que sus muecas y contorsiones grotescas, que saben alternar sin romper el compás. Todos esos bailes negros son imitativos. Los músicos parecían muy animados. No sólo sus manos sino también sus pies y sus rasgos estaban en movimiento. Los viejos rodeaban a los bailarines, golpeando las manos; sus alegres rostros parecían sonreír recordando su país natal. ¡Es tan grato acordarse de la patria! Creí encontrar una prueba más de la veracidad de este sentimiento en la conducta de un viejo negro, sentado solitariamente en su piragua, al borde del mar. Empuñaba un instrumento de cuerda, hecho con una calabaza y un trozo de madera, al que arrancaba sonidos con una especie de arco, cantando con palabras de su país, sin que pareciera prestar la menor atención a lo que le rodeaba, tanto lo absorbían las ideas que sin duda evocaban en él los cantos y quizá la misma forma del instrumento grosero con el que se acompañaba. Me acerqué y le pregunté si quería venderme su instrumento. Rechazó mi pedido con un movimiento de impaciencia, que me produjo el temor de haberlo arrancado, con una pregunta indiscreta, de un ensueño cuyo encanto he experimentado ya más de una vez durante el largo tiempo que estuve separado de mi país y de los míos.

No trataré de hacer una descripción de la ciudad de Río de Janeiro. No entraré en ningún detalle estadístico ni histórico acerca del país, satisfecho de haber dado cuenta de las excursiones que me permitieron caracterizar sus principales lugares. Remito al lector a la descripción general hecha por nuestro excelente viajero, de Freycinet, en su *Voyage autour du Monde*, con la *Uranie y la Physicienne*; a la relación histórica de los sabios viajes realizados por Auguste de Saint Hilaire, por el interior del Brasil; y, por último, a la bella y pintoresca obra que actualmente están publicando Debret y Rugendas.

---

3 Cangrejos. (N. del T.).

La ciudad está situada en la costa de una rada inmensa a la que se entra por un estrecho canal defendido por varios fuertes que, bien provistos, harían imposible el acceso. Ocupa la costa y se prolonga, al este y oeste, en arrabales extensos; asentada al pie de los montículos de apreciable elevación que domina al Corcovado, tiene una edificación bastante buena; la mayor parte de las calles son de suficiente anchura y doble acera, tanto más necesaria por estar muy mal pavimentado el medio de la calzada. Las casas son bastante regulares pero de aspecto triste, con sus puertas y ventanas constantemente cerradas, aireadas sólo por una pequeña abertura. Nada digno de mención ofrecen los monumentos; el palacio imperial situado cerca del mar, con una arquitectura muy simple, parece una casa burguesa. La sala de espectáculos es una gran estructura de estilo uniforme, dentro del gusto moderno, bastante bien decorada, por otra parte; da el frente a una plaza en la que sorprende ver instalada una horca llena de ornamentos, destinada únicamente a *fidalgos*, o nobles, pues los plebeyos no tienen el honor de ser colgados en ella, por estarles reservada otra de madera.

Las iglesias son grandes. Me chocó la venta pública de las ofrendas de los fieles, que todas las mañanas se efectúa a las puertas de los conventos.

La población de Río de Janeiro constituye una mezcla de todos los colores y todas las naciones. Después de los brasileños, los franceses parecen ser los más numerosos. Ocupan con exclusividad calles enteras como la *Rúa do Ouvidor*. Desde el matrimonio del emperador hay afluencia de alemanes; pero, en medio de este conjunto racial, sorprende en forma desagradable no ver jamás en la calle sino mujeres de color, ya que los celosos habitantes no permiten a las mujeres blancas mostrarse en público.

Impaciente por proseguir mi viaje y llevar a mi lector al verdadero escenario de mis exploraciones, no dejaré empero la metrópoli del imperio brasileño sin mencionar, aunque sea con pocas palabras, una cuestión de etnografía transatlántica, de relación inmediata con esta localidad y cuyo interés capital, para el progreso de la geografía de estas regiones, se irá difundiendo necesariamente a lo largo de todas mis ulteriores incursiones por el interior del continente.

Se ha hablado mucho de los pueblos que habitaron primitivamente los alrededores de Río de Janeiro; siempre se les ha designado con sus nombres respectivos, pero sin ocuparse nunca, a este respecto, de una clase de investigaciones de primera importancia, puesto que se quería dar cuenta con exactitud de la distribución geográfica de las grandes naciones diseminadas por el suelo americano. Quiero hablar de los trabajos que determinarían en forma positiva la raza a que pertenecieron esos primitivos pueblos. Reconocí que ya

sus nombres, puramente guaraníes, podrían suministrar un dato concluyente, a mi juicio, sobre el hecho muy probable de su perfecta identidad con esa nación, como me parecen probarlo, entre mil, los nombres de los *Tamoyo*, palabra sin duda corrompida, que deriva de *tamoi*, abuelo o, mejor dicho, los ancianos[4]; de los *Goitacas*, palabra también corrompida con seguridad y compuesta de *guata*, viajero, y *caa*, madera o bosque (viajeros de los bosques) divididos éstos en tres tribus: 1ª los *Goitaca-guazú* (o grandes); 2ª los *Goitaca-moppi*, sin duda *mbopi* (o murciélagos); y 3ª los *Goitaca-caraya* (o gritones)[5] y, por último, los *Parahiva*, cuyo nombre deriva probablemente de *para*, mar, y de *iba*, fruto (el fruto del mar), y puede entenderse en sentido figurado para designar a los pobladores de la costa: palabras todas tomadas, sin excepción alguna, sólo del idioma guaraní.

Pero si estos argumentos no bastaran para justificar mi aserto, un simple vistazo a los nombres indígenas de los ríos cercanos a Río de Janeiro le daría el carácter de una demostración a la cual no veo que podrían oponer los que propugnan la opinión contraria.

Estos ríos, en efecto, tienen todos nombres tomados de la lengua guaraní y sólo de esta lengua, como los de las tribus mencionadas más arriba; por ejemplo: *Piray*, de pira, pez, y de *i*[6], agua, río (el río de los peces). *Boso-rahi*, de boso, nombre de animal, y *rahi*, joven (el río del animal joven llamado boso). *Uru-rahi*, de *uru*[7], pájaro parecido a la gallina, y *rahi*, joven (el río del pájaro joven). *Guarahi*[8], de *guara*, barrera, obstáculo, etc., e *i*, agua, río (el río con cascada a salto). *Igua*, de *i*, agua, río, y sin duda de *guag*, adornado (río adornado) o de *ygu'a*, rayado. *Pitanga*, proveniente de *pyta*[9], rojo (el río rojo). *Guapeasi*, derivado sin duda del sustantivo *guapeaso*, el Jacana (el río de Jacaná). *Suruy*, de *suru*, desbordado, e *i*, agua, río (río desbordado).

En suma, ¿qué conclusión extraemos de lo que acaba de enunciarse? Concluiremos naturalmente que esas pequeñas tribus, tan numerosas, citadas por los historiadores como primitivas pobladoras de los alrededores del Río de Janeiro actual, y por ellos señaladas de hablar otros tantos idiomas diferentes, no son

---

4 Es de notar que encontré el mismo nombre como designación de una tribu.

5 También podría traducirse *monos aulladores*, pues *Caraya* significa propiamente *mono aullador*.

6 Es la letra *i* con un signo que indica pronunciación nasal, intermedia entre el sonido habitual de esa vocal y el de la *u*.

7 Pronúnciese *uru*.

8 Pronúnciese *Guarají*, guturalmente.

9 Que se pronuncia *puitán*.

efectivamente otra cosa, salvo contadas excepciones, que ramificaciones de la gran nación guaraní; y anticipándome a mis observaciones ulteriores al respecto, cuyos detalles habrán de reproducirse en todo el curso de mi viaje, añado que la nación guaraní ha debido ocupar la mayor parte de los territorios que componen la América Meridional; que si la nación guaraní no es conocida tan bien como la mexicana o la peruana, es porque se mantuvo salvaje, o, al menos, porque no ha realizado tantos progresos en su civilización ni desempeñó un papel tan importante en la historia de la Conquista; pero me atrevo a afirmar (comprometiéndome a probarlo más tarde) que se extendía, de sur a norte, desde el Río de la Plata hasta el Amazonas, y quizás incluso hasta la Guayana, y de este a oeste, desde el pie de la Cordillera de los Andes hasta el Océano Atlántico, comprendiendo multitud de tribus pequeñas, más o menos conocidas, que hablaban lenguas más o menos distintas.

En el mar. 11 de octubre

El 11 de octubre de mañana estaban listos todos los aprestos de la partida y a las ocho aparejamos rumbo a Montevideo. Pasamos lentamente por el medio del canal, bordeando las masas de rocas primitivas. Al mediodía, la tierra desapareció otra vez de nuestra vista y no vimos otra cosa que mar y cielo. No estábamos solos, sin embargo. Un convoy de siete buques de transporte seguía la misma ruta que nosotros; medida entonces indispensable. Numerosos corsarios de la República Argentina recorrían sin cesar el litoral brasileño, para perjudicar el comercio del imperio, pues la República se hallaba en guerra con los brasileños, debido a que éstos habían ocupado la provincia de la *Banda Oriental*. Estos corsarios eran el terror de las embarcaciones mercantes, por los malos tratos que algunos de sus capitanes habían infligido a los pasajeros de los barcos apresados. Algún temor abrigaba al respecto ya que en tiempo de guerra y con los pueblos poco afectos a las ciencias, no podía confiar en que sería respetado. Mi buena estrella me evitó semejante prueba y los corsarios sí capturaron el barco que me llevaba, pero en su viaje siguiente.

Los peces voladores que nos habían escoltado, cuando pasamos por el trópico de Capricornio, desaparecieron por completo, igual que esos hermosos peces dorados o plateados, que los marineros llaman dorados[10], que como verdaderos camaleones marinos cambian mil veces de color antes de morir, cuando se los captura. Gran número de aves los sustituyó: reaparecieron los petreles de tempestad; los voraces dameros del Cabo[11] fueron fieles compañeros de via-

10 *Coryphoena ippurus*.
11 *Procellaria capensis*, Lin.

je hasta nuestro arribo a Montevideo, y se mezclaban a veces con grandes petreles[12] o *quabranta-huesos* de los españoles y con los petreles cenicientos[13]. Cazamos varias de estas aves, a menudo víctimas de su propia voracidad. Percibimos por primera vez, a 29 grados de latitud, esos enormes albatros[14] o corderos del Cabo, que serían cada vez más comunes a medida que avanzáramos hacia el sur.

Una mañana se acercó al buque un cachalote que nos cubrió con el agua que lanzaba al aire por su orificio nasal. Volvió a la superficie dos o tres veces, siempre cerca de nosotros. Tenía la misma longitud que nuestro barco; su cabeza cortada perpendicularmente al frente le daba un aspecto raro. De color grisáceo, su carencia de aletas dorsales nos hizo pensar que se trataba del *Physeter macrocephalus*.

Otra tarde, a pesar de la altura de nuestra borda, saltó a cubierta un calamar que reconocimos como el *loligo Bartramii*, de Lesueur. Su coloración era variada. ¡Qué fuerza debía encontrar este molusco en sus aletas caudales o en el retroceso del agua mediante sus brazos, para haber podido lanzarse a más de diez pies sobre el nivel del mar!

Esta cualidad sólo corresponde a una cantidad muy limitada de especies. La conozco en dos especies de calamares y en las jibias, cuyo aparato natatorio les permite saltar con mayor facilidad que un animal cilíndrico, en el cual la extremidad está munida de una aleta angulosa. Supongo que es para eludir la persecución de los peces que esos animales abandonan así el agua y franquean una distancia tan grande, pues he observado que es al retroceder o cuando huyen que nadan con la máxima velocidad.

22 de octubre

El 22 de octubre estábamos a 32 grados de latitud austral, en calma chicha desde medianoche. A la mañana la superficie del mar se hallaba cubierta por gran cantidad de moluscos y zoófitos. Tuve la suerte de obtener cinco especies del género *Salpa* y algunas difias. No podía cansarme de contemplar esos seres animados, cuya profusión alteraba la natural transparencia del agua, pero una fuerte brisa se levantó de pronto y los hizo desaparecer. El mismo día empezamos a sentir el cambio de temperatura. El termómetro no acusaba más de 10 grados centígrados y esta diferencia bastó para hacernos sentir vivamente el frío. Soplando del sur, el viento nos traía la temperatura correspondiente a una zona más meridional.

---

12 *Procellaria gigantea*, Gm.
13 *Procellaria glacialis*.
14 *Diomedea exulans*. Lin.

El 24 de octubre, a 34º30' de latitud, advertimos la considerable disminución del número de aves. Muchos lobos marinos[15] pasaron cerca del navío; se detenían con la cabeza fuera del agua y parecían querer preguntarnos qué íbamos a hacer por esos parajes, su dominio exclusivo desde hacía tantos siglos. Aún no habíamos avistado la tierra, que el cálculo del capitán ubicaba a unas quince leguas de distancia, la sonda dio veinticinco brazas con fondo de arena compuesta de restos de conchilla, entre los que encontré un hermoso espécimen de *trochus*.

24 de octubre

A la mañana siguiente, varias aves de tierra vinieron a descansar en el cordaje. Es así cómo nos procuramos un cuco, *guira cantara* de Buffon[16], una tijereta[17] de larga cola y un gorrión[18]. Las aves ribereñas, como las golondrinas de mar y las gaviotas, nos anunciaban el litoral. Efectivamente, al atardecer se divisó una tierra que fue reconocida como la *Punta de la Ballena* y *Punta Negra*, cerca de Maldonado. Nuestro barco estaba por entonces cubierto de moscas, libélulas[19] y mariposas venidas de tierra distante por lo menos seis o siete leguas y que probablemente no tardaron en morir en el mar. Al anochecer muchos relámpagos surcaron el horizonte y todo presagiaba una tormenta. Por prudencia, nos alejamos de la tierra; una abundante lluvia nos quitó el temor a una tempestad y el tiempo se puso bueno. Toda la noche fuimos molestados por los gritos de las aves marinas que nos rodeaban. Esos gritos, oídos a distancia, parecen un concierto discordante o la conversación animada de personas que hablan en diferentes tonos.

El 26 aún estábamos rodeados de lobos marinos. Disparamos sobre algunos sin acertar. A la tarde observamos que la superficie del mar estaba cubierta de insectos; echamos una red y en poco rato cazamos más de cincuenta especies sobre todo hemípteros, lepidópteros y coleópteros de la familia de los carábicos; unos muertos, otros aún vivos. Se extendían en el agua, formando una especie de banco, que podría tener más de dos leguas de largo por una anchura considerable, cubierto de estambres y gramíneas. Al principio supuse que habrían podido ser sorprendidos por las inundaciones del Paraná o el Uruguay y llevados mar afuera por el viento, mas reconocí pronto que tal hipótesis era inadmisible, porque las inundacio-

26 de octubre

15 Especie de *Otaria Péron*, cercana a la *Phoca jubata*, Gm.

16 *Cuculus cristatus brasiliensis*, Briss. *Cucullus guira*, Lin.

17 *Tyran* de cola bifurcada. *Muscicapa tyrannus*, Buff, enl. pl. 471, fig. 2.

18 Se trata no del verdadero gorrión europeo, sino de otra especie distinta, probablemente del chingolo. (N. del T.).

19 Especie vecina de la especie común en Francia.

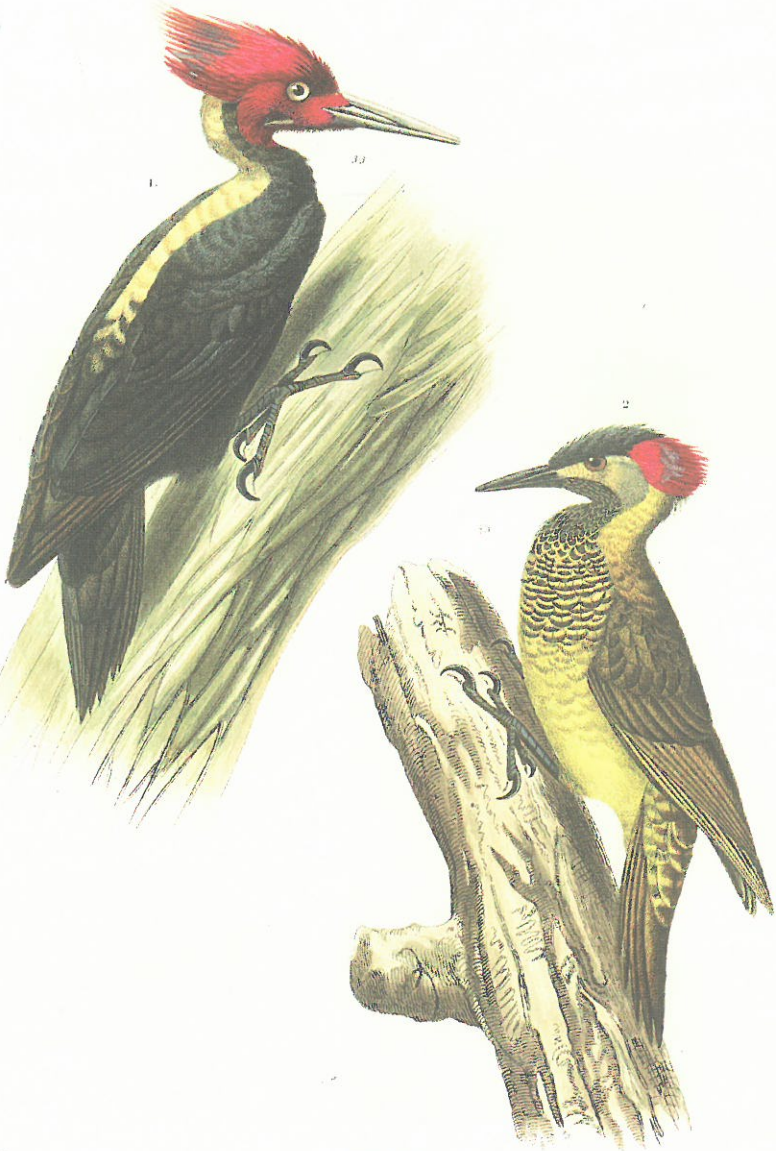
nes de los ríos que acabo de mencionar no se producen en esta estación. Observaciones reiteradas me permitieron descubrir más tarde la verdadera causa de aquel fenómeno, muy natural, por otra parte.

En esas regiones los vientos, más o menos durables, varían del nordeste al sudoeste. Al sur acumulan vapores acuosos que traen de las regiones más cálidas; el tiempo se va cargando, el calor se intensifica, la atmósfera se vuelve más pesada. Al acercarse el cambio de tiempo hay una calma perfecta, precursora de la tormenta. Entonces los insectos se elevan por el aire, donde pronto los atrapan las ráfagas impetuosas de un viento del sudoeste, que se llama *pampero* porque sopla de la pampa, y les impiden volver a tierra, arrastrándolos al mar. Luego viene la lluvia que los derriba al agua, donde se apilan en bancos hasta que el viento del nordeste los lleva a la costa y los amontona formando masas que llegan a tener un pie de altura, en las caletas arenosas próximas a Montevideo y Maldonado.

Como teníamos calma chicha y la corriente se dirigía al norte con fuerza, haciéndonos retroceder, se ancló esperando el día siguiente que nos permitiría llegar a destino. Volvimos a engañarnos. Durante la noche, el pampero, del que ya he hablado, empezó a soplar violentamente y el mar se puso tan grueso que el capitán no pudo levar anclas. Este viento duró tres días, durante los cuales fuimos cruelmente zarandeados. Pero por fin el 29 pudimos levar anclas y proseguir nuestro viaje. Nos acercamos a la costa; pasamos bastante cerca de la isla de Flores, y, a las diez de la noche, habíamos fondeado en la rada de Montevideo.

29 de octubre

1: *Cocos yatai*; 2: *Cocos australis*; 3: *Copernicia cerifera*.



2

1: *Picus atriventris*; 2: *Picus canipilcus*.

CAPÍTULO III

Estadía en Montevideo. Viaje a Maldonado. Vuelta y nueva estadía en Montevideo

Estadía en Montevideo

EL 30 de octubre al despuntar el día quise reconocer el aspecto de la ciudad de Montevideo. Ante todo busqué el Cerro, montaña de la cual tanto me habían hablado durante la travesía y que hizo dar a la ciudad el nombre que actualmente tiene. Esperaba ver altas cimas, pero ¡cuál no fue mi sorpresa al encontrar un territorio completamente llano! La tan mentada montaña era una simple colina de forma cónica aplastada a más no poder, dominando un poco los alrededores, sin elevarse más de cien toesas[1] sobre el nivel del Plata.

El aspecto general de la zona me inspiró tristeza. Me había acostumbrado a la brillante vegetación del Brasil y a su suelo accidentado, y me encontraba con una llanura continua, por decirlo así, desnuda de árboles o mostrando alguno que otro, dispersos en lejanos jardines o en los lugares cultivados; volvía a encontrarme en las riberas peladas de mi tierra natal y ya no reconocía, en esa naturaleza empobrecida, aquella América ideal que mi imaginación se había forjado.

La rada de Montevideo es una especie de mar abierto con bastante buen ancladero, aunque el fondo sea de légamo muy blando. Allí encuentran las naves abrigo para los vientos que soplan del norte y el nordeste, pero no para el pampero o viento del sudoeste; por eso los vigías señalan los numerosos

---

1 Antigua medida francesa de longitud, equivalente a un metro y 949 milímetros. (N. del T.).

restos de barcos perdidos en el fondo de la bahía. Al oeste se halla el Cerro, al que domina un fuerte rodeado de prados naturales, de aspecto bastante alegre; al este se halla la ciudad, primitivamente llamada de *San Felipe*, ubicada en una lengüeta de tierra que se eleva un poco sobre el nivel del agua. Las casas están dispuestas en anfiteatro, bastante bien construidas y de un hermoso blanco, munidas todas de una terraza superior o *azotea*. Las numerosas fortificaciones que rodean la ciudad estaban en ese entonces dotadas de centinelas y todo recordaba la guerra. El fondo de la rada aparece cubierto de médanos sobre los que se observan, aquí y allá, unas casas de campo rodeadas de árboles fáciles de identificar porque provienen de otro suelo: son álamos y durazneros. En aquel tiempo la rada estaba llena de buques de guerra brasileños y de barcos mercantes tomados o detenidos por ellos en razón de haber intentado forzar el bloqueo de Buenos Aires.

Creía posible bajar a tierra el mismo día, pero en esos países poco civilizados y sobre todo en la nación más desconfiada del mundo, la brasileña, sucedió de otra manera. Antes de serme acordado el permiso de desembarco, el gobernador debía considerar si, a su juicio, correspondía hacerme desembarcar o mandarme de retorno, cosa que ya se había hecho con varias personas, pero que me fue evitada, felizmente, aunque tuve que resignarme a contemplar Montevideo sólo en perspectiva, durante dos días.

Autorizado por fin a desembarcar, mi primera ocupación fue el arreglo de mis asuntos pecuniarios que me preocupaban sobremanera debido al bloqueo de Buenos Aires. El cónsul me tranquilizó, haciéndome saber que se encontraba en la ciudad un agente de la casa contra la cual tenía letras.

Este cónsul me sorprendió extraordinariamente con la noticia de que un *gran naturalista* que se decía enviado por el gobierno francés, había llegado cierto tiempo atrás y se disponía a reanudar sus expediciones por la Patagonia, que ya había recorrido durante siete años. Le pregunté su nombre. El cónsul me respondió que se llamaba D..., entonces conde de Potoski. Yo no conocía tal nombre y para quitarme las dudas que manifestaba acerca de la misión de un sabio cuyo nombre jamás había oído mencionar en París, el cónsul me mostró un pasaporte cuya falsificación me fue fácil advertir en los títulos de *hombre de letras*, *sabio naturalista* y *miembro de numerosas sociedades científicas*, que parecían haber sido puestos con posterioridad. Di a conocer mi deseo de ser presentado al señor conde, quien se hizo rogar bastante. Estaba cargado de condecoraciones de todos los países y asumía un tono adecuado al papel que estaba desempeñando. Sin embargo, no tuve dificultad en reconocerlo como un intrigante y desde entonces no le hice más caso; pero la indiferencia, por no

decir más, con que le trataba me resultó más tarde extremadamente perjudicial e incluso pudo ser funesta a la misión que llevaba, lo que hará sin duda que se me perdonen ciertos detalles, cuya gran publicidad en el país me impiden pasar en silencio, por más desagradable que me sea consignarlos.

El señor D ... se había presentado al almirante brasileño como naturalista enviado por el gobierno francés, exhibiendo recomendaciones, falsas a no dudar, de varios profesores del Museo de Historia Natural. Requirió y logró ser trasladado a Buenos Aires en uno de los buques de guerra a cargo del bloqueo. Este *gran naturalista* fue desembarcado en la ciudad por un parlamentario. Se le acogió con todos los honores debidos a un personaje noble y sabio, y pudo pasar, como llenas de preparaciones de historia natural, gran cantidad de cajas efectivamente llenas... pero de artículos de perfumería con los que puso un negocio. El gobierno portugués fue informado de la forma cómo había sido mistificado, y cuando yo solicité, a mi arribo, que se me hiciera llegar a Buenos Aires no sólo me fue negado pasar acompañado por un parlamentario, sino que incluso se me negó el paso aun por el continente y se me retuvo, en cierto modo como prisionero, durante tres meses, tiempo necesario para escribir al cónsul general de Francia en Río de Janeiro y recibir de las autoridades superiores la autorización para proseguir mi viaje.

Las mismas circunstancias desfavorables me acompañaron en Buenos Aires, donde el entonces Presidente[2] no quiso recibirme, confundiéndome con D..., a quien habían desenmascarado y que empezaba a ser conocido en el país por lo que era en realidad. Por ello no permanecí más que veinte días en Buenos Aires a la espera de circunstancias más favorables y la oportunidad de ofrecer una impresión mejor de los naturalistas viajeros. No me extenderé más sobre las restantes aventuras de D..., que desde entonces perdieron su originalidad y ya sólo inspiraron en América un profundo desprecio a su persona.

Después de haber cumplido con innumerables formalidades para poder desembarcar mis baúles, después de haberme agenciado un alojamiento y tomado unas disposiciones domésticas, pensé recorrer los alrededores de Montevideo.

La primera vez no pude salir, por carecer de una autorización del general, comandante de la plaza. Nuevos trámites, nuevas molestias... Obtuve por fin el salvoconducto indispensable, pero el oficial brasileño de guardia en la puerta, que a menudo no sabía leer, parecía sentir que lo usara, a juzgar por el mal humor y la extrema impertinencia con que acogía su exhibición.

---

2 Bernardino Rivadavia. (N. del T.).

Las cercanías de Montevideo eran entonces secas y áridas. El terreno primitivo sobre el que se alza la ciudad, extendiéndose a distancia, en dirección estenordeste, forma una pequeña colina baja, compuesta de gneis laminado, lleno de hermosas placas de mica y a veces de turmalina. Por todas partes se halla cubierta de plantas de poca altura, entre las que predominan las malváceas. Canteras abiertas y multitud de rocas removidas de sus emplazamientos me permitieron buscar en los huecos insectos bastante numerosos pero poco variados; los carábicos eran, entre todos los coleópteros, los más comunes. Bajé al mar que forma una hermosa playa de arena fina que ocupa todo el fondo de la bahía, interrumpida sólo de distancia en distancia por unos bancos de gneis. Encontré en la bahía algunas de esas conchas[3] afectas a la mezcla de agua dulce y salada que presenta el lugar, en el cual durante las fuertes ráfagas del viento este el agua es completamente salada, en tanto que cuando los vientos soplan algún tiempo del oeste o sudoeste, el agua es apenas salobre, y a seis leguas de Montevideo, en el río *Santa Lucía*, es del todo dulce. Esta misma playa, bordeada de médanos, me condujo a un arroyito que hacía las veces de límite entre la tierra brasileña y la ocupada por los patriotas que en aquel entonces bloqueaban por tierra a Montevideo. No quise avanzar más allá, temiendo caer en manos de los *gauchos o* soldados de guerrillas, de ese país, cuyos *ponchos* rojos[4] observara de lejos y cuyas cabalgaduras más parecían volar que correr. Regresé por el interior de aquellos médanos, donde volví a ver, no sin gusto, junto a lindas casitas, álamos y sauces mezclados con todos nuestros árboles frutales franceses. Nada difería esencialmente de nuestra vegetación; el propio sitio me recordaba hasta cierto punto la costa de la Vendée.

Un buque de guerra francés, la *Zélée*, se hallaba entonces en el puerto de Montevideo. Fui a visitar al comandante y oficiales, a los cuales ya tuve oportunidad de mencionar. Se me recibió con la franqueza y amabilidad que caracterizaban a todo el estado mayor de esa nave. Me propusieron llevarme al día siguiente al otro lado de la bahía, al Cerro, donde podría efectuar investigaciones científicas. Era indispensable utilizar los botes de la *Zélée* para dirigirse de aquel lado, porque allí sólo ellos estaban autorizados a hacer desembarcos, por efecto de las medidas militares adoptadas por los brasileños; incluso no lo hacían sin ser a veces molestados por la guarnición del fuerte de *Las Ratas*.

---

3 Una *Corbula* y un *Solen*.

4 Especie de manta provista de un orificio por el que se pasa la cabeza, y parecida a la casulla de un clérigo.

Al amanecer del día siguiente me encontraba a bordo de la *Zélée*. Algunos oficiales quisieron acompañarme. Nos embarcamos en un bote y después de haber pasado a escasa distancia del fuerte de *Las Ratas*, emplazado en el islote homónimo, desembarcamos al pie del Cerro, en una playita arenosa, rodeada de roca viva, compuesta del mismo gneis laminado que el del otro lado de la rada. Nos dirigimos hacia la llanura; todo me atraía, pero fue preciso optar y mi preferencia fue por los pájaros. Dejé que mis compañeros de viaje cazaran ese pequeño espécimen de *tinamu*[5] tan común en los llanos, donde reemplaza a nuestras perdices, y me puse como siempre a errar por el campo, dando caza sin orden a animales de todas clases. En el llano perseguía al estornino militar[6], de garganta y pechito rojos; los bonitos pico de plata[7], cuyo plumaje es de un negro tan lindo; el pecho amarillo[8] y multitud de otras especies menos brillantes.

Prosiguiendo siempre con mi cosecha ornitológica, abandoné la hermosa llanura verde para ganar un riacho de orillas boscosas; allí, entre los pinos y sauces, perseguí al *churrinche*[9], al que su lindo plumaje y la gentileza del porte valieron, de los indios guaraníes, el nombre quizá demasiado bello de *Quarahi rahi* (hijo del sol). Cazando encantadores picaflores llegué a la orilla del riacho, donde encontré valvas vacías de conchas de agua dulce. Deponer el equipo de caza y meterme en el agua fue cosa de un segundo y fui bien recompensado por la molestia, pues pesqué unios y aneodontas nuevos, que me pusieron tanto más contento por tratarse de los primeros que encontraba en América.

Cargado con mis tesoros, atravesé el arroyo y me uní a mis compañeros de caza, en una pequeña granja ubicada en la colina opuesta. Allí me reconfortó agradablemente un vaso de excelente leche. Comencé entonces a dedicarme a la botánica, recogiendo las plantas de las cercanías de la alquería; pero esa planta extranjera, ese alcaucil salvaje, que parecería perseguir por todas partes al hombre, en su vida pastoril[10], ya había invadido todos los aledaños y destruido completamente la vegetación indígena, por lo que me vi en la precisión de trasladarme a la colina opuesta para reanudar provechosamente mis investigaciones botánicas. Recogí gran número de gramíneas; otras plantas no me-

---

5 *Tinamus maculosus*, Temm. *Ynambui*, para los indios guaraníes y Azara. (Se trata de nuestra perdiz, o la perdiz americana, que reemplaza a la verdadera perdiz europea. N. del T.).

6 *Sturnus militaris*, Lin. (Pecho colorado, N. del T.).

7 *Clignot*, Buff., tomo VI, p. 127. *Aenante perspicillata*, Vieillot, Diet., tom. XXI, p. 133.

8 *Leistes suchii* de los ingleses: Zool. Journ., tom. II, 1826.

9 *Muscicapa coronata*, Lin.; *Churincho*, Azara, núm. 177.

10 Más tarde tendré la oportunidad de referirme a esta planta, que actualmente cubre más de doscientas leguas en la zona de Buenos Aires.

nos comunes, las bermudas o *sisyrinchyum*, con flores de colores variados, unas de un hermoso violeta, otras de un bonito amarillo, esmaltaban aquel paraje y formaban, junto con las gramíneas, la base de la vegetación de la llanura, pues las demás plantas, de la familia de las verbenáceas, compuestas, leguminosas (entre las cuales figuraba un lindo altramuz) y ophrydées son raras y se encuentran muy de tanto en tanto. El fondo de las hondonadas y las orillas del agua eran los únicos lugares donde crecía una vegetación más variada, donde las gramíneas y bermudas no prevalecen y se hallan sustituidas por las leguminosas. En general, esas plantas tienen un aspecto del todo europeo, sin tratarse, sin embargo, de las mismas especies. Al buscar plantas no encontré otra cosa que observar. Me llamó la atención una serie de bloques de cuarzo lechoso. Se advertía que eran los jalones de un antiguo filón que, más duro que el gneis que lo envolvía, había resistido más que éste, cuyos fragmentos divididos por la acción de los agentes atmosféricos, seguramente habían sido arrastrados por las aguas. Volví ya de noche a Montevideo, donde el trabajo de preparación hubo de reemplazar al placer de las investigaciones, y apenas me bastaron dos días para poner todo en orden.

Dediqué mis jornadas a recorrer los alrededores de Montevideo, al menos en todo lo que me lo permitiera el bloqueo; a recoger todo lo que pudiera interesar a las ciencias naturales; a redactar mis observaciones y dibujar las piezas que no fueran susceptibles de conservarse de otro modo, sean enteras o sin alteración notable de sus caracteres distintivos. A la tarde frecuentaba algunas casas españolas donde había sido presentado por nuestro vicecónsul francés, el Sr. Cavaillon. Asistía en ellas con frecuencia a las danzas de la región, en las que incluso llegué a participar de manera más o menos activa, sin demasiado temor de comprometer la gravedad de mi investidura oficial; y veía siempre, con renovado gusto, bailarse esas contradanzas nacionales, en las que las mujeres españolas despliegan tanta gracia.

Desde hacía varios días, los oficiales de la corbeta se referían al proyecto del comandante, de cruzar hasta la desembocadura del Plata y visitar algunos puntos de la costa. Pensé que sería la única forma viable de recorrer los alrededores, ya que me encontraba momentáneamente imposibilitado de proseguir mi viaje a Buenos Aires. Fui a ver al Sr. Lefévre y le pedí permiso para acompañarle en el viaje. Acogió mi pedido con gran complacencia, proponiéndome incluso desembarcarme en Maldonado y volver a recogerme, después de realizado un crucero mar afuera. Este ofrecimiento era demasiado seductor en su objeto y demasiado amable en su forma para que pudiera rehusarlo. Me dediqué, pues, a los preparativos del nuevo viaje.

Viaje a Maldonado

El 17 de noviembre me reembarque a bordo de la *Zélée* y navegamos sin novedad rumbo a Maldonado. El 19 nos acercamos a la costa y anclamos la misma tarde en la gran bahía de Maldonado, pero bastante lejos de la playa. Los brasileños tenían en aquel entonces en la rada, dos fragatas de línea y tres goletas encargadas de proteger la construcción de un fuerte que levantaban en el islote de Gorriti, que habían tomado pocos días atrás, expulsando aun puñado de soldados patriotas, sin disciplina, encargados de cuidarlo y defenderlo. Lo habían dotado de una fuerte guarnición.

17 y 19 de noviembre

La rada de Maldonado es una gran bahía formada al oeste por las rocas elevadas de la *Punta de la Ballena* y al sudeste por la *Punta del Este*, igualmente rocosa. El espacio existente entre ambas salientes tiene más de legua y media de una playa de arena bordeada de médanos, más allá de los cuales se observa una zona uniformemente llana al nordeste y matizada por algunos montículos al norte y sur. En el centro se ve una torre que señala la ciudad de Maldonado, oculta por los médanos y que no puede percibirse desde el mar. El fondeadero es bueno, con fondo arenoso. Los navíos pequeños están al abrigo, entre el islote de Gorriti y la costa, pero los de gran calado deben fondear fuera de la isla. La misma tarde los brasileños dispararon varios cañonazos para obligarnos a subir a su bordo: se les mandó un bote.

La mañana del 20 desembarqué con los oficiales de la corbeta, con intención de recorrer los alrededores. A nuestro arribo fuimos recibidos por *gauchos* armados y a caballo, que constituían la patrulla de reconocimiento de la costa. Era la milicia local, que en cualquier otra parte habría hecho retroceder de miedo y que ofrecía una idea bastante poco ventajosa de los fieles defensores de la independencia argentina. Tras un breve parlamento nos dejaron proseguir nuestro camino, siguiéndonos para hacernos compañía. Cruzamos casi un cuarto de legua de médanos erizados de espinos y de tierras pantanosas, para llegar a la ciudad donde el comandante patriota nos recibió perfectamente. También fui a ver a un compatriota mío, médico, casado en Maldonado. Tuvo a bien ofrecerme su casa y su mesa por todo el tiempo que debía quedarme en la región y siempre tuvo para mí toda clase de atenciones.

20 de noviembre

Emprendí una cacería que no me resultó infructuosa, pues recogí multitud de especies de pájaros e insectos. Los alrededores están desprovistos de árboles; por todas partes se ve únicamente la llanura inmensa. Sólo interrum-

pen la monotonía del paisaje unas casas de campo, *o quintas*, diseminadas por los lugares húmedos de las cercanías. Estas casas se hallan rodeadas de verleles donde abundan todos los árboles frutales de Europa. Al oeste de la ciudad encontré, con extrañeza, dispersos por el llano, conos de rocas redondeadas, algunos de los cuales se elevaban a mis de cien pies sobre el nivel del suelo. Subí a uno, reconociendo un granito con mucha mica, lleno de partículas del feldespato blanco. Me sorprendió un fenómeno geológico bastante curioso. En vez de hallarse dividida en la superficie por fisuras irregulares o verticales, la roca estaba, por el contrario, dividida en casquetes, modelados exactamente conforme a la forma primitiva de la masa. No sé a qué atribuir tal fenómeno que sólo podría provenir de una acción puramente exterior. En la cima de aquel montículo encontré plantas peculiares que no había visto por los alrededores y bajo los trozos sueltos, hermosos insectos de la familia de los melasomas e interesantes reptiles de los géneros anfisbena y ofidios.

Otro día, los oficiales de la *Zélée* me invitaron a acompañarlos en una partida de caza a caballo. Acepté con premura la propuesta que me ponía en condiciones de extender el radio de mis investigaciones. Nos dirigimos hacia el oeste, por el camino a Montevideo, pasando junto a los mamelones primitivos que acabo de describir. Llegamos a una colina bastante elevada, cubierta de tierra vegetal, que ocupa un buen trecho del nordeste al sudoeste, desde la Punta de la Ballena hacia el interior. Al igual que muchas otras que siguen la misma dirección, surca uniformemente la porción oeste del territorio, de Maldonado; pero todas afectan, a una distancia más o menos considerable, una especie de paralelismo. Debe advertirse que esta disposición del terreno no caracteriza únicamente las cercanías de Maldonado, sino también todo el suelo primitivo de la provincia de la *Banda Oriental*, como lo demostraré más tarde, dando cuenta de mi viaje a través de esa hermosa llanura.

Llegados a la cima de la colina descubrimos inmensos llanos o, mejor dicho, elevaciones poco pronunciadas, cuyo rico cultivo nos recordaba los campos de Beauce. Trigos del mejor aspecto brotaban en lugares donde la naturaleza se hizo cargo de todos los gastos para centuplicar la cosecha de todo lo que se quisiera sembrar[11]. En medio de los campos, sobre la pendiente opuesta, resaltaban varias lindas cabañas que, dominando la llanura, tenían un aspecto tanto más pintoresco por cuanto un inmenso *ombú*[12], el único árbol de los

11 Digo centuplicar y no es en sentido figurado, pues en la Banda Oriental y en Buenos Aires una medida dada rinde cien y aún más.

12 Especie de Ficus que caracteriza aquellas llanuras.

alrededores, coronaba el cuadro, quebrando la monotonía. Entre estas casitas y la altura donde estábamos, al fondo del valle, manaba un arroyo bordeado de sauces y cuyos numerosos meandros serpenteaban a lo lejos, en la llanura. Nos acercamos y sufrimos el asalto de centenares de pájaros de distintas especies, cuyos gritos denunciaban el miedo que les causaba nuestra presencia. Como era la estación de la incubación, supusimos que el verdadero motivo de su inquietud era el amor a sus nidadas. No nos habíamos equivocado y un vistazo por los alrededores nos bastó para ver toda una colonia de nidos, construidos unos por los trupiales, entre los juncos cercanos al agua y otros en los sauces, artísticamente entretejidos por el *bien-te-veo*[13]. Entre éstos se advertían los nidos de tierra, en espiral, del pájaro más ingenioso, el *hornero*[14]. Fui lo bastante bárbaro (lo exigía la ciencia) como para sacar todos los huevos de los distintos nidos. Entonces, los pobres pájaros redoblaron sus gritos y fue tan fuerte el ruido, que me aturdió. Me alejé rápidamente del arroyo; me siguieron largo rato reprochándome sin duda haber ido, como un infractor a las leyes de la hospitalidad, a turbar sus apacibles amores, que los naturales respetan siempre, lo que les procura gran seguridad y exime del cuidado de esconder sus nidos.

Atravesamos bellos campos de trigo y, sin dejar de cazar, llenos la cima de la colina frontera, que sigue el rumbo de la precedente y va a unirse con la *Punta Negra* de la costa, que no hace más que continuar; por eso es igualmente granítica. Nos acercamos a las cabañas de los agricultores ¡que habíamos visto e hicimos allí una breve merienda de cazadores a la sombra de aquel gran ombú que habíamos contemplado desde la otra elevación. De ahí, una admirable vista se ofrecía a nuestros ojos en todas direcciones y, mientras nos reponíamos, disfrutamos con delicia la belleza de la campiña vecina.

Satisfecho nuestro apetito, nos dividimos, en lo alto de la colina para dar caza a los ciervos o *venados*[15] que, con la cabeza erguida se alejaban velozmente de nosotros, aunque sin dar muestras de temernos mucho. Efectivamente, todos nuestros esfuerzos resultaron infructuosos, incluso con nuestros caballos, y vimos gran número de ellos sin haber podido acercarnos a ninguno. Sobre esta segunda colina descubrimos la famosa *Laguna del Pan de Azúcar*,

---

13 El nombre de *Bien-te-veo* proviene de la audacia con que este pájaro se aproxima a todos los que se detengan cerca de su vivienda y los gritos que emite. En Perú se le llama *Testigo*; es el *Lanius sulfuraceus*, Gm., Buff., enl. pl. 209.

14 *Furnarius rujus*, Vicillot.

15 *Es el Guazuti* de los guaraníes y Azara, o el *Mazame*, *Cervus campestris*.

que toma su nombre de una montaña cónica, llamada *Pan de Azúcar*, que se divisaba a lo lejos. Esa montaña nos recordó que no lejos de allí, al borde de un arroyo que ha conservado su nombre, el infortunado Solís, después de haber visto, por primera vez en 1508, el Plata –entonces llamado por los guaraníes *Paraná Guazú*[16]– regresó en 1515 y, víctima de una credulidad demasiado confiada en los pérfidos ofrecimientos de los terribles *charrúas*, bajó en ese mismo lugar, donde fue el primer español que regara con su sangre las regiones convertidas con el tiempo en teatro de tantas hazañas y crímenes.

Descendimos a la orilla del lago, donde perseguimos a los *carpincho*[17] sin lograr alcanzarlos; se sumergieron en su natural elemento y desaparecieron de nuestra vista. Este lago tiene más de una legua de largo por tres cuartos de legua de ancho; sólo lo separa del mar un angosto dique natural que a veces el mar franquea, cuando hay mal tiempo, lo que hace ligeramente saladas sus aguas. Lo bordeamos un largo rato, dando caza a los pájaros atraídos por algunos pequeños arbustos del litoral. También vi allá, por primera vez, al enorme lagarto que los guaraníes llaman *Teyú*[18] y otros, *salvalizardia*. El que encontré tenía más de cuatro pies de largo; presentaba una agradable mezcla de blanquecino y negro azulado, dividido en la cola por anillos alternos de ambos tintes. Vive en los montículos que bordean el lago.

Al fin, abandonamos la *Laguna del Pan de Azúcar* y *tomamos* otra dirección, para volver a Maldonado. En un país donde las propiedades no están separadas por ningún foso, donde el suelo se halla en su estado primitivo, es fácil dirigirse hacia un punto dado, sin seguir el camino trazado; es lo que hicimos. Cruzamos la primera colina y llegamos a otro lago, alimentado por el arroyo donde había saqueado tan inhumanamente las nidadas de los pájaros. Este lago, llamado *Laguna de los Sauces*, está poco menos que envuelto en juncos de gran altura que impiden aproximarse por muchas partes. De ahí tomamos el borde del mar y regresamos a Maldonado, luego de haber recorrido casi veinte leguas.

Dedique los días siguientes a la exploración de los alrededores, mediante recorridos cuyos objetivos variaba. De este modo, dedicándome un día exclusivamente a la botánica, recogía hermosos helechos[19] y licapodios, así como otras plantas de los llanos próximos, poco diferentes de las de Montevideo.

---

16 De *para o paraná*, mar o gran río, y *guazú*, grande.

17 El gran *Cabiai* de los autores, *Copiyguará*, de los guaraníes, e *Hydrochoerus cabybara* de ErxIeben.

18 *Lacerta teguixin*, Lin.

19 Sobre todo, una especie de *Osmonda*, muy cercana a la *Osmonda regalis*, de Francia. El licopodio es también muy cercano al *Lycopodium inundatum*.

Otro día, mi paseo era completamente entomológico. Entonces los médanos me brindaban bellas especies de melasomas[20] y los lugares cultivados carábicas[21] y longuicornia[22]. Otra vez, en fin, cazaba pájaros, apoderándome así, a su turno, de todos los productos naturales del país, sin olvidar las conchas fluviales que abundaban en los laguitos de la costa.

Una de esas excursiones me llevó a la *Punta de la Ballena*, por la orilla del mar. Examine los animales marinos y la composición geológica de las rocas emergentes. Llegado a la cúspide de esa punta granítica que el mar socava sin cesar, rompiendo con violencia, quise bajar al borde del agua. Una piedra en que había afirmado el pie, desprendió del suelo y rodé con ella hasta el borde de las rocas, de más de veinte pies de altura. Quedé casi sin conocimiento; una fuerte contusión en la rótula me impedía caminar; sin embargo me arrastro lo mejor posible hasta Maldonado, donde pude reanudar dos días después mis caminatas habituales.

No dejaré Maldonado sin suministrar unos detalles acerca de su historia así como sobre el estado en que la conocí, en medio de las guerras que en esa época dificultaban el comercio e incluso la agricultura de toda la zona.

Con anterioridad a la llegada de los españoles a la desembocadura del Plata, los alrededores de Maldonado y la mayor parte de la Banda Oriental estaban poblados por los indómitos charrúas, pueblos cazadores que hacían vida errante y vagabunda por aquellas inmensas llanuras, persiguiendo ciervos, avestruces, o *ñandú* de los guaraníes[23], los numerosos tatúes o los innumerables tinamúes que cubren el suelo. En 1508 descubrieron junto a sus costas las velas europeas, que volvieron a ver en 1515[24], siempre bajo el mando del infortunado Solís, masacrado por ellos poco tiempo después. Once años transcurrieron luego sin que volvieran a ver europeos. En 1526 Gaboto apareció en sus costas, después de haber secuestrado cuatro niños a algunos de los principales jefes guaraníes que vivían algo más al norte. Desde esa época, asistieron sin cesar a nuevas expediciones, que se sucedían con rapidez, y pronto tuvieron que soportar la prueba del peso de las armas españolas en sangrientas batallas que, renovadas hasta nuestros días, no han podido aún abatir su coraje.

---

20 Sobre todo, los géneros *Scotobius*, de Germar, y *Nyctilia*, de Latreille.

21 De la familia de las harpálicas.

22 Y esa linda especie en que cada antena está ornada por una borla de pelos (*Callichroma plumigera*, Olivier, llamada *Cosmus equestris en* el catálogo de Dejean).

23 El avestruz, de Magallanes, o *el Struthio rhea*, Lin.

24 Estas informaciones han sido extraídas en parte del *Ensayo de la Ilistoria. Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, por el doctor don Gregorio Funes.

No obstante, Maldonado seguía siempre inhabitado; y más de dos siglos transcurrieron sin que se pensara seriamente ocuparlo. Este lapso bastó para volver salvajes a los caballos y bestias diseminados por el campo en numerosas manadas, a consecuencia de los reiterados ataques perpetrados por las naciones americanas. Las de Europa enviaban periódicamente navíos armados en corso, que siempre encontraban el medio de procurarse despojos de aquellos animales mostrencos. Una de estas expediciones compuesta de cuatro buques franceses, fue la primera en ocupar la bahía de Maldonado, adquiriendo los cueros vacunos a los indígenas de la costa; pero el celo español pronto fue irritado por esos nuevos colonos. El capitán Don Martín José de Echaurri los atacó, forzándolos a reembarcarse. Trataron de establecerse más al norte, en el lugar denominado Castillo, del que fueron igualmente expulsados por orden de Zabala.

Temiendo los españoles que los portugueses, sus rivales encarnizados, intentaran establecerse en la costa, pues habían manifestado tal deseo, el ministerio de Madrid envió en 1730 a Zabala, gobernador de Buenos Aires, orden expresa de edificar en Maldonado una ciudad semejante a Montevideo, fundada ya hacía cuatro años. Zabala se trasladó personalmente al lugar, para practicar un reconocimiento y, en el informe elevado sobre la cuestión al virrey de Lima, dio una idea tan desfavorable de la bahía y sus alrededores, que se renunció por el momento a la fundación. En 1762, sin embargo, se fundó a dos leguas del actual Maldonado una ciudad denominada San Carlos, que aún existe. Tampoco Maldonado demoró en alzarse en medio de las dunas arenosas que bordean la costa y recibió, en 1786, el título de ciudad. En 1790 ya había, en ambas ciudades, ciento veinticuatro familias y seiscientos treinta y seis españoles, sin contar los numerosos indios a su servicio y los indios amigos.

En 1807 los ingleses, a las órdenes del comodoro Popham, atacaron y tomaron, tras una fuerte resistencia, Maldonado y San Carlos, que pronto devolvieron a España, con motivo de la capitulación del general Whitelock en Buenos Aires; Maldonado siguió prosperando hasta 1812, en que fue tomada por las tropas de Artigas; y entonces con parte de la naciente república del Río de la Plata dio el grito de libertad.

Desde esta época Maldonado fue muy castigada por sus guerras con España y Portugal, y sus luchas intestinas. Más de una vez fue devastada su campaña por los portugueses que la redujeron al último extremo. No hace mucho tiempo que, durante las guerras con Brasil, sus habitantes la abandonaron en parte, refugiándose en San Carlos, donde se consideraban a resguardo de los ataques brasileños. A mi llegada, la ciudad, evacuada por la mayor parte de sus pacíficos vecinos, sólo estaba poblada por gauchos y presentaba un aspecto muy belicoso.

Maldonado está edificada sobre una pequeña eminencia, en medio de un llano. Sus calles han sido bien trazadas, como en todas las ciudades de América, y divididas en *cuadras*. Tiene por monumentos, ante todo una hermosa iglesia, aún en construcción, cuyos trabajos fueron suspendidos por la guerra, pero que una vez terminada podrá adornar con ventaja uno de los lados de una linda plaza. Sobre una alta torre cuadrada construida en la entrada de la ciudad, por el lado del mar ondea la bandera azul y blanca de la República Argentina; desde allí mismo observan los centinelas los movimientos de los brasileños. En tiempo de paz, los habitantes no tienen otro que hacer que la ganadería, y esta aptitud es común a todos los pobladores de la *Banda Oriental. Su* carácter es altivo e independiente. Siempre hizo temblar a los brasileños la palabra *orientales*.

Poco antes de mi arribo a Maldonado, un hombre de carácter, corsario de alma pero bravo soldado, Fournier, harto conocido en la república de Buenos Aires, había adoptado una nueva modalidad estratégica. Rodeado de una tropa pequeña, compuesta por extranjeros de distintas procedencias, verdaderos piratas, la había adiestrado en el servicio triple de la caballería, la infantería y la marina. Tenía seis o siete grandes chalupas, mantenidas siempre en el interior; y en cuanto se enteraba, por medio de sus exploradores, de que en algún puerto de la costa había barcos mercantes brasileños, allá se dirigía de inmediato llevando su flota en carretas que la tropa escoltaba; la flota se hacía al mar y sus jinetes, vueltos de pronto marinos, abordaban resueltamente a los pobres brasileños, sorprendidos por semejante visita. Fournier capturó así un número apreciable de ellos, y los infelices, temiendo por igual a la tierra y al mar, habían terminado por no aproximarse sin terror a los puertecitos que su país poseía en toda la costa de la *Banda Oriental*.

Encontrándose un día en Maldonado ese mismo Fournier, una corbeta brasileña encalló sobre la costa, que sólo estaba dotada de un cañón y tres balas por todo parque. Comenzó por saludar a la corbeta, la cual le disparó toda su artillería, cosa que Fournier esperaba, pues le devolvía sus propios proyectiles a medida que los recibía, hasta que los brasileños cesaron el fuego, advirtiendo que no hacían más que dar armas a su enemigo, y sólo se escaparon porque éste carecía por entonces de lanchas para darles alcance.

El comercio de Maldonado, consistente sobre todo en cueros vacunos, había sido reducido a la nada y se me mostró más de diez mil pieles de lobo marino[25] almacenadas desde hacía dos años por falta de salida. Estas pieles

25 Especie de foca difícil de determinar, porque en su Onero, como en otros, no se puede aún separar las especies.

procedían de la isla de Los Lobos, situada fuera de la bahía de Maldonado, la que debe su denominación a la gran cantidad de esos animales que la pueblan. Esta isla estuvo desierta durante mucho tiempo; únicamente se iba en épocas determinadas, para efectuar una pesca reglamentada de lobos marinos; pero poco antes de la declaración de la guerra de los brasileños, un propietario se estableció allí. El fue quien había enviado a Maldonado la partida considerable que me mostraron. Ulteriormente se produjeron quejas acerca de la disminución de los lobos marinos, los que parecían abandonar su primer asilo para irse a formar nuevas colonias en el litoral de la Patagonia donde seguramente podrán seguir viviendo tranquilos, al menos durante largo tiempo.

La Zélée había regresado a Maldonado después de un crucero de varios días. El comandante me hizo saber que aparejaría el mismo día, rumbo a Montevideo.

En el mar. 30 de noviembre

Me apresuré a hacer embarcar mis colecciones y a la tarde nos hicimos a la vela. Por ser contrario el viento, recorrimos poco camino a la noche. A la mañana siguiente el tiempo estaba en calma y el barco bogaba lentamente. Toda la mañana una nube de libélulas revoloteaba a nuestro alrededor y por momentos cubría las velas a sotavento. Una cantidad extraordinaria de grandes langostas[26] de una sola especie invadió también el barco cubriendo por completo todos los aparejos y las velas. Eran de esta especie de langostas de la cual hablaré después, que migran por miríadas y asolan a veces las provincias ribereñas del Paraná. Parece que una de esas nubes se había abatido recientemente sobre la Banda *Oriental*, pues días más tarde pude ver, en la costa de Montevideo, todas las entradas llenas de despojos de esos insectos, llevados por el viento.

Por la tarde se levantó un poco de viento. Estaba en la mesa con los oficiales cuando sentimos una terrible sacudida y al mismo tiempo un crujido terrible conmovió la nave. Todos gritaron: "¡Varamos en el banco inglés!" Efectivamente, la corriente nos había hecho derivar más de lo calculado y estábamos en este banco, terror de los marinos. El vigía no había señalado su rompiente; dos minutos antes la sonda señalaba ocho brazas de fondo. Nos creímos perdidos. El comandante y el primer oficial dispusieron las maniobras que las circunstancias exigían.

El barco seguía golpeando con violencia, por su parte media a veces, mientras los extremos se plegaban sobre sí mismos. Se echó un bote al agua para sondear, pero el peligro no parecía ser menor. Recordaba un naufragio horrible que poco tiempo antes se había producido en el mismo banco. Por fin, tras

---

26 Especie cercana a la langosta migratoria, *Grillus Migratorius*.

2 de diciembre

media hora de inquietud y dificultades, las sagaces maniobras del comandante nos salvaron y tuvimos el gusto de re flotar, sin otra pérdida que la de la rueda del gobernalle; tanto más felices de haber nos librado a tan bajo por precio cuanto no pasa un año en que el banco resulte fatal para más de una embarcación.

A la noche fondeamos en el puerto de Montevideo, en medio de los barcos mercantes que entonces lo llenaban.

Nueva estadía en Montevideo

1826
Montevideo

Entre otras novedades políticas, nos enteramos al llegar que una proclama del general Alvear, comandante de las fuerzas patriotas, condenaba a muerte a cualquiera que a partir del 12 de diciembre intentara franquear la línea de observación de los brasileños, para pasar a la *Banda Oriental*. Esta rigurosa medida, a cumplirse pocos días después por otra parte, me hacía más difícil la elección de los medios a recurrir para mi salida de Montevideo donde me encontraba, diría, prisionero. Había escrito a Río de Janeiro con el objeto de obtener permiso para pasar a Buenos Aires; pero aún no había recibido respuesta alguna y confesaré que más de una vez maldije de todo corazón al intrigante cuyas bajas maniobras me depararon una situación tan crítica. Sin embargo tuve que tomar partido, y para aprovechar en la medida de lo posible mi estadía en Montevideo, me dediqué a efectuar observaciones harométricas relativas a las corrientes atmosféricas y proseguí las investigaciones de historia natural.

Durante una nueva excursión al Cerro, realizada en compañía de los oficiales de la *Zélée*, habíamos desembarcado cerca de la isla de las Ratas y, armados de nuestros fusiles, nos encaminábamos al lugar donde proyectábamos iniciar la cacería, cuando vimos correr hacia nosotros, a todo galope y con los sables desenvainados, de diez a doce *gauchos* que nos rodearon, tomándonos aparentemente por brasileños, y sin tener en cuenta para nada nuestras observaciones, nos dieron orden de seguirles al campamento patriota, que sabíamos distante más de una legua, agregando que allí nos explicaríamos con el comandante de la línea. Nos resignamos muy a nuestro pesar a seguirles, en circunstancias que los brasileños, desde lo alto de su montaña, al ver un grupo numeroso y sin preocuparse por averiguar si se componía de amigos o enemigos, nos apuntaron con un cañón cuya humareda advertimos y cuyo proyectil en el mismo instante rasgó la tierra a nuestros pies, cubriéndonos de polvo. En

seguida vi que un gaucho desaparecía de su caballo mientras se le caía el sombrero... Lo creí muerto, pero al momento se levantó, no habiendo hecho más que esconderse tras la cabalgadura, siguiendo la costumbre de los *gauchos*, en tal emergencia. El tiro había sido bien dirigido y hubimos de padecer a la Providencia por haberlo hecho dar en medio de nosotros sin que tocara a nadie. El fuerte nos envió otros dos disparos que no nos alcanzaron más que el primero, induciéndonos empero a buscar abrigo tras una colina cercana. El peligro que nuestra escolta había corrido al igual que nosotros, la hizo sin duda más tratable. Unos vasos de vino y unas monedas nos desembarazaron de los gauchos y proseguimos la caza sin otro incidente. Al volver, por la tarde, recogimos la bala de cañón que hubiera podido sernos fatal y se la devolvimos al comandante del fuerte con nuestro agradecimiento por su gentileza.

El coraje de los soldados patriotas o gauchos, llevado a menudo hasta la temeridad, contrastaba del modo más notorio con la pusilanimidad de los brasileños. Con frecuencia un gaucho se apoderaba de noche, e incluso de día, de un centinela avanzado, que enlazaba al pasar galopando a su lado, *sin que éste atinara a defenderse*. Otra vez un gaucho se llegaba al centinela de la línea interior, a pedirle fuego para prender el cigarro. No concluiría jamás si quisiera enumerar todas las jugadas que los patriotas hacían a los brasileños, quienes, cuando un solo hombre, se les acercaba, hacían resonar durante horas sus impotentes cañones y maniobrar todo el día, sobre los taludes de la ciudad, cinco o seis mil hombres con música, para impresionar a un puñado de pacíficos ciudadanos, soldados tan sólo por la emergencia.

Un día los brasileños habían soltado a pastar sus caballerías muy cerca del fuerte del Cerro y bajo su fuego, a medio tiro de cañón. Los gauchos de ronda, en número de diez o doce solamente, en una tentativa de tomárselos, se lanzaron al galope, rodearon los caballos Y efectivamente los arrearon. Eran las once de la mañana; quinientos hombres defendían la fortaleza y toda su artillería no fue capaz de inferir a esos Diómedes americanos otra pérdida que la de una de sus cabalgaduras.

Como sucediera con frecuencia que los gauchos llegaran incluso a pasar la línea brasileña ocultando sus armas bajo el poncho, se ordeno al centinela que no dejara pasar a nadie con ésta vestimenta sin hacérsela depositar al paso. Tal medida costó la vida a uno de nuestros desdichados compatriotas. El comisario de la Zélée regresaba a caballo de una casa de campo donde vivía un francés; se había cubierto con un poncho; el centinela le gritó que se lo sacara; él no le oyó y un disparo de fusil, casi a boca de jarro, lo derribó: murió en un instante. Quizás haya sido la única víctima del sitio de Montevideo, pues los

brasileños no trataban nunca de forzar la línea patriota, contentándose con una observación inofensiva.

La armada encargada del bloqueo de Buenos Aires no hacía más honor a la bravura brasileña. Todos los días, la escuadra patriota, o con frecuencia una sola de sus unidades comandadas por el valiente general Guillermo Brown, salía del puerto, al que volvía a voluntad, cruzando una doble línea de bloqueo, compuesta por gran número de fragatas y corbetas. Durante mi estadía en Montevideo, ese mismo general no temió entrar al puerto, a bordo de una pequeña corbeta, en medio de numerosos barcos de guerra, incluso dos o tres fragatas. Bajo pabellón francés se acercó a una de las fragatas, le descargó una andanada izando el pabellón de Buenos Aires y antes de que los buques de guerra que asistían a esa extraña escena hubieran tenido tiempo de reconocerlo, había virado de bordo y estaba fuera de tiro.

En ocasión de una de las observaciones barométricas que efectuaba diariamente al borde del mar, un oficial brasileño había venido a preguntarme si tenía permiso para levantar un plano de Montevideo. Creía haberle respondido ampliamente, mostrándole el instrumento que utilizaba; pero muy pronto tuve a mis expensas la prueba de lo contrario, y se vera que ignorantes y a la vez meticulosos son los brasileños.

18 de diciembre

El 18 de diciembre a las nueve de la mañana, momento máximo de las corrientes atmosféricas, me había dirigido, como de costumbre, al lugar que tenía elegido para observaciones de ese género, cerca del fuerte de San José. Comencé mi operación, cuando vi que se me acercaba una veintena de soldados conducidos por el mismo oficial al que días antes mi barómetro había producido tantas sospechas. Igual pregunta por su parte, igual respuesta por la mía; y sin querer oír nada, orden impartida por él a su tropa, de llevarme al fuerte San José, adonde fui conducido de inmediato como un verdadero reo del Estado. Allí, un oficial que hablaba francés me hizo padecer un largo interrogatorio durante el cual me agoto en vano por explicar a todos ellos la imposibilidad de levantar un plano con un barómetro, sobre todo si no se varía el lugar de observación. Sin comprender en absoluto, en su ignorancia, el uso de este instrumento, del cual parecían ignorar hasta el nombre, celebraron un prolongado consejo y levantaron un atestado muy largo. A mi pedido de ser conducido al general comandante de la plaza[27] se me llevó con una escolta de doce soldados y un suboficial

27 Muller, uno de los hombres más amables, fuera de lugar entre los demás, Pretendidamente civilizados.

que no me perdía un instante de vista. Recibí el ultraje de atravesar de este modo la ciudad.

El general no se hallaba en su despacho; pedí hablar con su edecán; los soldados se opusieron, propinándome unos culatazos. Atraído por el ruido, el ayudante, en vez de intervenir en mi favor, dejó que se volviera a maltratarme. Tuve la imprudencia de querer oponer la fuerza a la fuerza. No se me permitió esperar al general y se me condujo al puesto del *portón*. Nuevo interrogatorio allí, tan desfavorable para mí como el primero; nuevas burlas por parte de los oficiales, nuevas órdenes impartidas al suboficial. Volví a partir... Se me llevaba a *las bóvedas* (los calabozos), cerca del muelle. Llegado al cuerpo de guardia, pedí papel y tinta al oficial del puesto: negativa; pedí quedarme en el cuerpo de guardia: nueva negativa. Oí correrse innumerables cerrojos; oí un ruido de cadenas. Se me obligó a penetrar en un subterráneo abovedado, del que salía un aire infecto y húmedo, y una doble puerta se cerró detrás.

Al principio no distinguía nada, tan aturdido estaba por todo lo que acababa de sucederme. Poco a poco, volví en mí y me puse a contemplar a la vez mi morada y mis compañeros de infortunio. La celda está por debajo del nivel del mar alto; es abovedada, de forma oblonga y no recibe luz sino por dos pequeñas aberturas: una que da al mar y la otra, a la calle, ambas tan bien enrejadas que apenas dejarían pasar la mano. El piso es tan húmedo y blando que cede a la presión de los pasos; no tiene ni siquiera un poco de paja para que el desgraciado preso dé reposo a sus miembros doloridos. Unas tablas de cada lado sirven de camas y unos bancos completan el moblaje de aquel horrible recinto. Lo ocupaba una veintena de prisioneros, verdaderos esqueletos ambulantes, negros o mulatos de los que no menos de quince estaban encadenados, unos por la cintura y otros por los pies. Esos desventurados me rodearon al instante para darme la bienvenida, muy sorprendidos sin duda al encontrar un camarada... de traje negro. Por suerte llevaba dinero; les di unas monedas y uno de ellos, que parecía ejercer cierta autoridad sobre los demás, a mi pedido se comprometió a procurarme papel e incluso a hacer llegar una carta a quien yo quisiera, siempre que aceptara gratificar al centinela próximo: le prometí todo lo que quiso. Llegó el papel. Escribí de inmediato al general Muller y al cónsul francés, y como debía pagar sólo a la vista de las respectivas contestaciones, aguardo con mayor paciencia el resultado de mi gestión. Hasta el mediodía me sumí en reflexiones nada lisonjeras. Por la ciudad había oído decir que de noche se asesinaba en las prisiones a los reclusos ricos, para robarlos, y también que se les cortaba en pedazos que luego eran echados al

mar; todo ello sin que el gobierno prestara la menor atención. Conocía además la costumbre brasileña de no comunicar a nadie la detención de extranjeros, a quienes detestaban, y dejarlos meses enteros privados de toda comunicación con el exterior. Envuelto en tales pensamientos miraba tristemente a mi alrededor, cuando oí correr el cerrojo de mi prisión... Un rayo de esperanza me iluminó, pero era tan sólo la comida de los prisioneros, consistente en un puñado de harina de mandioca, que se distribuía a cada uno de ellos. El carcelero me la ofreció también pero la rechacé. El alimento se veía apetitoso y las necesidades físicas no constituían, por otra parte, lo que entonces más me preocupaba. Para comer esa harina, los infelices la metían en agua y hacían bolas, que tragaban, librándose apenas de morirse de hambre.

Una hora más tarde recibí del señor Cavaillon una esquela anunciándome que inmediatamente iría a ver al general. No podría expresar el placer que me produjo esta misiva; la leí y releí muchas veces. A las tres un ordenanza vino a buscarme de parte del general. Este digno comandante, al que pronto agradecería mi salida, me rogó que excusara la conducta de sus oficiales, diciéndome que demasiado bien sabía a qué atenerse respecto a la ignorancia de su mayor parte, e invitándome a considerar el perjuicio que me fuera inferido como de la exclusiva incumbencia de ellos. Sin embargo, agregó que haría bien en no volver a hacer mis observaciones porque sería posible que, a pesar de sus órdenes, se me volviera a maltratar. Volví a mi casa, donde recibí gran cantidad de visitas de condolencia, con motivo de mi detención.

¿Será posible concebir que en pleno siglo XIX, oficiales superiores de un imperio como el del Brasil puedan desconocer un barómetro y creer que se puedan hacer levantamientos con un instrumento de tal naturaleza? Los salvajes más toscos de los lugares más retirados de América contemplarían con indiferencia lo que no conocieran; pero tengo la convicción de que no tendrían la torpeza de concebir temores.

Me perdonará el lector por haberlo entretenido tanto tiempo con un asunto personal. No creí que debiera omitirlo, porque se vincula con la situación política de Montevideo, en la época de mi residencia en esa ciudad, y describe a la perfección el carácter de la mayor parte de los militares brasileños... Bien se sabe, por lo demás, que tanto en el Brasil como en cualquier otra parte, se puede encontrar incluso en esa clase, gente instruida y educada.

Por haber desempeñado siempre Montevideo un papel de gran importancia en la historia de América, como capital de una inmensa provincia, poseída sucesivamente por España, Inglaterra, Portugal, la República Argentina y Brasil, y por haber llegado a convertirse en lo que hoy es, la capital de una pequeña

república, un breve resumen de su historia, desde la conquista hasta nuestros días, podrá tener algún interés para el lector[28].

El vasto territorio que se extiende de oeste a este, desde la orilla del río Uruguay hasta el océano, y de sur a norte, desde el Plata hasta el río Yi y los montes de San Ignacio, se hallaba, al arribo de los españoles, poblado en toda su parte meridional por la nación Charrúa y sus tribus, y al norte por otras pequeñas naciones cuyo espíritu de independencia se manifestó desde el comienzo por la resistencia que la primera de ellas supo oponer a Solís, que pronto fue su víctima, y por el persistente coraje con que todas se unieron contra el extranjero, para la defensa de su tierra.

En 1526 Gaboto[29] echó las bases del primer establecimiento español en la desembocadura del Río San Juan sobre la margen oriental del Uruguay. Erigió un fuerte, pero en 1530 los charrúas, celosos de su libertad, expulsaron a los españoles y quedaron dueños absolutos de su país, no sin seguir sosteniendo frecuentes escaramuzas con las diversas partidas de españoles, que sólo pensaron en establecerse definitivamente en el país, en 1566, época en que fundaron el primer poblado de la provincia, Santo Domingo Soriano, que todavía existe, a orillas del Uruguay[30]. Durante los primeros años del siglo XVII, en tanto que los españoles construían ciudades en el interior del continente, al borde del Paraguay, la región del Plata estaba habitada sólo por sus naturales poseedores. La ciudad denominada Colonia *del* Sacramento, luego tomada y retomada, con tanta frecuencia, por españoles y portugueses, fue fundada por estos últimos sólo en 1679[31].

Al principio del siglo XVIII, los españoles pensaron en fundar Montevideo, para eliminar el contrabando con el cual los extranjeros arruinaban el comercio de Buenos Aires. La corte de España ordenó a Zabala, gobernador de Buenos Aires, que fundara Montevideo, con una población llevada del Tucumán o de otros puntos; pero la cosa era imposible y Zabala se limitó a hacer recorrer continuamente la costa por un cuerpo de trescientos indios

---

28 Todas estas informaciones han sido extraídas de Funes, *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Ayres* y *Tucumán*, y *de* otros historiadores.

29 Remontó entonces el Paraná hasta la frontera del Paraguay. Fue en la misma época que, habiendo visto trozos de plata usados como adorno por los guaraníes, cambió el nombre de *Río de Solís*, que había reemplazado al de Paraná Guazú, por el de *Río de* la Plata, actualmente en uso.

30 Santo Domingo de Soriano fue fundado en 1624, y no en 1566, por el gobernador de Buenos Aires, don Diego de Góngora, con los chanás de la isla del Vizcaíno. (N. *del T.*).

31 En 1680, no en 1679, por el gobernador de Río de Janeiro, don Manuel Lobo. *(N. del T.)*.

guaranies, encargados de incendiar por todas partes los establecimientos portugueses; medida tan bárbara como bárbaramente aplicada, pero que no impidió a los portugueses, en 1723, entrar con cuatro barcos al puerto entonces desierto de Montevideo, donde fundaron una colonia que los españoles les obligaron a abandonar precipitadamente al año siguiente. Zabala levantó allí, en la misma época, un fuerte dotado de seis piezas de artillería, confiando su defensa a una guarnición de ciento cincuenta hombres.

En 1726, el gobierno español mandó allá veinte familias llevadas de las islas Canarias, que permitieron a Zabala fundar la nueva ciudad de *San* Felipe de *Montevideo*. *Otras* treinta, igualmente salidas de Tenerife, se unieron pronto a aquellas veinte primeras, de donde proviene el nombre de Canarios que hasta la fecha se aplica a los habitantes de Montevideo, cuyo número, tan pequeño al comienzo, se acrecentó rápidamente gracias a su comercio que no tardó en agregarles numerosas familias procedentes de Buenos Aires; a tal extremo que en 1730, Zabala, con el propósito de conferir mayor importancia a su nueva ciudad, le instituyó un *Cabildo* (consejo municipal).

En 1731, la brutalidad de un portugués llamado Martínez, que vivía en Montevideo, hubo de arruinar por completo la naciente colonia. Disputó con tres indios de la nación Minuan[32] y mató a uno de ellos. Los otros dos, furiosos, lograron levantar contra los españoles a sus compatriotas, quienes, reunidos prontamente en número de trescientos hombres, saquearon todos los establecimientos cercanos a la ciudad, y envalentonados por su primer éxito, provocaron al gobernador a una batalla, en la que las tropas unidas de Buenos Aires y Montevideo, después de haberse batido un día entero, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, fueron obligadas a abandonar todos sus caballos a los indios victoriosos. Zabala, deshecho y carente de tropas frescas para oponerlas a los indios, pidió quinientos guaraníes al padre Jerónimo Herán, provincial del Paraguay; éste, poco deseoso de exponer a sus guaraníes y confiando más, por otra parte, en las vías conciliatorias que en la fuerza de las armas, envió a los minuanes un mensajero de paz, que logró calmar su ira y concertó entre ellos y los españoles un tratado definitivo concluido en 1732.

En 1757, el gabinete español elevó a Montevideo al rango de cabecera de provincia o de gobernación[33].

---

32 Sin duda, una de las tribus charrúas.

33 El cargo de gobernador de Montevideo fue creado por la Corte de Madrid en 1749 y el primer gobernador, el coronel José Joaquín de Viana, se hizo cargo de su puesto a principios de 1751. (N. del T.).

Ese mismo año, los minuanes retomaron las armas y atacaron los establecimientos españoles. Fue en esta guerra que el gobernador de Buenos Aires, Andonaegui, dio la cruel orden, demasiado frecuente y harto bien cumplida en las guerras modernas, de degollar a todos los indios mayores de doce años porque, decía, el *verdadero bautismo de estos salvajes es el de sangre;* felizmente Viana, gobernador de Montevideo, no compartía su criterio, pues en los cruentos combates que sobrevinieron, los españoles tomaron noventa y un prisioneros. Fue en la misma guerra que un cacique, a quien los españoles habían arrancado datos sobre la posición militar de los suyos, se mató de desesperación, para no sobrevivir a la vergüenza de haber hablado.

La historia de Montevideo nada más ofrece de interés hasta 1807, año en que, el 12 de febrero, tras una prolongada resistencia, la ciudad fue capturada por los ingleses, luego evacuada por ellos en el siguiente mes de julio y reintegrada a los españoles en virtud del tratado de Buenos Aires; suceso al que me referí más arriba.

A partir de 1808, el liberalismo del gobernador Elío, quien fue el primero en atreverse a negar su obediencia al virrey de Buenos Aires, ya permitía presagiar los movimientos que dos años más tarde habrían de agitar el país. En 1810 fue lanzado el primer grito de libertad por un puñado de hombres, en la ciudad de Buenos Aires, y pronto tuvo eco por todas partes.

Sólo entonces, Elío cambió de actitud tratando de sostener el sistema monárquico español en América; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. En 1812 el general Rondeau tomó por asalto a Montevideo y esta ciudad se unió a la república de las Provincias Unidas del Río de la Plata, como capital de la provincia de la *Banda Oriental.*

Antes de aquel suceso decisivo, el gobierno portugués había pare*cido* deseoso de sostener las pretensiones españolas sobre la provincia de la Banda Oriental, con el objeto de disimular mejor sus designios *de* invasión de la margen oriental del Plata. Había hecho penetrar en el territorio un ejército de cuatro mil hombres y los habitantes de la república se preparaban para darles una buena recepción, cuando un embajador de la corte portuguesa negoció y concluyó con ellos un armisticio en virtud del cual las tropas portuguesas debían evacuar el país, lo que hicieron en mayo de 1812.

Después de la expulsión de los españoles de Montevideo, la provincia quedó bajo el mando del general Artigas, quien nunca reconoció a la república y reprodujo escenas de horror cuyo recuerdo aún aflige hoy día a esta provincia y a las de Misiones y Corrientes. Cansadas de verter gratuitamente la sangre americana, las Provincias Unidas terminaron por dejar las cosas en aquel estado, limitándose a unificar sus fuerzas contra el español, su común enemigo.

En 1816 y 1817 los portugueses invadieron la provincia con un ejército numeroso. El general brasileño declaró que sólo venía en calidad de mediador, a fin de prevenir la anarquía. Llegó incluso a suscribir un tratado, comprometiéndose a reintegrar al Cabildo las llaves de la ciudad, en cuanto el cese de las perturbaciones políticas del país permitiera evacuar las tropas. Este tratado puso término a la guerra general de la república pero no a la de la provincia. Los orientales siguieron en guerra con los portugueses.

El gran ejército brasileño, en lugar de pacificar el país librado a funestas querellas, sólo pensaba en apoderarse de Montevideo, cuyo Cabildo invitó a los pobladores de la campaña a concluir con los brasileños una paz que fue formalizada en los mismos términos del tratado de 1817; es decir, que la ocupación de la provincia sería meramente transitoria y que el ejército brasileño reconocería siempre a las autoridades locales.

Entonces la ciudad recobró la calma, pero el general hizo saquear toda la provincia; cosa que no obstante se realizó con orden y regularidad; porque jefes militares, asistidos por sus soldados, presidían en persona la retirada de los cueros de los animales que poblaban el campo en cantidad tal que, vendiendo, por ejemplo, una fracción de una legua cuadrada, se apartaba de la operación a todos los animales menores de dos años, no entregándose más que los mayores. En 1821, tras numerosas arbitrariedades, el general portugués hizo aprovisionar la ciudad y declaró la provincia anexada a Portugal, con el nombre de *Provincia Cisplatina*.

Poco tiempo después, Brasil sacudió el yugo portugués y se declaró independiente. Este acontecimiento debía ser aparentemente favorable a la provincia, pero no lo fue. La discordia pareció interponerse entre los jefes. El campo tomó partido por Brasil, la ciudad por Portugal, con la esperanza de acelerar la partida de las tropas portuguesas a Lisboa. Por fin, en 1823, los dos jefes divididos sólo en apariencia y para atraerse la opinión de sus respectivos partidos, se reunieron y convinieron que el barón de la Laguna tomaría posesión de Montevideo en nombre del Brasil y que el general Alvaro sería remitido a Lisboa con su gente. En la misma época y cansada del yugo brasileño, la provincia se puso bajo la protección de Buenos Aires, por medio de un acto auténtico, y declaró nula su incorporación forzada al imperio del Brasil. Sin embargo, el emperador brasileño reforzaba sin cesar la guarnición y dominaba en Montevideo.

En abril de 1826, el general Lavalleja, nacido en Montevideo, tomó la heroica resolución de expulsar a los brasileños. Salido de Buenos Aires con sólo treinta y tres hombres para lograrlo, no tardó en unirse al general Fruc-

tuoso Rivera; en pocos días, ambos habían ganado la campaña para la causa de la independencia. Obtuvieron varias victorias y pronto el Brasil no contaba más que con las dos plazas: la Colonia de Sacramento y Montevideo, e incluso ellas estaban bloqueadas por tierra. Buenos Aires no pudo negarse a sostener al general Lavalleja y, durante mi estadía en Montevideo, la capital de las Provincias Unidas se esforzó por ayudar a los orientales, suministrándoles tropas de línea, equipando para ellos barcos de guerra y corsarios.

Tal era el estado de cosas en la época en que me hallaba en Montevideo. Muchas batallas ya se habían producido entre ambas naciones; sobre todo en la de Sarandí, el general Lavalleja había mostrado a los brasileños que los orientales nada habían perdido de su antiguo valor y podían medirse ventajosamente con ellos. Poco tiempo después se organizó un ejército argentino y cubrió las fronteras; más tarde, la famosa batalla de Ituzaingó obligó a los brasileños a intentar arreglos, a los cuales les forzaban, por otra parte, las perturbaciones intestinas de Bahía y Permambuco, y la magnitud de su deuda pública, que crecía día a día, debido a la necesidad en que se hallaban de mantener tantas tropas bajo las armas. En fin, un enviado de Buenos Aires, don Manuel García, concluyó, en 1828, un tratado de paz muy favorable para Buenos Aires[34]. Las condiciones principales eran la partida de las fuerzas de ambas potencias y la separación completa de la República Argentina, de la provincia que desde entonces constituiría un estado particular, bajo el nombre de *República Oriental del Uruguay*.

6 de enero

El 6 de enero, día de Reyes, unas raras ceremonias atrajeron mi atención. Todos los negros nacidos en la costa de Africa se congregan por tribus, cada una de las cuales elige un rey y una reina. Ataviadas de la manera más original, con las ropas más brillantes que pudieron encontrar, y precedidas por todos los *súbditos* de las tribus respectivas, estas majestades de un día concurren primero a misa, luego pasean por la ciudad y, congregadas por último en la plazoleta del mercado, ejecutan, cada cual a su modo, una danza característica de su país. Allí he visto sucederse rápidamente bailes guerreros, simulacros de faenas agrarias y las figuras más lascivas. Allí, más de seiscientos negros parecían haber recobrado por un momento su nacionalidad, en el seno de una patria imaginaria, cuyo solo recuerdo al lanzarlos en medio de aquellas bulliciosas saturnales de otro mundo, les hacía olvidar, en un solo día de placer, los dolores y privacio-

34 El tratado firmado por García desató una tempestad de protestas en la Argentina y precipitó la renuncia del presidente Rivadavia. (N. del T.).

nes de largos años de esclavitud. Dichosa indiferencia por la desgracia que constituye la base de su carácter, y que, lejos de absolver a sus verdugos, agrava aún más sus errores a los ojos de la humanidad, al mostrar qué fácil les sería suavizar, sin comprometer sus propios intereses, los males de sus pacientes víctimas.

Tal vez jamás se encuentre mejor oportunidad de observar el notable contraste de las costumbres y usos propios de cada tribu africana, y todavía más singularmente el de los rasgos y color; pues según las observaciones que efectuara aquel día, no existen menos variantes entre las razas de Africa que entre las del Nuevo Mundo, en lo concerniente a los distintos grados de intensidad del color de la piel y la mezcla más o menos fuerte del amarillo con el matiz fundamental.

Ya he dicho que la ciudad de Montevideo se halla edificada sobre una lengua de tierra un poco elevada. Su forma es elíptica; muy regular y rodeada de murallas y fosos que la convierten en una plaza militar importante. A su entrada se halla emplazado un fuerte que rompe la apariencia monótona de las aglomeraciones de casas. Este fuerte es sin duda el que hizo construir Zabala en 1724. Aún existe el fuerte San José, situado al borde del mar; luego, por último, una ciudadela, en la parte oriental de la ciudad.

Sólo puede señalarse, como edificio público, a la iglesia Matriz, de estilo español, cuyas torres están cubiertas de cerámica pintada y barnizada.

Otro edificio, la primera casa de la ciudad que se apercibe desde la rada, es el que ocupaba, en 1826, Cavaillon, el vicecónsul francés. Esta casa, bastante alta, está construida en pisos de anchura decreciente, a medida que se elevan; de manera que le prestan, al culminar, el aspecto de una especie de pirámide.

La ciudad de Montevideo tenía por entonces un aire de riqueza, de vida y prosperidad comercial. Los negocios desbordaban de mercancías; hasta las terrazas de las casas estaban abarrotadas y diariamente llegaban más, que era forzoso desembarcar; pero estas mercaderías estaban destinadas todas a Buenos Aires. Se esperaba la terminación de la guerra para llevarlas allá y, sin salida, eran en aquel momento más embarazosas que útiles. Por otra parte, había en Montevideo a la sazón, gran número de oficiales brasileños de tierra y mar, que hacían muchos gastos; los últimos, sobre todo, a quienes el gobierno había atribuido la propiedad de todas las presas marítimas de Buenos Aires, privilegio que extendieron a tal punto que un juez designado por ellos mismos, declaraba buenas presas a todos los buques extranjeros que quisieran entrar a la capital de la República Argentina; de donde resultaban numerosas reclamaciones por parte de todas las naciones afectadas, lo que no contribuyó poco a cargar otro tanto al tesoro imperial. La fortuna temporal de esos oficiales exaltaba más el orgullo que les era propio, y los naturales sufrían mucho por su impertinencia.

El comercio ha brindado, mediante comunicaciones frecuentes entre los habitantes de todos los países, un aire de soltura y amabilidad de modales a los ciudadanos de Montevideo, dotados, por otra parte, como todos los argentinos, de mucha vivacidad y excelente aspecto. Los hombres son bien formados, con buena figura; las mujeres, bonitas, amables y muy espirituales. El porte de éstas últimas es noble, digno y reservado, a tal extremo que un francés, acostumbrado a la manera generalmente más simple de sus compatriotas, empieza por sentirse extrañado por los aires que se dan las damas de Montevideo, en las que ve afectación; pero pronto se acostumbra y concluye por admirar las gracias que antes le parecieran postizas.

Durante los primeros días de enero, había recibido por fin, del gobierno del Brasil, la autorización necesaria para proseguir mi viaje. El presidente de la provincia (*el Barao da Villa Bella)* me invitó a visitarle, recibióme con mucha amabilidad y me permitió partir, a mi elección, con un parlamentario o por tierra, agregando que las órdenes que había recibido le encomendaban protegerme con toda su autoridad. Feliz por este permiso, no me dediqué a otra cosa que a los preparativos del viaje por tierra, prefiriendo esta ruta a cualquier otra, con la esperanza de estudiar mejor así el interior de la provincia, tan elogiado por sus habitantes; pero había oído decir que la prudencia no aconsejaba viajar solo, a fin de no exponerse al peligroso encuentro con los desertores y bandidos que infestaban entonces, en gran número, la provincia de la Banda Oriental. Multitud de franceses, venidos para establecerse en Buenos Aires, estaban retenidos en Montevideo y no pedían nada mejor que seguir hacia su destino. Me fue fácil, pues, elegir entre ellos y organizar una pequeña caravana, compuesta de once hombres, dos de ellos con sus familias. Alquilé carretas para el transporte de los equipajes.

El feliz paso por Montevideo del señor de Mendeville, que regresaba a Francia con el objeto de recabar el puesto de cónsul general, me deparó una recomendación suya para el general Mansilla, por entonces comandante de la línea patriota, con la que me puse al abrigo de los efectos de la proclama del general Alvear que ya mencioné; proclama que, por lo demás, jamás fue puesta en práctica. Partí sin temor: dichoso de poder dejar por fin una ciudad en la cual, desde hacía tres meses, molesto en todos mis movimientos, me encontraba en cierto modo cautivo. Mis dignos amigos, los oficiales de la *Zélée*, vinieron a despedirme.

10 de enero

El 10 de enero franqueé las puertas de Montevideo, y pude desde entonces respirar, con tanto mayor placer, el dulce aire de la libertad.

CAPÍTULO IV

Viaje por la provincia de la Banda Oriental y primera estadía en Buenos Aires

Cerca del mediodía, la caravana cuyos bagajes estaban cargados en dos carretas se puso en camino, y marchamos alegremente hasta la noche. Estábamos en territorio de los orientales y pronto las avanzadas patriotas nos ordenaron detenernos hasta la mañana siguiente. Sacamos las carretas del camino y se soltó los bueyes en un hermoso llano donde debíamos vivaquear. El temor a los asaltantes nos indujo a organizar nuestro pequeño grupo; cada cual debía hacer dos horas de guardia, a su turno, y todas las armas tendrían que estar dispuestas, de forma tal que todo el mundo se hallara listo al primer aviso. Los soldados que habíamos encontrado no nos tranquilizaban; su aspecto no era de los que inspiraran confianza; el tono con que nos habían dado el alto tampoco nos había parecido muy cortés; sin embargo estábamos contentos; reunidos en torno a nuestras carretas, nos felicitábamos por haber salido de Montevideo y cada cual se comprometía a hacer lo posible para facilitar el viaje, que era para nosotros una fiesta. Por mi parte, a cada momento dejaba la conversación para perseguir luciérnagas[1]; en fin, como la noche avanzaba quise dar el ejemplo haciendo la primera guardia, de diez a doce de la noche.

1827
Banda Oriental
10 de enero

La noche estaba muy oscura aunque esmaltaran el cielo esas bellas constelaciones cuyo puro fulgor caracteriza al hemisferio austral. A más de diez pasos no podía verse nada más que la lumbre fugaz de los numerosos *elater* que, en su vuelo

1 Especie vecina al *Elater noctilucus*, Lin.

rápido, describían curvas variadas sobre el negro fondo del horizonte. No había visto una noche tan serena, después de la pasada en Tenerife[2]. Ni un soplo de viento se sentía; la naturaleza toda parecía adormecida y el hondo silencio no se quebraba sino a ratos por el canto siempre igual de algunos grillos[3] y por el de una especie de rana que dejaba oír sones argentinos, semejantes a un carillón de campanitas de tonos diferentes, que se tocara sin regla ni medida. Aquel silencio, tan lúgubre por sí mismo, infundía al prolongarse una melancolía de la cual vino a librarme el fin de mi guardia, sustrayéndome a los tristes pensamientos que me sugería la comparación de esos campos con los de Francia.

Al despuntar el día siguiente, se uncieron los seis bueyes a las carretas y reanudamos la marcha a través de inmensas llanuras en las que nada limita la mirada, y cuya fría monotonía sólo resulta alterada, sin mejora, por unos valles de mediana profundidad o por campos de esos alcauciles salvajes que ya he mencionado[4]. No seguíamos una ruta trazada; tratábamos de alcanzar el campamento patriota al que llegamos tras una hora de andar.

Para hacerse una idea de este campamento, es preciso concebir una reunión de gentes vestidas en todas las formas posibles, acostadas todas al aire libre. ¡Cuánto admiré entonces la simplicidad de esos valientes, consagrados a la defensa de su patria! Nunca tuvieron pan: carne, por todo alimento; expuestos día por día al fuego de un sol ardiente y sin otro lecho, de noche, que el cuero *(recado)* que les sirve de montura durante el día y que extienden en el suelo a la noche; sirviéndoles el cuerpo de la propia silla de montar, de cabecera, y su poncho de cobertor. Nunca pueden desvestirse. Cae el rocío sin impedir que esos bravos militares, hasta ayer pacíficos pastores, descansen esperando el día, que pasan vigilando sus fronteras y combatiendo a los usurpadores de su tierra. Apenas un galón en la gorra distingue a los oficiales de los soldados rasos. La vestimenta de los soldados gauchos consiste en un pantalón blanco o *calzoncillos*, un *chiripá*, de color azul o rojo escarlata, pieza de tela que les envuelve la cintura y las piernas; un poncho azul, orlado de rojo, que pliegan sobre sus hombros, lo que presenta un contraste de colores bastante subido. Por calzado gastan *bolas de potro*, es decir botas hechas con cuero pelado, sin curtir, de la pata de un caballo, y cuyo codo forma el talón[5]. Se tocan con un

---

2 Ver cap. I, pág. 15.

3 Espécimen del género *Grillus*, cercano al *G. campestris*, Lin.

4 Ver cap. III.

5 Con frecuencia los gauchos matan un caballo sólo para tener un par de botas, que ablandan frotándolas entre sus manos.

sombrerito, en forma de pan de azúcar, cubierto casi siempre por un pañuelo de color atado a la cabeza de manera que flote sobre sus hombros y los refresque mientras galopan. Como armas tienen un sable, una carabina y a veces pistolas; pero todos están munidos del terrible *lazo*[6], del que más de una vez tendré ocasión de hablar, así como de las no menos peligrosas *bolas*[7]. No existe nada más elegante que un gaucho al galope, alzado el poncho, con la tercerola apoyada en el muslo y en actitud oblicua.

Después de un largo parlamento con el oficial que comandaba el campamento, y gracias a mis cartas de recomendación, se nos autorizó a seguir nuestro camino. Me extrañó ver que fuerzas tan poco imponentes impusieran tanto miedo a los brasileños. Habían apenas doscientos milicianos orientales que vivían en el campo, acampando ya en un lugar, ya en otro, ¡y este puñado de soldados tenía en jaque a más de cinco mil hombres de las tropas de línea brasileñas!

Llegamos a un camino y proseguimos nuestro viaje siempre a través de la llanura. Cerca de las nueve percibimos a lo lejos un bosquecillo; nos fuimos acercando e hicimos alto en sus proximidades, dentro de una *estancia*[8] (establecimiento donde se crían animales), de la que formaba parte, con intención de permanecer hasta la noche, conforme a la costumbre de tal clase de viajes. Fui a visitar a los habitantes de la hacienda, quienes me recibieron con suma amabilidad. Les requerí permiso para recorrer el monte de naranjos y durazneros que rodeaba la casa. Me lo acordaron sin dificultad y maté varios pájaros interesantes; entre otros, el cardenal americano[9], lo que me granjeó los reproches del propietario que, desde hacía mucho tiempo, veía a los mismos casales anidar anualmente en su huerto. También maté varias perdices o tinamus, cosa que no desagradó a los compañeros de viaje encargados de la cocina.

Partimos a las tres, marchamos por los llanos hasta las diez e hicimos alto junto a un pantano fangoso, donde, cual nuevos tántalos, no pudimos durante toda la noche saciar la sed que nos devoraba.

---

6 El *lazo* es una trenza de cuero sin curtir, de doce a diez y ocho metros de longitud, uno de cuyos extremos se ata a la montura, mientras que el otro tiene un anillo de hierro que sirve para hacer el nudo corredizo. Describiré con mayor extensión esta temible arma, haciendo conocer sus aplicaciones.

7 Dos o tres bolas unidas a un eje común mediante otras tantas correas de más de un metro de largo, que se usan para detener a los caballos en plena carrera, derribándolos.

8 La palabra *estancia* significa propiamente un lugar de descanso o una casa de campo; pero en el país designa solamente un establecimiento en que se cría ganado, y el director del establecimiento se llama *estanciero*.

9 *Oxia cucullata*, Lath., subgénero *Paroare*, Lesson.

El 12 nos alejamos sin pesar, al amanecer, de un lugar que sólo nos deparara privaciones. Nos encontramos en una llanura perfectamente lisa, donde nada interrumpía la mirada; solamente a las ocho comenzamos a distinguir en el horizonte puntos a los que un extraordinario espejismo daba el aspecto de torres o monumentos elevados; pero tales puntos cambiaban de ubicación e incluso desaparecían por momentos. Pensamos entonces que no podían señalar una ciudad, y poco después los identificamos con tropas de caballos, de los que los primeros, agrandados por la ilusión, nos había parecido que corrían al borde del agua. Aquellas innumerables tropillas libres por el campo nos anunciaban la proximidad de un lugar habitado y no tardamos, en efecto, en divisar los campanarios de Canelones[10], una de las ciudades de la región. Era por entonces capital de la provincia y sede del gobernador. Pronto llegamos y la hubiéramos tomado a lo sumo por un villorrio, por cierto bastante extenso pero de triste apariencia. Cada casa está dotada de un gran recinto o *corral*, al que se introducen los caballos para enlazarlos con mayor facilidad. Estas casas están hechas de tierra y constan de una sola planta, seguramente por temor al pampero. Están cubiertas de tejas o juncos. Todos nosotros nos hicimos lenguas de la pobreza de la ciudad.

12 de enero

Hubo que visitar al gobernador, que nos obligó a sacar nuevos pasaportes para Buenos Aires, pero que fue lo suficientemente amable para no retenernos más que dos horas. En aquel tiempo, Canelones estaba desprovista de todo. No pudimos obtener pan ni bizcochos, lo que nos pareció muy extraño. Aún era demasiado bisoño para no hacer semejante observación, pero más tarde, ya acostumbrado a no encontrar en ningún lado, durante meses enteros, este alimento de los pueblos civilizados, terminé por encontrar muy natural comer sólo carne, que por otra parte constituía el único alimento del país. Todos los productos extranjeros tenían un precio excesivo, pues el bloqueo de Montevideo sólo permitía que llegaran de Buenos Aires por tierra, pero no ocurría la misma cosa con la producción local porque compramos caballos a cinco o seis francos por cabeza y los revendimos en Las Vacas con más del ciento por ciento de utilidad, después de haberlos hecho andar ochenta leguas.

A la salida de Canelones, el terreno sigue llano por un trecho y luego se ondula de golpe, en colinas de poca elevación, y cuatro leguas más lejos unos árboles que divisamos en el horizonte nos advirtieron de la cercanía de un

10 *Los grandes canales*, nombre asignado a esta localidad por los dos brazos de río que pasan junto a ella para luego unirse al río *Santa Lucía*.

curso de agua. En efecto, pronto tuvimos que cruzar un riachuelo denominado Canelón Chico, casi seco entonces, y a una media legua de allá cruzamos el otro llamado Canelón Grande, por oposición al primero, a cuya orilla hicimos alto. Es de notar que en la zona sur de la provincia oriental del Plata ya no se encuentran aquellos inmensos bosques que cubren los territorios situados en el grado 26°. Por el contrario, el suelo está desnudo, con algunos árboles que se agrupan a orillas de los arroyos o riachuelos.

El *Canelón Grande* es bastante ancho y da la impresión de tener un curso rápido en la estación de las lluvias; pero sus aguas estaban muy bajas y sólo a intervalos tenían remansos de alguna profundidad, en los que pesqué hermosas especies de cirenas[11], unios y anodontes[12]. Los *convolvulus*, bastante numerosos, que cubren las porciones húmedas de la ribera, me ofrecieron lindas especies de insectos, sobre todo cálidos de bello azul metálico. Los árboles de la orilla mostraban, de trecho en trecho, colgados de sus ramas, los gruesos nidos del ingenioso anumbí[13] que, en su inquietud y precipitación, hacíamos oír a ratos su canto acompasado, verdadera parodia del de su vecino, el hornero, no menos ingenioso y cuyas gamas cromáticas, ejecutadas por el macho y repetidas simultáneamente, una tercera más alto, por la hembra, llenaban el contorno, contrastando con los agudos gritos de las urracas[14] y de los cucos *guira cántara*, cuyas bandadas viajeras cambiaban de sitio cien veces por hora; en tanto que el silencioso pero brillante cardenal americano desplegaba el rojo fulgurante de su cabeza, en oposición al gris pizarra del resto de su cuerpo.

Reanudamos la marcha a las cuatro, como de costumbre, y al anochecer divisamos los árboles que bordean la orilla del *Santa Lucía*; pronto lo alcanzamos y atravesamos la localidad del mismo nombre que parece ser de las más pobres. Sus casas son de tierra, casi todas cubiertas de paja. La vista de este pueblo me recordó la historia de un español que había conocido en Montevideo. Hecho prisionero con muchos compatriotas en la primera guerra de independencia, época durante la cual la palabra español causaba horror en el país, el infeliz iba a ser degollado por orden de un enemigo bárbaro, junto con todos sus compañeros. Todos lo fueron, en efecto; pero un rosario que tenía al cuello desvió el hierro homicida y nuestro personaje, dejado por muerto en el sitio, en medio de los cadáveres y la sangre, volvió en sí, a la noche, aunque gravemente herido, y

---

11 Especie nueva que describiré entre los numerosos moluscos nuevos.

12 Especies nuevas.

13 *Anabates, Furnarius Anumbi*, Vieillot.

14 *Psittacus marinus*.

recibió, en un rancho cercano, una hospitalidad que lo volvió a la vida. Refirióme el infortunado que luego vio varias veces a su juez y verdugos sin poder evitar un escalofrío involuntario, al recordar el peligro que había corrido.

Dejamos la localidad y llegamos al río, un poco salido de cauce por entonces, bastante ancho y cuyas aguas corrían muy rápidamente.

Los bueyes entraron pero, al llegar al medio del lecho, perdieron pie. La corriente empezó a arrastrarlos junto con las carretas, en las que viajaban las mujeres de dos de mis compañeros, que daban gritos de terror. Ya el agua los rodeaba por todas partes. Felizmente, el conductor, que montaba a caballo, logró sacar a los bueyes del mal paso, tanto más temible cuanto que pocos de nosotros sabíamos nadar. En la mayor parte de América no se han construido aún puentes sobre los ríos; de manera que por lo general se los vadea cuando están bajos y, cuando se hallan crecidos por efecto de lluvias abundantes, se espera para cruzarlos que bajen las aguas o se los atraviesa en un cuero de buey, en la forma que más adelante habré de describir.

Las riberas del *Río de Santa Lucía* están arboladas en una extensión relativamente grande, lo que explica sus frecuentes desbordes, de donde proviene que se mencione siempre en la provincia *el monte de Santa Lucía*. Al salir del río nos tomó la noche y fuimos agradablemente sorprendidos por la gran cantidad de vampiros o luciérnagas que revoloteaban en todas direcciones y cuyo instantáneo fanal, encendido y apagado sin cesar, a voluntad del insecto, dibuja un horizonte luminoso y movible que sólo atino a comparar con el efecto producido por aquella multitud de cuerpos fosforescentes que brillan sobre el mar, en el trópico, cuando el tiempo está en calma. Esa nube titilante cubría una franja de un cuarto de legua, junto al río o por tierras más bajas y un poco pantanosas, favorables al género de vida de los animales que lo componen, y que más tarde fueron reemplazados por algunas luciérnagas, de vuelo más alto y veloz. Este espectáculo variado nos acompañó hasta cerca de un arroyito, donde acampamos para pasar el resto de la noche; carecía de árboles y sus aguas eran tan barrosas que no las pudimos beber.

13 de enero

Al día siguiente no encontramos ninguna vivienda por el camino. Aquella hermosa campaña estaba completamente desierta; aquel hermoso prado natural se hallaba entonces sin animales, y esqueletos o restos de osamentas, dispersos acá y allá, constituían el único testimonio de que existieron en la región con anterioridad a las últimas guerras con los portugueses. Al parecer, en aquel entonces cubrían, en efecto, la tierra; y muchas personas dignas de fe me dijeron en Montevideo que, entre 1810 y 1820, para atravesar sin riesgos la Banda Oriental, era preci-

so echar del camino a los innumerables rebaños de toros salvajes que, celosos de sus derechos de dominio, a veces disputaban el paso a los viajeros. Pero solamente alcanzamos a encontrar unas tropillas de ciervos y numerosas familias de ñandúes o avestruces americanos, a los que no intimidaba nuestra proximidad, sin duda acostumbrados a que no se les molestara en el desierto. Es de lamentar que una provincia que sus numerosos puertos sobre el Plata harían la más rica del mundo, por poco que fuera cultivada o solamente poblada por pastores, siga absolutamente despoblada por efecto de las guerras con los portugueses y de la poca estabilidad de sus nuevos gobiernos, símbolos perpetuos de discordia y anarquía.

A la tarde llegamos a un sitio bastante singular, desde el punto de vista geológico: la llanura aparecía cubierta de bloques graníticos, aislados, emergiendo de la hierba, sin seguir un rumbo dado, los que aunque pertenezcan a un mismo sistema de formación no parecen formar parte de una misma masa; presentan más bien el aspecto de rocas golpeadas y quizás también arrastradas mucho tiempo por las aguas, pues todas sus aristas están erosionadas, todos sus lados presentan superficies redondeadas y, hundidas por varias partes, mantienen unos arbustos entre sus grietas. Me hicieron recordar a las que Humboldt encontrara en las cercanías del lago de Valencia o Tacarigua[15], cerca de Caracas, en Colombia, y a orillas del Orinoco[16]. Es muy notable encontrar en todo nuestro globo los mismos fenómenos y el mismo aspecto cada vez que existe identidad en la composición del suelo y en las condiciones locales. Cuando la noche nos ocultó los accidentes del terreno, aquellos arbustos que sobresalían de los bloques de granito producían un efecto muy salvaje e inspiraban miedo a las mujeres de nuestros compañeros de viaje, que a cada momento creían ver jinetes o cualquier otra cosa terrorífica. Tales fantasmas desaparecieron al fin y la vasta llanura volvió a mostrarse ya sin ningún camino trazado, por lo que nuestros guías se detuvieron más de diez veces para buscar huellas conocidas en los lugares donde se desorientaban.

14 de enero

El 14 partimos muy temprano, siempre atravesando la hermosa llanura ondulada que caracteriza a aquella región. A las ocho vimos unos árboles a la distancia, lo que nos alegró. Esa arboleda bordeaba un brazo del río *San José*, que cruzamos, y seguimos teniendo bosques a la vista, hasta el río propiamente dicho, que también atravesamos más tarde, aunque con mucha dificultad, porque estaba muy crecido. Este río corre rápidamente entre árboles y espinos; más lejos confluye con el

15 *Viaje a las Regiones Equinocciales*; t. V. p. 160.
16 Ibíd., tom. VIII, p. 327.

Santa Lucía, del que es uno de los más grandes afluentes. Apenas cruzado el río, vimos a lo lejos el poblado de *San José*, situado en una pequeña eminencia. Pasamos a su lado y fuimos a detenernos al otro extremo, cerca de un arroyo agradablemente sombreado por sauces de gran altura, cuyo elegante follaje, muy semejante al del sauce llorón, sombreaba las aguas con sus ramas verdeantes.

Nuestras provisiones empezaban a disminuir y se hacía sentir la necesidad de renovarlas, por lo que convinimos que se mandaría a comprar, en San José, lo que nos hiciera falta. Pero el resultado de la gestión no compensó nuestra espera. En San José no había pan ni carne. Para obtenerlos había que esperar uno o dos días. Por fuerza hubimos de tomar partido y cada cual se dedicó a lo que satisficiera sus gustos. Estos se paseaban, mirando sin ver nada; aquellos cazaban o dormían para olvidarlo todo; y los demás maldecían a los pobres naturales, tratándolos de salvajes. Por mi parte, ateniéndome al viejo proverbio, según el cual no hay mal que por bien no venga, estaba encantado de un contratiempo que me permitía hacer en la vecindad abundante cosecha. Las conchas fluviales tuvieron preferencia al comienzo, debido a la proximidad del arroyo. Encontré ejemplares de la misma especie que los recogidos cerca del Cerro de Montevideo. Busqué luego las especies terrestres, pero sólo encontré una. La caza de insectos sustituyó a la de conchas; fue muy fructífera y me maravilló sobre todo un hermoso espécimen de escarabajo[17]. También quise ir a San José: es un villorrio muy pobre, la mayor parte de cuyas casas están techadas con juncos. La iglesia se halla a tono con lo demás. Sin embargo, San José conserva el recuerdo de la famosa batalla ganada en sus alrededores a los españoles, en 1811, por don José Artigas, uno de los jefes patriotas.

Al caer la noche, tomamos precauciones contra la posibilidad de un ataque. Nos hallábamos a menos de medio cuarto de legua de San José y bastante cerca de un bosquecito de sauces, que ya he mencionado. Pasamos la noche tranquilos. Al día siguiente tuvimos que resignarnos a permanecer aún más tiempo, por no haber podido obtener las provisiones que esperábamos. Nos desquitamos con las perdices, torcazas y urracas, entre las cuales hicimos una horrible carnicería. Siempre teníamos en la mesa una caza deliciosa, prodigada a tal punto que se echaba en la sopa hasta una docena de tinamus (perdices). Al llegar la noche, que confiábamos pasar tan tranquilamente como la anterior, concebimos temores al ver rondar, a cierta distancia, dos jinetes armados. Adoptamos precauciones extraordinarias, las que no fueron inútiles, pues a

17 *Scaraboeus mentor*. Guér., Inc. du règne anim.

medianoche nuestro centinela vio acercarse a nuestro campamento unos hombres a caballo, que parecían tratar de sorprendernos, así que nos despertó a todos, sin dejar que se acercaran. Nuestra actitud se les impuso, con seguridad, porque tras unas preguntas a que respondieron, según la costumbre, diciendo que eran soldados de la patria y que no querían otra cosa que encender sus cigarros en el fuego, se retiraron profiriendo insultos. Quedamos alerta el resto de la noche y nuestros guías pudieron referirnos a sus anchas los diferentes robos cometidos en la misma ruta, desde que empezara el bloqueo que obligaba a atravesar la Banda Oriental a los que viajaban a Buenos Aires. Entre otros robos, se menciona uno a cuyos protagonistas pude conocer, que se cometió en forma bastante curiosa. Dos franceses y seis ingleses acampaban, tal como nosotros, en pleno campo y cenaban junto al fuego, cuando cinco hombres que se presentaron como soldados de la patria se les acercaron, pidiéndoles fuego para encender sus cigarros. Se les ofreció de comer, lo que aceptaron, y en el momento en que los viajeros estaban más desprevenidos, tres de ellos se encontraron maniatados detrás de las carretas y los demás tuvieron que dejarse atar también, para salvar la vida, después de lo cual los bandidos tomaron de las carretas todo lo que les vino en gana y se retiraron con su botín; quisieron incluso matar a uno de los franceses, que fue salvado por los insistentes ruegos de una dama montevideana.

16 de enero

El 16 pudimos por fin conseguir pan. Compramos un buey que se derribó a la manera del país; es decir que, después de haberlo enlazado por la cornamenta, en medio de la tropa, y de haberlo llevado junto a nuestras carretas, se le volvió a enlazar por las patas; cayó y le hundieron un cuchillo en la garganta. Cuando un buey es muy bravo se lo desjarreta, cosa que hacen los gauchos con gran habilidad, sin apearse del caballo.

En general, todos los argentinos son buenos jinetes. La costumbre los hace diestros al punto de recoger del suelo una moneda, a todo galope; saben asimismo ocultarse en el flanco de sus cabalgaduras, de tal forma que a menudo, en lugar de un regimiento de caballería, sólo se ve una tropa de caballos; táctica que les permitió asegurarse la ventaja en las numerosas escaramuzas producidas durante las guerras de la Banda Oriental.

Dejamos finalmente San José, hacia las cuatro de la tarde, y cruzamos por tierras onduladas, cubiertas de esas rocas aisladas que ya he mencionado. Nuestro primer alto tuvo lugar cerca del arroyo Pavón, lleno de piedras y cuyas aguas rápidas caen en cascadas pequeñas, cavando estanques bastante hondos en que el agua es muy buena. El 17 por la mañana, antes de partir, fuimos

sorprendidos por la cantidad inmensa de perdices chicas, o tinamus, que cubrían el suelo. Otra especie de mayor talla[18] nos fastidiaba con su grito quejumbroso, que tiene un parecido notable con ciertas inflexiones del canto del mirlo. Esta especie se guarece entre los cardos, o alcauciles salvajes, de manera que resulta muy difícil capturarla. En cuanto a la pequeña, es tan común y tan fácil de atrapar que, en caso de necesidad, habríamos podido matarlas por centenares todos los días. Nuestros conductores mataban muchas con su picana, y nos mostraron cómo se capturan las que sirven al abundante aprovisionamiento de los mercados de Buenos Aires y Montevideo. Esta ave es muy estúpida, y en cuanto esconde la cabeza tras una mata de pasto cree hallarse a salvo. Los pobladores, para tomarlo, recorren la campaña a caballo, munidos de una larga pértiga, a cuya extremidad se ata un lacito, hecho con un canuto de pluma de avestruz. En cuanto el cazador ve una perdiz, da vueltas a su alrededor con grandes precauciones, aproximándose poco a poco hasta que la puede alcanzar con su percha y con un movimiento brusco hace pasar el lazo por el cuello del ave. Es raro que un hombre ejercitado yerre el golpe, por lo que toman así gran cantidad en un momento. La especie grande es cazada por medio de perros especialmente adiestrados al efecto.

17 de enero

Durante toda la jornada tuvimos a la vista, en medio de aquellas verdeantes llanuras, numerosas bandas de avestruces (ñandúes). Por desgracia sólo disponíamos de viejos carreteros y malos caballos, por lo que no nos hacíamos la ilusión de darles caza; pero al menos los quisimos perseguir, para observar cómo se escapan al advertir que son perseguidos. Se ponían a batir las alas, corriendo en zigzag; luego pasaban a un galope que pronto los ponía fuera de nuestro alcance. Encontramos un nido que sólo tenía veinticinco huevos, todos muy frescos y sin señales de incubación, pues la postura es más numerosa. Este encuentro constituía un considerable refuerzo para nuestras vituallas y con verdadero gusto nos comimos los enormes huevos. De una tropilla de avestruces jóvenes apenas pudimos capturar uno, que quisimos domesticar; lo que se hace muy simplemente, exponiendo al sol un pedazo de carne, cuyo olor atrae las moscas que el joven avestruz atrapa con extraordinaria destreza en cuanto se posan.

El campo mostraba siempre las mismas rocas aisladas. Nos detuvimos durante las horas de calor cerca de un arroyo, en el cual la forma que había tomado un bloque de granito atestiguaba evidentemente una lucha obstinada con

---

18 *Crypturus rufescens*, Lich., y *Tinamus rufescens*, Temm.: *Inambu guazú*, de Azara.

las aguas, durante un lapso muy prolongado. Tenía aproximadamente el aspecto de un hongo achatado, es decir que su parte superior se había redondeado y ofrecía mayor anchura que la base, en tanto que las caras presentaban tal pulimento que se lo habría podido tomar por una obra de arte más bien que por una obra de la naturaleza. El arroyo vecino sólo nos ofreció de notable la gran cantidad de nidos de avispas que cubrían los zarzales e incluso algunas rocas. Dejamos el lugar a la hora de costumbre y fuimos a dormir junto al arroyo del Rosario, no lejos de una humilde cabaña, ubicada entre macizos de árboles que crecían en los huecos de las rocas.

Quisimos entrar en la cabaña *(rancho)*, pero estuvimos a punto de sofocarnos, sin distinguir nada, de entrada, debido a la espesa humareda que llenaba el interior. Después pude reconocer a dos hombres y dos mujeres, sentados sobre cabezas de buey cuyos cuernos servían de brazos a esos asientos de nuevo tipo, y agrupados en torno a un gran fuego que brillaba en medio de la habitación, en la que se dedicaban a asar un enorme trozo de carne. Espíritus pusilánimes habrían podido asustarse de semejantes huéspedes, pero ellos se levantaron de inmediato y, con extrema franqueza, pusieron todo lo que tenían a nuestra disposición. Las mujeres fueron en seguida a buscar leche y todos se precipitaron a ofrecernos lo que nos pudiera aliviar el cansancio del viaje. Una de las mujeres era de tinte casi bronceado, los pómulos un poco salientes y el rostro redondeado, signos cabales de la mezcla de sangre americana con europea. Esta vivienda era un puesto de *estancia* o, mejor dicho, una división de una de las inmensas haciendas donde se crían animales. La choza constaba de dos piecitas, de las cuales una servía a la vez, primeramente, como se ha visto, de cocina, luego de comedor e incluso de dormitorio, pues advertimos unos cueros vacunos, extendidos en el piso, en un rincón, y sobre los cuales sin duda la familia se reponía de las faenas diarias. Por todo ornamento, estaban colgados en las paredes unos lazos, bolas y monturas a la manera de la región. La segunda pieza se destinaba a recibir en depósito las pieles secas de los animales muertos para la comida. Los ocupantes de esta humilde morada eran un viejo aún vigoroso, muy dispuesto a referir todas las guerras de los patriotas contra los españoles e incluso las antiguas guerras con los indios, su hijo casado y su hija. Acostumbrada a esa miseria aparente que hería nuestra delicadeza, la familia parecía estar muy satisfecha; y, en efecto, ¿qué podría faltarles para ser felices, si se piensa bien? Su ganado les suministraba alimentación; la falta de pan no constituía para ellos una privación; sus prendas eran tan sencillas que se les hacía fácil reponerlas. ¿Podría haber, entonces, así como me lo repetía sin cesar el viejo, algo preferible al género de vida de esas buenas

gentes, alejadas de las revoluciones, e instaladas en los mismos lugares que desde su infancia se habían ofrecido a sus miradas?

El candor y la bondad de aquel patriarca americano me recordaban involuntariamente al buen viejo de Galese, tan bien descrito por Virgilio[19] y, sin tener precisamente un espíritu proclive a las ideas bucólicas, no podía menos que rendir un homenaje tácito al genio al que los cambios de tiempos, lugares y costumbres jamás sorprenden en falta, cuando su modelo ha sido la naturaleza.

A la mañana siguiente, cuando amanecía, mientras mis compañeros aún dormían, fui a recorrer los alrededores y a pescar, en el arroyo, conchas de agua dulce. Mi cosecha fue de las más ricas. Encontré cinco o seis especies de unio y anodontes, y experimentaba tal gusto en pescar esas conchas, aunque estaba con el agua hasta la cintura, que olvidé por completo la hora de la partida. Mis compañeros me buscaban con inquietud, creyéndome perdido, cuando sus gritos terminaron por llegar a mí. Cargado con mis riquezas, volví corriendo al campamento, en el que los bueyes habían sido atados hacía largo rato y todo el mundo mostraba impaciencia por partir.

El arroyo del Rosario se divide en dos brazos, poco alejados uno del otro, entre los cuales se encontraba la cabaña hospitalaria que nos había albergado la víspera. Al pasar el segundo de ambos brazos nos sorprendió encontrar una enorme cantidad inmensa de buitres urubú[20] posados sobre los árboles, a lo largo del camino, a los que casi tocábamos sin que dieran muestras de inquietud. No lejos del mismo lugar, en la llanura, los había por centenares, disputándose con encarnizamiento los restos del cadáver de un animal abandonado, en tanto que muchos otros planeaban en redondo, a gran altura. Sin dejar de cruzar hermosos llanos ondulados, siempre sembrados a intervalos de rocas solitarias, nos detuvimos por fin junto a un arroyo que, más lejos, desemboca en el río del Rosario, en un sitio donde aislados bloques de granito cobran mayor altura y un color más oscuro. Allá recogí muchas piezas de historia natural.

Dos viajeros como nosotros, dos compatriotas, se nos unieron en esa parada. Salidos de Montevideo seis días antes que nosotros, los desdichados, pintor el uno, sedicente geómetra el otro, se habían aventurado solos de San José a Las Vacas y, al no haber un camino trazado, con el geómetra indudablemente poco hecho a guiarse por el sol o las estrellas, tal como lo hace la gente de la

---

19 Geórgicas, IV.

20 *Cathartes urubu*. Vieillot.

región, se habían perdido por en llanura, en la que erraban desde hacía cuatro días, muriéndose de hambre y sed y reducidos a comer las hojas de un árbol que estuvo a punto de envenenarlos, cuando finalmente tuvieron la suerte de encontrar a un sirviente de una estancia que los condujo a su señor, por quien fueron recibidos con esa noble y franca hospitalidad que caracteriza a los habitantes radicados lejos de las ciudades, y que desaparece tan pronto como se reside cerca de ellas. El digno estanciero les facilitó gratuitamente una carreta y un servidor para transportar sus efectos, con los que viajaban cargados hasta entonces, y para llevarlos a destino. No se demoraron en separarse de nosotros para proseguir su camino.

Poco más tarde, fuimos alcanzados por dos hombres y dos mujeres a caballo, cuya vestimenta nos permitió reconocer como hacendados o estancieros. Las mujeres estaban vestidas como todas las amazonas, es decir que llevaban un sombrero de hombre, adornado con hermosas plumas de avestruz, que les sentaba muy bien. Les ofrecimos vino o aguardiente; prefirieron este último licor y se pasaron el vaso de boca en boca, hasta vaciarlo. Se quedaron un rato con nosotros y luego nos dejaron. Al parecer, uno de los hombres no había podido resistir el placer de poseer una de mis pistolas a pistón, que había examinado largamente con una atención muy particular, pues después de su partida no volví a ver el arma.

Fuimos a bañarnos, lo que siempre hacía con la esperanza de pescar conchas fluviales. Habíamos dejado nuestras prendas al pie de una roca, en cuya vecindad no habíamos advertido la presencia de un enorme nido de avispas. El primero de nosotros que pretendió recobrar las suyas fue picado tan cruelmente que no sabíamos cómo rescatar las nuestras. Uno de los damnificados se sacrificó por los demás, pero sólo pudo librarse de esa plaga del desierto arrojando al agua el bulto con toda la ropa. La aventura terminó por causarnos mucha risa y tuvimos que reanudar la marcha todos mojados.

Proseguimos aproximadamente a las tres, siempre a través de la bella llanura; al llegar la noche encontramos un zorrino[21], animalito encantador, de piel negra ornada con dos líneas blancas, que levanta graciosamente su hermosa cola peluda. Sus movimientos eran graves y lentos y parecía domesticado. Uno de nosotros, que no había oído hablar nunca del animal, creyó que le sería fácil capturarlo; pero en el momento en que se creía a punto de hacerlo, el zorrino le hizo pagar, quizás algo cruelmente, el gusto que había sentido en

21 *Viverra mephitis*, Gmel., o espécimen próximo, pues este género es aún poco conocido, en cuanto a las especies que comprende.

observarlo, cubriéndolo de ese licor fétido cuyo olor se expande a más de una legua; y el desventurado cazador sólo encontró alivio despojándose de su ropa infectada.

A punto de llegar al término de nuestra primera etapa, probablemente parezcan de alguna utilidad unos detalles relativos a la forma de viajar por la región.

Nuestras carretas eran grandes, cubiertas de cuero de buey y munidas de ruedas sin herrajes. Tenían un tiro de seis bueyes y las conducía un gaucho a caballo, provisto de una larga pértiga armada de un aguijón. Tales carreteros, mal vestidos y de fisonomías algo equívocas, habrían parecido sospechosos en cualquier otra parte. A cada momento emiten la voz *vamos*, llamando a los bueyes por sus respectivos nombres. Esos gritos, unidos al ruido producido por el frotamiento de los ejes de madera, resonando a lo lejos, en el fondo de esas llanuras deshabitadas, sin que ningún eco los repitiera, inspiran un sentimiento de tristeza. Partíamos regularmente al despuntar el día; marchábamos hasta las diez u once; luego pararnos al lado de un arroyo o laguna. Se desataba los bueyes; se descansaba hasta las tres o cuatro de la tarde; luego se reanudaba la marcha hasta las diez u once. Entonces se volvía a desuncir hasta la mañana siguiente. A la noche nos acostábamos, sea en las carretas, sea debajo, y nuestros cocheros dormían en el suelo, sobre sus sillas de montar.

Están acostumbrados a una comida cuya preparación es de las más sencillas, resultando muy sabrosa. Cuando estábamos cerca de un arroyo arbolado, prendían una gran fogata. Una vez reducida la leña a un montón de brasas, le echaban encima un enorme pedazo de carne, cuya superficie pronto quedaba calcinada. Al considerarla suficientemente cocida la sacaban del brasero y, quitándole la parte quemada, comían la del medio, que era muy rica; pero, por lo general, esta forma de cocción les estaba vedada, pues en todos los campamentos donde no hubiera un arroyo con árboles, los cardos o alcauciles salvajes y la boñiga de vaca constituían los únicos combustibles de que podíamos disponer.

El 19 de enero, cruzando un campo de cardos, llegamos a un arroyito, cerca de una hacienda, donde aún comimos muchas perdices, de las cuales nos empezábamos a cansar.

Para mis compañeros ya era tiempo de que terminara el viaje, pues se estaban quejando en exceso por su extrema duración, que sólo era satisfactoria para mí, ya que diariamente me procuraba los medios de hacer nuevos descubrimientos. Sabía que al día siguiente llegaríamos a Las Vacas y lo que alegraba a los otros a mí me causaba tristeza.

Nos hallábamos bastante cerca de la *Colonia del Sacramento*, de la cual ya he hablado como una de las ciudades que en el mundo cambiaron de dueño más veces. En efecto, fundada en 1679 por los portugueses, después de una sangrienta batalla fue conquistada por los ejércitos españoles y por el valor de un jefe guaraní, Ignacio Amandau, en agosto de 1680; reintegrada a los portugueses, en cumplimiento del tratado de Badajoz, en 1683; evacuada por éstos, tras un prolongado sitio, en 1705; nuevamente devuelta a los portugueses en 1716, en virtud de un tratado suscrito con España en 1715. Soportó en 1737 un segundo sitio que se prolongó hasta 1751, época en que Portugal cedió por fin a España la *Colonia del Sacramento*, que fue pronto vuelta a entregar a los portugueses; sitiada en 1762 y tomada en el mismo año por los españoles. La ciudad, atacada en vano por los ingleses, en 1763, fue restituida a los portugueses, en 1764, por orden de España; volvió a los españoles en 1777, por efecto de una capitulación; fue atacada y capturada por los ingleses en 1807; devuelta por ellos a los españoles, en virtud de una capitulación; y finalmente retomada en 1817 por los portugueses, que no la entregaron a la República Oriental del Uruguay hasta 1828. Es bastante raro encontrar ejemplos de una ciudad que, en ciento cuarenta y nueve años, haya cambiado catorce veces de manos. Esta ciudad también ofrece en su historia un hecho bastante extraño. En 1733, una de las épocas en que la Colonia estaba en poder de los portugueses, se suscitó una cuestión relativa a los límites de la ciudad con el territorio circunvecino, siempre poseído por los españoles. Para zanjar la dificultad, que podría acarrear nuevos conflictos, el gobierno español resolvió que se emplazaría sobre las murallas de Colonia una pieza de veinticuatro, y que el lugar donde cayera una bala disparada por esa pieza determinaría el radio de las posesiones portuguesas en torno a la ciudad[22].

Al anochecer cruzamos el riacho de San Juan, en cuya embocadura Gaboto fundó, en 1526, un pequeño fortín, donde se le unió el único hombre que escapó de los charrúas, durante la segunda expedición de Solís. Hacía diez años que ese español, único de su nación, vivía con los indios que los primeros historiadores nos pintan como antropófagos, aunque creo que nunca lo fueron. Después de haber establecido su fortín, Gaboto envió con un bergantín a Juan Alvarez Ramón a que reconociera el curso del río Uruguay; pero ese oficial tuvo la desgracia de varar en un banco de arena, y al intentar el regreso por tierra al fuerte San Juan sufrió la suerte del malogrado Solís, cayendo como

22 Datos extraídos en parte de Funes, *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucumán*.

él bajo los golpes de los charrúas. Entonces Gaboto, dejando el fuerte a las órdenes de Diego García, partió a su vez para reconocer los cursos del Paraná y Paraguay. Durante su ausencia, su lugarteniente se hizo tan odioso a los charrúas que estos buscaron la forma de librarse de su yugo, y lograron sorprender dormidos a los españoles, masacrando a todos los que no tuvieron tiempo de refugiarse a bordo de las naves estacionadas junto a la desembocadura del río. Los vencedores recobraron la libre posesión de su territorio reconquistado, hasta 1555, cuando el capitán Juan de Romero con sólo veinte soldados trató de fundar la ciudad de San Juan; pero los charrúas, enemigos irreconciliables de los españoles y a quienes alarmaba la vecindad de hombres tan peligrosos, pusieron sitio a la ciudad naciente y la redujeron por hambre hasta el último extremo. Del Paraguay corrió a prestarle socorro el capitán Alonso Riquelme, que llegó sólo para salvar los restos miserables de una población agotada y se vio obligado a abandonar toda la colonia proyectada sobre este río.

El río San Juan sirve, por decirlo así, de límite entre las tierras primitivas de la provincia de la Banda Oriental y el comienzo de la arcilla calcárea endurecida, que forma todo el subsuelo de la cuenca propiamente dicha de las Pampas[23], del que más tarde tendré ocasión de hablar.

Nos detuvimos junto a una gran charca rodeada de juncos. A la noche, un individuo a caballo quiso acercarse a las carretas, pero el hombre de guardia le intimó a que se retirara, con un tono que no le dio lugar a insistir y se fue maldiciendo.

En marcha desde el amanecer, el 20 atravesamos llanuras completamente horizontales, y mucho más secas que las que habíamos visto los días precedentes.

20 de enero

El campo cambió de aspecto, cubriéndose de esa especie de acacia espinosa *(espinillo)*[24] de copa redonda, cuyas ramas entrecruzadas forman una trama difícil de romper, porque está erizada de espinas. Los anumbis y urracas suelen instalar sus enormes nidos en estos árboles, siendo raro encontrar uno libre de esos paquetes de espinas que los componen. Al cruzar los montes de espinos o espinillos, llegamos por fin a Las Vacas.

---

23 La palabra *Pampas*, que viene del *quechua* (idioma de los Incas), significa propiamente *plaza, terreno llano, gran llanura, sabana*, etc. Podrá sorprender que se encuentra el vocablo aplicado en un país tan distante de su fuente, pero debe advertirse que muchos quechuas poblaban Santiago del Estero, relativamente cerca de las Pampas, donde conservaron hasta el presente una jerga mezcla de quechua y castellano.

24 Esta especie cubre gran parte de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. Es propia de las tierras arcillosas. Es el *espino* de los chilenos, la *aroma* de los peruanos, etc., y una especie de *acacia* para los botánicos.

Este triste poblado está situado al borde de un arroyo que desagua en el Plata, cerca de la desembocadura del Uruguay. Se compone de barracas de tierra, mal construidas y techadas de juncos, señal de una profunda miseria, que no desmiente su aspecto interior. Tiene pocos habitantes y sólo encontramos bizcocho podrido.

Apenas llegados, nos ocupamos de los medios para pasar a Buenos Aires. Había entonces en Las Vacas varios patrones de barca, pero ninguno se atrevía a cerrar trato con nosotros por temor de ser capturado por los corsarios brasileños; temor, por lo demás, bastante justificado, ya que todo el día se habían oído cañonazos, que parecían provenir de la desembocadura del Uruguay. Finalmente, un patrón francés consintió en tomarnos e hicimos embarcar nuestros bagajes. La barca que habíamos alquilado no tenía puente y estaba completamente llena con nuestros efectos, de manera que carecíamos de sitio; pero hubo que encontrar el modo de acomodarnos de una forma u otra.

El patrón se negó a partir de día y no servían precisamente para tranquilizarle las detonaciones que se oían a ratos, ya que se sabía positivamente que diez o doce barquitos de guerra brasileños acababan de entrar en el Uruguay con el objeto de saquear sus márgenes. Esperó hasta las nueve y solamente entonces bajamos por el arroyito de Las Vacas hasta su desembocadura en el Plata. Una noche bastante oscura nos favorecía y teníamos buen viento. Pronto oímos un cañonazo, disparado sin duda por una de las embarcaciones ancladas cerca de la isla de Martín García, y cuyo ruido, expandido por el agua, en medio del silencio de la noche, atemorizó a nuestro grupo. Para el caso en que se viera perseguido, el patrón quería hacer naufragar su barca en los bancos de arena, medio de salvación que no nos sonreía más que la necesidad subsiguiente de ganar a nado las islas boscosas de las bocas del Paraná, cuyos únicos habitantes son jaguares, o tigres americanos.

1827
En el Plata

Por último, siempre inquietos y oyendo siempre cañonazos a intervalos, pasamos no lejos de la isla de Martín García, que por entonces servía de galera (presidio) y al mismo tiempo de prisión militar; lugar célebre en la historia de los primeros tiempos de la Conquista, por haber dado albergue durante un largo período a Zarata, después de haberse sustraído, en 1573, a la encarnizada persecución de los charrúas a quienes guiaba su gran jefe Sapican. Fue durante el embarque del comandante español, en el preciso momento en que alcanzaba a dejar la playa, que un indio charrúa, movido por el impulso caballeresco de las ideas de la época, se internó en el río con el agua hasta la cintura, para desafiar al español a medirse con él en combate singular; pero la respuesta

recibida por aquel valiente fue una bala que lo derribó muerto en el seno de las aguas. Aún se encuentra, en la misma tierra, en medio de las escenas más cruentas que los charrúas renovaban con excesiva frecuencia, un rasgo que atestigua, entre hombres que llamamos salvajes, la presencia de sentimientos elevados y generosos, que seguramente no estarían de más en las más civilizadas naciones de nuestra moderna Europa. En lo peor de una de las acciones más encarnizadas, un destacamento español fue rodeado por los indios. Los españoles luchaban desesperadamente cuando uno de ellos, Domingo Lares, a quien el enemigo le acababa de cortar un brazo, siguió combatiendo con el otro, pese a haber muerto ya todos sus compañeros, lo que inspiró tal respeto a los charrúas que, cesando la lucha, se echaron sobre él para desarmarlo y luego prodigarle los cuidados más delicados, hasta que se hubo curado del todo[25].

Un viento fresco nos empujaba sin cesar, favoreciéndonos tanto que pasamos sin haber sido vistos. Al alba, estábamos fuera de peligro, a la vista de Buenos Aires. A medida que nos acercábamos, cada uno de nosotros disfrutaba de su aspecto desbordante de vida y de la vista de los numerosos edificios públicos que dominaban la masa de las casas particulares. Buenos Aires se mostraba entonces en su aspecto más agradable. Una rada colmada de buques de guerra e infinidad de embarcaciones de todas clases; al borde del agua, incontables carretas; multitud de lavanderas cubriendo la playa y moteando de blanco la natural alfombra verde que se extiende a la distancia, hacia el norte, y parece terminar en un grupo de árboles; al sur, el bosque de mástiles correspondientes a mil barquichuelos que parecen estar en seco, en el arroyito de *La Boca*; y ante nosotros la ciudad de Buenos Aires, con su ringlera de casas ribereñas, que en conjunto, asentada horizontalmente en lo alto del acantilado, tiene el aire de una gran ciudad. En el medio se dibuja un fuerte, y no lejos, un edificio de estilo morisco, que contrasta con los numerosos campanarios o torres que erizan a todas las ciudades construidas por los españoles. Otra cosa me llamó la atención, y esta observación es aplicable a todas las ciudades americanas: es la diferencia de aspecto que generalmente las distingue de nuestras ciudades europeas. En éstas, las casas están siempre coronadas por multitud de chimeneas y tubos, dominando techos más o menos inclinados y de distintos colores; en América, por el contrario, el conjunto es más simple y elegante: es raro que una sola chimenea sobresalga de la techumbre, que siempre se construye en terraza *(azotea)* horizontal.

---

25 Funes, op. cit. t. 1°, págs. 217-220.

Para desembarcar nos acercamos todo lo posible a la costa, pero la playa es tan plana que al tocar fondo nos hallábamos a trescientos metros de la ribera. Fuimos rodeados por numerosas carretas de ruedas altas, cuyos conductores nos proponían ocuparlas para bajar a tierra. El patrón nos indujo a aceptar sin pérdida de tiempo esta única forma de desembarco. Hubo que acomodarse con esto e hicimos nuestra entrada triunfal en Buenos Aires.

Buenos Aires

De inmediato pensé en la descarga de mis baúles, que requirió varios trámites en la Aduana, Capitanía del Puerto y Cabildo. Obtuve lo deseado con bastante facilidad y volví a la playa a tomar una carreta para el acarreo de mis efectos; luego me dirigí al hotel, donde me encontré con multitud de franceses de todas las procedencias. Muchos oficiales de corsarios iban a comer.

Realicé varias visitas para entregar sendas cartas de recomendación. La acogida que se me dispensó en casa del Sr. de Mendeville fue de las más amables y se tuvo a bien hacerme conocer a las personas más recomendables de la ciudad y el país, entre las cuales he de señalar a los señores Roguin y Meyer, comerciantes, con quienes entablé relaciones frecuentes. La primera entrevista con el comerciante para quien tenía letras no fue muy tranquilizadora para la prosecución de mi viaje. El dinero de Buenos Aires era, entonces, papel moneda, que ya perdía más del cincuenta por ciento de su valor sobre el cambio de numerario, y además se me amenazó con liquidarme el importe de mis letras en moneda corriente del país, lo que hubiera reducido instantáneamente mis escasos recursos a la mitad de su valor efectivo. Quise hacer valer mis derechos y no se me respondió, porque la omisión de una sola palabra en mis letras debía reducirme al silencio y provocar todas esas argucias comerciales. Se hablaba de pesos (papel moneda) y no de *pesos fuertes*, como entonces se designaba a los pesos de plata.

Estas dificultades tuvieron funesta influencia en la economía ulterior de mi viaje. Proyectaba pasar luego a Chile, cruzando las pampas, pero el temor de carecer de fondos suficientes me limitó a conformarme con un viaje por los alrededores de Buenos Aires, a la espera de las letras procedentes de Francia, que apartaran los obstáculos financieros.

No tenía ideas firmes acerca del rumbo que daría a mis viajes por la República Argentina. No quería alejarme mucho, a fin de poder retomar, apenas resuelta la cuestión bancaria, el itinerario que me había trazado de antemano, y sin embargo no podía quedarme en Buenos Aires, donde no era retenido por ningún interés científico. Una conversación con Roguin disipó todas mis dudas. Este hombre ilustrado me describió con colores tan vivos la extrema va-

riedad de plantas y animales de la provincia de Corrientes, demostrándome la facilidad de regresar cuando quisiera, que juzgué de gran importancia científica visitar la región explorada por don Félix de Azara y estudiar, con su libro en mano, en su lar, infinidad de animales descritos por aquel concienzudo observador; animales de los que muchos aún no habían sido vistos por ningún otro, por lo que incluso pasaban por fabulosos entre los estudiosos. La idea me complacía tanto que rogué en seguida a Roguin que me reservara un pasaje en una goleta que expediría pocos días más tarde.

Sin dejar de hacer preparativos para este viaje que incluiría una prolongada navegación por uno de los mayores ríos conocidos, recorrí las cercanías de Buenos Aires para estudiarlas a la luz de la zoología. Mis primeras excursiones me llevaron a las orillas septentrionales del Plata. Recorrí esas hermosas alfombras verdes, tapizadas de plantas gramíneas, que ocupan el espacio comprendido entre los pequeños acantilados calcáreos de Buenos Aires y el propio río. Allá di caza, por varias lagunitas, a muchas especies de aves acuáticas y costaneras, entre los que advertí numerosos patos y chorlos[26], varias de los cuales se escondían entre los juncos y reemplazaban, en estas playas, a las becasinas europeas. El paseo me llevó insensiblemente más allá del antiguo convento de la *Recoleta*, donde el acantilado se aleja de la ribera y deja un espacio bastante extenso, plantado de sauces y cortado por muchas acequias de drenaje. Allá volví a ver parte de las aves que había encontrado en Montevideo y Maldonado, pero cambiando de objetivos me dediqué especialmente a la entomología y recogí gran cantidad de insectos, sacudiendo con una red adecuada los numerosos macizos de *convolvulus* que abundan en esos lugares; de tal modo obtuve bellos especímenes de cásidos y muchos carábicos bajo las cortezas, sobre todo de los géneros *brachinus*, *galerites*, etc. Mis correrías entomológicas me depararon el conocimiento de Lacordaire, hombre muy instruido en esta rama de las ciencias naturales. Luego tuve el gusto de hacer en su compañía mis excursiones científicas más agradables. En una de éstas nos dirigimos al sur, por los terrenos parcialmente inundados por las grandes mareas, que ocupan el espacio comprendido entre el final de los acantilados de Buenos Aires y un arroyo llamado La Boca o Barracas, adonde acude para descargar parte de las pequeñas embarcaciones que hacen cabotaje por el Paraná y Uruguay. Allí, entre viejos sauces, buscábamos carábicos bajo las cortezas, cuando oímos gruñidos de mamíferos carniceros que parecían partir del hueco de un árbol, y pronto

26 *Rhynchea Hilaria*, Mus. gal. de París; mucho tiempo antes, Azara los había descrito bajo el nombre de *chorlito*, con medio cuello blanco y el resto negruzco; t. IV, p. 285, n° 465.

reconocimos una comadreja hembra, que defendía con valor la boca de una cuevita en que se encontraba su familia. Entonces se trabó, entre el animal y yo, una lucha que sólo podía serme ventajosa. Sucumbió la pobre madre y quedé dueño de ella más nueve crías que constituían su camada. Se trataba de una de las primeras especies de mamíferos que encontraba, lo que me causó gran satisfacción, sin haberme podido librar, empero, de un sentimiento penoso que turbaba algo la alegría de mi encuentro. Tales excursiones, con demasiada frecuencia sangrientas, impuestas al natural viajero por necesidad científica, contra seres pacíficos que la naturaleza parecería abandonar sin defensa equiparable a la superioridad de las armas humanas, me hicieron sentir, más de una vez, algo que debe parecerse al remordimiento, y requieren de una especie de valor que jamás me ha faltado, pero que sólo la necesidad imperiosa puede inspirar y sostener.

Un domingo por la tarde fui al *Bajo*, paseo público de Buenos Aires, situado en la orilla del Río de la Plata y plantado de esos ombúes que ya he mencionado; árboles pequeños, achaparrados y de aspecto triste, están dispuestos en doble hilera cuyos intervalos ocupan bancos groseramente construidos en mampostería. Aquél es todas las tardes lugar de reunión ordinario de gran número de habitantes, por lo que pude formarme una idea muy favorable de la población de Buenos Aires, aunque me pareció encontrar muchos más extranjeros que nativos. El paseo da a la rada en la que fondean, en tiempo de paz, numerosos barcos mercantes. En una zona donde el elegante álamo crece tan fácilmente, extraña no verlo reemplazar a aquellos tristes ombúes.

Uno de los primeros días de febrero fui testigo de una gran fiesta pública. Por la tarde, la música militar recorría las calles, provista de grandes faroles; se detenía en cada *esquina*, ejecutaba la canción nacional y luego los curiosos, que la escoltaban en gran número, gritaban: *¡Viva el general Brown! ¡Viva la patria!* Esta alegría había sido motivada por la captura de quince a veinte barquitos de guerra brasileños que se habían internado por el Uruguay para saquear los poblados ribereños, pero el general Brown habíales cortado la retirada en el momento en que bajaban de vuelta por el río a fin de unirse a su escuadra, y se había apoderado de todos los que no fueron incendiados. Eran precisamente las embarcaciones que habíamos eludido en el Uruguay, durante el cruce de Las Vacas a Buenos Aires.

Me propongo remitir los detalles concernientes a Buenos Aires para otra oportunidad, en que nuevas luces me permitan describirla mejor, pero creo indispensable dar a conocer en pocas palabras la situación política y comercial imperante en mi primera estadía. Bloqueada hacía unos meses por los brasile-

ños, Buenos Aires había sufrido la interrupción de su comercio exterior, pero la gran cantidad de mercaderías almacenadas en los negocios circulaba mucho mejor porque la suspensión de las importaciones superabundantes permitía una salida más rápida de las reservas acumuladas con anterioridad al bloqueo; todos los comerciantes estaban, pues, contentos. Tan sólo los propietarios se quejaban por falta de compradores para sus carnes saladas y cueros, si bien los consolaba la esperanza en el fin próximo de la guerra, y postergaban para tal época la explotación de los ingentes rebaños que cubrían sus hermosos llanos.

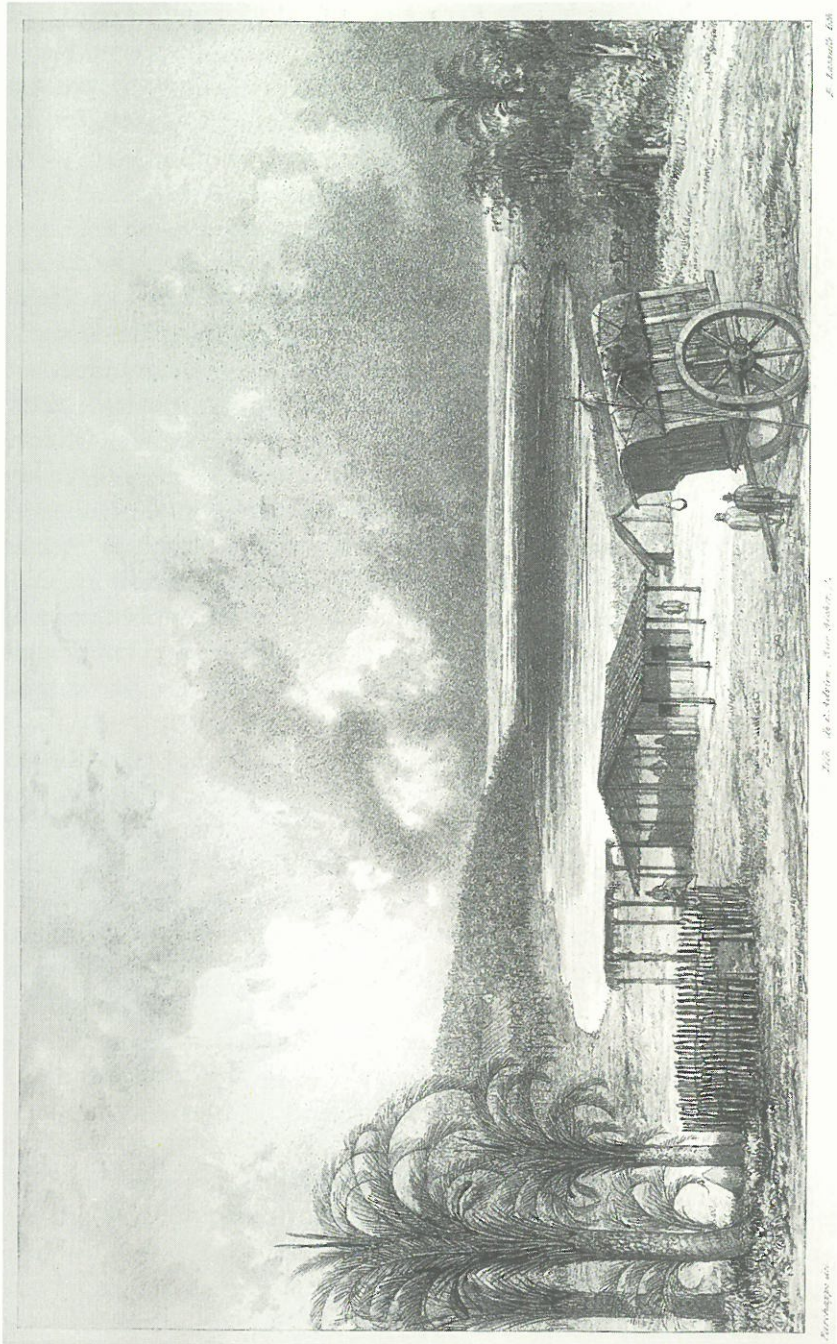
Aunque prematuro para el grado actual de civilización de la población, el gobierno de Rivadavia era tolerado porque todos los pensamientos estaban absorbidos por la guerra, hecha ya nacional, que la Banda Oriental hacía a los brasileños. Rivadavia quería hacer que las ciencias florecieran en Buenos Aires; al efecto se había procurado, mediante cuantiosas erogaciones, una hermosa colección de instrumentos de física y un laboratorio químico, y había hecho venir de Italia y Francia a hombres instruidos que enseñarían las diversas ramas de las ciencias. El desarrollo ulterior de los acontecimientos mueve a suponer que la generación actual habría cambiado totalmente el aspecto de las cosas en la República si su gobierno hubiera podido asentarse o pasar gradualmente de la servidumbre establecida por los españoles al régimen de libertad ilustrada que Rivadavia le ofrecía; por desgracia, un tránsito demasiado brusco de una a otra debía inspirar temores que se justificaron muy pronto. Aquellas innovaciones no habían tenido lugar solamente entre las ciencias, sino incluso en todos los ramos de la administración, en la que gran número de extranjeros había venido a llenar los puestos subalternos y también a encaminar en el desempeño de sus funciones a los jefes de diversos departamentos; pero atento al carácter algo ligero de los nativos, era difícil que empleados hechos a las leyes y viejas rutinas españolas adoptasen de primera intención un método nuevo, que acaso ni siquiera quisiesen comprender.

Los gastos extraordinarios realizados desde el comienzo de las guerras de la independencia habían reducido los recursos del Estado. La nueva guerra con Brasil implicó, a su vez, gastos enormes. Se había debido reparar la negligencia del gobierno precedente; efectuar con precipitación una leva que excedía las fuerzas de la sola provincia de Buenos Aires, y armarla a costa de grandes erogaciones; todo ello en una época en que la presencia del enemigo privaba a la ciudad de los derechos aduaneros, su única fuente de ingresos, lo que obligó al presidente Rivadavia a adoptar con urgencia indispensable, por cierto, pero llamada a acarrear los mayores males: fue la emisión de papel moneda que, lejos de sostenerse a la par de la plata, como tal vez lo esperase Rivadavia,

cayó poco a poco y, ya reducido al cincuenta por ciento de su valor primitivo, seguía bajando todos los días y amenazaba ya con una ruina completa.

La inmigración de extranjeros, iniciada en 1825 por orden de Rivadavia, aún imponía dispendios de consideración al gobierno, forzado a alimentar durante meses enteros a emigrados que no le reportaban ningún beneficio y cuya mayor parte se evadía antes de haber empezado a reembolsar los gastos hechos en su favor; sin que por ello merecieran todo el castigo que por esa indudable falta parecería corresponderles, ya que el mismo gobierno, en vez de darle el trabajo prometido, los enrolaba en el ejército o en barcos del Estado. ¿He de decir por qué medios? Con frecuencia, fuerzas policiales requisaban de noche una calle o bien un café, apoderándose de todos los que se encontraban, extranjeros especialmente, excepto los ingleses, que sabían hacer valer su tratado; así, los llevaban a la cárcel al día siguiente o la misma noche, y los regimentaban o arrastraban a bordo de algún navío de guerra. Semejante medida indisponía a todo el mundo, sobre todo a los extranjeros, y producía temor a salir de noche, tanto más cuanto que respetables vecinos de la ciudad habían sido capturados de ese modo y sólo a costa de trabajosas gestiones se los había podido libertar. Era tan grande el terror entre las gentes del campo que ya no acudían a la ciudad, temiendo la *presa*, amén de la antipatía por el mar, común a todos los hombres acostumbrados al caballo.

Todos mis preparativos para el viaje proyectado estaban concluidos. El 14 de febrero hice cargar mis efectos en una carreta y fui a embarcarme a *La Boca*, donde se me esperaba para zarpar.



Vista de un bosque de palmeras yatais.

CAPÍTULO V

Viaje por el Paraná, de Buenos Aires a Corrientes

Levamos anclas sin demora para aprovechar un viento bastante favorable y costeamos Buenos Aires, teniendo a la vista toda la ciudad y la animada orilla del Plata. Pronto pasamos ante los bosques de sauces que adornan la ribera hasta la proximidad de *San Isidro*, al oeste de Buenos Aires, donde se observan los campos más lindos de los alrededores; pero no pudimos gozar de su vista porque el gran número de islas de la desembocadura del Paraná[1] los ocultaban a nuestras miradas. A eso de las tres llegamos a uno de los numerosos brazos del Paraná, denominado *Paraná de las Palmas*, nombre tomado de algunas de esas hermosas plantas que ornan el interior de esa zona.

1827
Paraná
14 de febrero

Antes de unirse al Uruguay, el Paraná se divide en varios canales tortuosos, de los cuales sólo se frecuentan los mayores. En medio de esos canales hay uno mucho más ancho que los demás, y el más septentrional, que desemboca en el Plata. Es el Paraná Guazú (el gran Paraná), por el que pasan todos los buques grandes, por ser el más profundo. Alcanza la desembocadura del Uruguay, lo que obliga a las naves que se dirigen a una u otra orilla a pasar frente a la isla granítica de Martín García, que presenta un grado de

1 La palabra *Paraná*, en idioma guaraní, significa *gran río* y sin duda es un deminutivo de para, mar. Este vocablo se encuentra en la forma algo corrompida de *parava*, en los idiomas maypura y tamanaca, que, tal como lo prueban muchas otras analogías que habré de citar, no son otra cosa que dialectos del guaraní, lo que refuerza mis afirmaciones de capítulo II.

mayor elevación con respecto al grupo de islas bajas, a menudo inundadas, que separan las distintas bocas del Paraná. El canal más transitado, y el más meridional, es el río de las Palmas, frente a cuya entrada nos hallábamos. Su curso tiene bastante hondura; pero el gran número de bancos de arena situados en su desembocadura, impide por lo general la entrada de los barcos, que prefieren pasar por el Guazú. Entre estos dos canales principales figura un tercero, llamado *Paraná-miní* (pequeño Paraná), igualmente apto para la navegación. Todas las islas que separan el Paraná de las Palmas del Paraná Guazú, son bajas y libradas a frecuentes inundaciones, por lo que están cubiertas de plantas pantanosas y algunos árboles que favorecen la humedad. Son los *ceibos*[2], de los cuales más tarde tendré ocasión de hablar. Entre el Paraná de las Palmas y los acantilados de San Isidro o del *Tigre* se extiende gran número de islas más elevadas que las primeras, cubiertas de montes de durazneros o naranjos, entre las cuales corren muchos canales denominados *caracoles*, debido a los innumerables meandros que describen, hasta San Isidro o al poblado de *Las Conchas*. Durante la guerra con el Brasil pasaban por allá todos los barquichuelos, a fin de escapar a los piratas que recorrían entonces todo el curso del Plata y sus afluentes.

Estábamos en la temporada de los duraznos. Todas las islas que teníamos a la izquierda estaban cubiertas de durazneros y naranjos, y allí, diariamente, infinidad de canoas, remontando ese dédalo de arroyuelos que se ramifican desde la orilla al centro de las islas, acuden a cargarse de fruta que luego van a vender en Buenos Aires. A mi pedido, el patrón de nuestra goleta se decidió a parar para mandarme hacer provisión de las frutas que veíamos por todas partes. Me embarqué en el bote y entramos en un arroyito que remontamos durante un rato; luego bajé a tierra. Quedé encantado por el aspecto del lugar. Todo respiraba abundancia. Había por todas partes durazneros con frutos color rosa tierno y naranjos de hojas siempre verdes, cuyas manzanas de oro invitaban a recogerlas. La elegante palmera enriquecía con el lujo de su vegetación a ese cuadro ya tan variado, donde los largos pámpanos rojos del ceibo se abrazaban al ligero follaje del bambú, como para destacar aún más su fulgor, y admirábamos despreocupadamente todo esto, sin cuidarnos de las espinas que nos desgarraban sin piedad a cada paso, por lo ocupados que estábamos en nuestra recolección que en breve tiempo llenó el bote de duraznos, cuyo perfume embalsamaba los aires a distancia. Difícil sería hacerse una idea de la rapidez con que se multiplicaron los durazneros y naranjos en esa localidad, y

2 Es el *Erythrina Crista-galli*, Lin., o una especie muy próxima.

ello sin el menor cultivo. Para los habitantes de Buenos Aires constituyen el objeto de un importante comercio, pese a que las naranjas sean amargas, y anualmente, cuando maduran, familias enteras acuden a recolectarlas, cortarlas en trozos y exprimirles el jugo, que conservan en barriles para procurarse, en cualquier tiempo, una bebida refrescante, muy estimada en el país; el primitivo amargor del zumo toma con el tiempo un sabor ligeramente acidulado que no deja de ser aun agradable. Se ha dado también el caso de europeos que hicieron un negocio provechoso recolectando las flores, en su estación, para destilarlas y extraer agua de azahar; pero los nativos no explotaron esta rama de la industria. Otros extranjeros intentaron también aprovechar la inmensa cantidad de duraznos que se pierden cada año en las islas, extrayéndoles aguardiente por fermentación, y aunque lograron obtener un producto de excelente calidad, se vieron obligados a suspender el trabajo por falta de previsión o medios, o por efecto de las trabas que oponen a todas las explotaciones industriales que se emprenden en el país la carestía de la mano de obra y la pereza de los obreros. En el tiempo de la fruta, algunas familias pobres de Buenos Aires se conchaban para recoger y desecar los duraznos, a los que es muy afecta la población; pero es en el Perú y en las provincias de Mendoza, Córdoba, Tucumán y Salta donde más se entiende en esta preparación que se realiza en dos formas diferentes. Una consiste en cortar el fruto en rebanadas, alrededor del carozo, para desecarlo en seguida en rodajas y, una vez seco, enrollarlo de diversas maneras y hacer lo que se llama *orejones*, por la forma en que se enrrolla. Por el otro método, más simple, se deseca el fruto entero, con carozo, que recibe entonces la denominación de *pelones*. Estos frutos, junto con los higos y pasas de uva de las provincias de Mendoza y Córdoba, constituyen un apreciable objeto de comercio. Sólo se encuentran durazneros y naranjos en las islas altas y sobre todo en las próximas a Buenos Aires, porque son las únicas que no se inundan. Sin embargo, el señor Parchappe me manifestó haberlos visto en una isla del *Uruguay*[3], a cincuenta leguas de su desembocadura. Allí encontró también manzanos y suponía que tales árboles debían haber sido plantados por un grupo de carboneros que habían trabajado en aquella isla, varios años antes.

Los habitantes de la región no concuerdan acerca del origen de los árboles frutales que cubren las primeras islas del Paraná. Algunos atribuyen su plan-

3 El término *Uruguay* se compone de dos voces guaraníes: *uruguá*, caracol de agua, e *y*, agua; vulgarmente, *río de los caracoles*, nombre que proviene del gran número de estos invertebrados que pululan por sus costas. Es igual que *Piray*, de *pira* pez, y agua, río de los peces.

tación a los jesuitas; otros a los viajeros, cuyas embarcaciones se ven obligadas con frecuencia a detenerse en esos parajes; otros, finalmente, y tal es la versión más razonable, creen que su multiplicación se debe a los grupos de carboneros y traficantes en madera que pasan parte del año por las islas. Ninguna publicación señala en forma precisa la época en que aquellos montes se comenzaron a poblar con durazneros, pero, según las tradiciones verbales, creo poderla fijar a mediados del siglo XVIII, la del comienzo de su explotación.

El duraznero crece con extraordinaria rapidez en todas las zonas templadas de América. En Buenos Aires y sus cercanías se le emplea como madera para calefacción, y el primer cuidado de un hombre de campo es sembrarlos alrededor de su casa, ya que al tercer año le dan fruta y leña. Este árbol también crece al sur del río Salado; pero la violencia de los vientos le impide dar muchos frutos. A orillas del río Negro, a 46 grados de latitud, crece perfectamente; y observé bosques enteros de durazneros, a 27 grados, en los antiguos establecimientos de los jesuitas, donde los indios los habían plantado en sus jardines. En Chile son igualmente comunes, así como en todas las regiones templadas del Perú y Bolivia; pero no encontré que el durazno tenga la pulpa densa como en Europa ni que conserve el sabor que lo distingue en Francia, por ejemplo; lo que proviene sin duda de que los habitantes no sepan injertar sus árboles, por lo que los frutos son meros productos de la naturaleza, sin que el arte los mejore.

Las islas de la desembocadura del Paraná están pobladas de árboles peculiares, diferentes a los que se encuentran en el curso superior. Ya he descrito las islas bajas y parte de las que producen durazneros y naranjos; pero, independientemente de esta vegetación extraña, las islas poseen una indígena. Sus orillas o sus partes más bajas, más expuestas a las inundaciones, están cubiertas de sauces, que crecen bastante derechos y cuyo follaje verde tierno, graciosamente inclinado sobre el agua, adorna sus bordes. Por el contrario, en el interior no hay sauces; pero entre los durazneros y naranjos, más numerosos, crecen dos especies de laureles, distinguidas por los nombres de *Laurel-miní* (pequeño laurel), cuya corteza se aprovecha en la zona para curtir los cueros, y laurel blanco. Se encuentra también el ceibo, árbol muy espinoso, de mediana altura, que se cubre de hermosas flores púrpura y sería ornamento de nuestros bosquecillos más bellos. Su madera es blanda y sólo sirve para hacer escudillos y otros utensilios semejantes. Los nativos pretenden que su tronco es arañado con frecuencia por las garras de los jaguares, que lo buscan, en razón de su escasa dureza, para afilar sus armas, hecho que nunca pude verificar. Estos árboles se alzan y presentan en masa el aspecto de nuestras espesuras. A veces forman marañas tan tupidas que no se las puede trasponer sino hacha en mano.

En estos lugares, y algo más arriba en el Paraná, gran número de carboneros acude todos los años para hacer su provisión de carbón, llegando a ahumar el país a veinte leguas a la redonda. Su modo de fabricación es de los más viciosos, por lo que el producto resulta muy malo y se pierde mucha cantidad de madera, sin que por cierto la merma sea excesivamente considerable, ya que los bosques ocupan una gran extensión, y sin que los torpes explotadores se preocupen mayormente por el daño, porque las islas son de dominio público, de manera que cada cual puede disponer de la madera como le plazca. La leña que se lleva a Buenos Aires se denomina leña del monte, para diferenciarla de la leña de durazneros y sauces crecidos en las proximidades de la ciudad.

Vueltos al barco, que sólo esperaba nuestro regreso para aprovechar un buen viento sudeste, propicio para remontar el Paraná con velocidad, se desplegaron nuevamente las velas y seguimos navegando. El Paraná de las Palmas podría tener por allá doble anchura que el Sena frente a las Tullerías; el agua era profunda, revuelta y de color rojizo; la corriente muy rápida y las riberas bajas, sobre todo en la costa nordeste, donde muchas plantas acuáticas o ribereñas bordeaban las islas adornadas de ceibos, cuyas flores brillantes apenas dejaban ver unas hojas, contrastando con el fresco verdor del follaje circundante que formaba un césped alrededor. Este vergel natural, al que ya me he referido, nos acompañaba sin cesar y desplegaba a nuestra vista su floración embalsamada hasta las orillas, donde de rato en rato unas nutrias parecían estar al acecho, y desaparecían un instante para reaparecer con un pescado en el hocico. Sin embargo, la superficie del agua estaba surcada en todas direcciones por multitud de pequeñas golondrinas[4] para las que constituía fácil presa la gran cantidad de mosquitos que empezaban a nublar el aire, en tanto que innumerables bandadas del tropical *chopi*[5], cubrían los árboles con su color negro lustroso y hacían resonar ambas márgenes con su grito, fielmente expresado por el nombre que tienen en la región.

Este espectáculo variado me encantaba y entretenía sobremanera. Se trataba de mi primer viaje por aquellos ríos. Fui arrancado de mis reflexiones por el patrón que me llamaba la atención señalando a la izquierda, donde se levantaban distanciadas cruces de madera, cada una de las cuales señalaba, según me dijo, la sepultura de algún infeliz devorado por los jaguares, referencia que acompañó con el relato de varios episodios horrorosos. Deploré la suerte

---

4 Golondrina de cola cuadrada, de Azara.

5 *Icterus unicolor*, Spix pl. 64; *Chopi*, Azara.

de aquellos infortunados, víctimas ya de su imprudencia, ya de la necesidad de recorrer las islas, lo que me indujo involuntariamente a pensar en mi propia condición, teniendo en cuenta que durante mis excursiones el amor a la ciencia siempre me hacía confiar demasiado en las armas, sin impedirme penetrar solo, con excesiva despreocupación, en los bosques más tupidos. Pero semejantes pensamientos no podían ser duraderos, de modo que prontamente los relegué, para disfrutar de la frescura que el atardecer difunde por esos lugares, y observar lo más posible la forma de las islas que no dejábamos de bordear. Apenas se hubo puesto el sol cesó de pronto el viento y, obligados a detenernos, quedemos a merced de las picaduras de una nube de mosquitos que nos asaltaban por todas partes.

A la mañana siguiente me encontré, no sin extrañeza, envuelto en vapores que se levantaban del agua, tan espesos que me impedían divisar la costa, por más que nuestro barco estuviera amarrado a ella. Esos vapores, análogos a los que desprende un vaso en ebullición, eran perfectamente similares a las nubes acuosas que se detienen con frecuencia en las laderas de las montañas altas, y se mantenían aun después de haberse elevado el sol, rato hacía, sobre el horizonte. Atribuí el fenómeno a la diferencia existente entre las temperaturas del agua y el aire, la que no podía entonces apreciar con exactitud, pues carecía de termómetro; pero la sensación de calor que experimenté al meter la mano en el agua me quitó cualquier duda acerca del fenómeno, cuya explicación reside, a mi juicio, en la dirección general del Paraná que, al correr rápidamente de norte a sur, acarrea sin duda, de regiones más cálidas, una masa de agua naturalmente más caliente.

1827
Paraná

Apenas disipada la niebla reconocí que la isla en que habíamos atracado era, diría, sólo un llano dilatado, cubierto de grandes juncales y vegetación espinosa. Pese a tales obstáculos, bajé a tierra, pero no pude recoger otra cosa que unas plantas que embellecían ricos racimos de flores en forma de mariposas, de hermoso color rojo. Me puse a dibujarlas y luego echamos unas líneas, obteniendo en breve rato una pesca bastante satisfactoria. Pasamos toda la jornada al rayo del sol, en el puente de un barquito de cuarenta toneladas, a lo sumo, y en las más incómodas condiciones. A la tarde nos decidimos a hacernos a la vela con un viento muy tenue. Abandonamos la ribera de las islas para seguir la del continente, baja a aquella altura y compuesta de tierras inundadas. Pronto avistamos la costa propiamente dicha, las *Barrancas* arcilloso-calcáreas, análogas a las de Buenos Aires, cuyas cimas se mostraron coronadas por unas casas: *Zárate*, según se nos dijo, villorrio de aspecto mise-

rable. Navegamos parte de la noche y luego fondeamos, siempre entre las islas bajas, cubiertas de plantas espinosas. Al día siguiente seguíamos todavía anclados en el mismo sitio. La vista se perdía tristemente en un terreno uniformemente pantanoso y sólo se detenía con agrado en algunos ceibos. A la mañana se levó el ancla. Todavía costeamos lugares anegados, pero al atardecer un motivo muy singular nos obligó a hacer alto de nuevo. En casi toda América meridional, la población acostumbra incendiar los campos para quemar la paja seca, a fin de renovar los pastos que alimentan el ganado. Al parecer, se acababa de producir uno de esos incendios. Llamas y restos encendidos cubrían la ribera. Toda la orilla meridional estaba ardiendo. Altas llamaradas, un humo negro y denso que se arremolinaba, una impresionante crepitación, nubes de aves de rapiña planeando sobre el brasero para atrapar a los escasos animales que escapaban del desastre; todo esto ofrecía un espectáculo de destrucción que infundía en el ánimo un Sentimiento profundo de dolor y espanto. Tuvimos que parar por temor de que el fuego se propagara a bordo. Ya había encontrado rastros de un incendio semejante durante mi viaje a través de la Banda Oriental. El viento soplaba hacia la ribera, pero esperábamos que el fuego cesaría al alcanzarla, junto con el combustible que lo alimentaba, lo que sucedió, en efecto, por la noche, permitiéndonos reanudar el viaje.

17 de febrero

Durante la noche del 16 al 17 de febrero abandonamos el Paraná de las Palmas para tomar otro brazo del Paraná, denominado el *Baradero*, nombre originado en su escasa anchura, que ocasiona frecuentes varaduras a los barcos[6], accidente, por lo demás, poco temido por los marinos, en esos parajes, porque el fondo es fangoso y carente de peligros. Pasamos la noche cerca de los arroyitos que afluyen al riacho, llamados *del cuervo* y *del tigre*. Al amanecer ya habíamos remontado el Baradero a bastante altura. El aspecto de la ribera era poco matizado; no obstante, teníamos a la izquierda los mismos acantilados calcáreos que comienzan en Buenos Aires, coronados de tiempo en tiempo por establecimientos rurales, o estancias. Entre éstas y la ribera, un espacio más o menos amplio mostraba, junto a los acantilados, algunos árboles o por lo menos unas zarzas dispersas, y, cerca del agua, terrenos pantanosos, poblados de pájaros acuáticos. La margen derecha está constituida por islas bajas, expuestas a inundaciones, sobre las cuales unos ceibos aislados contrastaban con la uniformidad de esos prados naturales.

---

6 *Baradero*, del verbo castellano *varar*, encallar: lugar en que se encalla, donde se puede encallar.

Dos hermosas especies de cisnes, propias de la región, adornaban las lagunitas de la izquierda: la de la cabeza y cuello negros[7] y el pequeño cisne blanco[8]. Todos parecían mansos; apenas se dignaban apartarse a nuestro paso; lo mismo ocurría con gran número de patos de todas clases, que parecían hacerles la corte, nadando a su alrededor, en los lugares menos hondos. Innumerables bandadas de camichis moñudos[9], llamados *chajá* en el país, por imitar su grito, cubrían las partes circundantes en gran extensión y a intervalos nos aturdían con sus ruidosas explosiones, que pueden oírse fácilmente a gran distancia. Hicimos alto aproximadamente a las siete de la mañana, lo que aproveché para cazar. En un momento derribé varios cisnes y numerosos pájaros acuáticos; luego me dirigí hacia el pie del acantilado, donde me aguardaba otra clase de caza. Mientras unos ibis negros[10], que allá llaman cuervos, se encarnizaban en grupos sobre los jirones de unas osamentas de caballos muertos, haciendo en esa comarca las veces de las desagradables catartes de otros lugares, numerosas bandadas de torcaces y palomas cubrían las porciones de tierra seca buscando tranquilamente su alimento, y unos cardenales se pavoneaban en los arbustos que el bullicioso hornero animaba con sus cadencias siempre alegres.

Durante mi cacería, la gente de a bordo fue a comprar un novillo para la provisión del viaje, al poblado de Baradero, del cual nos hallábamos muy próximos y que toma su nombre del canal a cuya orilla está situado. Por largo rato sólo había pensado en cazar, y cuando me disponía a dirigirme hacia la localidad me anunció el patrón que era preciso partir para aprovechar un viento sur que soplaba con fuerza. Tuve pues que conformarme, por el momento, con saber sobre Baradero lo que cuentan los marineros, completado por lo que veía de la ribera. El poblado parecía compuesto por unas veinte o treinta casas miserables, cuyos moradores eran casi todos granjeros, y dos o tres pulperías, especie de tabernas donde se reúnen todos los ociosos y asesinos de la vecindad.

Una vez hechos a la vela, un viento fresco nos empujaba con fuerza; pasamos pues rápidamente cerca de los acantilados, que siempre seguían, y sobre los que se observaban de trecho en trecho casas y algunos árboles. Se cortan apenas para franquear el paso al riacho *Arrecifes* que, tras haber serpenteado largo trecho por las pampas y engrosar con el caudal del arroyo *Tala*, viene a desaguar en el Baradero, unas leguas más acá del Paraná propiamente dicho.

---

7 *Anas nigricollis*, Lin., Gmel. 67, sp. 48, 49.

8 *Anas hyperbórea*, Lin.

9 *Parra chavaria*, Lin.; *Channa Illig.*

10 Ibis de cuello variado; Azara, tomo IV, pág. 220.

Después de haber traspuesto esta boca, el Baradero se estrecha cada vez más y apenas tenía entonces el ancho suficiente para que nuestro barco pudiera virar de bordo. Siempre estábamos rodeados de pájaros de todas clases, que levantaban vuelo ante nosotros y volvían a posarse a nuestra espalda, bastante cerca. En esos parajes, donde los cazadores espantan raramente la caza, ésta abunda tanto que habría que verla para formarse una idea aproximada. Finalmente, hacia las cinco de la tarde desembocamos en el Paraná. Tuve un momento de extática sorpresa al contemplar ese río majestuoso, por fin libre de las islas por las que lo había visto obstruido antes, y que comparado al Baradero me parecía un océano. Tiene a aquella altura más de una legua de ancho, y sus aguas agitadas por olas, como las del mar en las costas, su inmensa anchura perdida en un horizonte lejano, me llevaban a admirarlo en religioso silencio. En su margen derecha aún se extienden campos moteados de árboles y a lo largo de la izquierda se prolonga siempre el acantilado de Varadero, en cuya cima se advierte un grupo de casas y un monasterio cuya iglesia parece bastante grande y se halla ornada por un campanario en forma de cúpula. Es el monasterio y localidad de San Pedro, al que me referiré después con mayores referencias.

Los bordes del Paraná estaban poblados por diversas especies de plantas, principalmente sauces. Los brillantes ceibos habían desaparecido por completo. Como el viento seguía soplando del sur, proseguimos nuestra ruta. Nos tomó la noche y perdí de vista la campaña. El viento sur había barrido a todos los mosquitos, de manera que esa noche fue de descanso. Pronto fondeamos, por falta de viento, junto a una isla de tal forma rodeada de árboles secos que a la mañana siguiente no pudimos bajar; pero como la brisa se hacía más fuerte a medida que el sol cobraba vigor, aparejamos a las siete y volvimos a navegar hasta las diez, cuando sobrevino la calma obligándonos a amarrar en la isla de San Nicolás, frente a la ciudad del mismo nombre. Bajé a tierra y disponíame a internarme, en circunstancias en que los marineros me gritaron que volviera sobre mis pasos porque en esa isla, muy arbolada, había un jaguar (*tigre*). Me refirieron que un animal de la misma especie, bautizado Simón por ellos, se había instalado en el lugar, unos años atrás, donde era muy temido. Había llevado su audacia al punto de saltar de noche a bordo de los barcos anclados, para apoderarse de la carne que se cuelga de los portaobenques. Muchas personas habían sido víctimas suyas, lo que denunciaba una cantidad de cruces puestas a lo largo de la ribera. Todas las tardes se le oía rugir espantosamente y asegurábase haberle visto muchas veces durante las crecientes trepado a un árbol. Todas las noches iba a tierra para matar animales y luego volvía nadando a su refugio habitual. No concluía más la conversación entablada sobre los

jaguares, y me enteré de cosas sorprendentes acerca de las costumbres de estos animales que reemplazan en América al tigre africano. Por ejemplo, se me hizo por primera vez la descripción de su forma de pescar, que no deja de ser ingeniosa. Se mete en el río, con el agua hasta el pecho, dejando caer su espesa saliva que atrae gran número de peces. En cuanto los ve juntarse en cantidad, los golpea, sacando sus enormes garras; la pata con que los acechaba siempre atrapa algunos, que lanza a tierra por detrás suyo, para luego devorarlos cómodamente. También se me describió una de sus estratagemas, con la que tiempo después fui frecuentemente entretenido por los estancieros de Corrientes. Aprovechando la costumbre que se tiene de atar juntos por el cuello a dos caballos, cuando se quiere acostumbrar a uno de ellos a su nueva morada, comienza por matar a uno y obliga a zarpazos al otro a arrastrarlo hasta un lugar donde pueda, lejos de las casas, devorar tranquilamente su presa; luego ataca al segundo, que también mata, muniéndose así de provisiones para varios días.

Como el patrón deseara un refuerzo de vituallas, interrumpió la plática para hacer que prepararan el bote que fuera a buscarlas en tierra firme. Me agregué a la partida y desembarcamos algo más abajo de la villa, al pie de una alta barranca arcilloso-calcárea, bastante escarpada, de altura análoga a las de Buenos Aires. Examiné sus capas con atención y después de haber observado algunos huesos de animales fósiles preferí buscar otros a seguir con los marinos a *San Nicolás de los Arroyos*. Mis búsquedas me procuraron huesos muy importantes de tres especies de mamíferos. Unos pertenecían a un animal de la talla de un buey: costillas y el coxis. Los demás correspondían a un animal carnicero de la talla del gato y a un roedor del tamaño de una rata. Estaban completamente ennegrecidos, al igual que los dientes, muy bien conservados, por otra parte. Fue allí también donde encontré, por primera vez, un lindo ejemplar de *copris* con élitros del más hermoso color dorado. Me dedicaba a cazar cuando volvieron los marineros; regresamos a bordo y navegamos toda la noche.

19 de febrero

El 19 de mañana habíamos dejado atrás un gran recodo del Paraná, llamado *Vuelta de Montiel* y seguíamos muy de cerca los acantilados altos y perpendiculares, siempre de la misma naturaleza, es decir, calcáreo-arcillosa. Pasamos ante la villa del Rosario, primer punto habitado de la provincia de Santa Fe, agradablemente situado sobre el acantilado, al borde del Paraná, y cuyo campanario tiene cúpula como el de San Pedro; esto, por lo demás, sólo lo pude apreciar por lo que vi de a bordo, porque no hicimos alto. Hacia el mediodía una calma nos forzó a parar cerca de una isla situada en medio del Paraná. Bajé de inmediato y me sorprendió agradablemente encontrar, en el terreno que acababa de aban-

donar el agua de la creciente, muchas buenas especies de conchas de agua dulce, del género ampular, nuevas algunas. También maté varios pájaros, el *tanagra rouge cap*[11], entre otros, y el rascón gigante, de Azara[12], conocido por los marinos con el nombre de *gallineta*, debido a la analogía de su aspecto con el de la gallina. Esta isla se hallaba del todo sumergida por las crecidas del Paraná y tuve que entrar con el agua hasta la cintura para ganar unos grupos de árboles en el interior. En tierra firme se veían sin cesar los acantilados elevados, sobre los cuales se alzaban espaciadamente casas de estancieros, fácilmente reconocibles por sus recintos o parques, hechos de troncos de árboles. Los parques, denominados *corrales* en la región, se utilizan para encerrar caballos o vacas.

Al atardecer volvió a levantarse la brisa. Anduvimos toda la noche y paramos a la mañana siguiente contra una isla sumergida. Mostraba unos grupos de sauces que alcancé a costa de meterme en el agua y sobre los cuales maté siniestros caranchos[13] atraídos sin duda por la multitud de peces muertos que las aguas habían arrojado allí. Encontré asimismo un bello espécimen de carpintero[14] de cabeza blanca, que hacía vibrar el bosque con sus gritos agudos y desagradables. El borde del agua estaba cubierto de patos y los espacios secos me proporcionaron notables ampularias. Esta isla se hallaba sumergida por completo, salvo un pequeño espacio accesible junto a los árboles, casi todos secos; lo que atribuí a la cantidad de plantas trepadoras, pertenecientes sobre todo a los convolvulus, que al envolverlos, a veces hasta la cima, llegan a asfixiarlos; o secas en el invierno sobre los propios árboles, los arrastran en su ruina, cuando las queman los marinos desocupados que se entretienen, con frecuencia, en incendiar las islas. Obtuve, por otra parte, de aquellas plantas, numerosas especies pequeñas de insectos, que hacía salir sacudiéndolas sobre un paraguas invertido. A la tarde soltamos amarras y fuimos a dar, del otro lado del Paraná, a una isla mucho más alta y toda cubierta de árboles, cosa que me hizo prever una caza más fructífera. Esta isla se denomina *Isla de los Pájaros*, sin duda en razón de la gran cantidad que la habita por lo general.

Fuertes contrariedades domésticas, experimentadas antes de partir de Buenos Aires, me habían producido una fiebre lenta que no me dejaba. Carente por completo de apetito, una firme voluntad me sostenía pese a mi debilidad

---

11 *Tanagra gularis*, Gmel.; *Demosia gularis*, Vieillot.

12 *Gallinula gigas*, Spix.

13 *Polyborus vulgaris*. Vieillot, Gal. pl. 7; *Falco brasiliensis*. Gmel.

14 *Picus dominicanus*, Vieillot.

extrema, como si estuviera bien de salud. Sentía que las fuerzas me faltaban poco a poco y empezaba a preocuparme, al encontrarme lejos de todo auxilio, en medio de las regiones más salvajes, sin otro alimento que carne salada y bizcocho roído por los gusanos. No variaba empero mi actividad ordinaria, metiéndome diariamente en el agua, salvo al sentir que redoblaba la intensidad de la fiebre y acostándome al volver de mis excursiones.

El ejercicio realizado la víspera me había debilitado sobremanera, pero ¿podía resistir el deseo de ver cosas nuevas? Una vez más hice lo que no había dejado de hacer. Sacrifiqué mi interés personal al de la misión que se me encomendara y bajé a tierra con mi red para insectos y mi fusil, fiel compañero de correrías, tratando de ganar el interior. Fue en vano. Gran número de arboles caídos, convolvulus por todas partes y plantas espinosas de seis a ocho pies de altura, oponían obstáculos invencibles a mi deseo. Miríadas de mosquitos aumentaban las dificultades. En efecto, en un instante las picaduras me hincharon toda la cara. Padecía sufrimientos horribles, desgarrado por un lado, mordido por el otro y con fiebre sobre todo. Por último, tras varias horas de tentativas, tuve que renunciar a mi proyecto y me conformé con seguir la ribera de la isla. Allí pude admirar un elegante aromo, de fino follaje, así como muchas otras especies de plantas, de las que recogí numerosas muestras.

Como no paraba el viento norte, permanecimos cuatro días en el mismo sitio. Aproveché la oportunidad para estudiar a fondo la constitución geológica de la isla. Al igual que las demás situadas en la misma latitud, está compuesta por tierras aluvionales, depositadas gradualmente por las corrientes durante las mareas anuales. Constituyen el suelo capas de arcilla, arena y detritus vegetales. Se halla toda cubierta de sauces enormes, que corresponden satisfactoriamente a nuestros bosques centenarios. La mayor parte de esos sauces están cubierto de lianas u otras plantas trepadoras, y entre los asfixiados por estas plantas, unos se mantienen de pie y otros yacen caídos; en sus intersticios prolifera infinidad de plantas acuáticas o ribereñas, entre las que advertí, sobre todo, un gran ejemplar de *polygonum* espinoso. El aspecto del monte es en general elegante; el fresco verdor de los sauces y sus plantas parasitarias forma un fondo de gracioso tinte sobre el que se destacan agradablemente las grandes flores blancas de los convolvulus. El borde del agua está esmaltado por las bellas alfombras rosadas de esa sensitiva que caracteriza las orillas del Paraná pero a las que no hay que aproximarse, debido a las ganchudas espinas de que está provista. Se diría que en estas islas tan risueñas el lujo de una vegetación de tal modo pomposa sólo se destina al deleite de los ojos, porque no se puede abordarlo sin exponerse a crueles picaduras.

Aunque muy penosa, la cacería me deparó mayor éxito que la herborización. A veces de mañana, a la hora en que toda la naturaleza despierta, también yo era despertado por el canto de mil pájaros diferentes. El croar ronco de las garzas me anunciaba con intermitencias su presencia al borde del agua, donde solas, en actitud estúpida, aguardaban la aproximación de los peces para atraparlos al paso y retomar fuego su impasibilidad acostumbrada. Otras veces venían a posarse familiarmente en las vergas de nuestro barco; pero, prevenidas del peligro existente, pronto volaban de vuelta a las soledades, en busca de seguridad. El bullicioso rascón gigante, presuroso explorador de las sinuosidades del riacho que recorría a grandes zancadas y en perpetuo movimiento, a la manera de una polla, hería los ecos vecinos con su voz sonora y desagradable, y articulaba con precisión su nombre guaraní *Ipacahá*, haciéndose oír a gran distancia. De rato en rato se le veía salir de las matas y, sin recelo, pasearse tan cerca de nuestro barco que, sin bajar, más de una vez le hice pagar muy cara su inexperiencia o excesiva confianza en el hombre, cuya dominación tiránica aún no había aprendido a temer en el fondo de aquellos despoblados. "Pobres pájaros –me decía con frecuencia, al recoger del suelo ensangrentado la caza que en cierto modo se había ofrecido a mis disparos– ; pobres pájaros! ... ¡Cuando la civilización haya invadido esta ribera salvaje ya no habréis de recorrer con paso tan leve los meandros de vuestros pantanos! Vueltos más ariscos, ya no tendréis tranquilidad. Con demasiada razón, sospecharéis trampas y peligros por todas partes, y vuestros hábitos tan confiados cambiarán en razón del avance de vuestros nuevos dueños, por esta tierra donde aún imperáis". De acuerdo a estas reflexiones, extrañará que tuviera valor para hacer fuego contra aquellos pacíficos pobladores de las riberas; pero es que aun haciendo abstracción del interés científico no podía desperdiciar la oportunidad de sustituir los groseros alimentos de nuestra despensa por la carne tierna y delicada de una pieza que se ponía a nuestro alcance.

A menudo teníamos como vecinos a los martín pescadores; se posaban al extremo más alto de las ramas muertas que bordean el agua, efectuando movimientos de cabeza bastante vivaces; levantaban vuelo, planeaban un momento y como flechas se precipitaban al seno de las aguas sobre un pez que sacaban en el pico para tragárselo en seguida; luego reanudaban la pesca, exhalando sonidos agudos y entrecortados. Habias o tangaras, de grueso pico, también acudían a visitarnos en pequeñas bandadas bulliciosas; unos apacibles pico verdes, de colores oscuros, trepaban verticalmente a lo largo de los árboles grandes, en busca de alimento, mientras el pico[15] de cabeza purpúrea hacía

15 *Picus lineatus*, Lin.

vibrar, por los alrededores, la corteza de los árboles viejos, con los golpes repetidos de su pico agudo, maniobra que le ha merecido en la región el nombre de *carpintero*.

A fin de cambiar caza por pesca, nos dirigimos a la boca de un arroyo cercano, donde capturamos en un instante varios *dorados*, cada uno de los cuales nos podía alimentar durante dos días. Todos tenían a lo menos un metro de largo[16]. Este pez desempeña en los ríos americanos un papel análogo al que corresponde al lucio de los nuestros, destruyendo los peces jóvenes. Las líneas echadas al fondo nos proporcionaron multitud de ejemplares de siluros, de colores variados, unos con los flancos armados de lancetas huesosas, y por ello denominados *armados*; otros de gran talla, elegantemente jaspeados de negro sobre blanco plateado, a los que llaman *surubí* los guaraníes. Los tripulantes se querían bañar, pero la pérfida palometa de dientes filosos los obligó, por temor a un accidente, a salir precipitadamente del agua. Este pez se encuentra en todos los ríos americanos, en los que reemplaza a las voraces becunas de la costa africana, cuyas costumbres tiene. Sus dientes son tan aguzados que tiempo después vi que los indios los usaban para cortarse el pelo y en todos los usos que damos a las tijeras.

Cuando soplaba viento del sur, me hacía sufrir el frío que se sentía en el agua; pero durante toda nuestra estadía en la isla de los Pájaros sopló del norte, lo que nos impedía partir. De día había calma completa con calor aplastante, tanto más molesto cuanto que en la orilla no se encontraba un lugar donde se pudiera trabajar a la sombra. Había, pues, que exponerse al ardor del sol, y al anochecer, cuando la vuelta del fresco parecía prometer alivio por el suplicio de la jornada, tenía que envolverme en el mosquitero, desde antes de que se pusiera el sol, para no ser lacerado, al crepúsculo, por miríadas de mosquitos cuya picadura ponzoñosa inflama horriblemente las partes mordidas; puede así decirse que no existe reposo para el viajero cuando sopla viento norte. Poco práctico en el arte de preservarme de esos importunos insectos, cerraba mal el mosquitero, que por otra parte había elegido de gasa demasiado fina; cansado de mi insomnio, me levantaba de noche con frecuencia para pasear por el puente hasta la mañana; y de no ser por el tormento de los mosquitos, a veces habría saboreado con delicia el placer de esos ejercicios nocturnos. ¡Era tan agradable la frescura! ¡Tan perfecta la quietud de la naturaleza! Apenas se oía el susurro de las hojas tenuemente agitadas por el viento y el ruido de la corriente del río. Largos intervalos del silencio más profundo sólo eran interrum-

16 Especie vecina del *Miletes mycropo*.

pidos por el canto lúgubre del *ñacurutú*[17] o la voz chillona del rascón gigante, que sin conformarse con hacerse oír de día, también llena las noches con su alegre grito. En el seno de esta soledad el hombre de guardia no espera que un reloj, a menudo infiel, le indique el momento feliz en que su camarada debe tomar su puesto. Ahí encuentra, sin temor a equivocarse, su reloj natural, y el número de veces que el *chajá* o *camichi moñudo* haya hecho resonar su voz sonora, le indicará exactamente el número de horas transcurridas. ¡Cuántas veces, de un crepúsculo al otro, yo mismo he llevado la cuenta de los gritos del chajá, pasando noches enteras con los marineros y registrando ávidamente el menor ruido que viniera a quebrar el silencio imponente del desierto, desde el lejano rugido del terrible jaguar hasta el grito de terror del tímido cuis! Ocultos por la noche en la cala para librarse del sereno, los mosquitos salían a millares al despuntar el día e iban a esconderse en los montes, no sin redoblar la furia de sus ataques, como para aprovechar el tiempo disponible. ¡Qué bello es el amanecer en esas regiones! ¡Con cuánto gusto se oye suceder al insoportable bordoneo de los mosquitos el canto placentero de los habitantes del bosque! ¡Con cuánto gusto se asiste al despertar de una naturaleza aún virgen, viendo las acacias y aromas abrir lentamente sus hojas al sol naciente! Espectáculo mágico que el viajero, al volver de sus arriesgadas correrías, reconstruye con arrobo en su imaginación hondamente impresionada, y que le recuerda involuntariamente su *Olim meminisse jubavi*[18]: vinculando así el recuerdo de sus dulces trabajos infantiles al de las tareas más graves de su edad madura.

24 de febrero

El 24 comenzó a cansarme el no tener sino un espacio de doscientos o trescientos metros que recorrer. Por suerte se cargó la atmósfera. Una tormenta formada en el sur nos permitió esperar un cambio de tiempo; y en efecto, una hora más tarde estábamos en marcha. Costeamos varias islas semejantes a la de los Pájaros; pero el torbellino de viento que nos había hecho posible partir cesó de pronto y nos obligó a parar junto a un banco de arena donde pasamos la noche. Al día siguiente nos hicimos a la vela e intentamos pasar entre dos islas, por donde el *baqueano* (piloto) creía encontrar bastante agua, pero se había formado un banco de arena en el cual varamos, sin podernos zafar antes de cinco horas o más de trabajo. Seguimos bordeando islas similares, teniendo pronto a la vista los elevados acantilados de la margen derecha, o provincia de *Entre Ríos*. Un viento contrario nos hizo parar de nuevo hasta el día siguiente. Al reanudar la

17 Voz guaraní, verdadera onomatopeya del canto del pájaro. *Strix magellanicus*, Lin.
18 Virg., AEeis, lib. I.

marcha llegamos a la isla *Toros*, cerca de la *Colastina*, donde hicimos alto y encontré un pequeño espécimen de ampularia y numerosos insectos carábicos. Nos hallábamos frente a los altos acantilados calcáreos de la provincia de *Entre Ríos*, en las que está situada la capital de esta provincia, *La Bajada*, ciudad bastante grande, compuesta por un grupo considerable de casas y cuya iglesia, que parece ser vasta, dista un cuarto de legua de la costa del Paraná. Un puertecito donde se cargaban varios barcos, así como toda la ribera, tenían un aspecto tan vivo que rompió para mí la monotonía de tantas largas jornadas, en las que no había visto a otros hombres que mis compañeros de viaje. A lo largo del escarpado acantilado advertía, a diversos niveles, hornos de cal, que proveen parcialmente al consumo de Buenos Aires. Deseaba vivamente observar de cerca esas costas, sobre todo las porciones calcáreas que necesariamente habrían de tener, y examinar los bancos de ostras fósiles que me habían asegurado se encuentran en esos lugares; pero, sumiso a las órdenes del patrón, poco dispuesto a condescender a mis deseos en los que, por otra parte, sólo habría supuesto un capricho, tuve que contentarme con contemplar de lejos los acantilados, prometiéndome retornar más adelante.

Como la ribera de La Bajada se halla despejada en parte de árboles, o sólo tiene algunos diseminados por las alturas, los pobladores se ven en la necesidad de ir en busca de madera a las islas, para calentar los hornos de cal; pero como los obreros empleados en este trabajo jamás llevan una carga, hacen cruzar caballos a las islas de la otra margen del Paraná, pese a su gran profundidad y anchura que allá alcanza a media legua. El azar nos hizo verlos ocupados simultáneamente en la operación, para la cual emplean diversos medios; conforme a uno de los más simples, un hombre ata dos caballos juntos, monta uno de ambos, los lanza de la orilla de La Bajada, nada con ellos guiándolos al medio del río, luchando con la fuerza de la corriente, hasta alcanzar una isla. Con la vista seguí afanosamente a uno de esos intrépidos nadadores, que estaba a punto de alcanzar su objeto, cuando otro espectáculo más singular atrajo toda mi atención. Una barca chata, bastante parecida a las de nuestras riberas, pero de porte mucho mayor, estaba tripulada por seis hombres, tres de una banda y tres sobre la otra, cada uno de los cuales sostenía con una rienda a un caballo en el agua; guiaban a sus animales de manera tal que la embarcación con sus tripulantes fueran llevados hacia la ribera. Los vi llegar a tierra, donde los caballos fueron empleados en arrastrar árboles enteros, del centro a la periferia de la isla, por medio de un cabo atado a la cincha, no haciendo fuerza con el cuello, tal como en Francia, sino con el vientre; y como sus conductores se habrían cansado mucho de seguirlos a pie, los montaban, aumentando consi-

derablemente la carga de los pobres animales. En estas comarcas donde abundan los caballos, a éstos se los cuida poco; así, pueden darse por contentos si su dueño no los deja atados dos o tres días a un poste, sin darles de comer.

Navegamos muy lentamente todo el día, por falta de viento. Siempre teníamos a un lado los acantilados elevados de la provincia de Entre Ríos, adornados de trecho en trecho por casitas aisladas y unos árboles de escasa talla; y al otro, islas bajas, parcialmente cubiertas de agua. A la tarde cambió el viento y tuvimos que fondear en una isla donde permanecimos el 27 y 28 de febrero.

Deseaba vivamente ver la costa oriental del río para apreciar por mí mismo la composición geológica de los acantilados que tenía a la vista. Accediendo a mis insistentes ruegos, el patrón me hizo desembarcar en tierra firme, un poco más arriba del riacho *Las Conchillas*. El acantilado tenía más de ciento cincuenta pies de altura; estaba compuesto de tierras que me parecieron terciarias; sus capas más bajas se componían de asperón ferruginoso endurecido, recubierto alternativamente por arena ferruginosa y arcilla. Fue principalmente en medio de estas arenas donde encontré gruesos troncos de madera fósil, cuyo interior estaba convertido en ágata, lo que hizo creer a los nativos, según dijera Falconer[19], que el Paraná petrifica los árboles que caigan en su lecho, presunción del todo carente de fundamento. Además, encontré en dicha capa una tibia de un gran mamífero. Las arenas aparecen cubiertas por una arcilla endurecida que ocupa casi la mitad de la altura del acantilado. Esta capa contiene muchos riñones de yeso; está cubierta por un ligero manto de tierra aluvional moderna, en la que encontré gran cantidad de conchas de unios semidescompuestas. Estas conchas de agua dulce, actualmente vivas en el Paraná, ¿habrán sido llevados por los antiguos habitantes, en tiempos muy pretéritos, o provendrán del acarreo efectuado por las propias aguas? La última posibilidad parece poco probable porque hay casi ciento cincuenta pies de diferencia de nivel entre la capa donde hallé las muestras y el lecho actual del Paraná, lo que supondría la inundación completa de toda la llanura de la margen opuesta.

En lo alto del acantilado crecen árboles bastante grandes, de diversas especies, pertenecientes a los géneros acacia y aroma. Uno, el *timbó*, se distingue por un follaje espeso, verde brillante, del efecto más encantador. Allí despliegan también unas palmeras sus manojos de hojas en abanico, coriáceas y terminadas por espinas. Son pequeñas y achaparradas. Las supongo en uno de los extremos de su zona habitable, lo que explicaría por qué no alcanzan el desa-

19 *Descripción de las tierras Magallánicas*, trad. de Lausana (1787), tom. I, pág. 81.

rrollo propio de la especie. También encontré por allá numerosos ejemplares de insectos; entre otros, un escarabajo de gran talla; pero según la costumbre local, se había incendiado los campos y las plantas entre cuyas hojas o flores habría podido encontrar insectos; estaban destruidas, al igual que los viejos troncos tan preferidos por los entomólogos. Sólo vi unos pájaros destructivos: caranchos, catartas iribús y picos, que obtienen siempre su alimento bajo la corteza de los grandes árboles muertos que el fuego no alcanzara; o, en fin, ruidosas bandadas de cotorras que venían a abrevarse al borde del agua. Este fue el producto de un recorrido por la margen derecha, de la que volví a la opuesta.

En ocasión de nuestra llegada a la isla donde estábamos fondeados había tropezado con tales dificultades para penetrar en el interior, que tuve que conformarme con recoger insectos de las lianas que trepan a los sauces; hice, no obstante, otras tentativas, y logré descubrir un lugar por donde tuve acceso. Me sorprendió su extensión. La parte media se hallaba cubierta de árboles elevados. Allí descubrí un riacho en cuyas orillas maté varios pájaros interesantes, por lo que tuve que atravesarlo siete veces a nado, a fin de recoger la caza. De pronto hirió mi mirada el rastro nítido de pasos recientes de un jaguar, impreso en la arena, y me reproché la imprudencia que entrañaba haberme internado solo, lejos de cualquier auxilio, con un fusil cargado con plomo por toda defensa y en sitios donde reina sin disputa uno de los enemigos más peligrosos del hombre. Absorto en estas reflexiones me había detenido junto a las huellas del jaguar, cuando oí de súbito salir precipitadamente y con gran ruido, de unas matas cercanas, un gran animal. Me sobresalté, lo confieso, armando el fusil... quizás haya mudado incluso el color, pero enseguida me tranquilicé al ver un pacífico carpincho huir y desaparecer en el río, con un miedo por lo menos análogo al mío. Este pequeño incidente minúsculo me sirvió de lección; y prometíme tomar, en adelante, todas las precauciones que me sugiriera la prudencia, antes de aventurarme en el interior de los bosques.

La fiebre lenta que me consumía no daba muestras de querer abandonarme aún. Sufría a veces accesos muy fuertes, de vuelta de mis excursiones; pero en cuanto disminuía un poco, reanudaba la actividad como si hubiera disfrutado de la mejor salud, incapaz de resistir al amor a las investigaciones y descubrimientos, que me estimulaba sin cesar. Los reiterados baños que había tomado durante el día, el ejercicio forzado a que me había entregado, me provocaron una recaída terrible. Toda la noche deliré espantosamente y hubo que velarme por temor a un accidente. Al día siguiente me sentía mejor de lo que había estado en los últimos quince días. La fiebre había desaparecido; la fuerza de mi complexión se había impuesto. Ya no estaba enfermo, pero el remedio que

había producido esta feliz reacción tanto podía terminar conmigo como curarme; no lo recomendaría a mis lectores.

Un viento leve nos había hecho remontarnos hasta el extremo norte de la misma isla. Tomé unas balas y, esta vez precavido en compañía de un pasajero, armado como yo, volví a bajar a la isla, y me interné a más de una legua de la costa. En esta dirección hay tierras muy variadas, altos macizos boscosos, compuestos de muchos árboles de especies diferentes, que se ve reemplazan al sauce de follaje tan monótono. Marcadas ondulaciones del terreno manifiestan una formación más antigua; entre las plantas acuáticas serpentean cursos de agua y grandes lagos están rodeados de juncales. Todo vive allá; los pájaros hormiguean a millares. Innumerables bandadas de espátulas[20] que colorean de rosa las riberas de los depósitos naturales, se oponen a los cisnes de blancura deslumbrante, que juegan en medio del agua con centenares de patos de todas clases. Por un lado, garzas[21] de largo cuello se pasean gravemente por las orillas; del otro se alimentan tranquilamente los grandes ibis moñudos[22], haciendo resonar a la distancia su grito sonoro, comparado por los españoles al redoble del mazo de calafateo, por lo que los llaman *mandurrias*. Quise sorprender a los cuises que se paseaban por la explanada contigua a una laguna, pero me descubrieron y, con un grito de terror, se echaron al agua, donde enseguida los vi reaparecer, aunque sólo mostrando sus hocicos, más o menos como lo hacen los caimanes que acechan en los ríos de países más cálidos que aquél en que entonces me encontraba. Las lagunas estaban llenas de enormes peces que de vez en cuando subían a la superficie. Traté de pegarles un tiro, sin lograr hacer blanco en ninguno. En esos lugares, al parecer, las aguas están tan bien pobladas como la tierra, porque muchísimos restos de todas las especies de ampularias que había visto hasta entonces, se amontonaban en el suelo, permitiendo suponer la cantidad que podría albergar el agua. De vuelta a bordo, advertí que los jaguares no eran menos comunes que en los lugares ya mencionados anteriormente, pues encontré numerosas huellas en la ribera. También pude observar que los hay de diferentes tallas. Durante toda la noche siguiente los oímos rugir a nuestro alrededor. Esos roncos gruñidos, repetidos a distancia por el eco de los bosques y acantilados de la orilla opuesta, habrían podido helar de espanto a cualquier hombre que, del seno de una sociedad civilizada, se encontrara de repente en aquellas agrestes soledades.

---

20 *Platalea Aiaia*, Enl. 165.
21 *Ardea alba*, Enl. 886.
22 *Ibis albicollis*, Lin.

El 1 de marzo partimos antes del alba y al día siguiente bordeábamos los elevados acantilados de la provincia de Entre Ríos, que ofrecen siempre igual aspecto. Los tripulantes me llamaron la atención, a lo lejos, sobre una cabaña del campo que me dijeron estaba ocupada por un portugués célebre en toda la zona por su pericia en la caza del jaguar. Se decía que ningún americano podía aventajarlo en esto. Para la caza del feroz animal, según se asegura, se arma solo de un largo cuchillo que esgrime en la mano derecha, envuelve su brazo izquierdo en un cuero de oveja y así ataca al jaguar que, tal como acostumbra, se abalanza parado sobre su agresor, desde una distancia de cinco a seis pasos. El valiente atleta recibe esta primera acometida con el brazo izquierdo y, mientras la fiera se agota en vanos esfuerzos para desgarrar el brazo cubierto por el cuero de oveja, le hunde su cuchillo en el flanco. Esta manera de cazar al tigre, que asimismo vi practicar en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, requiere extraordinaria presencia de ánimo y además gran vigor, pues el primer choque con un jaguar es terrible; así es cómo esos temerarios cazadores tarde o temprano pagan con sus vidas semejante imprudencia. Tan cierto es que en ciertas provincias de América se dice como proverbio: "Quien quiera cazar tigres debe aprender a morir". Todo el día y la noche siguiente costeamos aún los acantilados de la ribera oriental, que parecían ser menos elevados. Pasamos ante la punta de *Feliciano*. Por todas partes, las tierras que coronaban los acantilados estaban cubiertos de árboles color verde oscuro, cuyas copas redondeadas contrastaban con la forma esbelta de los sauces leños. Pronto observamos unas casas en el acantilado; los tripulantes me dijeron que era *Caballu quatia*[23]. Como al poco rato la margen oriental abundaba en bancos de arena, la abandonamos para seguir navegando entre las numerosas islas que obstruyen aquel tramo del Paraná. Tales islas ya no están pobladas por los mismos árboles que las de la desembocadura del río. No se encuentran sólo sauces y laureles; también hay multitud de árboles diversos. Los principales son: el *timbó*, cuya madera es muy apreciada en ebanistería; el *sangre-drago*, que produce una resina; y el *palo de leiche*, llamado así porque destila, de las incisiones practicadas en su corteza, un licor lechoso que también produce resina bastante fluida. Estos árboles, y muchos más, cu-

1 de marzo

23 Este término constituye un ejemplo de la mezcla del idioma guaraní con el castellano. *Caballu*, deriva de caballo, corrompido por los guaraníes; *quatia* significa dibujo, pintura, escultura; y los guaraníes los aplican a la designación del papel en que veían dibujos y escritura. Creo que en el caso presente, *quatia* quiere decir pintura o escultura y no papel. Traduciré, pues, *Caballu quatia*, por *caballo pintado* o *caballo esculpido*.

bren las porciones altas de las islas, donde sobrepasan a la flora del litoral, muy diferente. Las masas de los primeros son con mayor frecuencia redondeadas, y el verde oscuro del timbó, el azul blanquecino del palo de leiche, contrastan con el tierno verde de los sauces. Vimos aparecer un nuevo ejemplar, llamado *aliso* por los pobladores, arbolito que cubre los bancos fangosos que el Paraná abandonaba, y que siempre precede al sauce en las nuevas tierras emergentes.

Se empezaron a ver patos almizclados[24]. Es la especie salvaje del gran pato doméstico que en Francia criamos con la denominación de pato de la India, que los españoles de América llaman *pato real* y los guaraníes, *ipe guazú* (gran pato). Aún nos encontrábamos al sur del grado 30 de latitud. Los cormoranes[25] aparecían en bandadas negras, posándose a ratos en los árboles que arrastraba la corriente y detenían los bancos de arena. De lejos se parecen a esas bandadas de *catartas iribús* que suelen cubrir los alrededores de las casas, en el campo. Aquellas aves esperaban el paso de algún pez; luego veíaseles zambullirse y permanecer mucho tiempo bajo el agua. Cerca de ellos, en todos los bancos de arena se abatían numerosas bandadas de golondrinas de mar[26], que recorrían con vuelo rápido los lugares en que la corriente es más veloz, zambulléndose allí la cabeza, primero, para atrapar a los peces que sostenían con el pico al reaparecer. Esas bandas chillonas parecían inquietas por nuestro paso, y apenas nos advertía la primera golondrina profería un grito, tras el que todas volaban sobre nosotros como para reprocharnos haber ido a turbar su tranquilidad, en medio de aquel gran río. Escenas de esta naturaleza se renovaban a cada momento, pues un viento muy fuerte del sur nos empujaba con violencia, haciéndonos vencer la fuerza de la corriente con extraordinaria facilidad, por lo que hicimos mucho camino la noche siguiente. No me disgustaba la proximidad del término del viaje y, sin embargo, veía con pesar cómo el barco avanzaba durante la noche, ya que la oscuridad me impedía apreciar con precisión la influencia atmosférica que pudieran ejercer, en los lugares que recorríamos, las diversas ondulaciones del suelo, sobre las plantas y animales, que variaban sin cesar.

3 de marzo

El 3 de marzo, de mañana, habíamos avanzado mucho entre las islas. Estaban adornadas cada vez más por árboles de especies diferentes. Teníamos entonces a la izquierda esa parte de tierra firme que antiguamente ocupaban los indios abipones, de quienes hablaré más tarde, tribu célebre por la descripción de que fue objeto por los historiadores, así como por la masacre que sufrió por los habitantes de

24 *Anser moschata*, Lin.; Enl. 989.
25 *Pelecanus graculus*. Lin.
26 *Sterna cayennensis*, Lin.; Syst. nat. gen. 77, p. 9.

Corrientes. Aun hoy día, en las mismas tierras, bandas de indios tobas realizan incursiones hostiles contra Goya, ciudad de la provincia de Corrientes, de la cual estábamos bastante cerca. Los bosques que cubren la tierra la hacen muy semejante a las islas, pero se distingue de ellas por una vegetación de carácter muy peculiar, consistente en que se mezcla con las otras especies arbóreas la palmera dátil de los españoles que residen en la región, que los guaraníes llaman *pindo*, cuyo tronco recto y delgado y el elegante penacho de hojas que exorna su cima, contrastan agradablemente con el follaje brillante de los otros árboles. Calculábamos hallarnos, entonces, a setenta u ochenta leguas de Corrientes, y a veinte o veinticinco de Goya. Seguimos navegando todo el día, pero la calma nos obligó a anclar a doce leguas de Goya, junto a una isla cubierta de árboles espesos, en la que me prometí, para el día siguiente, abundante caza de pájaros e insectos. Por la noche fui asaltado por los mosquitos de la cala, a punto de verme en la precisión de establecer mi vivaque en el puente. Mi mosquitero se hallaba en un estado tal de deterioro que ya no encontraría tranquilidad hasta nuestro arribo a Corrientes. Un marinero me dijo que desde hacía rato oía a un jaguar, que tal vez esperara la oportunidad de sorprendernos; y, en efecto, creí oír yo también a un animal que avanzaba a pasos cortos, cuya marcha apenas denunciaba el crujido de las ramitas secas, quebradas a su paso; pero no habría creído que fuera un jaguar si, a ratos, no hubiera sonado esa especie de ladrido o grito temeroso de los carpinchos, que expresa su miedo motivado. Al caer la noche había llovido un poco, en perfecta calma, sacando de sus escondrijos a miríadas de mosquitos. Cuando llueve, estos insectos abandonan en espesas nubes la floresta, donde los incomodan las gotas de agua, para venir a abrevarse, como nuevos vampiros, con mayor ensañamiento que nunca, en la sangre del infeliz viajero. Durante un tiempo, vi con placer moverse, en la sombría profundidad del bosque, millares de luces errátiles, producidas por otras tantas luciérnagas, cuya profusión multiplica el reflejo del agua, y que se confundían con las innumerables estrellas que lucían en el firmamento cuando grandes nubes no hurtaban su brillo a la vista. Verdaderos barómetros vivientes, indicadores de la tormenta, estos insectos parecían aprovechar, para recorrer con leve vuelo el aire aún calmo, el último momento de tranquilidad que les quedaba, antes que la tempestad desencadenada los forzara a buscar asilo para su debilidad en el fondo de los montes.

Admiraba la calma imponente de aquellos sitios salvajes, oyendo sólo muy a distancia el grito de algunos pájaros ribereños, confundiéndose con el bramido de los jaguares. De tiempo en tiempo, el crujido del ramaje parecía denunciar la aproximación de un jaguar que espiara silenciosamente el momento de lanzarse a bordo, tal como ocurriera algunas veces, o la salida del agua de un tímido carpin-

cho, para hacerlo víctima suya. Inspiraba tristeza la noche, que no podía ser más oscura. Traté inútilmente de dormir. Recuerdos muy queridos de la patria se agolpaban en mi imaginación, sugiriéndome comparaciones que me hacían ansiar más aún los goces de mi amada Francia. No habían transcurrido más que ocho o nueve meses desde mi partida de París y, del seno de esa rumorosa ciudad me veía transportado, solo, moralmente al menos, en una débil barca, entre jaguares y salvajes, amenazado de caer en cualquier momento bajo la garra mortífera de los primeros o las cadenas de los segundos, en cuanto el menor golpe de viento echara nuestro esquife sobre un banco de arena. Estos siniestros pensamientos me sumieron en una dulce melancolía que me hizo conciliar el sueño, que hasta entonces esperaba en vano; y confundiendo el Sena con el Paraná, los jaguares con los mosquitos, me olvidé de todo hasta la mañana siguiente.

4 de marzo

El 4 de marzo, como no había viento y nos hallábamos en un recodo del Paraná, el capitán quiso avanzar a la sirga. Para ello, mandó que se atara un cabo a un árbol, más adelante; los marineros lo jalaban hasta llegar al árbol y luego iban a atar otro cabo más lejos, recomenzando la maniobra. Se advierte que semejante forma de navegar no producía gran avance y que es necesario mucho trabajo para recorrer una legua de la ruta que se hace tan velozmente cuando hay viento. Hicimos alto cerca de una isla poblada de árboles elevados, pero tan cubierta de lianas y troncos caídos que era muy difícil entrar, sin empuñar continuamente el cuchillo de caza para franquearse un paso. Mil flores brillantes esmaltaban la orilla del bosque; el azul aparecía en manojos, junto al oro más puro y la más oscura púrpura. A la noche nos seguimos remolcando a lo largo de un inmenso pantano, perteneciente a la tierra firme de la provincia de Corrientes. A poca distancia había un banco de arena, sobre el cual observamos gran cantidad de patos almizclados. Un marinero, gran cazador, me invitó a cazarlos juntos. Al atardecer, se juntaron en tal número que apenas podía verse la arena y se advertían, por los alrededores, enormes jabirúes[27] de cuello rojo y cuerpo blanco, gigantes entre las aves costaneras de la región. Al venirse la noche, ocupo la piragua pequeña con el marinero cazador; cuando nos acercábamos a los patos nos echamos al agua, y, semiocultos por la piragua que empujábamos ante nosotros, llegamos junto a los confiados palmípedos, derribando a más de quince con una descarga simultánea de tres disparos de fusil, sin contar a los heridos que fueron a morir en el agua. Después de esta brillante proeza cinegética, consideramos inútil abatir más caza porque contábamos con provisiones para unos días.

---

27 *Mycteria americana*, Lin.; *Tuyuyu* o comedor de tierra, de los guaraníes.

Al día siguiente permanecimos en el mismo lugar. Traté de penetrar en el pantano junto al que nos hallábamos y lo conseguí al cabo de muchos esfuerzos, cruzando espesuras de cañas cortantes, de cinco a seis pies de altura. Encontré unas hermosas especies de pájaros, entre otras al estornino, de cabeza y cuello rojo fuego[28], que posado en los juncos más altos se pavoneaba, considerándosele, quizás con razón, el habitante más brillante de esos parajes. Capturé dos, demasiado preocupados en sí mismos para advertir el peligro que los acechaba. Volví al banco de arena en que la víspera hice una carnicería tan grande; allí di caza a cormoranes, con el agua hasta las rodillas porque el Paraná había crecido considerablemente la víspera. Me aturdían los gritos agudos de las golondrinas de mar, que me veían sin duda con inquietud, en la pequeña superficie arenosa que les servía habitualmente de morada. Numerosos *becs en ciseaux*[29], de largas alas y pico de forma tan extraña, recorrían la superficie del río, con el pico abierto, trazando con su mandíbula inferior una línea recta en la superficie del agua, costumbre singular que les ha valido por parte de los pobladores españoles el nombre de *rayador*.

5 de marzo

El viento se tornó favorable y lo aprovechamos un rato para avanzar un poco, pero pronto fuimos obligados a detenernos junto a un lugar arbolado, muy difícil de recorrer a causa de la gran cantidad de lianas de distintas especies y plantas crecidas que lo llenaban. Algunos colibríes revoloteaban entre las flores, embelleciendo el fulgor de sus vivos colores con la rapidez de sus movimientos oscilatorios que los acercaba y alejaba sin cesar de los rayos solares. Maté varios martín pescadores y, más que todo, un ave singular, de pico desmesuradamente largo y curvado: era el trepador de pico en hoz[30], que debía indudablemente estar conformado así para introducir esa especie de sonda en los huecos de la corteza, al trepar verticalmente a los árboles, y atrapar los gusanos que constituyen su alimento habitual.

6 de marzo

Anduvimos aún un poco a la tarde y pasamos frente al canal natural que conduce a Goya; pero nos detuvimos antes de las ocho. El tiempo estaba cargado. Gruesas nubes negras se amontonaban al sur y ese higrómetro de los marinos que es el gran mono gritón[31] hacía oír a lo lejos los sones roncos e intercadentes de sus ruidosos parloteos. Tales animales trepan, en grupos, a la cima de los grandes árboles y profieren, al salir y ponerse el sol, sobre todo

---

28 *Sturnus pyrrhocephalus*, laucht., n° *18*; *Oriolus ruber*, Gmel.

29 *Rhynchops flavirostris*, Vieillot.

30 *Dendrocolaptes*, *Nov. sp.*, cercana al pico en hoz.

31 El caraya gritón. *Stentor caraya*.

cuando va a llover, espantosos clamores que podrían atemorizar a los viajeros poco experimentados, atribuyéndolos a seres más peligrosos. Los marinos pronosticaban mal tiempo. Efectivamente, los vientos se desencadenaron de golpe, golpeábanse los árboles entre sí: se habría tomado sus roces por gemidos quejumbrosos; las ramas secas se quebraban con estrépito; por todas partes huían los pájaros y la naturaleza toda parecía presa del terror. Pronto, torrentes de lluvia provocaron la disminución del viento que levantaba con violencia enormes olas contra nuestra nave. Es difícil concebir el malestar que se experimenta entonces, en esos barquitos, cuando debe cerrarse todo, tapiándose en un espacio de lo más reducido, donde falta aire y sofoca el calor.

7 de marzo

Al día siguiente el tiempo había mejorado, pero el viento del sur soplaba todavía con fuerza, cosa que aprovechamos para hacernos a la vela. Pronto dejamos atrás el grupo de islas de Goya, en las cuales las cúspides de los árboles están cargadas de clemátidas y coloquíntidas, para seguir nuevamente los acantilados de la margen derecha o de Corrientes. Pasamos a escasa distancia de la desembocadura del río Santa Lucía, que un islote nos ocultaba. Estos acantilados no son arcillosos, como los de la provincia de Entre Ríos; parecen compuestos de arena poco aglutinada, más o menos ferruginosa. El agua que cae de la cumbre cuando llueve forma en ciertos lugares grupos de conos unidos por la base, bastante semejantes a estalagmitas. Los acantilados tienen mucho menos elevación que los de *La Bajada*; su cima está por lo general desprovista de árboles y no tiene un aspecto más alegre que el de la mayor parte de las vastas llanuras de la Banda Oriental. Favorecidos por un buen viento, pasábamos rápidamente ante las costas escarpadas. A quince o diez y ocho leguas de ese punto nuevas islas obstruyen el Paraná. Hubo que dejar la margen derecha para seguir por la izquierda, entre las islas y tierra firme. Tanto las islas como el continente nos mostraban tierras bajas, anegadizas y cubiertas de grandes árboles. A la noche, proseguimos nuestra ruta; pero el viento cambió de pronto y echamos el ancla.

8 de marzo

El 8, de mañana, estábamos fondeados en medio del río a una distancia de las orillas que no nos permitió el desembarco. Al día siguiente hice una tentativa de exploración que no tuvo éxito. Habíame hecho bajar a una isla, donde me impidieron internarme toda clase de obstáculos, y volví a bordo acribillado a pinchazos, para escribir o contemplar de lejos las costas distantes o la vasta extensión de las aguas. Cada día aumentaba mi impaciencia por llegar a Corrientes. A cada rato dirigía infinidad de preguntas acerca de las producciones de la región al patrón y tripulantes, que, según la costumbre, contestaban con mil exagera-

ciones, con intención de satisfacerme. De creerlos, debía encontrar todo, sin esfuerzo, en los alrededores de la propia ciudad. Crédulo aún para ese género de informes, mi imaginación se exaltaba y pensaba en la llegada como en una fiesta; pero más tarde, después de haber sufrido frecuentes engaños por esos datos, más o menos maravillosos, creía más o menos la mitad. Indudablemente es cuestión de patriotismo, como de toda pasión simpática, embellecer un poco las cosas propias, pues desde el hombre más civilizado hasta el salvaje más ignorante siempre oí a los americanos hablar de sus países con igual entusiasmo.

Para que no nos atormentaran tanto los mosquitos, nos aproximamos a un inmenso banco de arena que se extendía en medio del río, y, como el viento no cambiara durante tres días, allí nos quedamos todo el tiempo. El banco tenía por lo menos media legua de longitud, por escasa anchura. Era elevado, con el extremo meridional cubierto de alisos jóvenes. Poco variado fue el empleo de mi tiempo; cazaba parte del día, en el banco, espantando a los pájaros, sus huéspedes ordinarios; o buscaba con el cuidado máximo las más pequeñas especies de insectos. Allá fue donde encontré mis primeros megacéfalos y los carábicos más curiosos. También encontré algunos fragmentos de conchas fluviales, que me hicieron esperar mucho acerca de futuros hallazgos; entre otras, la famosa castalia, que tanto valor tenía en Europa. El último día me sorprendió una tormenta en el banco, en medio de mis investigaciones, y privado de abrigo me mojé hasta los huesos; pero este temporal hizo cambiar el tiempo. Rápidamente regresé a bordo y un viento favorable nos permitió la prosecución del viaje.

Al partir, pasamos entre dos islas muy cercanas; vi allá, muy de cerca, grandes nutrias, llamadas lobos por los marinos. Durante el día tocamos la ribera del *Chaco*. Desembarqué y me comieron los mosquitos; pero habiendo advertido varias palmeras quise derribar una para observar más de cerca sus brotes y hojas. Así lo hice, encontrando incluso varios gorgojos en el corazón. Me llevé sólo parte de lo que quería estudiar de la palmera, con intención de volver a buscar el resto, pero apenas vuelto a la goleta un buen viento me hizo abandonarlo todo, y el barco prosiguió rápidamente.

El 15 de marzo el viento seguía siéndonos propicio y traspusimos rápidamente una costa arbolada y un poco alta; pronto divisamos las primeras casas de Corrientes. Pasamos frente a varios puertos y fondeamos en uno de ellos. Otra decepción... Al partir para Corrientes creí que encontraría una ciudad... y al llegar después de una travesía tan larga no encontré más que un gran poblado.

15 de marzo

CAPÍTULO VI

Corrientes y sus alrededores. Primer viaje a Iribucuá

Corrientes y sus alrededores

Pese a la poca regularidad de Corrientes, debo confesar que encontré muy agradables a la ciudad y sus habitantes. Una estadía de un mes en medio de comarcas deshabitadas, el continuo suplicio de la mordedura de los mosquitos, la carencia de pan y carne fresca desde mi partida de Buenos Aires hacía más de quince días me habían vuelto poco exigente; además, Corrientes debe un aspecto muy atrayente a su situación al borde del Paraná, a los bosques que embellecen sus cercanías y a la forma de sus casas, construidas para preservar del calor. Fui a entregar varias cartas de recomendación que tenía para sendos compatriotas establecidos en la región, quienes me recibieron como a un hermano. El señor Bréard, al que fuera especialmente recomendado por cuestiones de fondos, tuvo la bondad de instalarme en su propia casa, invitándome a considerarla mía. Fue también entonces que conocí al señor Parchappe, ex alumno de la escuela politécnica, hombre tan modesto como instruido, que tuvo a bien, desde el primer momento, ofrecerme su amistad y orientar mi inexperiencia en el nuevo género de vida que las circunstancias me imponían. Me hizo visitar, con otros franceses, al gobernador, y facilitóme el desembarco de mis baúles, así como el cumplimiento de las formalidades exigidas en el país.

1827
Corrientes
15 de marzo

Erame difícil permanecer mucho tiempo en la ciudad sin sentir deseos de cazar por los alrededores; al día siguiente de mi llegada, después de haber des-

embalado los objetos que pudiera necesitar, partí a explorar los alrededores, hacia el norte, pero no pude alejarme porque las tierras estaban inundadas, a intervalos, y cortadas por pequeños zarzales dispersos. Pude matar, sin embargo, un espécimen del mismo tinamu que había encontrado tan profusamente en la *Banda Oriental*. También di caza, no sin éxito, a los atajacaminos, de plumaje liviano y aspecto grotesco, que ocupaban en bandadas los parajes anclados, siendo mucho menos nocturnos en sus hábitos que las otras especies de su mismo género, ya que ven perfectamente de día y andan siempre por el suelo, sin jamás posarse en las ramas. Me intrigó durante largo rato una especie de maullido muy intenso y de lo más plañidero, que oía por todas partes. Inútilmente buscaba entre los arbustos el animal que suponía habría de ser su causante. Cuando me acercaba al lugar en que lo creía escondido, el grito cesaba y yo no encontraba nada; a menudo parecía brotar del agua. Buscaba hacía ya un buen rato, cuando un natural de la región que pasaba por allá me explicó que se trataba de un sapito al que sólo podía verse durante las inundaciones y que desaparece del todo en las épocas de sequía. A pesar de estos informes, me costó trabajo encontrarlo ¡y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que un grito susceptible de oírse a gran distancia provenía de un animal que apenas tendría la talla de un ratón! También encontré lindas conchas fluviales.

La misma tarde, Bréard me propuso que fuéramos juntos a pasar unos días en un establecimiento agrícola *(chacra)* que poseía, tres leguas al nordeste de la ciudad. Deseoso de conocer los alrededores, acepté con premura su invitación y, al despuntar el día siguiente, partimos a caballo para la chacra[1] *de la laguna brava*. Atravesamos cerca de dos leguas de campos inundados, cubiertos a intervalos de arbustos semejantes a los que rodean la ciudad, agrupados en macizos de forma redondeada, por lo general, y cuyos pies bañaban las aguas en ese entonces. Empezaba a cansarme la monotonía del terreno, cuando a una legua de la chacra cambió de aspecto por completo. Esas ciénagas temporales fueron sustituidas por hermosas campiñas muy pintorescas. Por todas partes se veían tierras arenosas y levemente onduladas, entrecortadas por lindas lagunas redondas, de agua límpida, y a los bordes de algunas se alzaban grupos de árboles verdeantes, coronando el cuadro de manera insuperable. Llegamos finalmente a la chacra, ubicada en una pequeña elevación, junto a una hermosa laguna rodeada de varias otras, en cuya superficie vi un caimán que desapa-

1 *Chacra*, establecimiento agrícola. Es lo mismo que *quinta* en Buenos Aires, *chaco* en el Perú y *chara* en Colombia.

reció al acercarnos. Era el primer ejemplar de su especie que se mostraba en su medio natural. Me impresionó el orden reinante en el establecimiento y, tras un almuerzo frugal, Bréard me llevó a pasear por sus dominios, explicándome con suma complacencia lo que su experiencia acumulara acerca de los cultivos del país. Visitamos bellos campos de caña de azúcar, algodón, maíz, batatas, mandioca, porotos y tabaco, las únicas plantas cultivadas en la zona. Daban la impresión de crecer con mucho vigor, sin que fuera necesario abonar la tierra; de no ser por las plagas accidentales, el agricultor encontraría en las cosechas amplia compensación por sus esfuerzos; pero un año de sequía o las mangas de langosta que al año siguiente hacen desaparecer en pocos días hasta el menor rastro de una plantación en pie, tornan muy aleatorias las especulaciones agrarias y por lo general arruinan a quienes se atrevan a emprenderlas.

Numerosas bandas de cotorras esperaban en los arbustos vecinos que una distracción de los guardianes les permitiera devastar maizales de siete pies de altura, parecidos a bosques, en los que era fácil perderse. Mujeres cuyo trabajo les había valido el nombre de *loreras*[2] recorren en todos sentidos los senderos abiertos entre las plantas de maíz, silbando, gritando o golpeando para hacer ruido; pero, pese a todas estas precauciones, en cuanto avanzan por un lado, las cotorras se abaten sobre el maíz por el otro y devoran una mazorca en un instante.

Después de los momentos consagrados a recorrer la chacra de Bréard, especie de homenaje que, como en Francia, casi en todas partes debe a todo propietario el extranjero recibido bajo su techo, como tácito precio de su hospitalidad; tras esta prestación de rigor, que la gentileza del huésped había hecho para mí tan instructiva como agradable, quedé libre para cazar por las cercanías. Tres lagunas y un inmenso pantano rodean la chacra. Pasé junto a la que diera su nombre al establecimiento, *la laguna brava*. El guía que me acompañaba no se hizo rogar para referirme, a mi primer requerimiento, el origen de esta laguna tan famosa en la comarca por los cuentos de que es objeto. "Poco tiempo después de la fundación de Corrientes –me dijo, tomando la cosa *ab ovo*, como se advierte–, mientras un carretero pasaba de noche cerca de la laguna, con su carreta y sus bueyes, los bueyes fueron arrastrados por una fuerza irresistible; y el conductor, después de mucho gritar y llamar a los bueyes por sus nombres, terminó por reconocer que sufrían la influencia de un demonio poderoso, dejó entrar la carreta en medio de la laguna, que está llena

2 *Loreras* deriva de loro y quiere decir que están encargadas de espantar a loros y cotorras para impedirles que hagan daño.

de plantas altas, escapó y corrió hasta Corrientes a implorar el amparo de la religión. El cura de la ciudad acudió en procesión para conjurar al espíritu maligno, pero éste no devolvió la carreta y desde entonces los habitantes temen pasar por allí de noche, y aún oyen al atardecer el ruido de las ruedas y el mugido de los bueyes.

La forma de la *laguna brava* favorece un poco semejantes cuentos entre hombres imbuidos de supersticiones. Es muy vasta, bastante profunda y toda cubierta de juncos o largas plantas acuáticas. En el medio se alza, a bastante altura, un grupo de árboles que forma como un islote al que nadie puede entrar: circunstancias todas, hay que reconocerlo, lo bastante propicias a la fantasía. Sea como sea, su aspecto es pintoresco y ofrecería una hermosa vista si la vecindad tuviera alguna animación, aunque se tratara de chozas; pero carente de esta clase de ornamentos, el paisaje más brillante pierde algo de sus encantos.

No lejos de la laguna encantada, al otro lado del bosque, se encuentra otra laguna, mucho mayor, más limpia de plantas acuáticas y agradablemente rodeada de grupos de árboles de follaje elegante y matizado. Allí encontré congregados a todos los pájaros acuáticos de los alrededores: numerosas bandadas de patos, ibis de gritos agudos, garzas de plumaje variado y leves sacanas[3], provistas de uñas tan largas que parecen pasearse, como por el suelo, sobre plantas que no se creerían capaces de sostenerlas. Habitantes del agua y las riberas, se les oye cantar alegremente sobre las plantas que cubren la superficie de las lagunas y se les ve adoptar una marcha suelta y graciosa. Con agrado habría dedicado mayor tiempo a recorrer esos campos tan diferentes de los meridionales, pero había que regresar a la ciudad. De vuelta en Corrientes, recorrí sus alrededores durante varios días e hice los preparativos necesarios para una estadía más prolongada en la chacra de Bréard.

Allá volví, efectivamente, el 22 de marzo y permanecí hasta el 10 de abril, explorando los alrededores en todos sentidos y recogiendo alternativamente insectos, plantas, pájaros o reptiles; hecho preparador, naturalista, viajero o geógrafo, sucesivamente.

No he de presentar a la chacra Bréard como un modelo absoluto, debido a que era un poco afrancesada por el género de su explotación y la forma de vida de sus habitantes, pero la describiré en detalle, convencido de que no se conocerá sin interés, en Europa, la organización de tales explotaciones en un suelo tan diferente del europeo. Los alrededores de la chacra presentan todos una formación del terreno muy notable, que se prolonga lejos hacia el nordes-

3 *Parra Jacana*, Lin.

te hasta *San Cosme*. Es lo que se denomina lomas en el país, pequeñas colinas o elevaciones arenosas, separadas por lagunas de agua límpida, más o menos redondas, y cubiertas de pantanos de juncos (*esteros*, según los naturales) y grupos espesos de árboles que llaman islas, porque, efectivamente, los toman por tales debido a las charcas y tierras arenosas que los rodean.

La chacra de la laguna brava posee una linda casa de un piso, que ocupa dos lados de un cuadrado. Sus habitaciones son amplias y las galerías de ocho a diez pies de anchura que la rodean por completo la protegen tanto del sol como de la lluvia. Esta clase de edificación es absolutamente necesaria en países cálidos Y la distribución no carece de atractivos. Como los de muchas casas correntinas, su techo está cubierto de una nueva especie de tejas, extraídas del tronco de la palmera llamada *corondai*, en la región. Este tronco se corta en dos partes, las cuales se ahuecan y disponen como tejas, de manera que bastan dos o tres listones para cubrir cada lado del techo. Dicha clase de tejado se usa igualmente en el interior del Alto Perú, en Santa Cruz de la Sierra y en todo el Paraguay; dondequiera, en fin, que crezca la especie de palmera aplicable.

En uno de los cuerpos de la vivienda está el cuarto del dueño y en el otro la cocina donde duermen los peones cuando llueve, pues de lo contrario se acuestan al aire libre; las instalaciones correspondientes a la exploración, que comprenden maderas y alambiques para destilar aguardiente, y por último los depósitos destinados a almacenar las producciones del año. Al frente de la casa hay un recinto cercado que encierra un jardín, y adosadas al recinto se encuentran varios corrales hechos con gruesos troncos hincados en el suelo, en los que se encierra todas las tardes las vacas y adonde se lleva la tropilla entera de caballos de la casa, cada vez que se necesita uno, para enlazarlo con mayor facilidad, pues estos animales van por el campo todo el año en libertad y sería difícil tomarlos de otro modo. A un lado hay otro recinto de menor amplitud donde se guardan todas las tardes las ovejas. Ante la parte trasera de la casa hay un patio encuadrado por las construcciones y fosos, y enfrente una ramada, especie de plataforma hecha con troncos de palmera abiertos en dos, sostenida por postes muy alto, donde se echan los señores cuando sopla viento del norte si los mosquitos se ponen excesivamente molestosos, cosa que obliga a guarecerse en algún sitio elevado, por que el menor soplo los mantiene a la altura de la planta baja. Al lado se eleva otra ramada, mucho mayor en la que se acuestan los obreros sobre cueros vacunos que hacen las veces de colchones. Estas ramadas son las primeras construcciones de la región; se las edifica aun antes de pensar en la casa, por lo que ninguna vivienda carece de ellas, y

en cuanto algún propietario se quiera establecer en cualquier lugar adonde lo retenga la tala de bosques o cualquier otra industria, empieza por hacerse una ramada para dormir más tranquilo a salvo de los mosquitos cuando haya viento y siempre a salvo de los jaguares. Junto a esta estructura, a la que se sube mediante una escala, está el molino de azúcar, máquina muy simple que consta de dos cilindros libres, entre los cuales se encuentra un tercero móvil que los pone en movimiento mediante engranajes de madera, y está atravesado por un orificio en el cual se introduce una larga percha, a cuyo extremo se atan dos bueyes que hacen girar todo con un espantoso ruido producido por el roce. Toda la tierra cultivada se rodea de fosos, que impiden a los animales devastar los plantíos. Estos están divididos en cuadros, y como el terreno tiene pendiente se ha reservado las partes inferiores a la caña de azúcar, que es de la pequeña especie. En más de la mitad de los cuadros superiores se cultiva maíz; el resto se dedica al algodón y diversas legumbres de la zona. En torno a los campos de cultivo, cerca de las lagunas, se extiende un hermoso prado natural donde pastan el ganado y los caballos que están sueltos en el campo. Guía a los caballos una yegua que está afincada en el lugar y retiene a la tropilla. Es lo que llaman los pobladores *aquerenciar*. Cada establecimiento posee cierto número de bueyes de labranza, vacas lecheras y caballos de silla, porque los obreros jamás van a pie. Estos, llamados *peones* en la zona, ganan cinco o seis pesos mensuales (25 a 30 francos). Reciben alimentación pero no albergue y deben munirse de caballos; todas las tardes, apenas terminado su trabajo, se van a sus casas o a las de sus amigos o vecinos, sea a pulsar la guitarra, sea a bailar el *cielito*, sea en fin a jugar, que es su pasión favorita. Por lo general, en las chacras se hallan bajo la vigilancia del propietario o de un regente llamado *capataz*, que también trabaja mientras dirige las tareas de los otros y tiene asimismo a su cargo el cuidado de los caballos y bueyes.

Pasaba los días estudiando los alrededores y buscando con cuidado las plantas de esas colinas arenosas y las de los inmensos pantanos circundantes. Si están pobladas de juncos, esas charcas se denominan, tal como ya lo dijera, *esteros*. Hay algunos de gran extensión y la mayor parte de los cursos de agua que tiene la provincia nacen en inmensos esteros que cubren su parte central. A poca distancia de la chacra y bordeando un extenso pantano, se extendía un gran bosque natural llamado *isla de la laguna brava*, al que acudía con frecuencia para cazar y herborizar. Este bosque se compone de árboles de gran talla que suministran la leña necesaria al consumo del establecimiento. De toda la vecindad, es el único al que se puede entrar sin esfuerzo, ya que todos los demás tienen espinos que impiden su acceso, listos para desgarrar al que

ose aproximarse. La llanura está generalmente cubierta de maleza o altos pastos. Cerca de todas las lagunas grandes se ven grupos de *carpinchos*, o grandes cobayos, grandes como nuestros cerdos de talla mediana. Estos animales tienen un lindo color pardo; pacen tranquilamente junto a las lagunas, sin alejarse en exceso porque son muy temerosos, aunque los pobladores no les den caza, considerando muy erróneamente que tienen mal sabor. En cambio los codician los indios de todas las naciones, y no sin motivo, pues su carne es blanca y delicada. En otra parte hice una descripción somera de sus costumbres. Cuando alguien se les aproxima levantan la cabeza y se mantienen en esta posición hasta que el miedo, si se sigue avanzando, les hace proferir un grito bastante fuerte, que se confundiría con el ladrido de un perro y que constituye, por lo general, una señal para que todo el grupo se eche al agua. Pero después de permanecer sumergidos, salen algo más lejos sin mostrar entonces, fuera del agua, otra cosa que los ojos y el extremo del hocico, igual que los caimanes.

Los caimanes también viven al borde de las lagunas mayores, donde pasan gran parte del día tendidos al sol. Por lo común, están dispuestos a zambullirse al menor ruido. Había ofrecido dinero a los gauchos de la región para que me procuraran uno. Pronto se pusieron en campaña y en pocos días obtuve más que los necesarios, todos vivos. Apenas los cazadores descubren de lejos un caimán en una playa, desenrollan su lazo, esa larga correa de cuero que ya he descrito, lo levantan sobre sus cabezas y, haciéndolo girar, lanzan sus cabalgaduras a todo galope, y sin dejar de correr a rienda suelta echan el lazo en torno al cuello del caimán, antes de que haya tenido tiempo de sumergirse, y sin detenerse lo arrastran tras el caballo hasta el lugar de su destino. ¡Cuántas veces admiré la destreza de esos Franconi del Nuevo Mundo!

Como no quería conservar todo, los saurios que me traían prisioneros de esta manera, un día hice que cortaran a uno la cabeza. Más de cinco minutos después de la ejecución fui a sacar el lazo trabado en las fauces de la cabeza cortada y estuve a punto de perder la mano. La boca se abrió con rapidez mayor de la que pudiera suponer y volvió a cerrarse de pronto con violencia. Me salvé, perdiendo la punta de mi dedo; pero de haber adelantado la mano algo más, aquellos músculos conservaban suficiente fuerza como para cercenármela del todo. La energía vital adquiere uno de los mayores desarrollos en los animales de sangre fría, sobre todo entre los reptiles quelonios y saurios. Fue otra de esas crueles experiencias que mi profesión de naturalista me expone a imponer a la delicadeza y sensibilidad del lector. Unos días después, apurado por partir de la chacra y deseoso de llevarme el esqueleto de un caimán que acaba-

ban de traerme, lo hice disecar vivo, para apreciar al mismo tiempo el grado de vitalidad de que era capaz. Ya le habían sacado toda la carne, incluso los músculos de la cabeza, y los ojos conservaban aún su vida ordinaria y bastaba tocarlos para imprimirles su movimiento normal.

Al margen de muchas pequeñas explotaciones agrícolas, más o menos distantes de la chacra de Bréard, una legua al este se encontraban las ruinas de una antigua misión, fundada en 1588, casi al mismo tiempo que Corrientes: la misión de los guaicarás, compuesta de indios guaraníes, subyugados en ocasión de la Conquista de esta parte del vasto territorio habitado por la gran nación. Este pueblo está agradablemente ubicado en medio de muchas lagunitas y junto a la mayor, llena de agua clara. Consta de una treintena de casas bajas, techadas con troncos de palmera cortados en forma de tejas, y de una iglesia muy sencilla, perfectamente acorde con el resto. Los habitantes son, en su mayor parte, indios guaraníes, de los que pocos comprenden el castellano, aunque tengan un maestro de escuela. Sólo se habla guaraní. Incluso el cura predica en este idioma que yo debía aprender para recorrer con provecho el interior de la provincia. Reducida originariamente por la fuerza, Guaicarás se había convertido luego en misión de los jesuitas en comunidad; y después de haberles pertenecido hasta su expulsión, empezó a mermar su importancia, bajo los corregidores y curas que los sustituyeron. Los indios trabajaban entonces cada cual por su cuenta y se dispersaron al no obligárseles a seguir viviendo juntos. Las últimas guerras libradas por Artigas consumaron la ruina de la misión, antes tan floreciente, y de no ser por la cantidad de casas aisladas de sus cercanías, cuyos propietarios acuden los domingos a la misa de la localidad, da la impresión de que ya habría sido abandonada hace mucho tiempo.

13 de abril

Pocos días después de mi vuelta a Corrientes llegó la Semana Santa y me fue dado observar los restos de aquellos ritos fanáticos que parecen haber presidido los comienzos de la civilización en esta región; digo los restos, porque lo que viera no era nada comparado a lo que se hacía cincuenta años atrás y lo que pude ver, más tarde, en el interior del Alto Perú, en medio de las misiones indias. El viernes santo la multitud se agolpaba, con ropas de duelo, para escuchar el sermón de un hermano, en la iglesia de la *Merced*. Allá fui también y fui testigo de una escena aún nueva para mí, que representaba la muerte de Jesucristo. Al lado del predicador se alzaba un enorme crucifijo, dispuesto en forma que un hombre, oculto detrás, imprimiera a la cabeza del crucificado, por medio de unas cuerdas, movimientos correspondientes a las palabras del clérigo, quien arrastrado por el asunto olvidaba a menudo lo que debía decir en castellano y se

interrumpía con exclamaciones en guaraní. Al llegar a la descripción de los últimos suspiros de Cristo, el hermano se exaltó tanto que la iglesia vibraba con los gritos y sollozos de las mujeres, que se arrancaban los cabellos y daban fuertes puñetazos en el pecho. Ni el fin del mundo las habría hecho incurrir en mayores demostraciones, y, como ya se me había prevenido que esta excesiva piedad meramente externa, solía cubrir, por lo general, un gran fondo de corrupción, dejé sin ruido el triste teatro de esta farsa religiosa, apenado por ver cómo se profanaban los misterios de una religión siempre respetada, cuando sus ministros saben hacerla respetable, respetándose a sí mismos.

Quería explorar el interior de la provincia; pero una medida protectora del comercio prohibía recorrerla a todo extranjero soltero. Me presenté ante el gobernador, don Pedro Ferré, para obtener el permiso necesario. Me prometió convocar al *congreso* para concedérmelo, y, en efecto, unos días después me remitió un pasaporte del gobierno que me recomendaba, en la forma más expresiva, a las autoridades rurales. Por lo tanto, me dispuse a visitar la provincia del lado este. Este viaje se me figuraba tanto más grato cuanto que habría de acompañar al señor Parchappe, a quien el gobierno le había encomendado un levantamiento topográfico.

Primer viaje a Iribicuá

22 de abril

El 22 de abril fuimos a almorzar a la chacra de Bréard, hacia el mediodía, hora consagrada en la comarca para esta comida, después de la cual nos pusimos en marcha. Ibamos a caballo y acompañados por sirvientes, o *peones*, que nos ayudaban a transportar nuestro equipaje, compuesto de provisiones e instrumentos. Pasamos por Gualcarás y luego entramos en el lugar llamado *Las Ensenadas*, sin duda por la gran cantidad de lagunas que caracterizan a esas tierras. En medio de un terreno arenoso, admiraba el contraste existente entre las lagunas grandes y llenas de agua límpida como el cristal o pobladas de juncos siempre verdes. Gran número de bosquecillos dispersos junto a las lagunas, de lindas casitas cubiertas de troncos de palmera, prestaban animación al paisaje, y hacían envidiar a los buenos pastores o los agricultores hechos a la soledad, felices por las riquezas que la naturaleza les ha deparado y la belleza del paraje. En efecto, ¡qué contraste deben encontrar entre el lugar de su residencia y los alrededores de Corrientes! ¡Con cuánto placer han de contemplar las orillas de sus lagunas cubiertas de tímidos carpinchos, en tanto que garzas de todas clases

surcan las hermosas aguas, junto a los alegres patos y bellos cisnes blancos, cuyo fulgor repite el cristal! En las lagunas orladas de juncos, vimos congregarse bandadas de miles de golondrinas, tal como nuestras golondrinas de agua en el tiempo de su partida. A no dudarlo, los pobres pajaritos se reunían entonces para ir lejos, a una zona más cálida, en busca de los medios de subsistencia que ahí estaban por faltarles.

La región tiene un aspecto agradable hasta San Cosme, cabecera de todos los poblados de la comandancia de Las Ensenadas, situada a once leguas de Corrientes, camino a Itatí. Esta comandancia o sede de división militar comprende las tierras más fértiles y mejor cultivadas de la región, las más pintorescas, sobre todo por sus lagunas, sus grupos diversos de árboles y sus puertos sobre el Paraná. De ella depende el villorrio de Guaicarás. Cuando no hace mucho tiempo se erigió a San Cosme como sede de la comandancia, la capillita que tenía pareció inadecuada. Como faltaba espacio para convertir la localidad en todo un pueblo, el actual gobernador dio orden de trazarlo a corta distancia, donde vi la iglesia casi concluida, a cuyo alrededor los propietarios de la vecindad construían sus casas con excesivo apuro, puesto que en el nuevo pueblo no eran de temer las grandes lluvias a que estaban expuestas las casas del anterior. La comandancia de Las Ensenadas ocupa todo el nordeste de Corrientes, a partir del territorio de Itatí. Está encuadrada por los cursos del Paraná y el Riachuelo, y la ciudad de Corrientes.

Entre las casas que rodeaban la antigua capilla, fundada apenas diez años atrás y cubierta de troncos de palmera, había una pulpería, en la que se despachaban algunos comestibles y sobre todo aguardiente. Es el único sitio donde puede descansar el viajero, ya que no existe un solo albergue en toda la provincia. Hicimos alto unos momentos para que sirvieran aguardiente a los sirvientes.

Me había sorprendido una costumbre, introducida sin duda por los jesuitas en esas regiones sometidas durante tan largo tiempo a su dominación, o quizás perpetuada desde la conquista. Me estoy refiriendo a la manera de saludar. A todos los que pasaban a mi lado, aun al galope, había oído gritarme, descubriéndose: *¡La bendición, señor!*, siguiendo luego su camino, a menudo sin esperar mi respuesta. Mi compañero de viaje hízome saber que se trataba de un uso establecido en el país, con otros muchos que más tarde conocería, desde los primeros días de la Conquista, y que a este requerimiento de bendición se debía contestar: *la tiene usted para siempre*. Ulteriormente advertí que la pregunta la dirigía siempre el más joven al mayor, o el inferior al superior, lo que en sus orígenes la convertía en algo más que una mera fórmula de cortesía, aunque hoy día no represente nada más.

Nos dirigíamos a una casa aislada, distante una legua de San Cosme, y conocida por mi compañero de viaje, donde debíamos pedir hospitalidad. Al llegar, Parchappe, acostumbrado a los usos locales, se puso a gritar en la puerta: *¡Ave María!*, a lo que el propietario respondió abordándonos: *¡Sin pecado concebida!* De inmediato nos invitó a apearnos y fuimos recibidos con la franca bondad que caracteriza a los habitantes de aquellos campos. A medida que los niños de la casa, o los sirvientes, entraban en la pieza donde nos hallábamos, venían a pedirnos la acostumbrada bendición. Hasta las ocho hablamos de cultivos, cosechas, del tiempo y sobre todo de los caballos y demás animales del propietario, gran tema de conversación en la zona, ya que, lejos de la agitación del mundo, la política aún no es asunto de moda entre estas buenas gentes. A las ocho, hora de rigor, se tendió la mesa a cuyo alrededor nos ubicamos con el dueño de casa; su mujer e hijos nos sirvieron la comida y luego comieron aparte. Primero nos dieron un plato de carne seca o *charque*[4], cortada en lonjas y asada al fuego de carbón, con queso en vez de pan. Desde mi llegada a América, siempre había comido junto con europeos, de manera que este primer plato me tomó muy de sorpresa, sin impedirme hacerle los honores. Como es de suponer, semejante manjar pronto me dio sed y como en la mesa no se veía líquido alguno, me animé a pedir agua, lo que pareció extrañar al dueño de casa. Sin embargo me la hizo traer por uno de sus hijos. Después del asado se sirvió guiso de pollo, que me hizo renovar el pedido. Nuevas muestras de sorpresa en nuestro huésped, quien quiso saber si era costumbre europea beber con la comida. Con mi respuesta afirmativa su sorpresa fue en aumento y no se cansaba de repetir, sonriendo: "*¡Rara costumbre la de beber comiendo!*". Ni él ni los suyos jamás bebían hasta después de las comidas, lo que por cierto hace la mayor parte de los americanos. Tras el guiso se nos sirvió la sopa. Era tiempo y por mi parte ya no contaba con ella. Finalmente, apareció un gran jarro de leche hervida. Me la ofrecieron el primero y bebí pasablemente, pero un compatriota, al tanto de los usos locales, me advirtió en francés que se acostumbraba beber un solo sorbo y pasar el jarro para que circulara de mano en mano y de boca en boca hasta vaciarse.

---

4 Esta palabra no es castellana, pues carne seca se dice *tasajo* en castellano. *Charque*, que proviene del idioma quechua, o de los incas, es una corrupción de *chharqui*, que significa carne seca y, figurativamente, designa a una persona muy delgada. Es curioso encontrar términos actualmente adoptados casi por toda la América meridional, entre los antiguos ocupantes de regiones alejadas, ya que esta clase de palabras son de carácter local. Ya he citado como ejemplo la palabra pampas, también quechua y generalizada

Antes de levantar la mesa, niños y sirvientes se arrodillaron y recitaron las oraciones, que respondía el jefe de la familia; luego todos vinieron, uno tras otro, a pedir la bendición de cada uno de nosotros y se fueron a cenar por su lado, no sin habernos previamente traído fuego y cigarros, que una de las señoritas de la casa encendía, fumaba un poco y ofrecía ya prendido. Tras una conversación que duró lo que los cigarros, nos preparamos para el descanso nocturno. No había llevado colchón por querer adaptarme a las costumbres del país y con el objeto de no recargarme de equipaje; en consecuencia, extendí en la galería, fuera de la casa, las piezas de mi montura o *recado*, y me eché envuelto en mi poncho, en esa nueva cama de campaña que me pareció un poco dura. Inútilmente traté de dormir; miríadas de mosquitos se abalanzaron sobre mí, atormentándome de tal manera que el día llegó antes que el sueño.

23 de abril

Al día siguiente no me fue difícil levantarme. Y apenas se asomaba el sol cuando ya estaba a caballo. Mi compañero de viaje tomó su mate y partimos. Para los pobladores de la comarca el mate es de una necesidad no menos indispensable que la misma comida. Se sentirían enfermos si no lo tomaran a distintas horas del día; pero el matutino es de todos el más necesario. El mate es la infusión de la hoja de un árbol, desecada al fuego y luego pulverizada, que se conoce en el comercio bajo el nombre de *yerba del Paraguay*[5]. Puede comparársele a nuestro té. Se prepara en una calabacita o en un vaso de plata también llamados mate, donde se introduce primero la yerba con azúcar; luego se echa encima agua caliente y la preparación está lista; pero como el polvo del vegetal podría resultar desagradable, en lugar de beberse se la succiona mediante un tubo o sifón de plata, denominado *bombilla*, munido de tres agujeritos que sólo dejan pasar el líquido. En cuanto uno ha absorbido el contenido del vaso se vuelve a ponerle agua y azúcar, se lo pasa a otro, que lo vacía a su turno, y así sucesivamente, mientras la yerba conserve un poco de ese ligero sabor amargo que constituye su atractivo. Es por lo general, con el cigarro, lo primero que se ofrece al extraño que entra en una casa.

Crucé por tierras parecidas a las de Las Ensenadas, elevaciones arenosas, cortadas por lindas lagunas y separados grupos de árboles. Allá vi, por primera vez, la palmera que los indígenas conocen con el nombre de *yatai*, lo que hizo que se llamara a esta localidad *Yataily*, que en guaraní significa bosque de yatais o lugar cubierto de yatais, así como decimos en francés *saussaie*, *chenaie*, *aunaie*, etc., por sauzal, encinar, robledal, etc. Esta palmera crece poco. Su tronco es

5 Es el *Ilex paraguayensis*, de Aug. Saint-Hilaire.

grueso y cubierto de antiguas marcas correspondientes a la inserción de las hojas, en las que arraigan con facilidad unos ficus que terminan por sofocar el árbol. Las hojas de esta palmera son elegantemente arqueadas y el verde azulino de sus foliolas que apuntan al cielo contrasta agradablemente con la vegetación de los alrededores.

Antaño cubría el yatai todos los arenales de esos parajes, pero la necesidad de preparar el terreno para la agricultura o el interés por el sabroso alimento que constituye su corazón, tanto lo diezmaron que desde la época de las guerras ya no se encuentra en pie más que un número escaso, triste resto final de la hermosa floresta que integraban y que pronto habrá de desaparecer por completo. Habíamos partido muy de mañana. Ya eran las once y mi compañero de viaje, que para nada hablaba de desayunar, respondió a una pregunta que no era del todo desinteresada (porque empezaba a sentir mi estómago), haciéndome saber que no se desayunaba en la provincia y que nuestra primera comida sería el almuerzo, servido regularmente al mediodía. La costumbre no me hacía feliz, pero hubo que esperar y aunque en general me someta con facilidad a los hábitos locales, el nuevo uso fue, lo confieso, uno de los que más trabajo me costó adoptar, sobre todo por tratarse de una región donde la mañana era la única oportunidad favorable para las excursiones, antes de que hiciera calor. Al mediodía llegamos a casa en que, tras los saludos de práctica, sus ocupantes ya sentados a la mesa nos invitaron con un cortés *¡A buen tiempo!* a compartir su comida, lo que aceptamos sin hacernos rogar. La composición del almuerzo era igual a la de la víspera, servida absolutamente en el mismo orden y siempre sin beber. Parchappe tenía asuntos que tratar con el dueño de casa, lo que me dio oportunidad de ir de caza por las lagunas y montes circundantes. Mi cacería fue bastante fructífera. A la tarde recibimos las mismas atenciones de parte de nuestros huéspedes, pero siempre el mismo suplicio de los mosquitos a la noche y, por consiguiente, nada de sueño, igual que antes.

Al día siguiente quise ir con mi peón a cazar los ciervos de la región, del lado de la costa del Paraná, donde eran comunes, según me lo aseguraron. Atravesamos muchos grandes pantanos semejantes a los que llaman esteros los pobladores de la provincia y cuyas aguas, aunque estancadas, jamás se corrompen ni producen enfermedades. Cerca del río las charcas han sido sustituidas por tierras cubiertas de espinillos, o acacias espinosas, que caracterizan los terrenos arcillosos, cuya vegetación es triste, sobre todo en esta época, que es la de la caída de las hojas en los lugares secos, porque todas las plantas propias de tales zonas tienen, como las de Europa, su época de descanso, en

tanto que las que crecen en lugares húmedos nunca pierden el follaje, que generalmente es más oscuro. Por fin descubrí un ciervo, un *guazú birá*[6], para los guaraníes. Mi peón desató en seguida sus temibles boleadoras y partió a todo galope, haciéndolas girar sobre su cabeza. Pronto lo perdí de vista, pero al momento regresó un poco avergonzado de haber errado al animal. La forma de bolear parece a los europeos extraordinaria: ya la he descrito, pero hay detalles sobre los que debe volver el lector muchas veces, para familiarizarse con la operación. El cazador se arma con dos o tres bolas de plomo o piedra, atadas al extremo de otras tantas correas que se unen a un centro común, formando brazos de igual longitud. Cuando percibe la pieza, lanza su cabalgadura al galope, sosteniendo una de las bolas en la mano derecha, mientras hace remolinear las otras por encima de su cabeza. Cuando se considera a tiro las dispara al animal, al que generalmente dan alcance, silbando por el aire; y por poco que le den en las patas, el animal está perdido, porque se le enredan, lo hacen caer y el cazador lo captura vivo. A la tarde se quemó paja mojada a puertas cerradas, para espantar los mosquitos. No sé sí habría preferido la mordedura de los crueles insectos a la peste del humo, pero el cansancio me venció; dormí bien y compensé el penoso insomnio de las noches precedentes.

El 25 ya estaba temprano a caballo y, siempre a través de campos arenosos, llenos de lagunas y grupos de árboles, llegué a la *estancia de la Cruz*, situada al borde de una hermosa laguna, cuyas límpidas aguas invitaban a aproximarse. Al salir de la Cruz hice dos leguas entre dispersos bosquecitos de *acacias espinillos, o espinillares*, propios de aquel suelo, que no es arenoso y variado como el de Las Ensenadas, sino arcilloso, bajo, parcialmente inundado y de triste aspecto, muy diferente al de los lindos parajes que acababa de recorrer; terreno constantemente llano, que sólo mostraba árboles redondos, espinosos, achaparrados, cuyas hojas caían por entonces dejando desnudas ramas entrecruzadas en todos los sentidos, casi siempre cargadas de nidos de cotorras y de algunas plantas parásitas, no menos ingratas. Así llegué a otra estancia, llamada *La Limosna*, una de las fincas más ricas en animales en la región, lo que atestiguaban visiblemente los amplios corrales que la rodeaban. Aún me faltaban tres leguas para llegar al término del primer viaje. La primera mitad de esta última parte del camino estaba bordeada por los tristes espinillos, y el resto presentaba tierras inundadas durante las lluvias, pero cubiertas por un hermoso pasto verdeante en la época de mi paso. La dirección que había seguido desde Corrientes era de este a oeste, entre el curso del Paraná, al norte,

---

6 *Cervus nemorivagus*, Fréd. Cur.

y el del riacho llamado *Riachuelo*, al sur. Elevados bosques, que entonces se mostraban al descubierto, crecían a lo largo del Paraná y hacia el sur limitaban el horizonte extensos pantanos mezclados a intervalos con grupos de árboles.

Llegué por fin a Iribicuá[7]. No me detuve en la casa de postas, distante una legua del Paraná, en la que había una estancia ocupada por una familia de indios guaraníes, único lugar habitado de las cercanías. Con premura llegué a la ribera del río donde un viejo francés, ex comerciante arruinado, hacía cortar maderas de construcción para expedirlas a Buenos Aires. Allí tenía resuelto establecerme durante unos días, para explorar y reconocer bien los alrededores.

La vivienda de mi pobre compatriota, choza del más humilde aspecto, estaba ubicada en lo alto del acantilado del Paraná, en medio de un prado situado entre dos bosques muy extensos. Un admirable paisaje se disfrutaba desde la casa, en todas direcciones. Por un lado el Paraná, allí con más de una legua de ancho, desplegando su curso poco tortuoso hasta donde la vista pudiera alcanzar y llevando majestuosamente, entre las riberas ornadas de altos bosques, sus apacibles ondas, que de trecho en trecho dividían bancos de linda arena amarilla o islotes ricamente arbolados, y que ya no obstruían, como en otras partes, aquellas grandes islas que sólo con dificultad permiten apreciar y admirar su perspectiva. Enfrente, del otro lado, se extendían las vastas llanuras del hermoso Paraguay, lo bastante cercanas para que se pudiera observar las estancias y oír, cuando los traía el viento, los mugidos de los animales que las pueblan.

Tomé el fusil, impaciente por recorrer la vecindad, y, acompañado por mis dos compatriotas, fui a pasear al bosque cercano donde desde hacía poco tiempo se habían abierto unos senderos destinados a facilitar el transporte, hasta el lugar de embarque de los cortes que deben llegar por el Paraná a los aserraderos de Buenos Aires. Era encantador el aspecto del interior de aquel bosque. Por doquiera se alzaban árboles de considerable altura que, por primera vez, veían al hombre dirigir sus pasos hacia su suelo natal, solamente hollado, hasta entonces, por los jaguares y pecaríes; por todas partes se abrían los verdeantes penachos de la palmera *pindo*, graciosamente ligados al follaje tupido y variado de los otros árboles, que parecían rodearlos para darles protección.

Aquel que no haya contemplado la naturaleza virgen, en su lujo agreste y salvaje, sólo puede hacerse una pobre idea de lo que tiene de imponente. Ante

---

7 Nombre guaraní, compuesto de *iribu*, catarata urubu, y cuá, cueva.

su vista el espíritu más impasible y frío se exalta y dirige involuntariamente su pensamiento hacia el autor de tantas maravillas. Los trabajos del arte podrán ser más regulares, pero las obras de la naturaleza ofrecen, en su mismo desorden, un atractivo, un encanto más. Largamente hubiera contemplado ese magnífico espectáculo, sin las miríadas de mosquitos que pronto me acometieron, y con la cabeza ya horriblemente inflamada, sufriendo un verdadero martirio, pero siempre entusiasmando pese a mis dolores, me vi finalmente forzado, para no agravarlos más, a volver al tugurio de mi viejo compatriota.

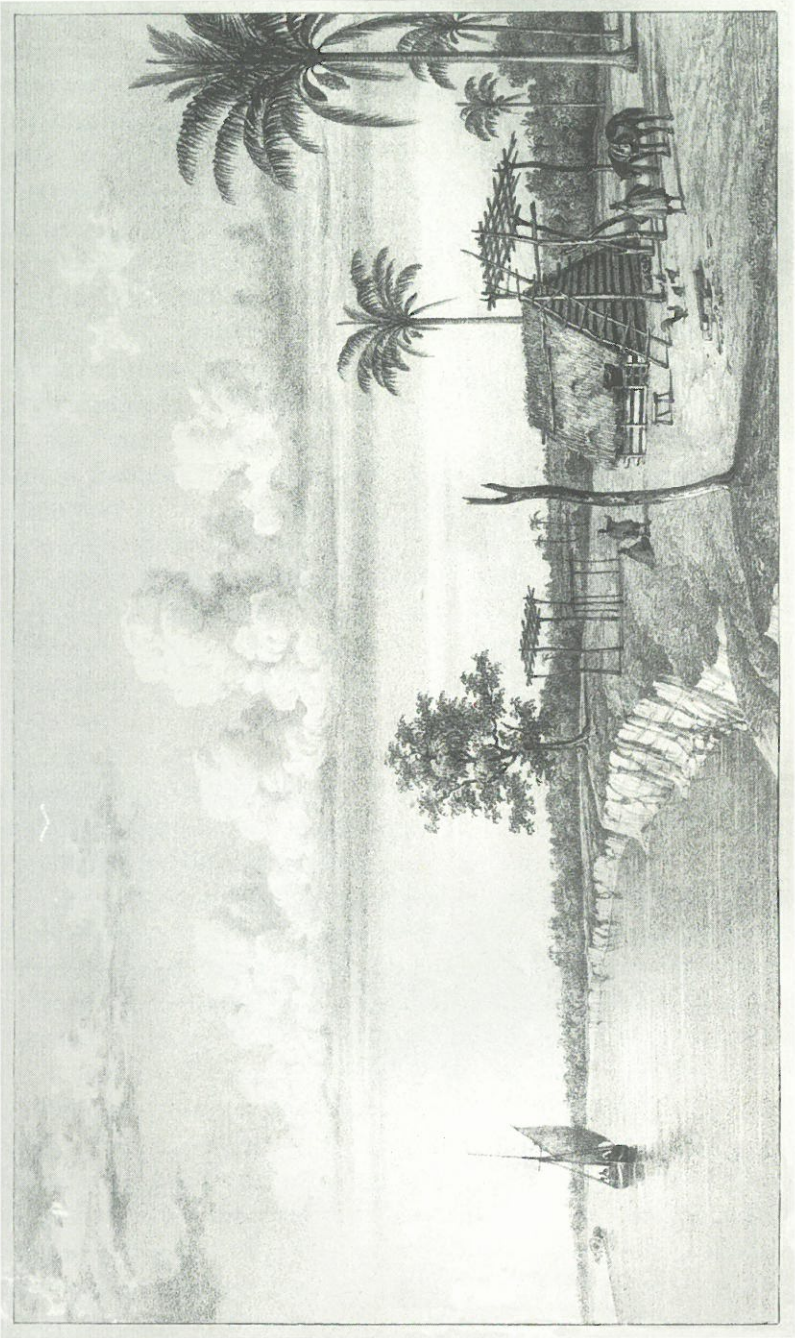
Esta choza estaba hecha de trozos de madera dispuestos como los de una tienda y cubierta de palmas que sólo podían preservar del sol, ya que la luz pasaba por ellas. Sus dos extremos se hallaban abiertos a todos los vientos, con el doble objeto de asegurar la circulación del aire en el interior e impedir que los mosquitos se instalaran durante el día. El moblaje constaba de dos o tres estacas puestas verticalmente sobre uno de los costados, que sostenían horizontalmente a otras, sobre las cuales se extendía un cuero que servía de lecho al propietario; de un banco, utilizado como mesa, y de uno o dos más, empleados como asientos; todo en una superficie de diez pies de largo por ocho de ancho. Afuera había una ramada hecha de ramas, mal construida y amenazando ruina a cada momento, la que servía de dormitorio cuando había muchos mosquitos. Como era muy alta, se subía por medio de una escala de construcción no menos descuidada, formada por dos varas torcidas a las que se ajustaban, de distancia en distancia, a manera de escalones, palos sujetos por cuerdas de cuero de vaca sin curtir. Bajo esta ramada se cocinaba al aire libre. En su proximidad se levantaban otros de esos andamiajes informes, para uso de los obreros que trabajaban en la tala de árboles.

Permanecí varios días en Iribucuá, recorriendo todos sus alrededores con el objeto de recoger animales y plantas. Podía vérseme, sucesivamente, hundirme en lo más espeso del bosque, bordear las orillas o examinar, en la llanura, la menor planta o el menor insecto. En aquel entonces el otoño comenzaba a ejercer su imperio sobre toda la naturaleza, por lo que mis correrías resultaron mucho menos productivas de lo que esperaba. La cabaña no era lo suficientemente espaciosa para darme albergue, de manera que me echaba afuera, sobre un cuero; pero allí los mosquitos solían atormentarme en tal forma que me veía obligado a subir a la ramada. Entonces, casi continuamente, el excesivo frescor del tiempo, contra el cual carecía de ropa conveniente, me privaba en absoluto de descanso. En esas difíciles circunstancias, haciendo de la necesidad virtud, pasaba noches enteras contemplando el cielo tan puro en América, en esta época del año, admirando la calma de la naturaleza, en que reina-

ba un silencio total, sólo quebrado por la agitación del follaje, los gritos de algunos pájaros ribereños o nocturnos y el continuo bordoneo de los mosquitos, mil veces más insoportable que los gritos más agudos. Los habitantes de nuestras ciudades, cuando leen tan cómodamente, cerca del fuego o en el tranquilo santuario de sus gabinetes, un relato de viajes, imaginan al protagonista siempre sumido en goces novedosos. ¡Qué lejos están de saber lo caros que se pagan esos goces, con cuántas privaciones los compra y de cuánta paciencia, coraje y perseverancia debe armarse para afrontar los disgustos, contrariedades y peligros de un viaje prolongado, lejos del centro de la civilización.

3 de mayo

El 3 de mayo partí de regreso a Corrientes, cazando durante todo el camino. Al mediodía tuve la dicha de encontrar en la Cruz un buen hombre que comía carne seca asada. Me brindó cordialmente parte de su modesta comida. La acepté con tanto mayor gusto, cuanto que aun estaba en ayunas; después fui a acostarme en una casa de Las Ensenadas y al día siguiente me hallaba temprano en Corrientes.



Vista de Tribucua, sobre el Paraná.

CAPÍTULO VII

Corrientes. Viaje a San Roque. Continuación al rincón de Luna

Corrientes

Al regresar a Corrientes reanudé mis investigaciones por los alrededores de la ciudad, sin dejar de estudiar las costumbres de los habitantes. Allá el comienzo de mayo no constituye, como en Europa, el anuncio de la primavera; por el contrario, señala una estación opuesta, aquélla en que la naturaleza empieza a tomarse el breve descanso de que goza en los trópicos. Todos los días veía a algunos árboles despojarse de sus hojas, o a los que no las pierden, trocar, al detenerse su savia, su verde tierno por el verde oscuro que caracteriza generalmente, en esa época, a las plantas siempre verdes. Los campos se volvían tristes; ya no se oía el animado canto de los pájaros innumerables, que otrora cubrían los matorrales cercanos a la ciudad. Dichos huéspedes pasajeros se habían ido a una zona más cálida, en busca de un alimento que estos lugares ya no les proporcionaban. Habían sido muy bien sustituidos por pájaros de latitud más meridional, pero menos brillantes y más taciturnos, que mostraban visiblemente que no se encontraban en su casa. Por otra parte, entre ellos figuraban muchos más habitantes de los pantanos que de los bosques. Ya ninguna planta florecía; raramente se veía un insecto o había que buscarlo con trabajo bajo la corteza de los árboles... Estación de reposo para la naturaleza americana, quizás; pero, por cierto, estación muerta para un observador insaciable como yo.

1827
Corrientes

Pero si el mes de mayo era en aquellos climas época de decadencia material, también lo era de regeneración política. Todos los argentinos recordaban

que el 25 de Mayo de 1810 una junta de nueve miembros había sido la primera en atreverse a lanzar el grito de libertad, y que este grito, pronto repetido en todo el territorio con la sugestión de un entusiasmo indescriptible, los había llevado a la conquista de su independencia. Cada año, pues, el menor villorrio se empeñaba en celebrar este glorioso aniversario. En Corrientes todo el mundo estaba ocupado: las autoridades, en buscar las diversiones que ofrecerían al pueblo, y el pueblo en concebir qué nuevos placeres podía esperar de la solicitud de sus autoridades. El gobernador quiso diferenciarse de sus predecesores ofreciendo a sus administrados un espectáculo que al menos tuviera el mérito de la novedad. Se trataba de la representación de una tragedia. Muchos hombres, en Corrientes, tenían una idea aproximada de lo que podría ser, porque habían viajado a Buenos Aires. Entre las mujeres, en cambio, sujetas a una medida administrativa que les impide salir de la provincia si no están casadas, posiblemente más de cuatro no supiesen de qué se trataba, por lo que la noticia monopolizaba los espíritus. El teatro era, desde hacía más de quince días, objeto de innumerables discusiones entre las cabezas más asentadas de la provincia, que se preguntaban con ansiedad qué sería el telón. Un francés había tomado a su cargo esa parte de la decoración, pero como nunca había manejado un pincel tuvo que abandonar la empresa, transfiriéndosela a un orfebre indio de la ciudad, quien se arregló como pudo. La sala fue hecha de tela, a un lado de la gran plaza y frente al *Cabildo*; se parecía bastante a esas tiendas que los saltimbanquis alzan en las ferias de Francia. En la parte delantera se alzaban dos anchas pilastras, destinadas simultáneamente a disimular los pasillos y encuadrar la tela. En cada una figuraba un soldado armado y, en la tela, como emblema de la República, brillaba un sol que mediría, con sus rayos, no menos de diez pies de perímetro y cuyo rostro circular, trazado a compás, contrastaba por su regularidad geométrica con dos ojos de proporciones desiguales, y bastante poco fieles, por otra parte, a la gran ley del nivel... Frente a este artefacto, ringleras de bancos aguardaban a los espectadores, y al otro lado de la plaza habían instalado un juego de sortija y cucañas.

25 de mayo

Por fin llegó el día esperado, anunciado por veintiún cañonazos que dispara la única pieza que defiende el paso del río, cerca de la aduana. Las campanas de todas las iglesias remueven el aire con sus sones discordantes. Los pobladores de la campaña afluyen a la ciudad por todos los caminos. Grandes propietarios con caballos cubiertos de plata, indios y esclavos negros, todos obstruyen un momento las calles con sus equipajes, y pronto, tras haberse ubicado en diversas casas, reaparecen muy ataviados, inundando la plaza. Durante todo el año, la policía

confisca, en provecho propio, los caballos de cualquier sujeto que galope; pero este día todo el mundo tiene derecho a hacerlo, en un antiguo juego que evoca los primeros tiempos de la Conquista. Dos hombres a caballo, enmascarados, disfrazados burlescamente y armados de rebenques, tienen derecho a perseguir a todos los demás jinetes y azotarlos al darles alcance. Todos los pobladores, montados en sus mejores animales gozan desafiando la destreza y celeridad de las máscaras, haciéndose perseguir por ellas a todo galope, a veces en grupos de más de doscientos, sea por los extremos de la plaza, sea en las esquinas, donde se apiñan de manera tal que rara vez termina la fiesta sin que haya algunos chicos pisoteados o adultos heridos.

Comenzaron las diversiones del día y, durante ese primer juego un poco salvaje, en tanto que los pequeños trepan a las cucañas, la brillante juventud provinciana rodea con sus cabalgaduras a los árbitros del juego de la sortija. ¡Honor a los buenos vecinos de Corrientes! Más de treinta corridas costó sacar la primera sortija; por fin, empero, el sonar de las fanfarrias proclama un primer triunfo. Entretanto, las autoridades de la ciudad, encabezadas por el gobernador y principales funcionarios de la provincia, se reunían bajo la galería del cabildo. También concurrieron algunas damas y yo mismo había logrado permiso para acudir. A breves intervalos, la banda militar ejecutaba valses y contradanzas españolas. Se platicaba mucho y la principal galantería masculina con las damas consistía en comprar y ofrecerles billetes de lotería que ellas aceptaban sin ningún escrúpulo, recibiendo luego con gusto los diversos objetos que les tocaban en suerte. Esta lotería, que se realiza todos los años, ha sido concedida a uno de los comerciantes de la ciudad, quien toma de todos sus colegas los premios que la componen, cuyo valor se estima previamente, en presencia de empleados de la administración, a fin de prevenir el fraude. Es uno de los juegos más gustados por la población, ávidamente entregada a cualquier clase de juego, por otra parte... Dos indios guaraníes, encaramado uno en zancos y el otro con la cara tiznada de negro, vinieron a divertir a la honorable asamblea, como verdaderos bufones, y recibieron unas monedas. Uno de ambos, sobre todo, con salidas más obscenas que espirituales, y con frecuencia acompañadas por gestos aun más indecentes, excitaba constantemente la hilaridad general, y por más que yo no perdiera gran parte de sus dichos, debido a la jerga medio castellana y medio guaraní en que se expresaba, no dejaba de enrojecer por cuenta de los espectadores a quienes todavía divertían, en Corrientes, escenas que no justificaría la ignorancia ni la grosería de las épocas bárbaras.

Al terminar la jornada llegó la hora del espectáculo, esperada con impaciencia por todos, y la multitud se congregó en torno al teatro. Se me quiso

instalar en un banco, pero preferí quedar libre y me ubiqué, junto con varios compatriotas, detrás de las personas sentadas. Varias veces pasaron ante la tela, de un pasillo al otro, cómicos ridículamente caracterizados, provocando las carcajadas de los espectadores con gestos aún más grotescos que sus figuras. La orquesta, formada con elementos que facilitaron al efecto varias iglesias, ejecutó una melodía muy poco adecuada a la ocasión. Por fin, se alzó el telón, no sin varios inconvenientes, y presentó a los ávidos ojos cuatro individuos, tres vestidos con trajes negros y el otro con uniforme de oficial y presentando armas con su sable. Estaban todos cubiertos y en posición de firmes, con el cuerpo inclinado hacia el frente. Así se mantuvieron un momento perfectamente inmóviles. Ya me preguntaba lo que harían, cuando la orquesta inició el preludio de la canción patriótica de la República Argentina. Entonces los cuatro se quitaron simultáneamente sus sombreros, sosteniéndolos en igual postura, sin mover la cabeza, los ojos ni el cuerpo; luego empezaron a cantar, lo que advertí sólo por los movimientos de sus labios, pues apenas mi oído captaba unos sonidos nasales, más fúnebres que guerreros. Concluido el canto, los cuatro alzaron sus sombreros, gritando *¡Viva la Patria!*, lo que fue enérgicamente coreado por los presentes. Se bajó el telón y durante una media hora los espectadores no tuvieron, para distraer el aburrimiento de otra espera, otra cosa que la reaparición de varios bufos y el espectáculo de algunos cohetes, cuyas varitas, lanzadas demasiado perpendicularmente, estuvieron a punto de matar a varias personas. Al fin volvió a levantarse el telón y empezó la tragedia. Los cuatro lados de la escena estaban flanqueados por sendos soldados vestidos de color rosa. En seguida aparecieron un rey y una reina. El rey era joven, bajo y grueso, mientras la reina... la reina era un hombre de cincuenta años, seco, flaco, más oscuro que el más moreno de sus conciudadanos y cuya negra mano contrastaba notablemente con el encaje y la seda que la cubrían. No he de referirme a su garganta descubierta ni a su cuello de un grosor muy ordinario. Después de haberse paseado, durante un rato, abrió la boca, y unos roncos sonidos demostraron en exceso que nada femenino había en su persona[1]. "¡Es la reina!", se había gritado por todas partes, al ver que avanzaba esta rara actriz, y un montón de gente pretendió subir a una mesa colocada junto a mí, para verla mejor; la mesa, aparentemente poco sólida, se rompió bajo su peso y arrastró en su caída a todos sus ocupantes; esto produjo, como es de

1 Era un doctor de Santa Fe, el cual, poco después, comprometido por sus relaciones con los indios de las misiones, fue cargado de cadenas y enviado como soldado al ejército nacional de Buenos Aires.

suponer, desorden, gritos, interrupción de la representación, intervención policial que quería impedir que gritaran incluso las víctimas del percance... Yo estaba muy cerca... Mi condición de extranjero podía llamar la atención sobre mi persona, y creí prudente eclipsarme, pues mis recuerdos de Montevideo me hacían temer cualquier cuestión con la policía americana.

La ciudad había sido iluminada con faroles que adornaban los edificios públicos y la residencia de las autoridades. Los festejos duraron tres días, aunque poca variación hubo en las diversiones. Así fue que la famosa tragedia, esperada con tanta impaciencia, sirvió pronto de soporífero al reducido grupo de personas que por deber o complacencia seguía al gobernador a la función.

¿Necesita el lector europeo la apología de estos detalles relativos a las solemnidades transatlánticas, y no los justificará bastante la especie de parodia de usos y costumbres del Viejo Mundo, en el territorio del Nuevo?

No fue sin embargo la curiosidad lo que me retuvo en Corrientes durante las fiestas. El corresponsal al que me dirigiera en procura de fondos atravesaba un período de malos negocios, y no pudiendo entregarme dinero optó por partir al sur de la provincia sin tomarse ni siquiera el trabajo de escribirme, de manera que me encontraba en situación tan embarazosa que ya me faltaba lo estrictamente necesario. Por suerte, varios otros compatriotas –justicia que me apresuro a hacerles– tuvieron a bien venir en mi ayuda, hasta que recibiera de Buenos Aires nuevas cartas de crédito, y debo incluso a uno de ellos los medios para emprender una gira por el sur de la provincia, acompañando a Parchappe, que había recibido la misión de levantar el plano de *Rincón de Luna*.

Aproveché el tiempo restante hasta el día de la partida en visitar los alrededores y hacer que los indios jóvenes cazaran con cimbra. Se trata de un arco munido de dos cuerdas entre las cuales, hacia su centro y sólo hacia su centro, hay un trozo de piel que las une en forma de presentar, en el espacio aproximado de una pulgada que las separa, una superficie plana o algo cóncava, de la que lanza el cazador una bola de tierra cocida, en lugar de flecha, imprimiéndole fuerza suficiente para aturdir e incluso matar pajaritos. Mil veces pude ver, ya sea en Corrientes, ya sea en Bolivia, a hombres y principalmente a niños que empleaban esta arma con tal destreza que algunos podían responder por lo menos de la mitad de sus tiros. Otra arma, no menos ingeniosa, les sirve para cazar aves grandes. Consiste en tres bolitas de plomo, atadas al extremo de otras tantas correas unidas. En cuanto el cazador divisa una bandada de cigüeñas, patos o aun pájaros aislados, corre hacia ellos, haciendo girar las bolas sobre su cabeza y lanzándolas sobre la pieza cuyas alas enlazan por efecto

del impulso recibido, en forma que el pobre animal, detenido en su vuelo, cae a tierra donde lo atrapa el cazador. En estas regiones donde la caza es tan abundante, la población se la procura con facilidad, pero en cuanto se haya difundido el uso del fusil, no hay duda de que los pájaros se volverán salvajes y este tipo de caza caerá en desuso por falta de ocasión de practicarlo.

Viaje a San Roque

Después de haber alquilado una carreta y comprado todas las provisiones que podían sernos necesarias, tales como bizcocho y carne seca, Parchappe y yo salimos de Corrientes el 22 de junio, a eso de las tres de la tarde, dirigiéndonos en dirección sursureste. Atravesamos un gran estero, de casi media legua de ancho, que en cierto modo rodea la ciudad de Corrientes, y hace dificultoso su acceso. No obstante, bastaría para desecarlo juntar sus aguas con las de un arroyito denominado *Santa Rosa*, que desagua en el Paraná al extremo sur de la ciudad. Una simple trinchera, de cien toesas a lo sumo, bastaría al efecto, y sería fácil practicarla en un terreno carente de piedras, aunque previamente habría que sacar a los habitantes de su apatía habitual, lo que difícilmente se logre sin provocar grandes cambios en su estancada civilización. Este pantano es muy difícil de cruzar. Nuestros caballos tenían agua o barro hasta el vientre, y el agua verde, que no estaba empero corrompida, ofrecía una superficie sembrada a cada paso de matas de ese hermoso arbusto de flores rosadas e infundibuliformes, que los guaraníes llaman *amandi yu-rú*, debido a la analogía que encontraron entre la semilla de esta planta y la del algodón. Al salir del pantano, el terreno tiene un aspecto completamente distinto. Se entra en la región llamada de las *lomas*, para diferenciarla del resto de las tierras circundantes, aunque quizá no haya ni veinte pies de diferencia entre su nivel y el de la charca vecina; pero estos términos de comparación tienen un valor muy relativo, basado en la mayor o menor uniformidad del suelo. Lindas casitas aisladas guarecían por todas partes a una humilde familia de agricultores, cuyos campos de algodón, caña de azúcar, mandioca y maíz, junto con unos animales, alimentan, visten y hasta permiten comerciar un poco. Esta parte de la provincia de Corrientes es la primera en que la agricultura haya hecho ciertos progresos, aprovechando las tierras arenosas y fértiles de las lomas. Arboledas de hermoso verde rodean parcialmente las fincas de cultivo,

1827
Camino a San Roque

22 de junio

en tanto que por las afueras las llanuras próximas ya no presentan división alguna. Allí se ve pastar juntos animales de distintos propietarios, que identifican su ganado por la enorme marca que se les imprime en el anca o por otra señal aún más bárbara, tal como una oreja cortada o hendida, un trozo colgante del cuero del cuello, etc. Viajamos hasta el anochecer y luego desatamos los bueyes de nuestra carreta. Se hizo fuego para asar un modesto pedazo de carne y preparamos nuestras camas. Mi compañero de viaje, por ser de mayor edad, puso la suya en la carreta, y yo me instalé debajo, en el suelo, residencia elegida para todo el viaje. Al principio, unos mosquitos resolvieron visitarme, pero el fresco de la noche los batió pronto en retirada y me dormí con sueño tan bueno como sobre el mejor lecho o en el departamento más cerrado.

Cuando se viaja nunca se duerme hasta tarde, y menos al aire libre; de manera que el canto de los pájaros anuncióme la hora de partir en el momento mismo en que la naturaleza despierta. Se calentó agua y mientras nuestros hombres ataban los bueyes y ensillaban los caballos, tomamos el *mate*, al uso del país. Nos hizo falta una hora de marcha para llegar al monte que bordea un curso de agua conocido por *Riachuelo*. El Riachuelo, que sólo tiene una legua navegable en todo su curso, cerca de la desembocadura, y esto sólo durante las crecientes, nace entre inmensos pantanos poblados de juncos y situados a treinta leguas al estenordeste de Corrientes, cerca de las márgenes del Paraná, en San Antonio. Riega llanos de dos a tres leguas de ancho que se cubren de juncos elevados; así pasa por Las Ensenadas, que ya he mencionado; luego se interna serpenteando en la campana, a través de grandes bosques, hasta verterse en el Paraná, tres leguas más abajo de Corrientes. En el lugar en que lo vadeamos, corría sobre un lecho de arena y el agua estaba baja; pero durante la estación de las lluvias desborda no menos de media legua y, entonces, a falta de canoas, se lo atraviesa en unos cueros que más tarde habré de describir. Sus orillas nos mostraban de lejos los macizos redondeados de la palmera *corondai*, diseminados por lugares famosos, pues jamás crece en tierra arenosa, donde es reemplazada por los *yatais*. La llanura prosiguió después de nuestro pasaje por el Riachuelo; llanura seca, aunque cubierta de ganados que pacían tranquilamente en un suelo uniforme, mostrando solamente, a grandes intervalos, arbustos espinosos, cargados de enormes nidos de ruidosas cotorras. Algunos ciervos también se dejaban ver a la distancia, con numerosas bandas de avestruces americanos. Dos leguas de marcha, a través de esas tierras uniformes, nos llevaron a los bosques que orillan la margen del *Sombrero*, mucho más

pequeño que el Riachuelo, el cual nace en los pantanos llamados *cañadas de los Sombreros*. Es de notar que la provincia de Corrientes sólo tiene bosques en los bordes de los cursos de agua o en medio de los pantanos. Una legua más allá encontramos el arroyo del *Sombrerito*, caudaloso solamente cuando se halla crecido por las lluvias y entonces tan difícil de pasar como los demás. Seguimos atravesando llanuras; pasamos otros dos arroyitos, el *Ooma y el Peguajó*, y luego, tras haber cruzado una charca bastante extensa, denominada *cañada del Empedrado*, hicimos alto junto al riacho *Empedrado*, así llamado por las piedras que cubren su lecho, cerca de una alquería con cuyos habitantes no tuvimos comunicación y ni siquiera dieron muestras de ocuparse de nosotros, especie de anomalía moral bastante extraña en un país por lo general tan hospitalario. La uniformidad de los llanos arcillosos que habíamos recorrido todo el día por caminos espantosos, no me había sugerido una idea muy elevada de la comarca; el tupido bosque de la orilla de los riachos constituía la única interrupción a su monotonía, y la estación muerta del invierno entristecía aún más su aspecto. Los arbustos de la llanura, en efecto, habían perdido su habitual verdor y el mismo follaje de los árboles ribereños había adquirido una tonalidad oscura. Encendimos el fuego de rigor y, tras una merienda de viaje, nos entregamos al reposo.

24 de junio

El 24 de junio estábamos temprano al borde del Empedrado. Después del Riachuelo, viene a ser uno de los cursos de agua de mayor caudal en la región. Toma origen entre las extensas cañadas de *Maloya*, que ocupan todo el centro de la provincia de Corrientes. Por aquel entonces, estaba bastante bien encauzado en su lecho, y sus aguas bajas y sin corriente rápida se dirigían lentamente a unirse con el Paraná, quince leguas al sur de Corrientes. Sus bordes están agradablemente poblados de árboles de especies diferentes, pero la orilla correspondiente a la llanura se cubre de esos tristes espinillos, o acacias espinosas, que caracterizan a las tierras arcillosas. Al pasar este riachuelo advertí algunos restos de conchas de agua dulce y sin tener en consideración el frío penetrante que se sentía, me desvestí y eché a la corriente para extraer conchillas. Sentí intenso frío, pero obtuve una hermosa especie de anodonte... y quedé satisfecho. Volví a montar, retornando al galope el camino que había seguido nuestra pequeña caravana, a la cual pronto di alcance.

Poco después el campo pareció extenderse. Nos aproximamos a la ribera del Paraná y observamos sus aguas majestuosas que, desde lo alto de los acantilados, ofrecían un aspecto notablemente imponente. En aquel paraje el río está constelado de islas boscosas cuyo color verde oscuro, propio de la estación, contrastaba con el agua tranquila que reflejaba los rayos solares. Aunque

estuviera a más de doscientas cincuenta leguas de su desembocadura, su anchura era inmensa. Nunca volví a verlo sin experimentar un renovado deleite e incluso un sentimiento de admiración. Europa nada tiene de análogo en el género y sus ríos más hermosos vienen a ser delgados arroyos si se los compara a éste. Sumido en tales reflexiones llegué a la pequeña aguada de *Pedro González*, junto a la cual hicimos alto un momento. Recogí numerosos ejemplares de conchas fluviales y me dirigí, con mi compañero de viaje, hasta el borde mismo del Paraná con el objeto de examinar la composición geológica de las capas que ponían de manifiesto los escarpados acantilados de sus márgenes. Sólo encontré arenas arcillosas llenas de canto rodado, jaspes y ágatas. Puestos en marcha bien pronto, abandonamos la orillas del Paraná y llegamos al riacho *San Lorenzo*, que atravesamos. Esta pequeña vía de agua tiene origen, al igual que el Empedrado, en medio de las cañadas de la Maloya y no está bordeada de árboles frondosos. Cruza un terreno arcilloso, cubierto de pantanos donde se encuentran muy pocas casas, lo que aumenta la tristeza del campo, que no demoró en reanimarse; de lejos percibimos un poco de sombra a orillas del *Ambrosio* y nos detuvimos. Viene este riacho de los pantanos vecinos y recibe además en la estación de las lluvias el exceso de caudal del San Lorenzo. Habíamos acampado cerca de una humilde choza sombreada por un enorme *timbó*, la que habitaba una pobre familia de agricultores mestizos (de indio y blanco), quienes nos ofrecieron todo lo que poseían con tal desprendimiento que no pudimos rechazar el charque asado que para nosotros sirvieron en su mesa indigente. Tratamos de indemnizar su sacrificio, pero ¿cómo es posible pagar hospitalidad tan generosa?

Apenas doraba los campos el sol de la mañana siguiente cuando ya estábamos en marcha. Cruzamos el Ambrosio, en cuyos bordes pantanosos estuvo a punto de volcar la carreta que contenía nuestros efectos. Al otro lado, entramos en los grandes bosques que lo rodean. Seguimos estos bosques hasta una estancia cuyo propietario era conocido de mi compañero de viaje. Aproveché el alto que hicimos para preparar la caza de los días precedentes, y luego proseguimos el viaje, dejando a nuestro huésped dormir la siesta. La tierra mantenía su aspecto cenagoso, llena de aves ribereñas; poco a poco los pantanos fueron reemplazados por arenas interrumpidas por lagunas y grupos dispersos de árboles, en el lugar denominado *Las Islas*, por la forma que adoptan esos grupos de árboles, siguiendo la costumbre de la región. Estas formaciones vegetales, siempre situadas junto a lagunas de agua límpida como el cristal, incitan al viajero a detenerse; fue lo que hicimos. Alegre y animado por dos o tres ranchos de indios, el lugar podría en verdad inspirar a nuestros poetas y me

produjo tanto mayor embeleso, cuanto que una linda tarde invernal confería a la naturaleza un carácter solemne muy distinto del que la primavera le hubiera impuesto y hasta la temperatura algo baja agregaba otro encanto a aquellos bosques elevados que parecían haberse congregado en el lugar como por sortilegio, para contraponer su verdor con las lagunas y cabañas de una campaña, por otra parte yerma y arenosa.

Nuestros víveres se habían agotado, al menos en cuanto a la carne desecada que la caza reemplazaba para nosotros, no para nuestros servidores, poco entendidos en carnes, que preferían a los manjares más delicados una lonja de tasajo. Al pasar cerca de uno de los ranchos que he mencionado, advertimos que se había carneado un buey. Mandamos a comprar pedazos, pero los ocupantes, aparentemente menos hospitalarios que nuestros dignos huéspedes de la víspera, se negaron; de manera que tuvimos que limitarnos a comer los patos que habíamos matado por el camino. Luego nos dedicamos a renovar las provisiones para el día siguiente, cosa facilitada por la presencia de gran cantidad de aves atraídas por las lagunas. Los arbustos secos que cercaban campitos cultivados por los pobladores de las chozas, estaban llenos de apareas o cobayos salvajes, de lo que hicimos abundante caza. Habíamos establecido nuestro domicilio nocturno a apreciable distancia de las casas y estábamos junto al fuego, cuando un muchacho indio vino a vendernos *batatas* asadas al horno. La oferta no podía ser más oportuna y la aceptamos con premura. Las batatas constituyen un plato delicioso, del que nunca me cansé durante mi estadía en América.

Al día siguiente seguimos contorneando un trecho las mismas tierras, encontrando a cada momento límpidas lagunas. El temor de quedarnos privados de víveres me resolvió a hacer una batida de patos, que se posaban con preferencia en las lagunas de bordes cubiertos por juncales, en una de las cuales los veía por millares, al acercarme con precaución, cubierto por un arbusto. En cuanto estuve a tiro dispare sin apuntar al montón. Instantáneamente la orilla quedó sembrada de patos muertos o heridos. Recogí diez y siete y varios otros se me escaparon, pero ya nuestras provisiones recibían un refuerzo y consideré oportuno no proseguir la cacería, aunque viera a cada momento nuevas bandadas de patos de diversas especies, venidos sin duda del sur donde la estación fría los había espantado, ya que las aves americanas obedecen las mismas leyes migratorias que los del polo norte. Pronto desaparecieron las lagunas y los lindos grupos de árboles. El suelo volvió a ser arcilloso y un estero enorme, conocido por *cañada de las cebollas*, apareció ante nosotros, mostrando sólo una llanura inundada, por todos sus lados, hasta perderse de vista. Desde los

bordes contemplaba, con un sentimiento semejante al terror, su triste aspecto, su impresionante uniformidad; pero había que cruzarlo y entramos en el agua. Nuestros caballos estaban tapados hasta el vientre y a cada paso se hundían en un lodo blando. A intervalos había hierbas salidas del seno de las aguas, que se esmaltaban con la blancura de las garcetas, mientras los espacios que dejaban libres, aunque muy profundos algunos, se cubrían de plantas acuáticas entre las cuales innumerables bandadas de patos de todas las especies se revolvían con delicia. Nos estremecía la idea de que tendríamos que cruzar tres leguas de un camino semejante, no sin maldecir la indolencia de los habitantes, que no intentan verter aquellas aguas en el Paraná, resultado que podría obtenerse mediante un canalito de desagüe de dos a tres leguas de largo, a lo sumo, que tendría que abrirse en un terreno llano y no pedregoso; pero luego pensé que la región posee muchas tierras excelentes, que no están cultivadas ni pobladas de ganado y que, por consiguiente, el drenaje no era de urgencia absoluta para sus actuales habitantes, por lo que transcurrirían unos buenos siglos antes de que el aumento de la población y la escasez de tierra de laboreo hicieran necesaria tal medida. Nubes de patos levantaban vuelo al acercarnos, pero ni siquiera se nos ocurrió cazarlos. Nuestra marcha era muy penosa. Se tendría que haber cumplido largas jornadas entre pantanos de esa clase, para forjarse una idea justa de las dificultades que se nos oponían. Teníamos que mojarnos o mantener las piernas recogidas a ambos lados de la montura, posición imposible de mantener mucho tiempo. Nuestros caballos pisaban en falso a cada momento, haciéndonos tambalear, por lo que teníamos que marchar al paso, de la manera más fastidiosa. Tras dos leguas de marcha apenas sí nos hallábamos en el medio y exactamente como en medio de un lago, sin ver, de tanto en tanto, ante nosotros, sobre el horizonte, más que unos árboles dispersos que se dibujaban sobre una línea uniforme; al este, al oeste... nada. Me imagino el hastío del viajero que, extraviándose por los arenosos desiertos de África, no vea en perspectiva ningún punto que le indique el término de su penoso viaje, ningún oasis que le permita concebir la esperanza de descansar; pero si el aburrimiento lo devora, si lo agota el ardor del sol, por lo menos tiene, bajo sus pies, suelo llano y sólido, en tanto que, en esos inmensos pantanos que caracterizan el centro de América, durante días y días es preciso luchar con el fango y los baches, antes de tocar un suelo en que pueda asentarse el pie. Por fin, unas horas más tarde, llegamos a tierra firme no lejos de los árboles que habíamos divisado, cerca de un rancho indio abierto a todos los vientos, que tenía por todo mobiliario, en un rincón, dos cueros vacunos que servían de lecho a toda la familia, compuesta por la pareja y varios hijos de corta edad; en el

recinto, el fuego iluminaba a aquellos pobres ermitaños, semidesnudos, alegres, con la sonrisa de la felicidad pintada en rostros abiertos y serenos, sin quejarse de su suerte. ¿Quejarse? ¿Y de qué se iban a quejar? "¿Podían ser desgraciados? me decía el dueño de casa... Tenían de qué comer". Nos ofrecieron, con la mayor generosidad, compartir la escasa sombra que podía dar su techo y nos calentaron agua para mate, que invariablemente se proponía tomar mi compañero de viaje en cuanto había que engañar un apetito que no siempre había medios de satisfacer. Saludando cordialmente con un último adiós a ese humilde asilo de la indigencia dichosa, no pude dejar de sumirme en meditaciones naturalmente inspiradas por aquella familia de las soledades americanas, comparándola con las familias de nuestras capitales europeas. ¡Qué contraste, en efecto, entre aquellos laboriosos indios, satisfechos y contentos apenas tienen alimento, y tantos ociosos de nuestras ciudades que, agotados en todos los placeres, rodeados de una apoltronada opulencia, aún están sumidos en preocupaciones y tienen voz para quejarse de los rigores que les impone el destino!

Cerca de esta cabaña se extendía una inmensa cañada, a cuyo borde jugaba un grupo de carpinchos aún ajenos al temor. Más lejos nos detuvimos cerca de una casa y cenamos. Pronto llegamos al bosque que contornea la ribera del riacho *Santa Lucía*. Allí, entre los productos de una vegetación muy variada, observé de cerca, por primera vez, la palmera conocida en el país bajo el nombre de *corondai*. Nada más elegante que el follaje en abanico de este árbol; no podía, pues, cansarme de admirar sus macizos redondos, compuestos por hojas entrecruzadas en todos sentidos. Por entonces, el riacho se reducía a un mero lecho de veinticinco a treinta metros de ancho; pero durante las crecientes se forma otro lecho que a veces alcanza a un octavo de legua de ancho, convirtiéndose en un curso de vadeo peligroso, sobre todo en una región en que no hay embarcaciones y debe confiarse la vida a un enero de buey con los bordes levantados.

El riacho Santa Lucía no nace en la laguna Iberá, como podrían hacerlo creer los mapas de Azara. Atraviesa diagonalmente toda la provincia, en la que forma casi una isla triangular. Se forma en el fondo de los pantanos que ocupan el borde del Paraná sobre la frontera de Misiones, cerca del poblado de Barranqueras, a más de cuarenta leguas por debajo de Corrientes; se desarrolla en forma de cañada muy ancha, al sursudeste, bordeando las localidades de Caacaty, San Antonio y San Roque; se encajona cerca de este último; sigue entonces por un lecho bastante profundo y termina por perderse en el Paraná, dos leguas por debajo de la localidad de Santa Lucía, a 29 grados de latitud sur.

Cuando llegamos al borde del riachuelo, el villorrio de San Roque se nos apareció sobre la margen opuesta. Su aspecto nada tenía de pintoresco: un conjunto de casas cubiertas de paja o troncos de palmera, iglesia muy simple, todo carente de árboles o contando con unos pocos frutales que entonces no tenían hojas, pertenecientes a especies cultivadas en Europa. Era la época correspondiente a nuestro otoño. En esas comarcas jamás hay albergues; ni siquiera esas casas sin muebles, abiertas a los viajeros bajo la denominación de tambos, que existen en Perú y Bolivia. Por suerte mi compañero de viaje ya tenía relaciones en la población y pudo llevarme consigo a una casa. El reciente recuerdo de nuestro paseo por la cañada hacía más necesario un descanso.

1827
San Roque

Al día siguiente me presenté al comandante militar del lugar. Estaba enfermo. Como francés, se me consideraba necesariamente médico, de manera que fui consultado acerca de su enfermedad. En esta oportunidad, así como en muchas otras ulteriores, prescribía unos remedios sencillos que tomados con confianza y ayudados por la buena constitución del enfermo, produjeron la curación más perfecta, según supe más tarde. Por otra parte, fui tanto mejor recibido por cuanto, abstracción hecha de mi reputación médica, tenía del gobernador de la provincia recomendaciones que causaron el mejor efecto del mundo en las autoridades locales.

27 de junio

San Roque se fundó a fines del siglo XVIII. Consta de una gran plaza alargada, en la cual, según la costumbre del país, la iglesia ocupa longitudinalmente un lado entero, tornándola irregular. Los otros lados están rodeados de casas esparcidas y algunas chozas aisladas. La iglesia de San Roque, muy simple, es apenas una casa grande dotada de un campanario de tirantes. El cura de entonces era uno de esos pobres monjes que el déspota Francia había revertido en Paraguay por capricho, en calabozos y con grillos, y que por otro capricho echara sin haber tenido, quizás, mayores razones para expulsarlos que las determinantes de su prisión.

Mi compañero de viaje certificó un hecho que tiempo después me fue posible verificar: los habitantes de San Roque, así como los de todos los otros poblados de la parte meridional de la provincia de Corrientes, carecen de la benevolencia, la franqueza, la simplicidad, que caracterizan a los de Caacaty y de todo el norte de la provincia; son más orgullosos y sobre todo más jugadores. El amor al juego está generalizado en toda América meridional; pero es extremado en San Roque, pese a las severas prohibiciones del gobernador de la provincia. No sólo de día se juega, sitio también toda la noche; hasta me

mencionaron personas que habían estado jugando varios días y noches seguidos. Pude asistir a algunos partidos de *monte*, en que todo el talento del jugador consiste en trampear con habilidad. El que no trampea no sabe jugar, y de allí disputas, odios de familia... A menudo, una pobre madre se queda con sus hijos sin alimentos, mientras su marido se juega hasta el caballo, última cosa que abandona un *correntino*, ya que no sabe caminar. Este vicio reemplaza en América a la bebida de nuestra Europa. Al respecto, los correntinos son muy sobrios; jamás vi beodos entre ellos; pero he visto gran número de personas arruinadas por el juego. Observé allá también, por primera vez, practicarse una costumbre que después hubo de repetirse con frecuencia en mi presencia; costumbre que parece aliar el fanatismo de los primeros tiempos del cristianismo con la barbarie del estado salvaje; quiero referirme al *velorio*. En cuanto muere mi niño de corta edad, y esto se acababa de producir en una casa del pueblo, un alma aún sin mácula –dicen sus padres–, un ángel, va al cielo. Erigen un altar doméstico, donde colocan al niño un vestido con esmero y lo rodean de cirios encendidos. Vecinos, amigos e incluso todos los que se enteran de la noticia, invitados o no, acuden enseguida a la casa del velorio; extraños y parientes, indiferentemente, bailan el *cielito* y demás danzas del país, echan aguardiente, fuman, toman mate, todos locamente alegres. Así pasa la noche, en la exaltación del regocijo. Al día siguiente se presenta el cura a buscar el cuerpo del niño para el entierro, lo que hace escoltado al menos por un violín, como en algunas bodas rústicas de Francia; entonces la madre que la víspera cantara y bailara igual que los demás, recordando por fin que ha sido madre, se desespera, llora, grita, aturdiendo el villorrio, hasta que el cansancio y el recuerdo de la noche precedente extinguen y secan sus lágrimas. Estas fiestas congregan, generalmente, a los habitantes de dos leguas a la redonda. Las he visto en Corrientes, las he visto en el interior de Bolivia; se practican inclusive en Colombia, donde (¿se dará crédito al testimonio de un viajero concienzudo?) se llega a pedir prestado el cadáver de un párvulo que a menudo pasa de casa en casa hasta haberse descompuesto. ¡Monstruosa mescolanza de superstición y sensualidad, que desconoce los derechos de la humanidad borrando o pervirtiendo los sentimientos que la propia naturaleza ha impreso en el fondo del corazón del hombre! Esta costumbre no se desconoce en España; pero por lo menos es practicada en su aspecto conmovedor y respetable, que trata de sublimar el dolor maternal, divinizando su objeto.

A la tarde, dirigiéndome a cazar al riacho, atravesaba la plaza cuando me sorprendió encontrar trazada una serie de caminitos desprovistos de pasto, de seis pulgadas de anchura, a lo sumo. Los seguí, llegando a un centro del cual

irradiaban, bifurcándose en forma tal que cubrían una superficie circular de más de cincuenta metros. Era un inmenso hormiguero, cuyo ancho tendría de tres a cuatro metros. Cuando el sol brilla con más fuerza, multitud de hormigas van y vienen por cada sendero, llevando todas trozos de hojas e insectos muertos hacia el depósito general. De noche todas vuelven a su albergue subterráneo, para no reaparecer hasta el día siguiente, si el tiempo se lo permite.

Recorrí con cuidado los alrededores, dedicándome a la historia natural, al menos todo lo posible en una estación tan poco propicia. Luego nos dispusimos a proseguir el viaje al Rincón de Luna.

Continuación al Rincón de Luna

1827
Camino al Rincón de Luna

El 28 de junio, a la siesta, partimos de San Roque, dejando sus habitantes muy extrañados de haberme visto recoger insectos y preparar pájaros, cosas que les hacían decir a cada momento que era hechicero o loco. Primeramente cruzamos un campo descubierto, sin árboles. Una lejana masa azulada, de aspecto nuevo para mí, se desplegaba ante nosotros, presentándonos inmensos bosques de palmeras yatay. A medida que nos aproximábamos, distinguíamos primero las plantas separadas, luego las pequeñas copas que cubrían un tronco delgado; por fin llegamos a las primeras. Sólo las había visto bajas y achaparradas, en Yayaití, camino a Iribicuá. Allí las encontré grandes, llenas de vigor, sin que hubieran sido nunca atormentadas por el hombre. Estaba encantado con este nuevo género de vegetación. Por todas partes había palmeras cuyas copas redondeadas, de un verde azul, se componen de largas hojas más o menos curvadas en forma de surtidor, donde las viejas inserciones de las hojas caídas dibujan relieves naturales, en líneas tortuosas. A medida que avanzábamos, el bosque se espesaba y ningún otro árbol aparecía mezclado con las palmeras, que siempre observaba con el mismo gusto. El aspecto de un objeto bello al que no esté acostumbrada nuestra vista, nos produce una sensación difícil de expresar, pero que no deja de ser real; pronto se le agrega la admiración y un respeto más profundo por la naturaleza que toda se hace sentir involuntariamente. En medio de esas brillantes palmeras, se ofrecían a nuestra vista, por todas partes, lagunas que anunciaban infaliblemente la existencia de un terreno arenoso. Desde la verdura de sus bordes, sus aguas límpidas permitían ver la arena fina que tapiza el fondo de esos depósitos naturales. Pocos pájaros se mostraban en el lugar, cuyo triste silencio sólo era interrum-

pido por el tenue roce de las hojas que acariciaba un dulce céfiro y por el grito ronco de algunas aves de rapiña. No era uno de los bosques en que los pájaros revolotean de flor en flor, dejan oír su alegre canto o despliegan sus colores brillantes. El invierno había cambiado por completo el aspecto del paraje, y lo había revestido de sus tintes apagados. La naturaleza era bella, imponente, pero su misma uniformidad inspiraba tristeza. Hollando sin cesar un suelo arenoso, ligeramente ondulado y bastante parecido a los antiguos médanos fijados que se advierten en muchas costas; atravesando siempre los mismos bosques de yatay, llegamos a una casa ocupada por la hija del comandante de San Roque. Esta vivienda situada a poca distancia de las cañadas del Batel, en medio de las palmeras, era a la vez finca de agricultura (*chacra*) y *estancia*, o establecimiento para la cría de ganado. Palmeras derribadas, cuyos troncos servían de barreras, rodeaban lotes que en enero se plantaban de tabaco, pero que en ese entonces estaban en barbecho. Me gustó mucho la ubicación de aquella casa. En medio de vastos bosques, varias leguas la separan de cualquier otra morada, reuniendo sin embargo todas las comodidades usuales en la región. No pudimos ser mejor recibidos y, mientras se nos preparaba la comida, Parchappe y yo fuimos a cazar en el palmar, pero mi cosecha de pájaros e insectos no fue todo lo fructífera que habría sido en cualquier otra estación. Se nos hizo dormir dentro de la casa y no afuera, como habíamos sido obligados a hacerlo durante todo el camino, y nos encontramos muy bien, pues se había levantado un viento del sur bastante violento, amenazándonos con una noche muy fría.

28 de junio

El 29 montamos muy temprano a caballo. Anduvimos todavía un trecho en medio de los bosques de yatay que caracterizan a las tierras arenosas comprendidas entre el río de Santa Lucía y los pantanos del río Batel, siguiendo, con rumbo sursuroeste, una línea de territorio que mediría más de cincuenta leguas de longitud por un ancho medio de tres, lo que hace una superficie de más de ciento cincuenta leguas, enteramente cubiertas de esta planta monocotiledónea sin mezcla de ningún otro vegetal, terrenos éstos igualmente bien caracterizados por las lagunas que aparecen de trecho en techo. ¿Se encontraría en Europa una superficie tan grande, ocupada por una vegetación absolutamente uniforme? Sólo los bosques de abetos de las landas de Burdeos podrían suministrar una idea aproximada; pero constituyen un producto artificial, en tanto que la floresta que acabo de describir es completamente natural, y desaparecerá, probablemente, cuando la población de la zona haya aumentado y despoje este suelo tan rico de las palmeras que lo cubren actualmente.

Pronto abandonamos las tierras arenosas y al mismo tiempo las palmeras yatay, para alcanzar las orillas del Batel, cuyos terrenos arcillosos, parcialmente inundados, estaban cubiertos con hermosas palmeras corondai, diseminadas al borde de un pantano. Nos hallábamos en el extremo de un inmenso juncal, formado por uno de los brazos del río Batel, que en aquel lugar podrá tener cerca de media legua de ancho. Como habíamos despachado un expreso al propietario del Rincón de Luna, situado entre ambos brazos del río Batel, se nos esperaba; se descargó, pues, la carreta, que ahí no habría podido vadear el agua, y como carecíamos de cueros para hacer almadías a fin de cruzar, fui a cazar por la vecindad, mientras se iba a buscarlos. No obstante me alejé, poco ya que esas grandes llanuras de juncos o altos pastos, que los pobladores llaman *pajonales*, eran preferidos al monte, como guarida, por los jaguares, y los lugares donde nos hallábamos tenían gran renombre al respecto.

El río conocido por el nombre de *Batel*, y también *Bateles*, debido a los dos brazos que forma hasta pasado el Rincón de Luna, nace en las inmensas cañadas de la laguna Iberá[2]. Se forma con dos anchos brazos de pantanos que corren paralelamente hacia el sursuroeste, dirección general de todos los cursos de agua de la provincia de Corrientes; luego se unen un poco al sur del paralelo de San Roque y, encajonándose, sus aguas siguen en la misma dirección hasta que entran en un gran pantano que mezcla su caudal con el río Corrientes, a unas leguas sobre la confluencia de éste con el Paraná, cerca del grado 30 de latitud sur.

En el lugar por donde habíamos de vadearlo, el Batel estaba cubierto de juncos altos, en un espacio de aproximadamente un cuarto de legua de anchura. A pesar de la sequía propia de la estación, esos pantanos eran tan profundos que los caballos sólo podían cruzar algunas partes a nado, por lo que tuvimos que resolvernos a cruzar en *pelota*, nombre que se da en el país a un cuero seco, cuyos cuatro lados se levantan y atan juntos. Llegó el cuero que se esperaba y vi confeccionar el esquife en que tendríamos que embarcarnos. En cuanto se terminó esa nueva clase de embarcación, cuyo aspecto hacía pensar bastante en el papel con que se envuelven los mazapanes en Francia, se le cargó parte del bagaje; Parchappe se embarcó, se ató una correa a un ángulo del cuero y el otro extremo fue asido por el conductor, quien, semidesnudo, montaba su caballo en pelo. Al partir el animal, vi alejarse por el pantano a mi compañero de viaje, que no denotaba el menor temor, veterano ya en el cruce

2 *Iberá* viene de *i*, agua, y *berá*, brillante, que luce (aguas brillantes). La palabra pertenece al idioma guaraní.

de cursos de agua mediante este procedimiento. Sólo en la ribera me puse a recorrer los bordes de la cañada y ya empezaba a aburrirme el aislamiento en ese lugar triste y salvaje, cuando el guía regresó con su cuero. Cargaron, con mis fusiles, dos de mis baúles y tuve que sentarme sobre uno; pero en cuanto el caballo perdió pie y, de nuevo a flote, advertí que el más leve movimiento podía hacerme naufragar, hubiera preferido mil veces el cruce a caballo. No obstante, el trayecto iba a durar el tiempo suficiente para acostumbrarme. Este vehículo, nuevo para mí, no tardó en parecerme tan cómodo como otros muchos, e incluso me encontraba dispuesto a pasar así cualquier río, pese a la flexibilidad de mi bote, que cedía al menor cambio de postura, lo que me obligaba a permanecer en perfecta inmovilidad. Varias veces el hombre que me remolcaba desapareció bajo el agua con su cabalgadura; pero mi bote sobrenadaba siempre, aunque se deformara de tal modo que había terminado por encontrarme en el fondo de una especie de embudo, donde apenas me podía mover. Tras una hora de esta extraña navegación, toqué sin accidente la otra margen; por desgracia estaba tan fangosa que no había forma de bajar. Se ensilló un caballo que me trajeron cerca de la pelota. Monté, pero jinete y caballo habrían de quedarse en el camino. El caballo cayó en un pozo profundo y me arrastró consigo. Al salir del mal paso, mi único daño fue haberme empapado de pies a cabeza. Descansamos el tiempo necesario para cargar nuestros efectos en otra carreta que se nos habían llevado, y partimos. Nos hallábamos en una especie de casi isla, cubierta de grupos de palmeras corondai, que prestaban animación a un llano parcialmente inundado, mezcla de macizos de árboles e inmensos pantanos, sitio de jaguares.

Rincón de Luna

Pronto entramos al Rincón de Luna[3] propiamente dicho, cubierto de hermosos campos de pastos. Ya no teníamos en torno nuestro tierras inundadas, sino extensas sabanas, arenosas y lo bastante altas como para no temer las inundaciones anuales de la estación de las lluvias. No llegamos hasta la noche a la estancia donde nos alojaríamos. Con regular anticipación, confusos sonidos llegaban a nuestro oído, aumentando su intensidad a medida que nos acercábamos, pero sin llegar a ser más distintos y produciendo un estruendo que no se podía comparar con nada. Casi al llegar, reconocí que se debía atribuirlo a una reunión de seis mil cabezas de ganado, bueyes, toros y vacas, encerrados en un inmenso corral donde iban a ser contados al día siguiente, y mugiendo en todas las gamas posibles.

Fuimos bien recibidos en la estancia. Encontramos allí al comandante del acantonamiento de Yaguareté Corá (corral del jaguar), llegado con varias otras

3 Esta estancia es llamada así por su forma embolsada y el nombre de su primer dueño.

personas a presidir el recuento de los animales y lucirse en la marca de novillos y terneras, una de las grandes diversiones de los habitantes de la región que los atrae por lo general sin salario, de seis a ocho leguas a la redonda, por el sólo placer de utilizar el lazo y demostrar su habilidad en ese ejercicio, pese a los riesgos que puedan correr.

Los mugidos incesantes de los animales hacinados unos junto a otros nos privó por completo del reposo nocturno.

30 de junio

Al día siguiente, ávido de conocer los detalles relativos a la explotación de una estancia, comencé muy temprano a observarlo todo. Vi aquella multitud de cabezas apretujadas, berreando siempre a más y mejor. Fuera del gran cerco del recinto se había puesto una serie de postes dispuestos en forma de triángulo con el vértice contra el cerco, de manera que los animales salieran por un lugar tan estrecho que sólo los dejase pasar de a uno, a fin de hacer más fácil el recuento. Llegó la hora en que debían empezar los trabajos del día. El comandante de Yaguareté Corá se ubicó a un lado de la salida, junto con varios estancieros, para contar los animales mayores de un año; del otro, varias personas contaban los terneros menores de esta edad. Se abrió la estrecha salida y los animales empezaron a salir, cosa que hicieron espontáneamente, durante un tiempo prolongado; pero en cuanto no se sintieron apretujados, rehusaban hacerlo. Entonces diez o doce jinetes entraron y rodearon el ganado por pequeños grupos que arreaban hacia la salida, forzándolos a franquearla; pero a menudo, espantados por los mugidos de esa reunión fortuita, los animales se les escapaban, corriendo sin rumbo por el corral y profiriendo mugidos también ellos. Un buey viejo, más experimentado, estuvo haciendo durante largo rato un manejo singular que resultó muy útil a los hombres que desempeñaban aquel menester. Había salido del recinto seguido por muchos otros, y volvía a entrar y salir sin cesar, llevando tras de sí, cada vez, cierto número de sus compañeros. Al verle repetir la maniobra, me preguntaba si semejante conducta no significaría algo más que instinto... La operación se prolongó hasta el atardecer. Tenía la cabeza cansada por el tremendo ruido que había soportado toda la jornada. Hay que figurarse, en efecto, la baraúnda causada por seis mil cornúpetos amontonados desde hacía dos días, sin comer, en el mismo lugar: toros mugientes que libraban sangrientos combates por la posesión de las vaquillonas; asustadas vaquillonas mugiendo a su vez sin poder escapar; terneros separados de sus madres, que llamaban con agudos gritos; vacas inquietas por sus terneros que no podían encontrar... Ruido ya infernal, seguramente, pero que lo fue mucho más cuando el potrero quedó semivacío, porque enton-

ces con frecuencia las crías estaban adentro y sus madres afuera y muchas vacas acometían con furor los postes del cerco, para tratar de unirse a los terneros. A medida que salía el ganado, varios hombres a caballo formaban a su alrededor un gran círculo o rodeo, en el campo, para impedirles dispersarse. De lejos se veía a estos hombres, siempre galopando, envolverlos y obligarlos a quedarse en el lugar; pero a medida que los animales que salían se precipitaban mugiendo para alcanzar al grueso del rebaño, gradualmente acrecido, los guardianes tenían que extenderse de más en más, de manera que una superficie de casi una legua fue pronto cubierta de cabezas, lo que daba a todo el establecimiento un ruidoso aspecto de vida. Los mugidos de tantos animales, los gritos de los jinetes, todo me parecía novedoso, todo era espectáculo para mí, mas mi satisfecha curiosidad no me libró de un sentimiento de tristeza que me acosó durante toda la velada. Como al día siguiente tendría lugar otra ceremonia, la de marcar el ganado, se hizo entrar de nuevo en el corral a todos. Esperaba impaciente la oportunidad de completar mis observaciones acerca de la economía de las estancias.

El 1 de julio, todos los vecinos atraídos por la *hierra* (marca de ganado) estaban a caballo, dispuestos unos a enlazar, otros a retener un pequeño número de animales cerca del lugar donde se marcaría. Quince o dieciséis hombres de a pie, con sus lazos, se preparaban a enlazar por las patas a los animales destinados a ser marcados, operación llamada *pialar* en la región. Varios marcadores calentaban los hierros que tienen las marcas de los distintos propietarios, y finalmente varios otros hombres estaban ahí encargados de mantener quietos a los animales durante la faena y castrar a los toros jóvenes. Se hizo salir del potrero un número escaso de animales, entre los cuales eligieron los jinetes a los que aún no habían sido marcados; luego, obligándolos a huir con sus gritos y golpes de lazo, los perseguían a todo galope... Ya he descrito en parte este procedimiento. Así lanzado, el jinete hace girar el lazo sobre su cabeza y cuando se considera a tiro despide la correa que rodea con su nudo corredizo los cuernos del animal. Al mismo tiempo frena su caballo y le hace presentar el flanco al toro enlazado. Este, detenido de golpe en plena carrera, cae por lo general por efecto del mismo choque, en tanto que el caballo se dobla en sentido contrario para resistir mejor. Mugiendo, el toro gira alrededor del hombre tratando de escapar, pero es inútil; el jinete tiene buen cuidado de oponerle siempre el flanco del caballo y mantener tenso el lazo, a fin de no ser desmontado por las terribles sacudidas que le imprime el animal, maniobra cuyo peligro es fácilmente concebible. No obstante, el toro, cada vez más irritado, se agita y brinca. Hombres de a pie tratan entonces de enlazarle

las patas traseras y al lograrlo se dejan arrastrar hasta que la acción del lazo, combinándose con la propia, haga caer al animal vencido. Por otra parte, con frecuencia reciben a tal fin ayuda de otros hombres, que como ellos trabajan a pie, tirando de costado al animal, por la cola que asen sin temor a las rodadas; así obtienen forzosamente su caída; luego los mismos hombres lo mantienen tendido e inmóvil, aguantándolo por los cuernos unos y por la cola otros; otros, en fin, oprimiéndolo con todo el peso de sus cuerpos; mientras tanto el marcador acude con su hierro enrojecido, se lo aplica en el anca, en medio del costillar o en el lomo, según la costumbre de su respectivo propietario, sin dejarse impresionar por los mugidos del animal ni por los esfuerzos que hace por zafarse. Esta marca tiene generalmente la señal del propietario, adornada de florones destinados a diferenciarla de todas las que se le podrían asemejar; y, en cada provincia, los pobladores de la campaña, cuya memoria está enriquecida por estos signos, los distinguen hasta de lejos, con extraordinaria sagacidad. Pero, independientemente de esta marca, existe otra, más cruel, consistente en mutilar al animal en alguna parte del cuerpo o la cabeza. Esta marca, en el Rincón de Luna, es un trozo de la mamella, que el marcador le saca con su cuchillo, en forma que penda ostensiblemente, en cuanto haya cicatrizado la herida. Terminada la operación se soltaban las terneras; no así los toros, que debían pasar por otra no menos dolorosa, la castración, consistente en extraerle los testículos, el cordón y todo... Luego se levanta furioso el animal; a menudo trata de lanzarse sobre quienes acaban de mutilarle; pero éstos, que ponen gran sangre fría en su trabajo, eluden el peligro con ligereza extrema, obligando al animal, con golpes de lazo, a alejarse. Los marcadores están continuamente expuestos a la muerte, lo que no les impide reírse de los riesgos inherentes a sus actividades, cuyo ejercicio constituye para ellos el mayor placer y que muchas veces practican sin otro interés que el de mostrar su destreza. El comandante de Yaguareté Corá desplegaba, con el lazo sobre todo, una habilidad realmente sorprendente. Montando un caballo ligero, hecho a esa especie de justas y perfectamente secundado por él, raramente fallaba a su animal. Las operaciones duraron seis días consecutivos, sin que los campeones se cansaran de ese ejercicio un poco bárbaro. Es verdad que incesantes fiestas contribuían a quebrar su monotonía. Por lo común se reserva para tales ocasiones el novillo o más bien la vaca más gorda, pues es preferida a aquél.

A la tarde, cansado de ver sufrir tantas pobres bestias, partí a visitar el brazo sur del Batel. Por el camino sólo encontré bandadas de palomas, de las que maté mas de doce de un tiro, tan amontonadas estaban unas de otras. Si América septentrional es rica en pájaros de esta especie, las porciones austra-

les de América meridional no los poseen en menor cantidad, sobre todo la Patagonia, donde en invierno sus bandadas forman una nube sobre el horizonte. El brazo del Batel que había ido a ver no estaba arbolado en sus márgenes; presenta sólo un ancho pantano cubierto de juncos, de donde le viene el nombre de *estero* que le da la población.

Esta planicie verde, uniforme, que se agita y ondula al menor viento, como las de la superficie del mar, también ofrece, de lejos y cuando el tiempo está en calma, el aspecto de un inmenso prado perfectamente horizontal, que la vista abarca con esfuerzo para distinguir las tierras de la ribera opuesta; singular variedad de formas que a cada paso presentan los desiertos de los continentes modernos y aún en estado natural, pero que en vano se buscaría actualmente en nuestra vieja Europa, demasiado civilizada. Tras de haber recorrido las orillas del pantano hasta una casita o *puesto de estancia*, distante más de tres leguas de la estancia misma, regresé a aquel escenario de intrepidez, destreza y sangre.

El Rincón de Luna está casi en el centro de la provincia de Corrientes, hacia el este, como ya lo he dicho; consta de una lengua de tierra, comprendida entre ambos brazos del Batel, que la circunscriben por completo, sin dejarle otra salida, amén del camino que había tomado para volver, que una abierta cerca de su extremo norte. Seducidos por la facilidad de vigilar los animales colocados en un lugar tan bien dotado al respecto, los jesuitas habían establecido una estancia que su expulsión hizo caer en poder del gobierno español. La liberación del país la convirtió después en propiedad provincial y la provincia la había vendido a una sociedad de comerciantes o grandes propietarios de Buenos Aires, que querían organizar allí una gran estancia y criar mucho ganado. Finalmente, esta sociedad había encomendado a Parchappe el levantamiento de su plano topográfico; a esta última circunstancia debí el encontrarme en compañía de ese amigo en el Rincón de Luna, que en razón de hallarse tan retirado quizá nunca hubiera conocido.

El Rincón de Luna tiene más de veinte leguas de longitud; pero su anchura se limita a una legua en ciertas partes y a menos aún en otras. Por toda habitación tiene una estancia, sus distintos puestos y una capillita, construida en tiempos de los jesuitas, cuyas estancias cubrían todas las costas del Iberá. Esta estancia tenía un gerente o mayordomo, en cuya casa nos alojábamos. El Rincón de Luna depende de la comandancia de Yaguareté Corá, cuyo nombre denota claramente que en esa parte de la provincia es donde más abundan aquellos terribles animales, atraídos por los numerosos llanos cubiertos de juncales, los grupitos de árboles y la proximidad de los inmensos pantanos de

Iberá, lugares frecuentados por grandes ciervos y multitud de carpinchos, alimentos habituales del jaguar.

Antes de proseguir con otro asunto, creo que debo proporcionar a mis lectores, en detalle, la descripción de una estancia de la provincia de Corrientes, a fin de constatar con ellos, cuando entremos juntos en las inmensas pampas, las diversas modificaciones que allí sufren los establecimientos del ramo[4]. Ya se sabe que una estancia es el lugar donde se crían animales; pero aún no se ha podido formar un juicio del conjunto de tales establecimientos, principales empresas de los propietarios que habitan las porciones australes de América del Sur. En los alrededores de Buenos Aires estas estancias tienen a veces treinta o cuarenta mil cabezas de ganado, distribuidas en diversos rebaños. La del Rincón de Luna, que voy a describir como modelo de las estancias de la provincia de Corrientes, sólo poseía seis mil vacas, bueyes y toros, sin contar los animales de otra especie, como caballos, en número de doscientos, aproximadamente, y unos ochocientos a mil lanares. La casa se componía de tres cuerpos de edificios: uno que servía de vivienda al dueño; otro que servía de cocina y alojamiento al personal, en invierno (porque durante la estación de los mosquitos, estos últimos duermen sobre una inmensa ramada hecha de troncos de palmera cortados en dos); y el tercero, que servía para almacenar las pieles y el sebo. En todas las regiones arboladas se construye alrededor de las casas enormes recintos *(corrales)*, por lo general de forma redonda y hechos con postes clavados en el suelo. Los del Rincón de Luna eran de troncos de palmera cortados en dos y perfectamente alineados. Dos de esos corrales sobre todo eran lo bastante vastos como para contener uno a seis mil cornúpetos, y el otro a todos los caballos de la finca. Los otros corrales debían encerrar las ovejas. En Buenos Aires se les rodea de fosos profundos que también protegen las estancias de las incursiones indias. Se emplean ya sea para reunir de tiempo en tiempo el ganado para impedirle que se vuelva del todo salvaje, ya sea para facilitar su recuento y marcado, como se acaba de verlo. Los caballos son encerrados en su corral con mayor frecuencia. Aparte de su casa central, cada estancia cuenta con varios puestos, entre los que se distribuyen los animales cuando son muy numerosos, o si no con el objeto especial de dispersarlos en una mayor extensión de terreno, para que puedan pastar con más facilidad. Entre el ganado que se cría en las estancias, las yeguas se consideran al solo

4 Debo a la amabilidad del señor Parchappe informaciones adicionales acerca de las estancias, fruto de su larga experiencia en la región y que, me atrevo a esperarlo, dejarán pocas cosas ignoradas al respecto.

efecto de suministrar los caballos indispensables a las necesidades del establecimiento. No se las estima objeto de comercio; y sólo cuando su número se hace excesivo, se las mata para desollarlas y vender su cuero; de manera que sin ningún escrúpulo, inclusive durante la estación de los mosquitos, se les corta la cola para vender la crin. La educación de los cornúpetos, así como los caballos, está absolutamente librada a la naturaleza; y si no se los juntara de tarde en tarde en los corrales, a fin de separar los que se quiere vender o sacrificar, o para impedirles alejarse en exceso y franquear los linderos del propietario, podría decirse que son del todo salvajes. Hay que distinguir, no obstante, las vacas que se atan para ordeñar y que son domesticadas al efecto. Sus terneros participan naturalmente de su mansedumbre. Estos animales se llaman *tamberos*, del término *tambo*[5]; es decir que están amansados para distinguirlos de los demás, llamados *cerreros*[6]. Entre los primeros es que se elige, por lo común, los toros para hacer de ellos bueyes de labor; pero por lo demás viven como los otros y pacen todo el año en los campos, sin conocer jamás el establo, igual que los caballos. Las vacas que han de suministrar leche a la finca también se eligen entre los tamberos. No se dejan ordeñar sin sus crías, como sucede con las de Francia. Para que den su leche se ata el ternero a un poste, cerca de la estancia; luego se deja libre a la madre, que va a pastar con los demás animales, pero vuelve a su ternero en horas determinadas, cuando la leche la apura. Entonces se la ata, a veces, y mientras la cría mama de un lado se la ordeña por el otro; pero si el ternero muere, la vaca cesa de dar leche; lo que se debe, sin duda, a que no se la ha acostumbrado a seguir dándola, pues una colonia de escoceses, establecida cerca de Buenos Aires, ha logrado sacar de las vacas el mismo provecho que en Europa. Los correntinos pretenden que ello es imposible y encuentran muy extraño que nuestras vacas den leche sin tener sus terneros.

Por lo general, la vaca que acompaña al rebaño pare por primera vez a los dos o tres años y después cada año. Cuando le llega el momento de hacerlo en el campo, va a desembarazarse de su carga en algún lugar solitario; luego la esconde tras una mata de pasto y vuelve al rebaño, dejándola, pero sin abandonarla, pues si por casualidad se la lleva al corral el mismo día, se la ve volver, sin equivocarse, a su escondrijo, a cualquier distancia que se encuentre, y proseguir con ese manejo hasta que el ternero tenga fuerza suficiente para seguirla, lo que sucede unos días más tarde. En las provincias boscosas a veces

5 Derivado del quechua *tampu*, que quiere decir albergue, hostería, etc.
6 Palabra local, más particularmente utilizada en Buenos Aires.

sucede que las vacas pierdan el rastro de su escondite y que el jaguar aproveche la circunstancia para devorar a los terneros aislados; por lo que los peones espían a las vacas que están por tener cría y, en cuanto lo hacen, juntan sus terneros con el resto del rebaño. También se ha visto, cada cierto tiempo, vacas que paren por primera vez y toman odio a su cría, dejándola morir de inanición, pero esto nunca sucede cuando tienen leche, porque entonces sienten necesidad de amamantarla. Hay otras vacas que no pueden ser fecundadas, a las que llaman *machorras*. Se las emplea a veces en los mismos trabajos que los bueyes. La mayor parte de las vacas comienzan a tener cría por el mes de agosto y prosiguen hasta pasado enero. Algunas, las menos, paren en invierno; por esto siempre se cuenta el ganado a fin del invierno o al empezar la primavera, para no incluir terneros demasiado jóvenes, y porque la estación es más adecuada para castrar novillos y marcar los terneros, sin contar con que entonces casi no se ven esas moscas carniceras que, en los países cálidos, depositan sus huevos en las llagas vivas y causan la muerte de muchos animales. Es, pues, en la primavera de cada año que todo propietario sabrá cuánto aumentaron sus riquezas, lo que le induce a no omitir nada para dar todo el brillo posible a la fiesta de la hierra, que atrae a su finca a todo el vecindario.

La marca es uno de los títulos de propiedad que más se respetan, y el uso autoriza a su propietario a apoderarse, en cualquier lugar que los encuentre, de los animales que tengan la suya; así, el extranjero demasiado confiado que compra un caballo, robado por lo general, corre el riesgo de quedar a pie, si su desgracia quiere que lo encuentre el dueño del animal. Es una prueba por la cual pasaron casi todos, y yo como tantos otros; y si el pobre viajero no obtiene que el propietario le permita conservar su caballo hasta la primera parada, se ve precisado a llegar a ella a pie, con la montura al hombro, vejamen por el cual en vano reclamaría la intervención de la justicia. Para enajenar un animal se le imprime por segunda vez la misma marca, sea junto a la primera, sea del lado opuesto; es lo que se llama contramarca.

Como dijimos, se castra al toro a cierta edad, sin reservar más que la cantidad necesaria a la reproducción. El toro castrado se denomina novillo, aplicándose el nombre de buey al toro manso y destinado al trabajo. Se sabe que el animal adquiere con la castración una corpulencia mucho más fuerte y formas que le asemejan tanto más a la vaca, cuanto más joven haya sufrido la operación. Los toros castrados después de los dos o tres años conservan siempre el cuello más grueso y formas más de macho. También el trabajo aumenta la talla y fuerzas de los animales, pues los novillos son siempre más finos y menos anchos de ancas que los bueyes propiamente dichos. La manera de domar un

novillo es bastante simple. Se ata un novillo con un buey viejo; el primero comienza por corcovear, salta y quiere romperlo todo; pero poco a poco toma los nuevos modales y termina por seguir al buey viejo en todo. Unos meses bastan para domar el novillo más salvaje; pero a veces resulta mucho más difícil reducir a los que nacieron en el campo y vivieron allí siempre.

Los novillos constituyen la riqueza de una estancia; ellos son los que se lleva en rebaños, para hacer carne salada, a los mercados de la ciudad o a Buenos Aires, en los *saladeros*, que más tarde tendré ocasión de describir; son ellos también los que tienen un cuero más valioso. Rara vez se mata los toros y nadie se deshace de las vacas hasta que su vejez agote o merme su fecundidad. Es bastante común en las estancias ver a los animales distribuirse y clasificarse naturalmente: los bueyes de trabajo y las vacas lecheras forman así rebaño aparte, mezclándose raramente a los demás animales salvajes, o cerreros, y entre los primeros novillos, vacas y toros pacen cada cual por su lado. Sólo en la época del amor los toros buscan a las vacas y se las disputan en terribles combates. En la región donde vagan en inmensos rebaños salvajes, como las que encontré en el centro de América, en la vasta provincia de Moxos, al llegar a sus dos o tres años de edad los toros se separan de vacas y terneros, viven aislados, se vuelven furiosos y constituyen un peligro para el viajero que ose acercarse a sus hordas errantes.

Los cornúpetos y caballos se vinculan notablemente con el suelo de su nacimiento o al que habitaron mucho tiempo; así, cuando se los ha hecho viajar, aun en distancias que alcancen a treinta o cuarenta leguas, con frecuencia se escapan y por sí mismos vuelven a su primer habitáculo, que los nativos llaman *querencia*. Los bueyes están dispuestos a regresar a la querencia, por lo que carreteros y boyeros deban ejercer sobre ellos una activa vigilancia, a fin de impedirlo. Se habla de bueyes que retornaron solos de Salta a Corrientes, teniendo que haber recorrido un trayecto de más de doscientas leguas y atravesar el Paraná, entre muchos otros ríos. Este instinto tan fuerte en los animales hace muy difícil lograr que olviden el suelo natal y se acostumbren a una nueva residencia, lo que no puede alcanzarse sino a costa de largos asiduos cuidados. Se advierte que los rebaños trasladados a nuevas estancias pacen durante largo tiempo apartados de los otros, a los que se incorporan muy gradualmente, y que encerrados con ellos en el corral, por la noche, también hacen rancho aparte y duermen sin mezclarse.

En sus diversas razas, los animales presentan varias importantes variedades. Entre ellas, es notable sobre todo la que tiene el hocico achatado y muy corto, por lo que se la denomina *ñata*. Su cabeza tiene la mitad del tamaño que

la de los demás, y el extremo del hocico es levantado, como el del dogo, lo que le da un aspecto repulsivo. También existe una variedad llamada *mocha*, completamente carente de cuernos, cosa que desfigura mucho al animal. Otra tiene la cornamenta muy larga y casi derecha. A estas vacas las llaman *chilenas*, sin duda porque las primeras que se vieron en la región procedían de Chile. Las hay, en fin, de talla muy pequeña, como las de la Baja Bretaña, llamadas por consiguiente *enanas*. La población tiene, asimismo, tanto para caballos como para cornúpetos gran número de nombres, mediante los cuales identifican sus distintos colores y matices.

Los productos de las estancias, tal como lo indica el objeto de estos establecimientos, son la carne y despojos de los animales; es decir, su cuero, sebo, grasa y cuernos, y finalmente, aunque sólo en Buenos Aires y las Pampas, los huesos, que se emplean como combustible en los hornos de ladrillos, jabonerías, etc., pues aún no se les ha ocurrido exportarlos a Europa, donde con seguridad hallarían otras aplicaciones. Cerca de Buenos Aires, los animales se venden a los saladeros; en Corrientes los venden en el mercado, donde se convierten en *charque* o *tasajo*, carne seca, preparada de diversos modos. Por lo general, se corta en lonjas pequeñas que luego se extienden en cuerdas, al aire libre, para desecarlas, sin otra preparación. Sin embargo, para el comercio y sobre todo en la vecindad de Buenos Aires, tras haber separado los huesos de la carne, se la corta en trozos, abriéndolos luego con un cuchillo. Al quedar reducidos a largas rebanadas, de varios decímetros de ancho y menos de un dedo de espesor, se las espolvorea con sal molida, se ponen en prensa durante una noche y al día siguiente se las expone al sol, sobre cuerdas, como ropa. Dos o tres días de verano bastan para desecar la carne, que puede, así, conservarse largo tiempo, no siendo susceptible de corromperse; sólo la humedad o pequeños insectos pueden deteriorarla. Esta manera de preparar la carne es muy ventajosa en un país donde se hacen largos viajes sin encontrar albergues y donde las gentes pobres, que sólo se alimentan de carne y rara vez carnean, carecen de otro medio de asegurar su subsistencia. Tal es, sin duda, el procedimiento empleado por los antiguos bucaneros.

Para desecar los cueros, se abre en su contorno una serie de orificios en los cuales se introducen estacas, las que se fijan en el suelo de forma que mantengan el cuero estirado, con el pelo hacia abajo, a cinco o seis centímetros del suelo. Tres o cuatro días de sol de verano alcanzan a secarlos por completo; se les cortan entonces todas las porciones salientes; se los pliega longitudinalmente por el medio, con el pelo hacia fuera, y se ponen en prensa. En el campo los cueros se venden generalmente por pieza, a comerciantes que hacen recorri-

novillo es bastante simple. Se ata un novillo con un buey viejo; el primero comienza por corcovear, salta y quiere romperlo todo; pero poco a poco toma los nuevos modales y termina por seguir al buey viejo en todo. Unos meses bastan para domar el novillo más salvaje; pero a veces resulta mucho más difícil reducir a los que nacieron en el campo y vivieron allí siempre.

Los novillos constituyen la riqueza de una estancia; ellos son los que se lleva en rebaños, para hacer carne salada, a los mercados de la ciudad o a Buenos Aires, en los *saladeros*, que más tarde tendré ocasión de describir; son ellos también los que tienen un cuero más valioso. Rara vez se mata los toros y nadie se deshace de las vacas hasta que su vejez agote o merme su fecundidad. Es bastante común en las estancias ver a los animales distribuirse y clasificarse naturalmente: los bueyes de trabajo y las vacas lecheras forman así rebaño aparte, mezclándose raramente a los demás animales salvajes, o cerreros, y entre los primeros novillos, vacas y toros pacen cada cual por su lado. Sólo en la época del amor los toros buscan a las vacas y se las disputan en terribles combates. En la región donde vagan en inmensos rebaños salvajes, como las que encontré en el centro de América, en la vasta provincia de Moxos, al llegar a sus dos o tres años de edad los toros se separan de vacas y terneros, viven aislados, se vuelven furiosos y constituyen un peligro para el viajero que ose acercarse a sus hordas errantes.

Los cornúpetos y caballos se vinculan notablemente con el suelo de su nacimiento o al que habitaron mucho tiempo; así, cuando se los ha hecho viajar, aun en distancias que alcancen a treinta o cuarenta leguas, con frecuencia se escapan y por sí mismos vuelven a su primer habitáculo, que los nativos llaman *querencia*. Los bueyes están dispuestos a regresar a la querencia, por lo que carreteros y boyeros deban ejercer sobre ellos una activa vigilancia, a fin de impedirlo. Se habla de bueyes que retornaron solos de Salta a Corrientes, teniendo que haber recorrido un trayecto de más de doscientas leguas y atravesar el Paraná, entre muchos otros ríos. Este instinto tan fuerte en los animales hace muy difícil lograr que olviden el suelo natal y se acostumbren a una nueva residencia, lo que no puede alcanzarse sino a costa de largos asiduos cuidados. Se advierte que los rebaños trasladados a nuevas estancias pacen durante largo tiempo apartados de los otros, a los que se incorporan muy gradualmente, y que encerrados con ellos en el corral, por la noche, también hacen rancho aparte y duermen sin mezclarse.

En sus diversas razas, los animales presentan varias importantes variedades. Entre ellas, es notable sobre todo la que tiene el hocico achatado y muy corto, por lo que se la denomina *ñata*. Su cabeza tiene la mitad del tamaño que

la de los demás, y el extremo del hocico es levantado, como el del dogo, lo que le da un aspecto repulsivo. También existe una variedad llamada *mocha*, completamente carente de cuernos, cosa que desfigura mucho al animal. Otra tiene la cornamenta muy larga y casi derecha. A estas vacas las llaman *chilenas*, sin duda porque las primeras que se vieron en la región procedían de Chile. Las hay, en fin, de talla muy pequeña, como las de la Baja Bretaña, llamadas por consiguiente *enanas*. La población tiene, asimismo, tanto para caballos como para cornúpetos gran número de nombres, mediante los cuales identifican sus distintos colores y matices.

Los productos de las estancias, tal como lo indica el objeto de estos establecimientos, son la carne y despojos de los animales; es decir, su cuero, sebo, grasa y cuernos, y finalmente, aunque sólo en Buenos Aires y las Pampas, los huesos, que se emplean como combustible en los hornos de ladrillos, jabonerías, etc., pues aún no se les ha ocurrido exportarlos a Europa, donde con seguridad hallarían otras aplicaciones. Cerca de Buenos Aires, los animales se venden a los saladeros; en Corrientes los venden en el mercado, donde se convierten en *charque* o *tasajo*, carne seca, preparada de diversos modos. Por lo general, se corta en lonjas pequeñas que luego se extienden en cuerdas, al aire libre, para desecarlas, sin otra preparación. Sin embargo, para el comercio y sobre todo en la vecindad de Buenos Aires, tras haber separado los huesos de la carne, se la corta en trozos, abriéndolos luego con un cuchillo. Al quedar reducidos a largas rebanadas, de varios decímetros de ancho y menos de un dedo de espesor, se las espolvorea con sal molida, se ponen en prensa durante una noche y al día siguiente se las expone al sol, sobre cuerdas, como ropa. Dos o tres días de verano bastan para desecar la carne, que puede, así, conservarse largo tiempo, no siendo susceptible de corromperse; sólo la humedad o pequeños insectos pueden deteriorarla. Esta manera de preparar la carne es muy ventajosa en un país donde se hacen largos viajes sin encontrar albergues y donde las gentes pobres, que sólo se alimentan de carne y rara vez carnean, carecen de otro medio de asegurar su subsistencia. Tal es, sin duda, el procedimiento empleado por los antiguos bucaneros.

Para desecar los cueros, se abre en su contorno una serie de orificios en los cuales se introducen estacas, las que se fijan en el suelo de forma que mantengan el cuero estirado, con el pelo hacia abajo, a cinco o seis centímetros del suelo. Tres o cuatro días de sol de verano alcanzan a secarlos por completo; se les cortan entonces todas las porciones salientes; se los pliega longitudinalmente por el medio, con el pelo hacia fuera, y se ponen en prensa. En el campo los cueros se venden generalmente por pieza, a comerciantes que hacen recorri-

dos para adquirirlos; pero cerca de los puertos se venden al peso y, en Buenos Aires, en fardos de treinta y cinco libras españolas de peso cada uno. La población consume gran número de cueros para su uso particular: para hacer sacos, cestos y baúles, para cubrir sus carretas, y sustituyendo a nuestras carretillas, para transportar a distancias cortas toda clase de bultos; los emplean a modo de tela para sus catres; para hacer sus colchones, sus jergones, en la campaña, acostándose sobre unos cueros en un rincón del rancho; en fin, los cortan en lonjas y correas de todo tamaño para hacer riendas, lazos y boleadoras, y los aplican a todos los usos que damos a la cuerda, el hilo, el piolín, etc. Casi podría decirse que no hay trabajo mecánico en el cual no intervengan para algo, pues son muy hábiles para sacarles partido. Los cortan con maravillosa destreza; saben descarnarlos, depilarlos, suavizarlos, dividirlos en tiras muy finas y delgadas, trenzarlos de mil modos, todo esto sin otro instrumento que su cuchillo. Cuando un cuero debe ser cortado o aplicado a algún uso de los que acabo de enumerar, en lugar de hacerlo secar, conservándole su forma natural, se lo estira en todos sentidos hasta darle una forma casi cuadrada. Se obtiene así lo que llaman en el país *cueros redondos*. También se aprovecha el cuero fresco, cortado en tiras, para usos más groseros; por ejemplo, para atar las piezas del armazón de una casa del campo; para fijar los tablones o el envarillado de las paredes, cuyos intersticios deben luego llenarse de tierra, e incluso para atar los postes que forman los corrales, en los lugares donde no se teme a los zorros, ya que en los demás, como en la Patagonia, al devorar las tiras éstos harían inútil el trabajo.

Se hace secar el sebo mesentérico en cuerdas, como la carne. En ese estado se lleva a Buenos Aires, se corta en pedacitos para derretirlo y verterlo en barriles. A veces se omite fundirlo y no se hace más que apilarlo apretadamente en los barriles, hasta que forme una masa compacta. Así se conserva muy bien durante varios meses. La grasa se funde y recoge en vejigas o tripas gruesas, en las que se la lleva a los mercados de las ciudades. La población la emplea exclusivamente en la cocina, con gran afición; la prodiga en todos sus guisos de carne, cuyos trozos nadan en un baño de grasa que tragan por cucharadas, sin mostrarse nunca incomodados, y lejos de sacar la que sobrenada el cocido de sus ollas, le agregan más cuando la carne les parece un poco magra o quieren agasajar especialmente a sus invitados. Las porciones más grasosas del animal son las preferidas, y un asado les parece mejor si la grasa apenas deja ver sus partes carnosas. He visto gente pobre que no disponía de grasa y sustituirla por sebo sin la menor repugnancia. Como la grasa que se consume siempre está mezclada con algo de sebo, y las vejigas o tripas que le sirven de enva-

se rara vez se limpian con cuidado, su uso se hace a veces desagradable a los extranjeros, poco hechos a esa cocina; pero hay que acostumbrarse.

En todo esto consiste la riqueza de las estancias de la provincia. Constituyen la especulación más fácil y sobre todo más segura. Como los pastos cubren el país, los animales se multiplican con extraordinaria facilidad y suelen dar hasta un rendimiento del cincuenta por ciento anual. Esta clase de empresa requiere tan poco capital que viene a ser, por decirlo así, el único negocio de Corrientes.

Los habitantes tienen poco escrúpulo en robar el ganado de sus vecinos, sin por ello, quizás en razón del carácter pacífico de sus hábitos, llevar la rapiña al extremo que alcanza en Buenos Aires, donde robar animales y robarlos en pleno día, bajo los mismos ojos de sus dueños, es una amabilidad para los gauchos. La mayor parte de los obreros empleados en las estancias del país no cobran salarios; reciben alimentación y vestimenta. Sólo los extranjeros les pagan, a razón de seis pesos –treinta francos– por mes. Es verdad que estos obreros trabajan poco; fuera del tiempo de la hierra no tienen otras obligaciones que llevar los caballos al corral, recorrer el campo a caballo y a veces juntar los rebaños. El juego es su principal ocupación. Se paga algo mejor al *capataz*, que los dirige y vigila, y está sometido a las órdenes del *mayordomo*, quien organiza en grande todas las operaciones que componen esta clase de empresas. Unas raíces de mandioca serían un lujo para esos obreros que sólo comen carne, si bien la consumen en cantidades extraordinarias. Generalmente la comen asada o hervida con un poco de sal; pero prefieren siempre el *asado*, y casi todo el tiempo que no emplean en jugar se les ve dedicados a asar carne o tripa gruesa, que les gusta mucho, sea ensartándola en un palo clavado verticalmente en el suelo, sea extendiéndola sobre las brasas, y sin otro aliño que rasparle ligeramente con el cuchillo lo más grueso de las cenizas que se le pegan durante la cocción. El pan, siempre y en todas partes muy escaso, se sustituye a veces con queso, comido como accesorio de la carne. También es común que sólo en las estanzuelas se tomen el trabajo de hacer queso, que resulta siempre agrio y poco sabroso; pero los nativos corrigen estos defectos tostándolo al fuego, con lo que se vuelve pasable. Hacen poca manteca, llegándola a preparar a veces con queso, y como se la vende en vejigas, igual que la grasa, toma un sabor bastante ingrato.

En los establecimientos que no cuentan más de dos mil cabezas de ganado se acostumbra llevarlo todas las tardes al corral o, al menos, juntarlo en una sola tropa, cerca de las casas, y se lo cuida a caballo, hasta que se haya acostado. Como los cornúpetos no se alimentan durante la noche, se tiene la seguri-

dad de que no habrán de levantarse hasta el amanecer para ganar el campo. Se ha observado que los animales acostumbrados a este régimen engordan más que los que viven en libertad completa, y no es raro verlos, a la siesta, acercarse por sí mismos al lugar donde sienten pasar la noche. De que los rumiantes no acostumbren pacer de noche resulta que consumen mucho menos pasto que los solípedos; la experiencia que en el país se tiene al respecto es que, en condiciones iguales, hace falta mucho menos espacio para criar vacunos que equinos. Además, aquéllos son menos exigentes en materia de forrajes; lo que les importa, sobre todo, es que el agua se encuentre en abundancia a su alcance. Las tierras bien regadas tienen, pues, un valor infinitamente superior a las demás, y esto es lo primero que se tiene en cuenta al instalar una estancia. Otro objeto importante para la prosperidad del ganado es la sal, que abunda en toda la provincia de Buenos Aires pero falta en Corrientes. Por consiguiente, los pocos lugares en que existen *salitrales* tienen gran ventaja sobre los que no los tienen. Allí se produce una carne mucho más sabrosa y los animales engordan con mayor facilidad. Este hecho, capital para la agricultura, y que me fue demostrado en las regiones de América que pude visitar, donde el suelo está tal cual lo constituyera la naturaleza, no sería quizás tan fácil de establecer en Europa, donde todos los campos son cubiertos anualmente de abonos que renuevan su energía productiva. En las provincias de Corrientes y Entre Ríos, donde generalmente el terreno no es salado, se ve que los animales buscan tales lugares, denominados *barreros*, con un instinto peculiar, ya al borde de una barranca, ya inclusive en medio del bosque, adonde acuden sin cesar para lamer ávidamente las eflorescencias salinas. Continuamente frecuentan así los terrenos salados, condición que basta para atraerlos desde gran distancia hacia los lugares en que saben que hay sal. Para suplir la falta, en Corrientes así como en ciertas partes de la República del Alto Perú, se entierra sal cerca de los parajes adonde se quiere atraer el ganado, dándose sal, allí mismo, a los caballos y mulas.

La sequía que a veces azota las estancias de la provincia de Buenos Aires no es de temer en las de Corrientes, debido a las aguas que las rodean; pero desde hace unos años se padece otro flagelo. Una enfermedad llamada *mancha*, análoga al *carbón* de Francia, ha producido grandes pérdidas a los propietarios. Este mal consiste en un botón o pústula que crece rápidamente, tomando un color negruzco. La zona afectada se inflama; esta hinchazón se propaga a los miembros, y el animal atacado perece en dos o tres días. La enfermedad parece ser contagiosa y los nativos que la contrajeron, al curar a sus animales, se la sanan a veces por la cauterización del tumor; pero es raro que se salven.

Ha llevado la desolación a las estancias. Se ha observado que la mortalidad aumenta en razón directa de la elevación de la temperatura, pues los habitantes del sur han sido menos afectados por la epidemia, y en Buenos Aires sólo se la conoce por las noticias que suministran los pobladores del norte.

Quería recorrer con cuidado los alrededores de la estancia y principalmente estudiar en detalle todo lo que se relacionara con el Rincón de Luna, cuya geografía es absolutamente desconocida; para lograrlo no tenía más que acompañar a Parchappe en sus levantamientos topográficos. Una primera salida me permitió conocer las márgenes arboladas del brazo norte del Batel. Pasé junto a varias lagunas pobladas de juncos, donde maté algunos pájaros interesantes, y llegué a los bosques que bordean la ribera. Los gritos roncos de los monos aulladores me anunciaron su presencia, en una espesura delimitada como una isla. Entré, pero entré solo, por el temor a los jaguares tan comunes en estos lugares, habiendo impedido a mi servidor que me siguiera.

Pronto advertí, en medio de la espesura, en la cima de un gran timbó, tres monos: un macho de hermoso color negro, una hembra y su cría, sentados en gruesas ramas. Apenas hube disparado, el macho, al que había herido, comenzó a proferir su grito ronco y desagradable, coreado por los otros, a rechinar los dientes, a orinarse de miedo e incluso peor mientras saltaba de una rama a otra. Prevenido, felizmente, de lo que podía ocurrir, no estaba debajo. El herido se colgó por la cola de otra rama y se quedó en esta posición. Tiré sucesivamente sobre los otros. El pequeño, herido de muerte, cayó; pero sus padres, que solamente estaban heridos, se quedaron en el árbol. La madre, que sangraba en abundancia, pareció tomar una hoja sin duda con la intención de restañar la sangre; pero un segundo disparo hizo inútil la operación. Cayó a su vez y tuve que volver a tirar para derribar al macho, que había herido primero. Luego los arrastré fuera del bosque, entregándolos para que los llevaran a la estancia, donde había establecido mi cuartel general de preparaciones. Proseguí mi excursión y recorrí el bosque de palmeras corondai, que tenía un aspecto encantador; fueron, sin embargo, la causa de que volviera sin pantalones porque sus espinas ganchudas hicieron tiras los míos, cosa que después me ocurrió casi en cada exploración, ¡y feliz de mí cuando no dejaba además, en los bosques, unos jirones de carne, volviendo todo ensangrentado a mi cubil! Son éstos apenas gajes del oficio. En efecto, sentirse noches enteras devorado por los mosquitos; correr a cada momento el riesgo de perderse en baches; verse constantemente expuesto a caer entre las garras de los jaguares; todas estas molestias, todos estos peligros y tantos otros, no sé por qué son vistos a menudo con indiferencia por los mismos que resultan sus beneficiarios, lejos de tener en

cuenta al viajero y su abnegación por el interés científico, en correrías siempre tan azarosas y con frecuencia fatales.

Algo más lejos encontré un caballo muerto por un jaguar la noche precedente. El lugar en que habían luchado estaba ensangrentado y el jaguar había arrastrado a su víctima a más de veinticinco pasos, sin duda para devorarla con más comodidad, entre altos pastos, cruzando el borde de una laguna. Ya le había comido todo el pecho, y el cuero del pobre animal estaba por todas partes surcado profundamente por sus garras. Siempre se ha subvalorado, como con gusto, la fuerza del tigre americano. Por el contrario, a menudo obtuve pruebas de que este animal es de los más vigorosos y puede arrastrar un caballo a apreciable distancia. Con frecuencia se los encuentra a más de cien metros del escenario de su combate, lo que parecerá tanto más extraordinario si se considera que sólo reculando arrastra la presa, asiéndola con los dientes y haciendo fuerza con las patas, operación que supone un extraordinario desarrollo de energía muscular. Quedé un rato sumido en contemplación silenciosa ante el cadáver del pobre caballo, no sin pensar que un género de muerte muy parecido me estaba acaso reservado; pero arrancándome, en fin, a esas ideas gratuitamente lúgubres, proseguí mi recorrida. Iba con el mayordomo, que prudentemente me dejaría adelantarme un buen trecho, y galopaba entre largos pastos en persecución de un ave de rapiña que por primera vez veía, cuando de pronto, en el momento que estaba más desprevenido, mi caballo se espantó, hizo un esguince de diez pasos y me lanzó al suelo, al lado de un objeto amarillo que distinguía muy imperfectamente, tomándolo por un jaguar. Por suerte no era sino uno de esos hormigueros en forma de círculo elevado, tan comunes en aquellas regiones y cuyo color se asemeja perfectamente al del jaguar que asusta a las cabalgaduras que ya han sido perseguidas alguna vez por este animal; de modo que para evitar ser desmontado en tales ocasiones, debe estarse al tanto de dicho defecto, común a casi todos los caballos de Corrientes. El mío había salido al galope y mi compañero, nada tranquilo, se disponía a emprender la retirada, creyéndome caído sobre un jaguar. Sin embargo, dio alcance a mi caballo y me lo trajo, en cuanto me vio de pie. Me reí del incidente, prometiéndome desconfiar de los caballos *pajareros*, como los llama la población, y sobre todo no adelantarme en lugares poblados por bestias feroces; promesa que ya me había hecho y que sin duda volvería a formularme, con seguridad; pero ¿la tuve en cuenta alguna vez?, y ¿la tendré algún día? ¿Y no me hará cometer constantes imprudencias el deseo de aumentar mis tesoros?

Al margen del Rincón propiamente dicho, o lengua de tierra comprendida entre los dos brazos del Batel, los inmensos pantanos que allá constituyen

al río forman varios islotes o casi islas, también denominadas *Rincón*. Una nueva salida me llevó a una de ellas, el *Rincón de San Luis*, sobre el brazo norte del Batel, y cuya entrada dista cuatro leguas de la estancia. Tras haber atravesado algunos montes de palmeras corondai, llegué al borde del Batel, en el lugar donde está separado del Rincón de San Luis, que viene a ser una verdadera isla, por pantanos de menos anchura. Al principio el pasaje era arcilloso y observamos que estaba todo cubierto por huellas de jaguares de distintas edades. Para que hubiera tantas y tan recientes, debía ser el camino que habitualmente los llevara del Rincón de San Luis a tierra firme, para dar caza a los animales. De cualquier manera atravesamos el pantano, bastante ancho y sobre todo apreciablemente profundo, y al otro lado seguimos viendo los mismos rastros de *yaguareté*. Los que nos acompañaban no estaban muy tranquilos. Todos rivalizaban en referir hazañas del tirano del nuevo mundo y, entre los relatos, que el miedo de los narradores seguramente condimentaba con algo de maravilla, recogí un hecho que de ser cierto ha de parecer bastante singular. Dos chicos de una estancia que recorrían el campo montados en un caballo, cuya montura tenía atado un lazo, como es costumbre, encontraron un jaguar dormido. Uno de ellos propuso al otro que lo esperara sin desmontar, mientras él iría a poner muy suavemente el lazo al cuello del animal, para atraparlo. Dicho y hecho. Uno contiene el caballo, corre el otro al jaguar, le pone el lazo, vuelve, monta y partiendo a todo galope los dos pequeños héroes enlazan la bestia y la arrastran en triunfo hasta la estancia, durante más de una legua. ¿Qué debe sorprender más en este episodio: la temeridad de los párvulos o su ignorancia del peligro? Me inclinaría por lo último, porque ¿qué ser razonable se pondría de tal modo y sin necesidad entre las garras de un jaguar dormido, que puede despertarse en un instante?

Como el Sr. Parchappe tenía que levantar el plano del Rincón, nuestros servidores, pese a su repugnancia, debían recorrer con nosotros todo su perímetro. El interior se halla cubierto de terrenos arcillosos, sobre los cuales han crecido bosques de la acacia espinillo. Por el camino encontré una gran culebra que no pude matar porque se escondió en un agujero que a no dudarlo era su refugio. En aquel lugar salvaje efectué una cacería bastante fructífera; pude matar, por primera vez, esa especie de ara azul, que los guaraníes llaman *araracá*. Ciertas hermosas especies de insectos también vinieron a aumentar mi colección entomológica. No vi ningún jaguar, pero sus huellas visibles a cada momento denotaban su abundancia en esos parajes que posiblemente les servían de vivienda diurna. El Rincón de San Luis es aproximadamente triangular, ubicado en medio de los esteros; su superficie está cubierta de montes que en

las porciones más secas sólo presentan espinillos dispersos, entonces despojados de sus hojas. En torno a esos bosques, al borde de aquellas aguas, crecen también esparcidas las palmeras corondai. El terreno es arcilloso y la estación no contribuía a alegrar el ambiente, donde todo inspiraba tristeza, tanto por su estado agreste como por el silencio de muerte que reinaba; sin pesar, pues, abandoné el Rincón de San Luis, aunque tenía la seguridad de que jamás volvería a verlo.

En la confluencia de los dos brazos del Batel aún existen, rodeadas de juncales, dos lenguas de tierra que se comunican con la tierra firme, conocida una bajo el nombre de *Rincón de Valingo*, y la otra por el de *Rincón de Cabrera*. La entrada del primer rincón está a cinco leguas de la estancia. Para tener tiempo de conocerlo partimos muy temprano y llegamos de una galopada. Me encontré con las mismas tierras que había en el de San Luis. Bajé de mi caballo, di las riendas a mi sirviente y me interné solo en el bosque, a pesar de las observaciones de Parchappe y del mismo servidor, quien se negó a seguirme; pero pronto renuncié a mi proyecto y me volví a unir a ellos porque un jaguar que apareció cerca de mí, saliendo de un matorral, y se alejó lentamente, me había hecho pensar en mi imprudencia. Hasta muy tarde, a la hora de cenar, no gané el campamento. En campaña, nuestra comida se componía de un trozo de carne que se asaba y comía sin mayor ceremonia. Los días precedentes habíamos tenido la suerte de encontrar agua; pero, aunque rodeados de pantanos, nos fue imposible obtenerla porque no se la podía alcanzar sin correr el riesgo de perderse entre los juncos que impedían su acceso.

La sequía era muy intensa, por lo que no encontramos agua en el extremo del Rincón de Valingo, donde habíamos parado a cenar. Ello me hacía protestar, pues tenía mucha sed, cuando un indio que formaba parte de nuestro grupo se echó a reír, alejóse un instante y volvió con mi taza de viaje llena de agua pura y límpida. Le pregunté dónde había podido encontrarla, en las tierras resecas que nos rodeaban. Me mostró una planta espinosa, de largas hojas, cuyo conjunto semeja un cáliz alargado, que conserva en todo tiempo el agua de las lluvias. Ante mí cortó la raíz y las espinas de la extremidad de las hojas, vertiéndome otra taza que contenía una sola planta. Di gracias a la Providencia que, atenta a las necesidades del hombre, ha puesto en los desiertos este vegetal bienhechor al que luego tantas veces he debido, con seguridad, librarme de sucumbir a la angustia de una sed devoradora durante mis exploraciones aventuradas por los países más salvajes. Esta planta, que los españoles llaman *cardo* y los guaraníes *caravuatá*, es una especie del género *tilandsia*, de los botánicos. Regresé ya muy tarde a la estancia, sin haber visto todo lo que

deseaba; por esto volví al mismo lugar uno de los días siguientes, sólo para cazar.

En aquella parte sudoeste del Rincón de Luna no me quedaba sino el Rincón de Cabrera por visitar. No quise partir antes de haberlo conocido. En consecuencia, acompañé a Parchappe en esta salida que fue de las más prolongadas, pues el Rincón distaba gran trecho de la estancia. Dejé que la caravana se adelantara hacia el interior de esa casi isla y me detuve sólo para cazar; pero cuando quise unirme a los demás seguí su rastro galopando por los claros a fin de darles alcance y, aún en ayunas, tuve que prescindir a pasarme de comida ya que los demás llevaban los víveres para toda la jornada. Languidecía de hambre, preocupado por la idea de encontrarlos. Unos frutos de cactus, de gusto amargo, engañaron mal que bien mi estómago, pero el hambre que me atormentaba se hizo sentir más tarde con más fuerza y sin embargo no lo pude saciar hasta el anochecer, después de haber hecho más de diez y siete leguas a caballo.

Desde mi llegada a la estancia no había permanecido ocioso un solo instante. Dedicaba los días enteros a recorrer la zona o a preparar las piezas recogidas en mis giras, cosa ésta que no era muy agradable, pero era el único para todo y forzado a recoger, observar y preparar, sucesivamente, era menester dedicarse a ello de día e inclusive de noche, cuando el día no era suficiente. Dispuesta mi partida, aún quise ir a dibujar las palmeras corondai y hacerme cortar unos troncos con destino al museo. El corazón de esta palmera no me pareció tener sabor desagradable, pero la población no lo come, a pesar de haberse antes alimentado abundantemente con el corazón de las palmeras yatay, debido a las guerras, carestía de animales o cualesquier otras causas.

El 12 de julio, después de haber pasado trece días en la estancia, me disponía a dejarla para recorrer la porción nordeste del Rincón de Luna. Cargamos nuestros efectos en una carreta que expedimos a la *Capilla* donde iríamos a pasar la noche y partimos de la estancia no sin haber agradecido la hospitalidad de sus ocupantes. Nos dirigimos hacia el brazo sur del Batel, que seguimos todo el día, haciendo sólo un alto al mediodía, cerca de una casa de indios aislada en el campo, donde recibimos una acogida de lo más cordial. Bastante temprano llegamos a la capilla, en la que otrora residiera el jesuita encargado del lugar. Esta capilla es muy pequeña y se halla rodeada de ocho o nueve casas. Como siempre, la del cura era la más linda del pueblo y daba a un hermoso monte de durazneros y naranjos. El cura vivía con gran sencillez, como buen eremita, con una gobernanta y varios niños, realizando, en cierto modo, la fábula de la rata que

12 de julio

se retiró del mundo. Obtuvimos permiso para acostarnos en el corredor, y el cura nos dio de comer lo mejor que pudo. Al empezar la noche, molesto por la cadencia monótona de un ruido que oía venir de bajo tierra, a intervalos, busqué su causa junto a unos montículos de arena echados hacia afuera, como lo hace nuestro topo europeo. Advertí que estos montículos se comunicaban por conductos subterráneos en los que vivía el animal que dejaba oír aquella música. Lo aceché largo rato con cuidado y pude matarlo en el momento en que apareció a la entrada de su cueva. Era un animal de piel sedosa, pariente de la rata y de su talla. Los guaraníes lo llaman *anguya-tutú*[7].

13 de julio

Al día siguiente proseguimos nuestro camino, siguiendo la misma orilla que la víspera, pero el viento recrudeció tanto que nos vimos obligados a hacer alto, después de haber estado dos o tres veces a punto de ser derribados de nuestras cabalgaduras. Un espectáculo nuevo para mí se desarrollaba sobre la margen opuesta del Batel, a nuestra vista. El fuego cubría todo el campo y el viento llevaba a lo lejos las llamas y torbellinos de un humo negro. Un bosque de palmeras corondai había sido ganado por el fuego que devoraba sus hojas secas y las hacía arder con impresionantes restallidos, mientras trepaba a la cima de los árboles, que convertía en antorchas encendidas y brillantes sobre el suelo ya ennegrecido. Más de dos leguas de terreno estaban carbonizadas, lo que deparaba una visión impresionante, si bien triste. Nubes de aves de rapiña de diversas especies se cernían en el aire, profiriendo agudos gritos y disputándose, en aquel escenario de muerte, al pobre animal escapado por casualidad a la furia del incendio. El más ávido y audaz de todos, el carancho, llegaba hasta atrapar, en medio de las cenizas ardientes, a los pequeños cuadrúpedos y reptiles chamuscados; en tanto que el cernícalo, menos osado, planeaba lentamente a cierta distancia, y el rápido halcón cruzaba en distintas direcciones, listo para asir al vuelo al tímido gorrión, envuelto por torrentes de humo y llamas en el momento en que acaso buscara pacíficamente, entre las gramíneas resecas, un alimento que el incendio habría de arrebatarle. Como un río salido de madre, el fuego invadía rápidamente el campo, sembrando por doquier el terror. ¡Qué contraste! A un lado del Batel, nubes de humo oscureciendo la atmósfera, gritos de pájaros, crepitación de las llamas, toda la naturaleza en confusión y espanto, constituían la viva imagen de una furiosa tempestad; en la margen donde nos hallábamos, todo estaba en perfecta calma; la campiña apacible, iluminada por un sol brillante; grandes llanos de gramíneas ondulando a merced del viento y

7 Especie del género *tenomis*.

reproduciendo con bastante fidelidad las graciosas oscilaciones de un mar levemente agitado, cuadro en verdad sublime que contemplaba con admiración y del cual no pude desprenderme sin pesar, para proseguir mi ruta.

El alto de la tarde fue de los más agradables. Una señora de edad, propietaria de una estancia, nos recibió con mucha gentileza. En cuanto hubimos llegado se apresuró a ofrecernos cigarros y mate, esforzándose para sernos agradable. Puso a contribución su despensa y nos hizo un favor aún mayor, consistente en mandarnos preparar una cama para cada uno, cosa que no se hace en todas partes, pues generalmente hay que dormir afuera.

El 14 de julio atravesamos el espacio comprendido entre ambos brazos del Batel, por un sitio en que el terreno podría tener más de una legua de ancho.

14 de julio

La casa de un agricultor se alzaba junto al pasaje. Nos bastaron unos instantes para recorrer las cercanías que nada tenían de notable, pues sólo mostraban unos grupos de árboles aislados en la llanura. En aquel paraje el Batel tiene comparativamente escasa anchura, razón por la cual se hizo pasar por allí el camino que lo cruza, uniendo sus dos brazos al Yaguareté Corá. Franqueamos uno de esos brazos, entonces poco profundo, y lo seguimos algún trecho entre bosques de palmera corondai pronto reemplazadas por tierras arenosas, cubiertas por espesos montes de palmeras yatay. Nos hallábamos entre el río Batel y la margen del Santa Lucía, en las tierras notables donde crece el yatay. En medio de aquellos montes se extiende un pantano que tiene varias leguas de largo y sigue el rumbo

Río de Santa Lucía

nornoreste. Como en general sucede con todas las masas de agua en la provincia, el pantano nos impuso un gran rodeo para doblar uno de sus extremos, y proseguimos siguiéndolo en medio de los palmares cuyo aspecto, que empezaba a serme familiar, sin dejar de encontrarlo imponente y gracioso, ya no producía en mí la impresión de admiración estática que había experimentado al verlos por primera vez. Recibimos albergue en una casa que unía las características de estancia, por un lado, y establecimientos agrícola, por otro. Su propietario fue muy amable y llevó sus buenos oficios al punto de mandar a sus servidores que cazaran para mí, en el campo; pero después de haber esperado inútilmente el resultado de su cacería, yo mismo obtuve un resultado mucho más satisfactorio que el suyo. En lugar de perseguir ciervos quizá estaban en alguna casa vecina para jugar su partido de *monte*.

No lejos de aquella casa, agradablemente emplazada entre las palmeras, se ofrecía a nuestra vista un obstáculo bastante pintoresco, cosa rara en un país tan uniformemente liso. Hacia la izquierda, sobre una pendiente muy sua-

ve, se dibujaba una pequeña finca, simple cabaña cubierta de hojas de palma, rodeada de varios corrales, todo recientemente construido a expensas de las palmeras agrupadas en la loma, que parecían abrirse de intento para acoger esta humilde morada. A la derecha había un grupo de árboles, contrastando por el tinte oscuro de su eterno follaje con las palmeras de un verde azulado. Esta arboleda se componía de distintas especies, en medio de las cuales se erguían grandes *ficus* denominados *guapohu* por los guaraníes, y la brillante palmera pindo, de copa liviana que sobresalía graciosamente sobre los demás árboles. En primer plano se extendía un terreno que había sido recientemente despojado de yatay a fin de edificar una casa de la cual sólo se había levantado el armazón; a la espera de que estuviera terminada, sus futuros propietarios vivían en una carreta. Entre esos tres puntos se desplegaba la napa de aguas claras de un gran lago uniforme como un espejo, sin que un soplo de viento turbara su tranquilidad. Allí nos detuvimos; mi compañero de viaje tomó una vista. Un poco más lejos la comarca cambió súbitamente de aspecto. Un espectáculo de devastación atraía las miradas hacia todos los extremos. El campo había sido quemado la víspera, a no dudarlo, y todo anunciaba la muerte. Las palmeras habían perdido sus verdes ornamentos; un amarillo negruzco sustituía su vívido tinte, tan agradable a la vista. Todas las aves habían huido de esta escena de tristeza, con excepción de algunos caranchos e iribús que aún lo recorrían en busca de cadáveres a medio consumir por el fuego. Por suerte, las llamas se habían detenido a dos leguas de allí. Al atardecer llegamos a una finca situada en el lugar que llaman *Pasto Reito*, donde Parchappe debía hacer alto para tomar unas medidas del terreno. El propietario en cuya casa paramos era un amante de la buena vida que nos recibió con los brazos abiertos, como todos los propietarios rurales, mostrándose con nosotros extremadamente atento. Difícil sería describir la franqueza y cordial lealtad con que los habitantes de la campaña correntina acogen a los extranjeros. Han conservado los hábitos hospitalarios que caracterizaban a los españoles antes de las guerras por la independencia, porque en aquellos parajes la guerra, ese azote de las virtudes sociales, no ha dejado rastros de su paso; pero en cuanto la civilización haya ganado esos campos aún vírgenes, habrá que temer la desaparición de todos estos modales, así como ya desaparecieron en la costa; habrá que temer que el egoísmo y la falsedad extiendan un día su funesto imperio, inclusive en el interior de esas selvas, que actualmente son pacíficas moradas de pobladores aún más pacíficos.

Ocho días pasé en Pasto Reito, observándolo todo, viendo todo, en lo más espeso de los montes, al borde de los pantanos, en el fondo de las lagunas

y riachos; interrogando sucesivamente a toda la naturaleza para formarme una idea completa de la región. Al día siguiente de mi llegada fui a cazar a un bosque enorme que bordea un inmenso pantano. Maté varios monos y guacamayos; también observé las diversas edades de las palmeras; sentía un placer indescriptible en internarme hasta el fondo de las arboledas más espesas, desafiando espinas y jaguares para contemplar la naturaleza virgen que resplandecía con todo su fulgor. Admiraba esos árboles enormes, aparentemente tan viejos como el mundo; aquellos elegantes pinos, de tronco recto y esbelto, coronado por un penacho cuya forma graciosa y follaje tan leve y de un hermoso verde, contrastaban con el oscuro verdor del *timbó*[8] de copa redonda, ubicado al lado del gigantesco *lapacho*[9], entonces desprovisto de sus hojas, en medio de otros árboles siempre verdes, recordando en aquellos bosques, por su desnudez, el invierno de nuestra Europa. Por todas partes crecía multitud de hermosos helechos, de hojas simétricamente recortadas y el modesto *capillaire*, cuyas hojas livianas se encorvan humildemente hacia el suelo. Ya no se oían las alegres canciones de las tijeretas, el arrullo de la torcaza, los silbidos de las urracas, ni las explosiones de voz de los cásidos, momentáneamente reemplazados por el canto de unos tangaras y el grito de los guacamayos, siempre duro e inarmónico. Esta soledad agreste me gustaba y érame grato disfrutarla solo. En semejantes sitios, en efecto, todo habla al alma, dejándole una impresión melancólica que me placía alentar porque me llevaba dulcemente al recuerdo de la patria, siempre tan grato al viajero, que le hace vivir tanto de los bienes que ha tenido como de los que espera y lo sostiene en su peregrinación. Con gran frecuencia me internaba en el bosque completamente solo para no ser distraído a cada momento por los temores pueriles de mi servidor, quien, miedoso por temperamento, siempre me describía con tanta elocuencia los peligros anejos a esta clase de paseos que a veces érame imposible dejar de prestarle atención.

15 de julio

Otras investigaciones, no menos fructíferas, me llevaron a los montes inundados que bordean el riachuelo Santa Lucía. En una de esas salidas encontré un magnífico jabirú; le tiré, quebrándole un ala. Tan grande como yo, el animal me hizo frente y, haciendo tabletear rápidamente, una contra la otra, sus dos enormes mandíbulas, como para intimidarme, defendíase con bravura. La lucha se prolongó por un rato, hasta que logré atraparle el pico; desde ese momento quedó inerme y pude adueñarme de él. En otra exploración por el

8 Especie del género *acacia*.

9 Gran especie de la familia de las bignoniáceas, muy común en las orillas del Paraná.

mismo lugar, fui de tarde porque había pasado toda la mañana preparando la caza de los días precedentes; até mi caballo a un árbol al llegar, internándome a pie en la espesura; pero como nada nuevo encontraba en ese bosque pronto pasé a otro, de la vecindad. La tarde avanzaba rápidamente y había escasa claridad. En el segundo monte sentí un momento de inquietud; oía cerca de mí los pasos de varios animales y rechinamientos de dientes que no me tranquilizaban nada y me hicieron pensar en que toda mi defensa se reducía a un fusil de poco calibre, cargado con plomo, y un sable corto. No me sentía con fuerza para inquirir la causa de aquellos ruidos, tanto más cuanto suponía que se trataba de un rebaño de pecarís, o jabalíes americanos, a los que no es siempre prudente atacar salvo que pueda uno subirse a un árbol, después de haberles hecho fuego, so pena de ser implacablemente destrozado. Ya no había nada que observar, pues la noche comenzaba a extender sus velos y se sabe que cerca de los trópicos el crepúsculo es muy breve. Consideré prudente regresar. Los rugidos lejanos de los jaguares me movieron a alcanzar a mi espantado caballo. Monté, pero durante el camino su miedo fue en aumento; todo le echaba sombra; a cada momento enderezaba las orejas, negándose a avanzar si no era a espolazos. Me hallaba rodeado de pastos muy elevados y, más experimentado que yo, parece que realmente había sentido la presencia de algún animal peligroso, porque apenas traspuestos los pastos altos se calmó, llevándome de un galope a la casa.

Hacía unos días que me interesaba un perro que servía de guardián, conductor e incluso pastor de una majada de más de cien ovejas. Todas las mañanas al despuntar el día hacía salir los lanares del corral y los conducía al campo, a lugares donde pudieran pastar. Habíalo seguido en su camino y le veía cuidar su rebaño, sin permitir nunca que una oveja se apartara de las demás; si había corderitos recién nacidos les dedicaba un cuidado del todo paternal defendiéndolos de las acometidas de los halcones, y sobre todo de los caranchos, aves de rapiña que acostumbran aprovechar tales oportunidades para desgarrar el cordón umbilical de los becerros, matándolos así, o reventarles los ojos, produciendo de este modo sensibles daños a la majada. El pobre perro se toma entonces gran trabajo para defender sus corderos y lograr que se aleje el feroz carancho. Se le ve saltar, ladrando, hasta atraer con sus gritos a alguien de la casa o lograr que el ave voraz suelte su presa. También velaba para que ningún animal se acercara al grupo; perseguía a los demás perros de las cercanías, salvajes o domésticos, y no permitía siquiera acercarse a ninguna persona extraña a la casa. Sería demasiado largo enumerar los cuidados que esta nueva especie de pastor prodigaba a sus ovejas. No podría vigilar mejor su majada el pastor

más activo e inteligente. A veces cazaba perdices en el campo y no regresaba a casa hasta que el hambre lo forzara a hacerlo. Encontraba entonces en la cocina su comida, a veces preparada, y en seguida volvía a unirse con sus animales. El dueño de casa, con el propósito de hacerme ver hasta qué extremo llegaba su instinto de perro, un día que acababa de comer lo mandó a buscar la majada. Partió de inmediato y breve rato más tarde lo vi volver trayéndola con mucho apuro. Por lo común se quedaba afuera todo el día sin volver hasta la tarde. Obligaba a las ovejas a entrar al corral, empujándolas y girando sin cesar a su alrededor; una vez entradas, se echaba entre ellas, sin dejar que ningún extraño se aproximara al recinto, hecho que pude comprobar con bastante frecuencia.

Pregunté al propietario de los lanares cómo podía adiestrar de tal modo a los perros, para una vigilancia tan activa. Se toma a los perros recién nacidos, se los separa por completo de sus madres y se los lleva al rebaño, tres o cuatro veces por día. Allí se les hace amamantar por la primer oveja que caiga a la mano. Se prolonga la maniobra hasta que los cachorros abren los ojos y caminan un poco; entonces se les acerca una oveja y maman por sí mismos. Poco a poco se acostumbran a ir a la majada, como si fueran de la familia, y terminan por identificarse con ella de tal forma que no la dejan hasta la muerte. Ya es muy notable que las ovejas se dejen mamar por un perrito, sin la menor dificultad; pero lo más sorprendente es el afecto que esos animales cobran al ganado que les proporcionara su primer alimento. Estos perros pueden compararse con los que servían para el mismo fin en la antigua Grecia, especialmente los del Epiro, tan célebres bajo el nombre de *molosos*. Se los llama *perros ovejeros*. Al comportarse así, ¿estos animales obedecen a un instinto ciego o es razonada su conducta? Se trata de una pregunta que no trataré de contestar, limitándome a admirarlos ya que, más que los europeos, están en estado salvaje y sin embargo prestan servicios tan grandes al hombre, sea cuidando sus rebaños, tal como acabo de referirlo, sea acompañándolo en la caza del jaguar, perdices, etc., como habré de relatarlo más adelante; y, no obstante, en ninguna parte se los trata con mayor crueldad, pues a cada momento reciben cuchilladas y bastonazos de sus bárbaros dueños, que nunca les dan de comer otra cosa que los restos de sus comidas, lo que no impide a los pobres animales serles absolutamente afectos, quererlos mucho y mostrarse mucho más fieles a ellos de lo que se nos manifiestan nuestros perros de caza civilizados, por lo general dispuestos siempre a seguir al primero que vean armado de un fusil. Las observaciones hechas acerca de la manera de ser de esos perros pastores y su voluntad (puesto que se les niega juicio y pensamiento), estas observaciones, digo, po-

drían llevar a reflexiones de la filosofía más elevada. ¿No es extraordinario, por ejemplo, que un animal cuyo género de vida difiere tanto del de los rumiantes, se vincule de tal modo a sus tiranos y tome, en su beneficio, cuidados tan continuos y delicados, si todo se reduce a un simple mecanismo de la costumbre? Lo dudo, y creo que hay en ellos algo más que en los animales de apariencia menos perfecta, a los que la naturaleza rehusó un tacto tan fino y maneras tan cercanas a las del ser llamado exclusivamente racional.

Estos perros pertenecen a una raza particular, caracterizada por su aspecto que recuerda un poco a la de los mastines: grande y fuerte. Tienen las orejas derechas como las de los perros lobos y los movimientos que les imprimen manifiestan las distintas sensaciones que experimentan; su cola es más o menos larga y peluda. El color es variable, de tinte por lo común uniforme, rojizo o amarillo; son a menudo rayados, del lomo a los flancos, en cuyo caso los nativos los llaman *barcinos*. Dichos perros, por todas partes salvajes en estas provincias, hasta hace algunos años, ya sólo lo son en las de Entre Ríos y la Banda Oriental, sobre todo en las partes septentrionales de esta última. Cazan los distintos animales salvajes, persiguiéndolos con habilidad. Cuando eran mucho más abundantes, causaban daños de importancia al ganado y hasta atacaban a los viajeros. Se me refirió de qué manera ingeniosa logran apoderarse de un caballo. Divididos en jaurías compuestas de varios perros, se ubican a intervalos, de manera que forman un gran círculo en torno al caballo que quieren atacar; luego algunos de ellos lo hostigan y persiguen, turnándose, hasta que el pobre animal se haya agotado en esfuerzos inútiles, dentro de un círculo que no puede franquear, y cuando no puede más se le acercan, lo acometen todos juntos y nunca dejan de tener éxito. Esto vendría a reforzar mi reflexión precedente acerca de la inteligencia superior de estos animales. ¿Es de creer, en efecto, que una táctica tan compleja sea producto de un instinto ciego? Parecería, por otra parte, que la táctica defensiva que los animales emplean en Europa contra los lobos se sigue en América, porque los toros, por ejemplo, oponen a los jaguares, y aun a los perros, un muro con sus cuernos, y los caballos les presentan las patas traseras.

Alrededor de varias lagunas vecinas vivían muchos carpinchos que en vano había tratado de cazar. Acostumbrados a eludir a los perros del lugar, se echaban al agua antes de que pudiera acercarme a ellos; cierta vez conseguí aproximarme lo suficiente para disparar sobre uno; creía haberlo alcanzado, pero se hundió en el agua y desapareció. A la tarde, paseándome por la orilla opuesta, lo encontré muerto. Era un macho muy viejo, de gran talla, que pesaba más de doscientas libras; tenía el pelo casi blanco, cosa que sólo ocurre a los

que habitan las lagunas de ciertas regiones, pues todos los que viven junto a los ríos lo tienen oscuro y rojizo. Lo hice arrastrar a la casa y actualmente se le puede ver en las galerías del museo de París.

Una salida semejante me llevó lejos, al borde del riacho Santa Lucía, por llanuras arenosas cubiertas de palmeras yatay. En aquel lugar distante más de catorce leguas de San Roque, el río sigue cubierto de juncos; sólo en su parte media ofrece unos espacios despejados; todavía es muy ancho y parece tener poca corriente.

Pasto Reito no depende de la comandancia de Yaguareté Corá ni de la de San Roque, sino de la de Saladas, de la cual me hallaba a unas leguas.

Había llegado a conocer Pasto Reito y sus alrededores; nada más podía retenerme por allá y partí, pues, el 25 de julio de vuelta a San Roque. Atravesé más bosques de yatay, por terrenos arenosos en los cuales, desde hacía poco tiempo, numerosos agricultores habían venido a establecerse para desmontar esas tierras vírgenes. Por todas partes no se veía sino palmeras derribadas y casas recién construidas o aún en construcción. Todo anunciaba que en pocos años aquellos parajes, otrora incultos y agrestes, estarían cubiertos de tabaco y caña de azúcar y llegarían a ser el lugar más productivo de la provincia. Platicando acerca de Europa con mi compañero de viaje, que la había dejado más de nueve años atrás, olvidamos que estábamos en América. Llegó la noche, sorprendiéndonos en el campo, donde no había un camino trazado. Temíamos perdernos a cada momento y sólo tras siete horas de marcha advertimos la luz de la cocina de una finca, donde los perros nos denunciaron con sus ladridos. Sorprendimos a nuestros huéspedes, quienes no por eso dejaron de saludarnos, con gran amabilidad, con el acogedor *¡a buen tiempo!* Todavía no habían cenado. Nos sentamos a su mesa, en la que, como postre, nos obsequiaron naranjas asadas entre las brasas, manjar del todo nuevo para mí y que encontré muy agradable. Se nos hizo acostar en el patio, bajo un galpón abierto a todos los vientos, donde se hacía sentir un frío penetrante. ¡Y gracias por estar bajo techo! Al día siguiente bordeamos las orillas del Río de Santa Lucía cruzando llanos cubiertos de pasto y pasando, de tanto en tanto, cerca de establecimientos agrícolas. Llegué temprano a San Roque, donde fuimos demorados por dos días de intensas lluvias, fuera de estación, que me impidieron recorrer de nuevo sus alrededores.

25 de julio

26 de julio

Esas lluvias hicieron crecer y desbordar las aguas del Santa Lucía. Cubrían gran extensión de terreno y su lecho tenía un ancho por lo menos cuatro veces mayor que en la época en que lo había cruzado, en ocasión de mi primer

viaje a San Roque. Para volver a atravesarlo había que esperar la bajante, cosa que no estaba dispuesto a hacer o emplear la *pelota*, medio de transporte más ingenioso que cómodo, pero al que me había acostumbrado durante mi viaje al Rincón de Luna, y desde entonces me era indiferente.

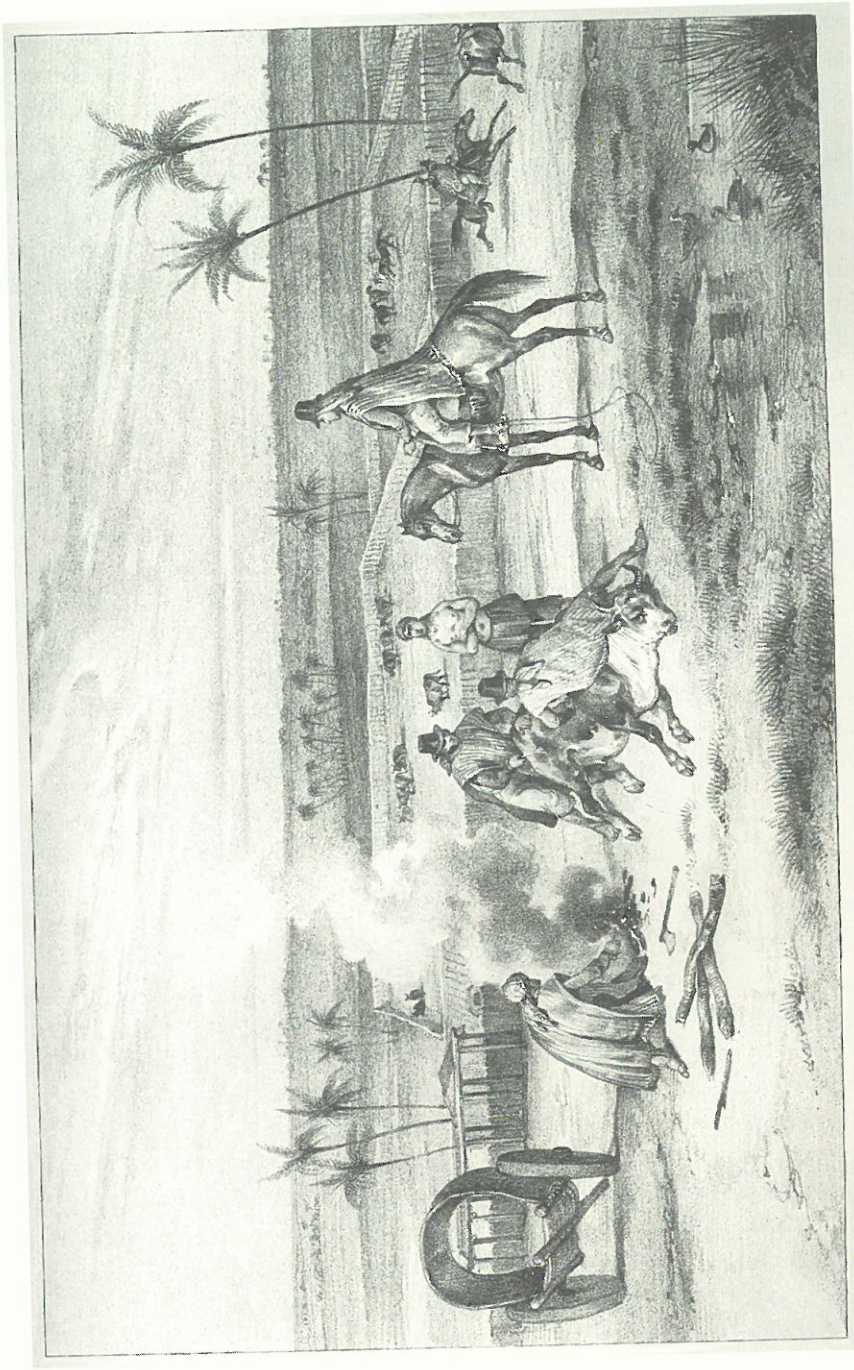
Se había cargado la carreta con nuestros efectos; se la descargó al llegar junto al río. Entonces, doblando los bordes de un cuero seco de buey, le pusieron dos de mis baúles sobre los que me instalé, y un nativo me remolcó nadando hasta el otro lado teniendo entre los dientes una correíta atada al artefacto. Esta navegación me hizo experimentar cierta inquietud, debida a las oscilaciones que la violencia de la corriente imprimía al cuero; sin embargo, llegué sano y salvo a la margen opuesta. Pronto siguióme mi compañero de la misma manera y sin novedad; pero faltaba pasar la carreta, aligerada del peso de nuestros bagajes, que previamente habían embarcado con nosotros en la *pelota*. Se la hizo rodar al borde del agua; luego se le ataron, con una larga correa, dos caballos que fueron inmediatamente lanzados a nado, bajo la dirección de un hombre de la región encargado de remolcarla así hasta la ribera de enfrente, mientras que, para impedir que volcara en medio del río, otro hombre trepado atrás la mantenía en equilibrio, haciendo contrapeso, tanto de un lado como del otro, según la mayor o menor resistencia opuesta a su avance transversal por la fuerza de la corriente. Así llegó a la otra orilla; volvieron a cargarle nuestro equipaje, ensillaron los caballos y nos pusimos otra vez en marcha.

¡Cuántos siglos quizás tendrán que transcurrir antes de que el aumento de la población y las necesidades de las comunicaciones más frecuentes, producidas por la extensión de las relaciones comerciales, induzcan a los pobladores a construir puentes sobre esos caminos, y cuántas dificultades originará la falta de piedras que ya se hace sentir en casi toda la provincia, porque las maderas que habrán de reemplazarlas jamás permitirán sino construcciones temporales!

Seguí la misma ruta que había tornado para dirigirme a San Roque. Tres días de marcha me llevaron a Corrientes, sin otro accidente digno de mención que el encuentro con unos ladrones célebres en el país, que llevaban a Corrientes después de haberlos capturado en el sur de la provincia. Los bandidos son raros en la campaña septentrional de la región, donde todavía reina la buena fe. Estos venían de *Curuzú Cuatiá*, el pueblo más austral de la provincia, donde los habitantes ya cambiaron de costumbres, adoptando para su desgracia las de Entre Ríos. Los miserables iban a caballo, mantenidos en la posición correspondiente por una barra de hierro que pasaba por sus piernas y aseguraba un candado. Además, llevaban esa especie de chaleco de fuerza que en el país se pone a los presos de

Corrientes

cuidado, pero que no deja de ser bárbaro. Consiste en un cuero de buey, aún fresco, con el que se los envuelve al arrestarlos; al secarse, este cuero se contrae de manera que los infelices se encuentran pronto como prensados, sin poder efectuar ningún movimiento ni alzar los brazos hasta la cabeza. Con frecuencia llegan a su destino con los brazos hinchados por la interrupción producida en la circulación de la sangre. A su llegada a la prisión se les saca el chaleco, cortándolo con un cuchillo. Cuatro o cinco hombres llevaban el grupo, sin otro armamento que una mala lanza y varios sables; ninguno tenía fusil.



Marca del ganado en Rincón de Luna.

CAPÍTULO VIII

Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itatí, sobre el Paraná. Estadía en Itatí y vuelta a Corrientes

Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itatí, sobre el Paraná

A mi regreso a Corrientes ya tenía mucho que hacer para ordenar mis observaciones y colecciones, y sin embargo me esperaban nuevas dificultades. El gobierno acababa de llamar a Parchappe a Buenos Aires, donde habría de ocupar un puesto de ingeniero geógrafo y proseguir sus observaciones en un escenario más vasto. Con anterioridad habíamos convenido asociarnos para la publicación general de los resultados correspondientes a las observaciones que habíamos recogido en nuestros viajes parciales. Favorablemente predispuestos por la idea habíamos proseguido con ardor ese género de investigaciones, pero como las circunstancias imponían a mi socio la renuncia a los viajes proyectados, me encontré solo y encargado de todo. Lo veía partir con vivo pesar ya que hasta entonces me había servido de guía y mentor en nuestras exploraciones comunes. Él y otro compatriota, el señor Lebon, eran los dos únicos amigos que tenía en la zona y ambos se alejaban.

25 de agosto

El 25 de agosto los acompañé a bordo de la embarcación que me los llevaba. Partieron. Su alejamiento me afligía. Me quedé otra vez solo, pero con la esperanza de volver a encontrarlos pronto en Buenos Aires, adonde tendría que ir después de haber efectuado varias giras indispensables al complemento de mis estudios acerca de la provincia.

Unos días después de su partida alquilé una lanchita y descendí por el Paraná hasta la desembocadura del Riachuelo. Allá se encuentran muchos de

esos dilatados pantanos que en la región llaman *bañados*; tierras bajas, anegadas en la época de las crecientes del Paraná, y la permanencia de las aguas transforma en lagos temporales las partes más profundas. Unos restos de conchas de agua dulce me hicieron sospechar que los estanques debían albergar esos animales. Entré al agua, y un avaro que encontrara un tesoro no habría experimentado un placer más intenso que el que sentí al extraer, de las arenas que tapizan el fondo de aquellos depósitos naturales, multitud de especímenes de anodontes y almejas.

Después de haber pasado todo el día en el agua, volví al caer la tarde, cargado de botín y encantado de mi buena suerte. Esta primera excursión me animó; hice otra no menos productiva, remontando el Paraná, a las islas de su margen izquierda. El río estaba muy bajo. Las islas, antes inundadas, se levantaban entonces a más de quince o veinte pies sobre su nivel. Sus contornos arenosos, que contrastaban en forma acentuada con el verdor que ya empezaba a apuntar, harían de ellas un lugar encantador si no fuera por los mosquitos y tábanos innumerables que me acometían, y los inequívocos rastros de jaguares impresos a cada paso en la arena y atestiguando con elocuencia que estos animales abundan en las islas, de las que van cada noche a cazar en tierra firme. La primavera renacía. Los tallos secos que permanecieran bajo el agua se cubrían de tierno verdor; la elegancia de los sauces coronaban las aguas con sus copas piramidales, contrastando con el verde glauco de los alisos que cubrían las orillas; y los timbós, que adornaban el centro de las islas. Esta exploración fue para mí agradable a la vez que útil. La caza me procuró muchas aves que ya volvían de regiones más cálidas para repoblar durante unos meses los bosques de esa latitud.

1827
Corrientes y alrededores

Hacía tiempo que tenía intención de penetrar en el *Río Negro*, que riega el Chaco y se vierte en el Paraná frente a Corrientes. Este río toma su nombre del color de sus aguas, que son en efecto negruzcas. Volví a encontrar aguas de este color en numerosos riachos, de la República de Bolivia sobre todo, y cursos de agua que surcan las inmensas cuencas casi horizontales del centro de América meridional; de ahí la profusión de ríos negros que se encuentra en todos los mapas. Los ríos *Colorado*, *Bermejo*, etc., no son menos comunes, igual que los salados (*Río Salado* o *Yuraj-mayo)* de los incas. Todas estas denominaciones se aplican cada vez que aparecen los fenómenos que designan. La aplicación del término *Río Negro* no es siempre correcta, pues también se la usa para designar cursos de agua que sin ser negros tienen el color verde oscuro,

Río Negro
(Gran Chaco)

como por ejemplo el río Negro de Patagonia, a 41 grados de latitud sur, que en verdad no parece negro cuando se lo compara con el que me ocupa en este momento, pero que lo es si se compara al más cercano, Río Colorado, que desagua en el océano Atlántico, a 39°94'. A menudo traté de explicarme con hechos de dónde provendría la coloración tan variada de las vías de agua americanas; primero debía interrogar al respecto a los indígenas, que nunca me pudieron responder sino en forma muy vaga, atribuyéndola a veces a la maceración de raíces de zarzaparrilla, pero esta explicación no es admisible porque he visto ríos negros en los que no había zarzaparrilla y ríos blancos donde abundaba. Era preciso, pues, buscar otra. Numerosos hechos vinieron más tarde a darme una completa, cuando al recorrer centenares de riachos pude conocer sus fuentes verdaderas. Desde entonces el problema estuvo resuelto para mí. En efecto, a veces encontraba pequeños cursos de agua limpia, unidos a ríos muy coloreados, pero siempre advertía que este colorido sólo era intenso en los ríos de curso poco rápido que nacían entre pantanos o llanuras inundadas, donde las aguas cubrían, durante mucho tiempo, masas de plantas que a veces se descomponen pero que en todos los casos abandonan su principio colorante. El río Machupo, el Ivari y el Yacuma, en la gran provincia de Moxos me suministraron las mejores pruebas al respecto, cuando recorrí sus distintos afluentes hasta su fuente. Hasta agregaré que los ríos que nacen en los bosques tienen en ocasiones un tinte algo oscuro, siempre amarillento pero jamás negro. Es, pues, a la permanencia de las aguas en la llanura, esteros o turbas, que creo ha de atribuirse positivamente la coloración del agua. Después de haber fijado mis ideas al respecto, llegué a saber con anticipación dónde podría encontrar la fuente de un río o arroyo dados, y me atrevería a decir que rara vez hube de equivocarme.

La coloración al rojo de las aguas también me fue de explicación fácil. La encontré, por ejemplo, en el agua del río Bermejo que crucé por el Paraná antes de llegar a la confluencia del Negro. Las aguas de ese río no se mezclan en seguida con la masa del Paraná y conservan su color propio durante unas leguas más, hasta perderlo radicalmente. Los únicos ríos teñidos de rojo que haya visto son los que nacen entre esquistos ferruginosos de las montañas o últimos contrafuertes de los Andes, y me sería fácil citarlos en cantidad, como el río Colorado, que tiene origen en la Cordillera, al sur de Mendoza; el Bermejo, que nace en las montañas de las provincias de Salta, Jujuy y Tarija; el Pilcomayo, que atraviesa todas las montañas de la República de Bolivia; y el Grande, del mismo país, que también cruza casi todas sus montañas secundarias, cuyo basamento es ferruginoso. En tiempo de lluvia, materiales terrosos

desprendidos por el agua y arrastrados por la corriente comunican a todo el curso de esos ríos su principio colorante que se encuentra incluso en la época de las crecientes, en parte del curso del Paraná, al sur de su unión con el Paraguay, que le lleva las aguas rojizas de los ríos Bermejo y Pilcomayo, mientras que sus propias aguas son amarillentas, al norte de la confluencia.

He observado que todas las aguas blancas o, mejor dicho, incoloras de los ríos, provienen de la fusión de la nieve o de montañas muy arboladas, como lo pude comprobar mil veces en los ríos de la cuenca oriental de las cordilleras orientales de la provincia de Yungas, en Bolivia, o en los bellos y transparentes ríos andinos, o aun en aquel admirable lago Titicaca, cuyas aguas tienen pureza suficiente para ver el fondo a grandes profundidades, como sucede en algunos mares profundos, y muestra ese azul o verde azulado que sólo se ve en alta mar, pero ya me he dedicado bastante al color de las aguas fluviales. Vuelvo a mi viaje. Aparejé una lancha tripulada por varios remeros, y aprovisionada en forma crucé el Paraná y entré al río Negro.

Era uno de los primeros días de primavera, época en que todos los seres parecen reanimarse por influencia de un suave calor. A mis ojos la naturaleza presentaba un aspecto nuevo y parecía engalanada con colores más frescos; los pájaros parecían competir en la celebración del retorno de esta estación encantadora en que se regenera toda la creación; reaparecían las mariposas, ostentando un vivo fulgor, en busca de las primeras flores de la estación, y se confundían a veces con el pájaro mosca al embriagarse con el néctar de las flores. Bajo tan sonriente aspecto se me ofreció la desembocadura del río Negro, cuyas aguas tranquilas fluían apenas entre las ramas entrecruzadas, por bosques donde jamás resonaran los golpes redoblados del hacha del leñador. Estos montes se extienden, al principio, a más de media legua, pero su anchura disminuye poco a poco y terminan por formar una estrecha ceja, a su vez interrumpida a intervalos, para dar paso a vastos bosques de palmeras corondai, que prefieren las tierras anegadizas y cuyos elegantes globos, sostenidos por un tronco recto y cilíndrico, confieren un aspecto serio a todo el campo. A unas leguas de la boca, después de haber recorrido infinidad de meandros, advertí al seguir avanzando que las orillas volvían a exornarse con enormes timbós, los que se vieron hasta una distancia aproximada de cinco leguas de la desembocadura; luego el paisaje cambió de aspecto por completo. Sustituyeron a los pantanos llanos unidos y cubiertos de gramíneas, a veces de espinillos, elevándose sobre el nivel de las crecientes más fuertes del río; éste seguía bordeado de lindos árboles y su curso aparecía más encajonado, sin que la corriente fuera más rápida. Me hallaba en el inmenso territorio que separa la llanura de los

primeros contrafuertes cordilleranos de las provincias de Tucumán y Santiago del Estero, territorio que se ha denominado el *Gran Chaco*[1], porque se lo consideró muy apto para cultivos fáciles, aunque se encontrara todavía desierto o apenas poblado por algunas hordas salvajes. Señales de un campamento reciente nos anunciaron que la nación más cercana, la de los *Tobas*, no se hallaba lejos. Abandoné la lancha, internándome en el campo. A mi vista se presentó una llanura arcillosa, moteada de arbustos retorcidos; a lo lejos se veían grupos de árboles cuya especie denotaba la proximidad de pantanos. Acostumbrado a recorrer tierras semejantes en la provincia de Corrientes, había aprendido a reconocer las especies de árboles que las cubren. La vecindad de la noche me indujo a ganar la embarcación. Al día siguiente bajé a cazar, siempre solo, porque mis guías eran demasiado asustadizos para acompañarme, y desde la víspera su conversación vespertina me había hecho suponer que no debía contar con ellos para la ejecución de mi proyectado recorrido, de tal manera que debía temer cualquier cosa de su pusilanimidad. Al volver de mi exploración vi de lejos a varios indios que cruzaban el campo a caballo. Volví con mis hombres, quienes también los habían observado, y declararon positivamente que querían volver a Corrientes. Tras vanos esfuerzos para combatir su resolución me vi precisado a partir, y una nueva aparición de los indios a caballo les hizo precipitar su retirada, porque aquéllos se dirigían hacia nosotros. Incluso, avanzaron hasta la mitad del palmar, con la intención aparente de identificarnos, pero los pantanos de la rivera demoraron su marcha, y como mis remeros sólo veían los arcos y flechas con que estaban armados los salvajes, remaron con ardor extremado, haciéndome volar por el río, hasta el Paraná. Allí se apaciguó su vigor, pues estaban en casa propia y fuera de peligro. Había proyectado un viaje largo sin contar con tan súbito regreso; sólo la certidumbre de ser abandonado por mi gente apenas vistos los indios me hizo cambiar de intención, pero no hice más que postergar para otra oportunidad la reanudación de mis investigaciones en el Gran Chaco.

1827
Alrededores de Corrientes

Unos días más tarde volví a atravesar el Paraná al solo efecto de cazar *carayas* o monos gritones, los únicos que se encuentran en esas latitudes. Es bastante fácil guiarse por sus gritos, porque se hacen oír a casi una legua de distancia. Aquella mañana parecían chillar con más fuerza que de costumbre. Se habría dicho que todos se habían reunido en el mismo sitio, para alborotar más. Quien desconozca el animal de donde salen ruidos tan

1 *Chaco*, voz local que significa huerta.

enérgicos, nunca imaginaría que pudieran ser producidos por monos. Se trata de sonidos cadenciosos, roncos y fuertes, que van en *crescendo* a medida que los miembros de un grupo agregan sus voces a la de una especie de corifeo que parece darles la señal y es, por lo general, un viejo macho. Todos juntos fuerzan la voz, luego bajan gradualmente el tono hasta callarse del todo; después vuelven a empezar con mayor fuerza. El eco del bosque repite sus conciertos discordantes que franquean el Paraná y casi todos los días llegan a oírse en la ciudad de Corrientes. Guiado por ellos pronto llegué, del otro lado del río, a poca distancia de un gran bosque: su residencia. En efecto, después de haber atravesado con gran esfuerzo matorrales muy tupidos, alcancé un timbó de gran talla, sobre el cual había de veinte a veinticinco monos, tanto machos como hembras. Me acompañaba otro francés, que ansiaba matar monos. Apenas los vio se colocó bajo el árbol, cosa que yo me cuidé muy bien de hacer porque, luego de los primeros disparos, los gritos, suspendidos un instante, recomenzaron en otra gama, acompañados por una lluvia de inmundicias que cubrieron a mi desventurado compañero. Este había herido un mono; transportado por el placer de su triunfo no advirtió nada y siguió tirando. Yo me reía a carcajadas, al verlo empapado por esa lluvia infecta, en tanto que, ignorando el motivo de mi regocijo, me incitaba a avanzar, sin duda para compartir la gloria que bien poca envidia me causaba. Maté varios monos; mi compañero había hecho otro tanto, y volvimos a la lancha cargados con nuestro botín. Llegados a la orilla, las exclamaciones de nuestros hombres le revelaron su desgracia y tuvo que lavarse bien y lavar su ropa antes de que se le permitiera subir a bordo. Regresamos a Corrientes, donde hubo de sufrir nuevas bromas.

En aquel entonces el Paraná estaba bajo hasta el extremo, y mi deseo era recorrerlo durante la estación, a fin de recoger el mayor número posible de ejemplares de conchas de agua dulce. Alquilé una barca grande, contraté un guía y me muní de todo lo necesario para el viaje, más provisiones para permanecer unos días –según proyectaba– en el poblado de Itatí[2].

Paraná

Partí el 20 de septiembre por la tarde. Sucesivamente pasé frente a todas las puntas de arenisca ferruginosa cuyo conjunto forma los puertecitos de la ciudad de Corrientes, que ofrecían una visión encantadora. Pronto esta vista animada cedió el paso a los bosques que bordean el Paraná, coronando un acantilado, de por lo menos diez metros sobre el agua. A una legua de Corrientes desaparecieron los

2 *Itaty*, piedra blanca; de *ita*, piedra, y *ty*, contracción sin duda de *moroty*, blanco, como en muchas otras palabras.

acantilados, que fueron sustituidos por un pantano llamado *Bañado de Torre*, por el nombre del propietario ribereño. Este pantano, que sin duda ocupa el antiguo lecho del Paraná, forma un gran lago disimulado, del lado del río, por varias islas arenosas, cubiertas de sauces. Lo bordeamos lentamente y encontramos tierra alta cerca de una casa que reunía las condiciones de chacra y estancia, muy bien ubicada al borde del río y rodeada por un monte bastante espeso. Allí me detuve para pasar la noche y hacer, al día siguiente, que se carneara un buey para las provisiones del viaje. Durante esta operación y la sección de la carne en lonjitas, que luego se ponían a secar al sol, con el objeto de conservarlas, me fui con el propietario de la finca a recorrer los alrededores, tanto más pintorescos cuanto que los árboles, largo tiempo despojados de follaje, empezaban a cubrirse de hojas color verde tierno, que daba al paisaje una frescura que le faltaba pocos días antes.

Pude, no obstante, partir al mediodía. Después de haber contorneado riberas rocosas, bordeadas de acantilados bastante escarpados, cubiertos de árboles y flanqueados de bloques de arenisca ferruginosa, encontré la isla de *Meza*, la única en todo el curso del Paraná –desde Buenos Aires hasta Misiones– que es un resto del continente y no, como las demás, una isla baja, hecha de sedimentaciones y sujeta a las inundaciones. En un curso de más de trescientas leguas sólo se encuentran dos casos de islas altas, fenómeno singular sobre todo en terrenos de la horizontalidad que presentan los de las provincias costaneras. La primera es la que acabo de nombrar; la segunda, la mayor de todas las del Paraná, se denomina *Apipé*, y está situada a 59°12' de longitud oeste de París, cerca de la antigua localidad de Loreto, en Misiones. La isla de Meza, de que ahora se trata, pertenece al actual gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, que había iniciado en ella un establecimiento agrícola, pero pronto debió renunciar a la empresa porque una cantidad innumerable de hormigas destruía todas sus cosechas, cosa que también sucede por toda la zona, en el continente. Europa no ofrece ningún ejemplo de semejante multitud de insectos, que sobre todo cubren los terrenos arcillosos de algunas regiones de América. Otra plaga se suma a la anterior para que el propietario de las tierras no pudiera explotarlas tampoco como estancia y aun tuviera que abandonarlas del todo: los jaguares, acantonados en gran número en los bosques que ocupan toda la parte no desmontada, que en poco tiempo mataron todo el ganado. El terreno de que hablo, situado al nivel de los acantilados de tierra firme, está rodeado de rocas partidas que son los trozos más duros de los mantos de arenisca arrastrados por el agua. Pasamos por el brazo del Paraná que separa la isla del continente. Los bordes del río se vuelven luego bastante escarpados, quebrados y

cubiertos de vegetación. Encontré el mismo aspecto variado hasta la punta de Guaicarás, adonde van a pescar los pobladores del pueblo del mismo nombre, que ya he mencionado en la narración de mi viaje a Iribicuá. Allá cesan las riberas escarpadas, a las que reemplazan terrenos pantanosos y bajos, en los que desembocan algunos de los pantanos vecinos a la chacra de la *Laguna Brava*, por un arroyito llamado *San José*. Estas tierras bajas sólo ocupan un espacio reducido, dado que pronto los vuelven a sustituir formaciones altas o por lo menos rocosas. Una punta que doblamos me ofreció, del otro lado, una serie de rocas aisladas, dispuestas en círculos, por lo que los guaraníes la bautizaron *Ita-cora*, o corral de piedra. Pasamos luego junto a dos vastos bancos de arena, y después de haber doblado varias puntas llegamos a Tolero, gran isla boscosa, de orillas bajas y separadas de tierra firme por un canal natural llamado *riacho de Tolero*. Entramos en él, doblamos nuevas puntas e hicimos alto en el interior de la de *Godoy*, que está frente a las *Ensenadas*, a pasar la noche. La caleta donde nos habíamos estacionado estaba cubierta de árboles secos, acarreados por las corrientes y detenidos por las puntas adelantadas. Mis marineros levantaron, por diversión, una pira con más de treinta de esos árboles y pronto grandes torbellinos de fuego subían por el aire, iluminando a lo lejos las aguas majestuosas del Paraná y la orilla de bosques que las bordean. Aun en los países más calurosos, el fuego siempre es fiel compañero del hombre civilizado tanto como del salvaje, durante la noche. El espíritu incendiario (me atrevo a expresarme de este modo), o más bien, quizás, el de destrucción que lo acompaña, parece ser, para todos, una pasión innata, dominante, ciega, por lo menos a juzgar por el ensañamiento con que por todas partes queman, a su paso, sea la llanura, sea el bosque. Cuántas veces habré visto a mis indios en sus florestas y a mis marineros en sus lugares civilizados, como niños grandes, aun tras el largo y penoso trabajo del día, en vez de entregarse al descanso, preparar grandes piras para encender hogueras inmensas o aumentar su fatiga quemando el campo, y esto sin prever ni esperar ningún beneficio; ¡sin otro placer que el de ver las llamas luciendo en el aire! Y no se crea que dichos fuegos tienen aunque sea por objeto espantar los jaguares. Se los hace asimismo en lugares donde no se encuentran estos animales y, por otra parte, la generalidad de las naciones americanas no cree en la eficacia de esas precauciones que por error se consideran tan útiles en África. De ninguna manera el incendio constituye para ellos una necesidad, salvo cuando hay que renovar los pastos; pero siempre es una diversión. He de confesar que yo mismo, tan niño como ellos, gozaba viendo los alrededores iluminados por aquellos brillantes fenómenos tan fáciles de provocar junto a los grandes ríos americanos,

que reúnen todos los elementos de la combustión y los amontonan como para facilitar la acción del viajero.

Por ser contrario el viento, el 22 tuvimos que navegar en forma muy penosa, empujando nuestra barca con botadores; pero a menudo la corriente superaba los esfuerzos sumados de nuestros remeros, y determinada punta rocosa nos costaba más de una hora de trabajo inútil porque, en el momento de doblarla, la corriente arrastraba la lancha y era preciso recomenzar; entonces había que echar un cabo a tierra, y mientras parte de la tripulación hacía avanzar la barca el resto la arrastraba desde la costa, género de navegación muy poco favorable al avance, como se advertirá. Así doblamos la punta *Añasco*, a lo largo del pantano o bañado de *Payube*, y luego la punta *Rori*; pero la de *Vaca rahi cora*[3] nos tomó parte del día, debido a su fuerte corriente y las rocas que la erizan, y apenas sí pudimos llegar el mismo día a su interior, donde el agotamiento de los marineros nos hizo parar a cinco leguas del poblado de Itatí. Toda la noche el viento nos trajo, desde el otro lado del Paraná, los ladridos de los perros de un puesto de Francia, en Paraguay. Sólo el ancho del río nos separaba de ese Estado tan temido, donde reina el despotismo. Tres meses antes no me habría arriesgado a remontar el Paraná porque toda embarcación que lo surcara causaba recelos al dictador, que de noche hacía destruir hasta la piragua más pequeña de los pobladores ribereños. Pero a favor de un tratado suscrito, hacía poco, entre Paraguay y Corrientes, tenía derecho a navegar por el Paraná, con tal de no alejarme de la margen sur. Los marineros renovaron el fuego para entretenerse y quemaron hasta las lianas secas de los árboles de la costa.

Al día siguiente se volvió temprano a trabajar y, no sin cansancio, alcanzamos la punta *Yaguarí* (perro querido). Allí no tuvimos más remedio que hacer alto para tomar aliento. La lancha estaba cerca de un gran bosque. Oí gritos de *yacús*, especie de penélope con aspecto de faisán, que hace resonar el monte con su canto desagradable. En seguida entré en la espesura y tuve la suerte de matar dos que perseguía hacia el interior, cuando llegó a mis oídos el mismo castañeteo de dientes que me había impresionado, en una exploración anterior, en medio de los bosques del riacho Santa Lucía; pero ya más ducho, reconocí de inmediato que se trataba de pecaríes[4]. No obstante, quise tener la seguridad y pronto vi, no lejos de mí, varios de esos jabalíes de América que echaban espuma y re-

23 de septiembre

3 *Vaca rahi cora* significa en guaraní corral de la vaca joven o, más bien, del ternero.

4 *Dicotyles torquatos*.

chinaban los dientes de rabia, lanzándose sobre mí con la cabeza gacha. Volví a la lancha para prevenir a mi gente del encuentro. Estos animales no son tan peligrosos como los jabalíes de Francia, pero sería imprudente enfrentarlos solo. Hacen pedazos a quien los ataque, sobre todo si tienen la desgracia de herir a alguno, pues entonces toda la tropa baja la cabeza, rechina los dientes, echa espuma de cólera, y si el pobre cazador no tiene tiempo de subirse a un árbol, lo rodea y deshace en un momento. Aún tenia presente en la memoria la aventura reciente de mi viejo compatriota de Iribicuá, quien al encontrar un grupo de pecarés hizo fuego, hiriendo a uno. Al acudir los demás a los gritos del herido, apenas tuvo tiempo para abrazarse a un árbol y subir a unos pies del suelo. Los pecaríes rodearon el árbol y trataron de desgarrarlo a dentelladas, en tanto que el infeliz, en una posición muy incómoda, empezaba a sentir que perdía sus fuerzas e iba a caer entre ellos, cuando por suerte se fueron. Los nativos los cazan a veces, pero siempre con grandes precauciones. Los indios me aseveraron en varias oportunidades que hasta los jaguares les temen y nunca los atacan, salvo al último de un grupo o al que se aleja de los demás.

Era la época en que los ejemplares jóvenes de una especie voluminosa de garrapata[5], parecida a la que se prende a los perros en Francia, cubren los extremos de las plantas en pequeños montones, que se abren apenas se los toca y cubren a las personas en enjambres pululantes. Estos insectos se habían pegado a mi ropa por todas partes por donde había pasado y también cubrían a los marineros; pero ellos se habían librado, arrancándoselos hasta el último con sus cuchillos. Me indicaron que hiciera lo mismo, y más tarde descubrí que debí haber seguido mal sus instrucciones. Son insectos que se vuelven grandes como lentejas y entonces se hace más difícil desembarazarse de ellos. Los españoles los llaman *garrapata* y los guaraníes, *yatebu*. Constituyen la plaga de la región. Hunden su trompa en la piel y chupan la sangre, realizando así, en pequeño, la horrible fábula de los vampiros.

Pasamos ante la isla *Caa-berá* (bosque brillante), situada en medio del río, arbolada como las otras, pero cuyo aspecto pobre respondía mal al fulgor de su nombre guaraní. Por fin alcanzamos la punta *Guira-i* (agua del pájaro), último codo grande del río antes de llegar a Itatí. Allí el viento se tornó favorable y empezábamos a navegar a vela, con lentitud, cuando observamos varias personas que nos hacían señales con sus pañuelos, desde una roca, y se pusieron a llamarnos a gritos. Eran los padres de un joven que había llevado conmigo a Corrientes. Venían a darnos el encuentro, y con ellos había varias

5 Especie del género *Crotonus*.

señoritas de Itatí que nos esperaban con mate y cigarros, conforme a los usos del país. No podría describir la gracia candorosa con que me recibieron, ni expresar cuántas caricias me fueron prodigadas. Aún poco familiarizado con costumbres tan distintas de las nuestras, estaba realmente sorprendido. Por tierra se mandó un expreso al pueblo, para avisar nuestra llegada.

Estadía en Itatí y vuelta a Corrientes

1827
Itatí

Una hora más tarde, el alegre grupo desembarcaba en el arenal de Itatí. Todos se disputaban el privilegio de servirme de guía en el pueblo. Casi se me llevó en andas; era un triunfo. Se me instaló en una de las habitaciones de la casa de la curia. Era objeto de curiosidad para todos los habitantes, que pasaban y repasaban ante la casa para mirarme. Pronto la orquesta del lugar, compuesta por unos violines malos y arpas, restos del esplendor musical de los jesuitas, que tocaban mal que bien algunos indios, vino a darme una serenata y cantar coplas en mi honor. Agasajé a los músicos lo mejor que pude. El comandante, el cura y el alcalde también concurrieron a visitarme y me mantuvieron levantado hasta muy tarde.

La primera noche en Itatí no fue muy satisfactoria. Durante toda ella me atormentaron las garrapatas ya mencionadas, que me produjeron atroces irritaciones con fiebre ardiente. Estos insectos meten la cabeza en la epidermis y hay que armarse de mucha paciencia para poder arrancarlas.

Dediqué todos los días disponibles a recorrer los alrededores, cazando y pidiendo a los habitantes que me trajeran animales, conchas e insectos. Cada día veía enriquecerse mis colecciones. Con frecuencia extendía un lienzo en la plaza del poblado; colocaba encima dos velas encendidas y esperaba que los insectos nocturnos cayeran en la trampa. De este modo me procuré gran cantidad de insectos de todas las especies. La estratagema pareció extraordinaria a los pobladores, que se sorprendían al observar la trivialidad de mis ocupaciones; pero encontré la manera de acabar con sus preguntas, a veces inoportunas, diciéndoles que recogía esas muestras como médico, para convertirlas en remedios, y desde entonces se dedicaron a ayudarme, cosa que no habrían hecho con seguridad si hubiesen visto en mis investigaciones un mero propósito de curiosidad. Todos los chicos del pueblo me secundaron en la búsqueda de plantas, conchas e insectos.

En las cercanías de Itatí el campo es hermoso. La estación contribuía no poco a hacerlo agradable. Todos los árboles despojados de follaje durante el

invierno se cubrían de flores y hojas, y algunos frutos primaverales se veían aún antes que las hojas de ciertos árboles. En medio de esta vegetación nueva y de las más variadas, se veía el *lapacho* (*tayí*, para los guaraníes), gran árbol de la orilla de los bosques, cubierto de flores rojas, de forma atrayente, antes de tener una hoja. Su color de púrpura fulgurante y sin mezcla contrastaba con el verde oscuro del timbó, acacia de copa redondeada, y con el follaje leve del *curunpaí*, que por entonces desplegaba sus lindas hojas lanceoladas, tan graciosamente recortadas y lisonjeras en su conjunto, envolviendo manojos de flores en plumeritos no menos aéreos, cuyo perfume embalsamaba el aire. Este árbol, cuya corteza produce un tanino excelente, constituye un apreciable objeto de comercio en la comarca. Por otro lado, el *Iba-hai*[6], árbol grande como el lapacho, pero de fruto amarillo y grueso como una manzana, se diferenciaba de los demás ostentando sus frutos de primavera que tanto gustan a la población, aunque me parecieron amargos en exceso, y además de considerar con disgusto sus enérgicas propiedades laxantes. Mil lianas de todas clases empezaban a desenvolver sus flores de colores tan variados, ornando con sus guirnaldas naturales, del púrpura más puro o del oro más resplandeciente, la bóveda verdeante que forman los grandes árboles. Quien no haya conocido las selvas tropicales en la primavera jamás podrá concebir la imagen exacta de las bellezas desplegadas por la naturaleza en esa época del año. ¿Cómo imaginar, en efecto, aquellas hojas lanceoladas tan lindas, de los aromos y acacias, las anchas hojas lustrosas de ciertas higueras, el follaje elegante de la palmera? ¿Quién podría pintar esa diversidad de formas de los troncos; el tronco esbelto de las monocotiledóneas, junto a los demás, tan cargados de plantas parásitas que apenas se les ve la corteza; esta mescolanza de plantas de tamaños y follajes tan diferentes, que cubren el suelo a la sombra de los grandes árboles y abren sus hermosas flores de tintes y formas tan elegantes, al amparo de los rayos ardientes del sol y de los vientos impetuosos? Así era el cuadro que presentaban a mi vista los bosques de Itatí, donde todo parecía renacer y revivir, mientras las aves de paso acudían a matizar con su plumaje y alegrar con sus acordes estos lugares encantados. Los *curucús*[7] de plumaje verde metálico, mezclado al rojo más vivo, que pueblan los lugares oscuros de los bosques más sombríos, demostraban a cada momento que los pájaros expuestos al sol no son los únicos coloreados. Este pájaro de grito quejumbroso, que llora tarde y mañana –como dicen los indios guaraníes–, ocupa el centro de los bosques, en

6 Fruta agria; de *ibá*, fruta, y *hai*, que está agria (guaraní).

7 Curucú rojo, *Trogon Curuicui*, L.

tanto que el *cucú piaye*[8], considerado brujo por todas las naciones indígenas, vuela con ligereza hacia el curucú, abriendo su linda cola marrón moteada de blanco y desapareciendo, para en seguida reaparecer en medio del follaje donde hace oír su canto poco agradable, entrecortado por los gritos ruidosos de tantos papamoscas y tangaras que revolotean entre las ramas a la hora en que las currucas buscan minuciosamente entre las ramas los bichitos con que se alimentan. Entonces el bosque cobra plenitud de vida y se oye con gusto hasta las explosiones de voz de numerosos loros que viajan de un árbol a otro, así como los gritos matinales de tantas especies de tinamus o perdices de monte que, al esconderse y revolver las hojas secas, hacen oír su canto monótono, capaz de llegar a cubrir a veces los gritos desagradables de las *penélopes* o faisanes de esas latitudes. ¡Cuántas horas he pasado en lo más espeso del monte, observando ese mundo alado, sus formas y colores tan variados y sus diversas costumbres! Entregado entonces del todo a la observación, recreaba con avidez la vista en las riquezas diseminadas con tanta profusión en aquella naturaleza pomposa, y solía librarme a pensamientos melancólicos, de los que a menudo me arrancaba una mariposa leve y brillante que giraba a mi alrededor, como incitándome a perseguirla, o cualquier otro insecto posado en las ramas vecinas de los árboles. Luego reiniciaba tranquilamente mi tarea de observador, disfrutando de todo lo que me rodeaba. Confieso que más de una vez me olvidé del mundo entero, sumido en los dulces ensueños que el mismo espectáculo me deparaba y aun hoy me es grato descubrir en la imaginación hasta los menores rasgos que puedan atraer su recuerdo.

También recorrí las chacras de la zona. Son pocas, pero veía con gusto campos de caña de azúcar, mandioca, algodón, batatas (*yetí*, para los guaraníes) y sobre todo muchas plantaciones de maíz nuevo y porotos locales. El propietario de una de esas fincas se quejaba con amargura de las langostas que acababan de devastar su propiedad. En efecto, unos días después vi varias mangas de langosta provenientes del oeste, del Gran Chaco, sin duda. Se posaron en un campo donde permanecieron apenas unos días, devorando hasta las raíces de las plantas recién germinadas y destruyendo hasta la última esperanza del agricultor, porque las plantas comidas así rara vez vuelven a brotar o sobreviven muy débiles. Sin embargo, no era esta primera invasión de langostas sino sus consecuencias inmediatas lo que desolaba a los propietarios. Uno de ellos me

---

8 *Cuculús Cayanus*, Gmel. Es de notar que cada nación da a este pájaro un nombre equivalente al de *hechicero*, como el de *piaye* que señala Buffon, mera corrupción del *paye* (brujo) de los guaraníes. Los aymaras del Alto Perú también lo llaman *pijma*, que significa brujo.

condujo a su campo y mostróme, tanto en medio de los senderos como donde la tierra estaba limpia de pasto, un orificio de doce a quince milímetros de profundidad, bien recubierto de una argamasa blancuzca, impermeable hasta a las mayores lluvias y que, según decía, resiste al fuego, repleto de huevos puestos por la langosta. Más tarde pude observar, tanto en Itatí como en Corrientes y el resto de la provincia, los efectos de ese terrible azote, análogos en el país a los que producen en nuestros viñedos de Francia las fuertes heladas de mayo, pues quita a los plantadores toda esperanza de cosecha y destruye los frutos de su trabajo; por eso utilizan, pero en vano, todos los medios posibles para aniquilar a los devastadores insectos. Los huevos se abren seis semanas después de su primera aparición. Las mosquitas, entonces de color negruzco, cubren los espacios cercanos a sus nidos; luego forman falanges nutridas que se ponen en marcha pocos días después de su nacimiento, devoran todo lo que encuentran a su paso y de noche suben a las plantas altas, arbustos y árboles, para proseguir a la mañana siguiente en cuanto el sol disipe el rocío. Las plantas en que se posaron la víspera aparecen despojadas de hojas y sus tallos frescos, descortezados. Un montecito por el que hayan pasado ofrece el mismo aspecto que si hubiera sido incendiado. Lo destruyen todo, tanto y aun más que los incendios anuales del campo, que por lo menos no atacan las ramas altas de los árboles. Nada puede detener su avance invasor, ni desviarlo. A veces cubren gran extensión de terreno. ¿Que encuentran una casa? Se comen hasta el techo, si es de juncos, y ni siquiera la ropa se halla a salvo de sus ataques.

Durante tres meses estas hordas enemigas recorren los campos, sembrando la desolación por todas partes, cambiando el color dos veces durante dicho lapso, y de epidermis en cuanto la primera y la segunda resultan muy pequeñas para contenerlas. En este tiempo sólo se habla de las *langostas*. Se pregunta por los movimientos de sus distintas falanges, acerca de cuáles distritos ya recorrieron, cuáles atraviesan y qué dejaron, considerándose dichoso el propietario que no haya perdido más que una parte de su cosecha. Después de su tercera metamorfosis, las larvas de langosta aparecen provistas de alas y por fin abandonan la región que asolaron, en número suficiente para oscurecer la luz del sol poniente. Fue una de esas nubes animadas que había visto caer al mar, a mi llegada a Montevideo[9] y más tarde, en uno de los altos de las peligrosas viajeras, pude verlas cubrir los árboles de tal forma que las ramas se doblaban con el peso. El agua del Paraná lleva a veces bancos enteros de langostas aho-

9 Ver cap. II.

gadas que sirven de alimento a los peces. En estado larval, sus enemigos son los pájaros, los caranchos sobre todo, que las comen con avidez; pero la matanza que hacen resulta imperceptible. Un observador distinguido, el señor Roullin, me dijo que esas innumerables falanges de langostas se extienden hasta Colombia. Este sabio se refería con seguridad a hordas distintas que las que recorren Corrientes y el Paraguay, porque entre los países meridionales en que las langostas causan tantos daños, y la República de Colombia, se extienden territorios dilatados, las repúblicas de Bolivia y Perú, por ejemplo, por donde estos insectos no dirigen sus migraciones. Estas migraciones, por otra parte, no son anuales; de serlo no existiría más agricultura en Paraguay y Corrientes. Dejan con frecuencia unos años de intervalo entre una y otra. Aparecen sobre todo entre los 26 y 32 grados de latitud sur. Se puede suponer que nacen en los inmensos llanos despoblados del Gran Chaco, pues siempre llegan de allá. Los grandes territorios aún desiertos son los únicos expuestos a plagas de esta especie. Como América, los desiertos de Africa tienen sus langostas devastadoras. Las soledades americanas también suelen ser presa de legiones de hormigas que desalojan de sus rancheríos a los pacíficos indios yuracarés, habitantes de los bosques húmedos y calurosos que ocupan los últimos contrafuertes de la cordillera de los Andes, al este de Cochabamba, República de Bolivia; legiones no menos numerosas ni menos temibles que las de langostas y que, como éstas, destruyen todo lo que encuentran a su paso.

Itatí es una de las fundaciones más antiguas de la provincia de Corrientes. Su pueblo se fundó en 1588, casi al mismo tiempo que Corrientes y Guaicarás, por los indios guaraníes que se sometieron y convirtieron a la fe cristiana, en ocasión de los primeros combates con los españoles y después del pretendido milagro de *la Cruz*, al que me referiré al hablar de la historia de Corrientes. Se habían escapado y constituido en poblado, no en el lugar donde se encuentra el villorrio actual, sino a una legua más al oeste, cerca de la punta de Yaguarí, ya mencionada, y sólo en 1628 se estableció el pueblo definitivamente en el sitio que hoy ocupa, es decir, bastante próximo al Paraná. Se formó entonces con el viejo núcleo guaraní al que se agregaron unos indios que vivían más al este, en la gran isla Apipé, y otros traídos de Paraguay. Esta gente, según Azara, expulsó a los franciscanos, que la habían administrado hasta entonces, para llamar a los jesuitas, cuya administración más regular debía ofrecerles mayores garantías. Pero los franciscanos enjuiciaron a los nuevos poseedores, y el pueblo les fue reintegrado en 1616. El poblado subsistió así hasta 1748, en que fue destruido casi por completo por una invasión de payaguás que ya hacía tiempo saqueaban la provincia de Corrientes, y en 1718 mataron a numerosos jesuitas

y sus seguidores, cerca del mismo pueblo de Itatí. Es raro que la fundación de una misión o una reducción india no se haya efectuado por influencia de un milagro. Itatí no podía dejar de tener el suyo. Tenía pues una virgen llegada directamente del cielo, que efectuaba en las cercanías muchas curas de enfermos desahuciados. El hermano franciscano que dirigía la misión dijo haber visto cierta noche, al volver de una caminata por el borde del Paraná, bajar del cielo una virgen que se había parado en medio del río, la isla de Caá-berá, que iluminaba con fuerte luz. Al día siguiente fue en procesión a la isla con los jefes indios. Se encontró, en efecto, la virgen, modestamente hecha de madera, que se transportó con toda pompa a la iglesia. El rumor del milagro pronto se difundió por todas partes; hasta el de la cruz de Corrientes fue olvidado un momento. Todas las ofrendas, todos los votos, todas las novenas se hacían en nombre y en homenaje a la virgen de Itatí, al punto que la iglesia no tardó en llenarse de exvotos, de ricos ornamentos, y muchas tierras fueron donadas en limosnas a la virgen milagrosa. En ocasión de otro viaje que hice a Itatí el gobernador de Corrientes, con gran sorpresa de mi parte, me encomendó el reconocimiento del lugar en que la virgen había puesto el pie, en la isla de Caá-berá, porque se decía que había dejado impresa su huella. Por fortuna me pude valer de una creciente del Paraná para declarar al digno funcionario que había encontrado cubierta por el agua la piedra que tenía aquella marca, lo que había imposibilitado la verificación solicitada.

Hasta la época de la independencia de América se citaba a Itatí como una de las más lindas reducciones del país y sobre todo como la más rica. Su iglesia estaba guarnecida de ornamentos de oro y plata, y el pueblo de San Antonio, distante veinte leguas de Itatí, al este, había sido incluido como estancia en su jurisdicción, al igual que gran parte de las tierras intermedias que producían mucha plata; pero pronto Itatí se entregó a la administración de los *corregidores* del país, que favorecidos por las perturbaciones la pillaron a más y mejor. En poco tiempo, el ganado fue vendido o sacrificado sólo para sacarle el cuero. En 1826 se enajenaron las propiedades de la virgen. El gobierno se apropió los tesoros de la iglesia y el producto de las ofrendas. Un corregidor partió a Buenos Aires con dos barcos cargados de cueros y las últimas riquezas del pueblo. La virgen hizo un milagro último, privando del fruto de su crimen al corregidor sacrílego: un fuerte golpe de viento hizo naufragar sus dos embarcaciones, a poca distancia de la isla de Caá-berá; se salvó, pero quedó en la miseria.

Los indios guaraníes que poseían todos aquellos bienes en común, hechos a la disciplina de las misiones, a su abundancia y sobre todo a no pensar jamás en el futuro, no tardaron en sentirse vejados por sus nuevos administradores.

Los parientes de los empleados invadían sus casas, los obligaban a trabajar sin salarios y los castigaban a cada momento. Los desdichados abandonaron la localidad y se dispersaron por la campaña, maldiciendo la tan mentada libertad, peor para ellos que la esclavitud en la que habían vivido antes de la revolución. En el pueblo antes floreciente reinaba la miseria más profunda. Los habitantes de Corrientes compraban las casas al solo efecto de demolerlas y vender las tejas, comercio que no cesó, pese a la prohibición del gobernador, hasta que solamente quedaron pocas casas intactas.

Ya no se ve, pues, en Itatí la serie de lindas casitas uniformes, bien blancas y cubiertas de pinturas, que servían de morada a los indios; las que quedan están sucias, en desorden, semiderruidas, y las únicas aceptables son la del cura y el comandante militar, quien vino a sustituir a los *corregidores*. El pueblo aún cuenta, entre sus habitantes, con una docena de familias indígenas. Situado a cien toesas del borde del Paraná, en medio de un bosque, tiene una gran plaza rodeada de viviendas uniformes, bajas, cubiertas de tejas y todas dotadas de galerías al frente. A un lado de la plaza se alza una vieja iglesia fea y húmeda, abandonada por otra, bastante bonita, cuya construcción se terminó este mismo año (1827). Durante mi estadía en la localidad, el gobernador se vio precisado a hacer este gasto para imponer silencio a los testigos del saqueo y venta de los bienes comunales. Cerca de la plaza hay un excelente monte de naranjos, que también pertenecía a la reducción y ha sido cedido, casi por nada, al hermano del gobernador de la provincia, que le extrae una buena renta, pues en los alrededores las naranjas de Itatí tienen fama de ser las mejores. Este naranjal, que debería ser el paseo del pueblo, cayó en manos tan poco dispuestas a convertirlo en objeto de expansión, por lo que tuve que disentir con los cuidadores para poderlo visitar.

Ya he dicho que Itatí cayó en la mayor miseria. Su ubicación tan agradable no tienta mayormente a la población de la zona, incapaz, por otra parte, de apreciar la belleza de un lugar. También el comercio quedó reducido a poca cosa, pero el distrito cuenta con muchas estancias por tratarse de una de las tierras más aptas a esta clase de explotaciones, debido a la proximidad del Paraná, por un lado, y del Riachuelo, por el otro. Desde este punto de vista es uno de los distritos más florecientes de la provincia de Corrientes. Gracias a los indios guaraníes que poblaban el villorrio, se tiene preferencia por la agricultura. Casi todos se establecieron por las cercanías, donde producen frutos de la comarca: tabaco y algodón, o plantas comestibles como mandioca, porotos, batatas y sobre todo maíz y caña de azúcar. La mayor parte de los indios que permanecieron en la localidad se dedican con preferencia a la manufactura de

objetos de cerámica que envían a Corrientes y a los demás pueblos de la provincia donde la población no se toma el trabajo de hacerlos.

La industria, casi reducida a este pueblo, es digna de una atención particular. He seguido con el máximo cuidado todas sus operaciones. La tierra se extrae de varias canteras del monte, cercanas al poblado. Es una arcilla negruzca de grano bastante grueso. Se empieza por juntar una cantidad relativamente grande que se divide en porciones reducidas; luego se la amasa durante mucho tiempo, tratando de sacarle todas las piedritas y los mayores granos de arena. Así purificada la tierra, sin haberla lavado, se la guarda en recipientes de madera. Cuando las indias la quieren emplear (pues las mujeres, como entre la mayoría de los indios americanos, se dedican en general a este oficio), toman una porción de arcilla muy blanda aún, y empiezan a modelar con los dedos la base del vaso proyectado, sobre una plancheta de dimensiones proporcionales a las que piensan darle, puliéndola también con los dedos; luego dejan secar esta primera capa hasta que adquiera la consistencia suficiente para soportar otra superpuesta, teniendo cuidado, por otra parte, de humedecer con un trapo mojado la parte de la base que se cubrirá con la segunda capa, que se pone cuando la primera se ha solidificado y que se deja secar, a su vez, antes de cubrirla con la tercera. Prosiguen de este modo hasta completar el vaso, que recibe su forma circular y pulimento mediante la sola acción de los dedos; con frecuencia se lo supondrá hecho a torno –máquina desconocida en casi toda América–, tanta es la regularidad y precisión que despliegan las obreras más hábiles. Obtenido así el primer estado del pote, se le humedece la superficie, se la pule aún con suavidad y luego se deja secar del todo. Un vaso común se lleva entonces a cocer sin mas ceremonia; pero los que formarán parte del mobiliario de una casa, como los grandes jarros llamados *tinajas*, que se tienen en un rincón del comedor y sirven para guardar el agua de beber, vasijas de lujo que llegan a medir hasta cuatro pies de alto, requieren una última manipulación. Cuando la tierra está bien cocida, la obrera los frota con un grano de leguminosa muy pulido, que les da un lindo brillo; y si las quiere adornar con esas pinturas groseras que presentan siempre los vasos de esta clase, les aplica, antes de la cocción, óxidos de hierro más o menos coloreados, que le imprimen los distintos tintes, sabiendo por ejemplo que con óxido o hidrato de hierro en riñones se obtiene al fuego un hermoso color negro; que esta o aquella otra tierra coloreada da amarillo, rojo, blanco, verde, etc. Los potes así moldeados se depositan en galpones hasta tener la cantidad suficiente para una jornada, la que se hace de dos modos diferentes. Si se trata de vasos grandes, se ponen unos junto a otros, y a veces, en el campo, se los apila; luego se

cubren de una cantidad de leña seca puesta en forma tal que el calor resulte más o menos uniforme por todas partes. La leña se pone pareja si no hay viento, pero en cuanto sopla, aunque sea un poco, se agrega mayor cantidad en la dirección que traiga, para que lleve el calor sobre los vasos. Se enciende entonces el fuego, permaneciendo cerca para alimentarlo, a menudo más de un día, sin cesar hasta que se estime acabada la cocción, y dejando que la hoguera se extinga por sí misma, sin tocar los vasos hasta que se hayan enfriado por completo.

Cuando se quiere cocer vasos pequeños se emplea un pozo de seis a ocho pies de largo, dos de ancho y no más de diez y ocho pulgadas de profundidad. Me parece que su uso constituye un perfeccionamiento traído por los españoles, porque en general los indios sólo lo emplean para barnizar sus vasos pequeños. Antes de la Conquista los indios no conocían el barniz. En efecto, no encontré el menor rastro de barniz en los hermosos vasos que encontré en las tumbas de los antiguos incas y aymaras, ni en los restos muy antiguos que a veces dejan al descubierto las escarpaduras de los ríos, por las inmensas florestas de la parte central de América.

En Itatí, el barniz que se aplica a ciertos vasos es muy ordinario y demuestra que la industria aún está en pañales en esta comarca. Los indios se conforman con derretir en un vaso de barro plomo, que luego dejan arder hasta que se reduzca todo al estado de óxido; esperan que se enfríe, y después de pulverizarlo lo mezclan con yema de huevo, haciendo una tintura espesa con la cual untan en seco los vasos que quieren barnizar. En este estado los hacen secar; después disponen en la zanja mencionada barras de tierra cocida de manera que formen una parrilla sobre la que colocan los vasos atravesados, sin que se toquen, y encienden encima un gran fuego de ramas, manteniéndolo hasta que se calienten al rojo y el barniz se haya fundido. Entonces los sacan con suavidad y dejan al aire para que se enfríen. Este barniz es de lo más simple, pero no deja de hacer la delicia de los habitantes de la provincia que buscan con interés tales productos de su industria nacional.

Los vasos varían mucho de forma y reciben distintos nombres, en razón de su uso o aspecto[10]. Los mayores, esos que se emplean, por ejemplo, en la conservación del agua, son llamados *tinajas* por los españoles y *ñaetá-guazú* por los guaraníes. Tienen una copa de estilo etrusco, bastante elegante, la base esférica y de la mitad de la altura total, y bordes en embudo, tan altos como el

10 Puede verse en el Musco de la Manufactura Real de Porcelana de Sévres la colección de estos vasos que hemos llevado.

resto. Otros, los *cántaros* que las mujeres llevan en la cabeza, les sirven sólo para traer agua del río; también son esféricos, munidos de un orificio muy pequeño, con borde poco levantado, y su forma bastante elegante, por otra parte, fue adaptada con ingenio a su aplicación. Se reconoce que los indios les dieron el aspecto de las grandes calabazas que también usan para sacar agua. Esta forma es la más común en América y la encontré en casi todas las naciones que se relacionan con los guaraníes. Otros, en fin, más chicos, denominados *cantarillos*, tienen una forma muy conocida en España, semejante a los vasos con dos golletes laterales, puestos a cada lado de una asa superior, mediante los cuales los españoles, y en especial los catalanes, beben a chorro, con la cabeza echada hacia atrás y vertiendo el líquido en la boca desde cierta altura. Además se hacen pequeños recipientes para beber, y platos, todos bastante toscos; también, infinidad de potes de adorno que representan figuras más o menos grotescas de hombres, mujeres y animales. Otros objetos de alfarería también fabricados por las mujeres son los *braseritos*, con figuras de diversos animales de la región, como tatúes, ciervos, tortugas, etc., coronadas por una tacita en la cual se ponen brasas y se ofrecen al extraño para que prenda el cigarro. Estas piezas están barnizadas, y la necesidad de obtenerlas lleva a veces a Itatí a los habitantes de Corrientes, pues sólo allí se fabrican.

Ya he dicho que en todos los lugares, donde los nativos de América se hallan aún cerca del estado natural, las mujeres son las únicas que se dedican a la alfarería. La misma manufactura está sometida en algunos casos a ritos supersticiosos, bastante singulares, que tendré ocasión de describir en detalle cuando me refiera a los pueblos cazadores de los bosques situados al pie de los Andes, en la República de Bolivia. En estos pueblos los hombres no deben tocar los vasos. Las mujeres se ocultan en el fondo de los bosques para fabricarlos; guardan todo el tiempo el silencio más absoluto y considerarían inútil todo el trabajo hecho si fuera pronunciada una sola palabra o si un hombre llegara a aparecer durante el transcurso de la fabricación. Fue también en uno de esos pueblos que un vaso roto por uno de mis acompañantes estuvo a punto de revolucionar a todas las mujeres de una tribu.

Es muy sorprendente que los jesuitas u otros misioneros que trasplantaron tantos usos de nuestra vieja Europa al fondo de las sabanas o los bosques impenetrables de América, no hayan hecho conocer el torno de alfarero a los indios de las grandes misiones que organizaron. A no dudarlo, el uso del artefacto habría ahorrado a los indígenas por lo menos la mitad del tiempo que consagran a esta manufactura y hubiera perfeccionado los productos. El uso de alfarería pintada es antiguo, hecho que se comprueba con los hermosos vasos

cubiertos de guardas griegas y arabescos de los antiguos peruanos, las naciones quechua y aymara. Es muy singular encontrar esas formas primitivas del dibujo en todas las naciones americanas, desde los pobladores de los llanos hasta los de las montañas más altas; pero todos no conocen las pinturas cuyo uso se ha difundido mucho menos que el de las grecas en bajo relieve, así como todos los relieves posibles que encontré por todas partes en los vasos, en tanto que las pinturas son mucho menos comunes y no parecen haberse usado en ciertas naciones, tales como las dos que cité, la guaraní y los habitantes de las montañas y llanuras del norte de América meridional, porque la mayor parte de los pueblos del Chaco no tenían ningún conocimiento de tales pinturas, y los araucanos de Chile, que actualmente adoptaron la costumbre de los vasos pintados, no parecen haber conocido este arte antes de la llegada de los españoles, salvo quizás en los distritos ya subyugados por los incas.

Otra forma de comercio, sólo conocida desde hace pocos años en Itatí, y que acaso sea transitoria, es el tráfico de corteza de *curupai*, especie de aromo cuyo follaje lanceolado, tan elegante, ya he descrito. Este árbol crece en las orillas de los bosques, sobre todo en la proximidad del Paraná. Después de haberse establecido en Corrientes varias curtiembres, establecimientos que se sirven de la corteza de este árbol para tratar los cueros, el producto se convirtió en objeto de una explotación muy lucrativa para la población de Itatí, porque toda la costa de Paraná hasta Misiones está cubierta de *curupai*, y se emprendió su extracción intensiva. Por todas partes se veía, entonces, hasta en los lugares más agrestes, obreros sin otro alojamiento que las ramadas que despojaban la orilla del monte de su mejor ornamento, ocupados sin descanso en derribar esos hermosos árboles, sacarles la corteza y ponerla a secar para luego despacharla en carretas a Corrientes. El precio de esta corteza aumentó a medida que se hizo difícil obtenerla. En la época en que me encontraba en Itatí, costaba ochenta pesos –cuatrocientos francos franceses– la carretada. Todos los grandes propietarios de Itatí y sus alrededores se extendían, pues, poco a poco, por la orilla del Paraná, hasta Misiones, derribando y destruyendo los *curupai* en todas partes. Las afueras de los bosques sólo mostraban, en consecuencia, árboles abatidos o despojados, aún de pie, de su corteza, y aquellos lindos *curupai*, antaño tan numerosos en la región, apenas estaban representados por algunos ejemplares jóvenes, desdeñados por los especuladores, por ofrecer escasas posibilidades de rendimiento. Este mismo árbol, denominado *sumako*, en Chiquitos, Santa Cruz de la Sierra, y *chirca*, por los aymaras de la provincia de Yunga, República de Bolivia, se aplica en todas partes al mismo uso con éxito análogo; pero por todas partes el tanino que contiene,

demasiado fuerte para usarse puro, quema el cuero en ocho días, lo que obliga a los curtidores experimentados a moderar su acción, mezclando la corteza del *curupai* con la de otro árbol llamado *laurel*. Es probable que esta rama del comercio, tras haber enriquecido a numerosos propietarios de los alrededores, vaya a extinguirse por completo, junto con los árboles que la alimentan, pues el resto de la provincia no los posee, y apenas sí quedan ahora unos arbolitos, en más de treinta leguas de litoral del Paraná.

Por lo demás, la ocupación habitual de los vecinos ricos de Itatí es igual a la de todos los ricos del país, es decir que duermen, fuman, toman mate y juegan el resto del tiempo. Todas las veces que iba a visitar al cura o al comandante los encontraba jugando al *monte*, en lugar de dedicarse a extirpar la pasión del juego, tan ardiente y desenfrenada entre casi todos los americanos, y que el gobernador de Corrientes, émulo de su vecino, el doctor Francia, había tratado de combatir mediante disposiciones muy severas pero inútiles, porque día a día hacía progresos en el campo.

28 de septiembre

En 28 de septiembre, en ocasión de la fiesta de San Francisco, dedicada a un viejo habitante del pueblo, amigo de los indios, la banda municipal de música debía ir a su casa, y como el concierto formaba parte de los usos locales quise presenciarlo para apreciar esa clase de reuniones. Era una numerosa asamblea de hombres y mujeres. A cada rato alguna persona de la casa recorría la sala distribuyendo cigarros a toda la concurrencia. Con intervalos circulaba un vaso de caña o aguardiente de caña de azúcar, y cada uno bebía en rueda. De pronto un indio conocido en toda la zona por sus ocurrencias, apareció todo tiznado, imitando a un ebrio. Apostrofaba a los invitados con bromas, dichas casi siempre en una mezcla de guaraní y castellano, o en uno solo de estos idiomas. Me sorprendió el ingenio de algunas expresiones suyas, pero la mayoría eran de lo más equívocas, aunque provocaban la risa de las damas, sin turbar tampoco a las señoritas, acostumbradas a esta clase de dichos. Pronto se hizo presente un nuevo actor en escena; era un indio envuelto en un lienzo, con la cara enmascarada y en la cabeza la parte superior de un cráneo de buey, provisto de sus cuernos, a cada uno de los cuales había atado una especie de antorcha encendida. Comenzó a perseguir al indio pintarrajeado, cosa que parecía divertir en grande a la reunión y duró buen rato. El héroe de la fiesta se puso a bailar un antiguo baile local; después, al sonar las doce del día, todo el mundo se fue a comer y dormir la *siesta*, indispensable a los habitantes de zonas cálidas. Cada vez que veía renovarse tales escenas, que aún evocan la edad primitiva de la civilización, empezaba por criticar todo; pero vinculándola en el recuerdo con nume-

rosas fiestas nuestras, de las aldeas de la baja Bretaña o del fondo de los campos del Poitou, pronto reconocía que a pesar del alejamiento de los lugares, los hombres de ambos continentes son, a un mismo nivel de civilización, siempre y en todas partes más o menos los mismos, movidos por iguales pasiones y siempre condenados por bárbaros con excesiva precipitación, por el observador que los ve por primera vez.

1827
Iribicuá

Partí el 3 de octubre a Iribicuá, que dista sólo siete leguas de Itatí. Llegué al galope, encontrando a mi viejo compatriota siempre bien dispuesto, pese a las miríadas de mosquitos y tábanos que lo devoraban perpetuamente. Con gusto volví a ver aquella humilde choza y los bosques circundantes, mucho más lindos entonces que en ocasión de mi primer viaje. Las lianas habían florecido y coronaban con sus guirnaldas de oro las cimas de los árboles, donde miles de aves diversas dejaban oír sus voces variadas. El eco devolvía, por todos lados, los gritos de los cásicos y la ruidosa cháchara de los tucanes de grueso pico. Muchos insectos cubrían las hojas y cortezas de los árboles, por lo que encontré con qué ocuparme en forma provechosa tanto en la caza de pájaros como en la de insectos. El Paraná, entonces muy bajo, me ofrecía además una nueva fuente de riquezas al dejar al descubierto hermosas conchas fluviales que también buscaba con el mayor cuidado. ¡Qué variedad de satisfacciones experimentaba, ya en lo más espeso del bosque, ya revisando todas las flores y umbelíferas que cubrían el campo, ya al borde del agua, descubriendo ésta o aquella especie nueva, y juntando los objetos diferentes con la ávida precipitación de un avaro que apila oro!

Quise, asimismo, aprovechar mi nueva estadía en aquellos lugares para examinar con mayor detenimiento las cercanías. Mi primera salida fue a la orilla del Riachuelo. Partí al despuntar el alba, contando con pasar el día al borde de esos enormes pantanos, pero aunque el camino no tenía más que tres leguas, éste estaba tan obstruido que empleé seis horas de marcha para llegar. Es una zona atroz, sin rutas trazadas. La forman algunas lenguas de tierra algo secas, cubiertas a intervalos por tristes espinillos y separadas unas de otras por charcas muy anchas, profundas y barrosas, donde mi caballo tenía agua hasta el vientre y donde a cada rato se hundía en la ciénaga. En medio de esos pantanos, se ve surgir por todas partes esos pequeños montículos de tierra, cónicos de forma y de cinco a seis pies de altura, construidos por las hormigas, que de este modo se sustraen a los inconvenientes de las inundaciones. Extraña que insectos tan pequeños puedan levantar masas tan desproporcionadas con su talla; sin embargo, la continuidad y perseverancia de su trabajo no sólo las

edifica sino que hasta las aumenta sin cesar. Sacan los materiales de construcción de las excavaciones practicadas bajo los mismos hormigueros, cosa que hace peligroso acercarse a ellos, pues los caballos pisan mal y pueden quebrarse una pata o por lo menos desmontar a sus jinetes. Así crucé más de seis pantanos, entre otras tantas lenguas de tierra seca, y llegué por fin al borde del Riachuelo, señalado por árboles de alto ramaje, cuyas raíces mojaban las aguas desbordadas del riacho. Este mostraba entonces una extensa planicie de juncales, de más de una legua de ancho y completamente impenetrable; en sus bordes se refugian los jaguares y todas las bestias que huyen del hombre. Agotado de cansancio hice alto a la orilla de un monte, en un lugar de los más salvajes. Mandé asar algunos de las aves que había matado y luego reanudé el viaje. En una especie de sabana, tras el recodo de un bosque, tuve la sorpresa de encontrar una tropilla de caballos salvajes. Al advertirme, un lindo animal, que parecía ser su jefe, golpeó con la pata, resopló y salió al galope, encabezando a las yeguas que lo siguieron, desapareciendo con él en un momento. Seguí con la vista a los orgullosos corceles y su noble jefe, contemplando gustoso el andar indómito de esos dominadores del desierto. Para volver al rancho, creí acortar la distancia cortando camino, pero la noche se acercaba; me extravié, y contando sólo con unas estrellas para orientarme no llegué a destino sino hasta las diez de la noche.

Otra vez tomé rumbo al este, acompañado de dos sirvientes y llevando víveres para varios días. Quería seguir la costa del Paraná por fuera del bosque. Observé uno tras otro los hermosos bosques que bordean la barranca del río. Entonces ofrecían un aspecto alegre, pero poco variado. Siempre encontraba los especímenes de árboles que ya había visto por los alrededores de Iribicuá e Itatí, aunque cerca de los pantanos que cubren el lugar llamado *Asunción* encontré unos bambúes altos, cuyos elegantes tallos tenían hasta veinte pies de altura. Me aproximé, pero las numerosas espinas que los protegían me hicieron retirar antes de lo que pensara. Luego llegué frente al sitio denominado *Yahá-pé* (vengamos aquí), finca situada en el camino a Misiones. Mi grupo se detuvo cerca de un bosque para pernoctar. Se juntó mucha leña seca, a fin de tener fuego todo el tiempo; se desensillaron los caballos, soltándolos al campo, y cada cual estableció su vivac como mejor le pareció. Varios jaguares se hacían oír en la vecindad, siendo muy comunes en estos parajes; parece que por donde haya juncos abundan más que en otros lugares. Después de una prolongada conversación acerca de esas feroces bestias, cada uno se tendió a su modo en el suelo, y así nos encontró la mañana que iba a depararnos nuevas fatigas. Me dirigí primero a Yahá-pé, y de ahí pronto me interné entre panta-

nos interminables que me llevaron al pueblito de San Antonio. Por el camino presencié un espectáculo nuevo para mí. Una serpiente enorme se paseaba por un espacio desprovisto de juncos; reptaba gravemente, alzando la cabeza sobre las aguas. Pedí a mi gente que tratara de enlazarla; un hombre muy hábil para esta clase de ejercicios la enlazó por el cuello, arrastrándola atrás de su caballo hasta la salida del estero. Tenía más de cuatro metros de largo y su diámetro podría ser mayor de quince centímetros. Tuve oportunidad de observar varias otras durante la jornada. Todas se escapaban entre los juncos. Estas serpientes pululan en los pantanos, donde se alimentan de reptiles, pequeños mamíferos y hasta de peces. Son puramente acuáticas y no hacen daño alguno a la población, que las deja en paz o sólo las cazan para aprovechar su cuero, con el que confeccionan cinchas, especie de cubiertas para el *recado*, o silla de montar de la región.

San Antonio de Itatí

En San Antonio tuve que dedicarme a la preparación de los animales cazados el mismo día y la víspera. Poco tenía que ver en la localidad, que sólo cuenta con algunas casas y la capilla. Ya he dicho que este pueblo apenas era, en su origen, una estancia de Itatí; aunque dista veinte leguas, actualmente sigue formando parte de la misma comandancia. Sólo lo poblaban indios, que atormentados noche y día en esta residencia infernal por los mosquitos y tábanos, lo abandonaron para irse a vivir tranquilos en los montes de yatay de los alrededores de *Caacaty*, bastante cerca de allí. Sin embargo, sus lindas casitas, aún rodeadas de naranjos y durazneros, constituyen siempre el adorno del poblado que, con las tierras circundantes, forma una isla verdadera, rodeada de extensos pantanos que atraen las miríadas de insectos que la infestan.

Iribicuá 9 de octubre

El 9, al salir de San Antonio, llegué bastante temprano a Yahá-pé, pese al cruce de los pantanos, siempre muy penoso, y como entonces me separaban siete leguas de mi cabaña, las hice al galope y llegué cargado de piezas de historia natural recogidas durante la excursión.

Unos días más tarde quise ir, con un indio, a cazar la especie grande de tinamus o perdices de aquellas llanuras. Tenía curiosidad de ver cómo cazaban los perros solos, seguro de hacer una buena cosecha. Los perros adiestrados al efecto, y llamados *perdigueros*, acompañan al cazador que va a caballo. Pronto olfatean y levantan la perdiz, que vuela hasta posarse a trescientos o cuatrocientos pasos de distancia. El cazador no la pierde de vista y se dirige al lugar en que está posada. Vuelven a levantarla los perros, pero ya no se aleja más de cien metros. El cazador le da alcance de nuevo, ya por última vez, porque no vuela más. Entonces el perro la

atrapa y el cazador se la quita antes que la devore. Por este medio muchos indios del campo se procuran su alimento cotidiano y miles de perdices se cazan en las pampas de Buenos Aires.

Me quedé todavía hasta el 15 en Iribicuá, completando mis colecciones. Para llevarlas a Itatí tuve que hacerme mandar una carreta, pues tenía una rica cosecha que llegó por cierto intacta. De vuelta proseguí mis búsquedas cotidianas, con el cuidado máximo. Mis colecciones se enriquecían todos los días con las especies más hermosas.

Itatí
16 de octubre

Desde hacía cierto tiempo sufría dolores muy fuertes en los pies, y al principio no les había dado importancia; pero se intensificaron tanto que debí buscar su causa, para remediarlos. En seguida descubrí que gran cantidad de esos piojos penetrantes[11] llamados *piques* en Corrientes, *chique* en las islas de América francesa y *nigua* en el Perú, se habían introducido bajo la piel de mis pies, y habían crecido tanto que cada uno tenía el tamaño aproximadamente de una arveja común. La persona más experta de la región en el arte de sacarlos se ofreció a prestarme este servicio, y con una aguja levantaba la epidermis a su alrededor y los desprendía enteros. Así me libró de más de veinte, y para que las llagas abiertas curaran más pronto las llenó con ceniza de tabaco, lo que me hizo sufrir mucho, y me hizo quedar en la pieza durante unos días. Esos insectos, tan conocidos en las regiones cálidas de América, pululan en la provincia de Corrientes, sobre todo en los distritos arenosos. Se ha pretendido que prefieren atacar los pies de las personas recién llegadas; sin duda les es más fácil atravesar epidermis no endurecidas por la marcha sin calzado, pero nunca he creído que los extranjeros sean sus víctimas con frecuencia mayor que los nativos. El criollo siente a un pique en cuanto éste lo ataca y se lo hace extirpar en seguida, en tanto que el extranjero, que no está acostumbrado a su picadura, le da tiempo para crecer, de modo que ya su extirpación se le hace muy dolorosa. Después de un año de permanencia en el continente sentía de inmediato la introducción de uno de esos insectos en mis pies. En esta parte del cuerpo se meten con preferencia, aunque también atacan las piernas, y otras partes. Persiguen con saña a los cerdos y perros, que se ensangrientan las patas para sacárselos. La negligencia y desaseo de algunas gentes pobres hace que sus hijos se cubran de estos insectos que atacan los pies, las piernas y las partes un poco callosas del cuerpo. Los pies de esos infelices se deforman; su marcha, se hace incómoda y ridícula; y se mencionan ejemplos, por suerte muy escasos,

11 *Pulex penetra...*

de algunos que llegaron a morir por incuria de sus padres. Quienes sanan son siempre reconocibles por sus pies y la manera de caminar. Se los moteja de *patojos*. El aceite y cualquier sustancia grasa son excelentes preservativos contra los piques. Hacía poco tiempo que en la casa del gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, se había descubierto que el aceite de trementina es un remedio infalible para sus picaduras y los mata apenas aplicado a la piel que atacaron. De todos los animales, los cerdos son los más afectados por sus picaduras. No sólo sus patas sino aun otras partes del cuerpo y las ubres de las cerdas se infectan, lo que los vuelve mucho más desagradables en los países cálidos de lo que ya lo son en Europa.

En toda la comarca sólo se me conocía por mi nombre de pila por el título de mi misión: en todas partes se me llamaba *Don Carlos* o *el naturalista*, conforme a la costumbre de los países de origen español.

4 de noviembre

La mañana del 4 de noviembre vi llegar a mi casa, muy temprano, al cura, al comandante y al alcalde del pueblo, quienes al entrar me desearon feliz fiesta, declarando que por fuerza tenía que ofrecer un baile la misma noche, en celebración de mi onomástico; agregaron que traerían la música del lugar. Consentí, por las buenas o por las malas, sabiendo desde ya a qué poca cosa me comprometía, pero impuse como condición que ellos se encargaran de las invitaciones. Arregladas así las cosas, me dirigí a casa de una vecina en procura de consejo. Me ofreció su casa y dijo que todo se arreglaría con un millar de cigarros y una docena de botellas de caña. Se encargó de arreglar el local y de reemplazarme para hacerles los honores de la hospitalidad. La sala del baile no estaba siquiera embaldosada; la tierra haría las veces de piso encerado. Su moblaje consistía en bancos adosados a las paredes y la iluminación en algunas velas que daban una turbia luz, amortecida por la coloración oscura de las paredes. Al atardecer, desde las siete ya tenía a las quince o veinte damas de Itatí. Todas se ubicaron en los bancos y pude notar que si bien algunas se habían puesto zapatos para venir a bailar, otras se habían olvidado las medias. Todas fumaban a más y mejor, y ninguna retrocedía ante el vasito de aguardiente, lo que ya no me sorprendía... por ser costumbre del país. Se bailó el alegre *cielito*, durante el cual se unía al sonido instrumental el canto de una o varias personas que entonaban las coplas más intencionadas. Durante esta danza tan vivaz los bailarines hacen sonar los dedos, imitando el ruido de las castañuelas. Siguió al *cielito* el grave minué, pero el baile más lindo fue el minué *montonero* que unía las serias características del género con figuras graciosas de la contradanza española. Se bailó toda la velada. La reunión parecía muy divertida, y lo que al

parecer contribuyó más a alegrarla fue que, tras largos requerimientos, se consiguió hacerme bailar un *cielito*, durante el cual mi torpeza para mantener alzados los brazos y castañetear los dedos produjo infinito regocijo a la honorable concurrencia. El señor cura, que se sostenía el vientre con ambas manos para reír mejor, hízome el honor de asegurarme que nunca se había divertido tanto. ¡Qué contraste hay entre las costumbres un poco groseras y hasta medio salvajes de estas comarcas lejanas y, por ejemplo, las de nuestras brillantes reuniones de invierno en París! ¿Qué dirán nuestras francesas elegantes de un baile en el cual durante los intervalos las damas, casi todas sin zapatos ni medias, tenían el cigarro en la boca y se refrescaban con aguardiente? "¡Vamos! –exclamarán quizás–, ¿qué damas eran ésas?". Eran, señoras, las personas más distinguidas del pueblo de Itatí y aun varias de ellas poseían cuantiosas riquezas; pero antes de juzgar en última instancia es preciso conocer el estado relativo de la civilización general del país, y entonces esas raras orgías ya no parecerán extraordinarias. Los hombres estaban en *chiripá* o en *calzoncillos*, y casi todos descalzos. A las dos de la mañana se retiraron los convidados, no sin haber cantado reiteradas coplas sobre la *despedida*.

Ya tenía que pensar en la vuelta a Corrientes, tanto más porque circulaban rumores acerca de una eventual guerra con la provincia de Misiones, los que me hicieron temer por la seguridad de mis colecciones, imponiéndome el deber de cuidarlas. Me dediqué, pues, sin descanso, a preparar la partida, que había fijado para el 6 de noviembre. Fui a despedirme de los vecinos que habían tenido conmigo tantas atenciones y me acogieron con una bondad cuyo recuerdo nunca se desvanecerá de mi memoria.

El 6 de noviembre dejé Itatí para volver a Corrientes, y no lo hice sin un sentimiento de tristeza. La población me quiso despedir en masa, y cuando montaba a caballo todos estaban a mi alrededor. Llegué a la

6 de noviembre

Ensenada en una etapa e hice un alto breve para esperar la carreta que llevaba mis efectos. Llegó cerca del mediodía y le hice tomar la delantera. Paré cerca de una laguna que, según me lo aseguraran los habitantes, tenía conchas de agua dulce. En efecto, entré en el agua, que me llegó al cuello, me zambullí y recogí un lindo ejemplar de anodonte. Después de esta pesca reanudé la marcha y llegué a San Cosme, donde la carreta me esperaba frente a la *pulpería*. Dos o tres hombres que allí estaban descansando me ofrecieron un vaso de caña. Me cuidé de no rehusarla porque lo habrían considerado injurioso, a lo que de inmediato co-

1827
San Cosme

rrespondí a su comité con la misma moneda, separándonos en excelentes términos. Quien quiera viajar con provecho

no debe descuidar nada para ponerse en todas partes al corriente de los usos propios de cada provincia que recorre, pues amoldándose a todos tendrá la seguridad de hacerse estimar por todas las clases sociales y encontrarlas siempre deseosas de ayudarlo; desde entonces queda asegurado el éxito de su misión. ¿Con qué derecho, en efecto, pretenderíamos plegar todo a nuestros usos y costumbres? ¿Por qué encontrar ridículo todo lo que no se les parece? ¿No parecerán ridículas a los que criticamos las mismas costumbres que nos parecen tan buenas? Esta reflexión me recuerda involuntariamente una de mis primeras comidas del viaje, en la que me extrañó ver que servían la sopa después del guiso, en tanto que mi digno huésped no podía volver de su sorpresa al verme beber con la comida[12]. ¿Cuál de ambos era más razonable?

Durante la noche estalló una tormenta espantosa. La lluvia caía a torrentes y el techo de mi carreta sólo me protegía a medias porque yo pensaba más en mis cajas que en mi persona. Siguió lloviendo al día siguiente; sin embargo partí y sólo tuve buen tiempo al acercarme a la ciudad. Allá encontré a varios indios jóvenes que me reconocieron, preguntándome si siempre quería comprarles pajaritos e insectos. A mi respuesta afirmativa abrieron en seguida la caza, saltando de alegría.

12 Ver capítulo VI.

Lutra platensis.

CAPÍTULO IX

Guerra de Misiones. Viaje remontando el Paraná. Caacaty y sus alrededores. Viaje a la Laguna de Ibera

Guerra de Misiones

A mi llegada a Corrientes la encontré llena de rumores. Los indios de Misiones, unidos a los habitantes de la provincia de Entre Ríos, habían atacado *Curuzú-Cuatiá* en represalia porque las tropas correntinas los habían despojado del ganado que ellos mismos capturaran a los brasileños de San Pablo. En Corrientes no se oía más que lamentaciones, y todo el mundo lloraba porque no se habían olvidado los excesos horribles a que se libraron las fuerzas de Artigas cuando, al frente de los indios misioneros, este jefe había venido para obligar a la población a aceptar la independencia del país. En verdad no sabía qué hacer, pues las noticias eran cada día más alarmantes. Conocedor de lo que pueden esperar los extranjeros de una guerra civil, me puse sin pérdida de tiempo a empaquetar todas mis colecciones a fin de estar dispuesto para cualquier novedad. Las noticias se tornaban apremiantes. Por doscientos cincuenta pesos –mil doscientos francos franceses– fleté un barco para el transporte de mis colecciones e hice embarcar todo.

1827
Corrientes

Esta guerra de Misiones tenía origen en causas muy lejanas, en viejas querellas mal extinguidas y sobre todo en circunstancias relativas a los vecinos brasileños. Se sabe que aun antes de los primeros establecimientos jesuíticos, los portugueses de San Pablo, conocidos como *Mamelucos*, devastaban periódicamente el territorio de Misiones, llevándose a los indios guaraníes para

venderlos luego en las ciudades de la costa o en las plazas públicas de Lisboa. La fundación de las misiones, en 1610, aumentó la fuerza de los indios y desde entonces comenzaron a resistir a los paulistas, cosa que no les impidió invadir en diversas oportunidades el territorio, saquear y robar todo a su paso, procedimientos cuyas consecuencias resultaron, entre misioneros y brasileños, en una antipatía mortal que transmitida por sus padres a los hombres de la generación actual, probablemente subsista durante siglos. El carácter de los indios, rencorosos de por sí y que rara vez olvidan una afrenta, se prestaba tanto más a este espíritu de venganza, cuanto que los brasileños aprovecharon las últimas perturbaciones motivadas por la emancipación de la República Argentina para volver a asaltar las ricas misiones, incendiaron todo y llevaron la destrucción a la provincia entera donde, desde entonces, un montón de ruinas reemplazaba a aquellos hermosos edificios que tanto envidiaban los pobladores de las ciudades vecinas; heridas aún frescas, sangrantes todavía y que sólo se lavarían con sangre.

Cuando los brasileños invadieron la Banda Oriental, en 1816, el general Artigas, a la cabeza de las tropas rebeldes a las leyes de Buenos Aires, se dirigió a Misiones donde congregó a todos los indios dispersos por la invasión brasileña y organizó un pequeño ejército, con el cual marchó sobre Corrientes para obligar a sus habitantes a aliarse con la República, ya que hasta entonces los correntinos, como los paraguayos, habían sido partidarios de los españoles. Cuando esa fuerza indisciplinada, con un jefe grosero, sanguinario y que no tenía otra norma de justicia que su capricho, entró en la provincia de Corrientes, parte de la población escapó a Paraguay para no caer en su poder, pero muchos se negaron a abandonar su capital, sea por amor al país, sea por opinión política. En cuanto Artigas hubo ocupado la provincia, impuso, a unos, contribuciones forzosas, y mandó azotar, a otros, dejando que sus soldados se abandonaran, abandonándose él mismo, sin pudor, a las más horribles orgías, llegando hasta a obligar a las mujeres de las mejores familias, cuando éstas se resistían a sus infames pretensiones, a mezclarse a los bailes públicos de sus bárbaros satélites; librando, además, todas las propiedades al pillaje; y hollando sin distinción los sentimientos más respetables. De ahí, a consecuencia de los crímenes de este jefe odioso que ahora gime bajo los hierros del déspota paraguayo, proviene el odio irreconciliable que separa a los habitantes de Corrientes de los indios de Misiones, instrumentos ciegos de los excesos cometidos por Artigas; odio que hasta sobrevivió al aniquilamiento de toda la provincia. El período de la permanencia de Artigas en Corrientes es tema permanente en las conversaciones de los correntinos, en cuyos discursos, a cada momento,

cualquier alusión lo manifiesta. Es verdad que este primer acto de una revolución dejó una marca imborrable en estas regiones hasta entonces tan pacíficas.

Cuando estalló la guerra entre Buenos Aires y Brasil por la ocupación de la Banda Oriental, guerra que todavía duraba, el Presidente de la República Argentina, Rivadavia, había requerido la cooperación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero la del Paraguay se aisló por completo, y las demás, sin declararse del todo independientes, se habían dado leyes y no acataban ninguna orden de Buenos Aires; así fue cómo las provincias de Corrientes, Misiones, Entre Ríos y Santa Fe se negaron a tomar parte activa en esa guerra que, aunque habría debido ser nacional, sólo fue sostenida por la provincia de Buenos Aires.

No obstante, esas provincias que rehusaban suministrar tropas para luchar contra los brasileños en la Banda Oriental, con las fuerzas de Buenos Aires, emprendieron una guerra de pillaje. La provincia de Misiones recordó sus antiguos reclamos y armó unos soldados que, en su propio nombre, penetraron en territorio brasileño, saquearon las fincas vecinas al río Uruguay y se llevaron todo el ganado que encontraron. La facilidad con que habían llevado a cabo estas depredaciones, en cierto modo autorizadas por la guerra nacional, indujo a todos los propietarios de Misiones a imitarlos sucesivamente, y a despojar a los brasileños, igual que ellos, de gran cantidad de animales. Sus vecinos, los habitantes de las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, siguieron su ejemplo, realizando expediciones similares, igualmente fructíferas para ellos; de manera que aquellos campos que antes se hallaban desiertos, por efecto de las guerras intestinas, se cubrieron en poco tiempo de inmensos rebaños quitados a los brasileños. Pronto reinó el furor. Las provincias litorales no se ocupaban de otra cosa que de tomar parte en el asalto general, y todos los medios parecían buenos a los asaltantes; se llegaron a cometer horrores con los propietarios de la provincia de San Pablo. La de Corrientes fue la última que intervino en la nueva forma de hostilidades y debió internarse más en el territorio brasileño porque en las fronteras todo había sido ya saqueado. Con frecuencia, tropas de diferentes provincias competían en un mismo terreno, de donde resultaban luchas entre los distintos cuerpos, sobre todo entre los de Corrientes con los de Entre Ríos y Misiones. Los viejos odios contra estos últimos revivían, en estas oportunidades, con mayor encono que nunca; continuamente se producían riñas parciales y casos de soldados correntinos que despojaban a los misioneros de los animales que éstos habían robado a los brasileños; esto último resultó ser el motivo determinante de esta guerra que

llegaría a ser de las más sangrientas, pues la codicia del botín no estimulaba tanto a los correntinos como el deseo de vengarse de sus enemigos mortales. De las querellas particulares se derivó a una ruptura abierta entre Corrientes y Misiones, la que en esta circunstancia estaba unida a Entre Ríos.

Después de estas hostilidades parciales, el gobernador de Corrientes quiso aniquilar de un golpe a los restos de la pobre provincia de Misiones. Al efecto, despachó las tropas de *Curuzú Cuatiá* a *San Roquito*, primer pueblo de Misiones y capital provisoria de este vestigio de provincia. Hicieron una carnicería atroz con todo lo que encontraron. Los soldados mataron hasta a viejos enfermos y mujeres para consumar la venganza. Hubo oficiales que me confesaron su impotencia para reprimir tal desorden, por desgracia renovado con excesiva frecuencia. San Roquito quedó convertido en un campo de cenizas cubierto de cadáveres. Los correntinos estaban orgullosos de su victoria, que había sido muy fácil, puesto que los indios no se hallaban en el pueblo y los vencedores sólo habían encontrado unas mujeres, viejos y niños, habiéndose llevado a éstos para repartirlos como esclavos entre los oficiales. Para vengarse, los indios se unieron, a su vez, a las tropas de la provincia de Entre Ríos. Trescientos hombres casi desarmados se presentaron ante Curuzú Cuatiá, donde los defensores serían unos cien y estaban a las órdenes del coronel López, buen militar. Por primera vez, quizá, los correntinos derrotaron a sus enemigos, batiéndose con valor. En esta batalla, que fue muy cruenta, no se hicieron prisioneros. Todos los indios de Misiones que tomaron fueron muertos de inmediato. Un oficial de Corrientes que había estado allí me refirió que muchos indios que habían depuesto las armas y se entregaban prisioneros no fueron mejor tratados que los demás. Los correntinos estaban bastante bien armados, es decir que tenían casi todos carabina y sable; en cambio, el equipo de sus adversarios era muy incompleto. La mayor parte sólo disponía de una mala lanza y las armas comunes del país, lazo y boleadoras, terribles contra el extranjero que no está acostumbrado a la táctica que suponen, pero de escasa eficacia entre hombres que las manejan igualmente bien.

Después de esta victoria, los correntinos, envalentonados, se pusieron a batir el campo en busca de rastros de los indios, a fin de exterminarlos, cosa que se produjo varias veces. Uno de los oficiales a cargo de esta tarea me dijo haber encontrado un día, en el fondo de un bosque sobre la margen occidental del Uruguay, una quincena de ellos, desarmados, que descansaban a la sombra mientras comían. Los sorprendieron y ataron. Los soldados querían matarlos. "¿Podía rehusar a esos *héroes* –me decía el oficial– la satisfacción de matar algunos?". Les abandonó cinco, a su elección, y aquellos tigres de rostro huma-

no se entretuvieron en matarlos despacio, uno tras de otro, a pequeños golpes de lanza. ¿Es concebible que en pleno siglo XIX, en un pueblo que se diga civilizado, se produzcan hechos que cuesta creer, cuando se los lee aún en las páginas ensangrentadas de la historia de la Conquista?

En tanto que todo esto sucedía en sus fronteras, Corrientes era víctima de las más vivas alarmas. El 16 de noviembre un correo llegó de Curuzú Cuatiá y sembró la consternación en la ciudad anunciando que los indios habían triunfado, que ya ocupaban San Roque, que avanzaban hacia Corrientes y que al día siguiente, con seguridad, atacarían la capital. Lo que quedaba de las tropas partió con el gobernador, pero un segundo correo llegado al otro día desmintió del todo al primero, anunciando, por el contrario, la derrota completa de los indios. Esta última noticia devolvió la calma y la tranquilidad a todos los espíritus. Desembarqué mis efectos, pues quería visitar las orillas de la famosa laguna Iberá, así como los alrededores de Caacaty, y volví a mis ocupaciones habituales, preparándome para esta última excursión por la provincia.

16 de noviembre

La guerra había enriquecido tanto en animales a la provincia, que todos los días llegaban a la capital varios centenares de cabezas y se vendían a vil precio en los mercados, alcanzando en las fronteras precios aún más bajos. Con frecuencia se llegó a ofrecer diez francos por cabeza, es decir, como precio de su cuero. En las mismas condiciones se encontraban las provincias vecinas y se evaluaba en más de doscientas mil el número de cabezas arrebatadas a los brasileños, sólo por las cuatro provincias de Corrientes, Entre Ríos, Misiones y Santa Fe.

Sin dejar de prepararme para el nuevo viaje, seguía recorriendo los alrededores, cruzando el Paraná de cuando en cuando, hacia las islas o margen opuesta, y haciendo siempre nuevos descubrimientos. Otro motivo me retenía en Corrientes. Tenía a mi disposición muchos indios jóvenes que hurgaban por mi cuenta las cercanías y me ayudaban a completar mis observaciones acerca de la incubación de los pájaros que anidaban en gran cantidad en todos los arbustos vecinos. La estación estaba en plena culminación, lo que me imponía investigaciones minuciosas; además, esta clase de estudios había sido hasta entonces demasiado descuidada por los viajeros, para que yo no le consagrase todo el tiempo necesario. Sin embargo, a principios de diciembre estaba listo para salir y tenía ya dispuesto el itinerario. Tomaría un rumbo nuevo que me permitiría al mismo tiempo reconocer el curso del Paraná, más arriba de Corrientes. Se trataba de embarcarme en Iribicuá y dirigirme luego frente a Caacaty, donde proyectaba quedarme algún tiempo.

Viaje remontando el Paraná

Ya el 12 de diciembre había expedido baúles a Caacaty en una carreta y me disponía a partir a Iribicuá, acompañado por un ayudante y un sirviente, bien provistos los tres de todos los objetos que consideraba necesarios para los trabajos. Hacía el viaje con mi viejo compatriota de Iribicuá. En el preciso momento de la partida observé que el caballo que me había comprado no era bueno para semejante camino, por lo que adquirí en seguida otro que, me garantizaron, sería mejor. Quise montarlo, cargado como acostumbraba con mi fusil y todo el aparato de caza, pero apenas hube puesto el pie en el estribo mi nuevo bicéfalo se encabritó, coceando con furor, y pese a todos los esfuerzos que hice por mantenerme, me derribó al suelo antes de haber podido sentarme. Ahorro a mis lectores los detalles tantas veces expuestos de un incidente de esta especie, la confusión del cariacontecido jinete, los gritos de la multitud que me rodeaba, esto sin tener en cuenta que el caballo seguía soltando coces y podía lesionarme. Me costó trabajo desembarazarme y levantarme, cosas nada fáciles con los artefactos cinegéticos que me cargaban; lo conseguí, sin embargo, gracias a mi buena estrella, sin otro inconveniente para mí ni para mi fusil, sobre cuya suerte abrigara ciertos temores, y entonces recibí las felicitaciones de varios compatriotas, los únicos de la honorable concurrencia que compartieron mi tribulación, aunque no se abstuvieron de hacerme bromas en cuanto me vieron de pie. Había que partir; hice nuevos esfuerzos para montar el maldito animal, lo conseguí al fin, con ayuda, y salí de la ciudad con mi viejo compatriota. Entonces quisimos galopar. ¡Nueva dificultad! Mi rebelde caballo, seguramente acostumbrado a las carreras, volvió a encapricharse, queriendo tomar la delantera del grupo. Pero ya empezaba a conocer sus mañas; desde entonces pude dominarlo con facilidad y llegamos sin otro accidente a la *Laguna Brava*, donde quería pasar la noche para salir bien temprano al día siguiente.

12 de diciembre

La luna salía a las dos de la mañana y a esta hora habríamos de partir. Pero durante la noche los peones de la chacra, por hacer alguna diligencia en la vecindad, habían cortado la larga correa a la cual se atan los caballos en el campo cuando no se quiere dejarlos sueltos, a fin de encontrarlos con seguridad a la hora que se resuelva partir. Hubo entonces que esperar y buscarlos; uno sólo se encontró a las cinco, y nos pusimos en marcha para Itatí, dejando a un hombre atrás, que debía traer el otro caballo extraviado. Llegamos en un galope a San Cosme, cruzando otra vez los bonitos parajes de

1827
Camino a Iribicuá
13 de diciembre

Las Ensenadas. A tres leguas de Itatí encontramos todos los esteros inundados, de manera que tuvimos que hacer más de dos leguas, hasta las alturas de Itatí, con el agua hasta el vientre de los caballos que tropezaban a cada paso. Por fin, a las diez de la mañana, tras de cinco horas de la marcha más cansadora, habíamos cumplido una etapa de doce leguas y llegábamos a Itatí. En cuanto alcanzamos las primeras casas y los chicos me reconocieron, fueron corriendo a avisar nuestra llegada a la población, que me recibió como la primera vez, con una simpatía cuya franqueza mal podía poner en duda, dada su simplicidad y aun su tosquedad habituales. Apenas bajado del caballo, me vi rodeado de mis pequeños proveedores que me traían numerosos insectos y, entre otros, crisomelas de colores metálicos muy vivos. El resto del día fue de fiesta, un poco turbada, tanto para mis excelentes huéspedes como para mí, por la idea de que a la mañana siguiente partiría a Iribicuá. En la conversación di a conocer mi proyecto de remontar el Paraná hasta las fronteras de Misiones y parar en Itá-Ibaté, para reconocer el río. Todos gritaron que podía considerarme perdido y que por lo menos eran de temer todos los sufrimientos imaginables, si persistía en efectuar una navegación que nadie había intentado hasta entonces. Mi decisión estaba tomada. Todas sus advertencias fueron inútiles y la misma noche me despedí de ellos, para salir al día siguiente antes de que amaneciera y aprovechar el fresco de la mañana, pues el calor del día era aplastante. Al pasar por la estancia de La Limosna, donde sólo paramos unos minutos, encontramos al capataz todavía muy impresionado por un hecho producido la misma noche en el establecimiento. Un jaguar se había introducido en el corral del ganado mayor, atacando a un novillo que habían puesto aparte para carnearlo al día siguiente. Al parecer la lucha fue terrible, porque el pobre vacuno sucumbió con la piel desgarrada en tiras del cuello a la grupa, y el cuerpo todo surcado de heridas profundas que mostraban las huellas de las garras aceradas del jaguar, pero su peligroso adversario no había tenido mejor suerte. También se moría, yaciendo cerca de su víctima, acribillado a cornadas; y ambos campeones, a punto de echar el último resuello, aun se amenazaban con la vista; espectáculo sublime en su horror y digno de un pincel hábil. El capataz se quejaba de la gran cantidad de jaguares que frecuentaban el lugar y de la devastación que producían en su estancia. Tampoco sus ovejas tenían mejor suerte. Poco tiempo hacía que un cuguar entrara de noche en el corral que ocupaban y, sin conformarse con elegir, como el jaguar, una víctima, había degollado muchos de esos pacíficos animales, sólo para chuparles la sangre. El cuguar no vuelve sobre su presa de la víspera, a diferencia del jaguar. Si tiene presas, sigue matando y sólo queda satisfecho después de haber amonto-

nado los cadáveres. Aseguraba el capataz que sólo la proximidad del día había puesto término a la carnicería.

A las nueve de la mañana estábamos en Iribicuá.

Paraná

Para efectuar el viaje planeado, debíamos construir una piragua, con las cuatro tablas que teníamos a nuestra disposición. Al día siguiente nos pusimos a la obra. Con dos de las tablas se haría el fondo; con las otras dos, las bordas, y habría que poner en los extremos gruesos trozos de madera, aptos para resistir choques con la costa o con los troncos apilados en las riberas. Aunque muy sencilla, esta construcción habría de tomarnos mucho tiempo porque carecíamos de materiales que sería muy difícil obtener sin irlos a buscar hasta Corrientes, distante veinticuatro leguas de Iribicuá. No teníamos clavos, y a falta de alquitrán para calafatear, tuvimos que llenar las junturas con mezcla de sebo y cenizas. Sin embargo, y pese a la inexperiencia de nuestro ayudante, perezoso además como todos los hombres de la región, nos bastaron dos días para terminar la embarcación. Durante mis ratos libres cazaba en el bosque y perseguía insectos. Contaba con partir sin demora, pero mi viejo compatriota, un poco avaro y moroso, se había ganado la animosidad de todos los obreros. No querían servirnos más como remeros. No podía sentirme más contrariado. Mi compañero de viaje había consumido las provisiones que había adquirido al partir de Corrientes, por lo que quedábamos reducidos a vivir de la caza, consistente en patos almizcleros, penélopes y guacamayos azules. Pero la carne de estas aves es tan coriácea que no podía comerla. Mandé a mi sirviente a cuatro leguas de allí, a comprar cordero; pero ya al día siguiente la carne se había descompuesto. La mala comida, la impaciencia por partir y el fastidio de ver siempre los mismos sitios me inspiraban un irritación atroz, agravada por las picaduras de los mosquitos y tábanos que no nos daban un minuto de tregua. Hasta el constructor de la piragua oponía sin cesar innumerables dificultades para acompañarnos, las cuales se allanaron en cuanto compré un novillo que se preparó en charque a la manera del país. La partida fue dispuesta en definitiva para la mañana siguiente.

20 de diciembre

El 20 de diciembre al amanecer despaché a mi servidor al lugar más próximo, a Itá-Ibaté, con mis caballos y cartas para varias personas de Caacaty, previniéndoles mi llegada. Además, el sirviente tenía orden de ganar el sitio más abordable a los caballos, en la costa del Paraná y cerca de Itá-Ibaté, y de colocar al extremo de una pértiga una señal adecuada para que supiéramos, por aquellos lugares salvajes que nunca pisa nadie, en qué lugar podríamos bajar sin exponernos a caer

entre las garras del doctor Francia, al violar involuntariamente la ley suya que prohíbe a los extranjeros el acceso a sus dominios. Una vez bien impartidas mis instrucciones, me ocupé del viaje. Embarqué mi equipaje, compuesto por mis fusiles, los objetos necesarios para preparar las piezas que recogería, la montura, que me servía de cama; el poncho, mi único cobertor, y la brújula, necesaria para marcar en detalle el curso del Paraná. Tan chica era la embarcación que con estos pocos objetos y cuatro hombres se había cargado en exceso y no tenía más que dos pulgadas fuera del agua. Pero esto no me detuvo. Los víveres consistían en carne seca y una botella de aguardiente.

A las diez de la mañana desamarramos, remando contra la corriente. El tiempo estaba magnífico y el sol no demasiado ardiente. Todo parecía prometernos un viaje agradable. Un acantilado alto, cubierto de árboles, corría a nuestra izquierda; a la derecha se extendía el Paraná, que presentaba casi una legua de anchura, toda vez que su margen opuesta no resultaba oculta por formaciones costeras. A todo el largo del acantilado se veían diseminadas yuntas de guacamayos color verde glauco, cuyos gritos agudos repetía sin cesar el eco del bosque. Cada casal se mostraba ante los enormes agujeros que cava en el acantilado, para deshovar, o posado en las ramas colgantes de los árboles que coronan la costa. A esos gritos agudos se mezclaba el grito no menos desagradable de las *pavas del monte*[1] que sólo cesaba cuando nos alejábamos de sus nidos. Bajé a tierra y andando maté cuatro patos almizcleros salvajes, de gran talla. Pasada una legua más lejos, dejamos el acantilado para tomar un pequeño brazo del Paraná que apenas tendría cien pasos de ancho. A cada momento percibíamos enormes caimanes que, al acercarnos, se precipitaban al agua y desaparecían. Sobre los árboles que ocupan las partes inundadas situadas a orillas del brazo, anis de las sabanas dejaban oír su parloteo jovial y cadencioso, y el martín pescador se mostraba a cada paso, en la punta de las ramas que avanzaban sobre el agua. La extensión de aquel brazo sería de media legua hacia el sudeste. Llegados a su fin, volvimos a bordear la costa alta y poco después arribamos al lugar donde unos obreros de mi compatriota extraían la corteza de la mimosa denominada *curupai* en la región, de la cual ya he hablado. Al desembarcar nos devoraron los mosquitos cuyas miríadas oscurecían el aire y formaban, a la sombra de los árboles grandes, nubes móviles que nos siguieron por las partes bajas del bosque y sólo desaparecieron en su borde exterior, único sitio en que se encuentra el corondai. Seguimos un sendero estrecho entre los pastos altos y vimos tres palos clavados en el suelo, que

1 *Penelope obscura*. Illiger: *Yacu-hú* (penélope negra) de los guaraníes.

sostenían un cuero de vaca estirado: era la casa diurna de los obreros de mi compatriota; la ocupaba la mujer de uno, cuando llovía, o la intensidad del sol no le dejaba permanecer afuera. El mobiliario de esa especie de tienda consistía en varios potes de barro cocido, útiles para cocinar, y dos o tres cueros de vaca, que servían de colchones. Una ramada tosca, hecha con cuatro postes muy altos y ramas de árboles entrecruzadas, servía de dormitorio. Sobre este andamiaje cubierto por un simple cuero, los infelices descansaban a la noche de las fatigas del día. Allá se acuestan para preservarse de los mosquitos, que por poco viento que corra ya no suben. También constituye para ellos un medio de librarse de los jaguares, que rondan toda la noche sin atreverse a trepar por los postes cuya altura los intimida. Trabajando medio desnudos todo el día, al rayo de sol, sin otra ropa que un trozo de paño atado alrededor del cuerpo acribillado por los mosquitos y tábanos, cubiertos a cada rato por esas odiosas *garrapatas* que introducen la cabeza bajo la epidermis, ocasionando irritaciones atroces, sin comer más que carne seca, sin beber otra cosa que agua y pasando casi siempre las noches en claro por los mosquitos, o despiertos por los rugidos del jaguar... ¡Qué vida! Que una filantropía más ardiente que ilustrada compare la vida de estos miserables, que no menciona, con la de nuestros campesinos europeos, objeto constante de su solicitud, y que decida si sus hermanos de América no merecerían la misma compasión y simpatía.

Comimos allá un trozo de charque cocido sobre las brasas, lo que pasó como una comida en forma y que encontramos excelente, por otra parte, con el condimento que le daba el hambre. Unos sorbos de agua del Paraná completaron nuestro banquete, cuyos gastos corrían a cargo de los pobres obreros, aunque se los pagamos dejándoles algunos patos; luego reanudamos la marcha. Aquellos hombres casi habían desmoralizado a nuestra tripulación, repitiéndole que no llegaríamos en quince días o que nos haríamos capturar por los paraguayos, que ocupan todo el antiguo territorio septentrional de Misiones y poseen puestos hasta en las islas del Paraná; pero tales pronósticos sólo asustaron a nuestros dos remeros. Yo habría cambiado difícilmente de propósitos y el interés estimulaba a mi viejo compatriota. Esperaba encontrar troncos de cedro americano, que el Paraná acarrea hasta aquellos parajes, de las partes montuosas de su curso, artículo entonces muy apreciado en Corrientes y que se vendía caro. Al reanudar la navegación cada uno de mis compañeros de viaje guardaba silencio y el objeto de sus pensamientos debía ser, con seguridad, muy distinto del de los demás. Por mi parte, sólo pensaba en señalar el curso del Paraná. Entramos en un segundo brazo del río, tan angosto como el primero, pero cuya corriente rápida retardaba nuestro avance a más no poder.

Remábamos siempre con afán, esperando salir del brazo para parar y bajar a tierra, pues empezaba a hacerse tarde; no encontrábamos ningún lugar donde pudiéramos hacer alto; los bordes del canal estaban cubiertos de espinos y monte muy espeso, en el que revoloteaban miríadas de mosquitos, a la espera de su presa. Sin embargo, la sombra se hacía de minuto en minuto más espesa; no teníamos la menor esperanza de encontrar un desembarcadero cómodo y el canal tampoco concluía. Vueltos menos exigentes a medida que avanzaba la noche, bajamos por fin en un claro, al borde de una ancha laguna rodeada de árboles. Este espacio estaba cubierto de *polygonum* de más de dos metros de altura, y era tan pequeño que apenas podía contenernos a los cuatro. Seguí buscando, mientras se hacía fuego, porque nos comían los mosquitos, cosa poco tranquilizadora para la noche. Cerca de los polygonum se extendía una gran llanura donde crecían gramíneas de unos seis pies de altura, que nos impedían ver a distancia. Quise internarme y lo hice con tanta precipitación que advertí sólo después de haber dado una decena de pasos, que me había llenado de las espinas que crecen en los tallos de esa planta y producen una picazón muy dolorosa al pinchar la piel. Estas espinas, que medían media pulgada de largo, cubrían los tallos en forma compacta y tupida. Pude abandonar el sitio a costa de llenarme de espinas y sin haber mejorado la situación. Se renunció entonces a pernoctar allí y cruzamos a la otra orilla, instalándonos en una lengua de tierra que corría entre un bosque y la laguna. Allí tuvimos que cortar los polygonum a golpes de cuchillo de caza, para desembarazar el terreno y dejarlo en condiciones de recibirnos. Ya había llegado la noche y tuvimos que cenar de pie, caminando todo el tiempo porque el aire estaba plagado de mosquitos que, de no ser por el movimiento continuo de un pañuelo, nos habrían lacerado la cara. Después de haber comido, maldiciendo esos lugares, tratamos de reposar un poco sobre un cuero que extendimos en el suelo y nos acostamos junto a los fusiles. Mi viejo compatriota se durmió pronto, aunque tenía la cara cubierta de mosquitos. Yo y los otros dos no podíamos resistir sin mosquitero. Ya teníamos la cara y todo el cuerpo hinchados horriblemente. A cada momento me levantaba, pues la única forma de defenderse de esa plaga era moverse sin cesar; luego volvía a acostarme, rendido, con la esperanza cada vez más defraudada de disfrutar por fin de algún descanso; volvía a levantarme... Siempre en vano. El implacable enemigo parecía redoblar su furor a cada momento. Una fiebre ardiente me devoraba; me sentía casi enloquecer. Todo el tiempo miraba el reloj, para contar las horas de mi martirio, y más de una vez, lo confieso, víctima de tormentos inconcebibles, me prometí volver sobre mis pasos al día siguiente y renunciar al viaje. A este estado de exasperación

sucedió un abatimiento tal que, desde entonces, me senté y padecí sin moverme más, llegado sin duda al estado del dolor que borra todo sentimiento, en el cual quizás se encontraran también mis compañeros de infortunio, cuando a una distancia de cinco a ocho pasos oí el rugido de un jaguar. Me levanté de inmediato, tomando el fusil. Las tinieblas eran profundas y pude ver tanto mejor los ojos chispeantes del monstruo. Verlo, apuntar y tirar fue cosa de un segundo. Otro rugido, esta vez quejumbroso, siguió a mi disparo, y el animal desapareció. Entretanto, mi viejo compatriota se había puesto a la defensiva y los dos remeros habían huido en la canoa. Debe pensarse la agitación que nos dominaba y cuál era nuestra posición. A fuerza de gritos pudimos hacer que volvieran nuestros remeros, dispuestos a abandonarnos. Se hizo un poco de fuego y quedamos en vela todo el resto de la noche, sin dejar de sufrir. Este incidente me había enseñado lo poco que debía contar con mis hombres para la defensa común y cuántas precauciones tenía que adoptar. Al alba volvieron los mosquitos en mayor cantidad y más encarnizados, si era posible; pero la proximidad de su retirada nos permitió soportar con mayor paciencia su ataque último.

De día nos embarcarnos junto con nuestros efectos y nos dispusimos a partir. La aparición de la luz había desvanecido la idea del regreso, haciéndome pensar más que nunca en seguir. Sólo recordaba mi mala noche por la extremada lasitud que me había dejado en los miembros. Quise ver, no obstante, el lugar de donde había venido el jaguar. Encontré con facilidad sus huellas en el pasto, y un largo rastro de sangre me dio la certidumbre de que lo había tocado. Lo seguí y a poca distancia, a orillas del bosque, encontré el cadáver del animal, con gran alegría pero no –reconozco– sin estremecerme por temor de que aún viviera, aunque la sangre que lo cubría me tranquilizó pronto; en efecto, estaba muerto. Mi bala le había atravesado el pecho, los pulmones y todas las entrañas. Me puse a sacarle la piel, pensando en el peligro que había corrido y orgulloso de un episodio que no suele producirse todos los días. La Providencia, a la cual encomendé mi existencia en este viaje, acababa de darme otra prueba de su solicitud por mí, y no dudo que es a su protección en los primeros encuentros, a la confianza ciega con que siempre me puse en sus brazos, seguro de superar los obstáculos, que debo el éxito alcanzado en un viaje tan largo y fructífero, donde sin jamás temer los peligros conservé siempre la sangre fría en las circunstancias difíciles y encontré aplomo, y aun coraje, en los momentos de peligro.

Después de un mate, fiel recurso de los viajeros del país, volvimos a ponernos en camino, comentando los incidentes de la noche pasada. Seguimos

por el mismo canal (riacho). Tras haberlo recorrido durante mucho tiempo, llegamos al fin al Paraná; pero fue por poco rato, pues se nos presentó otro canal. En éste se hacía sentir menos la corriente; lo seguimos por espacio de media legua, pero reconocimos, después de un esfuerzo largo y penoso, que no tenía salida, igual que tantos otros cursos de agua de la región, o terminaba en un pantano del interior del monte. Hubo que desandarlo hasta la desembocadura y proseguir a lo largo del propio río. Fuimos siempre bordeando márgenes bajas y boscosas, hasta una punta de tierra arenosa donde bajamos. Se hizo asar un pedazo de carne seca un poco echada a perder, único recurso alimenticio que nos quedaba, debido a la falta cometida por mi compañero de viaje, quien, al parecer, con la idea de volver pronto a su rancho y no queriendo sobrecargar la canoa, había dejado allá casi toda la carne de vaca que compré, trayendo sólo unos pedacitos apenas suficientes para comer un día más. En esa expedición, azarosa por otra parte, contábamos en exceso con nuestros fusiles y líneas de pesca. Al visitar la orilla durante la preparación de la comida, vi por todas partes rastros frescos de jaguares. El tiempo lluvioso amenazaba con retenernos en aquel paraje, lo que me contrariaba mucho, pues no quería volver a vivir la aventura de la víspera; pero aclaró algo y pudimos proseguir navegando. Admiraba el silencio imponente que reina en el río, sólo turbado a ratos por los gritos de los caranchos que nos seguían la pista, volando de un árbol a otro acompañados por sus fieles compañeros, los iribús, parásitos todos de nuestras escuálidas comidas y testigos únicos de nuestras tribulaciones. Caimanes taciturnos se mostraban a cada paso, junto a los bancos de arena; grupos de carpinchos nadaban con calma ante nosotros, sin preocuparse por nuestra presencia, tan nueva para ellos. Entramos en un brazo grande, temiendo pasar muy por fuera y acercarnos demasiado a la costa paraguaya. Este brazo, algo más lejos, se dividía en muchos otros, pero como ya nos habíamos confundido al respecto, no estábamos dispuestos a seguirlo, con mayor razón al advertir que no parecía tener corriente. A nuestra izquierda, en medio de un conjunto de vegetación variada, se destacaban las ramas elegantes de los bambúes o gramíneas arborescentes, cuyos tallos empenachados con coquetería producían un efecto encantador, desplegando por todas partes espigas verdes y foliolos pendientes y tenues, de aspecto realmente hermoso. Estas enormes matas, que a veces alcanzan más de treinta pies de altura y más de seis pulgadas de diámetro en su base, son muy espinosas; su madera es muy dura y hueca en los tramos que separan los nudos. Se los usa para mástiles de embarcaciones de poco porte, andamiajes y techos; también se usan para fabricar estas inmensas balsas, llamadas *angadas*, que se llevan hasta Buenos Aires, donde se venden has-

ta a cinco francos la pieza. Siguiendo el mismo brazo, llegamos a un banco de arena unido a tierra firme por medio de pantanos cubiertos de pastos altos. Se empezó a juntar leña y preparar la comida. Al mirar hacia el otro extremo del banco, mis compañeros advirtieron dos jaguares que parecían dirigirse hacia nosotros. En seguida tomé el fusil, y acompañado por mi ayudante, armado en la misma forma, avanzamos sobre ellos, pero nos separaba un arroyo muy ancho y habría sido imprudente perseguirlos a nado; me conformé, pues, con mandarles una bala que no les dio aunque les hizo cambiar de dirección, y a paso lento se fueron hacia otro lado. Volvimos a nuestro banco de arena, donde nos divertimos pescando rayas armadas, que abundan en todos los sitios arenosos de las costas del Paraná. Nos prometíamos pasar una buena noche. Cenamos antes de ponerse el sol; por temor a los mosquitos, esperábamos la noche acostados en la arena, pero en cuanto comenzó a desplegar sus velos sobre todo lo que nos rodeaba, los mosquitos llegaron en número mucho mayor. Era otra especie, fácil de reconocer por el ruido argentino de su vuelo y, en especial, por sus picaduras. Estas producían un dolor tan intenso como podría serlo el causado por una aguja calentada al fuego que se hundiera en la piel, y cada una dejaba una ampolla de una pulgada de diámetro, de tal manera que media hora después de la llegada de los mosquitos no se habría podido reconocernos, por lo hinchada que teníamos la mitad del cuerpo. Al ver que era imposible dormir, resolví prender grandes hogueras para atraer insectos y me fui a cortar las ramas de un árbol arrastrado hasta allí por las corrientes, a fin de proseguir mis investigaciones entomológicas. Mi tentativa no fue infructuosa. Cacé un bello espécimen de megacéfalos[2] nuevo y otras especias atraídas por la luz. Absorto en el trabajo sentía menos a los mosquitos, pero a eso de las once no vino más ningún insecto. Noté entonces que estaba muy hinchado, volví a sentir dolor y ya me fue imposible quedarme tranquilo un momento. Me movía todo el tiempo y a la vez agitaba un pañuelo sobre mi cara, lo que hice hasta la una de la mañana; pero entonces, derrengado y llevado casi a la desesperación, me tiré al agua para ver si allí me picarían menos. ¡Esfuerzo inútil! Mi cara estaba siempre cubierta de esos crueles dípteros. Como no podía soportar más, volví cerca del fuego, hice un agujero en la arena y me enterré hasta el cuello, dejando al descubierto la cabeza y un brazo. Entonces encontré un poco de tranquilidad hasta el día, que no podía llegar muy pronto. Por fin pudimos distinguir los objetos, y nuestras caras inflamadas, en las que apenas se veían los ojos, nos daban un aspecto tan grotesco que habría

2 *Megacephalus* (*nova species*).

inspirado risa si no se hubiera sufrido tanto. Por mi parte, admiraba mis insectos, cuya vista suavizaba algo mis dolores.

Todos estábamos de pésimo humor; cada cual se dedicaba en silencio a sus quehaceres, y así proseguimos largo rato nuestra triste navegación. Abrigábamos la esperanza de abandonar pronto las costas bajas, a lo largo de las que remábamos, y llegar a los acantilados donde sólo tendríamos que reconocer los lugares. Según mis cálculos no debíamos hallarnos lejos de Yahá-pé. En efecto, a las diez de la mañana avistamos acantilados. Subimos a ellos, descubriendo con gran placer huellas recientes de caballos y vacas, señal infalible de la proximidad de una vivienda cualquiera. Por fin, de lo alto de un árbol escogido como observatorio, avistamos una casa que no podía ser otra que la de Yahá-pé. Allá fueron los dos remeros, y yo me quedé para tratar de dormir, pero sin lograrlo. El calor que nos rodeaba y los ardientes rayos solares que caían casi a plomo sobre nuestras cabezas, nos hacían padecer sufrimientos poco diferentes de los que ocasionan los mosquitos, aumentando aún la agitación que nos produjeran éstos. Dos horas más tarde volvieron los enviados, trayendo un poco de maíz y carne seca. En su ausencia habíamos pescado un gran pez de la especie llamada *pacú* en la región, de manera que contábamos con víveres para un día por lo menos. El resto de la jornada se dedicó a bordear los acantilados altos, compuestos de arenisca friable, casi siempre mezclada con arcilla. Nos detuvimos en una caleta arenosa. Asamos el pescado, que resultó delicioso, aun sin pan. Esa noche no fue mejor que las anteriores: los mismos mosquitos, el mismo sufrimiento, el mismo insomnio y además la vecindad de jaguares que rugían no lejos de nosotros, aunque no nos atacaron, tal vez por el fuego que mantuvimos con cuidado. La noche era muy oscura y habría favorecido su ataque. Los oíamos, a intervalos, caminar con pasos cortos por el borde del bosque que orillaba el acantilado, haciendo crujir las ramas secas; pero los alejaban los ladridos de un perro que llevábamos, y sin embargo, en varias oportunidades, sus ojos fosforescentes resplandecían a través del follaje. Ya era tiempo de que el día pusiera término a nuestro cansancio y sobresalto.

22 de diciembre

No podíamos detenernos en aquellos lugares, y cuanto más avanzaba, menos voluntad tenía de volver sobre mis pasos. Contornearnos algún tiempo acantilados arbolados, cuyo aspecto habría complacido a cualquiera, menos a nosotros. Abandonamos esas riberas elevadas y tomamos por la orilla de una isla. Allí me sentía tan aplastado por el cansancio, el sueño y el calor, que estuve a punto de hacer naufragar diez veces la canoa, porque mi cabeza sin quererlo caía hacia un

23 de diciembre

lado u otro, por sus mismos movimientos, con lo que embarcaba agua, de manera que aun esa forma de reposo me estaba prohibida. A falta de espacio para acostarme, debía quedarme sentado y mantener el equilibrio en el medio de un banco, posición dolorosa todavía muy presente en mi memoria, que reconstruye minuciosamente todos sus detalles. La isla estaba cubierta de bambúes de follaje liviano, que formaba montes espesos, cuyo aspecto era encantador; pero habían perdido todo su valor ante mis ojos y apenas los veía. Sólo la vista de algún animal nuevo para mí podía arrancarme a mi apatía; advirtiendo entonces que la vida no se había extinguido en mí por completo, sentía renacer mis fuerzas. Hacia el mediodía bajamos en la isla y nos pusimos a la sombra de aquellos elegantes bambúes, pero pronto reconocimos que no deben contemplarse sino a distancia porque están llenos de espinas ganchudas que nos desgarraban sin piedad e hicieron tiras mi ropa, porque quería entrar en el monte a buscar insectos, ya que no podía pensarse en dormir. El interior de los bosques siempre está repleto de mosquitos cuya picadura inflama la piel con gran rapidez, porque el calor del día la predispone a la tumefacción. Proseguimos, matando por el camino varias penélopes que nos eran muy necesarias, dada nuestra falta de alimentos. Al pasar cerca de un terreno cubierto de altos pastos secos, mis remeros me pidieron autorización para prenderle fuego, movidos por ese ciego instinto incendiario que parece innato entre los habitantes del país; no tuve inconveniente y pronto se elevaban las llamas. Un humo negro se arremolinaba en el aire y un extraño susurro comenzó a oírse. En pocos momentos el fuego cubrió una superficie extensa. Caranchos y otras aves de presa llegaron con rapidez, revoloteando en círculos alrededor del fuego, para acechar los animales que el humo obligaba a salir. También volaban numerosas golondrinas a cada lado de los lugares en que el humo se espesaba, porque de allí escapaban innumerables mosquitos y otros insectos. No nos atrevíamos a pensar en lo que sería la noche, por temor de que fuera semejante a las pasadas, pero un vasto banco de arena, en medio del Paraná, parecía ofrecernos alguna garantía de descanso. Esta ilusión nos hizo afrontar y vencer con tesón la corriente, para ganarlo. Caía la noche cuando lo alcanzamos. Prendimos una gran fogata con troncos de árboles llevados por la corriente, hicimos hervir nuestra caza cortada en pedazos, con un poco de agua y sal, y este potaje nos deparó una cena excelente, por lo menos en comparación con nuestras comidas de carne seca y podrida. Nos tendimos en la arena. La calma de la noche nos trajo, por cierto, una cantidad de mosquitos, pero sin embargo nuestra situación era más soportable y pude dormir un par de horas, a pesar de sus acometidas.

El 24 nos encontrábamos mejor y nuestras fuerzas se habían recobrado un poco. Volvimos a la orilla y la seguimos hasta las diez de la mañana. De paso matamos patos almizcleros y entramos en un brazo del río. Allí hicimos un breve alto, a la sombra de un inmenso timbó; luego reanudamos la navegación, a lo largo de la barranca arbolada de la costa firme. Oíamos gritos, venidos del interior del bosque, que atribuíamos a las nutrias que encontrábamos a cada paso y venían a olfatearnos hasta la borda de nuestra canoa, con la mayor familiaridad del mundo. Me acerqué con precaución y descubrí una yunta de guacamayos rojos, que los guaraníes denominan *guaá*. Maté a una de estas aves que lucía hermosos colores. La otra revoloteaba sobre mí, pero fuera de alcance, profiriendo gritos agudos. El pobre animal me reprochaba quizás haberle privado de su compañera. Nos siguió todo el día, gritando siempre, y hasta la noche no lo perdimos de vista. Mientras cazaba, el viento se había vuelto muy fuerte; había oleaje y nuestra canoa hacía agua por todas partes, obligándonos a parar y desembarcar nuestra carga. Subí a lo alto del acantilado, pero no encontré huellas de animales ni hombres. Trepé a la cima de un árbol grande y sólo vi el fuego que mi gente había encendido en el campo la víspera. Había hecho por lo menos tres o cuatro leguas de camino, por una extensión de una o dos, y se había dividido en varias ramas que ardían sin cesar. Mis hombres volvieron a incendiar las gramíneas del campo. Los habitantes de la campaña correntina no conocen un placer mayor. Una tropa de carretas deja rara vez el sitio donde pasará la noche, sin incendiarlo. Pretenden así destruir los reptiles y langostas. Como no podíamos partir de la base del acantilado, hice derribar una palmera pindó cargada de fruta madura. Encontré también varios insectos interesantes y recogí muchos frutos dorados, de pulpa carnosa y sabor exquisito. A eso de las tres había calmado un poco el viento, pero nubes negras recorrían por el cielo, presagiando la proximidad de una tormenta. Seguíamos el acantilado, en la que se desplegaba un alegre anfiteatro, con árboles de todas clases, donde el follaje verde y elegante de los pindós matizaba el conjunto; pero faltaba en esa hermosa naturaleza el canto de nuestro ruiseñor o el arrullo de nuestras tórtolas. Un hosco silencio reinaba por doquiera, sólo interrumpido por el ruido de nuestros remos que el eco repetía, devolviéndonos también lejanos rugidos de jaguares que anunciaban un próximo mal tiempo. En una palabra el campo no tenía vida. Este espectáculo me entristecía y me hacía experimentar una angustia, un vacío interior que no podía vencer ni sabría definir, a menos que buscase su causa entre los recuerdos involuntarios de mi patria y la contemplación de mi situación actual, tan precaria y azarosa. ¿Qué podían

24 de diciembre

hacer, en efecto, cuatro individuos lanzados sobre riberas salvajes que, desde la Conquista, desde aquellos tiempos de aventura, tal vez un solo hombre no haya pisado; esas riberas en que el menor soplo de viento podía hacernos perecer y aniquilar, en un instante, los más dulces recuerdos del pasado, los goces del presente y las esperanzas del porvenir? ¿Qué hacer si perdiésemos nuestra canoa a lo largo de un acantilado imposible de trepar, en un lugar que es morada habitual de jaguares, expuestos a morir sin que nadie pudiera saber ni siquiera qué habría sido de nosotros? El recuerdo de mi familia acudió a mi memoria con la idea del pesar que sentiría si yo pereciera por imprudencia o exceso de ambición: la veía llorar, hasta sentí resbalar una lágrima de mis ojos. Sólo entonces dejé mi triste ensoñación, temiendo haber sido sorprendido en ese estado por mis compañeros de viaje, que podían tomar como miedo lo que no era sino exceso de enternecimiento determinado por recuerdos muy queridos. Volví a tener pensamientos menos siniestros, aunque no menos sombríos, y ya sólo me ocupe de lo que me rodeaba. Sin embargo, el trueno hizo que me acordara de mí mismo, bramando sobre mi cabeza con estrépito impresionante. Los relámpagos surcaban negras nubes con largas líneas de fuego. Pronto hubo que pensar en nuestra supervivencia. Hice parar el débil esquife en una caleta arenosa, a cuyo borde se levantaba una roca aislada. Allí mandé poner todos nuestros efectos con los fusiles, nuestra única defensa, cubriendo todo con un cuero de vaca que habíamos llevado al efecto, y sin otro abrigo que mi poncho, en el que me arrebujé, y dispúseme a recibir la tormenta, con valor. Esperé poco. No lejos de donde estaba cayó un rayo, quebrando un árbol grande, y en seguida comenzó a llover a torrentes. Sacamos la canoa a tierra, y como no teníamos a nuestra disposición ningún abrigo, cualquiera fuese su naturaleza, me puse a caminar de aquí para allá, recibiendo con la mayor sangre fría uno de esos diluvios que sólo se descargan bajo los trópicos; pero el mal tiempo sólo podía aumentar la melancolía en que me había sumido. No se podía hacer fuego, por lo que hubo que abstenerse de comer. La lluvia caía sin cesar; todavía gruñía el trueno, a intervalos; la noche cobró una oscuridad profunda. Ya hacía largo rato que me paseaba; cansado y entumecido por la lluvia, fui por último a sentarme en la canoa y mis reflexiones me depararon el sueño del que estaba privado hacía varios días. Allí, soportando sin cesar la lluvia que no amainaba, dormí hasta la mañana siguiente, en que me desperté con el agua hasta la cintura y tan agarrotado de frío que apenas podía moverme para entrar en calor. Reanudé sin embargo mi caminata, y temblequeando traté de considerar mi situación por el lado menos serio, preguntándome qué dirían mis amigos de París del pobre naturalista empapado hasta los huesos

por amor a la ciencia. La lluvia duró todo el día y la aguanté en silencio, sin comer, porque era imposible preparar alimentos. Hasta tuve cierta dificultad para encontrar a mis compañeros de viaje que se habían acurrucado bajo un árbol, uno de cada lado, esperando que pasara la lluvia con resignación y apatía muy indias. La noche siguiente fue terrible. Y no eran los mosquitos lo que me impedía dormir sino un frío de los más intensos, producido por la lluvia que me traspasaba desde hacía veinticuatro horas, por lo que esperaba con impaciencia la llegada del día. La lluvia no cesó hasta la mañana. Sentí la doble necesidad de tomar alimento y ver el sol.

26 de diciembre

El 26 de diciembre desaguamos la canoa, hicimos todos nuestros preparativos para partir y pudimos por fin encender algún fuego para cocer dos patos, únicos restos de todas nuestras provisiones, que pronto fueron devorados; después proseguimos el viaje. Como no disponíamos de ropa seca, tuvimos que secarnos al sol junto con la que llevábamos puesta, que pronto nos devolvió el bienestar y la alegría. Seguimos por la orilla siempre engalanada con grandes árboles dispuestos en anfiteatro y el follaje gracioso de la palmera pindó. Es difícil al espectador permanecer mudo ante lugares tan sonrientes y variados. Los admirábamos buscando algo vivo porque no teníamos más provisiones ni encontrábamos un pájaro. Sólo a la tarde oímos cantar a unas *pavas del monte* o penélopes, y tuvimos la suerte de matar varias. Siempre avanzábamos con la esperanza de llegar al puerto deseado, porque suponía que no nos hallábamos lejos de Itá-Ibaté. Hacia las tres, el viento se levantó con furia, y temiendo romper la canoa contra las puntas de piedra que se veían por todas partes, nos refugiamos en una pequeña bahía donde crecían muchos guayabos que no tenían fruta. El terreno seguía compuesto por greda ferruginosa, riñones de hidrato de hierro diseminados y geodas que presentaban grandes riñones de ocre rojo, con el color muy intenso. Estábamos muy inquietos, aunque no nos comunicáramos nuestro temor y guardásemos el silencio más sombrío. Mis hombres creían haber sobrepasado la jurisdicción de Corrientes y entrado en la de Francia. Mi viejo compatriota siempre quería seguir adelante, esperando encontrar troncos de cedro arrastrados por el Paraná de las zonas montuosas de Misiones. Por mi parte, había emprendido el viaje para hacer historia natural y geografía, pero también podía practicarlas en otro lugar, y la perspectiva de ir a compartir en el Paraguay, sin provecho para nadie, el cautiverio de mi compatriota Bonpland, de quien entonces sólo el río me separaba, no me agradaba para nada. Sin embargo, no se tomó ninguna decisión, mandándose en descubierta a uno de los remeros para reconocer el terreno. Pronto regresó gritando:

—Estamos en el puerto. Se ve la señal del otro lado de una punta.

Esta señal era un trapo blanco que había visto de lejos, en lo alto de un árbol. Con el corazón henchido de esperanza quise asegurarme del hecho. Yo también creí ver una mancha blanca, aunque muy distante, y tan alta que me parecía ser más bien una garza de ese color. No quise, empero, participar esta duda a mis compañeros que cantaban y casi no sentían los mosquitos nocturnos, pensando llegar al día siguiente. Por mi parte, no pude dormir.

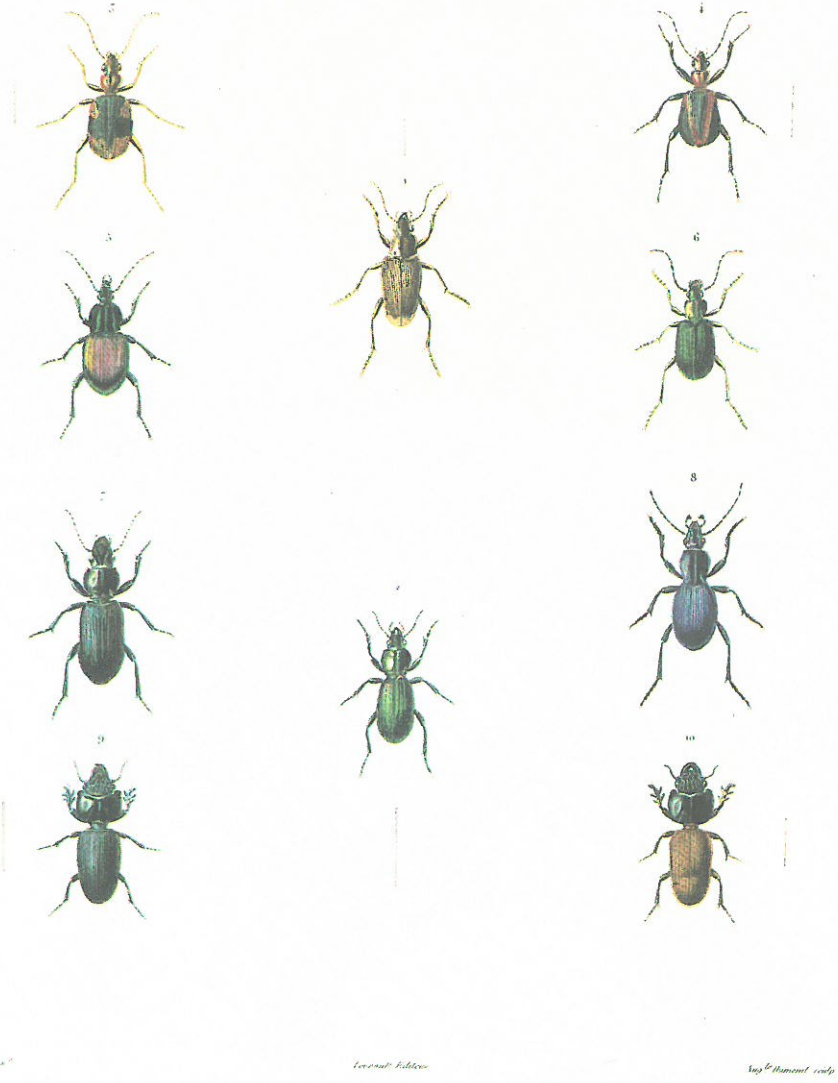
27 de diciembre

A la mañana mis hombres, encantados, tomaron los remos con entusiasmo. El viento era muy fuerte y nos inspiró temores. Por fin doblamos una punta ancha que era la que buscábamos, según lo averiguamos en seguida. Se trataba de Itá-Ibaté, bien caracterizada por sus acantilados pedregosos que le valieron su nombre[3]; pero no veíamos la señal de la víspera, lo que empezó a desanimar a mi gente. Hicieron, no obstante, todos los esfuerzos para llegar hasta el fondo de un codo del Paraná. Al pasar por allí vimos tres postes, sin prestarles mucha atención, porque luego no advertimos ningún rastro reciente de hombres ni sendero en el monte que pudiera llevar al lugar. Los supusimos plantados por paraguayos y esperábamos siempre ver la señal de la víspera. ¡Vana ilusión! Es conveniente explicar que los nativos llaman puerto a todos los lugares donde un somero caminito conduzca de cualquier casa a la orilla del Paraná, y que a menudo tales senderos no se recorren más de seis veces al año. Pasamos los tres postes, que, según luego supimos, eran la señal del puerto donde debíamos parar, pero que no reconocimos. Seguimos, pues, la ribera, mirando en todas direcciones... nada. Ningún rastro humano se nos mostraba. Nos separaba de la orilla propiamente dicha un enorme pantano, imposible de franquear. Así bogamos hasta las diez, hora en que la intensidad del viento nos obligó a detenernos. Entonces desapareció todo buen humor. Tenía la seguridad de hallarme más allá de Itá-Ibaté y no veía otra perspectiva que la de combatir con los paraguayos. Uno de los remeros se rebeló y dijo que no trabajaría más si no se regresaba, pero el viejo francés se mantuvo. Pese a mi opinión adversa, se resolvió proseguir hasta la tarde y que al caer ésta no se pensaría más que en la vuelta. Pronto creí percibir de lejos dos hombres vestidos de blanco. "Son tuyuyus o grandes jabirús[4] –me explicaron mis compañeros– de cuatro a cinco pies de talla y color blanco con la cabeza negra, que recorren la costa y con frecuencia engañaban a los viajeros, tanto más porque su altura parece mayor

3 *Ita-Ibaté*, en guaraní, piedra alta.

4 *Mycteria americana*, Gmel.; *Tuyuyu* o *comedor de tierra*, para los guaraníes.

Felis Geoffroyi.



1: *Pogonus bicolor*; 2: *Baripus rivalis*; 3: *Platynus elegans*; 4: *Brachinus obliquus*; 5: *Brachygnathus pyropterus*; 6: *Chilenius villosulus*; 7: *Feronia currens*; 8: *Pelecium violaceum*; 9: *Scarites brevicornis*; 10: *Clivina xanthopus*.

debido al espejismo". No me engañaba, sin embargo; reconocimos que en efecto se trataba de hombres que por desgracia pronto se alejaron, dejándonos en el mismo embarazo que antes de su aparición.

Habiendo abordado una playa arenosa, descubrimos huellas recientes de pasos de hombres y caballos, y al penetrar en el lugar divisamos a distancia varias casitas, rodeadas todas de naranjales. Nuestra alegría fue extraordinaria. Dejé en la canoa a uno de los remeros y partí con el otro a reconocer el sitio. Después de haber cruzado un pantano, en el cual teníamos agua hasta la cintura, gané la costa alta. Llamé en la primera casa, creyendo estar en Itá-Ibaté, pero el propietario me hizo saber que se trataba de *Barranqueras*, tres leguas más arriba de Itá-Ibaté, y que a poca distancia habría encontrado el primer puesto de guardia paraguayo. Gran alegría me produjo saber que estábamos en lugar seguro, aunque tan cerca del peligro. El mismo individuo agregó que estaba prevenido de mi llegada y hasta encargado, por vecinos de Caacaty, de suministrarme todo lo que pudiera necesitar. En consecuencia hice traer todo el cargamento de la canoa y pude por fin prometerme algún descanso. Ese buen hombre tomó todas las disposiciones necesarias a mi tranquilidad. Mandó avisar a mi servidor que esperaba con los caballos en Itá-Ibaté. Una cena compuesta de charque reparó el tiempo perdido y me tendí en un banco, envuelto en mi poncho. ¡Qué felicidad dormir bajo techo, a salvo de los mosquitos y sin temer la proximidad de los jaguares! En mi banco estaba tan bien como en la mejor cama, no despertándome hasta el día siguiente a las ocho. Al levantarme supe que mi sirviente había llegado la misma noche. Para no perder tiempo, me dispuse a partir para Caacaty, que distaba doce leguas de Barranqueras, y mientras se ensillaba examiné los alrededores.

Barranqueras

Barranqueras, así llamada por su pequeña colina que presenta un acantilado de pendiente suave y cubierta de césped, es una aldea compuesta de siete u ocho casas ubicadas sobre el acantilado. Estas casas están alejadas unas de otras, y cada una constituye una linda finca cubierta de paja y adornada con muchos naranjos. Alrededor se despliega un paisaje encantador. Se dominan las islas del Paraná, y el curso majestuoso del río, que allí alcanza una anchura superior a una legua, se descubre hasta donde la vista pueda extenderse. Está bordeado, en la margen septentrional, por bosques pertenecientes al Paraguay, y, en la margen meridional, por acantilados carentes de árboles que un estero ancho e impracticable separa del río. Lejos, hacia el este, al extremo del acantilado, se dibujan los naranjales de *Iberá-tingahi*, primera chacra abandonada de la provincia de Misiones, pues Barranqueras es, de este lado, el último lugar

habitado de la de Corrientes. También cerca de allí comienzan los inmensos juncales que dan origen al riacho Santa Lucía, representado en todos los mapas, aun en los de Azara, como originario de la laguna Iberá, aunque ésta se halle a más de quince leguas. Antes de partir, compartí el almuerzo de aquellas pobres gentes, compuesto de maíz tostado con leche, y se me sirvió luego otro plato hecho de maíz machacado, hervido y mezclado con queso, ya que los nativos ponen queso en todo. Después de esta comida liviana, como los caballos estaban preparados, me despedí de mis huéspedes y partí hacia Caacaty[5].

Caacaty y sus alrededores

Al partir de Barranqueras, que depende de Caacaty, seguí primero la orilla del Paraná, hasta la proximidad de Ita-Ibaté; después cruce un pantano con el agua hasta el vientre de mi caballo, durante una legua; pero como en la provincia de Corrientes más de la mitad de los caminos están en análogo estado, empezaba a acostumbrarme. También ese pantano es uno de los brazos del riacho Santa Lucía. Al salir de aquel mal paso cambié de cabalgadura y seguí los bordes del Santa Lucía por una lengüeta de tierra seca y arenosa, un poco alta, que separa el riacho, exclusivamente formado de pantanos, de las tierras de San Antonio de Itatí, que se extienden a lo lejos y forman el horizonte. A eso de las tres llegué a una chacra de propiedad de un francés y distante sólo dos leguas de Caacaty; el dueño estaba en el pueblo, de manera que seguí andando y pronto llegué a destino atravesando siempre terrenos arenosos y fértiles, matizados con lagunas y bosquecitos, pero desprovistos de las palmeras yatay que por lo común caracterizan a las tierras de ese tipo. Quizá se deba atribuir su desaparición al desarrollo de las explotaciones agrícolas, que son bastante activas en aquella localidad, donde por todas partes se ven chacras; pero las palmeras aparecen al sur del poblado, menos cultivado en apariencia.

Caacaty

No pude ser mejor recibido en Caacaty por el comandante y varias otras personas que ya conociera en Corrientes e Itatí. Me instalaron en una habitación que ya se me había preparado, y de nuevo disponía de mi alojamiento. Los curiosos afluían de todas partes; a las once todavía estaba rodeado de visitantes. Había circulado de tal modo la noticia de que compraba toda clase de

5 Caá-caty, de *caa*, bosque, y *catí*, una de las palabras que unida a otras significa *mal olor*, de manera que puede traducirse como bosque maloliente.

animales, que la misma noche el viejo cura de la localidad vino a ofrecerme cucarachas que me reservaba, dijo, desde hacía varios días. No pude menos que reírme de su oferta, aunque tuve la satisfacción de ver que los niños, más despiertos, más hábiles o con mejor suerte, me habían traído numerosos murciélagos y tortugas muy interesantes, lo que me pareció de buen augurio respecto a mi estadía en el pueblo. En cuanto quedé libre en mi casa, deseando cenar mandé que me compraran algo, pero no se encontró nada y ya me iba a acostar sin comer cuando mis vecinas, informadas de la dificultad, me mandaron dulces de todas clases.

Permanecí aún tres días en Caacaty, dedicado a recorrer los alrededores y observar todo. Me era imposible quedarme tranquilo. No me detenía el excesivo calor diurno, y cuanto más veía tanta mayor avidez tenía de ver. Mis colecciones crecían con rapidez, al igual que las anotaciones relativas a todo lo que me rodeaba. Un día recibí la visita de tres comerciantes franceses casados en la zona, lo que les confería el derecho de recorrer la provincia; de este modo, contando a mi viejo compatriota ya éramos cinco los franceses de Caacaty, cosa que sin duda nunca se había visto. Una noche, mientras estaba en casa del comandante, se presentó la banda del lugar, que escuché con verdadero placer, debido a su originalidad. La componían indios guaraníes. Uno tocaba en un violín de su propia factura; otro pulsaba un arpa hecha con un tronco ahuecado, sobre el cual se había adaptado un tablero de armonio y cuerdas de fabricación local, otro tocaba la guitarra. Los tres hijos del arpista se encargaban de los instrumentos secundarios, munido uno de un tamboril, otro de una gran caja y el tercero de un triángulo; pero lo que más me impresionó fue un indio ciego que se había hecho, con una caña, un flautín cuyos sonidos evocaban los de la flauta y con el cual, midiendo la intensidad del soplo, ejecutaba dos octavas de notas justas. Este equipo de músicos constituía la orquesta de baile, guerra e iglesia de Caacaty. Cada cual estaba tan orgulloso de su talento como si hubiera sido director de la orquesta papal, y mantenía todo el tiempo una gravedad imperturbable, característica general por lo demás de las naciones americanas, cuyos individuos siempre ponen gran seriedad en lo que hacen. Estos virtuosos nos tocaron unos aires nacionales con mucha precisión y apenas podía explicarme cómo hombres carentes de instrucción musical, y contando con instrumentos tan imperfectos, podían ejecutar melodías y hacerse escuchar con agrado. Tocaron el acompañamiento del cielito, y en seguida todos los presentes se pusieron a bailar esta alegre danza, siempre acompañada de canto que rememora, por su ingenuidad, los tiempos primitivos de la civilización. Prosiguieron con un minué *montonero*.

muy de moda en el país y que une al carácter grave del minué común, el de esas figuras tan graciosas, esos pasos que los españoles hacen tan bien. Me acerqué al comandante, que era un fuerte propietario del país llamado Esquivel, apellido célebre en los primeros tiempos de la Conquista de esta parte del mundo, y lo cumplimenté por la música; entonces, para hacerme ver la capacidad de cada ejecutante, llamó al indio flautista y lo invitó a que tocara varios trozos. El indio extrajo del bolsillo un segundo flautín de caña y se puso los dos en la boca, para tocar a dos manos. Uno de los instrumentos sonaba a una tercera del otro. Ejecutó las dos partes a la vez de un aire guaraní puro. Me gustó muchísimo la sencillez de esa melodía, en su tristeza tan distintiva de la mayor parte de los aires americanos. Propuse al indio comprarle sus flautines, pero me contestó que eran lo único que lo arrancaban a las profundas tinieblas en que se hallaba sumido. El buen humor del hombre, sus salidas espirituales me complacían tanto que varias veces lo hice llamar para escucharlo a él y su música nacional. Aunque ciego, conocía todas las casas del pueblo y se dirigía incluso a las casas aisladas de la vecindad, hasta un cuarto de legua de distancia.

Caacaty está situada mucho más al oeste del lugar que le asigna Azara. Tampoco se halla al borde de la laguna Iberá, como lo manifiesta este autor, que no ha recorrido personalmente la provincia sino que describió las distintas localidades según informaciones que recibió de los vecinos de la ciudad de Corrientes, sin duda poco versados en la geografía de su país. Caacaty está ubicada en una lengua de tierra arenosa que sigue el rumbo oestesuroeste, desde Itá-Ibaté, atravesando la provincia en diagonal hasta los bordes del Paraná, cerca de *Bella Vista*. Sobre esta lengua de tierra, encuadrada por el curso del río de Santa Lucía, los pantanos de la Maloya y los cursos de agua ahí originados, se encuentran las localidades de San Antonio, Burucuyá[6], Saladas, Las Garzas y Bella Vista. Se trata de una zona notable, que se caracteriza por el gran número de lagunitas de agua siempre limpia, que constituyen la riqueza de las estancias. Además, esas tierras son las más fértiles de la provincia, cosa que denuncian los extensos montes de palmeras yatay que cubren una parte considerable de su superficie.

El pueblo, fundado en 1780, según Azara lo asegura, no estuvo compuesto de indios, como los de Itatí y Guaicaras. Fue poblado por españoles o descendientes de españoles, atraídos por la fertilidad del suelo. Su emplazamiento ha sido bien elegido; rodeado de lagunas de agua clara, no está lejos de los grandes bosques ribereños del Santa Lucía que pueden proporcionarle las maderas

6 *Burucuyá*, o más bien, *Mburucuyá*, es el nombre guaraní de la granadilla o pasionaria, y la localidad se llama así debido a la gran cantidad de estas plantas que crecen en su vecindad.

de construcción típicas de sus establecimientos y la que sirve de leña; además, la agricultura le da abundantes víveres, así como hacen sus numerosas estancias de las riberas del Santa Lucía. Dista siete leguas del Paraná, cinco de San Miguel, la primera población de Misiones, y treinta leguas al este de Corrientes. Presenta una plaza alargada, rodeada de casitas, sobre uno de cuyos lados se alza la iglesia. Las casas son bajas, pequeñas, cubiertas de troncos de palmeras cortados en forma de tejas. Todas están provistas de una galería a cada lado, pero el pueblo sólo consta de las casas que rodean la plaza y de unas cuantas más, esparcidas por el campo. De manera que la población asciende a setecientas u ochocientas personas, a lo sumo, aunque el número de pobladores de su espacio rural es mucho más considerable, pues la campaña circundante está muy poblada y se ve a sus habitantes llegar en profusión los domingos y fiestas, para asistir a misa.

En 1826, el gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, hizo trazar un nuevo pueblo en un lugar cercano al que actualmente ocupa Caacaty, porque la población actual no puede extenderse hacia el suroeste, debido a una gran planicie de juncos inundados (estero) que en la estación de las lluvias desborda en todas direcciones. Es el asiento de una comandancia, la más importante de la región. Tiene cura, vicario, alcalde, jueces anualmente elegidos por los habitantes y un comandante militar, el mayor personaje del lugar. Entre sus habitantes reina la unión más estrecha y puede decirse que constituyen una gran familia, pues casi todos son parientes. Sólo los Esquivel equivalen a la mitad de la población; son los más numerosos y también los más ricos; a su amabilidad debí todos los servicios que su posición social les permitía prestarme, en todos los aspectos. Todos tienen fisonomías regulares y las mujeres son encantadoras, bien formadas, grandes, con modales muy ingenuos. Se las cita, por lo común, como las más bonitas de la provincia. Han conservado el bello tipo español que, lejos de degenerar, se ha vuelto más agraciado por la mezcla con los guaraníes, cosa que pude observar en todos los parajes donde esa mezcla se produjo, efecto que no produce la mezcla con las naciones peruanas o alpinas de América. En Caacaty son escasos los indios, y aun el corto número que se encuentra proviene de Misiones.

Las costumbres de la comarca no pueden estar más relajadas. Las mujeres no son altaneras y se dan sin escrúpulos a excesos que jamás les reprocha la opinión pública, muy indulgente y enemiga de formular críticas. Una mujer siempre es bien vista y buscada, aunque tenga varios hijos de padres diferentes, y sus intrigas nunca se convierten en obstáculo a que se case. El mismo pudor ya no existe. Noche a noche todos los habitantes se van a bañar en una laguna cercana. Mujeres y hombres están juntos; éstos desnudos del todo y

aquéllas conformándose con entrar al agua cubiertas por un trapo que entregan a su sirvienta en cuanto se hallan adentro. A menudo los dos sexos emprenden juegos que excluyen el temor de descubrir las partes más recatadas. Me gustaría decir que allá las mujeres aún están en la edad de la humanidad en que la inocencia les sirve de velo, pero por el contrario temo que este abandono se explique en ellas por una indiferencia originada en el poco valor que se asigna a placeres demasiado fáciles y reproducidos con excesiva frecuencia. En algunas naciones salvajes, las mujeres manifiestan más pudor que en la costa y el interior de América, contraste que siempre me ha impresionado.

En Caacaty nunca vi cerrar una puerta de noche ni de día; con frecuencia los vecinos se ausentaban de sus casas dejando todo abierto durante horas, porque aún no se conoce el robo. Así se vivía también en Corrientes hace veinte años. Entonces no se robaba en la ciudad, y los comerciantes dejaban sus negocios solos, sin tener que temer ningún accidente. Esta confianza desapareció desde que el comercio tomó impulso y que los extranjeros entraron a la región, y la antigua ingenuidad ha sido hoy día relegada al fondo del campo, único sitio donde el robo sigue desconocido por completo. Todas las noches, casi la totalidad de la población sacaba las camas de sus piezas y la plaza pública se convertía en un gran dormitorio. Cada cama, rodeada por un mosquitero de color, ofrecía un aspecto bastante nuevo cuando la luna de una noche hermosa alumbraba el descanso silencioso del lugar. Cada cual dormía confiado en los demás, en perfecta quietud y, entretanto, las casas abiertas seguían tan respetadas como sus propietarios en medio de la plaza, dichosa y conmovedora seguridad que todavía señalo, aunque tal vez, en el mismo momento en que lo escribo, ya se haya reemplazado por las alarmas y tímidas precauciones que hacen pronto necesarios, para el mantenimiento del orden social perfeccionado, los vicios que acompañan siempre a los progresos y las ventajas que procura.

1 de enero

El día de Año Nuevo, cuando en Francia todo está en movimiento, me había sorprendido en Caacaty rodeado por esos buenos vecinos que no se preocupaban por esa fecha dedicada en Europa a renovar los votos por la felicidad del prójimo; de manera que lo aproveché, sin ser interrumpido por ninguna visita inoportuna, a preparar un viaje que emprendería al día siguiente por los montes de palmeras yatay. En efecto, partí al Tacuaral[7] (monte de bambúes) con uno de mis com-

7 *Tacuaral* es otro ejemplo de cómo se ha mezclado el idioma castellano con el guaraní. Deriva de *tacuara*, que significa bambú, en guaraní, y de la terminación española *al*, que atribuye carácter de colectivo. *Tacuaral* significa, pues, *bosque de tacuaras* o *bambúes*.

patriotas. Seguí los bosques de palmeras hasta el término de mi viaje, a cuatro leguas de Caacaty. Recorrí alturas arenosas, plantadas de juncos o cortadas por lagunas llenas de agua límpida. Encontré en las palmeras todo el encanto que habían tenido para mí durante el primer viaje, tanto más porque ahora estaban animadas por la presencia de numerosos pájaros. También admiraba la estrecha unión del *ibapohí*[8] con las palmeras, unión que perdura hasta la muerte. Si esos sitios ignorados de América tuvieran sus poetas, con seguridad éstos habrían comparado el ibapohí con nuestra hiedra, y no dejarían de atribuirles el símbolo de la vinculación más sincera. En efecto, da la impresión de estrechar entre sus brazos a la rica palmera, amiga de su elección, y ya no la abandona hasta la muerte; pero a menudo sucede, igual que con la hiedra (y ciertos hombres), que el parásito asfixie con sus caricias al sostén de su juventud, objeto de un sentimiento demasiado intenso. Esa palmera yatay es bastante alta; en toda su longitud el tronco muestra restos de sus viejas hojas, cosa que lo cubre de asperezas. Los pájaros se encargan de transportar el pequeño higo del ibapohí, que arraiga entre los pedúnculos de las hojas de la palmera y germina, proyectando muy pronto, a su vez, tallitos de un follaje verde muy alegre y raíces sueltas que se entrelazan formando redes y siguen la dirección de las viejas inserciones de las hojas del yatay, abrazando el tronco en todos los sentidos. La planta nueva crece con lentitud, envolviendo la palmera, pero apenas una raíz llega a la tierra cobra nuevo vigor, adopta la estructura del tronco de un árbol, desarrollándose rápidamente, y rodea la base de la palmera, que parece estrujarla con sus brazos, adoptando sucesivamente todas las formas posibles. Antes necesitaba el apoyo del yatay, pero ya pronto se habrá convertido en un árbol grueso, pronto sobrepasará en mucho la altura de su tutor y apenas dejará ver su tronco en medio del suyo; pronto la copa de la palmera, saliendo del tronco del ibapohí, formará y hará con éste un solo cuerpo y pronto el ibapohí, que crece con mucha rapidez, terminará por asfixiar la palmera estrechándola con sus poderosos brazos y la hará desaparecer del todo, envolviéndola con más y más cadenas de ramas y follaje.

El Tacuaral

Llegamos muy temprano a casa de mi compatriota, donde se me recibió con los brazos abiertos. No podía menos que admirar su retiro: la casa era de

---

8 Especie de *ficus*. El término *ibapohí* se compone de *ibó*, fruto; *po*, hilo o tela, e *hí*, indudable contracción de *hibí* que también quiere decir hilacha o vestimenta: porque este *ficus*, igual que muchas otras especies americanas, posee una segunda corteza, que en otras regiones pobladas por los guaraníes se usa para confecciorar ropa, a lo cual, por otra parte, me referiré más adelante.

regular tamaño, cubierta con modestia de hojas de palmera, edificada sobre un montículo frente a un macizo espeso de palmeras yatay e ibapohís, flanqueado a ambos lados por sendas lagunas de agua limpia, en las que a hora cualquiera podían tomarse baños que el calor excesivo de la estación favorecía. Detrás de la casa se extendían hermosos campos de tabaco, maíz, caña de azúcar, mandioca, etc., todos en excelente estado, muy cuidados y haciendo honor a su dueño.

Después de una vida agitada de marino, el señor Chauvin contrajo matrimonio en Corrientes, donde vivía tranquilo en su linda morada, recibiendo bien a sus compatriotas, como ejemplo de los extranjeros residentes en el país. Sólo hasta el día siguiente permanecí por los alrededores, ocupado en observaciones de historia natural. Veía aumentar visiblemente mis colecciones de insectos, pájaros y plantas, ayudado como estaba, de otra parte, por el afán que todos ponían en facilitar mis trabajos. ¡Con qué entusiasmo recorría esos lugares variados, en que la naturaleza desplegaba tanto lujo! Creo que la estadía en medio de aquellos palmares ha sido una de las que me depararon mayores satisfacciones. ¡Qué lindos lugares y qué buenos sus pobladores¡ ¡Con cuánta hospitalidad se me recibía en todas partes, más bien como dueño que como extranjero! ¡Cuántas veces me hice esta reflexión, demasiado justa para el honor de la humanidad, de que la hospitalidad, la generosidad, la franqueza y esa ingenuidad seductora, siempre están en razón inversa de la proximidad de los puertos y la civilización! Es triste tener que reconocer que el progreso de esta civilización, tan importante, tan necesaria, acarrea tantos cambios en las costumbres. Aquella hospitalidad que nos mencionan los primeros historiadores como existente entre españoles poco después de la Conquista; la hospitalidad que aún subsistía en la época de la revolución americana y que Humboldt encontró por todos lados; esa hospitalidad no existe desde que numerosos comerciantes extranjeros abusaron de ella y ahora en todas las ciudades ribereñas ha sido sustituida por indiferencia y fría insensibilidad. Para volver a encontrarla hay que llegar a las ciudades del centro de América. En ese momento la encontraba en Caacaty y sus cercanías, más tarde la encontré en Santa Cruz de la Sierra, en el interior de Bolivia. Allá no hace falta ser del país para tener parientes, hermanos y amigos, y el enfermo recibe cuidados tan afectuosos como desinteresados.

En casa de Chauvin me había llamado la atención una piel de jaguar acribillada por municiones. La curiosidad con que la miraba atrajo la suya, dándole la oportunidad de narrarme una de las cacerías peligrosas en que había tomado parte.

"Hacía mucho tiempo –me dijo– que tenía ganas de cazar jaguares y buscaba la ocasión, cuando un día en que éstos causaron estragos en las estancias que bordean el Santa Lucía, los propietarios de los alrededores de Caacaty resolvieron efectuar una batida general. Juntaron todos los perros, sobre todo los que se conocían como buenos *tigreros* (cazadores de jaguares) y partieron en busca de la fiera. Los acompañé, armado con un fusil de dos tiros. Los perros no tardaron en localizar un jaguar que, en pocos minutos, despanzurró a los menos experimentados. A pesar de las advertencias que me hacían los otros cazadores, bajé de mi caballo y me acerqué a pie al monstruo. Al momento, en vez de un jaguar me encontraba rodeado por tres, que había atraído una hembra en celo. Disparé sobre el primero y pude matarlo mientras los perros lo tenían a raya; también alcancé a matar el segundo, pero no tenía balas para el tercero: sólo me quedaban municiones gruesas. Abandonado por mis compañeros casi desde el principio del ataque, obligado a afrontar a pie un peligro inminente, debía tratar de tirar al tercer animal con parte de mi plomo. Aturdido por rugidos cuyo solo recuerdo aún me estremece, mi posición era de las más críticas. Sin embargo, pude terminar con el tercero, como con los demás, y esta piel es el trofeo de mi victoria".

Con la franqueza que demuestra y la garantía del verdadero coraje, Chauvin agregaba que desde entonces había perdido todas las ganas de cazar jaguares, teniendo demasiado presente el peligro que corrió en un combate tan desigual. Esta cacería hizo mucho ruido en la comarca, y mucha gente me la mencionó alabando la bravura del protagonista. Para ser útiles, los perros usados en esta caza nunca deben acercarse a menos de cinco pasos de la pieza. Han de limitarse a rodearla y mantenerla a esta distancia. El perro lo bastante torpe como para acercarse más es muerto de inmediato por un zarpazo o una dentellada. Por esto se aprecia a un *tigrero* en la medida en que sepa mantener al jaguar sin acercársele ni dejarlo moverse.

El 4 de enero dejaba el Tacuaral para ir a *Yataity-Guazú*[9], a cuatro leguas de distancia. A todo lo largo del camino encontraba casas diseminadas en los palmares, y a cada paso se me presentaban paisajes encantadores. Al llegar a *Yataity-Guazú* bajé en casa de un pariente del comandante Esquivel, donde se me recibió con una cordialidad muy franca y amable. Su casa era a la vez chacra y

Yataity-Guazú
4 de enero

9 La voz *Yataity-guazú* pertenece al guaraní. Se compone del nombre de la palmera *yatay* y de la partícula *y* que atribuye carácter colectivo; monte de yatay; y de *guazú*, grande. *El gran monte de yatay*, traducido literalmente.

estancia, ya que la tierra arenosa permitía sembrar de todo con buen resultado, en tanto que las cañadas y los bordes del riachuelo de Santa Lucía favorecían la cría de animales, sin esfuerzo. Yataity.Guazú posee, sin discusión, las tierras más productivas de toda la provincia de Corrientes, de manera que allí no se ve otra cosa que fincas instaladas cerca de lagunas redondeadas y muy limpias, rodeadas de durazneros, naranjos y extensos cultivos. Solamente allá pueden apreciarse los recursos agrarios de la región. Los habitantes de las otras partes de la provincia acuden a establecerse en medio de los palmares, derriban los yatay y siembran, pero es de temer que estas tierras aún vírgenes se empobrezcan con facilidad, porque son muy arenosas y con escasa proporción de humus. También es de temer que poco a poco se destruyan las palmeras, que no vuelven a crecer en lugares poblados y terminarán por desaparecer del todo, como sucedió en Yataity, cerca de Las Ensenadas.

1828
Yataity-Guazú
5 de enero

El 5 de enero (era un domingo, día de fiesta), los habitantes de las casas vecinas se congregaron y quisieron llevarme a la orilla del río de Santa Lucía para comer fruta. A eso de las ocho de la mañana se había reunido parte de la familia Esquivel. Todos montamos a caballo y en número de quince a veinte personas, hombres y mujeres, partirnos a los montes del río de Santa Lucía, situados a una legua de allí; pero para alcanzarlos tuvimos que vadear un pantano de casi tres cuartos de legua de ancho. Los bosques adonde íbamos, en la estación de las lluvias, están en parte bañados por el agua. Allá buscamos una especie de mirto arborescente, cubierto entonces de frutos que en la región llaman *Iba-Viyú*, negruzcos, del tamaño de cerezas y prendidos al extremo de los tallos nuevos de la planta. Su sabor es agrio y dulzón a la vez. Todos mis acompañantes se pusieron a comerlos con voracidad extraordinaria. No podía concebir siquiera cómo eran capaces de comer una cantidad tan grande sin indisponerse; no se saciaban y sólo la hora de la comida, el mediodía, los indujo a regresar. Entonces, volvimos a la casa, galopando por aquellas tierras carentes de camino trazado y hasta en medio de pantanos. Antes de comer quisieron irse a bañar en una laguna vecina, donde todos juntos se refrescaron sin preocuparse por la decencia. Se volvió a comer, se durmió la siesta como de costumbre y luego se propuso un nuevo paseo a caballo, que fue aceptado. El paseo se hizo por los matizados bosques de yatay. En el camino se advirtió un enorme ibapohí, esa especie de árbol ya descrito, que se adhiere a las palmeras. Estaba cubierto de frutos maduros, pequeños higos del grosor de un dedo, dulces y agradables de sabor, pero muy purgantes. Seguimos paseando hasta el anochecer, a través del bosque, y visitamos numerosas lagunas, a

cual mejor circundada de árboles variados, en las que nadaban bandadas de patos pertenecientes a especies distintas.

El cultivo del tabaco[10] absorbe todo el tiempo de esa gente de campo, y la planta constituye el objeto principal de su comercio. Cuando no explotan tierras ya desmontadas, talan los montes de yatay, sacan los troncos y aran superficialmente el suelo arenoso; después, en octubre o noviembre, siembran almácigas de tabaco, sin mayores precauciones. En cuanto las plantas jóvenes alcanzan una altura de seis a ocho pulgadas, esperan que llueva porque nunca riegan y las plantan en hileras, a tres pies de distancia unas de otras. Por lo general, el tabaco crece con vigor. Cuando han brotado casi todas las hojas se corta el extremo del tallo para dar, según dicen, más fuerza a las que ya afloraron, y, en efecto, pronto toda la savia nutre estas hojas que alcanzan un pie de longitud y a veces hasta diez y ocho pulgadas. Estas hojas maduran poco a poco. Apenas amarillean la punta y los bordes, entonces se las considera maduras y se las cosecha; por lo común después de las tres de la tarde, cuando el calor del día ya disipó la humedad del rocío nocturno, se efectúa la recolección, cada diez o quince días, según que el tiempo esté más o menos lluvioso. Si está seco, las recolecciones se hacen con más frecuencia. Las hojas cortadas se ponen a resguardo de la lluvia, en galpones o habitaciones, sobre cueros de vaca; luego se las ata de a seis por el peciolo, se extienden los fascículos, llamados *sartas*, en cuerdas, a cierta distancia unos de otros, y se los deja secar a la sombra, expuestos a todos los vientos. Cuando están amarillas del todo y bien marchitas, se completa su desecación exponiéndolas al sol. Una vez secas las *sartas*, se las cuelga en recintos preparados al efecto, y cuando se ha recogido la mayor parte de la cosecha se ponen las hojas al sereno un anochecer o un amanecer, solamente, y bien recubiertas de otras hojas, en especial de las de hinojo si pueden obtenerse, para no exponerlas a la acción inmediata de la humedad que, según se dice, daría al tabaco ese gusto picante que nunca toma cuando se humedeció bien cubierto de hojas. Se desatan, en fin, las distintas sartas y se preparan paquetes mayores, atándolas por la punta; después se to-

---

10 No entraré en ninguna discusión acerca del origen del nombre del tabaco, demasiado conocido para merecer una exposición; pero he de insistir en la comparación de su nombre guaraní, *petí*, con el que se le da en la baja Bretaña y muchas otras partes de Francia. En Brest y otras partes, siempre vi que los letreros decían *bétun*, por tabaco, y con frecuencia oí ofrecer *bétun* en esas regiones, de donde la voz local *bétuner* (aspirar rapé). ¿No derivará del nombre guaraní esa palabra tan diferente en su origen del término tabaco? Todo me induce a creerlo. Quizás haya sido llevada del Brasil o la Guayana a Francia, en los primeros tiempos de la Conquista.

man cuatro de esos paquetes, se los ata juntos y se los prensa con una correa atada a un poste, de la que se tira tras haberla hecho dar dos vueltas alrededor del tabaco. Estas hojas así prensadas presentan la forma de un cilindro puntiagudo en uno de sus extremos y bien atado con una soga de áloe. Forman entonces lo que se llama un mazo de tabaco; en ese estado se libra el producto al comercio.

Estuve en plena cosecha y pude seguir, en diversas oportunidades, los procedimientos de la elaboración completa. También logré presenciar las singulares reuniones a que da lugar la recolección del tabaco. Multitud de pequeños comerciantes recorren el campo, cuando se aproxima la temporada, ofreciendo sus mercaderías a los agricultores. Como cuentan con el tabaco para sus compras del año, éstos les efectúan adquisiciones a crédito, que luego tienen que pagar con tabaco. Los vendedores ponen a su mercancía un precio que les asegure un beneficio mínimo del ciento por ciento; así la van adelantando a los compradores, en razón del mayor o menor rendimiento que estimen en las cosechas vistas, porque con cualquier pretexto nunca omiten pedir que se les muestre el *tabacal* o *campo de tabaco*. Asistí a menudo a tales transacciones sin moneda, en las cuales todo está convenido por adelantado entre comerciante y comprador. El primero empieza por doblar el precio de su mercadería y acepta recibir, antes de que se haya establecido el precio de la cosecha del año, por ejemplo, cada mazo de venta –es decir, de un calibre conocido en la región– a razón de un peso, o sea cinco francos, seguro de ganar bastante sobre el precio, pues he visto comerciantes de esos que vendían tabaco a doce *reales*, vale decir, siete francos con cincuenta, el mazo, en el momento más favorable del mercado. Nada más agradable que esa forma de comerciar. Se recibe, alberga y festeja a los vendedores ambulantes por donde pasen y con toda naturalidad, pues cada cual cuida sus propios intereses: el comerciante hace valer la mercadería, alabando su calidad y hermosura, en tanto que el propietario llama la atención acerca de la longitud de las hojas de sus plantas de tabaco. Entre ambas partes existe una confianza absoluta. Hechas las promesas y concertada la operación, cada uno cumple escrupulosamente su palabra, sin necesidad de poner nada por escrito, y sólo la fuerza mayor puede impedir el cumplimiento de las prestaciones respectivas. Este tabaco se lleva luego a Corrientes, en carretas, donde se vende al peso, por *arrobas* españolas –o pesadas de veinticinco libras– a comerciantes mayoristas que lo expiden a Buenos Aires, donde es muy buscado con el nombre de *tabaco del Paraguay*. Esta forma de especular es nueva en la provincia que, en tiempo de los españoles, a partir de 1748, el tabaco estaba gravado con un impuesto exorbitante; que el tabaco en polvo

venía de España o de La Habana; y que sólo la provincia de Paraguay obtuvo más tarde permiso para elaborar únicamente el de fumar, en establecimientos pertenecientes al Estado, que se había reservado el monopolio de esta clase de explotaciones. Sólo varios años más tarde, después de la emancipación, este comercio tomó cierto desarrollo; luego alcanzó la más notable amplitud.

La segunda rama del comercio de la zona es la del producto de la caña de azúcar. No se cultiva sino la especie pequeña[11] y ni siquiera todos los terrenos le son propicios. La cosecha se hace durante el invierno, en los meses de mayo y junio. Se prensa la caña en molinos o *trapiches* de los más simples, formados por tres cilindros móviles, de los cuales el del medio hace girar los otros en sentido contrario por medio de engranajes. Estos molinos se mueven por medio de bueyes uncidos al extremo de una pértiga larga que atraviesa un orificio practicado en la parte superior del cilindro central. El jugo de la cala, recibido en recipientes de madera, se lleva a la caldera. Se le hace hervir hasta que haya adquirido consistencia de melaza. Luego se lo vierte en odres y, puesto así en el comercio, bajo la denominación de *miel de caña*, se despacha a Buenos Aires, a cuyos habitantes gusta mucho. En el campo se obtiene por fermentación aguardiente de caña de azúcar llamada *caña*; por esto se ve en cada casa un alambique de barro cocido con un caño de fusil por tubo o refrigerador, por medio del cual cada finca produce con toda comodidad su provisión de aguardiente. La población pretende que la caña de azúcar no puede dar azúcar en Corrientes o que la produce en tan poca cantidad que la venta del jarabe resulta más productiva.

Permanecí en Yataity-Guazú hasta el 12 de enero, variando mis ocupaciones en forma de recoger a la vez que toda clase de muestras para mis colecciones, los datos más completos que fuera posible acerca de la región. Una de mis giras, motivada por la búsqueda de la gran especie de ciervos descrita por Azara, su *guazú-pucú*, o gran ciervo de los guaraníes, me llevó hasta las orillas del río de Santa Lucía. Comencé por llegar a la planicie de juncos –estero– que forman sus aguas al desbordar, que a aquella altura podría tener cerca de una legua y media de ancho. Costaría creer en Europa que el curso de un riacho no navegable deja, a derecha e izquierda, un espacio cuya anchura no es menor de dos leguas, inútil en toda su extensión porque al margen de los juncales que constituyen el curso propiamente dicho del riacho, hay a cada lado una vasta extensión cubierta de plantas acuáticas, inundada en la estación lluviosa. Allá, nadie puede cruzar el río. Conviene repetir que la provin-

11 Caña de azúcar criolla.

cia de Corrientes, así como todas las tierras llanas del interior de América, altera todos los sistemas establecidos de vertientes, primero en razón de su escasa regularidad, y luego por ser imposible distinguir ninguna línea de separación de las aguas.

En compañía de varios nativos armados de lazos y boleadoras, recorrí aquellos inmensos esteros, esforzándome por descubrir los ciervos que suelen poblarlos. Por fin descubrí a dos, pero muy alejados. Mis cazadores se escondieron tras el flanco de sus caballos, para acercarse sin espantarlos... molestia inútil. Los ciervos huyeron, internándose entre los juncos, donde nadie podía seguirlos. Luego hice batir una gran extensión de campo; fue siempre en vano. No he vuelto a ver ninguno de esos ciervos. Al fin, cansado de correr a caballo en medio de esos pastos a veces tan altos como el mismo animal, por lugares en que la tierra se hundía a cada momento bajo sus cascos, me volví, muy derrengado.

Todas las noches, cuando no había luna, empleaba para atraer insectos la estratagema ya descrita, extendiendo en el suelo un trapo sobre el cual ponía velas iluminadas. Así obtenía una cantidad considerable, pero la importancia concedida a la operación y a sus consecuencias siempre suscitaba en los habitantes preguntas curiosas, que respondía lo mejor posible. Mi caza de pájaros, menos productiva en general, no careció sin embargo de valor, aunque los montes de yatay tuvieran pocos de aquellos hermosos pájaros que, por lo común, pueblan los bosques de los países cálidos o de la zona tropical. Con frecuencia observé luego, en Bolivia, que los bosques de esa clase son los que muestran menos pájaros, excepto durante la estación de las flores, cuando los insectívoros encuentran alimento seguro y fácil; pero en todo otro tiempo esos montes están desiertos y apenas los frecuenta un número escaso de aves de rapiña.

Las tierras arenosas y cubiertas de yatay que en Caacaty constituyen una sola lengua de tierra, se bifurcan pronto en brazos que vuelven a unirse a doce leguas al sudoeste de esa localidad, dejando en su intervalo un pantano enorme, cubierto de juncos y carente de desagüe. Esta cañada es muy ancha al oeste de Yataity-Guazú; allá abundan las aves acuáticas, que iba a cazar con frecuencia. ¡Qué variedad y qué abundancia de caza! A menudo me era fácil matar, en un momento, docenas de patos y gran número de otras aves acuáticas. ¡Qué profusión mostraban esos desiertos de América meridional, comparados con los recursos que ofrece al cazador nuestra vieja Europa! En América, el cazador pronto encontrará con qué satisfacer la pasión más exaltada y, si puedo juzgar a la luz de mi experiencia, dudo que después de una estadía pro-

longada en los sitios donde se encuentra caza tan fácil, casi por todas partes, siga afecto a este deporte, cuando vuelva a su patria.

Cada casa de Yataity-Guazú es amplia y siempre compuesta por dos cuerpos de edificios: uno, habitado en especial por el propietario; el otro, que sirve de deposito para las cosechas, cocina y alojamiento de los obreros en invierno. Cubiertas de hojas de palmera, estas casas se disponen, por lo común, de manera que constituyan dos lados de un recinto completado por medio de postes clavados en el suelo. Durante la mayor parte del tiempo, una ramada ocupa el medio del patio. Allí se acuesta la familia entera cuando, por los fuertes calores del verano, los mosquitos no dejan dormir en la casa; allí se acuestan el padre, la madre, los hijos, parientes y amigos, uno junto al otro. También los viajeros a veces alcanzan este favor, sin que se lo considere extraordinario; pero cuando no hay viento, los mosquitos pueden volar hasta la ramada, se va a dormir en otra, construida expresamente en el mismo medio del corral destinado a guardar los bueyes de trabajo, por creerse que allí los mosquitos son menos molestos porque el olor de los animales los ahuyenta, o que, para picar, prefieren el ganado a las personas acostadas en la ramada. Otra observación que me formularon y pude verificar con frecuencia, es que estos insectos se encarnizan con los cuerpos de color oscuro; así, pican a los negros mucho más que a los blancos; razón por la cual la gente prefiere las colchas blancas a cualesquiera otras. ¿No podría explicarse el hecho por la costumbre que esos incómodos huéspedes tienen, sobre todo en el campo, de prenderse a animales por lo general cubiertos de cueros oscuros, y por la extremada rareza del color blanco en los despoblados que habitan?

Los obreros que trabajan en estas fincas se llaman *peones*. No se les paga, sino que reciben sólo alimentación y ropa; pero como toda su familia, cuando están casados, se alimenta con ellos, y como por otra parte reciben tierra para plantar tabaco que luego venden por cuenta propia, en definitiva no pueden quejarse mayormente de su suerte. Todo el verano duermen al aire libre, sobre una ramada, o en la cocina cuando llueve; sólo algunos de ellos, los casados, tienen un ranchito que les sirve a la vez de dormitorio y cocina, ya que su cama se reduce siempre a un cuero que extienden en el suelo y sobre el cual toda la familia disfruta del reposo nocturno. Estas gentes están exentas de la menor ambición. Todos sus deseos están satisfechos, desde que se haya asegurado su subsistencia; acostumbrados a la vida algo indolente de la provincia, son felices en cuanto están en familia, pueden dormir la siesta y poseen un caballo, primer bien del peón. Los hombres de campo de todas las clases son, al mismo tiempo, muy voraces y muy sobrios. A veces se quedan sin comer dos

o tres días seguidos y no se quejan; pero cuando disponen de víveres abundantes, comen en cantidad prodigiosa. Jamás oí decir a un hombre de campo que hubiera comido bastante. En Iribicuá –fui testigo del suceso– dos indios habían pasado varios días sin alimento; salieron a cazar y mataron uno de esos grandes ciervos (guazú-purú) que casi alcanzan la talla de un asno pequeño; lo llevaron a su rancho y estuvieron comiendo más de veinticuatro horas seguidas: cortaban un pedacito de su presa, lo asaban sobre las brasas, lo devoraban y volvían a empezar. No abandonaron la empresa hasta haber terminado casi con el ciervo, sin otra intermitencia que el tiempo de dormir para hacer la digestión.

En una casa de Yataity-Guazú, un día se hizo un festín espléndido para celebrar el cumpleaños de uno de los miembros de la familia Esquivel. Este festín que voy a describir en detalle, recuerda bastante la idea que los autores nos transmitieron acerca de los que realizaban en la Edad Media algunos pueblos europeos.

Primero se sirvió una cabeza de novillo y dos cerdos enteros, asados al horno, a los que no se había hecho más que abrir el vientre. Era el primer servicio, en el cual, del mismo modo que en los siguientes, se reemplazó el pan con choclos hervidos o tostados o por queso tostado, a gusto del comensal. Se despedazaron las enormes presas y cada uno comió a su gusto. El segundo servicio se componía de verdolaga hervida con espinacas y mezclada con queso, de un plato de carne con maíz, y luego sopa o *locro*, hecha con enormes trozos de carne, zapallo, mandioca y maíz. Como postre, se sirvieron varios jarros de leche, que se bebía junto con pedazos de zapallo hervido y granos de maíz tostado; y la comida terminó con un manjar muy apreciado en la zona: queso fresco sin sal, con jarabe de caña de azúcar, que llaman miel. Este último plato se prefiere a todos los demás. Gusta mucho a la población todo lo que sea azucarado. A veces beben jarros enteros de jarabe de caña de azúcar como en otra parte se bebería agua, que por lo demás es la única bebida que se usa en esas comidas, porque el vino sólo se conoce en la ciudad, o se hace circular a intervalos un vaso de caña, del que cada uno toma lo que quiera.

Lamento tener que declarar que durante esta cena, así como en todas las reuniones más o menos numerosas, mi delicadeza se resintió a menudo por las bromas groseras y la obscenidad de los discursos que hombres y mujeres se permitían ante la gente joven, que por lo demás no manifestaba ninguna sorpresa al respecto. ¡Qué lenguaje cínico! ¡Qué rudeza de modales! ¿Se creerá que a los postres, unos juegos sucios se agregaron a las bromas? ¿Que se echan cosas sucias a la cabeza y algunos graciosos ensuciaban hasta los platos de dul-

ces para que nadie más que ellos se animara a comerlos? Y sépase que lejos de cargar las tintas las estoy suavizando por respeto a mis lectores. ¡Cuántas veces me hizo sufrir todo lo que veía y oía! Pero fiel a la norma de conducta que me había impuesto, nunca hice la menor observación que pudiera dar motivo para creer en mi desaprobación, y no hay duda que debo a la especie de valentía –porque es necesaria– con que soporté esas molestias, el haber sido bien tratado por todas partes y haber obtenido con la mayor facilidad todo lo que pudiera desear, en interés de la misión que absorbía mi vida.

Quise aprovechar la ocasión que se me ofrecía para hacer una excursión difícil, que habría de serme de gran provecho. Unos meses atrás se había ido a la orilla de la laguna Iberá, a cortar cañas para el techo de la iglesia que se elevaría en el proyectado emplazamiento de Caacaty. Se trataba de ir a buscar los bambúes, lo que todos los propietarios de carretas ofrecían hacer gratis, proponiéndose aun realizar el viaje en persona. Semejante circunstancia debía serme de las más favorables para reconocer aquellos inmensos pantanos; solicité, pues, el favor de ser incluido en la partida, lo que se me acordó con facilidad. Este arreglo me resultaba tanto más ventajoso por ofrecerme facilidades de transporte que jamás habría obtenido de otro modo. Me dispuse a partir, y el 13 de enero me encaminaba a Caacaty, donde tendría lugar la gran reunión de carreteros. Un galope me llevó hasta la casa de Chauvin, en el Tacuaral, donde descansé unos minutos esperando que pasara el gran calor, mientras recogía insectos y unos huevos de pájaros acuáticos que me llevaron los indios. Partí al atardecer y llegué a Caacaty una hora más tarde. A mi arribo, pasando junto a una hermosa laguna cercana, encontré a toda la población bañándose. Desnudas del todo, las mujeres jugaban en la superficie de las ondas, donde flotaban sus largos cabellos y extendían con gracia un lindo brazo al nadar. Demasiado límpido, el cristal quizás no velara bastantes formas que un espectador delicado –empleo el lenguaje europeo– prefiere adivinar a percibir; pero era cuestión mía considerarme vuelto al tiempo de las náyades. Verdadero cuadro de Albano, transportado como por encanto a las costas americanas, y de los más gratos, si no se hubiera ensuciado un poco por la presencia de varios sátiros. La seguridad que parecían tener las bañistas entre risas y meneos, aumentaba el encanto de esta escena voluptuosa, cuando un indiscreto gritó: *¡Yacaré!* De inmediato el terror reemplazó al regocijo; casi todas las mujeres que triscaban en el agua la dejaron precipitadamente, sin esperar que se les alcanzara un velo, y el bromista de mal gusto que había producido la alarma se reía y burlaba de su miedo. Hubiera querido pegarle.

13 de enero

El espanto causado por el solo nombre del yacaré se justificaba con holgura por recuerdos muy recientes. Pocos días antes, un chico que jugaba al borde de una laguna cercana había sido sorprendido y destrozado por un caimán, y no habían pasado más que dos meses desde que otra catástrofe no menos funesta se hubiera producido cerca de Caacaty. Una joven de catorce años volvía a caballo de buscar algo en el pueblo. Tenía que atravesar un brazo de laguna, donde el caballo tenía agua hasta la cincha. Durante el cruce, un gran caimán la agarró de una pierna, arrastrándola al agua; luego el feroz animal la sacudió con fuerza para cortarle la pierna, levantándola sobre el agua o sumergiéndola repetidas veces. Los gritos de la joven india llegaron a varias personas que seguían el mismo camino y la vieron luchando así con el horrible reptil. Corrieron en su ayuda, pero ya era tarde: el caimán había desaparecido con su presa. No menos inútiles resultaron las búsquedas realizadas para encontrar el cadáver; sólo unos días después se encontraron restos del cuerpo de la pobre niña. Estas trágicas aventuras, renovadas con frecuencia, habían logrado sacudir la indolencia de los pobladores contra los caimanes que pululaban en todas las lagunas de los alrededores. El comandante ordenó dedicar una semana a perseguirlos y se calculaba en varios millares el número de yacarés muertos en menos de quince días, a consecuencia de esta medida, en la vecindad de Caacaty. Los habitantes los sorprendían durmiendo al borde de las lagunas, atrapándolos con el lazo. Me quedé un día más en Caacaty porque aún se esperaban carretas, y cuando por fin llegaron todo estaba listo para la partida, dispuesta para el 15 de enero.

Caacaty

Viaje a la Laguna de Iberá

La caravana se puso en marcha. Era muy numerosa y constaba de trece carretas, tirada por seis bueyes cada una, de los hombres necesarios para guiarlas, de una escolta compuesta por diez soldados de la guardia nacional, para el caso de encontrarse desertores o indios de Misiones, del cura de Caacaty que iba a visitar los pueblos de Yatebú y San Miguel, de todos los propietarios de las carretas, y de una recua de ciento cincuenta caballos y casi cien bueyes para cambiar los tiros. Podía haber en total de cuarenta y cinco a cincuenta hombres, todos munidos de lazos y boleadoras, lo que me daba esperanzas de realizar un viaje rendidor y conseguir animales nuevos en los despo-

1826
Viaje al Iberá
15 de enero

blados que íbamos a recorrer. Dejé que la caravana partiera al amanecer, y como no la quería seguir a paso corto esperé en el pueblo al cura de Caacaty, hombre amable, sin presunción ni fanatismo, que se pondría en marcha un poco más tarde. Por el camino paramos en una alquería, donde el digno sacerdote fue agasajado conforme a su investidura, con el obsequio de abundantes frutas y provisiones para el viaje. En esas regiones, el clero conserva todas sus antiguas prerrogativas. En todas partes se lo festeja y lo mejor es siempre para ellos. A las once el calor era insoportable; la caravana, a la que habíamos alcanzado, se dispuso a parar. Pronto se nos presentó, a un lado del camino, una laguna vasta y cubierta de juncos, que fue elegida como lugar de descanso. Desuncieron los bueyes, y cada cual se ocupó de lo que quiso, sobre todo de la cocina. Yo cazaba en las cercanías, persiguiendo hermosas aves acuáticas. También hice salir un hermoso espécimen de rata roja y blanca que los guaraníes llaman *anguya guazú* (rata grande). La atrapé y supe que pertenecía a la especie más dañina para las plantaciones de caña de azúcar por su costumbre de roer los brotes nuevos.

1828
Viaje al Iberá

Me llamaron a comer, a la sombra de una carreta. Comimos modestamente un asado de charque sin pan y bebimos un vaso de agua; luego todo el mundo se puso a dormir la siesta, mientras yo preparaba mi caza. El calor era excesivo y no se sentía un soplo de viento. Hecha la siesta, volvieron a uncir los bueyes y proseguimos el viaje. Por el camino me dijo el cura, señalando una choza humilde:

—Allá vive un compatriota suyo que, según creo, ya se olvidó del todo su idioma.

Quise verlo. Era un hombre de casi cincuenta años que en la región ya no era visto como extranjero. Llevaba veintisiete años viviendo en los mismos campos y hablaba tan bien en guaraní que resultaba difícil distinguirlo de los indígenas; el castellano le era mucho menos familiar. Le hice unas preguntas en francés. No supo contestarme y lo mezclaba con palabras guaraníes o españolas. Dejé de interrogarle en su idioma materno, porque lo comprendía menos que cuando hablaba en castellano. Vivía en un ranchito cubierto de palmas, olvidado del mundo entero para no dedicarse más que a la agricultura, a fin de sostener una numerosa familia semiindia. Sus modales eran iguales a los de los indios de la zona, y el francés en él se había desvanecido. No decidiré si había perdido gran cosa, pero algo triste sentía en esa obliteración completa del idioma, costumbres y gustos de la patria, que en cierta forma ya no parecían formar parte del hombre.

Los descendientes de españoles que se establecieron en estos campos desiertos comparten las costumbres y vida semisalvaje de los indios, y el mismo europeo que se radica adopta insensiblemente, y casi a pesar suyo, parte de los modales y el exterior agreste de sus habitantes. Se diría que todos los seres tienen una inclinación igual a la vida natural. Los animales cuya domesticación originaria se pierde junto con el origen del estado social del hombre, en las tinieblas de los tiempos fabulosos, pronto vuelven al estado salvaje en las soledades americanas. Así es cómo caballos, vacas, cerdos y hasta perros, tan fieles amigos del hombre, olvidan pronto los lazos que les unen con él y abandonan con frecuencia la abundancia del techo doméstico por las privaciones de la vida errante cuya libertad los premia, y el mismo hombre siente la influencia de una situación que lo acerca tanto a la naturaleza.

Mi franco-indio me ofreció unas frutas de su jardín: naranjas, duraznos y melones de agua, y me despedí. El cura me habló mucho de él, pero una tormenta espantosa nos interrumpió. Un viento fuerte nos anunciaba la proximidad de la lluvia, que pronto caía a torrentes acompañado de trueno. Nos refugiamos en las carretas para que el viento no nos desarzonara ni nos mojara la lluvia. Estas carretas ofrecen un abrigo excelente porque todas son grandes y las cubren con cueros de vaca. Nos detuvimos, en fin, en una casa cercana al riacho de Santa Lucía, a cinco leguas de Caacaty y a legua y media de San Antonio de Itatí. Al anochecer el tiempo mejoró y pudimos pasear por los alrededores.

16 de enero

Al despuntar el día 16 la caravana estaba en marcha. Llegamos al estero del río de Santa Lucía. Allí me impresionó la vastedad del llano de juncos uniformemente verdes, que constituía el riacho y ondulaba al soplo de los vientos. No alcanzaba a divisar la otra orilla. No quise entrar a caballo; subí a una carreta y se entró a la cañada. Habría que concebir una masa de juncos inundados, de más de una legua y media de anchura, donde los bueyes nadan o por lo menos tienen agua hasta las costillas, y se tendría cierta idea del primer brazo, que no es el más profundo ni el más ancho. Los juncos eran más altos que la carreta y tapaban la vista por completo, lo que contribuía a que se encontrara largo el camino. Por fin, después de tres horas de marcha se alcanzó una isla algo más alta que las demás, bordeada en todo su perímetro por palmeras carondai, cuyo elegante follaje embelleció por un momento un camino tan tristemente monótono. Pasamos las palmeras, luego un monte inundado y espeso, que bordean del lado opuesto otras palmeras de la misma especie, y al fin llegamos a otro brazo del río de Santa Lucía que por su anchura constituye ya un verdadero río.

También había que cruzarlo; entramos y me consideré aún en el infierno, teniendo al menos para tres horas de sufrimientos, en el agua y comido por los tábanos y mosquitos que viven en esos esteros. Más allá encontramos otra isla igualmente rodeada por un monte de palmeras carondai, pero con un terreno algo más elevado. Allá se alzaba la casa de un estanciero que, desafiando jaguares y mosquitos, estableció su vivienda en medio de la isla, donde criaba un ganado que por cierto no podía salir de su recinto natural. Esta casa está a tres leguas del sitio que habíamos dejado en la mañana. Pantanos o juncales la rodeaban por todos lados y durante las crecientes tienen sus propietarios un lugar reducido por el que puedan caminar en seco. Admiraba la constancia de esos hombres aislados del mundo, sin otra compañía que la de los animales de la región y las aves acuáticas que atrae la conformación del suelo. Una paz salvaje reina en aquellos lugares, y sus tranquilos huéspedes, en el seno de una familia numerosa, viven despreocupados, sin inquietarse por el resto del universo, conformándose con los productos de sus animales y de algún cultivo, incluso indiferentes a las picaduras de los tábanos y mosquitos que los asaltan durante los calores.

Cenamos en aquel paraje, y mientras se dormía la siesta me dirigí a la espesura del monte para buscar insectos y cazar. A las tres partimos. Cruzamos un tercer brazo del estero, no menos ancho que los otros; luego se llegó a elevaciones arenosas donde había dos casas ocupadas por estancieros. Cerca de cada una se veía un gigantesco ombú, que sólo servía para dar sombra a los viajeros. Este lugar, llamado *Vastidores*, es el más triste que se pueda encontrar, separado por esteros dilatados de toda vivienda. En ningún sentido la vista puede divisar árboles, pues corre sin detenerse por una vasta llanura de juncos cuyos límites no podría abarcar en el horizonte interminable. Cambiaron los bueyes de cada carreta y proseguimos el viaje. Pronto se nos apareció un nuevo pantano que también debía cruzarse, pero cansado de una marcha tan lenta por el agua barrosa preferí partir al galope, y no tardé en ganar las alturas arenosas sobre las cuales hay unas casas aisladas, cerca del primer poblado de las antiguas Misiones, el de Yatebú[12] o Loreto. El último nombre nos recordó al de la vieja misión situada bastante cerca del Paraná, la cual había sido destruida por los portugueses. El pueblo este data a lo sumo de veinte a veinticinco años. No está poblado sino por restos de la población indígena escapada de las guerras desastrosas que destruyeron del todo la hermosa misión del antiguo Loreto, a cuyos

12 *Yatebú* es el nombre guaraní de una especie de garrapata muy común en la región. Es de notar que el pueblo de Loreto está a gran distancia de la antigua misión del mismo nombre.

habitantes Nuflo de Chaves –según Azara[13]– quiso reducir desde 1555 en comandancias. Yatebú está edificada al borde de una hermosa laguna. Se compone de veinte a treinta casas cubiertas de hojas, ubicadas alrededor de la plaza, que tiene un lado ocupado por una capillita. Cada casa posee su jardín, plantado con durazneros y naranjos, siguiendo la vieja costumbre misionera. Los indios aún observan hasta cierto punto las costumbres que implantaron los jesuitas; es decir que varios de ellos ejercen sobre los demás cierta autoridad directiva y policial que les fue transmitida por los curas, pero se nota que al saberse sustraídos a la vigilancia inmediata de sus directores espirituales que residen actualmente en Caacaty, y haciendo poco menos que todo lo que quieran, han retrocedido, por así decirlo, al estado salvaje. Este poblado y el de San Miguel ya no pertenecen a la provincia de Misiones, como en tiempo de los jesuitas. Ahora todas las tierras situadas al oeste de la laguna Iberá constituyen la comandancia de San Miguel, que desde 1825 pertenece a la provincia de Corrientes.

Fui a reunirme con la tropa que se había dirigido al norte, del lado de *San José*. Acampaba junto a una laguna de más de una legua de ancho, donde el agua limpia y el fondo de arena blanca y fina invitaban a bañarse, lo que hizo gran parte de la dotación. Se encendieron grandes fuegos, asándose carne para la cena. Nuestro campamento ofrecía un aspecto singular. El gran número de vivacs, la cantidad de personas sentadas a su alrededor, cortando cada una su ración de tasajo o asando nuevos pedazos, todo esto en su conjunto tenía algo de pintoresco y salvaje que no carecía de atractivo para mí. Pero pronto el silencio reemplazó al movimiento y todos se durmieron tendidos en el suelo. Sólo quedaron en pie los hombres encargados de cuidar los caballos y bueyes, haciendo su guardia. Antes de que amaneciera volvió a oírse el ruido. Se llevaban los bueyes, se los uncía, se ensillaba los caballos y cada cual estuvo ocupado de nuevo hasta el momento en que nuestra larga falange se deshizo y tomó su orden de marcha habitual. El cura de Caacaty, que me había acompañada hasta allí, explicándome todo con gran amabilidad, me dejó para dirigirse a San Miguel, donde tendría que desempeñar su ministerio; le vi partir con pesar, porque me quedaba solo con gentes que no saben hablar si no es de caballos o ganado.

Recorrimos llanuras muy extendidas por donde nadie había pasado desde hacía años, pues no se veía ningún camino marcado. Galopando, me adelanté a la caravana para llegar con prontitud a unas elevaciones arenosas que de lejos se divisaban. Una vez sobre estas colinas, de veinte a treinta metros de elevación sobre la llanura, pude admirar varias plantas peculiares, distintas de

---

13 *Viaje por América meridional*, t. 2, pág. 326

las de Corrientes, una profusión de flores con los pedúnculos rastreros, que esmaltaban el suelo por todas partes. Todo el lugar aparecía cubierto por unas palmeritas sin tronco que en la comarca llaman *yatay-poñí*, o sea *yatay*, enano. Están a ras de tierra y no crecen a más de un metro de altura, incluyendo la copa; por lo demás, las hojas y frutos son absolutamente semejantes a los del yatay común. Pese a esta analogía de forma, es imposible que se trate de la misma especie que 1a que cubre el resto de las tierras arenosas de la provincia de Corrientes Esta vasta campiña desierta, esos esteros inmensos que cierran el horizonte en todos los sentidos, eran uniformes hasta la monotonía. Sin embargo, pude ver, del lado de Iberá, algunos bosquecitos aislados, pero tan distantes que apenas se distinguían. No sucedía tal cosa con los bosques de San José, visibles a la izquierda, en tanto que a la derecha se extendía un ancho pantano. Me volví hacia el convoy, y me impresionó el aspecto imponente que ofrecía, avanzando lentamente por un llano dilatado, situado por debajo de mí. El grave continente de los guías que lo precedían en el despoblado, la línea prolongada de esas carretas, provistas de un tiro de seis bueyes cada una que hacían pensar en una serie de chozas ambulantes por su altura y forma alargada, y los conductores sentados en el interior, con los largos bambúes que usan para picanear a los bueyes, y cuya punta, adornada con penacho de plumas, se halla en movimiento incesante; después las carretas, sus propietarios, a caballo por líneas de frente; luego, el rebaño de bueyes, conducido por cinco o seis jinetes; y, por último, la tropilla de caballos de reserva, guiada por el mismo número de hombres. Todo podría cubrir, en suma, un terreno de más de un cuarto de legua de longitud... Era para mí un espectáculo de gran originalidad, del que no podía cansarme. Todavía no me he referido al ruido de los ejes de madera que produce el frotamiento de las ruedas, a los gritos de los carreteros, a los mugidos de algunos bueyes que, molestos por haber dejado la querencia, llamaban sin cesar a su tierra y compañeros de trabajo, que quedaban atrás... Esta sencillez pastoril, esta vida de movimiento y reposo alternativos, por soledades interminables, esta lucha perpetua del hombre con la naturaleza, traían involuntariamente a mi imaginación exaltada la historia de los antiguos patriarcas, de los Abraham y Jacob, errando como nosotros por otras soledades, a la sombra de las palmeras de Cedar y por las arenas de la vieja Mesopotamia.

Las carretas llegaron a la colina conocida por *Loma de San José* y la siguieron durante una hora. El ruido de la caravana espantó a un ciervo de la especie que los guaraníes denominan *guazú-ti*[14]. Todos los caballos corredores se

14 *Cervus campestris.*

lanzaron en su persecución pero no lo pudieron alcanzar. Poco después un cervato de la misma especie sucumbió a los esfuerzos de más de veinte personas, que lo acometieron a la vez y en un momento el pobre animal recibió tantos tiros de boleadoras que no pudo correr y lo tuve vivo. Seguimos luego por la orilla de un gran pantano o estero, llamado en guaraní *Y-pucú* (aguas largas). Como teníamos que atravesarlo y no había el menor rastro de camino, los guías más experimentados se destacaron del grueso de la caravana para salir en descubierta del camino que se encontró después de un recorrido de una hora. Hay que ser nacido en la región para reconocer así rutas por donde hace años que nadie transita y están tapadas por juncos y otras plantas acuáticas. Se cambió los bueyes antes de ponerse en marcha y se entró en el pantano. Tenía más de media legua de ancho. Al principio lo formaba una planicie de juncos en las partes más profundas; después, en los lugares que tenían menos agua, los juncos daban paso a una especie de gramínea, de dos a tres metros de altura, que los españoles llaman *cortadera* y los guaraníes *andira cice* (pasto cuchillo), apelaciones ambas muy adecuadas, pues cada hoja de la mata es una navaja bien afilada. En la travesía mis pantalones se hicieron trizas en menos que nada y de inmediato las piernas se me cubrieron de sangre y toda clase de tajos, sin hablar de lo difícil que se hacía cabalgar por un lugar tan fangoso que el caballo se hundía hasta los corvejones y tropezaba oportunidades y tuve que sufrir las consecuencias. Se salió al fin del mal paso, pero como las carretas no pararon tuve que soportar el sol de enero, el más ardiente del año en la comarca, azotando mis piernas laceradas.

Habíamos entrado al rincón de San José formado por dos brazos del estero Y-pucú que viene del Iberá. Avanzábamos sobre una altura en la cual se reconocían ciertos indicios de antiguas viviendas: un poste aún erguido, señales evidentes de caminos cubiertos ya por pastos altos, igual que el resto del terreno. En este rincón y en el de San Joaquín tenían sus estancias los jesuitas. El rincón de San José es una lengua de tierra de cinco a seis leguas de largo por unas dos de ancho: está rodeado de profundos esteros y no tiene más que una salida, ubicada al norte. Su tierra es de las mejores. Por todas partes ofrece pastos magníficos; nunca le falta agua y los animales no tienen salida, condiciones preciosas para esos grandes establecimientos ganaderos. ¡Qué hermoso país, vuelto inculto o inútil! Con un sentimiento de tristeza se recuerda que en tiempos del esplendor de las Misiones todas estas tierras estaban cubiertas de animales que servían al aprovisionamiento de los pueblos. Hoy día reina en todas partes una soledad profunda. Ya no se ve sino una llanura uniforme, tranquilo habitáculo de los ciervos que pacen serenamente, sólo perturbados por el jaguar, su mortal enemigo.

Deseaba con ardor conseguir un ejemplar del gran ciervo del país, el *guazú-pucú*, sin descuidar nada para asegurarme al efecto la ayuda de los propietarios e integrantes de nuestra escolta, mis compañeros de viaje, con mayor razón puesto que atravesábamos una de las zonas pobladas por ese animal. Los mejores cazadores cambiaron de caballos, eligiendo buenos corredores, y prepararon sus lazos. Se avanzaba alerta, cuando aparecieron dos hembras de la especie, echadas en el pasto. En seguida el grupo se abrió y no menos de veinticinco hombres se lanzaron en persecución; todos galopaban a rienda suelta, inclinados sobre los caballos y blandiendo el lazo sobre sus cabezas. Era un espectáculo encantador. Los seguía, fusil en la mano. Las corzas apenas tocaban el suelo, pero los caballos les dieron alcance y un cazador mejor montado que los demás enlazó a una de ellas. Mi propósito estaba logrado. La otra pudo ganar una charca donde se puso fuera de alcance. El pobre animal capturado estaba tan cansado que no se pudo hacerlo correr; lo pusimos en una carreta. Los ciervos de esta especie frecuentan de noche los juncales anegados o esteros, pero de día los tábanos que abundan en esos lugares les obligan a abandonarlos por otros más secos, donde buscan algún descanso. Por sus formas difieren mucho de los nuestros; también y sobre todo sus hábitos, ya que rara vez viven en el bosque, buscando siempre los parajes acuáticos. Con gusto compré aquella hembra al que la capturó, pero tuve que pagarla cara porque le era fácil advertir mi interés por tenerla. Me costó diez pesos, o sea cincuenta francos. Poco después fue avistado un ciervo joven de la especie *guazú-ti*; esta vez descansaron los lazos y entraron en juego las boleadoras. Su carrera era tan veloz que le lanzaron más de veinte sin alcanzarlo; hasta que llegó un niño de doce años, célebre, por su habilidad, haciendo girar como de costumbre las bolas sobre su cabeza: las tiró y el guazú-ti quedó en el sitio, con las patas trabadas. Se trataba de un cervato que aún tenía el pelaje nuevo, pero también lo compré.

Pronto llegó la gente al otro brazo del estero de Y-pucú, que separa el rincón de San José del de San Joaquín; allá paramos un rato para comer. Tomándome apenas el tiempo de devorar un trozo de carne, tuve que quedarme al ardor del sol para preparar los animales tomados en el día, mientras los demás descansaban. Como de costumbre, partimos a las tres. El calor todavía era excesivo. Había que cruzar un estero considerado por su profundidad peor que todos los que ya habíamos pasado. Sin embargo no tenía ganas de retroceder. Monté y me lancé con coraje. Para tener una idea de esta agradable travesía, que nos insumió bastante tiempo, hay que representarse un pantano casi sin desagüe, de una media legua de anchura y todo cubierto de juncos, entre los cuales el caballo nada, pierde pie y vuelve a nadar. Todavía no me había

hecho a esta clase de caminos, pero seguía a los demás. Los que tenían caballos grandes se reían de quienes los tenían de poca talla porque estos últimos tenían que nadar más que los otros; el mío era relativamente grande y me derribaba con frecuencia. Por desgracia el agua y el frotamiento de los juncos y la ropa reabrieron todas las heridas que la cortadera me había producido al atravesar el primer brazo, y padecí mucho durante el trayecto. Todo se olvidó en la otra orilla, donde el sol me secó en seguida. Con varios de la caravana, salí al galope delante de las carretas. Uno de los primeros avistó un jaguar acostado en el pasto; el animal huyó con rapidez y todo el grupo se lanzó en su seguimiento; alcanzó un estero y se precipitó al agua, tras eludir dos lazos que le echaron y andaba a pasos cortos en el agua. Yo le disparé una bala que pareció quebrarle una pata, pero habría sido imprudente seguirlo por sus dominios acuáticos. Iba furioso y desapareció rugiendo entre los juncos. Nada más curioso de observar el miedo que produce a los caballos la vista de un jaguar. Hay que conocerlos bien para lograr que avancen hacia este felino cuyo olor haría huir a toda una tropilla. Se los ve galopar hacia la fiera, aguijoneados por las espuelas, moviendo las orejas y tratando de refrenarse. Es un galope forzado que tiene algo extraño.

Proseguimos la marcha. Muchos se dedicaron con sus perros a perseguir grandes perdices (*inambú-guazú*, según los guaraníes), los tinamús grandes de esos llanos. Son aves que levantan vuelo para posarse a una distancia apreciable, donde parecen burlarse de los perros; del lugar en que están posadas vuelven a volar, pero bajan a poca distancia y ya no se mueven, dejándose atrapar tontamente por los canes. Este espécimen de perdiz es mucho más grande que nuestra perdiz roja de Francia y constituye un excelente manjar. Nos hallábamos en una llanura inmensa, absolutamente horizontal. Sólo a lo lejos se divisaban unos bosquecitos dispersos a lo largo del Iberá. Es evidente, o al menos todo parece indicarlo, que estas tierras se inundan en la estación lluviosa. Franqueamos aún dos pequeños brazos de esteros y llegamos al primer montecito, donde se hizo alto para pernoctar. Se empezaba a desatar los bueyes cuando un avestruz americano, *ñandú* para los guaraníes, apareció entre nosotros. De inmediato todos los jinetes salieron en su persecución, arrojándole las boleadoras sin éxito más de veinte veces. Me divertía mucho verlo correr con las alas abiertas y describiendo incesantes zig-zags, para sustraerse a los cazadores; tenía que caer, sin embargo, y al fin pudieron bolearlo. Apenas tomado y sin darme tiempo a llegar, sus captores ya le habían cortado el cuello para hacer una bolsa con el pellejo que aprecian los moradores del campo, y arrancado todas las plumas para adornar las picanas de sus carretas, de manera que la-

menté no poderlo conseguir. Volví a la arboleda y bajé del caballo, deshecho de cansancio y sufriendo a la vez por mis lastimaduras y el ejercicio forzado que hice durante la jornada, al galope por terrenos fangosos o pastos altos entre los que no hay camino trazado. El mismo agotamiento me hizo desdeñar los mosquitos a los que me empezaba a acostumbrar.

18 de enero

El 18 de enero la caravana reanudó el viaje al despuntar el día. El grupo de cazadores, compuesto por más de veinte hombres se desplegó en línea de frente por el campo, para batir mayor espacio, tras haber convenido que a la primera señal, en caso de encontrarse algo bueno, todos se concentrarían para correr juntos la caza avistada. Yo era uno de los más adelantados, con el comandante de nuestra escolta. De muy lejos advertí que los más atrasados habían descubierto alguna cosa; se detuvieron después de una carrera larga, lo que me hizo suponer que el animal, fuera el que fuera, había sido atrapado, y en efecto al momento mi sirviente llegó a avisarme que acababa de *bolear* un ciervo guazú-ti, de buena talla, con la cornamenta desarrollada y completa. Seguía muy adelante, cuando uno de mis vecinos se puso a gritar, alzando los brazos, según lo convenido. Salí a todo galope para alcanzarlo y cuando estuve bastante cerca vi, sin poder adivinar qué sería, un gran animal negro que de lejos parecía tener dos cuerpos. Me acerqué más todavía, reconociendo un oso hormiguero ñurumé, conocido por los guaraníes bajo el nombre de *yoqui*. Lo que me había parecido ser un segundo cuerpo era su cola, casi tan larga como el resto que, levantada, se confundía con otro animal. Encantado por mi encuentro quise acercarme a tirarle; mi caballo estaba tan asustado que se encabritaba sin querer avanzar. Desmonté, corrí hacia el hormiguero y disparé con tanta precipitación que erré. Volví a correr hacia él, disparándole el segundo tiro y cayó pero volviéndose sobre el lomo, según acostumbraba, para defenderse con las garras. Me gritaron que no hiciera nada porque cuando está en peligro se abraza a lo que tenga a su alcance; como lo supe más tarde, así lucha con el jaguar y vende cara su vida, al morir, hundiéndole en los flancos sus terribles garras de cuatro a cinco pulgadas de longitud, sin soltarse más ni después de muerto. Varias personas dignas de fe me aseguraron que se ha encontrado con frecuencia junto a los dos campeones, muertos en el mismo lugar del combate. Al no poder acercarme, como estaba apurado, lo hice enlazar por las cuatro patas y uno de nuestros hombres lo ultimó. No pesaba menos de ciento cincuenta libras y medía unos tres metros, comprendida la cola. Los nativos lo consideraban un ejemplar de gran tamaño; lo hice cargar en una carreta y continuamos la marcha. Estaba muy contento con mi captura que tiempo después enriquecería las

galerías del Museo. La conversación entablada con toda la gente acerca del oso hormiguero se prolongó un buen rato y yo hice lo posible por mantenerla, a fin de obtener las mayores informaciones posibles al respecto. Atraen a este animal, que se alimenta exclusivamente de hormigas, los montículos de tierra que dichos insectos levantan, por lo que se puede encontrarlo solamente en la llanura, en tanto que el tamanduá frecuenta los bosques. Para cazar abre con las garras los hormigueros donde introduce su lengua de longitud desmesurada, la que se cubre de hormigas retenidas por una saliva pegajosa, y tragadas apenas la vuelve a colocar en su hocico. Es de suponer cuántas hormigas hacen falta para alimentar un animal de ese tamaño, por lo que también puede colegirse que los osos hormigueros serán de los primeros animales que desaparezcan del suelo americano, cuando los progresos de la civilización y el aumento de la población obliguen a utilizar, o aunque sea a recorrer con mayor frecuencia, los grandes desiertos que hasta el presente les sirven de hábitat. De todos los animales quizás sea el que tiene un modo más singular de desplazarse, porque su conformación le obliga a plegar los dedos y caminar sobre la parte cerrada del puño. También es, sin discusión, el animal más raro por sus formas y hábitos y el que presenta mayores anomalías en su largo hocico desdentado, sus ojos tan pequeños y la longitud extraordinaria de la lengua. Lleva la cría en el lomo.

Mis colecciones crecían con rapidez y a cada momento podían seguir aumentando. Ansiaba enriquecerlas con un macho de ciervo, guazú-pucú, pero no me hacía ilusiones de cazarlo porque transcurría el último día de una marcha tras la que volveríamos sobre nuestros pasos. Cruzando llanos a veces inundados, cubiertos por todos lados de pastos elevados, avanzábamos entre pequeños grupos de árboles dispersos que al borde de los esteros formaban islotes solitarios, variando un poco la monotonía del paisaje. Uno de esos montecitos, cercano a la ruta que seguíamos, me impresionó por su blancura resplandeciente. Estaba lleno de esas lindas garcetas con cuyo plumaje se adorna el chaco de los coroneles en Francia. Nada más pintoresco que aquella reunión. A no dudar, se trataba de una bandada viajera que se había posado allá para pescar a sus anchas los innumerables pececitos que en los esteros la estación cálida deja en seco. Llegamos a una leve elevación, cerca de un bosque, donde percibimos un poste, probable vestigio de alguna vivienda del tiempo de las misiones. Ningún otro rastro humano se veía por ninguna parte y la naturaleza había recobrado su antiguo dominio. ¡Que soledad, qué silencio rodeaban el lugar! Se habría dicho que todos los seres animados lo habían dejado junto con el hombre.

Después de haber pasado un bosquecito entramos en pantanos extensos, aun más salpicados de esos grupos de árboles tan notables, de forma tan redondeada y aislados, cada uno junto a una laguna llena de juncos. Allí volví a abrir en cadena el grupo, con el objeto de intentar la caza de un ciervo macho. Al contornear un gran estero descubrí uno de gran talla. De inmediato proferí un grito y todo el grupo corrió detrás: fue inútil porque el ciervo se metió en un estero y no se pudo hacerlo salir. Tuvimos más suerte con una corza, que no me consolaba de la imposibilidad de atrapar el macho, que veía en medio del estero. Pedí a todos que fueran a buscarlo, pero como este animal es a veces maligno, nadie se dejaba tentar. Mis ofertas de dinero decidieron por fin a dos soldados que se prepararon para hacerlo salir. Todos los cazadores cercaron el estero con el lazo preparado, y los soldados desnudos y empuñando el sable, entraron al agua y se dirigieron al ciervo que caminaba despacio ante ellos. Por último dejó el pantano; le echaron todos los lazos sin lograrlo cazar, cuando uno mejor dirigido envolvió su cornamenta. El animal se revolvió furioso contra el caballo del cazador, hiriéndolo gravemente de una cornada. Los demás cazadores le echaron entonces otro lazo con el que se le tuvo quieto hasta llegar las carretas, en una de las cuales quedó depositado, después de sacrificarlo. En su marcha tenía un aire orgulloso y amenazador que falta a nuestros ciervos europeos así como a su corza, cuyos modos, por el contrario, son suaves y tímidos; el conocimiento del animal que tienen todos los habitantes les hace adoptar tantas precauciones, por temor de que se les abalance, cosa que sucede a menudo.

Algún tiempo después tuve la suerte de obtener otro mamífero, no menos raro. Era la hermosa especie de lobo rojo americano, de crin negra[15], llamado *aguará guazú* (gran zorro) por los guaraníes. Nunca vi animal más ágil; saltaba los pastos altos con notable ligereza, pero el terrible lazo pudo detenerlo y desde entonces fue para mí. Todavía era joven. Al verse prisionero se enfureció en vano... Nos contentamos con no acercarnos. Es un animal dotado de extraordinario instinto para cazar perdices. Un propietario rural me dijo haber criado uno que las cazaba con sus perros, olfateándolas mucho mejor que éstos. Parece que en estado salvaje las perdices constituyen su alimento normal y las persigue indistintamente, de día y de noche. Rara vez penetra en los montes, por ser otro habitante exclusivo de la llanura, especialmente de la húmeda, muy diferente en este aspecto del lobo europeo, de más talla pero no tan alerta ni buen cazador. El de América une la astucia de nuestro zorro con la voracidad de nuestro lobo.

---

15 *Canis jubatus*, Cuv.

Ya estábamos en el territorio de la laguna Iberá, por lugares bajos inundados del todo en tiempo de lluvia. Por entonces todavía se encontraban unos espacios secos, pero los esteros o juncales inundados figuraban en número mucho mayor. Nuestra marcha se hacía minuto a minuto más difícil, trabada a cada paso por el fango del terreno. Grupitos de árboles dispersos por todos lados animaban el paisaje. Cada uno de estos islotes de árboles, como los llama la población, desborda de palmeras pindo, cuyas largas ramas verdes caen como espigas del extremo de un tronco delgado. No veíamos más que algunos catartas e iribús, venidos con seguridad a hacer nidos, y los caranchos que se divisan por todas partes. En cuanto a esos chantres de la floresta que animan la naturaleza, absolutamente nada...

Un silencio hosco caía sobre los enormes pantanos, refugio de los ciervos y demás mamíferos que huyen del hombre. Como ya no se quería parar hasta el sitio en que encontraríamos las cañas objeto de nuestro viaje, me vi obligado a esperar en ayunas hasta las tres de la tarde. Mi apetito había aumentado con el ejercicio de la jornada y ya era tiempo, para mí, de llegar a destino, porque empezaba a ver la naturaleza cargarse de tintes más sombríos que los habituales. Por fin llegamos, después de haber cruzado una infinidad de esteros y charcas llenas de cortaderas. Era un bosque de más o menos un cuarto de legua de perímetro, rodeado de pantanos profundos, que en el interior, debido a la proximidad del agua, estaban llenos de bambúes de cincuenta a ochenta pies de altura, cuyas ramas elegantes esgrimían unas espinas que inspiraban miedo de acercarse. Allí encontramos bambú seco, cortado el año anterior, que se cargó en las carretas. Quizás sorprenda que no se los hubieran llevado apenas cortados, pero ella se explica por el grosor de esos bambúes, los cuales mientras están verdes pesan tanto que recargarían en exceso las carretas, pero al secarse pierden la tercera parte del peso. Tuve que apurar la preparación de mis adquisiciones, por temor a que el calor excesivo las descompusiera, y pensé más en trabajar que en comer. Por desgracia el trabajo era tanto que a pesar del entusiasmo que ponía no pude terminarlo hasta la mañana siguiente. En efecto, tenía dos grandes ciervos, una cría, un oso hormiguero y un lobo, botín enorme. Al otro día, una vez concluidas mis preparaciones hice extender sobre las carretas los cueros de los animales para que se secaran en el camino.

El lugar en que me hallaba puede considerarse como parte de la laguna Iberá misma. El suelo se componía de pantanos profundos, por lo general cubiertos de juncos. Los grupitos de árboles estaban cada vez más próximos, y no obstante se observaban bambúes, señal inequívoca de la profundidad que alcanzaban las aguas vecinas. Nuestros guías me aseguraron que no se podía ir más adelante.

De acuerdo con todos los mapas publicados en Europa, hasta los más modernos, que reprodujeron siempre los errores contenidos en los de Azara, debía encontrarme por lo menos en medio de la laguna, ya que se la hace cubrir toda la provincia de Corrientes, reuniendo de tal modo todos los esteros de la Maloya y los del riacho Santa Lucía con esta laguna Iberá de mapa. Sin embargo, ya se ha visto que había cursos de agua y tierras bastante altas en el centro de esta superficie, con la que era más fácil al geógrafo hacer un solo pantano. Pese a la gran reducción que de acuerdo con Parchappe hago sufrir a la laguna Iberá, como puede verse en la parte geográfica de la obra, esta laguna sigue siendo inmensa. Su forma es siempre alargada de nornordeste a sursuroeste, dirección general de todos los cursos de agua de la comarca. No da origen a todos los ríos de la provincia sino a tres: Batel, Miriñay y Corrientes; el segundo se vierte en el Uruguay y los otros dos en el Paraná. Así como se la concibe en la actualidad, la laguna Iberá cubre con sus esteros una superficie que puede calcularse en más de doscientas leguas cuadradas. No es una de esas lagunas comunes, cuyas aguas se ven libres de islas y cañaverales; por el contrario, ofrece el aspecto de un pantano más o menos accesible, según la estación. En efecto, durante el verano es posible penetrar un largo trecho más allá de sus bordes cubiertos, como dije, de grupitos de árboles dispersos; pero tiene muy pocas partes susceptibles de recorrerse en bote, por lo menos por los lados oeste y norte. Es demasiado barrosa, en suma, para que se pueda recorrer a pie, y demasiado poco profunda para permitir una navegación continua. ¿De dónde puede venirle entonces ese nombre tan pomposo de Iberá[16], agua brillante? ¿Su parte oriental ofrecerá márgenes más accesibles? Es lo que debemos al menos suponer para atribuir cierta verosimilitud a la aplicación del nombre; salvo que se busque su origen en una antigua superstición guaraní –igual que para *Caa-berá*, bosque brillante– según la cual allá se verían luces por la noche. Por lo demás, ha de ser inútil que se trate de profundizar la cuestión, que se remontaría a la época más antigua de los anales de la civilización guaraní, privada hasta ahora de los medios adecuados para transmitirnos los recuerdos de su historia.

Varios indios de las viejas misiones que acompañaban a la caravana nos participaron sus ideas más o menos verosímiles acerca de la laguna Iberá. Entre otras cosas pretendían que aunque sea muy difícil atravesar este conjunto de esteros que hace casi imposible acercarse al centro de la laguna, es seguro

16 *Iberá*, voz compuesta por las palabras guaraníes *i*, agua, y *berá*, que reluce, que brilla: *agua brillante*, *agua luminosa*.

que en su parte central hay tierras secas. También referían que hace mucho tiempo, durante una sequía intensa, algunos animales cruzaron los pantanos y alcanzaron dicha isla, que el único individuo que pudo entrar desde entonces la encontró cubierta de vacunos que se habían hecho montaraces. Los indios estaban tan convencidos del hecho que aseguraban haber oído mugidos de toros y vacas. De creerse al testimonio de Funes[17], que pudo recurrir a buenas fuentes, en 1639, durante las primeras guerras de Misiones, que estaba cubierta de poblados hacía más de veinte años, los caracaras, capasalos, mepenses y gualquilaras, tribus guaraníes, con seguridad, poblaban las islas de la laguna Iberá de donde iban a saquear los alrededores de la ciudad de Corrientes; hubo que levantar contra ellos una fuerza de cien españoles y doscientos treinta guaraníes, quienes se apoderaron de una canoa de los enemigos, descubrieron así su refugio, los combatieron y dispersaron. Suponiendo que no se haya confundido ya entonces los esteros de la Maloya con la laguna Iberá, como después hicieron todos los geógrafos, este hecho vendría a reforzar las afirmaciones de los indios misioneros. ¿Bastaría para admitir que haya tierras habitadas en la laguna misma?

19 de enero

El 19 emprendimos el regreso. Se marchaba sobre las huellas de la víspera, pero como las carretas estaban cargadas y las primeras cavaban zanjas, los malos caminos nos detenían a cada momento y recién llegamos a las once de la noche al lugar de donde partimos la víspera. El 20 reanudamos la marcha. Por todas partes encontrábamos desierto el campo; ya no veíamos los ciervos de andar altivo ni el astuto lobo rojo. Todos los pacíficos ocupantes de la región habían huido al acercarse el hombre. A las dos alcanzamos el paso malo, que los caballos cruzaran a nado; nos dio más trabajo que de ida y estuvimos a punto de romper una carreta; por último franqueamos el obstáculo y la tropa hizo alto del otro lado para comer los pocos trozos de tasajo que nos quedaban, ya que nuestras provisiones se estaban acabando. Allí se dividió la caravana, con gran satisfacción de mi parte. Unas carretas querían atravesar el riacho de Santa Lucía por la ruta ya recorrida, cosa que habría de resultar penosa por su carga, en tanto que los propietarios de aquéllas en que tenía establecido mi laboratorio de preparaciones consintieron, a mi pedido, en dar la vuelta a los esteros que originan el riacho Santa Lucía y pasar por Barranqueras, localidad que ya había visitado antes de mi viaje a Caacaty.

Estas carretas de viaje son muy grandes y tan distintas de las nuestras que considero necesario describirlas. El cuerpo es de madera maciza, con un largo

17 *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay*, etc., tomo 2, pág. 29.

timón adelante que se prolonga detrás a todo lo largo del artefacto, unido a otras dos piezas de madera que forman los costados y todo ligado por fuertes travesaños. El eje es muy grueso y también de madera, lo que obliga a dotar las ruedas de cubos más voluminosos que para los ejes de hierro; estos cubos son enormes. Por lo general las ruedas son muy altas, a fin de poder cruzar las tierras inundadas que aparecen con tanta frecuencia, y de gran espesor, necesario para la solidez, dada la carencia de herrajes; cada una tiene material suficiente como para que en Europa se saquen por lo menos tres ruedas de mediano tamaño. Al cuerpo de la carreta se adaptan montantes sobre los cuales se fijan tallos flexibles de lianas, curvados en semicircunferencia para estructurar el armazón de un techo de cuatro a cinco metros de largo por dos de altura. Se guarnecen los costados con paja seca, recogida en los esteros y atada sólidamente; la parte superior se cubre con tres o cuatro cueros de vaca, puestos de través y bien atados entre sí, de manera que el conjunto forme una verdadera cabaña. En medio del frente de la carreta hay una pequeña media luna colgada, en la que se apoya un largo bambú llamado *picana*, que sirve para aguijonear los bueyes y maneja un carretero sentado en la misma delantera. La picana tiene por lo menos diez metros de longitud y su base reposa en la media luna, cosa que permite al conductor dirigirla en todos los sentidos, sobre los tres pares de bueyes. El extremo, por lo común adornado con un gran penacho de plumas de avestruz, está munido de un pinche que tiene que alcanzar la tercera yunta; una vara, también con su aguijón, desciende perpendicularmente sobre los lomos de la segunda yunta, y para estimular la primera, la de los timoneles, el picador empuña con la mano izquierda una varita (*picanilla*), mientras maneja la picana con la derecha, por lo que se encuentra obligado a moverse todo el tiempo, cosa que hace muy penoso su trabajo.

A cada carreta se uncen seis bueyes; dos al timón, con un yugo bastante largo para que cada uno deba caminar por la misma huella que seguirá la rueda correspondiente. Las otras dos yuntas también tienen yugos semejantes, pero atados de manera que un espacio amplio separe a los tres pares de bueyes; es así cómo una sola carreta viene a ocupar mucho espacio. Allí, como en todas partes, cada buey recibe para avanzar el doble estímulo de los aguijones que he mencionado (picana y picanilla) y los gritos de *¡vamos!* repetidos a cada momento por el conductor, que agrega cada vez el nombre del animal al que increpa, como si se creyera escuchado y comprendido. Una caravana de carretas así preparada resulta en verdad imponente y forma una línea prolongada que gana majestad en medio de aquellas inmensas soledades, por las que traza un camino en el pasto que no ha sido hollado durante muchos años y que tal vez vea transcurrir un número aún mayor antes de volver a serlo.

Tomamos las alturas de San José pero tuvimos que dar un rodeo prolongado, debido al fuego que nuestra misma gente puso al llano por diversión. El campo ardía por todas partes; torbellinos de humo ennegrecían el aire sacudido por la crepitación de las plantas incendiadas y sólo los esteros detenían las llamas que un viento impetuoso diseminaba por toda la zona, en menos que nada.

Pronto aparecieron a nuestra izquierda los bosques de San José. Tomé la delantera con varios otros individuos que esperaban encontrar fruta. Reconocimos el antiguo camino hecho por los pobladores y entonces cubierto de plantas altas y hasta arbustos pequeños. A cada lado crecían árboles que parecían haber formado alameda. Me hallaba en unas leves elevaciones arenosas pobladas por palmeras yatay-pofil, especie rastrera que ya he descrito. Siguiendo la vieja ruta entre malezas, llegué a un monte de durazneros y naranjos que era el único resto del antiguo poblado. En el sitio donde había estado la plaza una cruz señalaba el emplazamiento de la iglesia; nada más quedaba, ni siquiera un poste erguido, para testimoniar el esplendor que tuvieron las misiones, cuando las gobernaban los jesuitas. San José, a cuyo nombre se agrega en la región *cue* (ex), era la cabecera de las estancias jesuíticas, en la margen occidental del Iberá. Allá se aprovisionaban de ganado todas las demás misiones. Hoy día está todo desierto; los animales domésticos ya no recorren esa campaña vasta y fértil, donde los reemplazaron las bestias feroces. El pueblo debió ser bastante grande, a juzgar por la cantidad de durazneros y naranjos dispersos que corresponden a los jardincitos particulares que otrora tenía cada familia. En la actualidad constituyen un monte y están mezclados a otros árboles indígenas que concluirán por asfixiar del todo esta vegetación importada. Una magnífica laguna de agua clara ocupa un lado de la localidad; la cantidad de senderos que convergen hacia ella permiten suponer que debe haber sido muy frecuentada.

"¡He aquí –me decía al contemplar aquellos tristes despojos de establecimientos antaño tan opulentos–, he aquí el estado a que están reducidas las hermosas misiones que tantos odios concitaran contra sus valerosos fundadores, entre las otras órdenes religiosas y los seculares españoles! ¡Estos son los lugares cuya posición codiciada produjo tantas denuncias contra sus poseedores, por parte de celosos obispos o gobernadores más celosos aún! He aquí a que las redujeron los hombres injustos y apasionados que, luego de clamar contra la tiranía de su administración, las sometieron a una administración todavía más tiránica.

Estas ideas se vinculaban con el recuerdo de la época de esplendor de las misiones y con el de su historia, desde la conquista hasta nuestros días; histo-

ria muy interesante, de la que voy a ofrecer un extracto sucinto, reservándome la mención del gobierno que las regía, para el momento en que describa las hermosas misiones existentes en las extensas provincias de Chiquitos y Moxos, donde encontré intacta aquella administración en verdad paternal.

El primer europeo que recorrió las orillas del Paraná más allá de Corrientes y aun, según lo aseguran los historiadores[18] hasta la proximidad de la gran catarata, fue Gaboto, hacia el año 1527, el mismo que con posterioridad remontó el río Paraguay. Las provincias de Misiones, o más bien las del Guayrá, como las llamaban los primeros conquistadores, estaban pobladas por diversas tribus guaraníes. Indios pacíficos, fáciles de reducir, cuya ropa consistía en una mera capa de pieles de animales, semejante a la que todavía usan los tobas del Chaco y los patagones. Estos indios tan tratables y hospitalarios, mantuvieron mucho tiempo su independencia sin que se tratara de reducirlos; la primera tentativa hecha para reunirlos en una población tuvo lugar más o menos en 1536, al borde del Paraguay, en el lugar que ahora ocupa Asunción. En 1555 muchos españoles al mando de Nuflo de Chaves, penetraron en la provincia del Guayrá y comenzaron a establecerse en comandancias. Los guaraníes establecieron relaciones amistosas con los españoles, o más bien soportaron con paciencia su yugo, hasta 1560, año en que trataron de recobrar la libertad. La efervescencia ganó la provincia del Guayrá, hoy día Misiones, donde se libraron varias batallas. Estallaron conflictos renovados sin cesar o nunca extinguidos, entre los españoles siempre despóticos y los guaraníes sometidos por la fuerza a una dominación severa, de la que constantemente trataban de librarse. En 1579 Juan de Garay, el fundador de Buenos Aires, marchó con treinta soldados selectos contra los indios congregados cerca del Paraná. Dos guaraníes, llamados Pitum y Corasi, se adelantaron a desafiar a los españoles más valientes, desnudos y con una pica por único armamento. Dos españoles salieron a la liza, con sus espadas, y los guaraníes resultaron vencidos tras una obstinada resistencia. Se retiraron alabando el valor español, lo que ofendió a su jefe Tapuyguazú, quien, temiendo que esto pudiera ejercer una influencia peligrosa sobre los suyos, hizo matar a los guerreros en premio a su coraje.

1828
Misiones

Hacia 1600 los españoles trataban con tanta tiranía a los indios del antiguo Guayrá, que la mayor parte, ya reducida en *encomiendas*, desertaba de todas partes y volvía a su vida salvaje. Dos expediciones realizadas entonces por Hernandarias a las orillas del Paraná y Uruguay los hicieron desistir de la idea

18 Datos extraídos de Funes, op. cit., y otros historiadores acreditados.

de reducir por la fuerza a los numerosos indígenas de la región, cosa que determinó a la corte de Madrid a resolver que sólo podrían someterlos las armas de la fe, y Felipe III promulgó en 1608 una real cédula que aprobaba la medida. Al año siguiente dos jesuitas llegaron a América y partiendo de inmediato al Guayrá, emprendieron en 1610 la fundación simultánea de todas las misiones del Paraguay y las de Misiones, aún existentes, por y contra las cuales se publicaron tantos escritos. Entonces se edificó Loreto, no el poblado que describí sino la antigua Loreto, a mayor altura sobre el Paraná, que iba a cambiar tantas veces de emplazamiento, hasta ocupar el actual. Fue por lo demás esta primera misión la que dio nacimiento a San Ignacio y a todas las demás. Por cierto que los indios, acostumbrados a sentirse maltratados por los gobiernos militares, se encontraron a sus anchas con la nueva forma de gobierno que les aseguraba una vida tranquila, sin mucho trabajo, y sobre todo alimento y vestidos que ellos mismos manufacturaban en común, por lo que todas las tribus vecinas de los jesuitas se le unieron con extraordinaria rapidez.

En 1612 la corte de España sancionó una medida muy favorable a los jesuitas y sus pobres neófitos. Una ordenanza disolvió las encomiendas, derogando el derecho hasta entonces reconocido a los que vinieron a poblar el continente, de apropiarse de todos los indios que encontraran en las regiones descubiertas y conquistadas por ellos y explotarlos durante dos generaciones. Esta sabia disposición motivaría necesariamente importantes desórdenes entre los soldados de la época, pero no produjo cambios notables en la situación existente. Las misiones progresaban y los indios guaraníes, agrupados en poblaciones numerosas y prósperas, disfrutaban en paz del gobierno paternal de los jesuitas. Esta situación se mantuvo hasta 1628 en que Luis Céspedes Xeray asumió el gobierno del Paraguay; este funcionario, que se había casado con una portuguesa oriunda de Río de Janeiro, dejó entrar a los *mamelucos*, o portugueses libres de San Pablo[19], les permitió dar caza a los indios para venderlos como esclavos y no tuvo inconveniente en asignar por sí mismo un precio a esta condescendencia criminal. Seguros de su impunidad, desde entonces los mamelucos comenzaron por penetrar en la provincia de Guayrá o Misiones, allá por el año 1629, destruyendo once poblados construidos hacía poco por los jesuitas. Don Esteban Dávila, gobernador de Buenos Aires, calculó en sesenta mil los indios vendidos en el mercado de Río de Janeiro, durante el

19 Se sabe que la provincia de San Pablo, colonia portuguesa sólo poblada de malhechores escapados de la justicia, mantuvo su independencia hasta los comienzos del 1700, época en que el gobierno portugués la tomó bajo su protección.

breve lapso que media entre 1628 y 1630. Las naciones bárbaras de la vecindad imitaron a los mamelucos, reduciendo las misiones a un estado deplorable, que los jesuitas intentaron remediar a fuerza de cuidados; sus esfuerzos fueron inútiles. En 1636 una tropa compuesta por quinientos mamelucos y dos mil tupíes volvió a invadir la república cristiana. Sus habitantes imploraron el amparo del gobernador del Paraguay, don Pedro de Lujón, quien acudió con premura con la intención de socorrerlos, pero se acobardó en el momento de combatir. Los indios entraron solos en acción y obtuvieron una victoria completa. En lugar de congratularlos, el cobarde Lujón les reprochó su triunfo y mandó poner en libertad a los prisioneros hechos al enemigo, pareciendo sólo satisfecho con el trueque de dos mil cautivos que se obtuvo de los mamelucos; pero en vez de reintegrarlos a sus pueblos respectivos los distribuyó entre sus soldados, sin duda para premiar su falta de valor. Una nueva tentativa se produjo en 1640. Los mamelucos, con ayuda de los tupíes, sus compañeros de rapiña, cruzaron el Uruguay en trescientas piraguas y volvieron a atacar a los guaraníes. Estos juntaron algunas armas de fuego, fabricaron cañones con gruesas cañas de bambú cubiertas de cuero, y a pesar de la inferioridad de su armamento les infligieron otra derrota. Los portugueses hicieron la tercera incursión en 1652, resultando vencidos por vez tercera.

En 1644 los jesuitas tuvieron varias discusiones con el obispo del Paraguay, que los expulsó de Asunción, adonde sólo en 1650 pudieron regresar. Los neófitos no sólo tenían que proveer a la defensa de su territorio sino que debían servir además como tropas auxiliares en todas las guerras que tuvieran que sostener los gobernadores del Paraguay y Buenos Aires, cosa que debía demorar mucho el progreso de las misiones jesuíticas y exponerlas con frecuencia a la corrupción; sin embargo, cada día estaban más florecientes y se convertían en objeto de envidia para todos los gobernadores vecinos; de ahí las falsas declaraciones acerca de la riqueza de las pretendidas minas de la provincia, que incluso repercutieron en Europa, y en 1657 hicieron acordar al gobernador del Paraguay la facilidad de visitar todos los establecimientos cristianos, en los cuales no encontró otros tesoros que cultivos laboriosos y una administración que permitía esperar resultados ventajosos del porvenir. Por esta vez la envidia no obtuvo ninguna satisfacción. Hacia 1676 la corte española, que pretendía imponer a los indios de Misiones los mismos tributos que a los del Perú, sin considerar los servicios militares que prestaban día a día, autorizó a don Diego Háñez a levantar un censo de contribuyentes; al parecer éste exageró la cifra mediante la inclusión de los niños y los viejos. Por suerte los jesuitas lograron sustraer durante un tiempo más, de los efectos de la medida, a los neófitos que se encontraban bajo su dominio.

Los conflictos suscitados entre Reves y Antiguera[20], así como otras muchas disensiones que tuvieron lugar hacia 1722 en Paraguay, causaron gran daño a Misiones. Siempre había que mantener bajo las armas gran cantidad de indios guaraníes y fue sólo a su bravura que se debió en 1735 la salvación de Asunción, atacada por bocobís y guaycurús, naciones del Chaco. Además, los jesuitas tenían que luchar contra las incesantes intrigas del clero secular, que con acusaciones calumniosas obtuvieron contra ellos del obispo Arregui, en 1733, una orden de expulsión de todo el Paraguay, cuyas consecuencias sufrieron los Padres hasta 1743, año en que fueron llamados de nuevo. El número de indios en condiciones de trabajar, que Barúa había estimado en 1.500.000 en un memorial elevado al gobierno y plagado de falsedades, se había reducido a 19.116, que pagaban un tributo anual de un peso por persona. En la memoria apologética redactada por el padre provincial de Misiones, se indica que en 1715 la población ascendía a 117.488 almas y en 1730 su número había aumentado hasta 133.117.

Según el último tratado suscrito en 1750 por España y Portugal, se devolvía a España la Colonia del Sacramento y había que señalar por fin los límites entre ambas potencias. Estos límites les convenían igualmente, pero los jesuitas los consideraron con pesar, porque la medida les privaba de algunas de las misiones orientales del Uruguay, y se esforzaron por retardar todo lo posible su ejecución. Elevaron al virrey de Lima y a la Audiencia de Charcas un memorial, reclamando contra la injusticia de esa disposición. En la Audiencia se apoyó su demanda, fue cursada al virrey y se resolvió someterla a consideración del rey, para que resolviera e impartiera a los comisarios instrucciones al respecto. En 1752 el marqués de Valdelirios llegó a América en compañía de Altamirano y Córdoba, dos jesuitas enviados de España en calidad de comisarios de la línea. Los jesuitas de Misiones hicieron todo lo posible para demorar la evacuación, aduciendo que los indios se negaban a abandonar sus reducciones, que sería posible que recibieran con las armas en la mano a las tropas encargadas de aplicar el tratado, que habían conservado un recuerdo demasiado doloroso del perjuicio que les infirieron los portugueses, para consentir nunca en someterse a sus leyes. El marqués de Valdelirios descubrió al fin el motivo de la morosidad jesuita y no perdió más tiempo. En octubre de 1752 comenzó su actividad; se unió a don Gómez Freire de Andrade, comisario portugués, y ambos funcionarios iniciaron los trabajos demarcatorios por el Castillo, al norte de Maldonado. En el ínterin, el provincial escribió a los indios que era preciso

20 *Sic*, en el texto. (N. del T.).

trasladarse y estos respondieron que debían sus tierras a Dios y a sus antepasados; se levantaron y arrastraron al movimiento insurreccional a todos los neófitos, salvo contadas excepciones, pese a los esfuerzos realizados por los comisarios eclesiásticos ante los curas para que consintieran en la evacuación. Estos comisarios fueron considerados causantes del mal; se llegó a dudar de que fueran jesuitas y los indios hasta marcharon contra uno de ellos, Altamirano, que tuvo que refugiarse en Buenos Aires.

Sin saber nada, los enviados llegaron a Santa Tecla. Los indios, prevenidos, se les apersonaron y el jefe guaraní tuvo con ellos una entrevista en la cual se negó rotundamente a reconocer la nueva línea limítrofe convenida. Esto indujo a los comisarios a retirarse, sin atreverse a pasar. Al ver que el jefe de los trabajos demarcatorios efectuaba aprestos bélicos, el procurador de Misiones, en nombre de su provincia, renunció a la autoridad que ejercía sobre los poblados que le negaban obediencia. Altamirano aceptó la renuncia y esperó que retiraran de las misiones a los *doctrineros* (curas), supuestos jefes de la revuelta. Escribió además a todos los curas, ordenándoles quemar la pólvora, destruir las armas, oponerse en especial a la fabricación de armas nuevas, abandonar sus poblados después de haber destruido todos los objetos afectados al culto, y por último regresar a Buenos Aires. En sus escritos, los jesuitas pretenden que a pesar de todos sus esfuerzos por llevarlos a la obediencia, los indios no quisieron modificar su actitud y se negaron incluso a escuchar lo que se les aconsejaba sobre el abandono de sus poblaciones. Agregan que llegaron hasta arrancar la orden de evacuación y quemarla en la plaza pública.

Por su parte, Valdelirios se dirigió a Martín García con sus tropas, y Gómez Freire hizo otro tanto por la suya. Las fuerzas de Valdelirios constaban de la guarnición de Buenos Aires y las milicias de Montevideo, Corrientes y Santa Fe. Por fin en abril de 1754 todos los cuerpos debían atacar cada cual un punto determinado. Andonaegui, jefe de la dotación española, avanzó hasta el arroyo Guarupá, y al ver el cansancio de sus caballos mandó pedir refuerzos a Yapeyú; pero los habitantes de esta localidad, guaraníes todos, estaban vinculados estrechamente con los insurgentes y por consiguiente detestaban a los españoles, considerándolos usurpadores. En la primera reacción de furor, doscientos de ellos rodearon al correo y le dieron muerte. Durante el curso de la guerra llegaron hasta hacer prisioneros a sus curas porque éstos parecían partidarios de los españoles. El estado de la fuerza española decidió a su jefe a invernar en un lugar donde esperaba encontrar forrajes, que le faltaban en sus acantonamientos. Al retirarse fue atacado por los indios de Yapeyú, que resultaron vencidos. Gómez, el jefe portugués, supo en Yacuy la retirada de los españoles y se

enojó, pero tampoco atacó, siendo en cambio atacado por los indios, que siempre tenían presentes los daños que sufrieron de los portugueses. Por unos meses, ambos partidos se hicieron una guerra cruenta que los obligó a concertar un armisticio, durante el cual esperarían la solución de sus cortes respectivas y cada ejército volvería a sus tierras; estas cláusulas fueron observadas por ambas partes. Sin embargo, Freire olvidó pronto el convenio y propuso a Andonaegui la reanudación de las hostilidades a partir del mes de marzo del año siguiente. La vergüenza de su retirada precipitada decidió a los españoles también. En diciembre de 1755 Andonaegui salió de Montevideo y al principio del año siguiente se enfrentaban los contendientes. Sin dejar de batirse con valentía, los indios se quejaban de ser los únicos defensores de los verdaderos intereses españoles, contra sus ministros, y todos los días esperaban verse confirmados en sus derechos. Cuando los ejércitos no esperaban más que la señal del combate, el jefe guaraní Nanguirú hizo decir a los españoles que sus indio estaban dispuestos a someterse. Andonaegui le concedió una hora para deponer las armas, sin perjuicio de ser pasado con los suyos a filo de espada, pero los españoles empezaron la lucha ante la expiración del término. Fueron muertos mas de mil trescientos indios y su ejército derrotado. Por cierto que el número de indios sólo ascendía a mil setecientos, en tanto que españoles y portugueses unidos totalizaban dos mil quinientos hombres armados a la europea. Después de varios otros encuentros, los españoles quedaron dueños del lugar y expulsaron a los indios de su tierra natal. Así terminó la primera guerra guaraní.

Esta guerra, interpretada en tantas formas por los distintos autores, en razón de la diversidad de sus opiniones, favorables o adversas a los jesuitas, es el principal motivo que los hizo odiosos a muchas personas imparciales que creyeron razonablemente prevenidos contra ellos a algunos historiadores de la época; pero si se examina, con Funes, las piezas que sustentan su defensa, habrá que pensar que tuvieron una intervención limitada, que por una parte sólo la obstinación de los indios y, por la otra, la mala fe puesta por los españoles y portugueses en la cuestión del armisticio, hicieron inevitable la guerra, causa principal de la primera desorganización de las misiones que más tarde resultó tan funesta a aquellas hermosas ciudades nacientes. Es verdad que España sólo podía perder en esa guerra, y que, por el contrario, todo era ganancia para Portugal. ¡Funesto ejemplo del peligro que entrañan tales determinaciones precipitadas que toman los gobiernos, ignorando lugares y circunstancias! ¿Podían de buena fe, los guaraníes, que habían visto raptados por los portugueses a sus padres, madres, hijos, hermanas y esposas, arrastrados luego y subastados por los vencedores en los mercados de sus capitales, podían de buena fe, digo,

en esta situación, someterse sin combatir el yugo de una nación que los oprimía desde hacía dos siglos?

Sea como fuere, se inició la aplicación del tratado de límites, pero los portugueses, con pretextos diversos, eludieron su cumplimiento total hasta 1759. En 1760, la muerte de Fernando VI interrumpió la entrega del territorio y Carlos III lo denunció en definitiva, en 1761, sin que los jesuitas lograran recobrar su antiguo poder ante la corte. Numerosos escritos publicados contra ellos, agregados a la envidia que su prosperidad inspiraba a sus vecinos y el deseo de repartirse sus despojos –todos estos motivos juntos– determinaron su expulsión total del territorio perteneciente a los españoles, por acta firmada el 27 de marzo de 1767. Al recibir la comunicación en Buenos Aires, Bucareli quiso hacer méritos, proponiendo un plan reservado de ejecución militar. El 22 de junio se fijó para la sorpresa, en las ciudades de Corrientes, Córdoba, Santa Fe y Montevideo, y el 21 en Buenos Aires, pero un accidente precipitó la catástrofe. El 2 de junio Bucareli se enteró de que se había expulsado de España a los jesuitas. Temió que la medida se hiciera pública demasiado pronto, y en la noche del 2 al 3 reunió el consejo, preparó correos y acuarteló las tropas. Al día siguiente se cercó el colegio, se echaron abajo las puertas y se notificó la expulsión a los jesuitas. Los proscritos acataron la orden, abandonando todo. Bucareli dio a toda persona que tuviera algo perteneciente a los jesuitas un plazo de tres días para restituirlo, y en estas circunstancias se libró a excesos culpables, en perjuicio de varios particulares que habían mantenido relaciones con ellos. En septiembre del mismo año, doscientos setenta y un jesuitas fueron detenidos y enviados a España. Habían recibido la orden con la mayor sumisión.

Bucareli tenía que visitar los establecimientos, pero sus temores quiméricos le hicieron adoptar muchas precauciones. Hizo ocupar diversos puntos por cuatrocientos hombres de las milicias de Paraguay y Corrientes, luego partió, el 24 de septiembre de 1768, acompañado por una pequeña fuerza. Al llegar al Salto del Uruguay, despachó dos oficiales a una parte de las misiones y se dirigió a Yapeyú. Por todas partes los indios se sometieron sin protestar y Bucareli se encontró dueño de treinta poblaciones. El clero jesuita fue sustituido por miembros de las órdenes mendicantes a quienes sólo se confió el gobierno espiritual, en lugar de acumularlo a las funciones administrativas, como otrora. Se nombraron administradores encargados de hacer trabajar a los indios y velar por los intereses de cada poblado. Bucareli dividió las misiones en dos provincias; entregó los diez establecimientos del Uruguay a Zabala y los otros veinte a Rivaherrera, después de lo cual volvió a Buenos Aires.

Los indios de las misiones no tardaron en darse cuenta de la pérdida que habían sufrido, al verse librados a una serie de calamidades que debían acarrear su ruina total. Sus nuevos jefes aplicaron todos los métodos susceptibles de embrutecerlos, cosa que, por otra parte, no podía menos de suceder. En aquel entonces los jesuitas eran los más instruidos de todos los religiosos; acababan de ser reemplazados por curas sin instrucción, que ignoraban el idioma guaraní, y por administradores todavía más ignorantes; todos déspotas sin razón, rivalizando sin cesar sobre sus atribuciones respectivas y celosos unos de los otros. En medio de esos conflictos jurisdiccionales, los indios sufrieron todas las vejaciones posibles, lo que también ocurrió en las misiones del Perú, tal como más tarde habré de referirlo. Los administradores quisieron suplir su propia inepcia obligándolos a entender el castellano a latigazos. Todos robaban a más y mejor, ocupándose mucho más de sus intereses que de los del Estado, y esos mismos intereses siempre daban motivo a conflictos entre el cura y el administrador. Se advertirá qué poco felices debían sentirse los indios con semejantes dueños; por supuesto, empezaron a odiarlos. Informado acerca de la situación imperante, Bucareli trató de remediarla en 1769, cambiando a todos los primeros administradores y enviando dos inspectores que nada bueno llegaron a hacer. Los nuevos administradores no fueron más humanos que sus predecesores. Bucareli pensó resolverlo todo, concentrando en manos de Zabala todo el gobierno de la provincia y, después de haber elegido a La Candelaria como capital, dictó en 1770 nuevos reglamentos y sometió los indios misioneros a las leyes de España, pero éstos eran perezosos por naturaleza y corrompidos por el ejemplo de sus jefes, de manera que aunque las nuevas instituciones daban mayor amplitud al derecho de propiedad, dejaron sus campos incultos y los talleres sin trabajo, faltos del estímulo que antes vinculaba a agricultores y obreros, solidarios con un interés común. También se permitió a los indios comerciar libremente con los españoles. Eran aún novicios en esta clase de especulaciones, y por desgracia muchas veces los engañaron los comerciantes europeos, sin que nunca pudieran contar con la protección de los administradores y curas, quienes, so pena de castigos, se reservaban una parte más o menos importante de sus ganancias, tal cual pude observarlo todavía en las provincias de Chiquitos y Moxos; al efecto, se basaban en una resolución del reglamento dictado por Bucareli, según la cual el comercio debería efectuarse por intermedio de los administradores; éstos obligaban a los indios, de este modo, a trabajar para ellos durante un tiempo que habrían empleado mejor en subvenir a las necesidades de sus familias.

Las dificultades se complicaban de más en más. Curas, administradores e indios se hallaban todo el tiempo en conflicto; aquéllos, debido a su codi-

cia cada vez más excitada y la envidia que les producían los éxitos de sus competidores; éstos, porque el yugo de sus tiranos se les hacía cada día más insoportable.

En 1772 varios administradores denunciaron que los curas de sus respectivas reducciones levantaban a los indios contra ellos. A su vez, los curas acusaron a los administradores de tratar a los indios como esclavos, a su capricho. El nuevo Virrey de Buenos Aires escribió al respecto a Zabala. Más tarde, en 1774, tuvo que dirigirse personalmente a Misiones, debido a unas discusiones habidas con los portugueses con referencia a los límites, y llegó hasta Santa Tecla, estancia que en tiempo de los jesuitas tuvo quinientas mil cabezas de ganado, comprobando su devastación total.

En 1776, los indios minuanes, incitados por los portugueses, atacaron Yapeyú. Habiendo prometido a los indios restituirlos a las misiones, los portugueses se apoderaron de San Ignacio y faltó poco para que esa patraña les permitiera adueñarse de todo el resto de la provincia, porque los indios seguían añorando mucho el tiempo de los jesuitas.

Hasta 1800 las misiones se rigieron por las leyes de Bucareli. Ya hacía veintidós años que esta desdichada provincia era presa de las crueldades y desórdenes de sus curas y administradores, y sólo entonces se empezó a tomar cartas en la cuestión. Se creyó paliar el mal aboliendo la comunidad de bienes, sustituida por la propiedad y la libertad de los indios; esta medida podía considerarse entonces oportuna ya que era lógico pensar que habrían tenido tiempo de aprender el valor de las cosas. Para ensayar el nuevo sistema fueron emancipadas quinientas familias a las cuales se entregaron tierras y ganado; pero como desde hacía largo tiempo no trabajaban sino para sus administradores, y bajo su férula, el trabajo les era odioso; estaban embrutecidos; ya no sabían hacer lo que les enseñaron los jesuitas; como no se los dirigía paternalmente, se habían vuelto esclavos por el miedo y olvidaron su anterior forma de vivir.

En 1801, la guerra con Portugal que derivó de las guerras europeas, hizo temer otra vez por las misiones que ya no mostraban ni la sombra de su antiguo esplendor. Tenían por entonces, si se atiende al censo de la época, 45.639 habitantes, cifra que representa una merma de 98.398 sobre la de 1767. Constituía la prueba incontestable de los vicios que afectaban su administración y las pérdidas que las invasiones de los charrúas les habían infligido; por lo demás, otras causas estaban a punto de consumar la ruina. Los portugueses las atacaron una vez más, tomando con facilidad una parte que los indios, cansados del yugo que padecían, defendieron en forma muy débil, mientras que sus implacables enemigos, devastando las tierras que encontraban en su avance,

aplicaron con criterio tan sistemático el saqueo, durante la crisis de la independencia de la República Argentina (1810-1811), que la provincia de Misiones desapareció casi del todo, quedando apenas unos montones de ruinas. Allá fue, por último, donde el general Artigas completó los efectivos de sus maltrechas fuerzas orientales, trasladándose con los indios a Corrientes, donde su despotismo y desórdenes rodearon a su nombre de odiosa celebridad.

He querido exponer un cuadro sucinto de la historia política de las misiones, desde su descubrimiento hasta nuestros días. He aquí cómo están los hermosos establecimientos que tanto dieran que hablar a los filósofos europeos; he aquí lo que para ellos representó el desorden que sucedió a los tiempos serenos en que cada indio, exento de ambiciones y dedicándose al escaso trabajo que se le asignaba, tenía la familia alimentada, atendida, bajo techo, vestida, sin ningún miedo ni preocupación por el porvenir. Es verdad que los neófitos disfrutaban de una libertad muy restringida; es verdad que estaban sometidos a una tutela permanente; pero creo que este sistema de gobierno les convenía mucho más que el que lo reemplazó: el de los administradores. Pude estudiarlo con detenimiento y en todos sus aspectos en las misiones de Chiquitos y Moxos, donde subsiste, y lo creo preferible a los demás porque los indios de nuestros días no están más libres que bajo aquel régimen, librados, por el contrario, a hombres capaces de todos los excesos que, detestándose mutuamente, en lugar de llevar a igual paso sus administraciones respectivas, querían gobernar a su manera particular. Hoy día esos hermosos campos que antaño estuvieron cubiertos de poblados bien construidos y limpios, y de cultivos que prometían abundancia, han vuelto a su estado primitivo. Espesos bosques cubren el campo; los árboles invaden hasta las ruinas de las poblaciones, donde unos lienzos de pared, a veces incluso unas plantas extranjeras, quedan como únicos indicios del lugar que cada misión ocupaba. La naturaleza parece tratar de revestirse con sus ornamentos primitivos y desaloja hasta a los durazneros y naranjos, vegetación de otro hemisferio, para desplegar su flora indígena.

Creo que sería difícil juzgar a fondo a los jesuitas por lo que hicieron con las misiones del Paraguay.

Esta relación histórica señala cuántas veces fueron estorbados en su actividad, cuántas veces fueron echados y se reintegraron a sus funciones; lo que agregado a la obligación permanente de diezmar sus poblaciones para satisfacer las requisiciones de tropas que día a día imponían el gobernador del Paraguay o los virreyes de Buenos Aires, durante los ciento cincuenta y siete años de su administración, debía por fuerza obstaculizar mucho los progresos. Nun-

ca se podrá elogiar bastante el talento y perseverancia de hombres a quienes aquellos obstáculos no impidieron obtener resultados tan satisfactorios como incontestables, pese a todo lo que hayan podido objetarles adversarios menos desinteresados que parciales.

20 de enero

Miraba con tristeza a los hombres de la caravana que se habían puesto como locos a comer los duraznos que engalanaban todos los árboles. Con un sentimiento penoso contemplaba esas frutas aterciopeladas, de color rosa, que aparecían en medio del follaje, y los naranjos de frutas doradas. Por último me sacó del ensueño en que me había sumido la llegada de las carretas que, pasando con lentitud ante mí, fueron a ubicarse alrededor de la laguna, donde se estableció nuestro campamento. Hacía tal vez muchos años que sus aguas no reflejaban tantas luces. Cada fuego hecho en la orilla tenía un aspecto vivaz que más tarde sería reemplazado por la oscuridad del despoblado. Me sorprendía que la tropa no estuviera animada como de costumbre; no la veía hacer ningún preparativo para cocinar, que pudiera dar pie a la conversación, y mayor fue mi sorpresa cuando el jefe de la caravana se llegó a decirme:

–No tenemos más víveres y vamos a acostarnos para olvidar el hambre.

En efecto, todo el mundo se acostó y se durmió. Yo tuve que hacer otro tanto.

Camino a Barranqueras
21 de enero

A la mañana siguiente toda la gente en pleno se dedicó a recoger duraznos y cargarlos en las carretas; luego abandonamos San José. Cruzamos varios esteros, uno de regular anchura donde las carretas estuvieron a punto de volear. Pronto descubrimos a la distancia los bosques de *Iberá-tingai*, situados junto al Paraná. Montecitos dispersos de naranjos señalaban la ubicación de las antiguas viviendas indias de la misión. Por último llegamos a un gran naranjal que en otra época formaba alamedas, cerca del cual hicimos alto. Esos naranjos cubiertos de fruta tenían tal altura que habrían podido figurar entre nuestras arboledas altas de Francia. Sin duda en cualquier otra ocasión hubiera admirado el lugar, pero la carencia de alimentos me impedía dirigir la atención a lo que me rodeaba. Para engañar el estómago comí unas naranjas, pero fue inútil. No obstante, aún no se preparaba nada. Cada vez estaba más fastidiado y al ver que mis compañeros de viaje no se preocupaban mayormente, disponiéndose acaso a esperar la llegada a Caacaty para saciar su apetito, me decidí a comprar un buey, que fue sacrificado de inmediato. A las tres ya teníamos de comer y toda la gente estaba contenta. Los carreteros hicieron provisión de naranjas y partimos. El monte de *Iberá-tingai* está situado en lo

alto de la barranca del Paraná, pero en un sitio donde el curso mismo del río se halla separado ahora de los acantilados cubiertas de pasto por un pantano de media legua de ancho, por lo menos. Estaba seco y tuvimos que pasarnos de agua, por ser imposible bajar hasta el Paraná. Seguimos su orilla, teniendo a la vista los bosques que por allí adornan las numerosas islas que engalanaban el río. Avanzando así llegamos a Las Barranqueras a las nueve y paramos para hacer noche. Otra vez me encontraba en el antiguo territorio de Corrientes y a doce leguas de Caacaty. No me desagradaba el retorno a un lugar habitado, porque mi estadía en el desierto ya se me hacía un poco larga.

1828
Regreso a Caacaty

Con gusto volví a ver los alrededores de Las Barranqueras, que me recordaban las contrariedades y padecimientos del viaje que había efectuado por el Paraná, para ir a Caacaty, recuerdos que entonces no carecían de atractivo. Siempre me agradó repasar en la memoria aquellos instantes de descorazonamiento producidos por los dolores físicos que luego valorizaban el descanso.

El 22 de enero se uncieron los bueyes a hora temprana y nos pusimos en marcha, siguiendo la ruta que había tomado en mi primer viaje a Caacaty. Paramos en Itá-Ibaté, para pasar las horas del calor, que era muy intenso, pues a la sombra se mantenía en los 36 grados centígrados. No corría un soplo de aire para refrescar la atmósfera, cuya extremada pesadez anunciaba la proximidad de la tormenta. El lugar de nuestro campamento había estado habitado hacía pocos años. Una choza ruinosa y varios naranjos lo probaban. Nos ubicamos bajo los naranjos para disfrutar de alguna sombra; a pesar del calor quise buscar insectos, pero mi tentativa no fue feliz. Removía unas maderas tiradas cerca de la casa cuando me asaltaron por sorpresa unas enormes avispas rojas, denominadas *cavapyta* por los guaraníes. Una de ellas me hundió el aguijón en la mano y en el mismo momento sentí un dolor atroz. Al oír que me quejaba, un indio corrió a recoger hojas de cierto árbol que llamaba *curupicahí*, las masticó y aplicó en la parte dolorida; como por encanto el dolor casi desapareció en un momento. Me sorprendió este efecto, por ignorar si debía atribuirlo a la nueva clase de cataplasma o a una virtud propia de las hojas masticadas. Me incliné sin embargo hacia la primera opinión. De cualquier manera, la mano se inflamaba en forma extraordinaria y estaba del todo insensibilizada. Al día siguiente todo rastro del mal había desaparecido.

22 de enero

Después de la siesta uno de mis compañeros de viaje, que quería levantar las piezas de su recado para ensillar el caballo, encontró debajo una víbora enorme, de la especie más temida por los pobladores. Se había deslizado mien-

tras él dormía. Esta especie, que los españoles llaman *víbora de la cruz*, traducción de su nombre guaraní *mboycuruzú*, es sin discusión la más peligrosa de la región. Se conocen casos terribles de los efectos producidos por sus mordeduras. En un alto, el caballo de mi viejo compatriota de Iribicuá, que había pisado una de estas víboras, fue mordido en la pata. El pobre animal se puso a temblar; hubo que desensillarlo en seguida y una hora más tarde moría. Tuve ocasión de observar el efecto que producen las picaduras de la serpiente de cascabel, o crótalo, y nunca lo vi tan rápido, lo que quizás se debiera a la parte del cuerpo en que el veneno podría tener mayor expansión. Los países llanos, arenosos y poco arbolados, suelen abundar más en reptiles ofidios. Allá, antes que en la montaña, debe irse a buscarlos y cada vez que llegaba a tierras de esa naturaleza hacía cosechas abundantes de este género de animales, que constituyen en todas partes el terror de la población. Una prueba de lo que aquí adelanto podré ofrecer cuando describa mi estada en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, donde las serpientes son tan comunes que no hay nada más corriente que encontrarlas en el interior de las casas céntricas de la ciudad, o verlas caer del techo, lo que nunca vi en tierras onduladas ni muy boscosas.

Partimos después de la siesta, pero como las carretas no podrían llegar el mismo día a Caacaty, por ser ya las siete de la tarde y faltar seis leguas de camino, dejé la caravana y dos horas después estaba en Caacaty, donde por fin pude dormir en una cama, cosa que no me sucedía hacía mucho tiempo. Allá permanecí varios días completando mis investigaciones por los alrededores, escribiendo y dibujando. Tras de haber explorado todos los bosques y lagunas de la vecindad, resolví abandonar la comarca, cosa que hice el 29, dirigiéndome al Yataití-Guazú con todas mis colecciones, desde donde seguiría viaje a Corrientes en un convoy próximo a partir para la ciudad. Otra vez me hallaba entre los hermosos yatay cuyos habitantes me recibieron con los brazos abiertos, y durante unos días volví a mis excursiones de historia natural, que me produjeron nuevas muestras; luego me dispuse a volver a Corrientes. El 4 de febrero se cargaron las carretas y a la tarde todo estaba dispuesto para mi partida, que tuvo lugar al día siguiente.

29 de enero

1828
Vuelta a Corrientes

La mañana del 5 se puso en marcha la caravana. La seguí de cerca, alcanzándola en el momento en que, abandonando el Yataití-Guazú, entraba en un estero enorme, sin desagüe, que corre paralelo al riacho Santa Lucía. A dos leguas del riacho, hacia el oeste, esta cañada como tantas otras está llena de juncos y sirve de morada

5 de febrero

habitual a multitud de aves acuáticas. En su ribera opuesta todavía encontré palmeras yatay, con el terreno arenoso y las lagunitas características de Yataití-Guazú; pero estas tierras no tardaron en desaparecer y otro pantano semejante al primero apareció ante nosotros. También hubo que atravesarlo, aunque tuviera más de media legua de anchura y mucha profundidad. El yatay volvió a mostrarse con sus arenas y lagunas. Allá fue que se hizo alto para pernoctar, cerca de la casita de un estanciero, en una eminencia arenosa del sitio llamado Monzón. Todas estas tierras, parecidas a las de Yataití-Guazú, son muy fértiles; habitadas por agricultores que obtienen abundantes cosechas de tabaco y caña de azúcar, y por estancieros que explotan los esteros de la Maloya, limitados por los yatay al oeste, criando ingentes ganados. A la noche, cuando la gente se reunió junto al fuego, tuve la suerte de recoger muchos insectos de gran interés, atraídos por la luz; después cada uno hizo su vivac como le pareció mejor.

6 de febrero

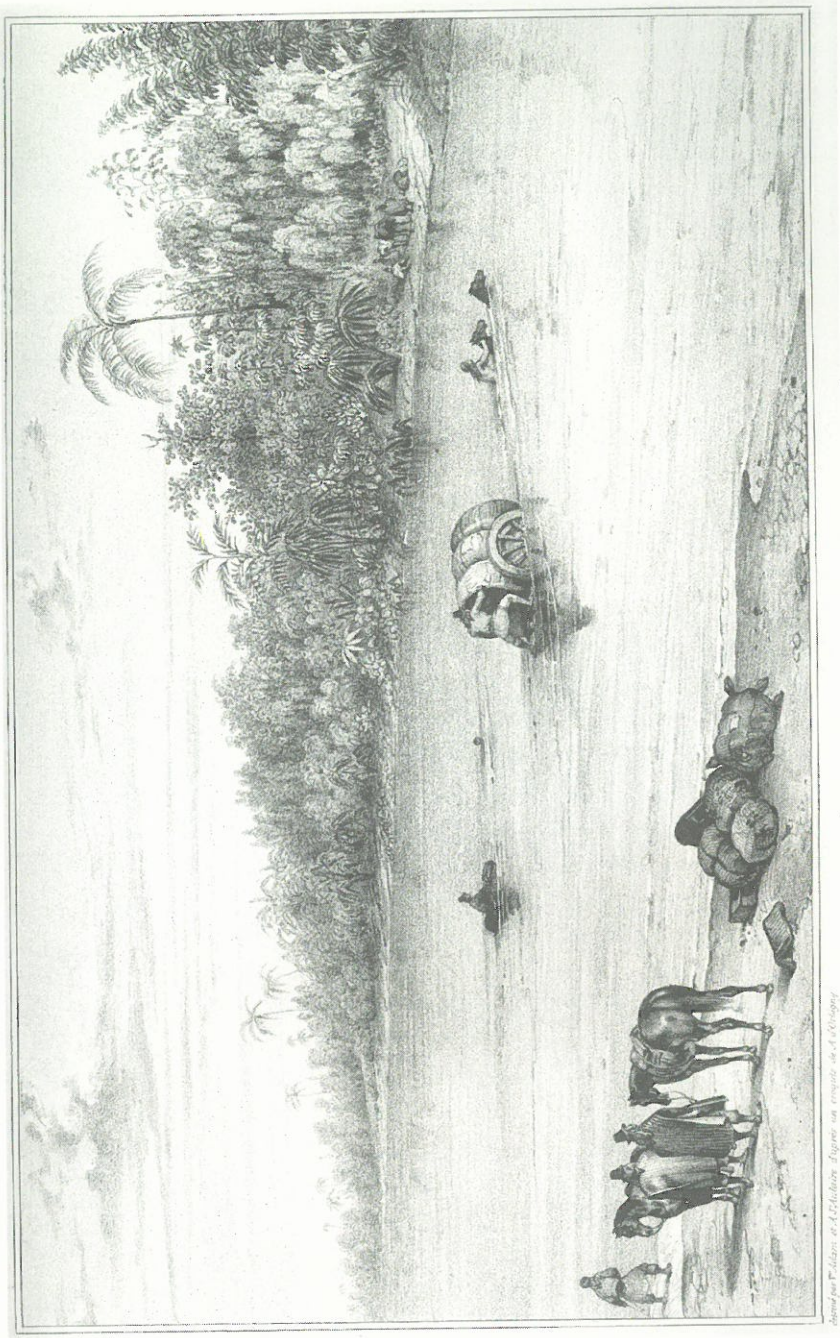
El 6 seguimos todavía por los bosques de yatay, pero pronto desaparecieron, al mismo tiempo que las arenas, su territorio exclusivo. Las tierras se volvieron arcillosas, se cubrieron de carondais y empezaron los pantanos. Pronto me vi en medio de los inmensos esteros que cubren todo el centro de la provincia de corrientes y se conocen como La Maloya, pantanos de los que sólo América suministra ejemplos, porque en ninguna otra parte se encuentran lugares inundados cuya extensión sobrepase las trescientas leguas cuadradas y sus aguas carezcan de curso visible, debido a la perfecta horizontalidad del terreno. Estos esteros son más o menos profundos, cubiertos de juncos, dando nacimiento a una gran variedad de plantas acuáticas o escondiendo en su seno bosquecitos compuestos de árboles diversos; sus orillas se cubren de palmeras carondai y todo se inunda en la estación de las lluvias, en ciertas partes al menos. Sin embargo –¿quién lo diría? – en estos lugares temibles, que frecuentan el jaguar y otros animales salvajes, se encuentran algunos propietarios que viven criando ganado y desafiando a tábanos y mosquitos, los azotes más leves de esos despoblados. En esa zona húmeda que en Europa estaría infectada durante la sequía por una capa de agua en descomposición, no existen miasmas deletéreas. Las tercianas, plaga de nuestras ciénagas, no se conocen en medio de La Maloya, cuyos habitantes se ven tan robustos como en cualquier otra parte. Pasamos toda la jornada por los pantanos, metidos en el agua casi todo el tiempo, hasta que tuvimos la suerte de encontrar la casa de un estanciero, una de las tres o cuatro que pueblan aquella soledad acuática.

1828
La Maloya

Al día siguiente recorrimos durante todo el día las mismas tierras anegadas, cortadas por montes de arboleda tupida y numerosos carondais diversos. Siempre teníamos el agua hasta las rodillas del caballo, porque era verano, y no encontramos un solo sitio en que se pudiera cocinar. En todo el día fue imposible bajar del caballo y a la noche hubo que prender fuego en la cúspide de uno de esos hormigueros enormes, tan característicos de los pantanos de la región, los que ya había encontrado a orillas del Riachuelo. Estos hormigueros cónicos señalan esteros menos hondos que aquéllos, donde crecen los juncos, cuyo fondo es arcilloso. A veces se quedan secos, o poco menos, lo que nunca sucede en los otros; se los llama malesales en la comarca. Tales marchas prolongadas a través de los aguazales son muy cansadoras, debido a los movimientos forzados del pobre caballo, que a veces pierde pie o se sacude a cada paso, y sobre todo si se está expuesto al sol de febrero, ardiente en esta zona. A la mañana había franqueado el estero que da origen al río Empedrado. Este río no corría aún por su cauce, pudiendo ser considerado como tal sólo a la salida de La Maloya. A la noche nos vimos obligados a acostarnos mal que bien en las carretas, porque no se podía echar pie a tierra.

8 de febrero

El 8 se empleó la mitad de la jornada en atravesar esteros; luego empezamos a encontrar terreno seco y al anochecer llegábamos bastante cerca del Riachuelo, a seis leguas de Corrientes. Por una distancia tan reducida no quise pasar otra noche en el campo. Cambié de caballo y un galope, me llevó a la ciudad.



Cruce del Río Santa Lucía (Corrientes).

CAPÍTULO X

Nuevo viaje por el Paraná. Excursiones al Chaco; los indios Tobas y lenguas

Nuevo viaje por el Paraná

De regreso en Corrientes, volví a mis tareas ordinarias. Tenía mucho trabajo para poner mis notas en orden y debía, al mismo tiempo, pensar en mi vuelta a Buenos Aires. Las noticias de la iniciación de las hostilidades entre Buenos Aires y el Brasil no eran tranquilizadoras. Gran cantidad de embarcaciones de piratas de todas las naciones, con patentes más o menos en regla de los dos gobiernos, robaban y saqueaban por todas partes. Ni el curso del Paraná estaba al abrigo de esos ataques, y yo no sabía qué hacer. Tenía sin embargo sumo interés en reconocer minuciosamente el curso del río. Traté, en consecuencia, de procurarme una pequeña embarcación. No hallándolo tan prontamente como deseaba, resolví terminar, por lo menos y entretanto, el sondeo del Paraná arriba de Corrientes. Sólo me faltaba la parte comprendida entre Iribicuá e Itaty; pero esa pequeña distancia bastaba para dejar trunco mi trabajo. No vacilé entonces en hacer lo mejor que pude para completarlo. Alquilé una pequeña barca y la envié antes por agua, con orden de esperarme en Iribicuá, a donde quería llegar por tierra, para no tener que luchar tres o cuatro días de más con la corriente.

Desde el 9 al 29 de febrero

Partí el 1 de marzo de noche, acompañado por una sola persona. Pronto me di cuenta de que había sido engañado. Los caballos que había comprado para ese viaje pronto se fatigaron y a duras penas me condujeron hasta Guaicaras, donde continué mi camino, luego de

1 de marzo

haberlos reemplazado. Me detuve, empero, junto a un lago que me habían señalado como depósito de muchas conchillas de agua dulce. Me desvestí e hice, en efecto, una cosecha bastante buena. A las once estaba en la aldea de San Cosme. Creía posible llegar en el día a Iribicuá, pero un violento huracán y torrentes de lluvia me obligaron a descansar en casa de un pobre agricultor, que me recibió lo mejor posible. No pude ponerme en camino hasta el día siguiente por la mañana; y, partiendo al galope, arribé a las diez a la pequeña cabaña de mi compatriota Grouet, a orillas del Paraná. Llegué con el corazón lleno de esperanzas, creyendo hallar en el puerto mi embarcación. Mi esperanza resultó defraudada. Todo estaba en silencio, tanto en la cabaña como en sus alrededores. El señor Grouet había abandonado su morada, de manera que yo era el amo del lugar. Mi barca no había llegado; ningún rastro humano se veía sobre la arena. Todo había retornado a su estado de tranquilidad primitiva. Regresé entristecido a la cabaña. Esa choza derruida no era hecha para alegrarme. Mi compañero de viaje no estaba más contento que yo. Lo más lastimoso era que carecíamos de víveres, no habiendo llevado nada, porque creíamos hallar la barca; y estábamos todavía en ayunas. Luego de haber aguardado largo tiempo, decidí correr hasta la casa de posta, distante una legua. Llegué en un suspiro. Ya no había casa; los indios que la habitaban vivían entonces en espesos matorrales de arbustos llamados *talas*. Sin otro abrigo contra la lluvia y el sol que las ramas cruzadas de los arbustos, sin otro lecho que un cuero de buey, que les servía también de techo, cuando llovía, esos pobres desdichados carecían de víveres, lo que los dispensaba de dármelos. Sin poder adivinar por qué mi embarcación no aparecía, envié a uno de esos indios a Itaty, para averiguar si había pasado frente al lugar. Me disponía a acostarme en aquel sitio, esperando el regreso del mensajero, y siempre en ayunas, cuando otro indio, que había estado pescando a orillas del Paraná, vino a informarme que mi barca había llegado finalmente. Partí rumbo a la costa. Volví a sentirme alegre con los víveres y la piragua, que se había retardado debido a la fuerte correntada de la creciente, ya muy sensible. La noche fue fría y desagradable.

2 de marzo

Me embarqué al día siguiente muy temprano; y, marcando las direcciones con la brújula, calculando las distancias con un reloj, a una marcha uniforme, previamente medida, me dirigí, de punto en punto, siguiendo las costas meridionales del Paraná. Pasé primero por el *Riacho de Isipo*[1] (el pequeño río de los bejucos), brazo del

1 La palabra guaraní *isipo* se aplica, en general, a las plantas trepadoras y en particular a los bejucos.

Paraná, que separa una isla bastante grande de la tierra firme. Por todas partes se presentaba a mis ojos la vegetación más activa. Todas las orillas estaban cubiertas de árboles, y el conjunto era matizado por el follaje elegante de la palmera pindo, por masas de flores violetas, de convólvulos, cuyos tallos, mil veces torcidos, coronaban la cima de los árboles y caían de inmediato al agua, de manera de formar glorietas naturales, bóvedas donde todo respiraba frescura y vida, adorno natural de esos lugares salvajes, que parecen más bien esas glorietas artificiales con que se adornan a veces nuestros jardines de Europa. Unas variedades de acacias brindan también allí sus racimos dorados, que armonizan de manera que no puede ser más agradable con el conjunto; pero, pronto, esos lugares encantadores cedieron paso a los acantilados escarpados, secos y gredosos de los alrededores de Itaty, y arribé finalmente a la aldea, cuyos buenos habitantes me festejaron del mejor modo que les fue posible. Una vez que los dejé para continuar mi camino, doblé las puntas rocosas de *Hivirai* (madera mojada), *Yaguari*, etc., y me detuve cerca de la punta de *Tolero*, para pasar la noche. Había gran cantidad de mosquitos. Reunimos muchas boñigas secas de vaca para hacer fuego, a fin de alejar esos insectos. Dispusimos en un gran círculo ese combustible en pequeñas pilas; primero las encendimos, luego extinguimos la llama para provocar el humo; el procedimiento nos resultó perfecto. Mis remeros me enseñaron que los indios tobas cazaban mosquitos encendiendo fuego a la paja o a hierbas mojadas. Me acosté en medio del círculo, sobre mi poncho, que me servía a la vez de sábana y de colchón, lecho al cual estaba acostumbrado desde hacía tiempo.

3 de marzo

El 3 de marzo reinicié la navegación, y descendiendo siempre con rapidez el Paraná llegué a la desembocadura del arroyuelo San José, que forma un inmenso pantano antes de unirse al río. Allí hallé una planta que es, tal vez, una de las más hermosas de América. Esta planta, que parece pertenecer a la familia de las ninfeáceas, vecina del nenúfar de Francia, pero de dimensiones gigantescas, es conocida por los guaraníes con el nombre de *yrupé*[2], nombre que debe a su hábitat y a la analogía de la forma de sus hojas con las de ciertos grandes platos con la tapa de ciertas cestas redondas fabricadas en la región. Imagínese, en una extensión de casi un cuarto de legua de ancho y más de largo, hojas redondas, flotando en la superficie de las aguas, de un tamaño de uno a dos metros y cuyo contorno tiene bordes levantados perpendicularmente dos pulgadas arriba del agua como un plato. Esas hojas, lisas por arriba, se dividen por abajo en una

2 Palabra compuesta de *y*, agua, y de *rupe*, plato grande o tapa de cesta redonda.

serie de compartimentos regulares que hacen los lados muy salientes y están llenos de aire, que las mantiene en la superficie del agua. Toda la parte inferior de la hoja, así como su tallo y sus flores, están cubiertos de largas espinas. En medio de esa vasta planicie brillan, en proporción a las hojas, grandes flores de más de un pie, de color tanto violáceo, como rosado o blanco, siempre dobles y exhalando un perfume delicioso. Esas flores producen una especie de fruto esférico, que, en su madurez, es grande como la mitad de la cabeza y está lleno de granos redondos muy harinosos, lo que hace que los españoles del país nombren a esa planta *maíz del agua*, quienes, según parece, recogen tales granos y los tuestan para comerlos. No pude dejar de admirar a ese coloso de los vegetales, del cual recogí flores, hojas y frutos, y me encaminé hacia Corrientes, donde llegué a las cuatro de la tarde.

Había en esta ciudad, desde hacía algún tiempo, una epidemia de sarampión. Muchos niños morían y hubo en esta ocasión, cerca de mi casa, numerosos *velorios*. Siempre eran ángeles que iban al cielo, cuya partida daba lugar a una reunión, pero en Corrientes no vi bailar como en San Roque. Los convidados se contentaban con jugar a los naipes o se entregaban a jueguecillos inocentes, mientras tomaban mate y fumaban toda la noche. La alegría era muy expansiva. Los estallidos de risa, que se repetían a cada instante, no podían contrariarme más y hubiera deseado ardientemente que esa escena bárbara pasara más lejos de mí.

Excursiones al Chaco; los indios Tobas y lenguas

Quería realizar algunos viajes por el Chaco, con el fin de conocer algunas partes de esas vastas regiones y estudiar a los indios que las habitan. Mi primer viaje tuvo lugar el 5 de marzo. Me dirigí hacia la desembocadura del Río Negro. Recorrí con placer los bosques vírgenes que lo bordean, recogí hermosos insectos, cuando una tormenta retumbó repentinamente sobre mi cabeza. Creí prudente regresar a mi albergue. La lluvia caía torrencialmente; los relámpagos surcaban por todas partes la espesura de los bosques y el trueno se hacía oír muy cerca de nosotros. Mis remeros quisieron detenerse en la desembocadura del Río Negro, a orillas del Paraná. La barca fue atada a un sauce seco, aislado junto al agua. Casi en el mismo instante un relámpago nos hizo perder momentáneamente la vista; el rayo, con estruendo, cayó sobre un sauce vecino del nuestro y rompió todas las ramas. El pavor hizo desembarcar precipitada-

Gran Chaco
5 de marzo

mente a mis compañeros, temerosos por el árbol al cual estaba amarrada la barca. Descendí también. El rayo renovaba a cada instante sus relámpagos que parecían caer en todas partes al mismo tiempo. Me agazapé en un bosquecillo vecino, desde donde fui testigo de un accidente semejante al que había tenido lugar. El rayo hirió el árbol al cual nuestra barca estaba amarrada, pero no lo derribó y no hizo más que cortarle una parte de su corteza en toda su longitud. Debimos considerarnos felices por habernos alejado. Seguía lloviendo a cántaros; empero el rayo se había alejado y sus rugidos sólo se oían a gran distancia. La barca estaba llena de agua. Todas las provisiones que teníamos para el viaje estaban averiadas; todas las medidas tomadas para proseguir el viaje resultaron inútiles. Creí más razonable regresar a Corrientes, y partí, recibiendo todavía torrentes de lluvia, pero que ya me eran indiferentes, porque estaba, desde hacía largo rato, mojado hasta los huesos. Sólo he visto llover en Corrientes después de esas tempestades que se forman en el sur y que siempre son precedidas de un fuerte viento de ese lado. He notado que los relámpagos vienen a la vez de todas partes; que las detonaciones del trueno son muy fuertes y más secas que en Francia; que se oyen varias borrascas al mismo tiempo, y que el rayo parece renovarse, para caer en todas partes a la vez. La lluvia cesó en medio del Paraná; el sol reapareció pronto y puso punto final a ese frío que se experimenta siempre, hasta en las regiones más cálidas, cuando se está mojado. Llegué a Corrientes, donde debí cambiarme por completo.

8 de marzo

El 8 de marzo quise intentar un nuevo viaje hacia la zona de los indios tobas, que vivían entonces del otro lado del Paraná. Acompañé a algunos comerciantes que iban a cambiar pieles de *Qiya*[3] o de grandes ratas acuáticas del desierto; y, corriendo los peligros que exageraban muchos habitantes de Corrientes, todo lo sacrifiqué al placer de ver de cerca a esos salvajes e interrogarlos. Crucé el Paraná, luego descendí por él, pasando frente a la desembocadura del Río Negro. El Paraná había crecido en un grado extraordinario. Sus aguas sucias y fatigosas arrastraban árboles enteros. Me asombró incluso no encontrar un islote que conocía y que había visto unos días antes, frente a la desembocadura del Río Negro. Había sido arrastrado por las aguas con todos los árboles que lo cubrían. El lecho del Paraná me presentaba un contraste de color bastante notable; las aguas eran, en la margen de Corrientes, claras, mientras que en toda la mitad oeste de su curso son rojas. Es fácil explicar tal diferencia de colores. Es sabido que el Paraná inicia su curso en las montañas boscosas de las provincias

3 *Myopotamus coypus.*

de Minas, Goyas y San Pablo del Brasil. Allí, como en todas las comarcas húmedas y cálidas, la estación de las lluvias ejerce menos acción sobre el terreno que en las comarcas desprovistas de vegetación; por otra parte, las aguas que caen, durante esa estación, rezuman, antes de ir a parar a los torrentes que las conducen a los ríos, entre las plantas que en gran número cubren el suelo con profusión, lo que, poco a poco, les despega, por lo menos parcialmente, las moléculas terrosas de que están sobrecargadas. De ello resulta que las aguas llegan a los ríos, si no muy limpias a lo menos relativamente menos sucias. Tampoco se ignora que las montañas que dan nacimiento al Paraná son primitivas y, por consiguiente, mucho menos susceptibles de desintegrarse y saturar las aguas con muchos óxidos u otros principios colorantes. De ello proviene, sin duda alguna, que el Paraná no sea nunca rojo. Está a veces algo turbio, pero solamente en épocas de fuertes correntadas. No es y no puede ser lo mismo lo que sucede con el Paraguay. Este río, que nace en las montañas de Diamantino, al nordeste de Matto-Grosso en el Brasil, no arrastra por sí mismo más que aguas más o menos sucias, como el Paraná, pero jamás están coloreadas. El color que toma al unirse con el Paraná le viene de las aguas que le aportan el Pilcomayo y el Bermejo, que nacen en las montañas secundarias de Bolivia y de la provincia de Salta en la República Argentina, montañas desnudas y parcialmente compuestas de asperón ferruginoso rojizo. Las aguas que caen a torrentes en esas comarcas, en los meses de enero y febrero, separan gran cantidad de partículas de los terrenos que las constituyen y las transportan por las correntadas, que no las depositan todas en los innumerables meandros que forman esos ríos en medio de las tierras llanas del Gran Chaco, y las aguas están todavía fuertemente cargadas de esos principios colorantes cuando llegan al río Paraguay, el cual debe naturalmente enrojecerse, al mezclarse con sus dos grandes afluentes. Son las aguas así coloreadas, las que, en tiempo de crecientes, ocupan toda la orilla occidental del Paraná, sin mezclarse con las de este río, las cuales corren por la orilla oriental y marchan así paralelamente a ellas, durante más de diez leguas, antes de mezclarse del todo. El contraste de ese cambio de color en el mismo río es impresionante y asombra cuando se lo observa por primera vez.

Entré en un brazo del Paraná que separa el continente de una isla muy grande. Ese brazo se llama *Riacho del Palmar* o *del Carondaiti* (Riacho de las palmeras). Lo seguí durante algún tiempo y desembarqué en terrenos todavía cubiertos de agua, para ir a la nueva morada de los indios, que me informaron que estaba alejada una media legua de la ribera. Me puse en camino con el agua hasta la rodilla, lo mismo que mis compañeros de viaje. Hallé, en un

lugar algo más seco, una tropilla de caballos y vacas perteneciente a los indios y encontramos pronto a la persona que asumía, entre ellos, el título de alcalde o de juez. Un indio viejo nos sirvió de intérprete, porque hablaba algo de español y era a la vez uno de los jefes. Hablamos con él y fue a informar a los indios de nuestra llegada. No tardamos en seguirlo. A escasa distancia de su aldea, un gran pantano, por entonces lleno de agua, debido a la creciente del Paraná, nos impidió avanzar. Los comerciantes que me acompañaban podían fácilmente cumplir allí el propósito de su viaje, pero el mío fracasaba, al no poder ir hasta donde vivían los tobas. Solamente el alcalde cruzó el pantano a nado y se dirigió a la aldea a anunciar nuestra llegada e invitar a llevarnos las pieles de que se disponía. Un cuarto de hora después vinieron treinta indios –hombres, mujeres y niños– pasando todos a nado el pantano, con sus vestidos ligeros y sus mercancías en la cabeza. Los comerciantes hicieron ciertos intercambios con bizcochos; quedaron poco satisfechos de la operación. Yo lo estaba aún menos de mi viaje y me prometí formalmente regresar pronto a estudiar más en detalle a esas tribus salvajes.

Algunos días más tarde se me presentó una oportunidad bastante buena de ver una de las naciones indias del interior del Chaco. El cacique Bernardo, jefe de los tobas, vino a Corrientes, acompañado de cuatro indios de la nación lengua, que venían en diputación ante el gobernador para invitarlo a sellar con ellos un tratado de comercio, sea para que fueran a buscarles o para que les permitiera conducir allí sus algodones o peleterías. El gobernador estaba ausente y fui testigo de la entrevista con el funcionario que lo reemplazaba. Su idioma es tan gutural como el de los indios tobas y creo que es sólo una variante del de éstos, porque se entienden entre ellos. Esos indios vestían su gran traje nacional, es decir, iban medio desnudos con un poncho sobre los hombros y una pieza de tela en la cintura. Lo más singular de su atavío eran los adornos de la cabeza. El lóbulo de las orejas lo tenían cargado, como el de los botocudos del Brasil, de grandes trozos de madera redonda atravesados en él; y como es un signo de belleza llevar los más grandes, dos de los indios, que, sin duda, eran los más importantes de su nación, llevaban trozos del tamaño de la mano, de tal manera que las orejas pendían sobre sus hombros; pero tal adorno extravagante no era el único. Tenían, además, una abertura transversal en la base del labio inferior, y de esa abertura salía un tronquito de madera, de una o dos pulgadas de largo, sostenido dentro de la boca por un pedazo más grande, parecido a la parte superior de una muleta. Como el agujero transversal se agranda de continuo, están obligados a cambiar a menudo el trozo de madera, que es enorme en los individuos más viejos. Tal aspecto extravagante les va-

lió, en la época de los primeros españoles, el nombre de *lenguas* porque el tronquito semeja una lengua. Fácilmente se comprende hasta qué punto el estiramiento de los labios en sentido transversal debe desfigurarlos. No me cansaba de mirarlos. Sus cabellos caían hacia atrás reunidos en forma de cola, a la cual se le adherían plumas de avestruz, en tal forma que formaban un penacho como sombrilla sobre la cabeza.

Los lenguas tienen la piel bronceada, los ojos ligeramente inclinados y los pómulos salientes, rasgos que he hallado en los tobas, en los botocudos, en los bocobis y, por así decirlo, en todos los indios del Chaco, así como en todas las pequeñas naciones aisladas en medio de los guaraníes, con las cuales los lenguas mantienen muchas relaciones.

El gobernador interino no creyó que una alianza con las naciones ribereñas del Chaco le sería ventajosa. Desdeñó la propuesta, diciendo que no tenía necesidad de algodón y que podía prescindir de las pieles, ya que los tobas proporcionaban bastantes. Los indios retornaron como habían llegado y se perdió una vez más la oportunidad de penetrar como amigos en ese vasto territorio del Chaco. No dudo que si los gobernadores de las provincias limítrofes del Chaco hubieran cumplido con más buena fe las promesas a sus habitantes y, sobre todo, si hubieran sido menos inflexibles en sus relaciones con ellos, no dudo, repito, que el Chaco estaría hoy poblado en muchos lugares tanto por los indios como por los comerciantes españoles mezclados con ellos. Esas naciones comienzan a experimentar la necesidad de acercarse a los lugares donde pueden obtener una cantidad de objetos que se les han hecho indispensables, como hachas, cuchillos y muchas otras cosas de primera necesidad; así los tobas van a morar cerca de Corrientes, los lenguas a buscar la misma alianza y, por otro lado, los matacos de la parte noroeste del Chaco salen todos los años de sus despoblados, para ir en grandes grupos a alquilar durante algunos meses sus servicios en la provincia de Salta, con el fin de procurarse los artículos que necesitan. No he hallado a esos lenguas descritos por Azara[4]. El cacique Bernardo, a quien pregunté, en diversas oportunidades, si esos indios se ocupan de agricultura, me respondió siempre que sí, lo que está en contradicción con lo que informa el autor español, quien los trata de holgazanes y guerreros feroces. No he observado nada parecido. Mis lenguas, llamados por los tobas *nomaca*, y no *cocoloth*[5], como dice Azara, parecen dulces y buenos. No

4 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, tomo II, pág. 148.

5 Palabra que es, sin duda, una corrupción o repetición de la palabra *coloc*, caminando, perteneciente a la lengua toba.

tienen tampoco la estatura media de cinco pies nueve pulgadas que les asigna ese escritor. Su estatura no es más que de cinco pies tres o cuatro pulgadas en el caso de los más altos. Son, por lo demás, bien proporcionados, aunque macizos, tal como lo señala nuestro autor. No criticaré lo que dice de sus costumbres; las conoce mejor que yo.

El 18 de marzo, a pesar de las instancias de mis amigos de Corrientes de no emprender ese viaje, me puse de nuevo en camino para visitar a los tobas.

18 de marzo

Esta vez, a despecho de los peligros reales, dispuse todo de manera de permanecer algunos días entre ellos. Confiaba en la amistad de su cacique Bernardo, a quien compré con algunos regalos, habiendo tenido la oportunidad de verlo varias veces en Corrientes; por lo demás iba bien armado y acompañado de varias personas. Un barquichuelo me transportó a la otra orilla del Paraná. Penetré en el Riacho del Carondaiti y desembarqué en el territorio de los indios. El Paraná había bajado mucho, de manera que me resultó fácil llegar a su aldehuela, metiéndome algo en el agua. Está ubicada cerca de un lago y compuesta de algunas filas de cabañas. Fui bien recibido por el cacique y quise enseguida recorrer todas las casas, tanto para verlas como para asegurarme si podía adquirir algunos objetos interesantes, porque es, por así decirlo, imposible extraer algunas precisiones de esos indios, que hablan muy poco entre sí y menos aún con los extranjeros. La jornada se empleó en observarlo todo y en hacer preguntas al cacique y al alcalde, los únicos miembros de la tribu que hablaban español. Les hice todas las preguntas posibles acerca de sus usos y costumbres. Sólo saqué escasos frutos de mis esfuerzos. Con esfuerzo se decidieron a responder a mis preguntas. Traté también de recoger una serie de palabras de las más usuales en su idioma; desgraciadamente su habla es tan gutural que perdí mucho tiempo para conseguir bien poco. No solamente no gustan hablar, sino también parecían, tal vez a propósito, sorprendidos por mis preguntas, que debían creer indiscretas y siempre inoportunas. He visto más de una vez a dos tobas, uno sentado al lado de otro, permanecer horas enteras sin hablar. Siempre son sombríos o apáticos y muy diferentes, en esto, de los indios de las provincias de Chiquitos, que tienen permanentemente la sonrisa en los labios y que se ríen de cualquier cosa. Los tobas ríen muy raramente. Jamás les he oído cantar, ni aun ebrios.

Por la noche los indios hicieron un reguero de paja mojada en los umbrales de sus cabañas para cazar los mosquitos; yo dormí al aire libre y, al día siguiente, reinicié mis investigaciones. Quería conseguir insectos y cazar. Uno de los indios me hizo comprender que quería ensayar conmigo a tirar flechas.

Le respondí que también lo deseaba. Eligió por blanco un tronco de palmera de ocho pulgadas; colocóse a treinta pasos de distancia y varias veces seguidas clavó la flecha en el tronco. Temí no tener tanta puntería como él. Le hice comprender, sin embargo, que podía hacerlo mejor. Pareció dudarlo y me instó a tirar. No estando más seguro que él de mi puntería, y no queriendo comprometer el crédito del arma de fuego, lo hice esperar y cargué mí fusil con perdigones. El azar hizo pasar poco tiempo después, algo cerca, unos trupiales volando en línea recta. Hice fuego dos veces seguidas y cayó gran número de pájaros. Sería difícil reflejar el asombro del indio; se quedó estupefacto y me preguntó vacilando si, matando tantos pájaros de un solo tiro, podría también matar tantos hombres. Le respondí de manera de dejarlo con tal idea. Entonces admiró mi arma, y cuando regresamos a la aldea habló a sus conciudadanos de la maravilla. He visto mil veces en los pueblos especialmente cazadores renovarse la expresión de ese entusiasmo de mi toba, al ver matar tan fácilmente los pajaritos.

Un hombre de la provincia de Santiago del Estero, que vivía en Corrientes desde hacía algunos años, encontró un medio fácil de comerciar con pieles. Fue primero a establecerse en la aldea con objetos de intercambio; luego, creyendo su comercio asentado, pidió en casamiento a la hija del cacique. Casóse, en efecto, a la manera indígena, y desde entonces fue miembro de la nación. Todos los indios lo llamaban hermano y obtuvo el monopolio exclusivo del comercio en esos lugares; pero ese hombre que sólo había visto, en ese empeño, un medio momentáneo de especulación, no se consideraba seriamente obligado, y me dijo que, una vez concluido su comercio, rompería sus vínculos, para regresar a su tierra. Vi a su mujer, que era una de las indias más bonitas de la aldea. No es, por lo demás, la primera vez que los pobres indios han sido tan indignamente engañados. La historia del Paraguay presenta un ejemplo sangriento. En 1678, bajo el gobierno de don Felipe Rege, los guaycurus llegaron como amigos cerca de Asunción. Acamparon del otro lado del río Paraguay, esperando el momento propicio para caer de improviso sobre los habitantes, con el propósito de vengar antiguas afrentas. Una india descubrió los proyectos hostiles de los indios a los jefes españoles, que nada concibieron mejor para desbaratar el complot de sus enemigos que simular un matrimonio. Don José de Abalos, teniente-gobernador, fingió estar enamorado de la hija del gran cacique y solicitó su mano, prometiendo a este precio una alianza sincera y durable. Incluso abandonó su vestimenta española y adoptó la de los guaycurus. Firmóse el tratado y fijóse el lugar de la boda. Durante ese tiempo, los españoles concibieron una acción de lo más baja y de lo más indigna de su

carácter. Ocultaron soldados entre las personas que debían arreglar el casamiento, dándoles la orden de atacar a los indios, apenas éstos estuvieran ebrios. El día señalado, los indios acudieron en masa, no pensando más que en la solemnidad de la alianza que iban a sellar; y mientras recibían los primeros regalos, los españoles enviaron del otro lado del río un cuerpo de infantería y caballería, que debía caer sobre los indios que quedaron, pero el golpe no logró sorprender a éstos. Los que poco confiaban en las promesas españolas, estaban armados y se defendieron. En Asunción, el momento de la ceremonia nupcial fue señalado por una carnicería horrible. Los españoles masacraron a todos los jefes indios, lo suficiente crédulos como para confiar en sus promesas, aun en las solemnes. Fueron degollados trescientos indios; y los españoles festejaron, el 20 de enero de cada año, el aniversario de esa victoria fácil, de esa San Bartolomé de un nuevo género. No es posible dejar de reconocer que si las naciones americanas han sido a veces feroces, tenían por lo general excusas, puesto que defendían su suelo natal y, sobre todo, su libertad; motivos bien nobles, por cierto, y bien serios para explicar excesos que justifican su falta de luces. Los españoles no tienen mucho derecho de lamentar el odio mortal que esas naciones sienten por ellos, porque, sin duda, en muchas circunstancias se lo han atraído por crímenes horribles y por perjurios no menos culpables hacia seres que, para excusar su perfidia, simulan a veces considerar por debajo de la humanidad.

Hacía ya ocho meses que el comerciante medio-indio de que acabo de hablar vivía con los tobas. Me dio muchas informaciones sobre ellos, informaciones que, añadidas a lo que pude observar por mí mismo, me permiten decir algo de esa nación.

Desde los tiempos de las primeras conquistas, los tobas habitaban entre el río Bermejo y el Pilcomayo. Sus tribus eran en aquel entonces numerosas e hicieron a menudo temblar a los españoles y a las naciones vecinas. Ocupaban desde los últimos contrafuertes de los Andes, a orillas del Pilcomayo, hasta las orillas del Paraná y del Paraguay. Hoy, aunque divididos en pequeñas secciones, forman todavía dos hordas: una (la mayor), se extiende desde las orillas del Pilcomayo hasta los últimos contrafuertes de los Andes, en la República de Bolivia; la otra ocupa la aldea donde estábamos y, más al oeste, las orillas del Bermejo; es decir, del grado 20 al 28 de latitud sur, en una banda transversal sudeste y noroeste, entre los dos ríos citados, pueden ubicarse los límites de las tierras habitadas por esa nación. Antes de la llegada de los españoles, los tobas estaban divididos en una multitud de tribus, y se convirtieron, bajo distintos nombres, que trataré más tarde de reducir a su justo valor, en enemigos

mortales de los españoles, con los cuales libraron numerosos combates. Esta primera circunstancia disminuyó su número, puesto que las disputas de aquellos que habitaban el sudeste, con los abipones y bocobís, les causó la muerte a casi todos, y los restos de esa desdichada tribu del sur forman hoy la aldea situada, frente a Corrientes.

Azara pretende que el nombre de tobas les fue dado por los españoles; puede ser. Por otra parte, ¿será cierto que esos indios, desde los Andes hasta Corrientes, son llamados con el mismo nombre? Cada nación vecina les da un nombre particular. He observado, como Azara, que los lenguas los llaman *natocoec*, poco distinto de *natocoet*, dado por ese autor; y los abipones los denominan *caliazec*. No es raro que exista una diversidad tan grande de nombres en los relatos de los primeros historiadores. Es sabido que cada tribu lleva uno que le es propio y que, además, cada nación vecina da el suyo a cada una de sus tribus. De allí esa multitud de denominaciones que embrollan la historia de esos tiempos, por menos lejanos que sean, y que multiplican ficticiamente el número de naciones que, según se pretende, desaparecieron después de la Conquista.

Los tobas vagaron durante mucho tiempo por las grandes planicies del Chaco, perseguidos por los bocobís, sus crueles enemigos, que los saquearon repetidas veces y los redujeron a lo que son hoy; me han dicho a menudo que no van hacia el sur debido a los indios malos que habitan tales regiones. Fue después de uno de esos encuentros armados que en 1819 reclamaron el apoyo de la provincia de Corrientes, firmando con ella un tratado de paz, vigente desde esta época, aunque varias veces roto parcialmente por ellos, porque como niños grandes quieren poseer todo lo que ven. Ese tratado puso fin, por lo menos, a los robos que realizaban sin cesar, cruzando de noche el Paraná, para llevarse el ganado de los habitantes del campo de Corrientes. En 1826, vivían todavía en las tierras interiores, cuando, por especulación, un francés quiso hacer cortar maderas de construcción y palmeras a orillas del río Negro, a algunas leguas en el interior del Chaco. Hacía varios meses que trabajaban los obreros, cuando vieron aparecer a los indios, que fueron atraídos por el humo de sus fogatas. Primero tuvieron miedo; pero, pocos días después, el cacique, con toda su nación, aseguró a los trabajadores que nada debían temer y que, por el contrario, traería a todos los indios para que los conocieran. Muy a menudo empleóse después a esos indios en conducir pedazos de madera al borde del río, servicio por el cual se les daba algunas bagatelas. Sólo en 1827, mientras yo estaba en Corrientes, los tobas ocuparon, finalmente, un lugar de habitación más cercano a la ciudad, estableciéndose allí donde los vi. Ello se

debió también al miedo a los bocobís, porque debieron abandonar una zona de caza productiva, a la que tuvieron que volver de tanto en tanto. Construyeron entonces sus cabañas divididas en dos grupos, en hileras separadas, y recibieron del gobernador de Corrientes cabezas de ganado, como prenda de la renovación de la paz.

Los tobas sólo tienen un jefe, que es, por así decirlo, un buen padre de familia para ellos, y un alcalde o segundo jefe. El primero (el cacique) era, en 1828, un indio muy viejo, que decía haber sido bautizado por los jesuitas y haber nacido en una de las misiones intentadas por los religiosos en el Chaco, misiones que no lograron su objetivo y de las cuales hoy no subsiste ninguna. Ya hemos dicho que se llamaba Bernardo. El cacique es el jefe militar; en tiempo de guerra, conduce a los guerreros al combate y dirige los ataques. El segundo jefe administra la policía del lugar y cumple, a la vez, la función de intérprete. Es, con el cacique, el único indio que no abandona la aldea, pero esos dos jefes no tienen gran autoridad, siendo más bien consejeros que gobernadores de sus subordinados.

Creo que la rama de los tobas de las orillas del Pilcomayo es muy numerosa, puesto que sus componentes intimidan a veces a los chiriguanos del sur de los contrafuertes más avanzados de los Andes en Bolivia, aunque estos chiriguanos sean, por lo menos, veinte mil. En lo que se refiere al villorrio que consideramos, creo poder calcular su población en doscientos o trescientos, a lo sumo, contando hombres, mujeres y niños. De ellos, apenas sesenta son guerreros. Han perdido, por consiguiente, el recuerdo de su antigua táctica militar. Me han hablado sin embargo de la costumbre que tendrían todavía de cortar la parte superior de las ventanas de la nariz de sus caballos, para impedir que respiren ruidosamente, cuando pasan un río a nado. Esos caballos son, por lo demás, el único medio de cruzar los ríos, y es con ellos, según lo dicen los habitantes de Corrientes, que los tobas venían a robarles en la orilla oriental del Paraná. Guardan, según dicen, esos caballos para los días de ataque, en el interior de sus tierras y en sitios sólo conocidos por ellos; pero creo que en la actualidad alientan pocos propósitos hostiles contra Corrientes, que los provee de todo lo que necesitan. Sus armas son en la actualidad poco temibles; tienen arcos y flechas, los primeros, fabricados con madera muy dura, son cuadrangulares y de seis pies de longitud; las segundas de cuatro pies de largo, están hechas de cañas, con el extremo de madera de palmera carondai, madera muy dura, terminando en una punta afilada y con ganchos al revés en los costados. Todavía utilizan la maza cuando andan a pie, lo que les sucede a menudo aunque sean buenos jinetes y corran con la mayor velocidad a caba-

llo, ocultándose a veces, durante las cargas, tras los costados de sus caballos. En este caso se sirven de bolas, que manejan también con suma destreza.

Las veces que los tobas entraron a Corrientes, noté que, hasta en las calles más anchas, no caminaban jamás dos de frente y que iban, por el contrario, siempre uno tras otro, los más ancianos delante y todos los hombres primero, siguiéndoles las mujeres y los niños, igualmente de acuerdo a la edad. Vi que lo mismo sucede en su territorio y que marchan siempre con la cabeza baja. Inquirí al cacique acerca de esta costumbre y me dio una respuesta completamente satisfactoria: "Cuando caminamos, me dijo, para no extraviarnos en los bosques ponemos siempre delante a aquellos que conocen mejor la región o tienen mayores aptitudes para valerse del sol, de la luna o de las estrellas con el fin de guiarse en medio de los despoblados. Por eso ubicamos delante a los más ancianos, a fin de que conduzcan a los demás. Si marchamos en columna, es debido al hábito de seguir senderitos apenas practicables por una persona a la vez; y la razón que nos hace llevar la cabeza baja es la necesidad de atravesar a menudo bosques donde las lianas nos obligan a curvarnos frecuentemente, a fin de evitar las ramas". Comprendí perfectamente lo que me dijo el cacique y no le formulé más preguntas a este respecto. Creo, sin embargo, que se trata, además, de algo convencional entre ellos caminar así, porque he hallado la misma costumbre en muchas razas salvajes del interior de América, y sé que existe también en casi todas las islas oceánicas, principalmente en Otaiti, sin que tengan, para practicarla, necesidad absoluta. Debemos subrayar, empero, que los habitantes de los países boscosos son los únicos que poseen este hábito, lo mismo que el de bailar siempre sobre una línea y jamás en círculo, como lo hacen los habitantes de las llanuras o de las montañas.

La caza es su principal ocupación y medio de subsistencia. Renuncian para practicarla a su indolencia natural y muestran entonces gran actividad. Tienen la costumbre de partir, cada diez días, para perseguir a los quiyas, guardando la piel y haciendo secar la carne, que llevan como provisión a sus cabañas. Por eso sólo hay, por lo general, pocos hombres en la aldea. Estos pasan la mitad de su vida cazando, porque todos parten sucesivamente por grupos separados, de los cuales unos lo hacen al regreso de los otros. Persiguen como un plato de golosinas a los monos aulladores, pero capturan con mayor facilidad a los quiyas, que viven en los pantanos, en medio de los cuales es fácil sorprenderlos y matarlos en gran número, sobre todo de noche. Ya me he referido a la destreza con que manejan la flecha. No tengo que referirme más que a su paciencia y perseverancia en la caza, estímulos que se deben hoy a la vez al atractivo de los víveres y del comercio de las pieles de los animales que logran matar.

Han comenzado, desde hace algún tiempo, a dedicarse a la agricultura, en torno a sus cabañas. He visto varios campos de maíz en pleno rendimiento. Les agradan mucho esos granos, pero los espanta las labores agrícolas por la dificultad de realizarlas, porque sólo utilizan para la labranza una paleta de madera de cinco a seis pies de alto, llamada *nérérec*, y que les sirve para remover ligeramente la tierra en los sitios donde siembran. Alimentándose también de raíz que arrancan en los bosques, hacen secar y conservan en sus cabañas para los tiempos de escasez. El cacique me habló de una planta rara que comen los indios; sería de la familia del *cuis*[6] o calabacera arborescente y daría un fruto comestible bastante bueno. Poseen también algunos animales donados por el gobernador de Corrientes u obtenidos por medio del cambio con pieles de quiyas.

La pesca constituye otra de sus ocupaciones. En los grandes lagos o pantanos del interior del Chaco pescan especialmente con sus flechas, esperando a la orilla que se presenten los peces. Entonces arrojan las flechas con suma destreza; empero, desde que los europeos les han enseñado el empleo de anzuelos, usan éstos de preferencia y han tomado una gran afición a esta actividad.

Su industria es bastante limitada, porque los tobas muy raramente fabrican sus armas. Sin embargo, saben hacerlas, pero prefieren recibirlas por intercambio de los indios lenguas, mucho más industriosos que ellos. En realidad, las cañas con que fabrican sus flechas no crecen a orillas de sus ríos. No existe ninguna tradición que indique o pueda hacer creer que los tobas hayan pensado jamás en navegar por el río. Eran buenos nadadores y cruzaban siempre a nado los ríos, desde que mantenían frecuentes comunicaciones con los blancos; aun cuando poseyeron hachas, no trataron nunca de imitar a los españoles o a las naciones navegantes, como sus vecinos los payaguas, que han dado su nombre al Paraguay, y de los cuales puede decirse que son los navegantes por excelencia de esta parte austral de América. En cuanto a los tobas, aunque viven en medio de bosques espesos, cuyos árboles pueden emplear para hacer piraguas, no han pensado en fabricárselas, lo que es tanto más asombroso por cuanto ocupan las riberas de los ríos mas grandes de esta parte del mundo. Prefieren cruzarlos a nado, sirviéndose, desde la Conquista, de sus caballos, a fin de atravesar con mayor facilidad las grandes corrientes de agua. Así es, como hemos visto, que cruzan el Paraná para robar, aunque ese río tenía más de una legua de ancho. Resulta asombroso descubrir con frecuencia, en medio de comarcas regadas por numerosos ríos, naciones que no tienen la menor

6 *Crescentia cujete*.

idea de cualquier género de navegación, mientras que, hasta en los lagos de la cumbre de los Andes, los habitantes la practican de alguna manera.

En la parte de esta obra dedicada más especialmente a la etnología de mi viaje, trataré esta cuestión bajo distintos puntos de vista. Hago notar, entretanto, que la falta de embarcaciones debe atribuirse en los tobas a las dificultades que experimentaron en tiempos pasados en acercarse al Paraná y al Paraguay, donde los payaguas reinaban desde hacía siglos y defendían su dominio exclusivo.

Las mujeres saben tejer y hacer ponchos, aunque los confeccionan muy raramente. El azar me proporcionó la oportunidad de observar, cerca de ellas, la manera de explotar este género de industria. No poseen ningún telar, porque no puede darse ese nombre a dos trozos de madera fijos en tierra por medio de estacas, en posición paralela y horizontal. A esas estacas se ata la trama, formada de hilos que rodean a la madera, y, a pesar de todo, ellas conocen la manera de separar la trama para cruzar los hilos. Es, por lo demás, el mismo género de tejido que he visto emplear a los indios de las pampas y de la Patagonia y en todas las naciones que recibieron de los antiguos incas ese progreso industrial. Dan a su lana y a sus algodones colores vivos y más duraderos al emplear, como única substancia tintórea, maderas o las cortezas de diversas especies de plantas o árboles. Admiro sobre todo la vivacidad de su color rojo, sin duda alguna tan fuerte como el que obtenemos en Europa por medio de la rubia. El amarillo también es muy brillante y se obtiene de una planta del género *Solidago*[7], *que* crece en los terrenos arenosos del Gran Chaco y Corrientes, donde, en verano, ostenta sus hermosos colores dorados.

He visto algunos vasos de tierra, de proporciones medianas y formas algo etruscas. Unicamente las mujeres se entregan a esa ocupación, pero la tierra es mala y los productos se resienten. Compré uno de estos vasos, que figura hoy en la colección cerámica de Sèvres. Otro vaso me brindó un género de adorno completamente nuevo. Observé cerca del cuello gran número de pequeñas incrustaciones blancas. Traté de descubrir con qué habían sido hechas. Eran pequeños fragmentos redondos de conchillas terrestres de madera, sobre todo de la *Helix oblonga*. Me fue imposible descubrir cómo se los había incrustado. No podía creer que esos pequeños pedazos tan bien incrustados hubieran sido colocados en la arcilla antes de la cocción, porque la cocción los convertiría en cenizas. Es probable que se los haya puesto en pequeños huecos preparados a este efecto, sobre el vaso, antes de ponerlo en el fuego. Estas incrustaciones,

---

7 *Solidago virga aurea*, o especie vecina.

por lo demás, forman dibujos bastante regulares y los vasos que los llevan son los únicos sobre los cuales he visto esta especie de adornos. Otro tipo de industria, que ocupa a muchas mujeres, es la confección de hilos, sedales y hasta cuerdas gruesas, con las hojas de una especie de planta del género *Bromelia*, pariente de los ananás y conocida por los guaraníes con el nombre de *Uvira*. Hacen con esa planta muchas cosas distintas. Los habitantes de Corrientes compran por bagatelas todos los productos de su industria.

En general, el comercio de los tobas con los guaraníes se limita a esos fútiles objetos, pero no deben considerarse pequeña rama de ese comercio las numerosas pieles que cambian diariamente los tobas por bizcochos o cualesquiera otros objetos de tan pequeño valor. Los tobas compran las pieles a las otras naciones del interior y las venden después a los comerciantes de Corrientes. El agente aduanero me aseguró que a fines de 1827 y comienzos de 1828 salieron de la ciudad más de 150.000 docenas de pieles de esa especie de *coypu* que vive también en los pantanos de Entre Ríos. Calculé en 60.000 las pieles vendidas solamente en las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe. Me informé posteriormente que un solo individuo mató en esas tierras más de 6.000 *coypus*, de manera que, sin referirnos a la totalidad de los que fueron entregados al comercio de Buenos Aires, a fines de 1827 y comienzos de 1828, puede fácilmente calcularse en tres millones sesenta y seis mil la cantidad de esos animales sacrificados en un solo año. Esas pieles, que tienen, bajo un pelo duro y largo, un vello sedoso, se emplean en Buenos Aires en la fabricación de sombreros, y constituían, en la época a que me refiero, una rama importante del comercio. Esto ha hecho decir a un escritor moderno, al criticar a los ingleses, que son comerciantes al punto de haber hecho matar todas las ratas del país para obtener nuevos beneficios comerciales. El animal que proporciona esta piel[8] se parece mucho a las ratas por su género de vida y su larga cola. Vive en los inmensos pantanos del Chaco y en todo el curso del Paraná. Se lo caza con perros. Es un animal nocturno que hace a menudo resonar los aires con gritos lastimeros en medio de las mayores soledades. Los tobas se hacen capas con esa piel, cosiendo varias entre sí; las utilizan casi exclusivamente. Parece que tal era también la vestimenta de los antiguos guaraníes antes de la llegada de los españoles.

Los tobas son de alta estatura, es decir que tienen frecuentemente cinco pies cinco pulgadas, y creo poder calcular aproximadamente su estatura media en cinco pies tres pulgadas en los hombres. Son muy robustos, fuertes y tienen

8 Véase la descripción de ese animal más adelante.

buena musculatura. Sus piernas son gruesas. Su piel es bronceada intensa. Sus facciones se diferencian de las de los indios guaraníes y no tienen el rostro lleno. Los pómulos de sus mejillas son, por el contrario, muy salientes en la edad adulta, porque, en la juventud, el rostro es redondo. Tienen los ojos ligeramente inclinados hacia arriba. Son casi todos muy feos. Algunas jóvenes indias constituyen, sin embargo, la excepción. En este caso sus facciones son muy regulares y su sonrisa graciosa. Los cabellos de los tobas son gruesos, largos, lacios y negros. No deben tener mucha barba, pero es difícil saberlo, porque, en ellos, es moda arrancársela toda entera, así como los restantes pelos del cuerpo, hasta las cejas; sólo se dejan las pestañas. Tal hábito lo he hallado igualmente en las naciones puelche y patagona y en muchas otras. Empero, es extravagante y desfigura a tal punto los rasgos, que la cara más hermosa parece horrible, cuando es tratada así. Tienen la voz fuerte y ronca, y ni siquiera las mujeres emiten los dulces sonidos característicos de su sexo. Es muy posible que esos sonidos desagradables no sean más que el efecto de la pronunciación demasiado gutural característica de su lengua, que lo es tal vez más que la lengua aymara, la quechua o de los incas, y la canichana de la provincia de Moxos. Ya he dicho que jamás oí a un toba cantar.

En América, he descubierto únicamente en los tobas la costumbre de tatuarse. Sin embargo, Azara la observó en los payaguas. Las otras tribus reemplazan por lo general ese adorno bárbaro y característico de las naciones oceánicas por pinturas que se borran con facilidad. He visto muchos individuos de ambos sexos tatuados. Los hombres tenían diversas rayas sobre el rostro; las mujeres no tenían más que algunos signos superficiales arriba de la nariz, en las mejillas y en el ángulo exterior del ojo, lugar donde todos los indios se pintan. Ya he remarcado que únicamente las mujeres núbiles estaban tatuadas. Interrogué al cacique a este respecto y me enteré que es en las mujeres una señal distintiva que anuncia en ellas la nubilidad. Este uso lo he encontrado, bajo diversas formas, en casi todos los americanos en estado salvaje. No he visto ni un solo toba con la cara adornada con pinturas.

La vestimenta de los tobas es bastante sencilla. Tanto los hombres como las mujeres dejan caer los cabellos sobre las espaldas, divididos únicamente en medio de la cabeza, a fin de que no cubran la cara. Los hombres llevan una pieza de tela que envuelve las caderas. Es también el vestido de las mujeres. En invierno, ambos sexos se cubren, además, con un poncho o un manto de piel de *coypus*, cubierto por lo general de dibujos sobre el lado opuesto a los pelos. Las mujeres llevan siempre los senos al descubierto y tienen una costumbre extravagante. Vi a jóvenes indias de trece a quince años que tenían el seno

todavía perfectamente redondo, cruzar continuamente sus brazos sobre él y apretarlo para obligarlo a descender. Tal procedimiento debía tener una explicación; investigando más a fondo, descubrí que las mujeres consideran un signo de belleza llevar los senos pendientes, belleza que algunas indias alcanzan en un grado asombroso. Confieso que esa moda me parece de lo más ridícula y absurda, y no pude ver, sin sentirme vivamente contrariado, forzar y deformar así la naturaleza. Llevado a pensar que tal moda extraña debía obedecer a algún fin utilitario, no tardé en descubrirlo. Cuando esas indias viajan, llevan a sus hijos a la espalda y los amamantan allí, en los largos recorridos, sin suspender nunca la marcha.

Los niños de ambos sexos van desnudos hasta la edad de la pubertad. Algunas mujeres se adornan con brazaletes y collares de cuentas de vidrio que compran en Corrientes. Azara dice que los tobas llevan las orejas y la barbota como los payaguas[9], pero nunca he visto en los tobas nada que indique que las orejas son horadadas, ni que el labio inferior esté abierto para recibir la barbota. Tal costumbre no existe ciertamente en los tobas que he visto. El observador pudo equivocarse o aplicar a los tobas informaciones correspondientes a otra nación.

Ya he dicho algo de sus viviendas. Son originales y anuncian un grado de civilización superior al de las naciones australes, que viven aún en tiendas de pieles de animales. Las cabañas de los tobas están formadas de líneas continuas de un solo techo no interrumpido, largas de cien a doscientos metros, dirigidas del este al oeste y con los extremos abiertos. Cada una de esas líneas sirve de morada a varias familias. El lado sur está completamente cerrado, y por el norte puede verse el espacio ocupado por cada familia, por la puerta ostentada en la misma dirección y a manera de división. Estas cabañas están construidas con cañas atadas a estacas fijas en el suelo. El techo también se cubre de cañas. Esas especies de grandes aldeas siempre están ubicadas al borde de las aguas, cerca de los ríos o de los lagos. El cacique no tiene cabaña particular; ocupa solamente el primer compartimento o la extremidad oriental del conjunto. Es interesante comparar las diversas modificaciones de formas características de las cabañas de los indios de cada raza y de ver cómo se diferencian en cada una de las hordas salvajes. Cada cabaña tiene por todo mueble, suspendidas del techo, las armas del jefe de la familia y algunos utensilios de uso doméstico, que se reducen a algunas marmitas de tierra y algunas calabazas. Están, además, la ropa de muda, así como las provisiones; los obje-

9 *Viaje por la América meridional.*, tomo 11, pág. 161.

tos de comercio se hallan sobre una especie de estante suspendido del techo. En cada división hay un encañizado a dos pies sobre el suelo, en el cual colocan algunas pieles y donde se acuesta toda la familia, lujo que no existe en las restantes naciones, en la mayor parte de las cuales una hamaca o una piel extendida sobre el piso compone todo el mobiliario.

Los tobas no son muy limpios en su manera de vivir, pero las mujeres van continuamente a bañarse en los lagos y ríos.

Tienen el carácter indolente, lento y bastante perezoso en todo, salvo para la caza. Durante los ocho o diez días que pasan en familia, al regresar al villorrio, se los ve acostados la mayor parte del día y permanecer, el resto del tiempo, sentados cerca de su cabaña, sin decir una palabra a sus vecinos. Si éstos formulan una pregunta, sólo obtienen una respuesta lacónica. La conversación no es sostenida. Son ladrones y, en ese sentido, pueden compararse a niños grandes que desean todo lo que ven y consideran buenos todos los medios para apropiarse de lo que desean. Ha sucedido que mataron a obreros que cortaban madera sólo para quedarse con su provisión de carne. En ese caso, la necesidad pudo explicar el crimen. Los españoles los consideran esencialmente falsos; dicen que son hábiles en el disimulo de una ofensa durante largo tiempo, hasta el momento de vengarla. Mis relaciones con ellos han sido siempre muy agradables. Los he hallado dulces, aunque muy reservados y muy serios. Hay que tener mucho cuidado de embriagarlos, porque entonces son terribles y no respetan ningún vínculo de agradecimiento; serían, en ese estado, capaces de herir y matar hasta a su benefactor. Nunca consideran la ebriedad como algo vergonzoso. No les conozco ningún juego; permanecen horas enteras en la misma actitud, sin moverse. Parecen poco celosos de sus mujeres. Estas son más moderadas que las de los pampas, las cuales se prostituyen públicamente. Las mujeres tobas no cometen jamás indecencias con los extranjeros, pero guardan pocas reservas con sus maridos, porque a menudo, mientras yo conversaba con el cacique en su cabaña, una pareja conyugal, que estaba no lejos de mí, se preocupaba muy poco de mi presencia.

La cocina de los tobas es muy sencilla. Por lo general, se contentan con asar la carne, arrojándola sobre carbones. Les he visto también hacer una especie de sopa, consistente en una mezcla de maíz y de carne cocidos mucho tiempo juntos. Como todos los pueblos en estado de salvajismo, son generalmente sobrios, pero si, después de haber sufrido varios días hambre, que soportan con resignación y sin quejarse, descubren víveres en abundancia, comen con una voracidad extraordinaria y se acuestan en seguida para hacer la digestión. Comen en familia y hacen siempre, previamente, cocer los alimentos.

Nunca les falta fuego. Cada indio tiene el cuidado de conservar una leñita de cierta madera, cuyo frotamiento con otra le procura fácilmente fuego.

Los tobas gozan ordinariamente de una salud robusta. Conocen poco las enfermedades debidas a la corrupción y tan comunes en las ciudades. El flagelo destructor de las razas indígenas, la viruela, hace a veces entre ellos terribles estragos. Es una de las causas que les impide acercarse a las grandes poblaciones. Temen esa enfermedad a tal punto que, cuando son atacados por ella, abandonan hasta a sus parientes más queridos. Las viejas indias ejercen las funciones de médico y aplican ciertos remedios sencillos que conocen por tradición. Por lo general esos remedios son plantas cocidas o simplemente aplastadas, que se aplican sobre las partes enfermas. Es sabido, por lo demás, que en esas naciones, como en las regiones atrasadas de Francia, supersticiones sin número dirigen el método curativo, y muchas cosas completamente insignificantes son consagradas como los remedios más eficaces, por ejemplo, numerosas partes de animales.

El matrimonio de los tobas es una simple convención, porque no pueden considerarse ceremonias algunas fórmulas adoptadas en ese sentido. Un toba, para casarse, debe mostrarse buen cazador y poder afrontar el mantenimiento de su mujer. Pide entonces a la joven a sus padres, les hace algunos regalos, así como a la pretendida. Si los padres consienten en la unión, todos los amigos se reúnen y hacen que el matrimonio se consuma en medio de ellos, a lo menos así me lo aseguró el comerciante santiagueño, a quien debo estos detalles. Es raro que un indio abandone a su mujer y los esposos viven por lo general en buena inteligencia. Los tobas tienen, como muchas naciones del Chaco, una costumbre de lo más atroz que conservan desde hace mucho tiempo y que ha sido la causa principal de su desaparición. Me refiero a la costumbre que tienen las mujeres de abortar, durante los primeros embarazos, y de no decidirse hasta una edad avanzada a criar al único hijo que quieren conservar. Para abortar se limitan a acostarse sobre la espalda y hacerse dar golpes en el vientre. Es explicable fácilmente que esa costumbre traiga las consecuencias más peligrosas y llegue hasta provocar a menudo la muerte de las mujeres que se someten a ella. Este género de coquetería imposibilita más de una vez, a la que sobrevive a esas operaciones repetidas, de realizar sus deseos cuando finalmente se decide a conservar un hijo. De esa manera, en pocos años, la población desapareció, por así decirlo, de las vastas llanuras del Chaco, y esa práctica monstruosa sólo ha permitido mantener contadas familias de esas razas numerosas, que, antes de ella, ocupaban todas esas comarcas. Desde hace algunos años ha caído en desuso. He investigado durante largo tiempo cuál podía ser el origen

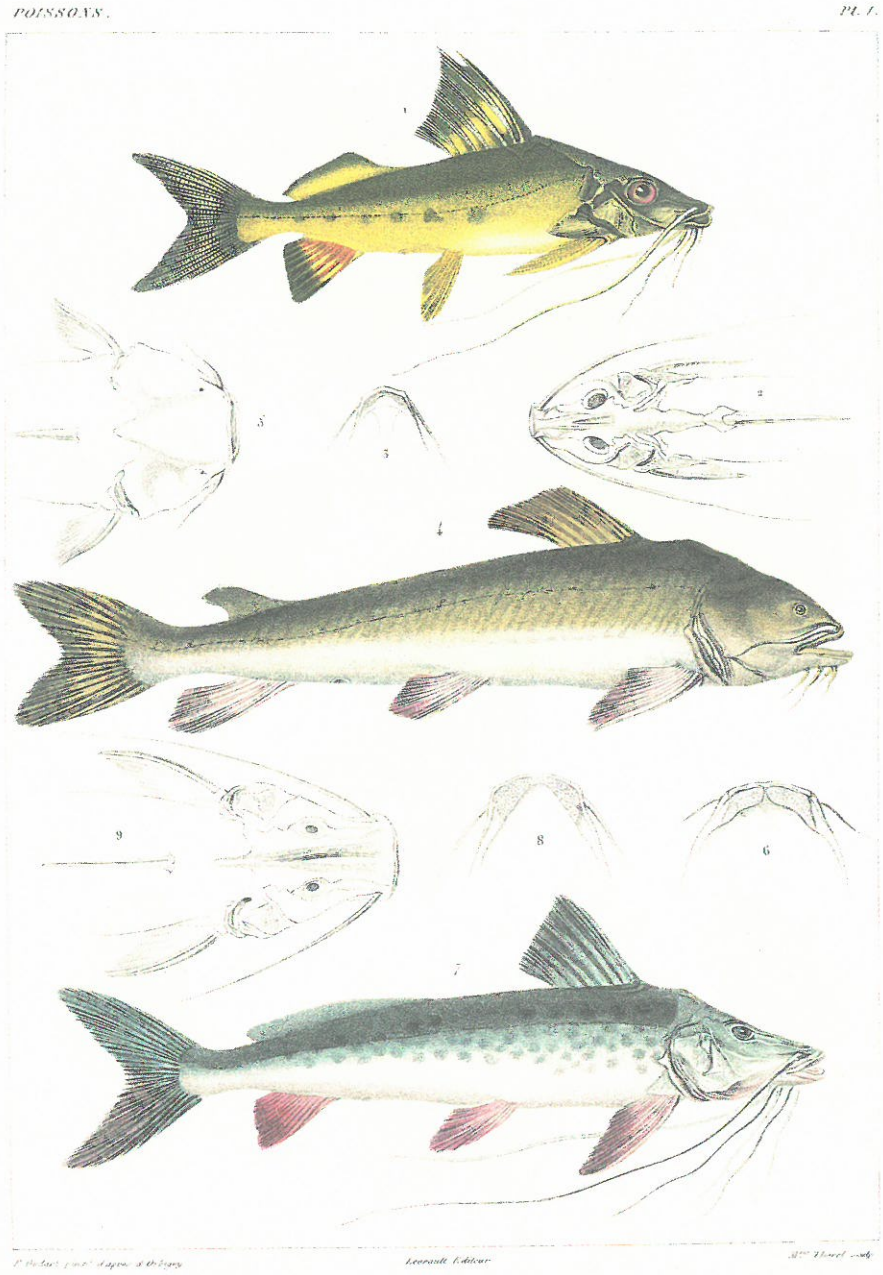
de esa costumbre y creo haberlo encontrado en otro uso, introducido hace siglos y muy generalizado en las naciones americanas; es aquél de acuerdo al cual el marido puede considerarse viudo durante el tiempo del embarazo de la mujer y del amamantamiento del hijo, porque no hay, entonces, ningún contacto entre los esposos durante dos o tres años. La mujer que teme, tal vez, que durante ese intervalo su marido se una a otra mujer y deje de amarla, agota todos los medios posibles para no embarazarse, a fin de cohabitar el mayor tiempo posible con su marido. Se trata, pues, de una especie de coquetería mal entendida entre las indias. Los hijos, hasta la edad de la pubertad, van desnudos y son educados sin ninguna limitación a su voluntad y sin obedecer nunca a la madre, que siempre es esclava de sus menores caprichos. Se ejercitan desde temprano en el arco y la flecha, pero, por lo general, nada hacen, y nunca los he visto en esos juegos bulliciosos de los niños de los países civilizados. Las mujeres son núbiles a los diez o doce años y los hombres púberes a los catorce o quince. Ningún indio tiene voz en los consejos antes de casarse.

No he podido obtener más que informaciones muy vagas acerca de sus ceremonias fúnebres; siempre se ocultan para celebrarlas. Transportan lejos los cadáveres de los difuntos y los entierran en medio del bosque, con sus armas, lo que demuestra que, por lo menos, creen en la otra vida, creencia consoladora para los sobrevivientes y que hace la muerte menos penosa. Es, por otra parte, el único fondo de ideas religiosas que he hallado en los tobas, porque cuando trataba de escribir el vocabulario de su idioma, solicité del cacique cuál era la palabra que significaba Dios y me respondió que no existía el nombre de Dios, porque no reconocían a ninguno. Esto hace decir a Azara que la mayoría de las naciones americanas no tienen Dios, ni creencias religiosas, pero admitir otra vida es ya tener una fe[10].

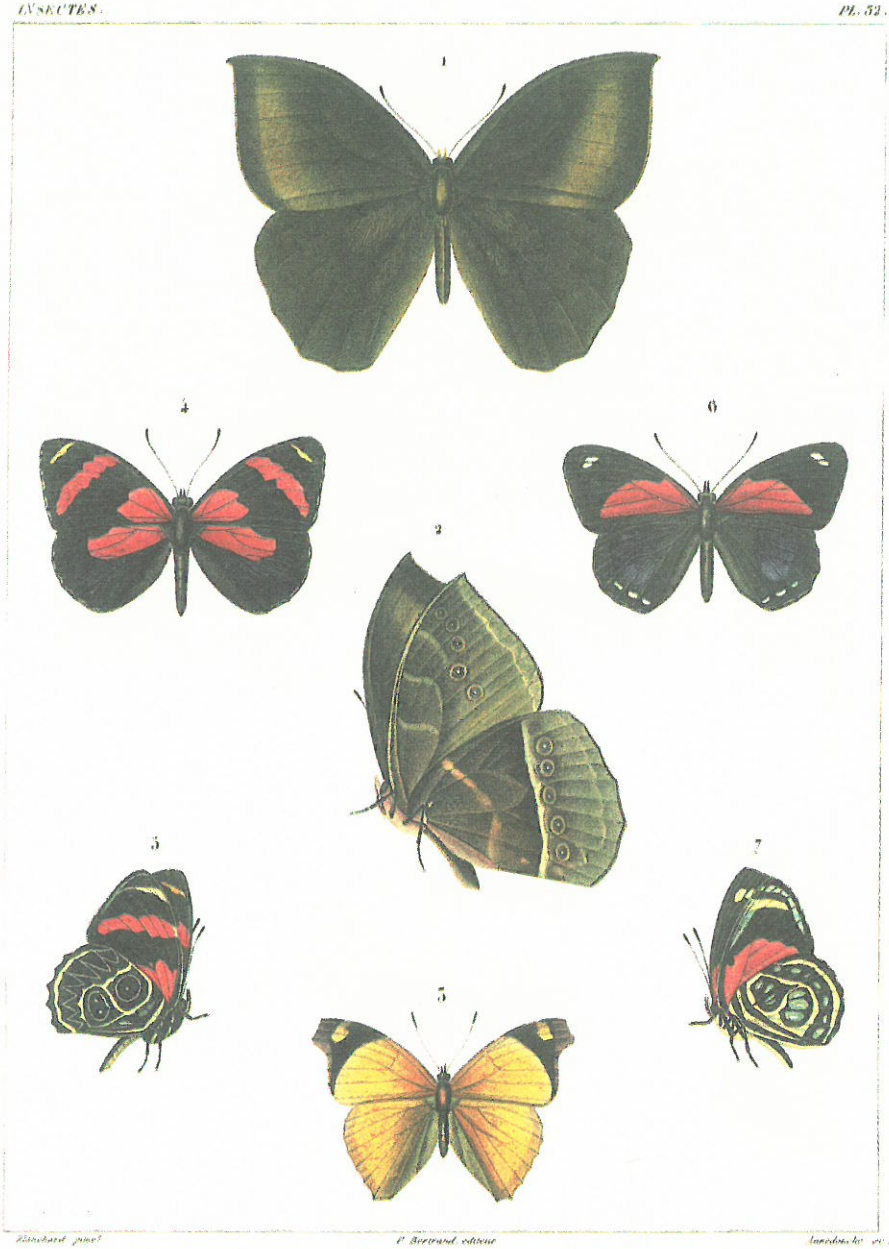
Los tobas poseen un conocimiento exacto de todo el Gran Chaco. El cacique Bernardo me dijo que había estado varias veces al este de Santiago del Estero para ver ese famoso pedazo de hierro nativo o aerolito descrito por Azara, y que se ofrecía para ir a traerme un trozo, pero pedía demasiado tiempo y yo debía partir pronto a Buenos Aires. Poco antes, ese mismo cacique se había

---

10 El deseo de elevar a los españoles a expensas de las indígenas oprimidos por ellos ha hecho a menudo caer a este autor, en más de una cuestión importante, en una cantidad de errores acerca de la vida política y religiosa de los indios. Podía decir que ellos no tenían religión ni gobierno, pero no debía atrincherarse, a ese respecto, en una negativa absoluta. Se pone frecuentemente, en otros puntos, en contradicción consigo mismo.



1-3: *Pimelodus maculatus*; 4-6: *Pimelodus mangurus*; 7-9: *Pimelodus Pati*.



1: *Faunus tenebrosus*; 3: *Nymphalis*; 4: *Catagramma sorana*;
6: *Catagramma pygas*.

ofrecido al gobernador de Corrientes para servir de correo entre esa provincia y Salta. Proponíase llevar primero consigo algunos indios para indicarles el camino y dejarlos continuar luego solos esa tarea, de manera de establecer así poco a poco las comunicaciones, mientras hoy, para ir de Corrientes a Salta, hay que pasar por Santa Fe, Córdoba y Tucumán, viajando centenares de leguas, que podrían reducirse a setenta u ochenta. Tal propuesta podía, sin duda, tener las consecuencias más favorables, aumentando las relaciones entre las dos provincias y vinculando el comercio del Perú con el de Buenos Aires; pero el gobernador la rechazó, no concibiendo los beneficios que negaba, y se perdió así una vez más la oportunidad de civilizar esa inmensa parte del continente americano, enteramente sometida a un pequeño número de hordas salvajes que sólo ocupan algunos lugares.

He obtenido en Corrientes manuscritos interesantes sobre diversas expediciones realizadas al Chaco. Esas expediciones han tenido resultados diferentes; ninguna, empero, ha hecho conocer a fondo las regiones interiores del país, ni el número de naciones que lo habitan, porque no pueden tomarse como guía informes exagerados, ni nomenclaturas evidentemente falsas. Creo que alguna palabra sobre la historia y descripción de esta parte de América no estará fuera de lugar. Es conocido muy mal en Europa este vasto territorio casi deshabitado, que se extiende, de un lado, desde las últimas montañas de los Andes al oeste, hasta las fronteras de las provincias de Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba hasta las orillas del Paraná, al este; y del otro lado, desde el sur de la provincia de Chiquitos, en la República de Bolivia, al norte, hasta los últimos lugares habitados de la provincia de Santa Fe, al sur; superficie que equivale, por lo menos, a la cuarta parte de Francia. Ese territorio, regado por numerosos ríos importantes, forma una inmensa llanura sin ninguna montaña y está habitado por un número de tribus que sería fácil reducir a algunas naciones únicamente. Desde hace siglos permanece completamente cerrado a los europeos. Ni siquiera se intenta entrar en él, porque no se desconocen las dificultades y peligros que rodean a las expediciones de esa naturaleza, lo que hace más digno de admiración el coraje de los primeros aventureros españoles que lo recorrieron. Recuérdase que en 1526, después del primer viaje de Gaboto[11], cuatro aventureros abandonaron a ese jefe y atravesaron por primera vez el Chaco, dirigiéndose desde Santo Espíritu a Tucumán, donde las tropas españolas se ocupaban en conquistar al Perú. Solos, sin guías, recorrieron una región en la cual hoy un pequeño ejército que apenas puede abrirse

11 Funes, *Ensayo de la historia civil del Paraguay*, etc., tomo 1, pág. 8.

paso. Un motivo poderoso estimulaba a los españoles en aquella época. Alentaban la esperanza siempre de descubrir en el centro del continente inmensas riquezas, ese país del oro, ese gran Paititi que estaba en todas partes, incluso allí; esto fue también la meta de la famosa expedición de *Irala*, que tuvo lugar veinticuatro años más tarde, expedición apodada por los historiadores como de *la mala jornada*. Ese intrépido aventurero partió con sus soldados y gran número de indios, pero, luego de haber recorrido minuciosamente durante largo tiempo las inmensas regiones que se extienden desde las orillas del Paraguay hasta los contrafuertes de los Andes, regresó desengañado de las riquezas que pensaba encontrar. Los antiguos historiadores celebran también la bravura de Bazán, quien, con cuarenta soldados, atravesó en 1567 el Chaco, desde Tucumán al Paraná. Poco tiempo después se intentó fundar una ciudad a orillas del Río Bermejo, ciudad que fue destruida en 1631. Desde entonces, ningún establecimiento regular se fundó. Las numerosas naciones del Chaco, especialmente los guaycurús, los tobas, etc., son enemigos mortales de los españoles, en represalia de las agravios que han recibido de ellos desde los primeros tiempos de la Conquista hasta nuestros días. De allí ese odio que, hasta hoy, lleva a los indios y a los descendientes de españoles del Parapay a hacerse incesantemente una guerra de exterminio. Esto fue lo que, a comienzos del siglo XVIII, decidió a los españoles a no limitarse a estar a la defensiva y a hostigar a los indios hasta en sus guaridas más ocultas. Proyectóse con este fin una gran expedición compuesta de soldados de Santa Fe, Corrientes y Santiago. La reunión tuvo lugar en Santa Fe y la partida se fijó para el 13 de octubre de 1721. Este ejército, a las órdenes del general Márquez, se componía de cuatrocientos cuarenta y cinco hombres y de algunos indios amigos. Lo seguían treinta carretas, cerca de tres mil caballos y ochocientos bueyes para los víveres. Púsose pesadamente en marcha. Sorprendió, a orillas del Paraná, a un grupo de indios abipones, que se arrojaron a nado al río y huyeron. El general español quería apresar a un jefe, pero habiendo fracasado en la primera tentativa, tomó mejor sus medidas y lo intentó de nuevo. Viendo que se retiraban dos caciques que habían acudido para conferenciar, los hizo acribillar, así como a los indios que esperaban el resultado de la conferencia. Puede fácilmente comprenderse que después de una conducta tan ruin y tan poco de acuerdo con el espíritu de valor caballeresco que caracterizaba a los españoles de siglos anteriores, los indios se convirtieran en enemigos irreconciliables de sus nuevos adversarios. Cesaron, desde entonces, de confiar en las promesas de los blancos, a quienes consideraron, con alguna razón, siempre dispuestos a burlarse de todos los tratados.

Mientras las armas españolas se deshonraban por la perfidia, el mismo año un religioso, el padre Patino, remontaba el río Pilcomayo y escribía el relato de su viaje de descubrimiento[12].

En 1755, los indios del Chaco quisieron, a su vez, tomar la ofensiva. Reuniéronse y atacaron la ciudad de Asunción del Paraguay. Fueron momentáneamente rechazados por los indios de las Misiones jesuitas, que con éxito defendieron el país, pero sólo fue una victoria parcial. Los indios enfurecidos continuaron sus hostilidades y las continuarán probablemente mucho tiempo todavía.

En 1764, se quiso abrir un camino directo entre Corrientes y Tucumán. La expedición fracasó totalmente, por ignorancia de los soldados que no tenían confianza en el guía jesuita y que abandonaron a sus jefes. En 1790, todos los gobernadores de las provincias ribereñas del Chaco realizaron expediciones de descubrimiento, que tuvieron pocos resultados satisfactorios. He obtenido los originales de sus relatos parciales, en los cuales hay algunas informaciones interesantes, pero que no entran en el círculo del propósito que me he propuesto cumplir en este corto sumario, y por eso me remito a las publicaciones más especializadas. Las últimas tentativas de reconocimiento del Gran Chaco tuvieron lugar en 1826 por el emprendedor Soria, quien se embarcó en las fronteras de Salta por el Bermejo y fue a dar a las riberas del Paraguay, a diez o doce leguas arriba de Corrientes. Tuvo la desgracia de dejarse prender por los soldados de Francia, que lo mantuvieron preso hasta 1830. Ese hombre valiente había sido enviado por una sociedad formada en Salta para reconocer la navegación del Bermejo, sociedad que se disolvió antes de la partida de Soria.

El Chaco se halla siempre, pues, en manos de las naciones indígenas. Ninguna de las provincias ribereñas ha logrado establecerse en el interior. ¿Cuánto tiempo debe durar ese estado de cosas negativo? No oculto las numerosas dificultades que deben vencerse para llegar a poblar ese territorio, o por lo menos cruzarlo ya sea por tierra, ya sea utilizando los ríos, como medio de comunicación comercial, dificultades de las que sólo se podrá triunfar cuando los gobiernos limítrofes gocen durante mucho tiempo de una paz profunda, de

---

12 Manuscrito impreso por Arenales, *Noticias históricas sobre el Gran Chaco*, pág. 15. Esta obra, impresa recientemente en Buenos Aires, por un argentino, contiene numerosas informaciones preciosas sobre la historia y sobre las diversas expediciones hechas en el Chaco, detalles extraídos por lo general de manuscritos auténticos. El señor Arenales ha rendido, por esta publicación, un gran servicio a la ciencia.

un estado de prosperidad, muy alejados de su estado actual. Es necesario sobre todo mucha unión, y no es ello lo que existe en las provincias llamadas Unidas del Río de la Plata, que forman, cada una por su parte, un gobierno despótico y enemigo de todas las provincias vecinas, en vez de constituir un mismo Estado, el cual, por sus productos y su posición, podría ser de los más prósperos. En esta parte de América, en vez de abrir nuevas rutas y vías de comunicación en medio del desierto, los europeos olvidan las que poseían desde hace siglos y son, para vergüenza de la civilización, rechazadas por las hordas salvajes hasta las puertas de sus grandes ciudades. Es lo que puede observarse todos los días en esta desdichada República Argentina, la cual, presa de disensiones políticas, ha visto sucesivamente comprometida la seguridad de sus comunicaciones con Chile y destruidas por los indios todas las postas establecidas por ella... Inevitable consecuencia de la discordia y de la anarquía.

Capítulo XI

Vistazo sobre Corrientes y sus habitantes

Antes de la llegada de los primeros españoles, la margen del Paraná, en el lugar donde está hoy Corrientes, presentaba bosques espesos, que bordeaban las riberas en una extensión bastante grande y en el interior de los cuales vivían pacíficos indios de la nación guaraní. Parece que formaban una especie de caserío, donde muchas familias vivían de la caza, de la pesca y de algo de agricultura[1]. Los bosques de las riberas del Paraná brindaban una caza fácil, especialmente de pecaríes o jabalíes salvajes de América, y de penélopes, que todavía hoy abundan. Los charcos o pantanos que separan las partes boscosas de las *lomas* estaban llenos de ánades y otras aves acuáticas, y las orillas del Paraná, en gran número de ensenadas arenosas, en medio de peñascos de asperón separados de las orillas, aseguraban a los habitantes una pesca tan rica como cómoda. Esos indios vivían tranquilamente y los siglos corrían para ellos sin ningún cambio, porque no tenían otra preocupación que armarse a intervalos para rechazar a sus belicosos vecinos del Gran Chaco o, para reprimir el pillaje de los indios payaguas[2],

---

1 Los datos históricos que he recogido en Corrientes hablan de chacras de los antiguos habitantes indígenas.

2 Los payaguas han dado su nombre al Paraguay. Decíase, antes de la conquista, *Payagua-y*, de *Payagua* y de *y*, río: el río de los payaguas se convirtió, pues, por corrupción, en Paraguay. La nación de los payaguas permanece hasta nuestros días en las orillas del Paraguay y en Corrientes. Sólo después de las guerras de la independencia ha abandonado a la fuerza ese territorio, para ir a establecerse en los alrededores de Ñenibucu, en el Paraguay. Verdaderamente industriosa, siempre fue señora de la navegación de todas las riberas, en

quienes, poseedores de ese dédalo de canales de la desembocadura del río Paraguay, considerábanse los propietarios exclusivos de todos los afluentes vecinos de ese lugar. Siendo los únicos indios realmente navegantes, los payaguas tenían también algunas cabañas en la ribera, un poco arriba de Corrientes, pero pasaban la vida en piraguas y vivían exclusivamente de la pesca. Los guaraníes iban a menudo en la margen del Paraná para entregarse a ese ejercicio; pequeños senderos, abiertos en medio de los bosques, los conducían todos los días a la orilla del río. El gran número de lagartos, que cubrían los peñascos ribereños, ha dado a ese lugar el nombre de *Taragui* (lagarto) por los indios, nombre que emplean aún hoy[3].

Esos guaraníes iban casi desnudos, cubriéndose las espaldas con un manto de pieles de diversos animales cosidas entre sí, y se adornaban con plumas brillantes de aves de la región. Sus armas eran el arco y la flecha. En 1527, cuarenta y ocho años después del descubrimiento de América y diez y nueve después del descubrimiento del Río de la Plata por Solís, los indios vieron aparecer al intrépido Gaboto[4]. Desde ese instante las cosas cambiaron para ellos. La libertad de que gozaban en el seno de sus familias, felices de un porvenir siempre sereno, debía terminar al ser reemplazado por la esclavitud, por el asesinato; y la felicidad sólo existió para ellos en los recuerdos del pasado. Todo debía ceder a la sed del oro, que pisoteaba y sacrificaba todo a sus ambiciones, en esos siglos de fanatismo. No deseo, empero, restar la gloria de esas peligrosas expediciones, cuyos valientes jefes, sostenidos por un puñado de los suyos, se arrojaban desde las costas oceánicas al seno mismo de esos continentes por esas inmensas corrientes de agua que se les abrían, cuando, fuertes por sus armas y su actividad perseverante, se los veía enfrentar a millares de ene-

---

la gran confluencia del Paraná y del Paraguay; y los payaguas fueron mucho tiempo empleados como correos, debido a la rapidez con que viajaban. Azara los ha descrito bien. Agregaré solamente algunas referencias históricas. Establecieron su residencia en los alrededores de Ñembucu, pero fueron objeto de sospecha y acusados con prueba, en 1820, de cubrirse con piel de jaguar para espantar y robar más cómodamente las casas de la compañía. Fue entonces cuando se los arrojó de Ñembucu por orden del dictador Francia, y se los obligó a vivir en Asunción. En Corrientes me aseguraron que Francia los hizo matar. Si el hecho es verídico, la más valerosa de las naciones americanas habría desaparecido por completo de la faz de la Tierra, y sólo podrá ser conocida por el testimonio de los historiadores.

3 Los indios nunca dicen: "Vamos a Corrientes", sino: "*Yaha, taragui-pe*" ("Varnos al lagarto").

4 El autor ha confundido evidentemente las fechas: el viaje de Gaboto (1527) tuvo lugar 35 años después del descubrimiento de América (1492) y 11 después del descubrimiento del Río de la Plata por Solís (1516). (N. del T.).

migos que podían aniquilarlos; pero, de un lado la bravura, estimulada por la avaricia y el deseo de incorporar nuevas almas a la fe cristiana; del otro, la admiración que inspiraba, en los bosques de América, la audacia de esos hombres tan distintos de ellos por sus facciones y que les eran superiores por las armas; todo ello debió concurrir a facilitar, a la vez, los descubrimientos y la conquista. En todo su trayecto hasta cerca de las fuentes del río Paraguay, Gaboto sólo sostuvo un ataque de parte de lo indios agaces, navegantes que eran los más temibles, cuyo territorio había sido invadido. Su derrota hizo temblar a las otras naciones. Eran los guerreros más hábiles y temibles. Los restantes brindaron su amistad al audaz europeo.

Tuvo lugar la primera tentativa de fundación de Buenos Aires, pero los continuos ataques de los indios hicieron temer por su porvenir. Ayolas, nueve años después del viaje de Gaboto, visitó de nuevo los dominios de los guaraníes y pronto (en 1537) puso en el Paraguay, después de la derrota de sus dueños naturales, los cimientos de la Asunción, ciudad donde se transportaron, de inmediato, los restos de la población extenuada de Buenos Aires. Asunción no tardó en convertirse en la primera ciudad española de esta parte del continente americano. Desde entonces los habitantes de Taragui vieron pasar frecuentemente a los españoles frente a las riberas del Paraná, sin ocuparse de ellos. Cuando los españoles tuvieron fuerza, sintieron la necesidad de contar con lugares habitados en la inmensa extensión de territorio que separaba la capital del Paraguay de la desembocadura del Plata. Ya habían sido puestos los cimientos de Santa Fe, y muchos años debieron transcurrir antes de que se pensara en fundar una ciudad en el importante punto de confluencia del Paraná con el Paraguay.

Terminóse, empero, por sentir cuán necesaria era la existencia de tal ciudad para reprimir a las naciones bárbaras y para facilitar la navegación del río. Tal proyecto fue puesto en ejecución bajo el gobierno de Juan Torres de Vera y Aragón. Este envió a su hermano, don Alonso de Vera, llamado el Tupi, acompañado, según unos, solamente de veintiocho hombres, y de más de sesenta, según otros[5], a poner los cimientos de esa ciudad. Desembarcó el 8 de abril de 1588 en el lugar denominado Arasaty, a un cuarto de legua más abajo de la ciudad actual. Los naturales, intentando defender su territorio, atacaron vigorosamente a los españoles y los obligaron a construir un fuerte, donde fueron bloqueados largo tiempo. Hubo sangrientos combates. Finalmente, luego de

5 He extraído todas estas informaciones históricas de piezas originales que existen en los archivos de Corrientes.

muchas derrotas, fue fundada Corrientes, con el título de *Ciudad*. Llamósela *San Juan de Vera* (por el nombre del gobernador del Paraguay), dándosele el apodo de *las siete Corrientes*, debido a las numerosas puntas de arenisca en los que la corriente se hace extremadamente rápida. Posteriormente se olvidó el nombre de San Juan de Vera quedando el de ciudad de *las siete Corrientes*, y más tarde, finalmente, para abreviar, simplemente *Corrientes*, nombre con el cual es hoy conocida.

En esos tiempos de fanatismo y superstición, cada nueva conquista debía tener su milagro, destinado a legitimarla y afirmar la posesión[6]. Corrientes tuvo el suyo, del que no hay nada que decir, porque está certificado en un gran libro titulado *Milagros de la Cruz*, depositado en la iglesia de la Cruz. He tenido ese libro en mis manos y extraído, con todos los detalles, apoyados en declaraciones de testigos y en la firma, los informes que extracto a continuación:

Los españoles encontraron gran resistencia de los indios a su llegada a Corrientes. Hubo varios combates, en los cuales los extranjeros perdieron muchas vidas. Finalmente pudieron construir un pequeño fuerte, donde veintiocho hombres se encerraron, detrás de fosas y palizadas, dejando solamente una entrada, fuera de la cual plantaron una cruz de madera, como símbolo de su religión. Los indios, cuyo número aumentaba diariamente, los asediaron sin poderlos reducir ni penetrar en el cerco. Al término de ocho días, se imaginaron que el símbolo de la religión de los cristianos bien podía defenderlos de sus ataques. Resolvieron, en consecuencia, prenderle fuego, reuniendo mucha madera y amontonándola al pie de la cruz. ¡Vanos esfuerzos! La cruz permaneció intacta. Volvieron a la carga ocho días seguidos y ocho días seguidos el fuego estuvo encendido sin lastimar al símbolo sagrado. Al noveno día, aún muchos indios atizaban la hoguera sacrílega, cuando, en medio del sol más brillante del mundo, se hizo oír el trueno y relámpagos, y los rayos los mataron. Sus compatriotas se postraron entonces, reconociendo que un poder sobrenatural protegía a los españoles y que el Dios de los extranjeros valía más que el suyo, cesando de atacar. En número de cinco mil pidieron la gracia de ser admitidos entre los fieles. Desde ese instante, se los reunió en encomiendas y se fundaron los poblados de Guaycaras e Itaty[7]. La cruz milagrosa fue

---

6 El Cusco tenía su *Santiago*; Buenos Aires su *Maldonado*; y así sucesivamente.

7 Tal hecho es verídico: fueron los indios subyugados después del primer ataque los que fueron a establecerse en esas dos aldeas. Poco tiempo más tarde, fundaron las de Ohoma y Santa Lucía, formadas con encomiendas.

respetada y adorada por los españoles. Construyóse, para conservarla, una capillita, que seguía existiendo cien años después. La ciudad de Corrientes fue fundada algo más arriba y quiso transportarse esa cruz a la iglesia de la Cruz, que había sido construida al efecto; pero la cruz se resistió... ¡segundo milagro! En vano se cavó la tierra, en vano se emplearon todos los medios... ¡La cruz había echado raíces! Sólo cincuenta años más tarde fue posible sacarla. Se la transportó entonces a la iglesia de la Cruz, donde me la mostraron como prueba del milagro. Hizo todavía varios otros, pero sería largo enumerarlos aquí.

Corrientes no fue levantada en el mismo sitio donde la acción tuvo lugar. Los españoles remontaron un cuarto de legua, cerca de un arroyuelo, que llamaron Santa Rosa y que podía servir de puerto a pequeñas embarcaciones. Edificaron la ciudad algo más arriba, abatiendo los espesos bosques que cubrían entonces el suelo. Tres años después de la fundación, don Alonso de Vera, el fundador, hizo, en nombre de Felipe II , un primer reparto de tierras a doscientas cincuenta familias, ya reunidas en San Juan de Vera de las Siete Corrientes. Esa distribución tuvo lugar el 18 de septiembre de 1591[8]. La única condición impuesta era abrir, allí donde fuera necesario, caminos de diez varas de ancho (treinta pies españoles) para la explotación de las tierras, y los caminos reales de cuarenta pies de ancho, bajo pena de quinientos pesos (2.500 francos) de multa. Hubo otros repartos efectuados sucesivamente hasta 1601, después de los cuales se acordó gratuitamente los terrenos solicitados por los habitantes, costumbre que se mantiene hasta nuestros días.

Corrientes tuvo mucho que combatir contra los indios no convertidos a la fe cristiana, y durante los primeros años el suelo fue a menudo regado por sangre americana y española, pero su población, débil algún tiempo, aumentó pronto con el aporte de muchas familias escapadas de la destrucción y abandono del naciente poblado de *Concepción de Buena Esperanza*, situado en el centro del Chaco, a orillas del río Bermejo. Desde entonces, Corrientes se defendió mejor de los ataques indígenas. Sin embargo, los *guaycurus*, nación belicosa del Chaco, la inquietaban a menudo, de acuerdo con los payaguas, nación de navegantes, la más astuta y difícil de reducir. Los habitantes veían con frecuencia devastar sus propiedades, principalmente las de las orillas del Paraná. No era, empero, comparativamente nada en relación con aquello que sus temibles adversarios hacían sufrir a los habitantes del Paraguay. Sin em-

8 He tenido ese documento en mis manos y he hallado en la ciudad los nombres de las personas a quienes se hizo ese reparto.

bargo, en 1673, Corrientes estuvo a punto de ser completamente destruida por los guaycurus del Chaco. Estos cruzaron el Paraná e iban a apoderarse de la ciudad, cuando los indios guaraníes de las Misiones, fuerzas ligeras de la época, corrieron en su defensa y obligaron a los asaltantes a abandonar la orilla oriental del río. Los abipones y los payaguas del Chaco no tardaron en volver a la carga. No cesaban de asaltar los establecimientos ribereños. En 1720, atacaron la ciudad misma. Fueron de nuevo rechazados y Corrientes recobró, por algún tiempo, la tranquilidad. El Virrey creyó, sin embargo, indispensable hacer una batida general en el Chaco, para castigar a las naciones enemigas. Los correntinos se unieron para la empresa con los habitantes de Santa Fe. Fue en vano. La discordia se introdujo en el ejército, y la escasa disciplina de los soldados de Corrientes hizo fracasar la expedición.

Existía el odio más implacable entre los correntinos y los indios del Chaco; por eso los primeros buscaban por todos los medios posibles destruir a sus enemigos y vengarse de los robos parciales que esas naciones hacían de continuo a las propiedades de las orillas del Paraná. Aparecieron, en 1745, en el Chaco, en número de ciento noventa, destruyeron una toldería o aldea de abipones y mataron a todos sus habitantes, hombres y mujeres, reservándose únicamente a veinticinco jóvenes, que se repartieron como esclavos, en calidad de botín tomado al enemigo. Esta ruin victoria, poco digna de españoles, no quedó mucho tiempo sin venganza. Dos años más tarde, los abipones, en numerosas legiones, atacaron, desde todos los puntos a la vez, la provincia de Corrientes y mataron a más de cien personas. Los habitantes, que no estaban en condiciones de defenderse, fueron obligados a pedir la paz y la obtuvieron por medio de astucias y promesas. Corrientes flotó en esa alternativa de guerra y paz hasta la época de la gran revolución americana, de la cual debió sufrir mucho por los indios de las Misiones, que acompañaban a Artigas, después de su paso al Paraguay; pero, después de haber sido teatro de los inevitables desastres producidos por las guerras civiles, Corrientes volvió a tener pronto otro aspecto. El comercio del tabaco, convertido en monopolio del Estado desde 1748, había sido completamente olvidado en la provincia hasta el momento en que las franquicias acordadas a los comerciantes permitieron a éstos hacer lo que quisieran. Corrientes comenzó desde entonces a prosperar y, posteriormente, su suerte ha mejorado día a día.

La provincia de Corrientes dependió del gobierno de Buenos Aires hasta la época de la declaración de la independencia, en la que asumió el título de provincia, con las mismas prerrogativas que las de Buenos Aires, Paraguay y otras provincias unidas. Desde entonces se gobierna por sí misma, enviando

todos los años diputados a la Junta General de la República del Río de la Plata, de la cual forma parte[9].

Está comprendida entre los 27°18' y 30°21' de latitud sur y 59° y 62° de longitud oeste de París. Está limitada al norte por el Paraná, que la separa del Paraguay; al oeste, también por el Paraná, que la separa del Gran Chaco, habitado solamente por naciones salvajes, los tobas, los lenguas, los bocobís, etc.; al este, por la laguna de Iberá y el río Meriñay, que la separan de Misiones; y al sur, por la provincia de Entre Ríos, de la cual está separada por el río *Guayquiraró*. Su extensión es inmensa y, si todos los terrenos de que se compone estaban en condiciones de ser cultivados, sería, sin contradicción, una de las provincias más ricas de la República del Plata. Está cortada en lonjas, dirigidas de nordeste y sudoeste, por numerosos ríos o arroyos que la riegan y que son el río Corrientes, el río de Santa Lucía, el río Batel, el Riachuelo, el Guayquiraró, el Sombrero, el Empedrado, el San Lorenzo[10] y el río Ambrosio. Todos esos ríos vuelcan sus aguas en el Paraná. Los mayores son el río Corrientes y el Santa Lucía. El primero sólo es navegable en una parte de su curso; el segundo podría serlo en época de lluvias, pero como la provincia está rodeada, al norte y al oeste, por el río Paraná, cuyo curso majestuoso, ancho generalmente de una legua, permite una navegación bien fluida en todos los puntos más importantes de la circunferencia, las comunicaciones interiores son menos útiles a la provincia. Su suelo no tiene una sola montaña y podría decirse que ninguna colina. Es en todas partes horizontal o muy poco ondulado, porque no pueden denominarse colinas las *Lomas* de Santa Lucía y las Ensenadas, que tienen apenas cinco a seis toesas por encima de los pantanos vecinos. Las únicas regiones elevadas son las riberas del Paraná al norte y la línea divisoria de las aguas entre el río Santa Lucía y el Batel. El centro de la provincia constituye un inmenso lago casi siempre lleno. El agua carece de pendiente suficiente para deslizarse y forma en todas partes pantanos o depósitos naturales, que permiten a los pobladores criar con facilidad los animales, debido a la abundancia de pastos y de aguas que nunca se

---

9 En 1835, fecha de la impresión de la edición francesa de este libro, Corrientes no tenía representantes en ningún gobierno central. Sus últimos diputados formaron parte de la "Representación Nacional" reunida en Santa Fe en 1828-1829 y su actuación, anterior a aquella fecha, en el orden nacional, fue en el Pacto Litoral de 1831. Luego vino la tiranía de Rosas, que redujo las provincias al aislamiento y se opuso a la constitución de un gobierno general de las Provincias Unidas. (N. del T.).

10 En la parte específicamente geográfica, daré los detalles *in extenso* del curso de esos ríos, así como todo lo que puede aclarar la topografía de la provincia.

secan. Puede, pues, considerarse a la región entera una gran planicie muy ligeramente ondulada.

Los pantanos cubren casi la mitad de la superficie de Corrientes. Los de Iberá son inmensos, sin abarcar empero a toda la provincia, como podría hacerlo pensar la observación de los mapas. No se secan nunca, se ven hasta el infinito y dan nacimiento a varios ríos: el Corrientes, el Meriñay y el Batel. Los pantanos de la Maloya ocupan el medio de la comarca. Están entrecortados de bosques por grupos aislados y de numerosas palmeras empleadas como techado. Dan nacimiento a casi todos los arroyos de la zona. Durante las grandes sequías, queda todavía la mitad de ellos con agua. Prescindiendo de los que alimentan los ríos, hay muchos otros sin salida, generalmente cubiertos de juncos, llamados *esteros*, o de agita límpida, que son *lagunas*. Al secarse se los llama muy impropiamente *cañadas*[11], como la *cañada de Cebollas* y otras. Los esteros y las lagunas son los más numerosos. Ningún terreno elevado y arenoso carece de ellos. Se los halla a cada paso en las ensenadas y en los alrededores de Caacaty. En esos lugares el agricultor y el granero tienen la fortuna asegurada y todos los elementos de prosperidad. La vegetación que verdea por doquiera, el agua límpida y los bosques aislados en todas partes, que sirven para construcción y leña, mantienen, además, una humedad favorable a la agricultura. Es también en esos lugares donde los panoramas más pintorescos y todas las bellezas de la naturaleza encantan incesantemente la vista del viajero.

El clima es cálido, como lo hace suponer la latitud. Es, sobre todo, muy variable. Los veranos son ardientes y los inviernos poco fríos. El agua jamás se hiela y una débil helada blanca cae cuando el viento sopla del sur. La atmósfera es, por lo general, pura, y se desconocen esos días sombríos que caracterizan a las regiones frías. El viento, poco fuerte por lo general, sopla casi todo el año del norte, nordeste o noroeste. Sopla aumentando progresivamente en intensidad, hasta que finalmente la atmósfera se carga en el sur. Entonces cesa de soplar de golpe para dejar lugar a una calma de corta duración, durante la cual se experimenta un calor sofocante. Tal calma siempre es seguida de una tormenta que proviene del sur. Todo se oscurece; el trueno ronca estrepitosamente; los relámpagos surcan las negras nubes; la lluvia cae pronto torrencialmente y dura a veces mucho tiempo, sobre todo en la estación de lluvias. Es principalmente durante los fuertes calores que esas tormentas se suceden con mayor rapidez, porque en el invierno llueve raramente. El invierno es la estación

11 Esta palabra, aplicada aquí a los pantanos, quiere decir, en español, desfiladero de montaña.

seca del país. No hay, empero, en Corrientes una estación especial de lluvias, como en todo el Alto Perú y en las otras regiones ecuatoriales. Las lluvias no son periódicas; son únicamente más abundantes en la época indicada. En el invierno, el viento del sur sopla por lo general sin tormenta y trae un frío que los habitantes sienten muy intensamente. Puede vérseles titiritar debido a una temperatura que no produce heladas. El efecto del viento norte sobre toda la economía animal y sobre los hombres en particular es de lo más extraordinario. Produce en la mayoría de los criollos, y notoriamente en los extranjeros aclimatados, un abatimiento general, acompañado de malestar o, por lo menos, de una gran pesadez de cabeza. El apetito disminuye; las fuerzas morales no se debilitan menos que las fuerzas físicas. Ha sido observado que, en las regiones meridionales, en Buenos Aires por ejemplo, los *gauchos* están, mientras dura el viento, más dispuestos a pelearse a muerte. Es curioso que los correntinos lo teman tanto, mientras en las regiones más cálidas, como Santa Cruz de la Sierra, temen a los vientos del sur, que impiden salir y nada dejan hacer. En todos los casos, los vientos del norte tienen una influencia real sobre los habitantes de la provincia. Podrá decirse que tienen un efecto contrario sobre los animales; pero, entonces, es más bien la diferencia de temperatura y no la pesadez de la atmósfera lo que actúa. Todo el mundo ha observado que, mientras soplan los vientos del sur, ningún reptil ofidio aparece en los campos, mientras que pululan cuando el tiempo es cálido. El viento de sudoeste, llamado *pampero*, es, por así decirlo, el antídoto del viento norte y sus efectos son diametralmente opuestos. Limpia la atmósfera y pone punto final a las lluvias que acompañan a las tormentas. Sólo dura generalmente dos o tres días, a veces menos, difícilmente más. Su intensidad varía desde la brisa más débil hasta la tormenta más furiosa. Reduce la temperatura y reanima las fuerzas vitales.

Las inundaciones de los pantanos de la provincia se deben a las lluvias locales. No sucede lo mismo con las del Paraná, cuyas causas provienen de más lejos. Las crecidas periódicas son tres, una en marzo, otra en junio y la última en diciembre. La de marzo es la más fuerte. Las aguas son más bajas en septiembre, octubre y noviembre. Comienzan a aumentar debido a las lluvias abundantes que caen entonces en las regiones cálidas; así sucede en Bolivia y Brasil, donde es necesario buscar las causas de esas crecidas, de las cuales tendré ocasión de hablar más extensamente en la parte geográfica.

Daremos un vistazo rápido a las producciones naturales de la provincia. Comenzaré por la zoología.

Seguiré, en este corto resumen, el orden clásico de los animales de acuerdo a Cuvier, comenzando por los mamíferos.

Los bosques de las orillas del Paraná y otros ríos son diariamente visitados por tropeles de monos aulladores, de la especie que los habitantes llaman *Caraya*. Viven en familia y recorren grandes extensiones. Las pieles de los machos son las únicas estimadas. Numerosos murciélagos llenan de noche los campos. Distínguense entre ellos los horribles vampiros, que chupan la sangre de los animales y hasta de los hombres. Los alegres coatís, glotones animales domésticos que se crían en las casas, destruyen las cucarachas y todos los insectos que pululan en esas comarcas. Los zorrinos, de encantador pelaje, no son tan comunes como en las regiones más australes, pero no por eso tienen menos olor, y el más carnicero de los animales, el jaguar, es el primero en abandonar su presa, según dicen los habitantes, cuando el zorrino se acerca. Las curiosas nutrias se adelantan al viajero, en las rutas de navegación, en lugares poco frecuentados y parecen entonces jugar, como si quisieran hacerse notar a la vista de aquél, siguiendo a veces por largo tiempo a la piragua.

El ágil lobo colorado recorre las llanuras, donde caza tinamús, mientras el astuto zorro habita las orillas de los bosques, donde siempre logra robar algo. Los atrevidos jaguares se ocultan durante el día en medio de la gran vegetación de los pantanos o en los bosques; por la noche salen para atacar a los terneros, los caballos, las ovejas y hasta a los hombres, haciendo pagar cara su imprudencia a quien se queda solo en el campo. Detienen a menudo al viajero en sus exploraciones y le privan de su caballo o le obligan a huir. Este animal, débil en la abundancia, se pone furioso cuando pasa hambre. Los habitantes de Corrientes vieron a un jaguar entrar en la ciudad y ocultarse bajo una cama, donde fue muerto. Empero, el jaguar no ataca sino cuando carece de presas muertas, mientras que el puma sólo quiere sangre caliente y mata siempre, por más presas de que disponga, pero el hombre no tiene por qué temerlo, ya que su presencia lo espanta. Gran cantidad de especies de gatos salvajes viven en la provincia. Se hacen con sus pieles botas muy apreciadas por los habitantes de las campañas. Las zarigüeyas, originales por la manera cómo conducen a sus crías, están permanentemente en guerra con el hacendado, a quien le roban las gallinas con una desvergüenza y una habilidad impresionantes. Numerosos conejillos de Indias de gran tamaño pueblan las orillas de ríos y lagos, donde viven pacíficamente en sociedad, mientras los cobayos salvajes o apereás viven en familia en los setos y zarzales. Abundan en la comarca ratas de variadas especies, algunas de las cuales hacen estragos en la caña de azúcar. El tapir es raro, aunque se ven algunos en los lugares pantanosos. Tropeles de jabalíes salvajes o pecaríes maltratan también el suelo de los bosques, donde rechazan arrogantemente los ataques que se les dirigen. Diversas especies de ciervos

recorren la provincia. El mayor de todos, el *guaçupucu*, frecuenta los pantanos donde el hombre penetra poco; el *guacu ti* vive en los campos abiertos, mientras que el *guaçu pita* y el *guaçu bira* están en grandes tropillas en medio de las malezas. Los armadillos de caparazón dura son muy numerosos; unos devastan los campos, como las *mulitas* y los tatuejos, mientras los *pebas* o armadillos negros buscan los bosques.

La variedad de pájaros no puede ser mayor; la comarca se anima más con ellos que con los mamíferos. No faltan en ninguna parte, ni siquiera en los desiertos. Durante el día, el cantor de los bosques alegra al viajero, y por la noche es reemplazado por el pájaro nocturno, cuyos gritos de lamento provocan espontáneamente la melancolía.

Los aves de rapiña existen en la misma proporción que los otros. Pertenecen a numerosas especies. Los taciturnos buaros abundan en las orillas de los pantanos, mientras el ligero halcón se aproxima a las casas en rápido vuelo, y los cernícalos recorren la campaña en vuelo majestuoso y lento. Los caranchos y catartos viven familiarmente a expensas del ciudadano y del agricultor, y llevan a todas partes su engreimiento y costumbre repugnantes. Por la noche, en los lugares más salvajes, el reposo del viajero es a menudo interrumpido por el canto monótono del búho real, *ñacurutú*, o de los mochuelos; o bien el grito lúgubre y de malos presagios del lechuzón, que asusta al habitante de los villorrios.

Pajarillos de todos los géneros aparecen en las planicies descubiertas. Las vocingleras picazas manchadas pueblan los matorrales de los bordes de los bosques. Los merlos viven igualmente en los zarzales o sobre arbolitos, haciendo oír a veces su canto melodioso, y mientras los picos finos buscan en la copa de los árboles, en la maraña de bejucos que los coronan, los diminutos insectos de que se alimentan, numerosos sinalaxias brincan alrededor de los arbustos al borde de los pantanos. Los tangaras, de brillante plumaje, recorren los vergeles en bandadas bulliciosas, mientras los ágiles papamoscas señalan las elevadas plantas de las llanuras, parándose sobre ellas o bien haciendo oír su canto, siempre el mismo, al borde de los bosques. Numerosas golondrinas cubren los campos y destruyen parte de los importunos mosquitos de esos lugares; durante el invierno se hunden, al decir de los indios, en los pantanos, para reaparecer con los primeros rayos de sol de cada primavera; interesante parecido es éste (de ser verídico el hecho) con lo que dice de costumbres idénticas de nuestro vencejo de Europa. Los misteriosos chotacabras son buscados como talismanes por los crédulos indios o engañan con su grito, parecido al del hombre, al viajero perdido en medio de los bosques. Las urracas parleras, de her-

mosos colores azulados, recorren sin miedo los alrededores de las casas construidas cerca de los bosques. Los trupiales viven en sociedad en las peladas campañas, cubriendo la tierra con sus nubes diversamente coloreadas, dejando vivir en los bosques a los caciques y a los algarrobos de colores brillantes. Los chorlitos de diversas especies tienen las mismas costumbres que en Europa. Los trepadores, de matices oscuros, imitan a las urracas, subiendo verticalmente a lo largo de los troncos de los árboles. Los colibrís y los pájaros, moscas, verdaderas mariposas con plumas, disputan, a las mismas mariposas, el zumo de las flores, a las cuales cortejean juntos, confundidos con ellas por sus colores vivos, pero más ligeros, apareciendo y desapareciendo como un relámpago. Los martín-pescadores, de gritos desagradables y colores azulados, animan los bordes de los ríos, pescando con destreza los pececillos que descubren desde lo alto de su observatorio acuático. Las urracas, de fuerte pico, hacen resonar el eco de golpes repetidos que aplican a los árboles muertos, con el fin de buscar insectos, mientras los cuclillos salvajes, considerados hechiceros por los naturales, ostentan su hermosa cola escalonada y el teru-teru llora, para expresarme como los habitantes, al ocultarse el sol, cubriéndose de tinieblas los espesos bosques, donde sus colores metálicos tan brillantes pasan desapercibidos. Los poco agraciados anis recorren en bandadas, con su plumaje de duelo, los pantanos y los bosques. El tucán, con su pico tan grande como él, parece ser el bufón de los huéspedes de los bosques, por su carácter afectado, por lo ridículo de sus gestos, cuando hace oír su desagradable voz. Los bulliciosos papagayos, así como las numerosas cotorras, siempre en parejas, a menudo en bandadas innumerables, vuelan sobre los campos cultivados; su verde brillante se confunde con el verdor de las plantaciones de maíz, en las cuales hay obreros pagados exclusivamente para cuidarlas, con el fin de evitar que aquéllos no hagan estragos, mientras que, más serios, los guacamayos, color de fuego azul o celeste, se contentan con ostentar sus hermosas colas y hacer resonar con sus chillidos los ecos de los salvajes precipicios que bordean los grandes ríos. En los bosques resuenan los cantos de las penélopes, faisanes de estas comarcas. En las llanuras pacen tranquilamente los tinamus o perdices americanas, lanzando siempre su doliente silbido; o algunas de sus especies, más miedosas, se ocultan en lo más espeso de los bosques, de donde jamás se les ve salir. Bandadas innumerables de palomas torcaces cubren los campos en invierno; en la primavera, tórtolas de diverso tamaño musitan sus dulces arrullos.

Los ñandúes o avestruces americanos viven en sitios descubiertos, huyendo rápidamente del cazador, que sólo los persigue para aprovechar sus plumas. Numerosos chorlos dorados recorren con rapidez las orillas de los lagos y las

llanuras inundadas. Los teru-terus, colocados como centinelas de las familias aladas, advierten a éstas con su acento regañón la presencia del hombre y descubren todas las astucias del cazador. Las chuñas viven en medio de los ribazos secos y llenos de matorrales. Las gallinetas hacen oír desde el fondo de los pantanos, su residencia habitual, un grito fuerte y repetido con frecuencia. Las garzas reales de variadas especies zanquean al borde de los pantanos y ríos, haciendo resonar los aires con sus roncos gritos de pavor; las blancas garzas, de buscado plumaje, cubren las orillas de las aguas en bandadas que se unen a las de otras aves acuáticas. Las cigüeñas y los acalotes van a las llanuras pantanosas en busca de reptiles. El gran jabirú, con su cola de púrpura sin plumas, confúndese de lejos con el pescador indio, debido a su plumaje blanco y a su gran talla. La espátula, de colores rosados, adorna las orillas de los lagos y los pantanos. Innumerables bandadas de ibis, de variadas especies, cubren los sitios inundados, removiendo sin cesar el fango con su largo pico o bien describiendo en los aires inmensos círculos, cuando viajan en grupos. Una multitud de tringas y zancudas, de largas piernas, animan las orillas de las aguas, mientras el ligero jacanas, de grandes uñas y naturaleza alegre, marcha, sin romperlas, sobre las plantitas que cubren la superficie, ostentando sus colores amarillos y oscuros. El kamichi copetudo o chajá se hace oír en plena noche y anuncia hora a hora al marino que acaba de pasar una hora para él. Los rascones brincadores y alegres se introducen en medio de las plantas altas de los pantanos, sin dejar de hacer resonar, de tiempo en tiempo, su voz sonora, único signo de su presencia. Las gallaretas y las pollas de agua, alegres, vivifican los lagos cubiertos de juncos, su residencia favorita.

No son menos comunes las aves puramente acuáticas. Las macás, de cola levantada, nadan incesantemente en los sitios donde hay mucha agua, se hunden y reaparecen de continuo en la superficie; numerosas gaviotas de plumaje blanco disputan a los iribús, aunque solamente en invierno los restos de carne abandonados en los mataderos, librándose terribles combates por el reparto del botín. Muchas golondrinas de mar cubren los bancos de arena, donde anidan y viven, y están tan poco acostumbradas a ser turbadas que gritan agudamente cuando los marinos pasan cerca. Desde lo alto, se dejan caer, de cabeza, en las aguas, con el fin de apoderarse de su presa. La picotijera, no menos chillona, traza líneas rectas con su pico en la superficie de las olas, como el labrador con su arado, original costumbre que le ha valido el nombre de *rayador*. Los sombríos y taciturnos cormoranes cubren los árboles muertos parándose sobre los bancos de arena de los ríos o alrededor de los pantanos, precipitándose desde allí sobre los pobres peces que se aproximan. La *anhinga o*

pájaro-serpiente de los indios, así denominado debido a su larga cola flexible y su pequeña cabeza, puede verse en la copa de los árboles que bordean los ríos, y cuando se hunde en las aguas, con el fin de apoderarse de los peces, que son su alimento habitual, su cabeza, al volver a salir, da la impresión de los movimientos de una serpiente. Los lagos hormiguean de ánades variados, de toda especie, que se reúnen en grandes bandadas en la superficie de sus aguas, sobre los pantanos, a orillas de los ríos; y, en invierno, se cubren de cisnes blancos que vienen de las regiones meridionales.

Puede verse, por este sumario, cuán variadas son las aves que moran en las campañas llanas de la provincia. Los terrenos quebrados o los próximos a ellos son los únicos que poseen todavía una zoología más diversificada, debido a las diferencias de temperatura que causa la altura de las montañas. ¿A qué se debe que, disponiendo de tantos recursos, los habitantes desprecien tan buena caza, para alimentarse únicamente de carne?

Si las aves abundan, los reptiles no abundan menos, pero ¡qué diferencia entre ellos! Algunos inspiran temor, en vez del deseo de poseerlos, y todos inspiran repugnancia. Las tortugas de agua dulce o tortugas de río habitan en medio de los pantanos y a orillas de los ríos, donde depositan sus huevos, los cuales no interesan a los habitantes. Los voraces caimanes cubren las orillas de los lagos, los pantanos y los ríos, haciendo a menudo víctimas; pero sirven también de blanco a los cazadores a caballo que los enlazan, cuando están dormidos al borde de las aguas. Las *sauvegardes*, con cola ensortijada, recorren los bosques y los campos, y son perseguidas en todas partes, tanto debido a su carne delicada, como a las supersticiones que tienen los indios sobre las diversas partes de ese animal. Los mansos lagartos, tan numerosos en especies como en individuos, huyen en presencia del viajero, en medio de los campos; abundan más en los peñascos de la orilla, donde su afluencia ha motivado el nombre indio de la capital. Todo aquello que serpentea asusta a los pobladores, pero los aborígenes, más próximos a la naturaleza y mejores observadores, saben distinguir las especies venenosas; por eso se apoderan sin temor de la culebra vidriosa, de escamas lisas, y la anfisbana (su *Ibiyau*, comedor de tierra), denominada así porque vive bajo el suelo, de donde surge por la noche, llevando el mismo género de vida que los ofidios. Enormes boas acuáticas pueblan el centro de los pantanos, donde se contentan con cazar mansamente al tímido cuadrúpedo que se acerca a las aguas. El europeo temblaría al oír nombrarlas, pero el indio, que conoce sus debilidades, no las teme en lo mínimo. Las atrapa con su lazo y las transporta con éste hasta su casa, donde emplea a veces su piel para hacer cinchas para sus caballos. Numerosas culebras, que no

podrían ser más variadas en color y tamaño, habitan principalmente las llanuras secas y llenas de matorrales, donde se las encuentra a cada paso, y algunas parecen hermosas cintas ensortijadas rojas y negras. Todas huyen rápidamente en presencia del hombre, quien no las deja vivir, cuando las encuentra, costumbre común a todos los pueblos del mundo. Las serpientes venenosas son poco numerosas en la provincia. Algunas culebras o serpientes de cascabel se ven a veces, aunque son raras; se las teme, pero nunca tanto como a la víbora mortal llamada *mboy curucu* o serpiente de la cruz, debido a la figura de este emblema que lleva sobre la cabeza. Esta especie es terrible y, a menudo, los pobres indígenas resultan víctimas de ella, a pesar de la gran cantidad de antídotos que creen poder oponer a su veneno. Algunas especies de ranas viven en los lagos. Las rubetas, de vivos colores, horadan el aire con sus gritos agudos o roncos, desde lo alto de los árboles, donde se posan. Los horribles sapos abundan, sobre todo a orillas de los ríos y pantanos; son ellos los que, en vísperas de una tormenta, hacen oír sus chillidos tan variados y tan extravagantes que impresionan al viajero. A veces es el sonido argentino de las campanillas en diferentes tonos, o el ruido que produce el choque de una piedra o pedazo de madera contra otro, o bien gemidos lastimosos, repetidos con frecuencia.

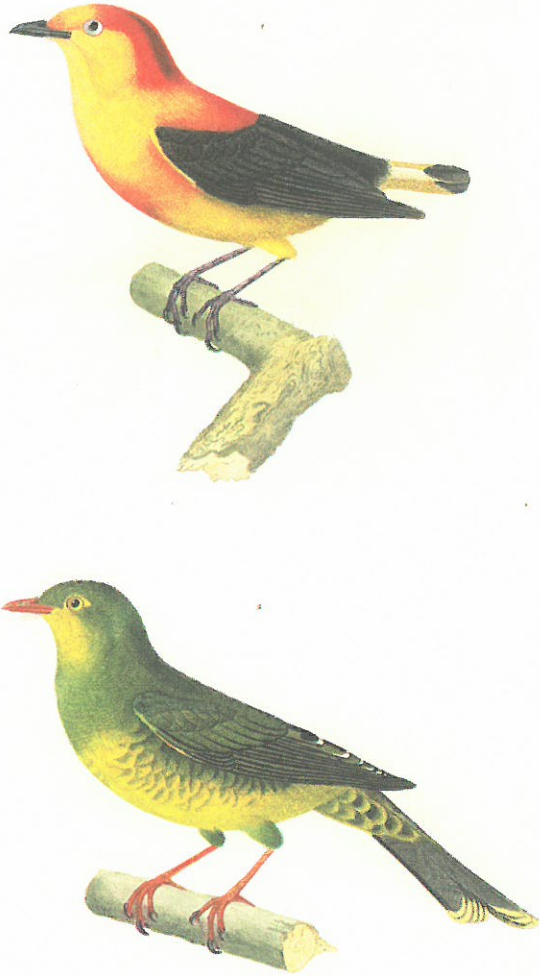
No son menos numerosos los peces. Tal vez ningún río del mundo posea tanta variedad de especies como el Paraná. También los tienen los lagos y hasta los pantanos. El mayor número pertenece a los siluros, que se distinguen por sus formas extravagantes y sus dimensiones extraordinarias. El *surubí* y el *maguruyu* de los guaraníes brindan ejemplos, así como muchas de sus especies escamosas o acorazadas. La *palometa*, de dientes filosos, hace a menudo pagar muy caro al bañista la imprudencia de no haberse prevenido contra su mordedura; es un verdadero esturión de agua dulce y no menos temible. Los pastinacas o rayas armadas de los ríos no son menos temidos de los pescadores. Sus aguijones acerados y en forma de diente de sierra causan heridas profundas y dolorosas al máximo. Ellos impiden acercarse a los bancos de arena. Todos estos peces, aunque se aprecia su carne, sólo sirven de alimento a los indios. Las personas pudientes consideran degradante alimentarse de ellos y no viven más que de carne y legumbres.

Si desciendo a las clases inferiores, a los moluscos, por ejemplo, encuentro menos variedad. Esto se explica fácilmente porque sólo puede haber en Corrientes animales terrestres y fluviales. Entre los primeros, cuatro o cinco especies de hélices o caracoles componen la serie de animales terrestres, a los cuales puede agregarse los vaginúlidos. En las conchas fluviales existen muchas más especies. Gran número de variadas ampularias viven en los panta-

nos, en los lagos y en los ríos, así como muchas paludinas. Las orillas del Paraná están cubiertas de hermosas especies de bivalvos, comunes en los lagos de agua límpida de Las Ensenadas y a todos los cursos de agua de la provincia. Esas conchillas pertenecen a los géneros Anodonte, Unio, Castalia, Mycétopodo, Iridino y Cyclade; las mayores son muy ricamente anacaradas, cumplen la función de cucharas para los habitantes de los campos y su brillo es comparable al de la platería.

Los animales articulados están, sin duda alguna, en mayoría en la provincia de Corrientes. Entre los crustáceos algunos cangrejos semiterrestres, semiacuáticos, recorren las orillas fangosas de los pantanos, mientras los entomostráceos pululan en medio de charcos de agua y en los lagos. Los aracnoides son más numerosos todavía y, entre ellos, las migalas enormes y venenosas, de andar amenazador, habitan los campos, siendo algunas tan gruesas como el puño. Una innumerable cantidad de arañas hiladoras colocan sus inmensos filamentos sobre los setos, los muros de las casas y los lindes de los bosques. Es, sobre todo, en esas telas radiantes que el rocío de la mañana se muestra al levantarse el sol, como el más hermoso rosetón, adornado de perlas límpidas y brillantes. Las arañas son de lo más variadas en colores y parecerían bellas si no fuera por la aversión natural que inspiran. He encontrado, en los alrededores de Caacaty, en los animales de ese género, una especie que suministra una seda firme y de un hermoso color amarillo, bastante fuerte como para ser hilada en el país y servir a la fabricación de tejidos duraderos, especie bastante rara, que puede citarse como curiosa. Por eso los pobladores la protegen, en vez de destruirla, como lo hacen con las otras. Los horribles escorpiones, con su aguijón venenoso, son de lo más comunes, pero se citan pocos casos de picadura.

Los insectos dominan, sobre todo, en todos los lugares y se encuentran a cada paso. La tierra está cubierta en ciertas partes de iulos; y las abundantes escolopendras (ciempiés) hacen huir a los niños hasta en el interior de las casas. Entre los insectos chupadores, la pulga penetrante o *nigua* hace sufrir bastante, atormentando incluso a las personas mayores que no toman la precaución de eliminarlas. Ese insecto incómodo es tan desagradable en los lugares habitados como las *garrapatas*, que se pegan a las personas en los bosques y en los campos. Son verdaderas plagas que atenúan las bondades que ofrece la comarca. Entre los insectos coleópteros, numerosos carábidos cubren las orillas de los ríos; también allí y cerca de los pantanos las brillantes cicindelas aparecen día y noche, marchando con rapidez de relámpago y ostentando sus colores metálicos. Abundan en las aguas de los pantanos los *ditisques* y los



1: *Pipra fasciata*; 2: *Ampelis viridis*.

1: *Cypselus montivagus*; 2: *Cypselus andecolu*; 3: *Oeuf du caprimulgus*.

hidrófilos; gran número de estafilinos vive en los animales muertos y en los campos; los brillantes buprestos revolotean en torno de las flores y se pasean por las cortezas de los árboles muertos. Entre la gran variedad de especies de elatéridos o zapadores, se destacan las luciérnagas o *taca-mua* de los guaraníes, lo suficiente brillantes como para poder leer a su luz, cuando se reúnen muchos de ellos. Su luz, que proviene de la cabeza, no es instantánea, por lo demás, como la de los lampíridos o gusanos lucientes, y no centellea sobre la sombra de los pantanos, como la de estos últimos. Vuelan en línea recta o circularmente, describiendo, en las orillas de los bosques, líneas luminosas que semejan relámpagos. Agradan a los niños, que los buscan y los atraen con carbones ardientes; mientras que la luz de los lampíridos, siempre vacilante y que se prende y apaga en forma sucesiva, puede compararse, en la noche oscura, con la fosforescencia del mar en calma. Abundan los escarabajos. Vuelan durante el crepúsculo. Se los halla en medio de los bosques. Algunos melasomas cubren los terrenos descubiertos o viven bajo las cortezas; numerosas cantáridas cargan las hojas de las plantas, principalmente las solanáceas. Innumerables especies de rhyncophores o gorgojos se descubren en las flores de muchas plantas, viviendo sea bajo los árboles, sea sobre sus cortezas. Muchos algavaros vuelan al ocultarse el sol, con los cuernos levantados o se posan sobre las plantas floridas. Los casidarios y los escarabajos de colores metálicos se pegan a las plantas trepadoras, en los bosques y en los lugares húmedos, y ofrecen, a menudo, a los ojos del viajero, atento y deslumbrado, los fuegos del rubí y el brillante topacio. Son, sin duda, los insectos más hermosos y más comunes en esas comarcas cálidas. Los galerúcidos y las vaquitas de San Antón llevan también el mismo género de vida. Los coleópteros ostentan sus ricos colores, pero no cantan. No sucede lo mismo con los ortópteros. Gran número de *perce-oreilles* descansan sobre las piedras; mantas de largos brazos y *spectres* que se confunden con los tallos de las gramíneas, habitan los campos. Las llanuras están pobladas de muchas especies de grillos que aturden, de langostas voraces y de langostas voladoras de variados colores y formas. Recuérdese la descripción que he hecho de las langostas, que cubren los terrenos con sus innumerables falanges, destruyendo generalmente las cosechas y quitando al pobre labriego, en un día, la esperanza de todo un año.

Los hemípteros no son menos comunes. Las chinches, de olor infecto, viven en todos los lugares de los bosques, sobre las flores y las hojas. Sus colores no pueden ser más variados. Las cicadarias abundan también, particularmente sobre las plantas próximas a lugares húmedos. Las alegres cigarras, de acentos soporíferos, hacen resonar en los bosques los ecos de su música monó-

tona y celebran, todos los años, la vuelta de la estación del calor. Son los únicos que se hacen oír durante el fuerte calor del mediodía, mientras toda la naturaleza reposa y el hombre duerme la siesta. Son también insectos de este tipo que, día y noche, llenan las cercanías con sus cantos acompasados y desagradables. Está, finalmente, entre los animales que encierra y que hemos encontrado, el pulgón de la cochinilla, parásito del cactus, que brinda ese color tan apreciado en el comercio. Los neurópteros, aunque menos abundantes, no juegan un papel menos importante en el país. A estos últimos pertenecen las termes (*capihi* de los indios), animales débiles que se ve, sin embargo, compensando su debilidad con su número, devorando todo cuanto de madera hay en la casa, y lo hacen en un lapso tan corto que sería imposible imaginar nada tan extraordinario. Aparte de ellos, las ligeras libélulas de muchas especies recorren con rápido vuelo la superficie de las aguas, hormigas voladoras vagabundean por los bosques; y los hemerobos, de ojos dorados y alas verdes, pueblan también ese campo animado, mientras que en las orillas de los ríos pululan las efímeras, que mueren una vez que arrojan los gérmenes de la reproducción.

Los punzantes himenópteros contrastan con los débiles neurópteros. Son entre los insectos, en efecto, con la araña hiladora y el pulgón de la cochinilla, los más útiles al hombre salvaje y los que perjudican más al agricultor y al hombre semicivilizado. Entre las especies útiles pueden citarse las abejillas sin aguijón, que depositan su aromática y dulce miel en los huecos de los árboles de los bosques, destilándola en pequeños panales de una cera igualmente aromática. El hombre semisalvaje las busca con pasión, porque le proporcionan un manjar delicioso, sin necesidad de defenderse de las crueles picaduras de nuestras abejas europeas. No sucede lo mismo con una especie de avispa que da miel o *chiriguana* de los guaraníes, que suspende su nido de las ramas de los árboles, como muchas otras especies de esos animales, pero que deposita en células papiráceas y hexagonales una miel blanca y límpida y del mejor sabor. Estas defienden las entradas a su refugio, picando cruelmente a quienes se aproximan. Se ven, empero, obligadas a abandonarlo, cuando se levanta desde abajo un espeso humo, producido por un montón de hojas que se queman. Tales son los insectos de esta serie útiles a los pobladores de la campaña. Muchos le son indiferentes y sólo interesan al naturalista, como los numerosos tentredínidos, las brillantes y ágiles ichneumons, de cuerpo de color variado y que posan y vuelan varias veces por minuto, viviendo sin temor en los campos abiertos, donde se defienden con su aguijón venenoso, siempre dispuesto a picar a quienquiera que se les acerque; las brillantes avispas doradas deslumbrando con sus brillantes colores metálicos; las avispas domésticas, que ubican

su diminuta colmena bajo el techo de las casas y en las casas mismas, donde parecen vivir en buena armonía con los moradores; los mutílidos que exhiben su abdomen afelpado y coloreado, recorriendo rápidamente los terrenos arenosos. Los himenópteros que fastidian al agricultor, son las innumerables tribus de hormigas (*tachii* o *araraha* de los guaraníes), diversas al máximo; viven en todas partes, haciendo estragos en las propiedades o destruyendo las cosechas, en lucha continua con los esfuerzos de los labradores por arrojarlas de sus campos. A menudo, un solo hormiguero cubre, con su centro y caminos radiales, hasta más de cincuenta metros de extensión, y forma, bajo tierra, galerías no menos extensas; o destina como domicilio el tronco de un árbol; o bien eleva, en medio de los pantanos, colinas cónicas de más de dos metros de altura, refugiándose, cuando las aguas amenazan, de los pisos inferiores de esos refugios a sus partes elevadas. Siempre industriosas, las hormigas aprovechan todos los lugares donde las llevan sus hábitos, dando en todas partes ejemplo de una vida laboriosa y previsora.

La provincia de Corrientes está bien provista de mariposas; pero podría envidiar a las comarcas más septentrionales sus hermosas especies de colores. Las suyas son brillantes y ligeras, como todos los insectos del orden de los lepidópteros. Los campos abiertos, esmaltados de flores, son frecuentados por especies diurnas de medidas medianas, mientras que el interior de los bosques húmedos lo es por aquellas que brillan alternativamente del azul más vivo o del más brillante carmín, a los cuales se mezclan o el negro aterciopelado o el oro más puro. Prefieren los lugares salvajes y los pueblan con sus legiones aéreas. Al crepúsculo, las esfinges, de vuelo vacilante, menos brillantes, pero más ágiles que las mariposas, las reemplazan, y pronto ellas a su vez dejan lugar a las sombrías falenas, etc., que zumban hasta medianoche, quemándose con el fuego del viajero que las atrae y les hace pagar cara su imprudencia instintiva, pero si ellas agradan a la vista, sus orugas, o *maraudova* de los guaraníes, inspiran a los agricultores continuos temores, porque destruyen las plantaciones de tabaco, a pesar de todas las precauciones que se toman para impedir sus estragos.

Me queda por hablar de los insectos más numerosos y, al mismo tiempo, más insoportables de todos para los habitantes de la provincia: los dípteros o moscas. Ellos bastan para alejar de las comarcas pantanosas, porque no hay paz de noche ni de día para el pobre viajero, a menos que el saludable viento del sur sople con algo de violencia o que los fríos del invierno no vengan a suspender por algunos momentos, los sufrimientos de los hombres de esos campos, del navegante y de los animales domésticos y salvajes. ¿Quién no ha reco-

rrido esas llanuras en verano sin maldecir, mil veces por día, una región donde no es posible gozar de un instante de reposo? Miríadas de *mosquitos* se encarnizan con el hombre, si penetra en el interior de los bosques, y le pican sin piedad, a pesar de todas sus precauciones. No se libra de sus picaduras ni siquiera viajando por agua o atravesando un pantano, y sin embargo, no es nada todavía. Los innumerables tábanos, y esa mosquita importuna, blanca y negra que debe a su doble color el nombre de *viudita*, dado por los pobladores, tienen el privilegio exclusivo de devorar durante el día, pero si el viajero carece de mosquitero por la noche, debe aguardar otro suplicio. Apenas llega el crepúsculo, falanges de esos mosquitos de diversas especies, reconocibles por el ruido de su vuelo generalmente argentino, se arrojan sobre él y le hostigan incesantemente hasta el día siguiente por la mañana. Para defenderse de ellos, los pobladores construyen ramadas sobre las cuales se acuesta la familia entera, porque el viento de la tarde impide a esos insectos elevarse mucho sobre el suelo, donde forman nubes tan compactas que espesan sensiblemente la atmósfera. Es entonces también cuando los caballos y las bestias, que no viven en el campo, galopan sin cesar, como locos, para defenderse, pero es en vano... El furioso vampiro no los abandona hasta que el rocío de la mañana humedece la piel del pobre animal. Trata, pues, de ocultarse o de buscar un refugio para el día. Si esos insectos hacen sufrir a hombres y animales, las moscas carnívoras causan pérdidas bastante grandes al agricultor que no dedica a sus rebaños los cuidados más asiduos, porque depositan sus huevos en el cordón umbilical de las terneras y corderitos nacidos durante el verano, y cuando el propietario no se da cuenta las pobres bestias son roídas vivas por innumerables gusanos; su muerte es entonces segura.

Tal es la ojeada zoológica que en calidad de observador y coleccionista atento he podido echar rápidamente sobre los animales de la provincia de Corrientes. Puede verse que, a pesar de la gran variedad de especies, pocas son útiles a los pobladores, y sin embargo los servicios que prestan o las ventajas que procuran, pueden compensar el desagrado ocasionado por aquellos que son dañinos o perjudiciales. La población local, al estar acostumbrada y adoptar previsiones que les sugiere la experiencia, sufre mucho menos que los extranjeros. A tal punto está acostumbrada a esos pequeños sufrimientos físicos que sólo ve los bienes de la naturaleza; así un correntino sólo habla de lo bueno que es su país, sin tener en cuenta sus inconvenientes. Es, por lo demás, completamente indiferente a todo aquello que no lo hiere o no le procura goces, lo que hace que apenas conozca a los animales que no tenga motivos de temer o de buscar. Tal es el carácter de los mestizos, pero los indígenas no se

les parecen. Más se acercan al estado de la naturaleza, más son observadores; así puede verse a menudo al animal en apariencia más insignificante que recibe, en su idioma maternal, un nombre genérico y, generalmente, un nombre de especie. Todos son buenos naturalistas, sin duda. También observan bien los hábitos y son excelentes guías de los europeos en sus investigaciones.

La vegetación[12] de la provincia de Corrientes es tan variada como su zoología. Sin embargo, debo decir que carece de esa apariencia majestuosa que caracteriza a la de los trópicos. Es, en cierta manera, mixta, sirviendo de transición entre la pobreza de las llanuras del sur y la riqueza de las regiones más cálidas. No tiene ciertamente el triste aspecto de la vegetación meridional, pero carece de esa variedad de especies y de esa energía de desarrollo que distingue a la del norte. No atribuyo esa diferencia a la escasa elevación relativa de la temperatura; la atribuyo más bien a falta de montañas capaces de detener las nubes y retener una humedad favorable, de la cual están privadas esas llanuras, donde sólo llueve muy raramente y no a épocas fijas. En efecto, la vegetación de tales llanuras, al grado 17, en los alrededores de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, presenta todavía, hasta cierto punto, el mismo aspecto; como aquí, una parte de los árboles pierden su verdor en la época de los fríos y se observa en todas partes un instante de reposo para las plantas, fenómeno poco sensible en las montañas de Río de Janeiro, por ejemplo, o en las de Yungas, en Bolivia.

La vegetación de Corrientes puede dividirse en dos secciones, de acuerdo a los terrenos: la de las llanuras y la de los bosques. Las llanuras se subdividen a su vez, porque son arenosas o arcillosas. Estas últimas están cubiertas casi exclusivamente de gramíneas y ciperáceas, mientras las primeras añaden a las gramíneas una serie de plantas que, en la primavera, forman jardines naturales, esmaltados de miles de flores. Allí, algunas brillantes escrofularias se confunden con una multitud de leguminosas de vivos colores y mimosas de formas admirables. Una de ellas, sobre todo, tiene el aspecto exterior de un penacho blanco de nieve, grueso como un puño del cual cada filamento está coronado de una bolita roja; sostenido el conjunto por un tallo apenas visible, elevado algunas pulgadas sobre tierra. En la primavera esas llanuras están cubiertas de una vegetación variada y vivamente coloreada que encanta. Los bosques también son de dos especies. Aquellos que son poco tupidos, compuestos de *quebrachos* o de *espinillos*, son tristes y completamente desprovistos

12 He tratado de completar la flora de Corrientes. Formará parte del capítulo de este libro destinado a botánica.

de vegetación en invierno; los que ocupan los bordes de los ríos son, por el contrario, altos, tupidos, entrecruzados de millares de lianas, de follaje variado y con flores tan vivas como su color, y con palmeras elegantes, de follaje empenachado. He creído observar que las hojas acuchilladas o recortadas son por doquier más numerosas que las hojas enteras, lo que hace al conjunto más ligero y más alegre; se ve así por la mañana, antes de levantarse el sol, una multitud de plantas dormidas, cuyas hojuelas se repliegan sobre sí mismas y sólo se abren cuando les llegan los rayos del sol. Entonces abandonan su letargo y se abren poco a poco para cerrarse sólo por la noche ¡Qué placer es contemplar, con el día, cesar el sueño general de la naturaleza! ¡Qué diferencia entre nuestros bosques tan bien ordenados y el batiborrillo de las selvas vírgenes de estas comarcas, donde sólo se puede penetrar con el hacha en la mano o exponiéndose a ser desgarrado por millares de espinas! Ya las he descrito muchas veces y no es necesario hablar aquí de nuevo detalladamente.

Algunos líquenes ocultan la corteza de las ramas de los árboles aislados que cubren las llanuras gredosas; numerosas moscas envuelven el tronco de los árboles de los bosques húmedos; humildes helechos crecen en la tierra, a la sombra de las grandes selvas, pero son pequeños y de especies poco variadas; y, en este género de vegetación, la naturaleza ha negado a esas comarcas los hermosos helechos arborescentes que adornan las selvas de las comarcas cálidas. Apenas existen, en toda la provincia, cinco o seis especies de helechos.

Las plantas monocotiledóneas son mucho más numerosas y esto debe ser por la cantidad de pantanos y llanuras que caracterizan a la provincia. Los aroideos escasean; viven en las márgenes de algunos bosques o como parásitos de los árboles. Algunos tifáceos crecen en los profundos pantanos de la laguna de Iberá, pero son poco numerosos, comparados con los ciperáceos, que existen en cantidad alrededor de los lagos, en terrenos arenosos y arcillosos, y sus especies forman por sí solas inmensas extensiones de juncos o esteros que ya he descrito varias veces, y que ocupan tal vez la vigésima parte de la extensión de la provincia. Ellos proporcionan las materias primas para la confección de esteras, tan útiles en la comarca. Si echo un vistazo a las plantas gramíneas, veo que forman realmente la base de la vegetación del país. Llenan las llanuras y abastecen al agricultor de excelentes pastos; cubren también los ribazos arenosos, las márgenes de los bosques; y, en fin, ocupan la superficie en todos los lugares donde los árboles no les impiden recibir el sol, aunque algunas especies hallan la manera de crecer a la sombra en las selvas más tupidas. Entre ellas figuran el benéfico maíz (*abati* de los guaraníes), primer alimento de los habitantes antes de la Conquista, y la dulce caña de azúcar o *tacua-rehé* de los

indígenas, que, entre las plantas cultivadas, constituye una parte esencial de las cosechas agrícolas. Los elevados bambúes, de tan ligero follaje, adornan las riberas del Paraná y de la laguna Iberá. Unos, de más de treinta pies de altura, dan vida a una importante rama comercial; otros, más pequeños, pero más duros, no son menos útiles a la industria agrícola. Las elegantes palmeras con hojas en penacho no juegan un papel inferior en la vegetación del suelo de Corrientes. La palmera yatay cubre extensiones inmensas y señala al labrador sin experiencia el suelo arenoso apto para el cultivo. Hemos visto a esa palmera adornar las tierras de las Ensenadas y todos los terrenos comprendidos entre el río Santa Lucía y el río Corrientes. Su fruta engorda a los animales al punto de hacerlos irreconocibles y produce, por fermentación, un buen aguardiente. Su pepita proporciona asimismo un aceite de coco muy bueno. Su follaje verde glauco se diferencia, desde lejos, del follaje verde intenso de la palmera pindo. Esta última teme los rayos del sol; por eso crece humildemente en medio de los grandes bosques tupidos y difícilmente sus hermosas palmas se presentan por encima de los otros follajes de los bosques. La palmera carondai, de hojas digitales, crece en medio de los pantanos arcillosos, solamente en los bordes de los bosques. Su tronco sirve para construir techados y vigas durables que se emplean en la arquitectura; con sus hojas se hacen sombreros de paja. La palmera bocaya crece en Ensenadas, pero creo que ha sido importada. La yatai poñi, o yatai rastrera crece también en Misiones y a orillas del Paraná. Es en pequeño, haciendo abstracción del tronco, una palmera cuyo follaje y fruto pertenecen a la especie arborescente. El viajero que ve por primera vez esos hermosos vegetales, experimenta involuntariamente un sentimiento de admiración. Solamente las palmeras y los bambúes dan a la vegetación de los países cálidos un sello que los distingue de inmediato de la de los países templados.

Los lagos de los terrenos arenosos están cubiertos de pontederiáceos y alismáceas. Los bordes de los bosques y los terrenos áridos están cubiertos de bromeliáceas espinosas, que desgarran sin piedad al peatón demasiado audaz que se atreve a penetrar en la espesura. Son las *caraguatás* de los guaraníes. Una de sus especies, segunda providencia del viajero, le reserva, en el cáliz de sus hojas, un agua saludable, en medio de terrenos secos y áridos, donde el hombre no sabe cómo extinguir la sed que lo devora. Otra, que considero un ananá salvaje, es comestible y de buen sabor. Parece raro que el ananá cultivado no fructifique en Corrientes, mientras que la variedad salvaje da buenos frutos. Varias especies de amarilídeas, de flores púrpuras o doradas, nacen en los bosques; y muchos irídeos, de flores de variados colores, crecen en las praderas, tanto en lugares húmedos como en los secos. Los plátanos comunes no

viven en la provincia, así como tampoco ciertas especies de los pantanos; la temperatura no es bastante elevada para ellos. Es, sobre todo, en las orquídeas donde la vegetación parásita es rica; los grandes árboles de las orillas de los ríos y los árboles aislados del campo tienen sus ramas cubiertas de esas plantas llamadas *flor del aire* por los pobladores. Tienen variados colores y formas completamente ligeras. Existe una especie cuya flor es blanca y cuyo olor agradable hace que sea requerida por las señoras de Buenos Aires, que adornan con ellas los barrotes de sus ventanas y balcones. Otra ostenta sus hermosos colores dorados bajo una forma completamente aérea; por eso los pobladores la llaman *angelito*.

Las plantas dicotiledóneas, aunque es dudoso que sean más numerosas en especies que las monocotiledóneas, no lo es menos en lo que respecta a los ejemplares individuales. En esta clase se hallan todos los grandes árboles y las más hermosas flores de la comarca. Algunas aristoloquias, de flor extravagante, crecen en los matorrales, muchas lauréolas en los árboles; las poligonáceas ribereñas de follaje venenoso, de racimos carmesí, se desarrollan en los pantanos; las plantagináceas rastreras cubren las planicies; las ramosas escrofulariáceas, de variadas flores, habitan los terrenos arenosos; las numerosas solanáceas, entre las cuales muchas ricas en variedad de flores, y de las más majestuosas o notables por sus perfumes, se hallan en todas partes sobre plantas espinosas o no, sea en los árboles, sea arrastrándose, dando frutos agridulces, apreciados en la comarca. Gran número de labiadas, de diversos colores, pueblan los campos abiertos, mientras que las convolvuláceas trepadoras, de elegante flor, generalmente de brillante blancura, buscan los lugares húmedos. Las biñoneáceas o enredaderas, cuyos tallos se elevan en forma de cadena en largas guirnaldas doradas, purpúreas o de un blanco deslumbrante, forman glorietas continuas o parecen unirse entre sí por medio de estrechos lazos a todos los árboles de una misma localidad, sin distinción de especie. Ellas dan a las florestas del nuevo mundo ese pintoresco desorden y esa negligencia salvaje tan preciosa a los ojos de los pintores. Las asclepiadeas, también trepadoras, enlazan las plantas de los matorrales y brindan a los pobladores un fruto bastante bueno, llamado *isipo* por los guaraníes. Las compuestas, de flores por lo común amarillas como el oro, buscan los sitios arenosos; muchas malváceas matizan con sus flores multicolores todos los terrenos, tanto en los suelos pantanosos como en los más arenosos, tanto arrastrándose como en las ramas. Una ninfácea extraordinaria, de hoja de más de un metro y espinosa, con flor rosada de cerca de un pie de diámetro, cubre algunos arroyos. Da un grano comestible, conocido con el nombre de *maíz del agua*. Es, sin duda, la planta más original y más

notable del país. Los crucíferos no existen; son reemplazados por gran número de amarantáceas rastreras, de flores amarillas o purpúreas, que buscan los sitios arenosos. Numerosas siemprevivas, de flores vivas y hojas tupidas, se arrastran por los terrenos arcillosos de las llanuras. Los cácteos espinosos se apropian de las tierras arcillosas más áridas, y allí ostentan sus raquetas animadas de mil pulgones coloreados. Otra especie en forma de raqueta, desarrollada sobre un tronco recto y elevado de veinte a treinta pies de altura, crece a la sombra de los grandes bosques, y de lejos parece una palmera; pero acercarse a ella no es fácil, porque las numerosas y largas espinas del tronco y de las raquetas hacen temer la aproximación. Las cucurbitáceas, de fruto desproporcionado al tallo, son cultivadas o salvajes. No existen las caríceas, que corresponden a regiones más cálidas; los *papayos*, de aromático fruto, no llegan al país, en el cual aparecen en muchos sitios las flores de maracuyá o pasionarias, de colores variados y tallo trepador. Una de ellas, la *mburucuya* de los indígenas, brinda un fruto estimado y tan común que se ha dado su nombre a una aldea. Es especialmente entre los mirtáceos donde las especies son más numerosas, en pequeños arbustos y en grandes árboles; la mayor parte de las frutas de la comarca figuran entre ellos: la suculenta guayaba; la *iba poru*, cuyo fruto retoña sobre el tronco del árbol; la *ñangapiri*, de fruta roja, la cereza del país, y su especie enana, la *ñangapiri poñi*; la *iba hai*, de áspero fruto; la *iba viyu*, de fruto violeta; la *iba vira*, verde, todos apreciados por los pobladores. Si los mirtáceos brindan la mayoría de las frutas del país, las leguminosas dan la mayoría de las flores. Entre ellas, las pequeñas especies rastreras cubren el suelo de las pequeñas colinas arenosas. Las especies de los arbustos adornan los bordes de todos los pantanos vecinos de los ríos, mostrando sus flores amariposadas, de vivos colores, tan variadas como sus especies. El añil salvaje, de flores rosadas y en racimo; numerosas acacias espinosas en árboles, o *espinillos*, ocupan los terrenos arcillosos; las elegantes y odoríferas yuquerís de los indios, de flores blancas o amarillas, animan los zarzales. La púdica sensitiva, de hojas sensibles, la *vergonzosa* de los españoles y la *ebotineramba* de los indios, de copa elevada cinco a seis pies y ramas espinosas, adorna las orillas del Paraná y ostenta en todas partes sus flores rosadas. Abundantes mimosas, de hojas acuchilladas y en árboles, forman una parte de la vegetación de los bosques. Entre ellas se hallan el timbó, de follaje verde intenso, y el útil curupahí, cuya corteza proporciona una cáscara muy necesaria en las curtiembres. A esa familia se vinculan gran parte de los árboles y arbustos del país y muchas plantas. El alfóncigo de tierra le pertenece, así como todas las especies de habichuelas cultivadas. Entre los acebos se distingue la planta más productiva de esos lugares, la que

produce la yerba del Paraguay o mate, que se emplea como té en casi toda América meridional, y cuyo comercio es uno de los más lucrativos para Paraguay y la provincia de Parnagua, en el Brasil. Abunda en las zonas orientales de la provincia, en las fronteras de Misiones. Muchas euforbiáceas nacen en las llanuras y una de ellas, el ricino o *palmachristi*, señala en todos los lugares de la campaña hoy desiertos, el sitio donde antes los indios fijaron su residencia momentánea. Es un indicio que no engaña nunca; es el compañero fiel del hombre en sus migraciones, lo sigue en todas partes y no brota lejos de él. Es necesario que éste prepare la tierra donde esa planta debe vivir. ¡Original extravagancia de la naturaleza! ... Entre las urticáceas, numerosas higueras, de hojas enteras y corteza papirácea, se alzan en los lugares arenosos. Entre sus especies puede citarse el ibapoy, cuyas raíces abrazan y sofocan a las palmeras yatais, tomando mil formas distintas antes de convertirse en árbol. Algunas papiráceas, unas en pequeños arbustos y otras en árboles, de hojas cortadas o enteras, viven en los lugares húmedos de los bordes de los bosques. Los salicíneos o sauces, de follaje verde tierno, cubren con sus troncos piramidales las nuevas islas del Paraná, donde comienzan a preparar el suelo para las otras especies de árboles que deben hacerlos aparecer.

No quiero recordar aquí más que las principales familias de plantas de que se compone la vegetación de estas comarcas, con el fin de que, por adelantado, se pueda tener una idea. Ocuparía mucho espacio describirlas a todas, porque son muy variadas. Me parece también indispensable, antes de abandonar la botánica de la provincia, hablar de las frutas salvajes difundidas por el país. Son numerosas y algunas bastante agradables. Creo, empero, que ninguna puede rivalizar con las de nuestra Europa. Comienzo por las especies de la familia de las mirtáceas, que ya he señalado en las generalidades sobre las plantas. La *iba poru*[13] es un fruto negro, del tamaño del pulgar, que sale del tronco y de las ramas gruesas de un árbol alto de veinte a treinta pies, que crece en medio de los bosques a orillas del Paraná y no es común. Ese fruto tiene sabor algo agrio y agradable. Madura en noviembre y diciembre, en Bolivia; da varias cosechas. *El ñangapiri* es una frutita roja, de carozo sólido, que se parece algo, por el sabor y la forma, a nuestras cerezas dulces. Se encuentra en la extremidad de las ramas de un arbolito que abunda a orillas de los bosques próximos a Corrientes. Las frutas son numerosas al máximo, y todos los años, en la época de la madurez (noviembre), la población se traslada fuera de la ciudad, hacia los lugares donde se halla. La *ñangapiri poñi* es algo mayor, del mismo color y sabor

13 Hemos visto que *iba* quiere decir fruta, en idioma guaraní.

que la anterior. Sus hojas y flores son también iguales, pero la planta que la produce se alza a más de seis a ocho pulgadas del suelo, a lo que se debe su nombre. Nace en las planicies arenosas y da su fruto en la misma época que la especie grande. La *iba viyu* es negra y aterciopelada; crece en los grandes árboles del medio de los bosques del río Santa Lucía, en la extremidad de las ramas. Madura en enero. El sabor es agradable, azucarado y dulce. Los pobladores hacen de ella, durante la estación, un extraordinario consumo. La *iba hay* es también un mirto. Su fruta es de un hermoso color amarillo y tiene un sabor áspero algo fuerte. Está pegada a la extremidad de las ramas de un gran árbol en medio de las florestas de los alrededores de Itaty, principalmente, y tiene, como el ñangapiri, su especie enana, que crece en las llanuras arenosas. La *iba vira* da una fruta verde y dulce; el árbol que la produce pertenece a los bosques. La *arasa o* guayaba es rara en Corrientes. Sólo vive a orillas del Paraná y presenta múltiples variedades. Señalo, finalmente, a la *arachichu*, que completa el número de los mirtos frutales. Esta es una de las más voluminosas, redonda, tan grande como la pequeña y colorada manzana *api*, de un sabor agradable por la cantidad de agua que contiene. Vive también sobre los grandes árboles del interior de los bosques. Las otras frutas pertenecen a diversas familias de plantas. El *aguay* es el zapote de las Antillas. El fruto es raro en los bosques. El *isipoa* es una asclepiadea, de fruta lechosa y agradable, cuando todavía está verde y sus semillas punteadas están todavía tiernas. Esa fruta se desarrolla en los zarzales, sobre una planta que trepa por las ramas de los arbolitos, en torno de los cuales sus finos tallos se enrollan de mil maneras. La planta llamada *mburucuya* es una pasionaria, que abunda en ciertos lugares de la provincia, en torno de los matorrales, que envuelve con sus ramas. Primero presenta una hermosa flor, lo mismo que las de todas las plantas de esa familia, y luego frutas anaranjadas, oblongas, de dos o tres pulgadas de largo, con la pulpa roja, agria y purgante en alto grado. Son, sin embargo, buscadas con alguna avidez por los pobladores de las campañas. Las plantas solanáceas producen dos especies: el *camambú*, fruta amarilla, protegida por una envoltura grande, nace en una planta baja, en los zarzales, en el mes de noviembre: su sabor agridulce, como el de otra especie llamada *tutia*, frutita roja, que se desarrolla sobre una planta espinosa, que abunda a orilla de las aguas y que se produce todos los años; y la *ibapohi*, higuera que produce higuillos, fruta que comen los habitantes, pero que es poco agradable. Los zarzales contienen un ananá salvaje, poco estimado por lo general. El algarrobo, o *ibope* de los guaraníes, mimosa tan útil a los habitantes de las provincias de Santiago del Estero, Tucumán y Salta, fructifica también en la provincia. La vaina es alargada y la pulpa azucarada.

Se hace un bebida muy agradable[14]. Las palmeras pagan así su tributo en productos útiles. La bocaya proporciona una pulpa suculenta, como la del algarrobo y muy buscada; la palmera pindo, un fruto rojo anaranjado, que los guaraníes llaman, en consecuencia, *iba pita*; aparece en racimos de tres a cuatro pies de largo; es grande como una aceituna y de un sabor azucarado o meloso; la pulpa es algo gomosa; estos dos frutos contienen cocos rellenos de una almendra dulce y oleaginosa, muy agradable al paladar. Tal es la nomenclatura de los productos salvajes de la provincia, los únicos conocidos en la comarca, porque, salvo algunos árboles europeos de cultivo, ninguno de los indígenas ha sido todavía plantado por el indolente correntino. Es completamente seguro, sin embargo, que muchos de ellos podrían mejorarse mediante el cultivo y que serían entonces excelentes. Entretanto, la naturaleza hace frente sola al sostenimiento de esa fuente de recursos, y debemos considerar una suerte que los pobladores no derriben las palmeras para recoger los productos, sin preocuparse de los beneficios que podrían sacar todos los años.

En su aspecto geológico, la provincia no presenta tantas riquezas. El suelo es en un todo terciario. En todos los lugares, la arcilla está debajo de la arena o colinas arenosas. A esa disposición se deben los numerosos receptáculos o lagos de agua límpida que la cubren y fertilizan. Sus lechos, que parecen ser diluvianos, reposan sobre arenisco ferruginoso terciario que constituye la geología del país. Hay derecho a creer que los terrenos arenosos son los más poblados por ser lo únicos apropiados a la agricultura; los restantes sirven solamente para la cría de animales, en los lugares que no están muy inundados. Las arcillas son, en algunos sitios, lo bastante finas como para servir a la fabricación de una porcelana bastante apreciada. Esta industria es, hasta el presente, explotada sólo por los indios. Gran cantidad de tierras coloreadas por los óxidos pueden servir también para hacer pinturas. Las márgenes del Paraná presentan, en muchos puntos, óxidos e hidratos de hierro, de colores vivos, que pueden emplearse con facilidad en el comercio. El suelo de la provincia está completamente desprovisto de piedras. Unicamente el río Empedrado presenta algunas en su lecho, y sólo existen piedras de construcción cerca de Corrientes o entre ese punto e Itaty. Las riberas del Paraná descubren areniscos lo bastante duros como para que los jesuitas hayan podido emplearlos en la construcción de su colegio. Durante largo tiempo, en Corrientes, para conseguir sal, se lavaban los terrenos salados o *salitrales*. Esa clase de explotación cesó, desde que comenzó a traerse sal de la Patagonia. Sólo después de esa época, poco lejana, comenzó a desaparecer el bocio en parte de la

14 Llamada *aloja*. (N. del T.).

provincia; por eso los pobladores pudieron atribuir, con razón, esa enfermedad a la acción de esa sal impura. De cualquier manera, sólo he encontrado a personas de edad afectadas con este mal. Parece haber desaparecido enteramente una vez introducida la sal extranjera y no existir más que hacia el sur. Hoy el muriato de soda, que contienen las arcillas, no es explotado por nadie. Solamente los animales domésticos y salvajes lo buscan para lamer, lo que influye mucho en el crecimiento de los rebaños y en la bondad de su carne.

El gobernador de Corrientes, interrogado por mí acerca de la población del país, me ha asegurado que, por un cálculo aproximado, ya que no hay un censo regular, la provincia contiene 50.000 habitantes y que él observa que aumenta diariamente la población. Si este dato es exacto, siendo la extensión de la provincia de aproximadamente 2.391 leguas marinas, habría veinticuatro personas por legua cuadrada, mientras Francia, en 1825[15], tenía 1778; España 763, etc. Esta diferencia no parecerá, sin embargo, enorme, si se comparan las tierras cultivadas de Europa con los despoblados americanos donde grandes superficies pantanosas permanecen incultas y lo serán probablemente siempre.

El comercio de Corrientes es bastante considerable y la posición geográfica de la ciudad, en la confluencia del Paraná y del Paraguay, hará de ella un lugar de lo más importante, una vez que Paraguay reabra sus puertos; cuando se haya establecido finalmente la navegación de las provincias de Salta y Jujuy por el río Bermejo; cuando las hermosas orillas del Paraná, arriba de su confluencia con el Paraguay, comiencen a poblarse Corrientes podrá convertirse entonces en el depósito general de las mercaderías europeas en el comercio interior de América austral. El arroyuelo Santa Rosa, así como la multitud de ensenadas arenosas de la costa, formarán un puerto muy bueno, donde los grandes navíos podrán recalar sin miedo, porque embarcaciones de unas doscientas toneladas pueden remontar en tiempos de crecida el Paraná. Entre los navíos que hacen esta travesía, hay algunos construidos en Buenos Aires, pero la mayoría lo son en Corrientes, donde hay buenos astilleros y donde la madera está a mano, porque no hay más que elegirla a orillas del Paraná. Muchos de esos navíos son muy grandes y poco profundos, a fin de poder pasar por todas partes, sobre los bancos de arena. Todos tienen una quilla, son muy sólidos y duran mucho tiempo; se los apareja en *smack*, goletas y balandras. Hay también algunos bergantines[16]. La mayoría de estas embarcaciones están muy mal

15 Humboldt. *Viaje a las regiones equinocciales*, t. 9, pág. 250.

16 Es sabido que una fragata de guerra (la Paraguaya) fue construida en el Paraguay y se armó en Buenos Aires.

aparejadas y, sobre todo, muy sucias y muy descuidadamente mantenidas. Las cuerdas son, en parte, trenzas de cuero curtido de vaca. Las amarras son, en general, hechas de corteza de raíces de un *arum* trepador, que crece en el Paraguay, en Misiones y en todas las regiones cálidas de América meridional. Esta planta se llama en Corrientes *piasala*. Es negra, no se pudre en el agua y, como es menos resistente que el cáñamo, se da mayor diámetro a las amarras que se fabrican con ella.

Tales navíos se emplean en el transporte de los productos de la provincia y en traer las mercaderías extranjeras. Hacen continuamente viajes de Buenos Aires a Corrientes y conducen con frecuencia comerciantes extranjeros. Las mercaderías que llevan están sujetas a derechos de aduana sobre el precio de compra que no son fijos, sino de un veinte a treinta por ciento, sobre una evaluación realizada por el administrador de finanzas. Estas evaluaciones son a veces muy exageradas y no son regulares. Dependen por lo general del capricho de quien las hace. Las mercaderías consisten principalmente en paños ingleses y franceses, sobre todo de estos últimos, porque son más baratos; en franelas de todos colores, que sirven para hacer o forrar los ponchos, o para fabricar chiripás; en indianas, y particularmente en vestidos de muselina, en bordados verdes o rojos, de producción inglesa; en todo tipo de telas de algodón; en algunas piezas de seda y cintas; en mucha quincallería; en armas, herramientas; en vinos, sal, comestibles y harinas; en sombreros de lana, etc. Todas las mercaderías se reúnen juntas, por lo general, en el mismo depósito *(tienda)*. Empero, los comestibles al por menor se venden más bien, junto con los cigarros, en casa de los pulperos o taberneros, porque sólo existen en la ciudad estas dos clases de mercaderes. Aquéllos revenden después a pequeños vendedores de la campaña, o mercaderes ambulantes, de los cuales ya he hablado, que adquieren, por lo general, a crédito y pagan las mercaderías compradas sea en dinero, sea en artículos agrícolas, después de la cosecha del tabaco o de la caña de azúcar. Tal comercio interior sólo puede ser ejercido por individuos nacidos en el país o por extranjeros casados con correntinas que sean propietarios en la provincia, medida que tiene por objeto reservar esa fuente de recursos a los indígenas. Los extranjeros no tienen ni siquiera el derecho de penetrar en el interior, a menos de disponer de un permiso del gobierno; por eso no pude obtenerlo sino debido a una gracia especial del gobernador. Por lo general, antes de la cosecha del tabaco, en setiembre y octubre, los pequeños comerciantes retiran la mayor parte de las mercaderías; y en febrero y marzo se efectúan los cobros. Los comerciantes de la ciudad pagan una patente, cada uno, de catorce pesos, o sea, setenta francos por año. Hubo en otra época dos

o tres, pero hoy hay un número tan grande que el comercio se ha hecho poco lucrativo.

Cuando el dictador del Paraguay abre sus puertos y anuncia al gobernador de Corrientes que desea mercaderías, esta circunstancia brinda la oportunidad de colocar productos a los negociantes correntinos, que cargan inmediatamente barquichuelos chatos o chalanas, que despachan al Paraguay, género de comercio lo bastante original como para que hable de él en detalle. Esos barquichuelos no pueden conducir a los mismos interesados; deben ser censados como pertenecientes a los correntinos y no a los de Buenos Aires, porque, en tal caso, serían confiscados en provecho del doctor Francia, que detesta a los últimos. Se pone como propietario a un joven de Corrientes, con instrucciones para la venta. Es necesario que éste y sus marineros sepan hablar bien el guaraní, porque el desconocimiento de ese idioma los haría sospechosos de ser de Buenos Aires. Es necesario declarar si se desea yerba mate o cueros curtidos del Paraguay, las dos únicas ramas del comercio permitidas en el país, y qué cantidad más o menos se desea de esas mercaderías. Los barcos parten. Una vez que llegan a las primeras guardias ubicadas a orillas del Paraguay, piraguas armadas los siguen para impedirles que se comuniquen con los pobladores que podrían abordarlos. Son conducidos así hasta Ñembucu, el primer lugar habitado. Allí, una guardia vigila cada barco e impide a su tripulación descender a tierra, así como hablar con cualquier persona, durante el tiempo del negocio. El comandante llega, en nombre de Francia, a ver los objetos traídos. Toma nota del cargamento e informa de inmediato al dictador. Este anuncia que desea esta o aquella cosa y que rechaza tal otra; entonces el comandante vuelve a bordo, torna muestras de los objetos solicitados y los envía. Algunos días después, el *Jefe Supremo* responde que da un número determinado de *tercios* o fardos de mate, o tantos cueros, en cambio. Si el sobrecargo del barco cree poder aceptar, recibe los artículos del Paraguay de manos del comandante; en caso contrario, el vendedor debe partir, porque no puede comerciar con el soberano negociante. Algunas veces hacen bastante buenos negocios con ese intercambio de mercaderías, pero algunos han sido engañados; por lo demás, Francia no está siempre dispuesto a esa comunicación. Por lo común, su puerto no siempre está abierto; entonces, una desgracia cae sobre el pobre comerciante que se arriesgó; sus mercaderías pertenecen por derecho al dictador; por eso el gobernador de Corrientes sólo permite la partida cuando ha recibido autorización del dictador Francia y nunca da pasaportes para el Paraguay.

Ningún bosque extenso cubre la provincia de Corrientes. Pequeños ramilletes de bosques esparcidos con el nombre de *islas*, están diseminados aquí y

allí cerca de las aguas; una orla de bosques, cerca de todos los ríos y arroyos y separada por planicies, tal es la vegetación que los agricultores prefieren a los sombríos bosques, donde el hombre está obligado a armarse, durante algún tiempo, del hacha en la lucha contra la activa naturaleza, que le disputa continuamente la propiedad del menor pedacito de tierra y vuelve a apoderarse de él apenas el hombre descansa. En Corrientes, por el contrario, todo favorece al hombre que quiere sembrar; recoge el céntuplo. Los únicos bosques algo extendidos, aunque poco tupidos, son los de las brillantes palmeras yatais, de las cuales hemos hablado, y esos tristes *espinillos*, diseminados por todo el territorio, los primeros sobre los terrenos arenosos y los segundos sobre la arcilla.

Los productos comerciales del reino vegetal son los siguientes:

Las riberas del Paraná brindan en todas partes maderas de construcción y de ebanistería. Entre las primeras puede contarse el *timbo*, la más común, y la que tiene mayor diámetro; es poco dura y sirve principalmente para hacer planchas de muebles y barquichuelos. El *lapacho* es, con razón, la más apreciada porque no se pudre nunca, por eso se la busca principalmente para las construcciones y es la que se prefiere en Buenos Aires. El *quebracho* y el mismo espinillo tienen maderas bastante buenas, muy duras, adornadas de vivos colores. La corriente del Paraná conduce aquella que los pobladores llaman cedro, a causa de lo agradable de su perfume, aunque no sea el de Europa. No se desarrolla en la provincia. Los pantanos proporcionan las palmeras carondai, cuyos troncos rectos y esbeltos son igualmente aprovechados para las construcciones como cabrias, mientras que en la provincia se los emplea para hacer tejas, cortándolos en dos. Las riberas del Paraná abastecen también de bambúes de diversas especies. La especie grande, de más de treinta pies de longitud, se aplica a diversos usos en la provincia y en el exterior. La *caña masisa* o caña de una pulgada y media de diámetro, así como el *tacuarí* y la *caña urywera*, sirven en el país para techados y la primera para la construcción de las grandes embarcaciones que descienden del Paraguay. La especie de caña llamada *caña brava*, bien distinta de la que lleva el mismo nombre en Bolivia, sirve para hacer los palos que utilizan los marinos de la rivera para sondear, porque es muy larga, estrecha y muy fuerte. Entre esas diversas maderas, el *timbo*, el *lapacho*, la palmera carondai o *palma*, así como los bambúes, son una rama importante de la exportación a Buenos Aires, pero esos productos han perdido mucho de su valor, desde que los norteamericanos envían maderas de construcción. Algunos árboles proporcionan una corteza apta para curtir que sólo es empleada en las curtiembres de la provincia.

La temperatura no es lo suficiente elevada como para que los productos de los trópicos abunden; así el cacao, el café, no existen, como tampoco las frutas de los países cálidos: ananás, bananas, papayos, etc.

Las plantas cultivadas en Corrientes son: el maíz, de una sola especie; las batatas o *yeli* de los indígenas; las habichuelas o *cumanda*, de variadas especies y muy buenas; los cacahuetes o *maní*; la mandioca de los españoles y *mandio* de los guaraníes. Se cuentan tres especies: la *mandioti*, que, se come en la sopa o asada y se parece algo por su sabor a la castaña; la *mandio bachari* o la especie grande, cuya raíz, que sólo sirve para hacer harina, sería un veneno de emplearse como la especie anterior; y, finalmente, la *mandio poropi*, o raíz roja, muy buena de todas las maneras. Hay también otra raíz parecida de forma, el *pio* de los guaraníes. Vienen a continuación las calabazas voluminosas, llamadas *curapipi* o *mandaca*; el *cihi*, o ají colorado, muy estimado en el país; las coles y lechugas plantadas por extranjeros; la caña de azúcar, el algodón, el tabaco. El maíz se exporta a Buenos Aires, así como a las provincias ribereñas del Paraná; pero es una pequeña rama comercial. Las tres principales son entonces el producto de la caña de azúcar, el algodón y el tabaco.

La caña de azúcar crece muy bien particularmente en los terrenos arenosos y húmedos. Hace algunos años todo lo que se plantaba en la provincia se consumía en ella; hoy se exporta lo que excede a las necesidades. Consiste siempre en miel de caña, nombre bajo el cual ese almíbar es entregado al comercio. Poca azúcar se produce en Corrientes, porque todo el producto de las cañas se convierte en miel, de la cual se hace aguardiente o caña, teniendo cada casa su alambique de tierra.

El cultivo del algodón se reduce a nada. No se exporta, a pesar de su buena calidad, porque no se siembra bastante para ello. Su producto proporciona el hilo necesario para las necesidades de la región. Hilo que sirve para hacer tejidos aptos para los vestidos y que tienen una característica particular. Los colonos confeccionan piezas cuyo tamaño varía según el uso al cual se le destina, porque sólo lo emplean sin adornos los indígenas. El último de los pobladores de la campaña no llevaría un solo vestido sin adornos; así las mujeres sobresalen en ese género de industria y sus labores son muy estimadas en todas partes, sobre todo sus paños de mano o toallas, cuyo uso constituye el lujo de la casa, porque no se ignora que en el país una de esas toallas bien bordadas vale a veces cerca de cien pesos (500 francos). Cierto es que se requieren varios meses para terminarla. De todos los tejidos de algodón, paños de mano son los únicos que se exportan, y, también, en pequeña cantidad; el resto se consume en la provincia, así como los ponchos de algodón de un tejido más

cerrado. Todos esos tejidos se hacen en las campañas con telares de una sencillez difícil de creer. Por lo común cada propietario rural posee el suyo, donde su mujer o sus hijas tejen por sí mismas. La abundancia y el bajo precio de los tejidos extranjeros ha hecho abandonar mucho el cultivo del algodón. Sería de desear para los correntinos que el progreso de la industria les descubriese nuevos medios de empleo de esas materias primas, al perfeccionar la manipulación, lo que los emancipará del tributo que pagan a los extranjeros, ya que poseyendo todos los elementos sólo les falta saber emplearlos.

Ya he hablado del cultivo y cosecha del tabaco, cuyo comercio ha tomado, desde hace algunos años, tal extensión que hoy Corrientes puede abastecer el consumo de las provincias ribereñas del Paraná y a Buenos Aires. Se exportan muchos cigarros confeccionados por las mujeres de la campaña, que se venden en Buenos Aires con el nombre de cigarros del Paraguay.

Varios otros productos podrían también explotarse en la provincia de Corrientes. El añil crece espontáneamente en todas partes y no se recoge en ninguna. Solamente algunos indios utilizan el color azul del que pueden tener necesidad para teñir sus vestidos, industria proveniente, sin duda, de los jesuitas y no común a los colonizadores, que se sirven del añil comercial, que les llega de Buenos Aires. La gran cantidad de cactos, cubiertos naturalmente de cochinilla, promete también beneficios comerciales, si se ocuparan de mejorar los productos por medio del cultivo, pero, no... la indolencia general es tal que algunos habitantes pobres apenas se toman el trabajo de recoger los pulgones con su envoltura blanca, aplastarlos y formar panes, que se venden como tintura en el mismo Corrientes. Hay también en la provincia gran número de plantas y corteza de árboles, con las cuales las mujeres del país tiñen el algodón y la lana de un color muy vivo y muy sólido. Es seguro que esas materias primas, perfeccionadas por medio de procedimientos químicos, adquirirían mayor solidez y serían de un uso más lucrativo.

Los cereales no se producen en Corrientes mismo, pero en las llanuras de las regiones meridionales podrían obtenerse buenas cosechas si la zona estuviera cultivada, puesto que la provincia de Entre Ríos, de la cual Corrientes es limítrofe, saca buenos productos, que sólo sirven hasta ahora para la alimentación de sus habitantes, porque no tiene salida esa mercadería.

La población es eminente agrícola y puede dividirse en dos series: los agricultores especializados y los granjeros. Los habitantes de las riberas del río Santa Lucía o de los alrededores de Caacaty, Itaty y Corrientes reúnen, por lo general, las dos condiciones, porque la naturaleza del terreno se lo permite, pero los del sur de la provincia no son más que hacendados y se ocupan solamente

de criar ganado. Se los llama *estancieros*. Proporcionan una gran cantidad de cueros, que es una de las principales ramas del comercio interior y exterior de la provincia. Los grandes estancieros llevan ellos mismos sus cueros secos a vender a la ciudad, de donde se los remite a veces a Buenos Aires, pero por lo común se negocian en la región. Durante muchos años, las curtiembres de Corrientes fueron dirigidas por hombres poco preparados en ese menester, y los cueros se quemaban a menudo; pero hace algún tiempo unos levantaron una gran curtiembre y, desde entonces, los cueros de Corrientes se han hecho famosos en las provincias y hasta en Buenos Aires, donde rivalizan con los que llegan de Europa. Desde ese momento, esa clase de comercio ha presentado un artículo de cambio conveniente para las mercaderías importadas y tomado un nuevo vuelo. Esa curtiembre ha abierto, de esa manera, un nuevo género de industria en la región, por el consumo que hace de la corteza del curupahi y del laurel para curtir, lo que hace que se derriben esas hermosas mimosas de hojas en forma de plumas, que cubren los contornos exteriores de los bosques ribereños del Paraná. Todos les pobladores que se ocupan de esa especulación se han enriquecido, pero los beneficios momentáneos que han obtenido, me parece que no compensan los inconvenientes generales y permanentes que resultan para la región, despojada de su más rico adorno.

Todas las estancias de la provincia y las del Paraguay datan de hace mucho tiempo; sin embargo, llama la atención que los primeros animales domésticos hayan sido traídos por tierra, aunque la navegación del Paraná existió desde mucho antes. Los restos de una colonia naciente, formada por los españoles cerca de la Isla Santa Catalina del Brasil, arrojados por los portugueses en 1555, pasaron de allí por tierra al Paraguay, acompañados de un portugués, llamado Goes. Este poseía ocho vacas y un toro, y los confió a un tal Gaete, quien con grandes dificultades los condujo por los despoblados hasta el Paraguay, donde el propietario lo recompensó con una vaca, obsequio a tal punto valioso, debido al valor que se asignaba a las vacas de Goes, que se decía durante mucho tiempo en el país, en forma de proverbio: *Es más caro que las vacas de Goes*. A esas vacas se debe la innumerable cantidad de ganado que, un siglo después, cubría con sus rebaños medio salvajes las campañas del Paraguay, Corrientes y las orillas del Plata, y que debían más tarde cubrir todas esas bellas llanuras y formar esas numerosas estancias que hoy hacen la riqueza de esa parte de la América meridional[17].

---

17 No describo aquí la manera de criar los animales. Ya lo he hecho en detalle al describir la estancia del Rincón de Luna, cap. VII.

Numerosos rebaños de ovejas pueblan también las llanuras, donde se multiplican de una manera extraordinaria. Sus productos son todavía poco empleados en la provincia, aunque su lana sea superior a la de Buenos Aires, donde siempre está mezclada con semillas espinosas o abrojos, que impiden sacar de ella todo el partido posible. En Corrientes se consigue más finura y está siempre en buenas condiciones. Se han introducido, desde hace algún tiempo, los merinos, a fin de mejorar la calidad, perfeccionamiento que podrá ser útil a la próxima generación, porque ninguna fábrica los utiliza. Apenas sí algunas mujeres hacen ponchos con ellos, que tienen bastante valor.

Corrientes realiza también un comercio que comparte con Buenos Aires, el de las peleterías, pero limitado a las pieles de los monos aulladores[18], *caraya*, cuyos machos son negros y tienen una piel muy hermosa, apreciada en Buenos Aires y en el país, donde reemplaza ventajosamente a nuestra marta. Varias otras pieles son también adquiridas por los pulperos y conducidas a la capital de la República, como retornos ventajosos. En ese género, el comercio de pieles de nutria, o *qiya* de los guaraníes[19], es, sin duda, el objeto más lucrativo del tráfico de intercambio que realizan algunos comerciantes con los indios tobas del Gran Chaco. Les dan algunas quincallerías y bizcochos, deseados por los golosos salvajes, y obtienen pieles secas que transportan a Buenos Aires y venden a los sombrereros, las que reemplazan, con ventaja, al castor; o bien las envían a Europa. Durante los primeros seis meses de 1828 se vendieron en Corrientes más de 150.000 docenas de esas pieles, avaluadas de quince a diez y ocho francos la docena. La nutria vive en los pantanos, donde los indios la cazan con perros o a flechazos.

En resumen el comercio de exportación de la provincia consiste en maderas de construcción y carpintería, palmeras y bambúes; en maíz, cacahuetes o maní, jarabe de azúcar de caña, tabaco, pieles no curtidas, cueros de vaca y pieles de animales salvajes. Se ve, pues, que se reduce a bien poco; sin embargo, atrae a muchos extranjeros, que vienen de Buenos Aires con sus pacotillas y retiran solamente mercaderías, porque está prohibida la salida de dinero. Este género de comercio ha tenido hace algunos años tal extensión que la llegada de un extranjero constituía todo un acontecimiento en la ciudad; pero hoy, gran número de ellos, especialmente franceses, se han establecido en la provincia. Es cierto que, durante la guerra de Buenos Aires con el Brasil, ha podido atribuirse esa emigración al temor de las levas forzosas que hacía Buenos Aires para conseguir soldados.

---

18 *Stentor caraya.*

19 *Myopotamus coipus.*

Independientemente de la agricultura y de la ganadería, la industria es bastante reducida. Diré incluso que ejercer una industria cualquiera constituye un deshonor para un hombre que se cree algo; por eso no se encuentran artesanos y fabricantes más que entre los indios, los mestizos o las mujeres. Los blancos, siendo *caballeros*, no deben hacer nada. Los únicos establecimientos algo importantes son las curtiembres, dirigidas por extranjeros, porque el resto de la industria es ejercida por simples artesanos dispersos y ninguna fábrica en regla existe en la ciudad. La industria puede resumirse como sigue, sin hablar de los zapateros, remendones, sastres, sombrereros, etc., indispensables en todos los países. He hablado, en la parte dedicada a Itaty, de la confección de la alfarería, tarea abandonada por completo en manos de las mujeres indias y cuyos productos no salen de la provincia. Existían también, cerca de esa aldea, fábricas de tejas y ladrillos y su manipulación estaba en manos de los indios, pero se ha experimentado finalmente la necesidad de fabricarlos también cerca de la ciudad, y muchos establecimientos se han levantado algo más abajo, para el consumo de Corrientes. Se confeccionan en la provincia sillas de montar o recados, muy estimados hasta en Buenos Aires, y sombreros de hojas de palmera, de un bonito tejido, fabricados por los hombres. También ellos se ocupan de la elaboración del azúcar, pero el peso mayor de la industria manufacturera recae exclusivamente sobre las mujeres. Ellas destilan el aguardiente de melaza de caña de azúcar, hacen cigarros, para el consumo interno de la provincia y la exportación, tejen todo lo necesario para el vestido de hombres y mujeres, como esos hermosos ponchos de lana y algodón, esas puntillas tan estimadas en las provincias vecinas que se elaboran en Caacaty, ese raro hilo de araña, que rivaliza por su color con la seda, de la cual no posee empero toda su finura. Es curioso ver a los hombres, que enrojecerían de entregarse a trabajos manuales, dejar hacerlos a sus mujeres como la cosa más natural, extravagante abuso del predominio del hombre sobre su compañera, siempre más poderoso en el hombre que más se acerca a la naturaleza y que desaparece a medida que avanza la civilización.

Podrían, sin embargo, establecerse, con pocos gastos, fábricas. La mano de obra es barata, porque apenas se paga a los obreros seis pesos o treinta francos por mes, lo que es bien poco, comparado con el precio de sus servicios en América. ¿Cuándo la civilización y el espíritu industrial habrán avanzado lo bastante en los correntinos como para sacar partido de las producciones de la provincia y establecer fábricas en condiciones de aprovechar las riquezas que esperan sus aplicaciones industriales, para liberar a estas comarcas del tributo que pagan, por su inexistencia, a la industria extranjera?

El territorio se divide en doce *comandancias*, que son: las Ensenadas, Itaty, Caacaty, Empedrado, el Palmar, Bellavista, Saladas, Goya, San Roque, Yaguarete Cora, la Esquina y Curuzú Cuatiá. En cada una de esas circunscripciones hay un comandante militar y un alcalde. Esas comandancias no son los únicos lugares poblados de la provincia. Se cuentan, además, seis burgos o aldeas, a saber: Guaycaras, San Antonio de Itaty, Santa Lucía, San Antonio de Burucuya, etc. De todos esos lugares habitados, solamente Goya y San Roque tienen el título de ciudad, aunque la última sea tan poca cosa que apenas sería una aldea muy pequeña en Europa. La provincia dependió de Buenos Aires hasta el momento de jurar la constitución de 1821. Desde entonces la soberanía reside en el pueblo, representado por una cámara, o *congreso*; esa cámara se compone de un presidente, un secretario y once miembros. Los miembros del congreso son nombrados por los habitantes. El congreso elige un gobernador, que ejerce el poder ejecutivo, y que, lo mismo que la cámara, es elegido por tres años; ella nombra, de su seno, una comisión permanente de cinco miembros, que la representa durante todo el tiempo de su ejercicio, y además una diputación de cuatro miembros al congreso general de la República del Plata, en Buenos Aires[20].

El gobernador es intendente y capitán general de la provincia; hasta puede decirse que es dictador. El funcionario que ocupaba ese puesto en 1827 y 1828 se llamaba don Pedro Ferré, hijo de un español, nacido en Corrientes; este administrador, que sólo quería el bien de la región, ha puesto a Corrientes en un pie de prosperidad. Débese a él la buena policía de la comarca, basada en un reglamento sabio y severo. Ha restaurado la ciudad, fundado tres nuevos burgos, rectificado el trazado de los tres antiguos y se ocupa, con provecho, de la instrucción pública[21]. Tenía a sus órdenes un secretario de gobierno. La administración civil se componía, entonces, de los siguientes funcionarios:

---

20 El autor se refiere, sin duda, al Congreso Nacional que se inició en Buenos Aires el 6 de diciembre de 1824, cuya existencia fue tan efímera como las sucesivas constituciones que se intentó dar a la República Argentina por aquella época. Corrientes estuvo representada en la firma del Tratado del Cuadrilátero, en la Liga del Litoral, en la Representación Nacional, en el Congreso convocado en Córdoba por Bustos, etc., sin que pueda decirse, dada la situación política imperante, que estuviera permanentemente representada en un gobierno general de todo el país. (N. del T.).

21 "El maestro de ribera" Pedro Ferré, constructor de chatas y balsas, se hizo cargo de la gobernación de Corrientes el 7 de diciembre de 1824. Su período terminó el 7 de diciembre de 1827, pero fue reelegido y renunció el 25 de diciembre de 1828. Su gobierno dejó rastros imborrables en la vida correntina por su impulso creador y progresista. (N. del T.).

1°. El *colector general* o receptor general, encargado de la percepción de las rentas de la provincia y a las órdenes de quien hay un *contador*. Las rentas consisten en los derechos de aduana y el diezmo, que siempre existe. Hay, en cada *comandancia*, un receptor de diezmos, o *diezmero*, que compra los diezmos del año por una suma determinada, y que, después de la cosecha, debe reembolsarlos al gobierno. Se ocupa, además, de la venta de terrenos del Estado a los particulares. Me resulta imposible decir a qué suma alcanzan las rentas; son cosas de las cuales los extranjeros no se enteran con facilidad, en un medio de administraciones desconfiadas y tímidas. Todo lo que puedo decir es que esas rentas exceden los gastos anuales y que hay una bonificación que se emplea en mejoras.

2°. El administrador de Correos, encargado de enviar y recibir la correspondencia con Buenos Aires. El mismo correo sirve a la Bajada y Santa Fe; es el único de Corrientes. No lo hay ni para Paraguay, ni para Córdoba, ni para Salta; las cartas destinadas a estas dos últimas ciudades pasan por Buenos Aires, aunque podrían fácilmente establecerse comunicaciones a través del Chaco, ahorrándose un rodeo de cuatrocientas a quinientas leguas, y reduciendo el trayecto a unas ochenta leguas. Es una medida que puede ser tomada poniendo ese medio de comunicación en manos de los indios tobas, que han ofrecido sus servicios. Esperamos que, más adelante, los gobiernos sentirán la necesidad de ampliar sus vinculaciones, en vez de aislarse como lo hacen hoy, temiendo, sin duda, el contagio de la anarquía. Los empleados son pagados con las entradas que produce la correspondencia.

3°. El *capitán del puerto*, encargado de la vigilancia de los muelles y de la aduana, así como de la policía del puerto. Está también encargado de impedir el desembarco de mercaderías fraudulentas y el embarque de dinero, cuya salida es prohibida por las leyes.

La estructura judicial se compone de un primer juez o *juez de apelación*, encargado de la policía de alcaldes de primera instancia y de jueces de paz, todos nombrados solamente por un año. Las leyes son las españolas, modificadas algo por el uso, cuya aplicación depende por completo del juez; por eso he visto frecuentemente abusar. Un extranjero que esté en pleito con gentes de la zona puede verse alternativamente, según tenga a su favor la costumbre o la ley, ser juzgado favorablemente de acuerdo a la ley o a la costumbre, pero, al mismo tiempo, ser condenado en nombre de una o de otra. No se comete, por así decirlo, ningún crimen en la provincia. El robo sólo es conocido desde hace algún tiempo; destaquemos también que se roba o se asesina solamente en Curuzú Cuatiá, o en las regiones meridionales de la comarca, que con ma-

yor frecuencia están en contacto con los sanguinarios habitantes de Entre Ríos, habituados a toda suerte de excesos de ese género. Los reos son tratados, por lo demás, de una manera bárbara. Se los arroja a un calabozo, donde únicamente pueden contar, para su alimentación, con las almas caritativas del lugar; después se los transfiere a la capital, y durante ese traslado comienzan sus sufrimientos. Se les coloca en los pies barras de hierro provistas de dos anillos que los inmovilizan al punto que, no pudiendo mover las piernas si no lo poco que permite la longitud de la barra, el prisionero apenas puede arrastrarse. Se le cubre, además, de un chaleco de cuero fresco de vaca, cosido por detrás, el cual, al secarse, comprime con fuerza los brazos e impide todo movimiento, de tal manera que, después de un largo trayecto, realizado durante los calores del verano, los desdichados arriban, algunas veces, con los brazos hormigueando de gusanos y horriblemente hinchados, debido a la suspensión de la circulación de la sangre. En esas condiciones, se los sienta sobre el caballo y se los hace galopar, acompañados de un escolta. Por la noche, son encerrados en una cabaña, a la puerta de la cual se pone guardia. Al llegar a Corrientes, se les quita el chaleco de cuero, "dejándoles la barra de hierro, se los pone de nuevo en prisión, y desde ese momento se los descuida, al punto de dejarlos sin alimentos. Corresponde a sus parientes, si tienen algunos en la ciudad, proporcionarles alimentos, o bien las mujeres de la ciudad se los alcanzan por caridad. Así cumplen el tiempo de prisión, cuando son condenados, o se los incorpora al ejército que es el más duro castigo que pueda aplicarse a los correntinos. He visto, durante todo los días, a mujeres que partían de todos los lugares de la ciudad, llevar víveres a los presos, que ellos recibían a través de los barrotes de hierro. He podido admirar a un anciano soldado que se había consagrado a aliviarlos y que se pasaba la vida haciendo colectas para ellos en todas las casas. Se había convertido en su protector y su padre; por eso todo el mundo le daba en abundancia. Una vez terminada la colecta, se dirigía, de inmediato, a la puerta de la cárcel a fin de hacer la distribución. Tal devoción parece cosa natural en los habitantes, tan activa es la caridad en esta región, donde aún no ha penetrado el egoísmo de la civilización. No en verdad, una mujer en Corrientes que no haya ocultado en su casa a un condenado, para sustraerlo al rigor de la ley, aunque sea un criminal, contentándose con deplorar su inclinación al mal, sin detestarlo ni huir.

Como ya lo he dicho, la policía depende del primer juez, que tiene bajo sus ordenes a un *teniente de policía* y su escolta. Este recorre, durante todo el día, las calles con sus hombres y reprime todos los desórdenes, poniendo presos a quienes contravienen los reglamentos de policía. Debe rendir cuenta al

gobierno de aquello que interesa a la autoridad. La policía había quedado reducida a nada en tiempos de otros gobernadores, pero el actual, deseando reprimir muchos abusos y morigerar la depravación de las costumbres, no permite a ninguna persona llevar cuchillo al cinto, según el uso de las provincias vecinas, y ello bajo pena de multa. El juego está también rigurosamente prohibido, así como la ebriedad. La primera vez el delincuente es castigado con unos días de prisión; si reincide, su reclusión dura mucho más tiempo; y la tercera vez, es enrolado en el ejército de línea. También está prohibido el concubinato, pero en ese caso la mujer culpable, y no el hombre, es castigada. Se termina por exiliarla, cuando persiste en sus desórdenes. Debemos agregar que tal medida es poco eficaz contra el mal que trata de prevenir. La primera mujer colocada en esa situación, y a la cual quería enviarse a Buena Vista, respondió con arrogancia que estaba dispuesta a obedecer, pero que deseaba ir acompañada de las concubinas de todos los empleados del gobierno, comenzando por las del gobernador y su hermano no concibiendo, agregaba, que pudiera ser más condenable que otras, porque ella no se entregó más que a un pobre monje. La medida sólo logró causar escándalo en la ciudad, descubriendo toda la corrupción de las costumbres; y la ley perdió su fuerza. Hubiera sido demasiado castigar en un país donde una mujer, cualquier cosa lo que haga, nunca pierde su reputación. Empero, el alcalde mayor obligaba, a partir de la declaración de la madre, a los extranjeros que se acusaba, en la región, de ser padres de niños nacidos fuera del matrimonio, a casarse con la declarante o pagarle una fuerte suma. Es comprensible a cuántos abusos da lugar tan absurda jurisprudencia.

La administración militar está bajo las órdenes inmediatas del gobernador o capitán general de la provincia. El ejército activo se compone de un cuerpo de veteranos a caballo, de una compañía de artillería y de una de soldados de policía; todos esos cuerpos constituyen el ejército de línea. La guardia nacional, o los cívicos, se dividen en dos clases: los cívicos activos y los cívicos pasivos. La primera clase debe reunirse en el punto indicado al primer aviso del gobernador, y la segunda debe hacer el servicio interior, en ausencia de la otra. Las milicias están bajo las órdenes de comandantes de cantones. La milicia activa consta de veintiuna compañías, y la milicia pasiva de diez y ocho. Todas esas fuerzas reunidas pueden ofrecer, de acuerdo a lo que me ha dicho el gobernador, un efectivo de 4.000 hombres. Sin embargo, se asegura que la provincia, comprendiendo a todos los hombres en condiciones de llevar armas, puede formar un efectivo de 7.000 combatientes. El Estado Mayor de la provincia se compone de un *sargento mayor* de carrera y de su ayudante, de tres tenientes coroneles y de un mayor.

Las leyes del país son bastante severas para la guardia nacional. Todo hombre queda inmediatamente incorporado al llegar a los diez y ocho años. Todos los extranjeros comerciantes, establecidos y con patente del país, son susceptibles de formar parte. Los franceses, los españoles, los italianos, etc., son obligados a prestar servicio; los ingleses constituyen la única excepción, a consecuencia de un tratado de paz firmado con la República[22]. Las tropas de línea, tanto de caballería como de infantería, están muy mal mantenidas, desde la guardia del gobernador hasta el último cuerpo. Aunque bastante bien vestidos, los soldados marchan descalzos, lo que contrasta bastante desagradablemente con los hermosos pantalones rojos. Ya he tenido ocasión de referirme a la base que la provincia podría tener en los cívicos. En ninguna parte existe una aversión tan pronunciada por la profesión militar, la cual, según los pobladores, es la más baja de las posiciones sociales. Es cierto que los soldados son poco valientes y demasiado blandos para no temer la muerte. El solo nombre de los indios hace huir a la mitad de los soldados. He observado que la valentía sólo existe en América en los países templados o fríos y sobre las montañas... Unicamente allí se hallan soldados valientes por naturaleza, mientras que los habitantes de las llanuras cálidas, lejos de tener una imaginación ardiente, coraje y fuerza de espíritu, como podría suponerse, son indolentes y perezosos, y, si bien no gozan más que a medias la vida, debido a su apatía, la aman más que los pueblos de las regiones frías. En compensación, son más humanos, más dispuestos a prestar servicios y el espíritu de venganza es menos activo en ellos; por eso son hospitalarios y previsores, sin ser curiosos ni ladrones. La provincia de Corrientes brinda un ejemplo impresionante de las costumbres que caracterizan a esas comarcas. No se descubren en ella asesinos. Tanto de noche como de día, puede recorrerse, sin armas, el territorio en todas las direcciones posibles, sin temer ser robado, recibiendo en todas partes, por el contrario, una hospitalidad amable y cordial. Los únicos robos que se conocen en el país son de poca importancia; son siempre de objetos comestibles, de frutas o de carne. Se sustrae también, a veces, un caballo, pero es casi siempre para realizar un viaje, después del cual se devuelve el animal a su propietario.

La instrucción, que era nula en la época de los españoles, ha tomado finalmente vuelo, bajo la buena administración de don Pedro Ferré. Este ha creado en Corrientes un colegio, cuyos profesores enseñan el latín, el español,

---

22 Por el tratado de Comercio firmado en 1825 por el gobierno de las Provincias Unidas con Gran Bretaña, los súbditos ingleses quedaron exceptuados de las requisas militares y del servicio militar obligatorio, otorgándoles además otros privilegios. (N. del T.).

las matemáticas y el dibujo. Ese colegio fue fundado en 1826 por un ex alumno de la Escuela Politécnica, el Sr. Parchappe, y por un ex alumno de la Escuela Normal. Con tales maestros, podrían esperarse rápidos progresos, pero, desgraciadamente para la región, ese estado de cosas duró poco. Nuestros compatriotas fueron llamados de Buenos Aires y todo languideció en las manos de los maestros de la zona. Los maestros son pagados por el Estado, el cual ha fundado también escuelas primarias en todos los poblados. Esperamos buenos resultados de esas medidas. Era costumbre enviar a los jóvenes al colegio a Buenos Aires o a Córdoba, donde recibían el título de doctor en teología. La mayoría son muy ignorantes, sin carecer empero de cierta sagacidad y de un juicio generalmente sano y justo. Es fácil reconocer, de inmediato, a las personas que se han educado fuera de la provincia. Tienen, comparativamente, modales y una conversación muy distintos de los de los pobladores que han permanecido en la región. Estos apenas saben escribir su idioma de manera legible y no asombrará saber que la lengua indígena se conserva, hasta hoy, en el seno de las familias y que muchas personas de la ciudad hablan con dificultad el español. Su único talento es puntear la guitarra y cantar. No poseen, en general, la menor idea de la geografía. Me ha sucedido a menudo de ser preguntado si París está más lejos de Corrientes que Francia, o bien cuál es mayor de las dos. Quedan todavía muchos vestigios del sistema de enseñanza de los jesuitas. No es raro encontrar correntinos o paraguayos que sepan expresarse más o menos bien en latín. Emplean en las discusiones el tono pedante de las escuelas de teología y se sirven comúnmente de expresiones técnicas de la lógica. Las mujeres son aún menos instruidas. Solamente las de las familias más elevadas escriben algo correctamente; las otras no saben ni leer. Casi todos los hombres son músicos, puntean la guitarra y cantan *tristes* o romanzas, así como canciones alegres, pero lo que me ha sorprendido algunas veces es la facilidad con que componen versos. He visto a dos campeones desafiarse, cada uno con su guitarra, a quién se quedaría corto el primero cantando alternativamente coplas improvisadas, donde seguían al mismo tema; y esto, a menudo, horas enteras, y hasta todo el día, sin vencerse. Es evidente que ese género de lucha exige presencia de espíritu y facilidad, sobre todo en personas, por así decirlo, sin educación. Es bueno decir, sin embargo, que los versos españoles son más fáciles de componer que los nuestros (los franceses) y que sólo se exige la medida y no el ritmo.

El idioma guaraní posee también sus cantos populares. Estoy tentado de creer que son compuestos por los españoles en lengua guaraní; sin embargo, como pueden dar una idea de esa lengua, tal como es modificada actualmente

en Corrientes, traduzco al español y al francés[23] cuatro coplas, que varias veces he oído en la ciudad. Son, por lo demás, tan sencillas e ingenuas como los tristes o romanzas peruanas que tanto aman los habitantes de Buenos Aires.

GUARANÍ	ESPAÑOL (prosa)
Curai hocharaicha Mombiri ñandehegui; Uperami abey che Mombiri ai de agui.	Así como el día dista de nosotros, me parece que estoy distante de ti.
Guenbiaiju o mocaniro; Picasumi ochacó, Upera mi abey che Nderehe añapiro.	Llora la tortolita cuando a su con- sorte pierde, así lloro también yo tu pérdida.
Nderendape aha hagua Che anga che recobe Toy porucache ypepo, Mboraijupe ajurere.	Para irte a ver, mi alma y mi vida, le pido al amor me preste sus alas.
Tesai ndarecobeyma Añoebo nderehe Ara obahere hae Cherecobe ameene.	Lágrimas no tengo ya a fuerza de llorar por ti. Llegará el día que dé la vida.

En toda la República Argentina, en general, se reconoce por la manera de hablar a los habitantes de la provincia del Paraguay, porque lo hacen de una manera mucho más lenta que los de las otras repúblicas españolas. Los habitantes de Corrientes tienen absolutamente el mismo acento; arrastran las palabras y parecen poner, en la pronunciación, la indolencia habitual de sus costumbres, lo que da motivo a chanzas en todas partes. Ese acento, por otra parte, parece característico de Corrientes, del Paraguay y de todas las llanuras del centro de América, porque también lo he hallado en la provincia de Santa Cruz de la Sierra (República de Bolivia), pero tal hecho parecerá tanto menos

23 Hemos prescindido, en esta traducción castellana de la versión francesa. Por otra parte, la versión española es del propio D'Orbigny. (N. del T.).

extraordinario si se sabe que los fundadores de esta última ciudad provenían del Paraguay.

Si pasamos a la instrucción primaria de los niños, no debe sorprender su ignorancia. Criados en medio de los domésticos, deben, espontáneamente, aprender el guaraní más pronto que el español. Sus padres los cuidan poco y los dejan gozar de una libertad indefinida. Hacen, en consecuencia, todo aquello que les parece bueno hacer; prefieren, por encima de todo, montar a caballo y sus hermanos y padres les dan el gusto, por así decirlo, desde la cuna, habituándolos más a ese ejercicio y a una vida ambulante y vagabunda que a una vida sedentaria y estudiosa.

Corrientes admitió la justicia de la guerra de Buenos Aires contra el Brasil, pero no quiso contribuir a los gastos, ni entregar su contingente de tropas. La provincia, aunque exteriormente unida a los intereses generales de la República del Plata, actúa como casi todas las otras, no queriendo, en nada, sostener los gastos de esa guerra. Vivía, en efecto, bajo leyes especiales e independientes de la capital, así como su vecina, la provincia del Paraguay. El gobernador era un verdadero dictador. La emisión de papel moneda, hecha por Buenos Aires, no fue aceptada más que en las dependencias de Buenos Aires mismo; Corrientes la rechazó. Tomó hasta una medida relativamente sabia, en un país donde no se saca el dinero de la tierra y donde las mercaderías de exportación no están en relación con las mercaderías importadas. Prohibió la salida de numerario. Bajo ningún pretexto se puede quebrantar ese reglamento. Se cumple, incluso, hasta la mala fe, porque se dejó a un italiano fondos para sus compras y se apoderaron del excedente que le quedó, como si fuera contrabando. Esta medida tiene también por objetivo obligar a los comerciantes a llevarse las mercaderías producidas en la provincia; se quiere así impedir la completa desaparición del numerario, como ha sucedido en Buenos Aires. A pesar de su neutralidad aparente, los correntinos, como ya lo he dicho, tomaron parte en la guerra, no ayudando a Buenos Aires, sino arrojándose sobre el territorio brasileño, donde todo lo devastaron, llevándose numeroso ganado. Pueden calcularse en 200.000 las cabezas de ganado que entraron entonces en las provincias de Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, lo que acarreó las guerras que he descrito en otra parte y mostró al gobierno que carecía de las armas necesarias para armar a los habitantes. Pidió al gobierno de Buenos Aires que le enviara fusiles, ofreciéndole, en cambio, cierto número de soldados para el ejército argentino. La administración de Buenos Aires aceptó la propuesta; entonces el gobernador, que no tenía los soldados necesarios para cumplir su oferta, vació sus cárceles y envió a sus presos, en pago de las armas.

La mayoría de esos desdichados estaba detenida a consecuencia de una conspiración recientemente descubierta. Fueron amontonadas en el fondo de la cala de un navío. Se los remitió así, bajo la vigilancia de un oficial y una escolta. Se asegura que algunos murieron en el camino, por falta de aire y sofocados por el calor. Tan extravagante comercio se realizó una sola vez, porque parece que tanto de un lado como del otro, el acuerdo no satisfizo a los interesados.

La ciudad de Corrientes está agradablemente situada sobre la orilla oriental del río Paraná, muy cerca de la confluencia con el río Paraguay. Bordea el río y se extiende a lo lejos en la campaña. Se tuvo la intención de dividirla en cuadras o bloques de casas iguales entre sí pero, sea por negligencia de las autoridades, sea por respeto a las conveniencias individuales, las calles permanecen mal alineadas. En 1827, el gobernador don Pedro Ferré encargó a un ingeniero francés, el Sr. Parchappe, la rectificación del alineamiento de las calles, la colocación de nuevos mojones y la presentación de un nuevo plan de ordenamiento de la ciudad. Una vez aceptado el plan, he tenido el placer de ver comenzar su ejecución. Esperamos que el ejemplo de este digno gobernador será seguido por quienes lo sucedan y que Corrientes, que progresa todos los días en otros aspectos, se convierta en una de las ciudades más notables de la República Argentina. El lado que da al río es bastante irregular. Es, empero, el más pintoresco de la ciudad porque una multitud de ensenadas arenosas, formadas por puntas de roca, ofrece, en todas partes, pequeños puertos, en su mayoría llenos de embarcaciones. Justo en la mitad de la ciudad, uno de esos puertos, más arenoso que los otros, y que se creía que podía servir de desembarcadero, se ha convertido en lugar de defensa. Se ha colocado, en su extremidad, una pieza de cañón con eje y un pequeño puesto aduanero, donde se descubre desde lejos lo que sucede en las ensenadas vecinas y donde se descargan, a veces, las pequeñas embarcaciones, porque las grandes van a descargar al verdadero puerto, en la desembocadura del arroyo Santa Rosa, centro del movimiento comercial exterior. Es allí donde se aglomeran los marineros; es allí que se amontonan las pilas de maderas y planchas, listas para enviarse a las otras provincias. Este lugar es, por así decirlo, una parte diferente de la ciudad.

Las casas no tienen, generalmente, más que un piso; sólo una docena constituyen la excepción y poseen dos pisos coronados por una terraza, pero son tan sencillas como las otras. Todas tienen galerías exteriores apropiadas para asegurar a sus ocupantes contra los rayos del sol estival, lo que es muy apreciado en estos climas. Esas galerías también tienen por objeto defender a las casas de los torrentes de lluvia, que deterioran las paredes, por lo común construidas

de tierra, sistema, por lo demás, muy favorable al caminante, que así puede, casi siempre, andar a cubierto. Este género de construcción existe en toda la provincia y en el Paraguay; lo he hallado en el interior de Bolivia, en Santa Cruz de la Sierra, ciudad que puede considerarse hermana de Corrientes, por la forma en que esta construida y por su aspecto de ciudad agrícola americana. Las casas son muy desiguales en altura y raramente siguen la misma línea, saliendo unas sobre la calle y entrando otras; éstas se elevan cinco o seis pies sobre la calzada y tienen escalones; aquéllas están al nivel del suelo. Los techos también son desiguales; unos con terrazas, aunque poco numerosos, aparecen al lado de casitas bajas, cubiertas de troncos de palmeras carondai, cortados en dos y formando tejas. Ese tipo de techos da a la ciudad un aspecto raro, que la hace aún más parecida a Santa Cruz de la Sierra. Algunos techos están modestamente formados con paja, pero desde que se han quitado las tejas de las casas de Itaty y se ha comenzado a fabricarlas alrededor de la ciudad, gran número de casas están cubiertas con ellas. Es probable que ese ejemplo sea imitado por todos los propietarios, a medida que se vean obligados a reemplazar los techos de palmeras, lo que no tardará; ese tipo de techo dura, al máximo, diez años.

Todas las irregularidades que acabo de señalar no serían nada, si por lo menos las calles existieran en todas partes, pero no es así. Salvo uno que otro frente de manzana, no hay más que casas diseminadas aquí y allí, separadas a veces por setos enraizados, que forman árboles espinosos y troncos de palmeras plantados parados, o bien el espacio está completamente libre y se cubre de un musgo verdeante.

Las calles no están empedradas y pueden ofrecer a un botánico un vasto campo de investigaciones, porque aparecen, en su mayoría, cubiertas a los lados de una vegetación activa, sobre todo las menos frecuentadas, en las cuales sólo hay una estrecha senda. Como el terreno está formado de arena mezclada con algo de arcilla, cuando llueve no se puede caminar sin hundirse hasta el tobillo; cuando el tiempo es bueno, ese terreno se mueve como las arenas de los desiertos de Africa; si hay viento, hace arder los ojos al llenarse de tierra; finalmente, si hace calor, quema los pies de los caminantes, casi todos descalzos; de manera que, cualquiera que sea el tiempo reinante, la marcha es muy difícil.

Otros inconvenientes no menos graves existen en Corrientes.

Las calles están muy mal niveladas y muchas de ellas corren en pendiente en dirección al Paraná. Las lluvias, cayendo siempre torrencialmente, se precipitan con violencia, arrastrando una parte de la tierra y dejando luego profundas zanjas que hay que llenar. Se ha tratado de salvar ese inconveniente

colocando vigas atravesadas, pero el remedio resulta peor que la enfermedad, porque se producen cascadas, bajo las cuales se forman profundas excavaciones. Finalmente, la desigualdad de las pendientes da origen a lodazales, los cuales a menudo cubren calles enteras e imposibilitan las comunicaciones, mientras las aguas no sean absorbidas por su filtración en el suelo. El trabajo de alineamiento, realizado por el Sr. Parchappe, tiene también por objetivo remediar esos inconvenientes.

Corrientes posee dos plazas: una en medio de la ciudad, la *Plaza Mayor*; la otra algo retirada, la *Placita*, que sirve de mercado. La primera está formada, de un lado, por el Cabildo, donde se halla la sala de reunión de los representantes, los tribunales y la cárcel; es una construcción de dos pisos, muy sencilla, provista, arriba y abajo, de galerías, formando arcos. Del lado opuesto, que mira al oeste, están algunas hermosas casas y la entrada al convento de la *Merced*, cuya iglesia es la mejor construida de todas las que posee la ciudad. El lado norte está formado por el flanco de la iglesia parroquial de la Matriz, muy baja y bastante parecida a una de nuestras granjas que estuviera rodeada de galerías. Una gran torre de piedra, que pertenece a otro género de construcciones, ocupa uno de los ángulos de la plaza, sin corresponder a la iglesia. Por el lado meridional, está adornada de casillas esparcidas sin orden y sin nivel, que revelan mucha indolencia o mucha miseria.

Los restantes edificios públicos son poco numerosos. Hay cuatro iglesias: dos ocupan el lado de la plaza y de las otras dos, una es la iglesia *de la Cruz*, segunda parroquia de la ciudad, situada fuera, del lado de la campaña. Se hacen en ella novenas, porque contiene la cruz milagrosa de que he tenido ocasión de hablar. Es poco alhajada por fuera, aunque lo es mucho por dentro, debido a las ofrendas de los fieles. La cuarta iglesia es la del convento de *San Francisco*, igualmente insignificante. La casa que ocupa el actual gobernador debe su edificación al cuidado de don Pedro Ferré, que aprovechó los muros de piedra de la antigua casa de los jesuitas y los transformó en una espaciosa construcción, llamada *Fuerte* o *Gobierno*, donde tiene su sede el gobierno, la administración de aduanas, la de las finanzas y hasta el colegio de jóvenes. Es una casa de lo más ordinaria, que sólo tiene un piso.

Corrientes tenía otros monumentos de la época de los jesuitas. En el lugar donde hoy existe la iglesia Matriz había una hermosa iglesia construida por aquéllos y a la cual pertenecía la torre que aún existe. El sitio donde reside el gobierno era lo que se llamaba el *colegio*, pero, en tiempo de la expulsión de la orden, la ira de los españoles era tal que, no contentándose con arrojarlos, robaron y arrasaron su iglesia y su colegio, y si no hicieron desaparecer por

completo las paredes de este último, fue porque estaban sólidamente construidas en piedra y cal. Conserváronse los cimientos, sobre los cuales se levantó el edificio actual de la administración. Muchas otras paredes en ruinas, que todavía subsisten, atestiguan cuán vasto debió ser el establecimiento. Es fácil concebir que, en medio de una revolución, en un país ignorante, la gente enloquecida y ciega de pasión se arroja contra los monumentos que servían de asilo a quienes expulsaban, pero ¿podrá concebirse igualmente que, en medio del fanatismo del siglo XVIII y de un exagerado respeto por los templos, el odio o la envidia hayan llevado a algunos militares o administradores españoles a destruir todos los establecimientos de los jesuitas, con el fin de borrar, decían, hasta su menor huella? Ellos mismos, no pudiendo restablecer aquello que destruyeron, deploraron probablemente más tarde los excesos a que se entregaron, porque no consiguieron hacer olvidar a los jesuitas. Por todas partes he visto su nombre reverenciado en muchas familias; y existen, en poder de antiguos propietarios, tanto en la provincia como en el Paraguay, numerosos escritos de los padres sobre religión, el cultivo de la yerba del Paraguay, la agricultura en general, pequeños tratados de medicina cuyas prescripciones siguen aplicándose al pie de la letra, etc. Los pobladores conservan con respeto esos restos de los trabajos de la Compañía; los consultan como oráculos y no se deshacen de ellos por ningún precio.

Los jesuitas dieron el modelo de las construcciones en piedra, cuyos materiales hallaban en la misma ciudad, pero la pereza impidió a los pobladores seguir su ejemplo. Todas las casas del centro están construidas con ladrillos; las del exterior con tierra mezclada con paja, sostenida por un armazón o jaula formada de vigas colocadas unas perpendicularmente y otras transversalmente, género de construcción que he visto en las regiones donde los materiales de construcción son raros. Debo hacer notar que, si varias casas faltan a lo largo de una calle, es raro que no las haya en las esquinas. Estas casas son construidas de manera de tener en el ángulo una sola viga que separa una ancha puerta abierta de cada lado. Son muy buscadas por los *pulperos* o comerciantes de bebidas y comestibles, y también por los comerciantes de géneros y quincallería.

Cada casa de Corrientes tiene habitaciones que dan a la calle, provistas siempre de una puerta y de, una ventana, o solamente de una u otra, porque el lujo de nuestros días aún no ha llegado, aunque el calor sea abrumador. Es cierto que las puertas, raramente cerradas, dan más aire que las ventanas e importa poco a los moradores que los paseantes vean lo que hacen durante todo el día. No se usan vidrios en Corrientes o sólo existen dos o tres casas que

los tienen desde hace muy poco tiempo. Todas las ventanas están provistas de gruesos barrotes de maderas retorcidas, bastante espaciadas como para que pueda pasarse el brazo. Los moradores se contentan, sea durante la noche, sea durante la siesta, con cerrar los contravientos por dentro, a los cuales se les hace, como a muchas puertas, una pequeña abertura en forma de ventanilla o *postigo*, que se abre durante los grandes calores. Todas las casas de los ricos presentan la misma distribución: tienen siempre del lado de la calle una sala muy grande que sirve para las recepciones y donde los que pasan por fuera pueden ver a los visitantes. Allí se baila, cuando hay mucha gente. El resto de la casa está dividido en habitaciones por lo general de lo más sencillas y a menudo oscuras y descuidadas.

Es concebible que el mobiliario esté de acuerdo con la elegancia de la morada. La sala de recepción reúne y resume todo el lujo de la casa. Las paredes están bien blanqueadas y no tienen ningún adorno; las ventanas carecen de cortinas. Alrededor están colocadas las banquetas, o se alinean las sillas de madera a la antigua, muy macizas; muebles que, por otra parte, se buscaría en vano en las otras habitaciones, donde las camas ocupan su lugar.

Una sola sala de Corrientes posee piano; es el único que existe en la ciudad, pero las paredes de otros salones están adornadas de una o varias guitarras que se ponen a disposición de los aficionados, que desprecian el arpa, el violín, los oboes y los restantes instrumentos reservados exclusivamente a los músicos profesionales, y que sólo se emplean en los bailes (muy raros) o en la música de iglesia. Los dormitorios están generalmente desprovistos de muebles: el elegante canapé, la útil cómoda, el fiel espejo giratorio, tan apreciados en nuestra vieja Europa, son desconocidos en Corrientes, donde apenas sí un viejo espejo decora las paredes, blanqueadas menos a menudo que las de la sala, porque están menos expuestas a las miradas de los extraños. Una o dos camas, rodeadas de cortinas, aparecen solitarias en las habitaciones, donde las sillas son, por lo general, un lujo. Es evidente que la coquetería de las moradas no ha ganado a Corrientes y que reina aún la simplicidad de los antiguos tiempos.

Si, desde el interior de las casas, se echa una ojeada al exterior, se ve, ante todo, una dehesa para los caballos que está en el patio; luego, en otro patio, chozas o pequeños tinglados, que sirven de cocina, aunque sin chimeneas, porque no existe una sola en toda la provincia. Es allí que, casi siempre, se aloja la servidumbre. Al entrar en esos chiribitiles se experimenta un escalofrío de piedad. Todo respira la más profunda miseria. En un rincón de la pieza hay un brasero que todo lo ennegrece de humo; en torno están dispuestas algunas ollas de tierra o *yapépo* de los guaraníes, platos de tierra o *ñambé*, vasos

de dos golletes o *cambuchiguara*, algunas veces una mala parrilla y tres piedras reemplazando al trípode para sostener las ollas en las cuales se hace cocer la sopa. En todos sentidos, a través de ese asilo del desaliño, se tienden cuerdas, de las cuales pende la ropa de muda de los moradores. De las paredes cuelgan monturas y todo aquello que se relaciona con los caballos, mezclado con las canastas o *ayacas* de los indios. Finalmente, en el rincón opuesto a aquél donde está el fogón, se extienden, sobre la tierra pelada, cueros de vaca, destinados a servir de lechos, porque, en muchas casas, la cocina es también el dormitorio de los sirvientes; mientras en otras se reduce a un pequeño tinglado abierto a todos los vientos, junto y fuera del cual hay, generalmente, un horno en forma de cúpula, *tatacua* (hoyo de fuego) de los guaraníes, que es también un objeto de primera necesidad para los habitantes de la ciudad y de la campaña. En este último caso, los domésticos sin distinción de sexo y edad tienen una habitación común, lo que no contribuye poco a fomentar, en esa clase de sociedad, el libertinaje que se les reprocha.

Tal es la ciudad. Voy a recorrer ahora los alrededores. Más nos alejamos del centro y más espaciosas son las casas. Terminan por no conservar ningún alineamiento, esparcidas sin orden por la pradera o en medio de una multitud de corrales que encierran a los caballos, formados con estacas levantadas perpendicularmente. Al salir por el lado este hallamos, en un espacio de más de un cuarto de legua de ancho, un lodazal llamado *pantano* o *mandiyurati*, inundado durante más de seis meses del año y siempre fangoso. Cuando llueve, los caballos pueden nadar. Lo mismo sucede del lado norte, en el lugar llamado *Poncho Verde*, donde los pantanos son empero más temporales y menos profundos. Puede decirse que la ciudad está rodeada de pantanos. Cuando llueve, sólo se puede salir a caballo, sin por eso dejar de mojarse. Al examinar atentamente la pendiente del terreno al norte y sur de la ciudad, se destacan dos arroyuelos naturales que reciben las abundantes aguas de esos pantanos. Costaría poco trabajo secarlos completamente. Sólo se trataría de ayudar a la naturaleza cavando canales que conducirían las aguas de las partes bajas a los arroyuelos indicados, pero la afición a los trabajos útiles apenas comienza a reemplazar la indolencia innata de los habitantes. Pero si el gobierno actual se mantiene, es de creer que Corrientes terminará, como muchas otras ciudades, por tener paseos en lugar de pantanos llenos de basura. Hoy no hay realmente ninguno. Las orillas del Paraná están muy cubiertas de una vegetación activa, de una multitud de árboles cargados de flores y frutas, durante la estación, pero no se han construido caminos que conduzcan hasta allí, y a duras penas los niños, a través de las espinas, pueden alcanzar las frutas que, las más de las

veces, codician en vano. La campiña es hermosa y risueña a orillas del río, así como fuera de los pantanos, pero carece por completo de encanto para los habitantes, que no conciben el placer de pasear. Es cierto que, en la estación cálida, los mosquitos, que abundan, pueden impedir, por la noche, ir en procura de fresco, cuyos beneficios son más que compensados por el temor muy legítimo al asalto de millares de esos incómodos insectos.

La población de la ciudad puede calcularse en 8.000 almas, compuestas de descendientes de españoles, indios, negros y mezclas de las tres razas. El cruce con la raza africana es reducido. Hay pocos negros y, en consecuencia, pocos mulatos; sin embargo, la mezcla de aquéllos con los indios guaraníes produce una hermosa raza. Diríase que la raza india, en vez de afearse, gana en belleza, mientras que todo aquello que caracteriza a la raza africana desaparece, en lo que respecta a las facciones, no dejando, a veces, otro rastro que los cabellos crespos. Y eso que es frecuente ver en la primera mezcla el pelo ponerse lacio, mientras que a la tercera generación la mezcla del negro con el blanco siempre da pelo crespo. La nariz corta, gruesa y ancha se alarga y los gruesos labios desaparecen casi enteramente. Lo mismo sucede con la alianza de los guaraníes y españoles. Resultan hombres casi blancos y con hermosas facciones, aun en la primera generación, mientras que los indios, aunque bien formados, tienen siempre la cara fea. En general, en Corrientes, Paraguay y Santa Cruz de la Sierra, donde se han mezclado los españoles y los guaraníes, impresiona la nobleza y hermosura del aspecto exterior, mientras que la unión de los indios quechuas o aymaras de los Andes con los españoles, en vez de perfeccionar la especie hace degenerar el tipo español en individuos pequeños, cuyas formas son regulares, sin ser hermosas. En Corrientes, la mezcla de europeos e indios es tal que sería difícil establecer, a primera vista, a cuál casta pertenecen los sujetos, y la dificultad aumenta por el bronceado que altera el tono de la piel de los blancos. Todos tienen grandes ojos negros, espirituales; cabellos muy negros, siempre lacios; una nariz a veces un poco corta, pero regular, una cara llena, redonda, una boca de sonrisa agradable; una hermosa estatura y un andar desenvuelto.

En Corrientes mismo los indios absolutamente puros son muy raros o, por lo menos, apenas se distinguen de los mestizos, con los cuales se confunden, desde el punto de vista de los hábitos sociales. He podido encontrar, después de haber visitado esos inmensos establecimientos de los jesuitas, donde sólo se reúnen a los indios, cuán difícil resulta civilizarlos cuando están juntos. No hay para ellos otro medio de perfeccionamiento posible que mezclarlos y fundirlos con los europeos. La civilización es una educación que exige una larga

serie de siglos, y como las razas mejoran físicamente por el cuidado que se toma de confiar la reproducción a los individuos más hermosos de cada especie, los órganos de los cuales dependen las facultades intelectuales sólo se desarrollan y perfeccionan progresivamente. El resultado de la mezcla de razas es por lo general superior a cada una de ellas, así como lo he podido ver en Corrientes. No depende, sin embargo, de la que predomina, porque, seguramente, en Corrientes la raza india es superior a la raza blanca en la mezcla y desaparece casi por completo en el cruce, mientras que la raza india, predominante en el Perú, ha conservado su tipo, a despecho del cruce con los españoles. Empero, considerando el problema en general, es constante que la minoría de individuos de una raza desaparece rápidamente en su mezcla con la mayoría de otra. Buenos Aires brinda un ejemplo. Los europeos son más numerosos que los africanos; por eso los vestigios de éstos desaparecen muy pronto, mientras que en el Brasil, donde el africano pesa mucho, sólo desaparece con mucha lentitud. Habría, empero, gran número de hechos que oponer a aquéllos. En el Perú, donde los indios tienen fuerza numérica, los habitantes de hoy conservan bien, en cuanto al físico, la mayoría de sus rasgos y sus caras; pero, en lo moral, la inteligencia y las facultades intelectuales han realizado grandes progresos. Lo mismo sucede en las provincias australes del Río de la Plata. Los indígenas que provienen del cruzamiento están llenos de fuego, de sagacidad y hasta superan a los europeos, desde el punto de vista del intelecto.

Los pueblos en estado salvaje trasmiten, de generación en generación, las cualidades físicas que deben a su género de vida y que sólo pueden perfeccionarse, tales como una salud robusta, una agilidad y destreza extremas, una notable longevidad, una vista penetrante, el oído más fino, dientes y cabellos que resisten las pruebas de los años, etc. A la inversa, la especie humana encerrada en las ciudades populosas degenera físicamente, pero se perfecciona en lo moral; adquiere mil sensaciones desconocidas de los pueblos salvajes y un desarrollo de los órganos del pensamiento que crece más y más y que no se debe únicamente a la variedad de razas.

La población de Corrientes puede dividirse en varias clases, según el rango que ocupan en la sociedad, o según el género de ocupación.

La clase que ocupa los primeros empleos o la de las personas más ricas tiene buenos modales y puede compararse, aunque charla menos y es menos ligera, por las formas y por la gracia de su modo de ser, a los habitantes de la capital argentina. Los hombres que la componen tienen, en su mayoría, mucho aplomo y seriedad, y haciendo largas siestas no dan a su empleo más tiempo que el consagrado a tomar gravemente su mate o fumar su cigarro, conver-

sando a veces de política, aunque por lo general de caballos, de ganado o, mucho más a menudo, de aventuras galantes y de mujeres. Su ocupación durante el día se reduce a nada. No poseen diarios que los ocupen; así se reducen a dormir, comer, fumar, tomar mate, pasear a caballo, porque jamás andan a pie; he ahí su vida cotidiana. Un caballero se cree deshonrado si realiza trabajos manuales, mientras que las mujeres, por el contrario, se entregan a muchos trabajos penosos. Son, por su carácter, hombres serviciales, hospitalarios, siempre dispuestos a prestar servicios a los otros americanos y también a los españoles, pero desconfiados y celosos de los extranjeros, sin dejar por eso de hacerle un buen recibimiento. Los reciben en su casa con afabilidad, sin invitarlos nunca a participar en sus comidas de la ciudad. Cuando, al contrario, están en sus estancias o chacras, en el campo, no solamente convidan a los extranjeros, sino que también se muestran felices de tenerlos consigo mucho tiempo y de hacerles compartir su bienestar, prestándoles caballos para sus viajes o paseos y haciendo todo lo posible por complacerles.

El correntino se levanta ordinariamente al despuntar el día. Apenas se ha vestido, lo que no tarda mucho, pide su mate, si ya no ha comenzado a tomarlo en la cama. Un criado, su hijo o uno de sus hijos, si es padre de familia, se lo sirve[24]. Al entrar en la pieza, el criado o el hijo comienza por orar, pidiéndole la bendición; luego deposita en tierra una pava que trae, conteniendo agua hirviendo. También está provisto de un mate[25], especie de calabaza empleada en la vida casera y reemplazado a menudo por un vaso de plata que lleva el mismo nombre. Se pone en él una porción de yerba del Paraguay y otra de azúcar y se echa agua hirviendo sobre el conjunto; para comprobar si el líquido está bastante dulce se chupan algunos tragos a través del tubito *(bombilla)* que sirve para beber, costumbre generalizada en todos los países donde se toma mate. Terminada la prueba, el criado ofrece el vaso. Corre en seguida a buscar fuego en un *braserito*, destinado a ese uso; y mientras su amo o su padre prende su cigarro, que fuma con gravedad, el criado o el niño se retira a cierta distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, en señal de sumisión, aguardando

24 Es de hacer notar que los niños no comen con sus padres y que desempeñan la función de criados hasta cumplir determinada edad.

25 La palabra *mate*, que muchos extranjeros aplican a la yerba del Paraguay, designa solamente al vaso en que se sirve. No debe buscarse el origen de ese nombre en la lengua guaraní. Proviene de la de los incas o quechuas. Es una corrupción de la palabra *mati*, que quiere decir *calabaza* y que designa el vaso en el cual se toma cierta clase de té, porque los primeros españoles sólo lo bebían en calabazas. El nombre guaraní de esa misma calabaza es *yeri-a*; pero el que se da más particularmente al mate es *cahí-gua*.

la orden de llenar de nuevo el mate, hasta cinco o seis veces, más o menos, mientras se lo pida; no termina hasta no sentirse satisfecho.

Después de levantarse, el correntino va a su patio o a su *corral*, enlaza su caballo, el cual, por lo general, ha permanecido sin comer toda la noche. Lo lleva a la puerta y lo asea un poco; luego, muy lentamente, le coloca sucesivamente sobre el lomo las diversas piezas que componen la silla del país o *recado*. El lujo de ésta consiste sobre todo en la piel de arriba o *pellón*, más o menos fino, según que su propietario sea más o menos opulento, y en la cincha superior o *sobrecincha*, que debe ser ricamente bordada y adornada de vivos colores. El jinete lleva siempre espuelas de plata macizas y pesadas. Monta a caballo, recorre las calles a pequeños trancos, da los buenos días a sus vecinos y vecinas, se detiene, por así decirlo, cada minuto, para decir cualquier cosa, para hacer una broma grosera a una mujer que ve a la puerta o a la ventana o que observa dentro de su casa; habla a los hombres del tiempo, de sus caballos, si ellos tienen un caballo, o bien del ganado. Si está empleado, se dirige a su oficina, por lo general a quinientos o seiscientos pasos de distancia, pero, con el propósito de llegar más tarde comienza por visitar una parte de la ciudad. Entonces ata su caballo y se entrega a sus tareas. Si es comerciante, penetra en su negocio o *tienda* y atiende a sus parroquianos. Si se ocupa de la explotación de bosques, se dirige al puerto, y allí, sin descender del caballo, da órdenes a sus obreros; si, en fin, es estanciero, sale de la ciudad a ver a los animales que le han traído para ser vendidos en el mercado; allí pasa una parte de la mañana, fumando continuamente, porque sus amigos lo convidan con cigarros, lo que le obliga a sacar del bolsillo su eslabón y un cuernito cerrado, lleno de algodón quemado, sobre el cual hace caer las chispas. Una vez que ha prendido fuego, lo ofrece a la persona con quien se halla. Esta enciende su cigarro, apaga el algodón encendido o *yesca*, y ofrece a su acompañante el cigarro encendido, para que a su vez prenda el suyo. Una vez realizada la operación, siempre con una lentitud extraordinaria, se pone a charlar, siempre fumando, sin dar nunca la menor vivacidad a su conversación. Las personas distinguidas fuman, por lo común, *cigarrillos* de papel, hechos con tabaco negro del Brasil, picado muy fino. El tabaco preparado así es de una fuerza extraordinaria, deteriora los dientes, mancha los dedos y causa dolores al pecho, debido a la manera en que se lo fuma. Los fumadores del país no se contentan con introducir el humo del tabaco en la boca y arrojarlo en seguida, como se hace por lo común. Introducen el humo de tabaco hasta el pecho, lo dejan permanecer allí algunos instantes, hablan un poco, después de haber aspirado, y luego arrojan el humo, cuando menos se espera, diciendo de todos aquellos que no hacen lo mismo que no saben fumar.

Después de haberse ocupado de sus negocios, el correntino regresa a la ciudad, donde se detiene varias veces, sin necesidad, en una casa para tomar un mate, en otra para fumar un cigarro y siempre sin haberse desayunado, porque desayunarse es una costumbre desconocida en Corrientes y que se considera ridícula. A las once, los amigos se invitan mutuamente a tomar licor o aguardiente. Llamaban a eso *tomar las once*. Es el único momento del día en que les gusta beber aguardiente. Hay que decir que son, a este respecto, de una sobriedad ejemplar. Aunque no usa reloj, es difícil que el correntino no sepa que ha llegado el mediodía. Es la hora de almorzar. Si las campanas del Angelus se lo anuncian en medio de una conversación, se interrumpe, como todo el mundo, para rezar, y vuelve, en seguida, a su morada; si está en camino, suspende la marcha, porque sería un pecado caminar mientras la campana suena tres veces. Entra entonces en su casa, donde el almuerzo lo espera. Desciende de su caballo y lo desensilla; no camina dentro de la casa a pie, aunque tuviera que dar diez pasos. Hasta el último de los pobres posee caballo siempre. Ir a pie sería un deshonor. Sólo les es permitido a los extranjeros. Se cierran todas las puertas y ventanas que dan a la calle; únicamente se dejan abiertos los *postigos* o ventanillas, y las puertas que dan al patio dan la luz necesaria. Por allí los criados atienden al servicio. Sólo se sientan en la mesa los hombres; las mujeres y los niños comen después, en otra pieza, o por lo general en la cocina. Se sirve ante todo el *asado*, condimentado a veces con tomates. A veces comen pan, pero es un lujo reservado a los ricos. El pan es por lo común reemplazado por el queso, que se come con el asado, o bien por el *chipa*, mezcla de harina de mandioca y queso, hecha cocer al horno; o bien se contentan, en el momento de la comida, de extender esa misma pasta de almidón de mandioca y queso sobre un palo y de ponerlo así a cocer al asador. Esa pasta fermenta, adquiere sabor y puede fácilmente hacer olvidar el pan de trigo. Este último preparado se llama *cabure*, en el idioma guaraní. Después del asado, se sirve la carne frita o *chiriri*, o bien la *sohopupu*, carne hervida con legumbres, mandiocas, patatas dulces, arroz, etc. Esta forma de preparación sería bastante buena si no se pusiera demasiada cantidad de grasa de vaca. Cuando se desea honrar a un invitado, se mete por lo común, en la misma sopa, cucharas enteras, de manera de resultar incomestible para un europeo; pero los habitantes la hallan excelente, comen el sebo con delicia y encuentran tanto mejor el plato cuanto más grasa tiene. Después de esa sopa, se sirven espinacas hervidas o la *mazamorra* (el *cavigé* de los guaraníes). Este último plato es el más estimado de todos; sin embargo, inspira mucha repugnancia a los extranjeros, cuando se enteran de que el sabor que lo caracteriza se debe a una lejía de ceniza de potasa que se

emplea para hacer cocer el maíz triturado, con el fin, según dicen, de facilitar la digestión. Después de ese plato, se ofrecen confituras o miel, almíbar de caña de azúcar, del cual los habitantes son tan golosos que beben de buena gana vasos enteros, después de lo cual se brinda un gran vaso de agua a cada uno de los comensales, pero esto únicamente cuando se quiere honrarlos, porque, por lo común, sólo existe una olla que se pasa de boca en boca; es la única bebida de la comida, durante la cual jamás se bebe otra cosa. Este último vaso de agua es reemplazado, en las campañas, por un vaso de leche hervida.

Mientras los hombres comen, las mujeres se ocupan de cocinar o de servir. Los criados o los niños están alrededor de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando las órdenes que les quieran dar, retirando los platos a medida que se desocupan. Ellos son los que traen el vaso de agua con que se da fin a la comida. Es de destacar que hombres generalmente inclinados a los vicios no tienen el de la bebida. Nadie bebe vino, salvo en casos extraordinarios, ni licores fuertes, salvo antes de la comida. Jamás se ve un hombre ebrio hasta perder el sentido. Inmediatamente después de la comida, los criados levantan el servicio y traen fuego en un recipiente, depositándolo sobre la mesa, poniéndose de rodillas para rezar, mientras los amos responden. Terminado ese rezo, piden todavía la bendición; luego se retiran para comer con o después de las mujeres y niños de la casa. Si hay convidados, éstos deben necesariamente, después del rezo, bajo pena de pasar por mal educados, decir al amo de la casa, antes de hacer otra cosa, *Dios se lo pague*. Mientras la familia come, el correntino fuma gravemente su cigarro; luego se extiende sobre la cama para hacer la siesta y la digestión. Después de haber comido, las mujeres y los niños hacen lo mismo, igual que los criados. Las mujeres se echan en la tierra de la sala, con su tocado en el mayor desorden, porque se desnudan casi por completo antes de acostarse. Se ponen, por lo común, al lado de los hombres, lo mismo que los niños, y así comienza la noche en pleno mediodía. En las casas ricas cada uno se mete en la cama, pero, con mayor frecuencia, toda la familia se acuesta entremezclada en la misma habitación, sin duda para procurarse más frescura.

Durante el almuerzo, ninguna puerta permanece abierta y nadie pasa por las calles. El silencio es tan profundo como la noche. Todo está cerrado, hasta los negocios. La ciudad parece completamente desierta. Sólo los extranjeros recién llegados están despiertos; son los únicos en osar salir, a pesar del ridículo a que se exponen. Es entonces cuando el calor es más fuerte. El sol quema; se respira un aire sofocante. A esa hora el menor trabajo manual es fatigoso al extremo, y si se sale a la calle, domina involuntariamente la tristeza, al no

encontrar ninguna alma viviente despierta, a pesar de la belleza del día. Ningún niño juega en los corredores. Nada de galerías animadas por la presencia de las mujeres que hablan a los paseantes. Toda la ciudad duerme; hasta el perro, fiel guardián, puede dormir tranquilo; se lo ve así acostado a la sombra de las galerías, bajo las cuales deja pasar, sin despertarse y sin ladrar, a aquel que no dejaría pasar durante la noche. Diríase que todo descansa entonces en la confianza pública, porque el obrero que trabaja ha dejado sus herramientas abandonadas en la obra, sin cuidarlas; los patios, generalmente llenos de ropa puesta a secar, permanecen abiertos, sin que jamás se robe nada. Lo que más me ha impresionado durante la siesta es que la naturaleza entera parece estar en el sueño más completo. No solamente reposan los hombres, sino también los animales. El ganado abandona la planicie para refugiarse a la sombra de los árboles. Entonces no se encuentra ningún mamífero salvaje. Todos están escondidos, sea en los bosques, donde duermen profundamente, sea bajo la hierba espesa de las llanuras. El campo no está amenizado por los cantos de mil pájaros distintos, revoloteando solos o en bandadas de árbol en árbol. Hasta las aves de la ribera cesan de repetir sus arias roncas. No resuenan en los bosques los gritos de las penélopes. Los engreídos ánades, refugiados en lo más tupido de los bosques, abandonan las aguas demasiado cálidas; y los parlanchines papayos interrumpen raramente ese silencio. Unicamente la cigarra llena con sus alegres chillidos la campaña, donde el exceso de calor parece inclinar las hojas de los árboles, como si también ellas quisieran dormir, no revelando su verdor más que al retorno de la frescura de la noche. En las ciudades, el canto del gallo, que anuncia, generalmente, la proximidad del día, se hacía oír desde el fondo de su retiro, donde se refugia con sus gallinas, huyendo del calor. Sería realmente imposible reflejar con precisión cuán solemne es la siesta de las comarcas cálidas y hasta qué punto influye en todo aquello que es animado. He podido continuamente apreciarlo, porque, permaneciendo fiel a las costumbres europeas, siempre me entregaba en ese intervalo a mis tareas de redacción, más seguro entonces de no ser distraído por los numerosos importunos que se multiplican en un país donde los hombres no tienen, por así decirlo, ninguna ocupación.

Empero no habría que suponer, pues, que en medio de ese silencio aparente todo el mundo se entrega a la siesta. Es, al contrario, el instante de mil intrigas amorosas; así cuando termina la siesta se producen a menudo en los hogares, debido a inesperadas sorpresas, peleas y escenas escandalosas.

A las tres o tres y media, las puertas y ventanas se abren en todas partes. La siesta ha concluido y, por hábito o por un curioso instinto, todo el mundo

se despierta, por así decirlo, en el mismo minuto. Solamente los extranjeros duermen más tiempo, porque, según los habitantes, no saben hacer la siesta. Entonces mi correntino despierta. Llama de inmediato. Se le trae su mate, después de pedirle la bendición. Se le presenta, como por la mañana, con el fuego, para alumbrar su cigarro. Toma sucesivamente cinco o seis mates; fuma uno o dos cigarros, luego recomienza su jornada ensillando el caballo. Este es tanto más pequeño cuanto su dueño es más rico. Era en Corrientes una moda y un furor, durante mi permanencia, tener caballos *petizos* o enanos. Lo que, en otra parte, parecería ridículo era un signo de riqueza en la ciudad, porque esos caballos sólo servían para pasear por las calles y no para los viajes por el interior de la provincia. Una vez ensillado el caballo, su amo lo monta y recomienza el mismo género de vida que por la mañana, yendo a su oficina, si es empleado, porque las oficinas públicas están abiertas desde las ocho de la mañana a mediodía y desde las tres a las cinco de la tarde. Si no tiene ocupación fija, se pasea siempre de la misma manera de uno a otro, o de una ventana a otra ventana vecina, haciendo en todas partes chanzas algo ligeras a todas las mujeres, hablando a los hombres de mujeres, de caballos, de ganado, de cosechas de tabaco, maíz o caña de azúcar, si se interesa en ese género de especulación, o bien de los estragos causados por nubes de langostas, cuando ellas arrasan la provincia. Cuando el correntino, al pasar delante de una casa, quiere detenerse, antes de descender del caballo, grita *Ave María,* a lo que se le responde, invitándole a entrar. Ata su caballo a uno de los barrotes de una de las ventanas; entra. Se le hace sentar en un banco, cerca de la ventana. La dueña de casa lo colma de amabilidades y llama a sus criados para que le sirvan mate. Ellas o sus hijas hacen un cigarro o van en busca de uno, encienden el fuego que traen los criados, fuman hasta que el cigarro esté bien encendido y se lo ofrecen al visitante. Sería una grosería rechazarlo, lo que obliga a los extranjeros, bajo pena de pasar por personas sin *educación,* a fumar a pesar de ellos, porque apenas el primer cigarro toca a su fin, las mujeres le presentan un segundo. Es necesario cierto coraje para habituarse a esta costumbre, porque si puede ser agradable recibir un cigarro de una boca bonita, hay circunstancias en que la cosa tiene menos encanto. No hay otro remedio que pasar por las horcas caudinas si se quiere ser bien recibido por los habitantes. Una vez servido el cigarro, se sirve el mate, que se ofrece al visitante; éste bebe chupando la bombilla, conversando y fumando alternativamente hasta que se termina el mate, que se llena de nuevo y se ofrece sucesivamente a todas las personas de la casa; luego vuelve a las mismas manos, después de haber pasado por todas las bocas, inclusive por las de los criados, lo que no puede ser más repugnante

para el extranjero no acostumbrado a este hábito. Los habitantes de Corrientes están habituados a tal punto al mate, sobre todo las mujeres, que constituye para ellos un objeto de primera necesidad. En la ciudad se lo toma azucarado; pero mucha gente del campo o los pobres lo toman sin azúcar, lo que llaman *mate cimarrón*. El sabor del mate es algo amargo y bastante agradable. Se lo bebe tan caliente, que es menester ser hecho especialmente para él para no quemarse el paladar y ese calor extremo podría dañar los dientes. No posee, sin embargo, ninguna propiedad nociva, pero, tomado a toda hora del día, debe debilitar el estómago, y en efecto, las enfermedades del estómago son las que más atacan a los habitantes[26].

El correntino no se contenta con ir a un solo lugar. Pasa toda la tarde paseándose de una casa a otra; bien recibido en todas partes, especialmente por las mujeres, que son realmente extraordinarias por la amabilidad que ponen en retener al visitante y la alegría que despliegan con él, riendo, jugando o criticando a sus vecinos, con una gracia muy peculiar. Si es músico, no puede dejar de tomar la guitarra colgada en la sala, o bien canta esas futilezas que a menudo reflejan las intenciones más ligeras, frotando los dedos sobre las cuerdas del instrumento en vez de puntearlas como acompañamiento y haciendo sobre todo mucho ruido. La romanza es rara, mientras que la canción de amor es muy común y agrada a ambos sexos.

Como los habitantes tienen mucha mezcla de sangre guaraní, o por lo menos han sido educados por mujeres de esa nación, el idioma natural del país es todavía el guaraní, y el español sólo es empleado, bastante mal, para conversar con personas ajenas a la provincia. Los niños educados por los criados, que sólo hablan entre sí la lengua india, la aprenden desde la cuna. Sólo más tarde y en la escuela estudian el español; por eso, en el interior, la lengua familiar es únicamente el guaraní. Los hombres siempre emplean de preferencia ese idioma cuando hablan con mujeres del país. Sólo hacen al extranjero

---

26 El *Ilex paraguayensis* (Aug. S. Hil.), que da la yerba del Paraguay, especie de acebo bastante alto, con follaje de castaño, no se prepara como el té: la hoja y el tallo son triturados después de secados, sobre un fuego de plantas aromáticas. Se encuentra en las islas del Paraná, arriba de Corrientes, pero es principalmente en el territocio de Misiones que existen grandes bosques, así como sobre una y otra orilla del Paraná y del Uruguay. Desde que el tirano Francia cerró los puertos del Paraguay, los brasileños de Parnagua lo preparan y desarrollan boy un comercio que se extiende a todas las regiones centrales de América, pero la del Brasil no vale tanto como la del Paraguay. Se la mete en grandes bolsas de cuero cocido o *tercios*, de 150 a 200 libras de peso. Así se libran al comercio. Tienen el aspecto del zumaque.

el honor de hablar español. En muchas partes del campo es raro encontrar, entre los indios o mestizos, gente que entienda español. Sólo los blancos lo hablan bien que mal. La lengua guaraní ha sido modificada por la introducción de muchas palabras corrompidas y se parece poco al guaraní puro, que nos han trasmitido los diccionarios; pero no lo ha sido desde el punto de vista de las costumbres; por eso nada hay en el idioma actual que no pueda designarse sin herir la decencia; y del mismo modo que no se considera extraordinario que una joven ya núbil se presente completamente desnuda, lo mismo deja de llamar la atención que se designen, por su nombre propio, una cantidad de objetos y fenómenos naturales que la delicadeza de nuestros idiomas civilizados disimula en la conversación, traduciéndolos por lo menos en perífrasis o eufemismos. No debe atribuirse, empero, ese cinismo del idioma a inocencia de las costumbres. La misma joven que pronuncia, sin enrojecer, palabras capaces de espantar el oído de un soldado, sabe emplear muy bien el misterio y ocultarse a todas las miradas para dar una cita en el bosque. Los habitantes de Corrientes y Paraguay se expresan en español con la misma falta de reparos que en guaraní. Es con estupefacción que, antes de acostumbrarse, se ve a señoras de primer rango hacer recaer la conversación sobre temas a cuya mención se han consagrado los giros más indirectos del lenguaje, incluso en nuestros anfiteatros de anatomía.

El correntino consume de esa manera la tarde, arrastrando por todos lados su ociosidad. Empero, si en medio de su paseo oye sonar el *Angelus* de la noche o la *Oración*, se detiene súbitamente, se descubre y ora. En ese instante se diría que todo movimiento ha cesado como por encanto en la ciudad, y que un solo golpe de tambor la ha paralizado. Jinetes y peatones hacen alto en medio de la calle; los hombres, aunque estén cargados de fardos, no pueden continuar la marcha; las mujeres, en sus casas, interrumpen sus tareas; los niños abandonan sus juegos; toda conversación y toda acción se suspende: cada uno se recoge, sin avanzar un paso. La ciudad entera permanece inanimada, inmóvil, silenciosa. Cuando han sonado los tres golpes y la campana comienza a tañer, todo se reanima, todo vuelve a la vida; el movimiento se ha reiniciado para toda la tarde. Las personas que han interrumpido sus entrevistas para rezar, luego de hacer la señal de la cruz, se desean mutuamente las buenas noches, lo que se hace en todas las cosas, antes de volver al asunto en consideración. Rara costumbre, característica de muchas ciudades americanas, hasta de las más corrompidas. Es, por lo demás, un hábito español importado por los conquistadores y perpetuado por la exageración de las ideas religiosas, pero ya abandonado en todas las grandes ciudades del litoral, donde la diferencia de

religión del gran número de extranjeros ha impedido mantenerlo como en el interior. En Corrientes, un extranjero que no se sacara el sombrero o que no se detuviera a la hora de la Oración, sería considerado un impío y podría ser lapidado. Lo mismo sucede en el caso del Viático conducido para un enfermo. Todas las personas que se hallen alrededor de la iglesia son requeridas para que acompañen al cortejo, cualquiera que sea el lugar a donde se dirijan. Toda ocupación cesa cuando las campanillas anuncian *Nuestro Señor;* todos se precipitan a las puertas para ponerse de rodillas y se ponen de pie sólo cuando deja de oírse el sonido argentino. En las calles, los peatones se postran, los jinetes se detienen, se sacan los sombreros y se recogen. Uno se creería en una ciudad santa, pero, cuando cada uno vuelve a sus costumbres, no se reconocen más las personas que poco antes se postraban tan devotamente; se reinician por lo común las conversaciones obscenas con cierto candor que las hace completamente naturales. ¡Qué singular contraste! ¡Qué exterior religioso y corrupción efectiva! ¿Cómo se concilian tales antinomias? Es menester que la conciencia de los habitantes de Corrientes sea bien ancha o que posean una religión propia, completamente diferente de la verdadera; profesan en ello, sin duda, la creencia de que la confesión lava todos los pecados.

Es bastante común ver al habitante de Corrientes pasar toda la tarde en una casa o en otra, tomando mate, fumando todo lo que puede, pero esa tarde no se prolonga más allá de las ocho, porque entonces regresa a su casa. Se cierran las puertas; se sientan de nuevo a la mesa y se cena, por lo común asado y cocido. Esta comida es igual al almuerzo, sin ninguna diferencia; después todo el mundo se acuesta. Entonces suena la hora de las intrigas. Los jóvenes recorren las calles con guitarras y dan serenatas; por eso, durante la noche, las calles están menos silenciosas que durante la siesta. El amante se cubre con su poncho, poniéndose, para no ser reconocido, un sombrero que no lleva durante el día. Se ve en todas partes hombres que conversan en las ventanas, o mortales más felices todavía que penetran sea por los patios, sea por las puertas dulcemente abiertas a una señal convenida de una joven, haciendo todos los esfuerzos posibles para no ser oída por su madre acostada en la pieza vecina y que sueña a veces, por su parte, recibir a un amante favorito, a escondidas de su hija, conocedora de la conducta de su madre, como su madre lo es de la suya; pero ninguna de las dos habla del asunto, temiendo, sin duda, que las explicaciones traigan reproches tan desagradables como inútiles para una y otra. El marido, por su parte, corteja a sus queridas, preocupándose poco de lo que sucede en su casa, siempre que encuentre listos su mate, su cigarro y qué comer, sin preguntarse si su propia conducta no explica los agravios de los

suyos y si él no ha contribuido en algo a la lujuria de su mujer y de sus hijas. Lleva su indiferencia en ese sentido al último exceso. Ni siquiera es raro ver, en las familias poco acomodadas de la ciudad, a los hombres provocar, los primeros, las intrigas que podrían producirse en su casa y hacer todo lo posible para que lleguen a buen resultado, esperando sacar algún provecho. En una palabra, los correntinos, por lo menos gran número de ellos, tienen la mayor apatía en todo aquello que llamamos honor en Europa; les agrada hacer lo que les viene en gana y dejan hacer lo mismo a los suyos. Son contadas las familias en que ese dejar hacer no existe y son la excepción en medio de la corrupción general. Es cierto que una mujer nada pierde a los ojos de sus compatriotas por tener a varios amantes, ni por tener hijos de diferentes padres. Ni siquiera esto le impide, en algunos casos, casarse. Si del interior de las casas ricas, consideradas desde el punto de vista de su conducta, paso al de las familias pobres, echando también una ojeada a los hijos de los ricos o a sus criados, el lector que ose acompañarme se estremecerá del espectáculo que se ofrece a sus ojos. Verá a todos los niños entremezclados por tierra, en la misma habitación el joven esclavo junto a su amita casi núbil, durmiendo uno al lado de la otra, desnudos o a medio vestir por lo común. Si penetra en las cocinas verá a los criados de ambos sexos, mezclados y confundidos en un todo los amigos, enemigos, hombres, mujeres, muchachas, muchachos, esposos, hablando de todo, nombrando todo y habituándose a hacer y decir todo; reina por lo tanto en esa clase una corrupción tal que el sólo pensarlo hace estremecer. El incesto entre hermano y hermana es bastante común, tanto en la ciudad como en el campo, pero la corrupción es mayor todavía, si es posible, en la campaña, donde todo la favorece. El calor del clima, que desarrolla rápidamente la naturaleza y despierta temprano los sentidos; la licencia del lenguaje, que no oculta las menores palabras a los oídos de los jóvenes, del mismo modo que la falta de vestidos no oculta nada a sus ojos; el aislamiento de la mayoría de los pobladores del campo, reducidos, por así decirlo, a la familia misma, en fin la poca comodidad de las casas, que no tienen casi nunca más que una pieza donde todo el mundo se acuesta mezclado, el padre junto a su hija, el hermano junto a su hermana, siendo otras tantas causas que incitan a un crimen condenado por las leyes de la mayoría de las naciones, antes que por la naturaleza. El incesto entre padres e hijos es tanto más raro cuanto es más contrario a aquélla. He visto, sin embargo, varios ejemplos en la provincia y podría agregar que es frecuente en América. He visto a un criado campesino que, viviendo y a ojos de su mujer, mantenía, con su hija mayor, un comercio de ese género, del cual habían nacido varios niños, viéndose siempre al mayor en su compañía.

He dejado a mi correntino durmiendo en su casa o arreglando una intriga en el silencio de la noche. Si duerme, no lo despertemos, porque difícilmente podrá hacer algo mejor. Pasemos a la descripción de los diversos cambios de su existencia.

Los jóvenes que pertenecen a las buenas familias de la ciudad pasan la vida en una ociosidad completa, visitan a las señoras, puntean la guitarra en casa de ellas, cantando canciones de amor o chistosas, cortejándolas, gastando su tiempo en aventuras amorosas, haciendo del día noche o paseándose a caballo, de la manera ya descrita. Si, al contrario, el hombre, a quien he pintado ocioso, se entrega a la pasión del juego, no se paseará tan a menudo y las mujeres serán, durante algún tiempo, olvidadas, sólo pensará en barajar las cartas. Por una resolución muy sabia, la policía prohíbe el juego; pero, lo mismo que en todo, esa medida prohibitiva sólo se aplica a las clases pobres que juegan ostensiblemente, y no a las personas ricas, comenzando por el mismo gobernador, encargado de hacer cumplir las leyes que él mismo ha dictado. Las personas que gozan de rango en la sociedad aman el juego apasionadamente. Este placer, no menos funesto que la ebriedad, reemplaza a este último vicio en América. Los correntinos se entregan a él todo lo que es posible concebir: renuncian así a su indolencia, a fin de consagrarle días enteros, olvidando, entonces, que tienen una familia. El juego, que es todo para ellos, les hace casi perder el recuerdo de su siesta y el sueño por la noche. Se encierran, y se ha visto individuos permanecer, sin dormir, hasta tres veces veinticuatro horas, perdiendo su haber, el pan cotidiano de su familia y el porvenir de sus hijos...; pero, ¡qué les importa! Saben muy bien que a sus hijos no les faltará pan, como podrían temer en países más civilizados. Saben que ellos encontrarán siempre, con unos u otros, una hospitalidad fraternal. Además esperan, como todos los jugadores, mejor suerte para el día siguiente. ¡Qué extraño contraste de corrupción y virtud en un pueblo todavía salvaje! ¡Qué amable sencillez, aunque a veces grosera, al lado de horribles excesos!

Ya he tenido ocasión de decirlo: el juego es más común todavía en el campo. El obrero agricultor, una vez que ha terminado su jornada, monta a caballo para ir a buscar a compañeros con los cuales pierde el dinero que debía alimentar a su familia, y lo hace sin el menor remordimiento, sin pensar siquiera en lo que hace; enojándose, castigando a su mujer a su regreso a la casa si no encuentra comida y si ésta le reprocha que haya dejado a sus hijos desnudos y sin alimentos. Diré, sin embargo, que todos no son tan pervertidos, aunque escenas semejantes se renuevan con mucha frecuencia. Todos los juegos le resultan buenos. Cuando hay vecinos a la redonda, se reúnen, el domingo,

en un lugar convenido, para hacer correr los caballos. Es su juego favorito; es también el juego a que se entregan con más furor, porque todos son buenos jinetes y aquel que cree que su caballo es el mejor lo monta para hacerlo correr. No se tienen en cuenta, en esas justas, ni el peso del caballo ni el del jinete; el tamaño del animal tampoco tiene importancia y el premio corresponde al que franquea, en el menor tiempo, un espacio dado. Esas carreras no son tan largas como las nuestras; según la fuerza del animal, se recorren una o varias cuadras, a veces hasta media legua. Esta es la carrera más larga. Una vez designados los caballos que deben correr, cada uno apuesta por tal o cual, según su capricho. Los campeones parten y retornan, esforzándose por aventajarse mutuamente, lo que causa, a veces, caídas y otros accidentes graves. Alcanzada la meta, los ganadores reciben de los jueces de las carreras el dinero de las apuestas y se vuelve a empezar. Así sucede todos los domingos a orillas del Riachuelo, en las *lomas*, fuera de la ciudad; allí concurren muchas personas a hacer correr o apostar. Es en este juego donde los pobladores del campo pierden más. Lo aman hasta el furor, y faltar a una *carrera* sería una cosa horrible para el campesino.

La caza no es, como en los países muy civilizados o muy salvajes, la pasión de los habitantes de Corrientes. Solamente los de la campaña o estancieros sienten placer en el lazo o *tuambo* de los guaraníes, del cual he hablado muchas veces, con el que enlazan a los animales. También usan, aunque raramente, diversas especies de bolas para cazar. Está reservada a los indios la caza a la cimbra, con un arco que sirve para arrojar balas de tierra, el *nuha* de los indios guaraníes.

El habitante del campo trabaja más que el de la ciudad. Se ocupa del cultivo de su campo o del cuidado de su ganado, si es hacendado; sin embargo, no está muy ocupado, y todos sus momentos de placer transcurren como en la ciudad, a no ser que sus visitas y la vida ociosa de los correntinos le demanden más tiempo, a causa de las distancias; pero es su caballo el que sufre, no él, porque va de una casa a la otra a tomar mate, a fumar su cigarro, y por la noche, también, se lo verá recorrer el campo al galope para llegar pronto a su cita. Es solamente más salvaje, más grosero, menos habituado a la galantería, sin ser menos exigente, en medio de su apatía. Las únicas pasiones que pueden despertar al americano de esas provincias son el juego y las mujeres. Se entrega a ellas con tanta vehemencia como brutalidad. Les son desconocidos los afectos dulces, y en la misma ciudad, donde brilla un barniz de civilización, la palabra amor no significa más que libertinaje. A la edad en que el europeo siente por primera vez palpitar el corazón y se apega a un objeto respetado, el

joven criollo está saturado de voluptuosidad. Su carácter es poco constante. Si pretende, por todos los medios posibles, llegar a la de un objeto que desea, es por poco tiempo y sin amarlo, porque ¿se ama realmente cuando se posee a la vez las dos hermanas de una misma casa, o varias personas a la vez, como he visto el caso? Así, una vez que el criollo ha obtenido lo que desea, comienza a enfriarse y busca en seguida otra víctima, que le hace prontamente olvidar la primera. La constancia es tan rara que podría dudarse de que sea conocida por los hombres de la provincia. Es mucho más frecuente en las mujeres; y ellas se quejan, con razón, de la ligereza del otro sexo. Un hecho singular es que ellas son más fieles a un amante que a un marido, siendo el primer caso general, mientras que el segundo bastante raro.

Podría creerse, muy lógicamente, que con ese abandono y dejar hacer del carácter de los habitantes habría en ellos franqueza y confianza, pero no es así... Todo lo contrario: son desconfiados hasta el ridículo, sobre todo respecto a los extranjeros. En vano éstos poseen más educación y más delicadeza. Si ellos quieren engañar, tendrían muchas dificultades; mientras que los correntinos los engañaran con tanta menos pena cuanto más aparenten ser torpes y hasta afecten cierta candidez, para hacer creer en su sinceridad. Poseen una sorprendente sagacidad, un juicio generalmente justo, sobre todo aquello que proviene de la razón y no depende de la educación; y asombra comprobar a cada instante la facilidad con que comprenden las cosas. Sin embargo, se destacan por la lentitud de su modo de andar, de sus movimientos y especialmente de su hablar. Son, empero, bastante laboriosos y muy prácticos en la navegación de los ríos. Se les prefiere incluso a los marinos extranjeros a los que echa a perder este tipo de navegación. Existe, sin embargo, una diferencia bastante grande en cuanto al temperamento nómada entre los paraguayos y los habitantes de Corrientes. Los primeros son esencialmente viajeros y se los encuentra en todas partes de América, mientras que los segundos aman su tierra, temen dejarla y se preocupan poco de saber lo que sucede fuera de su provincia. No se interesan en los relatos del viajero, no desean saber lo que tiene lugar en otras partes del mundo, y muestran, en ese sentido, una indiferencia perfecta. La afición a los viajes es desconocida sobre todo en las tierras interiores, mientras que los habitantes de los puertos se habitúan, poco a poco, a ver a los extranjeros y desean viajar a su vez. Si se comparan, a ese respecto, los correntinos del interior con nuestros paisanos del Bas-Poitou o del fondo de la Vendée, y al descubrir en estos últimos el mismo amor por su suelo natal, se comprenderá mejor, por analogía, la identidad de gustos entre pueblos ubicados, por la naturaleza y el estado actual de su civilización, en situaciones más o menos semejantes.

El vestido de los hombres es bastante sencillo. Aquellos que han estado en Buenos Aires adoptan los trajes de Europa y particularmente las modas francesas. Llevan, por encima, la capa, cuando hace frío, o bien el poncho, cuyo origen es americano. El de Corrientes es una pieza de género de alrededor de siete pies de largo por cuatro de ancho, con una abertura longitudinal en el medio, para pasar la cabeza[27]. El vestido de los habitantes del campo o de quienes no son *caballeros*, aunque sean tan nobles como los caballeros mismos, se compone: 1°, de una camisa de tela de algodón de la región, adornada de una puntilla calada alrededor de una pechera de tul de algodón, igualmente fabricada localmente. El cuello y los puños de las mangas están también cubiertos de puntos calados y puntillas. Más puntillas hay y más valor tiene la camisa. Algunas de ellas se venden hasta a ochenta y cinco francos o una onza de oro. 2º, de un calzón tejido igualmente en la zona y llevando, en la parte inferior de las piernas, en vez de adornos, pantalones de Buenos Aires, ornados con puntos semejantes a los de la camisa. 3º, de un *chiripá* o banda de tejido de lana, generalmente roja, amarilla o blanca, de cuatro a cinco pies de largo y de un pie y medio de ancho, que se enrolla alrededor de la cintura, de manera de formar una especie de falda y que se sostiene por medio de una fajilla de lana de algodón tejida por las mujeres y, por lo general, roja, amarilla o blanca. Es de destacar que esa pieza del vestido sólo desciende hasta las rodillas; mientras que el chiripá de la Banda Oriental y de Buenos Aires desciende hasta los pies, lo que le resta toda la gracia que tiene cuando es corto. 4º, de una chaqueta de paño, generalmente azul, muy corta, chaqueta que muchos hombres de la campaña usan solamente los domingos. Los días de semana, no tienen más que su camisa, y los he visto a menudo, en los caminos, llevando solamente el calzoncillo[28] y el chiripá, andando con las espaldas desnudas, a pleno sol. Se cubren la cabeza con un sombrero de fieltro de lana, negro. Cada hombre posee, además, su poncho, que lo usa como capa. Cuando va a pie, se lo envuelve alrededor del cuerpo, a manera de los antiguos, para defenderse del frío y de la lluvia; y cuando el tiempo es bueno, se lo echa a la espalda. Cuando

27 Se fabrica en Córdoba la mayoría de los ponchos de lana usados en Corrientes; son más o menos finos y generalmente grises con rayas rojas y azules. Hay también de otros colores y de distintas telas. Los colores más usados son el azul, el rojo y el verde. Las mujeres hacen en Corrientes ponchos de lana, adornados de vivos colores y que son de una gran solidez. Se emplean como mordentes el alumbre y los orines putrefactos. Ellas tejen también ponchos de algodón, de un tejido muy cerrado y casi impermeable, rayado alternativamente de blanco y azul.

28 En español en el original.

anda a caballo, en el primer caso pasa la cabeza por el agujero y el poncho lo cubre por delante y por detrás, como una casulla; en el segundo, se lo enrolla alrededor de la cintura. El poncho, en todo tiempo, sirve de manta de noche.

En el campo, hombres y mujeres van con los pies descalzos, con muy pocas excepciones. En la ciudad sucede, por así decirlo, lo mismo; todas las personas que no ocupan un rango en la sociedad van con los pies descalzos. Hace muy poco tiempo que se usa calzado. Comienza, sin embargo, a generalizarse su uso, pero no es raro ver a una mujer bastante bien vestida no llevarlo. La costumbre de llevar medias ha hecho menos progresos, porque exige más gasto. Puede creerse, sin embargo, que se generalizará, porque muchas mujeres han comenzado a llevarlas. Los hombres dejan, por lo general, crecer sus cabellos y hacen con ellos una trenza que le cae sobre los hombros. Las mujeres se los unen en un rodete que atan con una cintilla de color, carmesí por lo común. Cuando ellas vuelven del baño, los dejan flotar sobre las espaldas, con una coquetería tanto más calculada cuanto que son de hermoso color negro.

Las mujeres de la clase más elevada siguen las modas de Buenos Aires, las cuales, salvo en el peinado, son las mismas que en Europa, pero que llegan un poco tarde a Corrientes. El vestido de las mujeres del pueblo consiste en una camisa, una enagua y una *manta*. El blanco es el color de moda. Las camisas son de una tela de algodón que tejen ellas mismas; el cuello está cortado en cuadrado, como en el traje de las vírgenes de la escuela italiana. Está ordinariamente adornado de una puntilla calada hecha con aguja y que se admiraría hasta en nuestras ciudades; o de un bordado de seda negra o azul de dos o tres dedos de ancho. Esta camisa se ata al medio del cuerpo por medio de un cinturón llamado *cacuaha*; la falda, llamada *naguas-cua* o *saicua*, es del mismo tejido que la camisa, terminando en puntilla calada, muy ancha, que por lo general lleva arriba otra, semejante a la de la camisa. Desde hace poco tiempo, esas faldas, muy costosas debido al trabajo que exigen, son reemplazadas por faldillas de muselina inglesa, adornadas de un bordado verde o rojo. Esta falda nunca es larga; cae solamente hasta la mitad de la pierna. La manta o *paño*, de cinco a seis pies de largo, por un pie y medio de ancho, y hecha del mismo tejido, está más o menos cargada de puntillas en ambos extremos, de acuerdo a la riqueza de la persona que la usa. Algunas mujeres llevan hasta un pie y medio de bordado calado de cada lado. Por lo general, esa manta cubre la cabeza y se cruza sobre el pecho, como el velo de las españolas; otras veces, cae a derecha e izquierda sobre las espaldas. Cualquiera que sea la manera en que se lo disponga, es un vestido pleno de gracia, y la joven que lo lleva sabe sacarle partido con coquetería. Sería difícil dar una idea de lo que hay de picante

en la sencillez y en la ligereza de las enagüitas cortas, la camisa bordada y la manta, todas de deslumbrante blanco, en una muchacha lista, alta, bien formada, por lo general de facciones regulares... Todo, hasta su piel morena, contrasta y agrada. Su atrevimiento choca a veces un poco, pero es la característica de la región; está siempre dispuesta a complacer al primer llegado y no posee nada de esa moderación y de esa decencia que ligan a las diversas clases de la sociedad. Sabe que en la ciudad será cortejada, sucesivamente, por todos, lo que le da, sin duda, ese sentido de igualdad acrecentado aún más por el *tú* familiar del guaraní y de todos los idiomas primitivos, que reemplaza, por lo general, al *usted* ceremonioso de los idiomas civilizados.

Las calles hormiguean de jóvenes que venden los productos de la zona. Ellas son las vendedoras de pan al menudeo, velas, jabón, frutas y legumbres. Llevan, en esos casos, una gran canasta redonda sobre la cabeza, en la cual colocan su mercadería. Marchan así cargadas, con un aire ligero y alegre, sin gritar por las calles, como nuestros mercaderes, pero ofreciendo los artículos en cada casa, parándose delante de cada puerta o de cada ventana, bromeando con los hombres, permaneciendo a veces un cuarto de hora conversando con ellos, no pareciendo ocuparse de su comercio más que con un interés completamente secundario. En Corrientes todos se conocen, y reina tal familiaridad entre los habitantes de todas las clases, que uno se creería en medio de una gran familia. Esas muchachas mercaderes son, al mismo tiempo, para las mujeres, las espías del lugar. Ellas todo lo ven, todo lo oyen y lo trasmiten a quienes tienen interés en saberlo. ¿Llega un extranjero? Entonces acuden con preferencia a su casa; lo asaltan con sus ofertas, con el fin de juzgar quién es, por las mercaderías que trae; y, el mismo día, todo Corrientes sabe, casi tan bien como él, lo que puede interesar acerca de su persona y de su tipo de comercio. La costumbre de llevar las cosas en la cabeza es general en las mujeres. Así se va a buscar el agua para consumo de las casas; los criados hacen, noche y día, con la cabeza cargada con una olla esférica llamada *cántaro*, muchos viajes, con el fin de llenar el recipiente común o *tinaja*, que cada casa posee, por lo general, en un rincón de la sala, a menos que la civilización no la haya relegado, desde hace algunos años, a la cocina. Es pintoresco ver a esa multitud de mujeres vestidas de blanco, con el cántaro en la cabeza, llevando sus mantos a la antigua, encaminarse con paso ligero y desenvuelto. Se les creería estatuas ambulantes. La uniformidad de los vestidos tiene algo de pintoresco e imponente, a la vez.

He hablado extensamente de los hombres, mezclando, con lo que he dicho, muchos hechos relacionados con las mujeres y destinados a juzgar a éstas.

Me resta hacer algunas observaciones complementarias. Todos sabemos que cuanto más respetadas y felices son las mujeres en la sociedad, más civilizada es esta sociedad. El americano salvaje abruma a su mujer con todas las cargas, mientras él se ocupa apenas de sus armas. Ella lo hace todo, mientras él debe ocuparse solamente de la caza. Si se compara la suerte de esas compañeras del hombre salvaje con la suerte de las nuestras, en el seno de las ciudades europeas, se verá que todo ha cambiado. Entre nosotros, en las familias ricas, ella no se entrega a ningún trabajo que demande fuerza y sólo se ocupa de las tareas agradables, encargándose el hombre, por el contrario, del trabajo más o menos penoso, según su rango en el mundo. Buscando una posición intermediaria entre esas dos, veremos que, en las ciudades poco civilizadas de América, son tan poco respetadas como en las indígenas. Tienen su momento de autoridad, pero ese momento dura poco, porque desde su nacimiento, por así decirlo, están obligadas a trabajar como esclavas, mientras el marido pasa su jornada en la inacción más completa, gozando a menudo de lo que su mujer ha ganado con tanto trabajo. Hay, en Corrientes, muchos hogares donde las mujeres alimentan a sus maridos con los productos de su trabajo, sin quejarse de un hecho que les parece completamente natural. ¡Qué contraste entre la laboriosa correntina y la indolente mujer de Montevideo y de Buenos Aires! Una pasa el día y a menudo la noche trabajando o cuidando a sus hijos; la otra no hace nada, no piensa más que en su arreglo y en recibir con gracia a los visitantes del día; dice así el proverbio que el infierno de las mujeres está con los indios, el purgatorio en Corrientes y su paraíso en Buenos Aires; mientras que el paraíso de los hombres se ubica en Corrientes. Una mujer, aunque pertenezca a la mejor familia, se ocupa en su casa de todo aquello que corresponde a su sexo. Cocina el pan que sus criados venden luego por la calle; fabrica el jabón y la vela; hace confituras, pastelillos, tortas, que manda vender; o bien se ocupa noche y día de confeccionar cigarros, tanto para venderlos por las calles, cuando tiene necesidad de dinero, como para exportarlos a Buenos Aires. Ella también hila, teje y borda las camisas y calzoncillos de los hombres, los vestidos de los niños y los suyos propios; amamanta a sus hijos; buena madre y buena esposa, reparte sus horas entre los trabajos de su industria y las funciones de madre de familia; en una palabra, la mujer de Corrientes es una sirvienta muy humilde de su marido, su esclava y, muy a menudo, su sostén; mientras que él permanece ocioso y se cree deshonrado si se dedica al menor trabajo mecánico. Su indolencia llega al extremo de no avergonzarse de vivir a costillas de su mujer, o bien, si es joven, de deber al trabajo de su madre y de sus hermanas hasta la menor pieza de su ropa.

Las mujeres salen poco. Permanecen todo el día en su casa, entregadas a sus tareas internas. Si hay señoritas en la casa, ellas reciben a las visitas, mientras la madre cuida las cosas; pero esas señoritas bordan o fabrican cigarros, mientras hacen los honores de casa, y reservan las otras tareas para cuando están solas. Como ya lo he dicho, los niños van completamente desnudos, en el interior de las casas, hasta los seis a diez años. Apenas sí se les pone una sencilla camisa de algodón cuando salen; permanecen por lo tanto completamente insensibles al pudor. La desnudez no es nunca un signo de pobreza; es más bien una costumbre que proviene de los indios y que la elevada temperatura ha perpetuado en el seno de las familias.

A pesar de las disipaciones a que se entregan los dos sexos en Corrientes, ellos son muy religiosos. Jamás faltan a misa los domingos y días de fiesta, y las mujeres han conservado, para asistir a los oficios, una vestimenta constantemente negra. Las criadas usan también, en este caso, una manta negra. No se deslizan dulces esquelas a las mujeres en las iglesias, como sucede en España; y asombra el recogimiento que reina. Las mujeres no se sientan nunca en sillas, como en nuestras iglesias de Francia; ellas conservan allí, como en todas partes de América meridional, el hábito de sentarse en el suelo, sobre alfombras que hacen traer por sus criados. Los hombres se mantienen parados o de rodillas. Muchos de ellos permanecen en las puertas exteriores, cuando no pueden encontrar lugar en la iglesia, y el europeo se asombra al ver, a veces, un gran número de hombres de la campaña a caballo en la parte exterior de las puertas, con el sombrero en la mano, oyendo misa, rezando su rosario; curiosa costumbre común a toda la República Argentina, o, por decirlo mejor, a todos los países cuyos habitantes montan continuamente a caballo. Hemos visto que, en las casas, los niños conservan los hábitos religiosos. No son más que oraciones y pedidos de bendición que se conservan del sistema educacional establecido en las Misiones de los jesuitas. Sin embargo, si se considera la fe religiosa bajo su verdadero punto de vista, se verá que la religión es más bien, en los habitantes de esta provincia, una cuestión de costumbre más que de convicción, porque ella no les impide, cuando son jóvenes, entregarse con furor a todos los excesos, sin temor a los castigos, a pesar de las demostraciones sangrientas de la Semana Santa y de las atroces penitencias a que se someten hombres y mujeres de edad.

La corrupción de las costumbres ha debido necesariamente llevar a Corrientes muchas de las enfermedades que son su resultado invariable; así, la sífilis es extremadamente común, sobre todo entre los indios y las personas poco ricas. Como es más común en los indios, que se cuidan poco, que en los

blancos, se la ha creído innata en los guaraníes, lo que ha confirmado la opinión generalizada de su transmisión de América al Viejo Mundo. Esta opinión puede ser errónea. No trataré de criticarla, pero lo que ha podido acreditarla es que raramente se manifiesta en los indios por signos exteriores y que los indios infectados no parecen sufrir; mientras que los criollos nacidos entre ellos y bajo el mismo clima, presentan la enfermedad con síntomas alarmantes; por eso los habitantes dicen que aquéllos de estos últimos que la contraen por su comercio con las indias, sufren dolores crueles, y es difícil que se curen radicalmente en un país donde no hay otros médicos que los *curanderos* y otros remedios que los vegetales y los paliativos. El flagelo se transmite de padres a hijos y no es raro ver a niños desdichados todavía de pecho desfigurados por enormes tumores. Los correntinos no lo atribuyen, en consecuencia, al comercio entre ambos sexos, y cuando los síntomas comunes se manifiestan de repente en ellos, después de una cura que creían completa, explican la recaída diciendo que se mojaron los pies o que recibieron repentinamente un chaparrón. Esta creencia está generalizada en América meridional. La enfermedad venérea, transmitida por los indios, ataca por lo común a la vista, y más particularmente a las manos y a los órganos vocales. Por eso se ve ganguear a muchos viejos españoles que han pasado una parte de su vida en las misiones. En general, esa enfermedad inquieta tan poco a quienes la tienen, que no les impide bañarse todos los días en agua fría y que hablan tan libremente de ella en sociedad, como en Francia de un dolor de muelas.

Entre los pobres, hay algunos leprosos. La sarna es común, sobre todo entre los indios; muchos de éstos han sido descritos por Azara y son causados por un *acarus* blanco, bastante grande como para ser distinguido a simple vista. Avanza con gran velocidad y cava una galería de uno o dos milímetros de profundidad. Las indias siguen los rastros del animalito y lo alcanzan con mucha destreza, con la punta de una aguja o de una espina de cacto. Esos insectos se propagan con rapidez; basta que aniden dos o tres en cualquier miembro para que el cuerpo sea acribillado muy pronto. Se encuentran frecuentemente indígenas sentados al sol y ocupados en extirpar a esos incómodos huéspedes.

La fiebre intermitente o *chucho* es conocida desde hace mucho tiempo en Paraguay, pero recién hace algunos años se ha manifestado en la provincia de Corrientes, donde hoy es bastante común. Un hecho curioso, que he tenido oportunidad de observar, es que las fiebres no son frecuentes, en una región cubierta de aguas estancadas que se evaporan en verano y dejan inmensos pantanos, cubiertos de agua putrefacta y fétida, mientras que he visto, en el fondo de barrancones escarpados, a orillas de ciertos torrentes de la República

de Bolivia, donde jamás hay aguas putrefactas, a todos los habitantes diezmados por la fiebre y obligados a abandonar finalmente las casas de sus padres, para huir del flagelo, que no perdona, de ninguna manera, jamás al viajero bastante desdichado como para morar algún tiempo en esos lugares pestilentes. Sería, pues, posible que la putrefacción de las aguas no sea la causa principal de esas enfermedades endémicas, y habría que buscar entonces esa causa en otras modificaciones del suelo o de la atmósfera. En Corrientes, esas fiebres no son peligrosas si no se unen a otra enfermedad. La enfermedad se cura después de veinte días o un mes, pero son frecuentes las recaídas. Los síntomas comunes son violentos dolores de cabeza, escalofríos acompañados de temblor general y seguidos de fiebre ardiente. Esta fiebre se repite después de los primeros accesos y deja un día de intervalo. El indicio seguro de la curación es el retardo en las horas de acceso, retardo que trae pronto dos o más días de intermitencia, hasta la desaparición completa de la enfermedad.

La *mancha* o carbunclo es igualmente una enfermedad conocida recientemente, la cual, después de haberse manifestado en el ganado, ha prendido en sus dueños. Comienza con un granito doloroso, que crece rápidamente, haciéndose negruzco, hinchando la piel, agrietando todo el cuerpo y llevándose al enfermo en dos o tres días. Los pobladores emplean la cauterización como remedio; pero la cura es muy rara. En un año de escasez y epizootia, que tuvo lugar en Corrientes, perecieron numerosos desdichados, que se alimentaron con la carne de bestias de cuernos enfermas o muertas de carbunclo.

Las enfermedades nerviosas son muy comunes en esta provincia, lo mismo que en Buenos Aires. Se designan con el nombre de *istérico* o *flato* (ventosidad) debido a uno de los síntomas que la anuncian y al cual se unen dolores de cabeza, palpitaciones del corazón, sofocaciones, etc; pero es muy digno de destacarse que se encuentran muchos habitantes de la campaña, hombres y mujeres, que sufren de esa enfermedad, la cual, en consecuencia, no es el resultado de una vida muelle y afeminada, como piensan muchos médicos, ni un capricho de la fantasía, como lo creen muchas personas, puesto que existe en personas cuyas facultades anímicas tienen muy poca fuerza. El *asoleo* o insolación es una enfermedad a la cual se está siempre expuesto en este clima abrasador. Causa dolores de cabeza muy violentos, sin fiebre; es raro, empero, que se cure completamente; y, de ordinario, abrevia la vida. Las apoplejías fulminantes son bastante frecuentes, y después de las heridas se producen a menudo tétanos. Entre las diversas especies de oftalmías hay una notable. No ataca más que a un ojo a la vez. La inflamación, que es muy dolorosa, ocasiona una supuración en el interior de los párpados: el pus es, al principio de la enferme-

dad, viscoso y espeso, de manera que se apelotona sobre el globo del ojo, determinando dolores muy agudos, que privan al enfermo del uso de ese órgano. La viscosidad del pus disminuye gradualmente, pasando al estado líquido, y la curación se opera por lo general al cabo de ocho días; pero una vez que un ojo se ha curado, la enfermedad pasa al otro y sigue el mismo proceso. Los ojos quedan rojos y muy sensibles, mucho tiempo después de la cura. Esa oftalmía es epidémica, y cuando se declara en una casa ataca sucesivamente a todos los ocupantes sin distinción de edad, excepto, siempre, a aquellos que ya la han sufrido. Los correntinos emplean como remedio las hojas de una acacia llamada *bisnal*, árbol de gran tamaño, raro en la provincia. Se mastican las hojas y se exprime el zumo sobre el globo del ojo.

Hay muchos enfermos de bocio en Corrientes, mientras que, en las provincias meridionales, casi no existen. Parece que los indios guaraníes han sido los primeros en observarlo, porque el nombre del río *Guaiquiraro* se compone de las palabras *guai quira ro*, que significa *que agranda el cuello*, y ese río sirve de límite a las provincias de Corrientes y Entre Ríos.

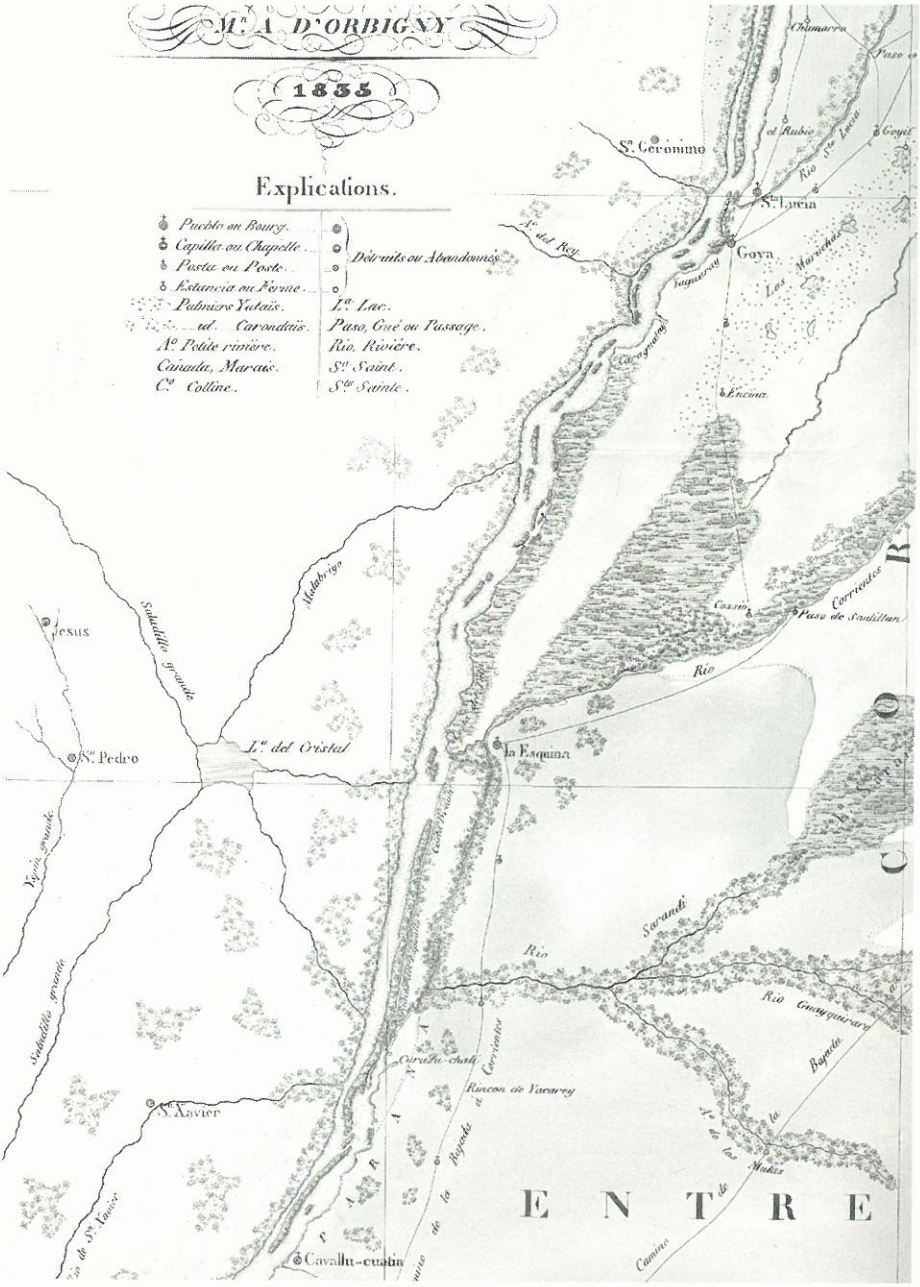
Una enfermedad bastante extraña se manifiesta, a veces en verano, en ciertos individuos del campo. Su cuello se llena repentinamente de gusanos, que producen úlceras; son las larvas de un díptero introducidas probablemente en la garganta de personas que duermen con la boca abierta. Por medio de gárgaras se matan esas larvas y se las hace salir por la boca y las narices.

Los medios curativos son muy sencillos o muy violentos. Por lo general, se limitan a plantas que producen poco efecto; otras veces los euforbios, que se administran como medicamentos, causan inflamaciones intestinales y hacen perecer al enfermo. Los correntinos tienen otra costumbre, no menos rara: si un indio les da un remedio aplicable a su enfermedad, lo conservan cuidadosamente en su memoria. Cuando están enfermos o se enteran de la enfermedad de un vecino, sin preocuparse de la naturaleza de la afección le aplican indiferentemente ese remedio. En general, creen en dos principios de las enfermedades: las enfermedades se originan por calentamiento o enfriamiento, y los remedios deben dividirse también en dos clases. Unos son *fríos* y los otros *calientes*, aplicables alternativamente, de acuerdo a la naturaleza de la enfermedad. Esta doctrina es universal en América, desde la Patagonia hasta Colombia, y proviene, probablemente, de una creencia española, importada cuando la Conquista. Los pobladores poseen una multitud de remedios; cada animal y cada planta tiene sus propiedades curativas. Por ejemplo, la cola del armadillo, introducida en la oreja, cura la sordera; la piel del jaguar hace desaparecer el reumatismo, por poco que el enfermo pueda montar a caballo y correr a

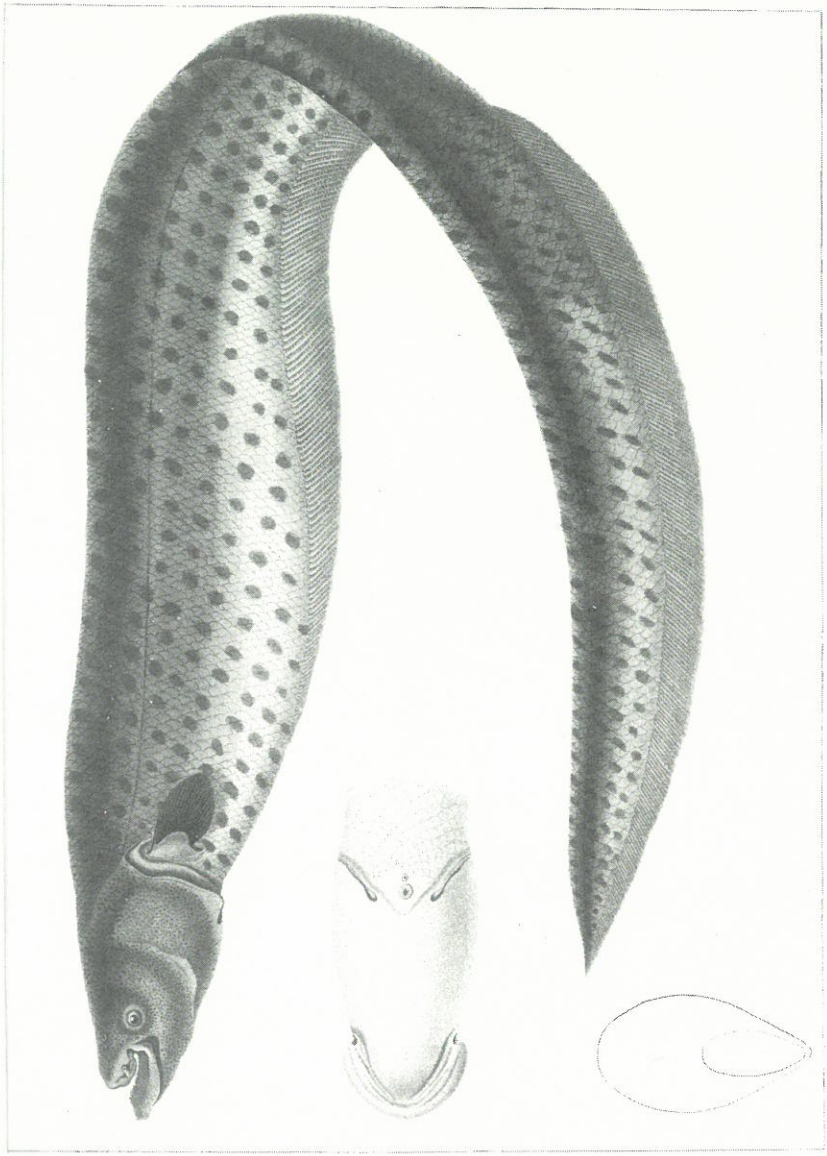
todo galope, frotándose la parte enferma con un pedazo de piel de ese animal; la grasa de urubú cura los dolores de cabeza; los cuernos del ciervo guazú-birá impiden la muerte después de la mordedura de una víbora; un collar de conchillas de ampularias preserva a los niños de los resfríos; sin hablar de una cantidad de otros remedios, todos igualmente eficaces y del mismo género, que ocuparía mucho espacio enumerar, pero lo más universal es frotar al enfermo con grasa de vaca todas las partes del cuerpo y acostarlo en seguida. Uno estaría tentado a imaginar, después de la mención que acabo de hacer del gran número de enfermedades venéreas que reinan en el país, que el número de raquíticos y personas contrahechas es extremadamente considerable. Parece, por el contrario, que esas enfermedades no tienen la influencia que podría creerse sobre las deformidades naturales, porque en Corrientes, lo mismo que en otras partes de la República Argentina, no he visto ni un jiboso, ni un cojo de nacimiento, ni ningún hombre contrahecho, lo que podría explicarse por la libertad de que gozan los niños, que jamás son fajados, y que, desde que pueden arrastrarse, son dejados sobre una estera, rodando como les parezca y sin ningún vestido que pueda molestarlos. Por lo general, llegan a la pubertad sin haberse puesto jamás vestidos. Sus miembros se desarrollan con facilidad y la naturaleza ejerce sobre ellos su imperio, lo que vendría en apoyo de la opinión ya expuesta a menudo de que en las grandes ciudades el hombre gana en facultades morales lo que pierde en fuerza física, mientras que el hombre salvaje o medio civilizado gana en lo físico, permaneciendo estancado en la moral. El idiotismo es, sin embargo, mucho más raro en Corrientes y, en general, en América que en nuestra Europa. Apenas sí existían dos idiotas en toda la provincia cuando la visité y pertenecían a la raza indígena. No he encontrado ningún loco. La locura resulta, muy a menudo, del exceso de exaltación de una imaginación herida por desdichas que conmueven y sacuden; ¿cómo sería posible que tal afección se manifestara en un pueblo tan poco estudioso, indolente, bajo un cielo de fuego, incapaz de impresiones profundas, demasiado ignorante para seguir con ardor una idea, demasiado fácilmente, satisfecho en amor como para sentir a menudo esa superexcitación convulsiva que, en uno y otro sexo, conduce a la locura, y muy poco impresionable como para que su cabeza se exalte a consecuencia de la pérdida de una persona amada o de desdichas personales? El suicidio es desconocido en la República Argentina. Para matarse, es necesaria una fuerza de sentimientos y de carácter que falta a los americanos de estas comarcas; consideraciones a las cuales debe sumarse otra, más poderosa aún. Las faltas graves son menos castigadas por la opinión pública que en Europa, siempre dispuesta, en el continente americano, a perdonar

y a condolerse en vez de condenar; de ahí que falten en estas comarcas el sentido de honor que tanta sangre cuesta a nuestras regiones civilizadas.

He procurado trazar sucesivamente las buenas cualidades y los vicios que caracterizan al habitante de Corrientes. Se lo ha visto ser hospitalario con todo el mundo, siempre dispuesto a hacer bien. Se ha visto a su compañera ser buena madre, buena esposa, laboriosa, dulce, amable. Se ha visto, a uno y la otra, unir a las virtudes más raras costumbres todavía salvajes, las cuales, al espantar a algunos de mis lectores, me habrán expuesto a ser sospechado, por ellos, de exagerar el mal para mejor destacar el bien. Empero, no he hecho aquí más que obedecer a mi conciencia y he dicho francamente lo que he visto; y si la necesidad de ser siempre verídico me ha obligado, algunas veces, a hacer revelaciones penosas, no dejo de sentirme profundamente reconocido por las amabilidades que los correntinos han tenido, en todas partes, con el joven viajero francés, durante su permanencia de más de un año en su ciudad y en sus campañas. He obtenido facilidades de todo género para llevar a buen fin las investigaciones que me fueron encargadas por la administración del Museo de Historia Natural.



Mapa de Argentina, con el trayecto del Río Paraná (fragmento).



Carapus inaequilabiatus

CAPÍTULO XII

Viaje por el Paraná, al regresar a Buenos Aires por la parte Sur de Corrientes, la provincia de Entre Ríos, la de Santa Fe y las regiones septentrionales de la provincia de Buenos Aires

Parte Sur de la provincia de Corrientes

No habiendo visto más que muy a la ligera las orillas del Paraná, al ir a Corrientes me había formado, desde entonces, un proyecto cuya ejecución me interesaba mucho. Mi intención era comprar una embarcación que pudiera contener mis colecciones, contratar un piloto y marineros, y descender así por ese río, deteniéndome donde me pareciera, visitando sucesivamente todas las islas, las desembocaduras de las corrientes de agua, las aldeas, las ciudades, y reuniendo informaciones preciosas sobre la geografía y geología. Esta última ciencia, sobre todo, me interesaba vivamente, puesto que los acantilados de las costas del Paraná debían continuamente revelarme la superposición de las capas que constituyen el suelo, todavía desconocido en ese aspecto. No me ocultaba los peligros a que me exponía con semejante viaje y cuántas privaciones de todo género podía sufrir, antes de llegar a Buenos Aires, recorriendo así trescientas leguas del Paraná, librado a la merced de hombres sobre cuya probidad estaba autorizado a concebir algunos temores, pero también esta vez, como las otras, todo lo sacrifiqué al deseo de ser útil a las ciencias.

24 de marzo 1828
Corrientes

Visité a todos los constructores y a todos los propietarios de barquichuelos y tuve la suerte de encontrar uno en venta. Era una embarcación chata, sin punta, de esas que se denominan en el país *chalana*. Esa chalana tenía unos veinte pies de longitud y podía cargar ocho toneladas. Casi nueva, por otra

parte, sin que tuviera dudas a ese respecto, me costó cien pesos o quinientos francos. Dos días después partí para ir a cortar, en las islas de la otra orilla del Paraná, arbolitos destinados a construir una planchada sobre la cual debía extender cueros de vaca, de manera de formar una pequeña cabaña que pudiera preservar mis colecciones de la lluvia y ponerme a mí mismo al abrigo de los aguaceros. Apuré a tal punto la construcción que la jaula, ya construida al día siguiente del viaje, estaba un día después cubierta y completamente terminada. La formé con palos levantados tres pies por encima de la borda, lo que presentaba el conjunto de una gran cabaña muy sólida. Era menester proceder después al embalaje de mis colecciones, lo que debía demandar un tiempo enorme. Es concebible cuánto cuidado exigen tales arreglos; por eso me ocupé sólo de ese género de trabajo, durante todo el curso de mis viajes. Como el gobernador de la provincia debía estar ausente algún tiempo, debí esperar a ese funcionario, del cual tenía que obtener un pasaporte, así como recomendaciones para el sur de la provincia ante los comandantes que encontraría al descender el Paraná.

Desde el 1 al 6 de abril nada pude obtener de los habitantes; era la Semana Santa y nadie trabajaba durante ese tiempo. Los correntinos pasan por entonces sus días en la iglesia, en el mayor recogimiento; y todas las noches, los fieles, conducidos por un sacerdote, recorren las calles, recitando el rosario. Hubiérase dicho que la ciudad, antes tan viva y alegre, se había hundido en un duelo profundo. Nadie ríe, nadie canta; apenas osan hablar, aunque en voz bien baja, y no se abandonan un instante los vestidos negros. Las imágenes más sangrientas de la Pasión están expuestas en las iglesias; todo inspira pavor. Es entonces cuando se expían las faltas; es entonces que se descubre un verdadero arrepentimiento, si, con todo, los actos supersticiosos de un culto desmedido tienen alguna vez tal carácter. Describiré las sanguinarias escenas que he visto renovarse en esa época en las misiones de los indios de Bolivia. Felizmente en Corrientes se ha terminado con eso, desde el gobierno de don Pedro Ferré, quien ha amenazado con prisión y el servicio militar obligatorio a cualquiera que se atreva a infligirse esas espantosas laceraciones. Los penitentes estaban obligados a atarse alrededor del cuerpo, sobre la piel desnuda, una cuerda de la cual suspendían una enorme piedra, que arrastraban penosamente, cubriéndose el cuerpo de heridas profundas, hechas con disciplinas armadas de trozos de vidrio agudos, de puntas de hierro y hojas de cuchillo; y zanqueando, con ese equipo, la misma extensión de tierra que la procesión. Otros se ataban, con los brazos extendidos, sobre un pedazo enorme de madera colocado transversalmente, como si estuvieran crucificados, y recorrían así

las calles. A menudo, esos desdichados caían agotados, en el camino, después de los ayunos a que se sometían, y permanecían enfermos meses enteros. Era raro que algunos no pagaran con su vida la expiación de sus pecados pasados. Las mujeres ayunaban dos o tres días, y además se les ordenaba, algunas veces, ceñirse el cuerpo con una gruesa cuerda provista de nudos, cerrada lo más posible y manteniéndola mucho tiempo. Hay casos de mujeres muertas a consecuencia de esas penitencias. Puede asombrar, con razón, ver tanta austeridad unida a costumbres tan relajadas; pero siempre he encontrado la una con las otras. Los ministros de la religión obtendrían, sin duda, los resultados más beneficiosos si predicaran la sana moral apoyándose en maneras paternales y en el ejemplo de una vida pura y sin tacha.

El gobernador llegó del interior solamente el 10 de abril. Lo fui a ver de inmediato. Había, hasta entonces, favorecido mis investigaciones, recomendándome a las autoridades rurales. No se mostró menos propicio hacia mí en esta última circunstancia. El pasaporte que me dio no había sido librado por la policía; era un pasaporte del gobierno mismo, acompañado de órdenes a las autoridades constituidas de la provincia, y de un pedido especial a los gobernadores de las demás provincias de prestarme, en todos los casos, apoyo y protección. Aproveché esta ocasión para agradecer a ese digno funcionario el interés con el cual me acogió siempre y la amabilidad cordial que puso para facilitarme los medios de estudiar las localidades bajo todos los puntos de vista posibles. Don Pedro Ferré es uno de esos hombres raros que deben a la naturaleza, más que a la educación, la fuerza de gobernar con justicia y un juicio notable en todo, para bien general de su país. Se dirigieron instrucciones a la aduana, a fin de que mis cajones no fueran abiertos al embarcar, favor extraordinario en un país donde la salida de numerario está prohibida y donde un carácter desconfiado, especialmente hacia los extranjeros, lo hace a uno siempre sospechoso. Obtuve también, del capitán del puerto, una patente de navegación, que, con el título de *patrón de barco*, me daba derecho a todo, como capitán de mi barquichuelo, sobre la tripulación que había contratado. Esta tripulación se componía de un piloto paraguayo o *baquiano*, encargado de indicarme los nombres de los lugares que debía visitar, y de dos marineros franceses, uno que había salido hacía poco del Paraguay, y el otro víctima de las guerras con los indios de las misiones, donde había perdido todo lo que poseía. Los había contratado con el fin de llevarlos a Buenos Aires, donde podrían buscar medios de vida, que no encontraban allí. Tenía, finalmente, un joven de Corrientes, que llevaba como ayudante y hombre de confianza.

10 de abril

Residiendo en Corrientes desde hacía más de un año, había encontrado amigos. La bondad con la cual se me había recibido en todas partes me hacía añorar a los buenos habitantes. Me mostraron tanto apego en el momento de separarme de ellos, que no podía, sin nostalgia, ver llegar el instante de esa separación, que sería sin duda eterna. Por otra parte, tenía todo lo que podía esperar de la provincia y estaba impaciente por retornar a Buenos Aires, a fin de continuar mis viajes por el sur del continente americano. Apuré, pues, esa partida todo lo que pude, pero múltiples inconvenientes me retenían día tras día. Debía, además, hacer preparar los víveres de que podía tener necesidad; hice salar carne de vaca; embarqué un barril de galleta marinera. Eran todas mis provisiones, porque contaba mucho con la caza.

Todo estuvo listo sólo el 18 de abril; hice cargar mis colecciones, a fin de partir lo antes posible, e hice mis visitas de despedida. Al día siguiente, un terrible huracán, acompañado de torrentes de lluvia, se desató de golpe y fue imposible partir. El 20, por la mañana, previne a todos, pero el *baquiano*, que había recibido algunos adelantos, se ocultó, a fin de no seguirme. Me vi obligado a recurrir a la fuerza para decidirlo. Me quejé al capitán del puerto; después de las pesquisas efectuadas por la policía, el piloto me fue devuelto. Temiendo que se me escapara de nuevo, partí a mediodía, abandonando Corrientes, a la que no volvería a ver.

18 de abril

Mi embarcación descendió rápidamente el Paraná, arrastrada por la corriente, ayudada por los remos de mis dos marineros. Pasé sucesivamente frente al puerto Santa Rosa, deslizándonos con rapidez debajo de tupidos bosques que coronaban los barrancos de la punta *Vidal*, de la punta *Portuguesa* y de las *Siete Puntas*. Luego de estas últimas, los acantilados cedieron su lugar a terrenos inundados, donde, algunos meses antes, fui lo bastante feliz para encontrar hermosas conchillas fluviales. Hoy el Paraná estaba muy hinchado y más de quince pies de agua cubrían las conchillas que había visto casi al descubierto. Estaba frente a Carondaiti, por donde había ido a visitar a los tobas. Ya no se veía islas en el Paraná, río que presentaba un ancho de lo más majestuoso. La noche me obligó a detenerme en esos pantanos, a pesar de la humedad del lugar.

He olvidado, hasta ahora, hablar de un perro, mi fiel compañero de miseria en esta navegación y en todos mis viajes. Como le debo la vida, más de una vez, por el cuidado que ponía en advertirme el menor peligro, se perdonará al viajero consagrar, en medio de los despoblados, un recuerdo a ese digno servidor. Ese perro era de la raza primitiva del país. Muy cachorro todavía, había

sido hallado y criado en el campo. Era un verdadero lobo por su hocico alargado, sus orejas rectas y puntiagudas; su color era rojo; su pelo raso, salvo en la crin y la cola, adornadas ambas de largos pelos. Era uno de los más hermosos tipos de perros americanos de esas comarcas; el más celoso defensor que podía tenerse contra toda sorpresa y de la mejor raza para la caza de jaguares; puedo decir también que me anunciaba, con anticipación, siempre que yo descendía a tierra, si había estos tipos de animales en las vecindades; erizando la crin, olfateando el suelo, ladrando de una manera particular, seguía el rastro del terrible animal, sin alejarse, empero, mucho de su amo. Demasiado prudente para afrontar tal enemigo, se contentaba con advertir su proximidad, que es a lo que se limitan por lo general los mejores perros cazadores de jaguares.

Millares de mosquitos nos asaltaron mientras nos preparábamos a cenar, y desde ese momento comenzó el horrible suplicio. Debí, para asegurarme, colocar mi cama en la orilla, a fin de extender sobre cuatro palos fijos en tierra un mosquitero que no podía colocar en el barco. Mis acompañantes hicieron lo mismo, acostándose sobre cueros. Los mosquitos desaparecieron durante la noche. Era el otoño del país. Las noches eran muy frías y un abundante rocío cayó, mojándonos por completo.

En viaje, cuando se duerme a la intemperie sobre todo, y cuando el rocío de la mañana trae ese frío húmedo y penetrante, que se siente hasta en la zona tórrida, no se permanece complacido en la cama, como podría suceder en un apartamento bien cálido; por eso, apenas hay suficiente luz de día para distinguir los objetos, uno se pone de pie. Es, por lo menos, la costumbre que establecí para toda la duración del viaje.

Me puse en camino muy temprano. Atravesamos todavía frente a acantilados elevados, agradablemente cubiertos de vegetación, pero la vegetación otoñal no es tan tierna como la que colorea todos los nuevos retoños en el mes de octubre, primavera en estas comarcas. Un verde oscuro uniforme revestía los árboles provistos de hojas todo el año, ya aquellos que por lo común las pierden en el invierno, comenzaban a dejar caer las suyas. Nada inspiraba alegría. Casi ninguna flor aparecía en la naturaleza y apenas sí oía el canto de contados pájaros, salvo los agrios silbidos de los granívoros que comenzaban reunirse en bandadas numerosas, para pasar así la estación de los fríos. La naturaleza no ofrecía entonces a los investigadores esos numerosos animales que animan el suelo y la vegetación, en la estación cálida: era menester buscar penosamente los insectos bajo las piedras y los troncos de los árboles; ninguno osaba salir. Pasé así frente a la desembocadura del *Riachuelo*, pequeño río del cual he tenido tantas veces oca-

21 de abril

sión de hablar; esa desembocadura se cubre de pantanos, que hacen desaparecer todo cuanto de atrayente podría haber en ese sitio. Vi delante mío la isla de Cabral, alta, extensa y boscosa, junto a la cual había pasado, al llegar a Corrientes. Numerosos monos aulladores o *carayas* hacían resonar el eco de sus gritos, que parecen bastante, cuando se los oye de lejos, al ruido de un bosque agitado por un viento impetuoso o al de una cascada lejana. Esos gritos fueron los últimos del género que debían llegar, durante mucho tiempo, a mis oídos; porque provenían de la banda de monos posiblemente más avanzada hacia el sur.

Una vez que hube pasado la desembocadura del *Riachuelo*, la ribera me presentó altos acantilados, cuya cumbre era boscosa. Formaban inmensas ensenadas y cabos bastante salientes. Primero muchos bancos de arena e islas boscosas impedían distinguir la otra orilla del Paraná, pero por la *Punta Blanca* numerosas islas desaparecían y el Paraná se mostró entonces en toda su anchura. La margen opuesta es tan baja y estaba inundada a tal punto, que era imposible distinguir las islas del continente. Franqueé las desembocaduras de los riachos *Sombrero* y *Sombrerito* y me detuve a almorzar en el *Ooma*. Esas diversas desembocaduras son boscosas, pero con bosques que crecen en arcilla y están compuestos de espinillos o de otros árboles muy tristes. Al llegar cerca de Ooma encontré un enorme caimán que dormía al sol, sobre un pequeño banco de arena; al aproximarme, se hundió en las aguas y desapareció. Por la noche, estando el Paraná siempre libre de islas en la orilla oriental, seguí los mismos acantilados, que me aburrían por la uniformidad de su composición geológica; eran siempre terrenos terciarios, sin ningún rastro de restos de cuerpos orgánicos. Después de pasar frente a la *Punta de la Barranquera*, llegué a la desembocadura del río Empedrado, donde me detuve, y establecí mi vivac sobre la pendiente del acantilado, debajo de un gran árbol. La noche fue muy fría; durante su mayor parte no pude dormir. Dos de esos grandes búhos americanos, o *ñacurutus* de los guaraníes, asombrados sin duda de ver a los hombres perturbar la tranquilidad de que gozaban en esos lugares y queriendo conocerlos, se colgaron del gran árbol, repitiendo durante una parte de la noche sus cantos uniformes: *¡Ñancurutu¡ tu... tu...*, prolongados de una manera lúgubre. No sabría expresar lo que había de imponente en esos acentos fuertemente articulados en medio del silencio más solemne. Cantaron así hasta el día, yéndose luego a ocultar en los bosques vecinos, y yo continué mi navegación.

En la desembocadura del Empedrado, por la orilla oriental, que siempre seguía y que quería seguir hasta La Bajada, se levantaban numerosas islas, se-

paradas de la tierra firme por una extensión bastante grande de agua. Esa ribera presenta acantilados arcillosos bajos, desprovistos de árboles, mostrando sólo una vasta llanura verdeante, limitada por pequeños montes de bosques diseminados. El gran número de pequeños senderos que conducían al río anunciaba que esa parte de la provincia estaba habitada. En efecto, vi algunos hombres a caballo, y algo más lejos me detuve para reconocer en la orilla la capilla del Empedrado, o mejor *Señor Hallado*, donde se reunían los numerosos estancieros o granjeros de los alrededores. La capilla, ubicada en medio de la campaña, es modesta y sencilla, tiene el techo cubierto de palmeras. Fue construida en 1826 por orden del gobernador don Pedro Ferré para servir de núcleo a la aldea proyectada. La campaña de los alrededores estaba animada. Veíanse, de tanto en tanto, casas aisladas en el campo. No me detuve mucho tiempo en esos lugares, y reembarcándome continué viajando a lo largo de costas bastante bajas, desprovistas de bosques, siempre en medio de numerosas islas. Llegué así al arroyo de Gonzales, donde la orilla se hace más arenosa y baja de golpe, hasta el lugar denominado *Puerto Canario*, distante catorce leguas de Corrientes. Hacia mediodía pasé a lo largo de un bosque de acacias espinillos, donde me detuve a preparar un enorme *jabirú*, que había matado en la playa. Al descender, mi perro me anunció la presencia del jaguar, y en efecto, huellas recientemente impresas en la arcilla denunciaban que un animal de esa especie acababa de recorrer los lugares. Seguí luego las mismas riberas bajas, teniendo siempre a mi derecha islas boscosas. Pasé frente al arroyo *Peguajó*, y a poca distancia, las islas, aproximándose al continente, forman un ancho canal, llamado *Riacho de San Lorenzo*. Las orillas son a tal punto bajas y pantanosas, que es imposible descender a tierra; el canal se estrecha cada vez más y al fin es muy angosto. La noche me obligó, empero, a detenerme en el primer lugar que encontré; era en medio de altas hierbas, morada habitual de los mosquitos; así éstos no tardaron en asaltarnos y a duras penas pudimos comer. Un plato nuevo para nosotros constituyó nuestra cena; era la carne del *jabirú* que había matado. La encontramos bastante buena, aunque algo dura. Pronto cayó el rocío, que hizo desaparecer a nuestros encarnizados huéspedes, pero fue tan fuerte que nos mojamos como si hubiera llovido. Quienes hayan viajado por los ríos de los países cálidos, sobre todo en otoño, han podido comprobar la gran humedad que cae por la noche, humedad tan pronunciada que un chaparrón no mojaría más. Hasta que el sol no la absorbe, se elevan de la superficie de los ríos nubes de vapor semejantes a la evaporación de agua en ebullición. Esa noche nuestro sueño no fue interrumpido por los cantos monótonos de los apacibles ñacurutus, pero sí por los rugidos del jaguar, incitado por una caza

que creía fácil. Empero, mi fiel perro nos previno de su acercamiento furtivo. La agitación de nuestro vigilante centinela nos dio más de un alerta; hasta mi gente se refugió en el barco, y como la falta de lugar no me permitía acostarme a mí allí también, quedé solo en tierra. Los rugidos se repitieron toda la noche. Mi feroz vecino me inquietó a menudo, pero era poco aguerrido, porque nunca se acercó a menos de cuarenta o cincuenta pasos. Cuando el perro ladraba furiosamente, se alejaba y se hacía oír desde más lejos; sólo entonces yo tenía menos temor. Lo espanté, además, con un tiro de fusil, negándome a aceptar la invitación reiterada de mi gente a que volviera al barco. Sabía, en efecto, que suponiendo a ese jaguar hambriento y ya habituado a comer carne humana, no estaría más seguro que encerrado en mi mosquitero de tela de algodón. Hubiera estado aún más tranquilo de haber tenido la certidumbre, adquirida más tarde, de que los jaguares sólo atacan los objetos que pueden ver, que un hombre cubierto nada tiene que temer y que, en los numerosos viajes por el interior de Bolivia, no se da un solo ejemplo de un hombre sorprendido en un mosquitero.

23 de abril

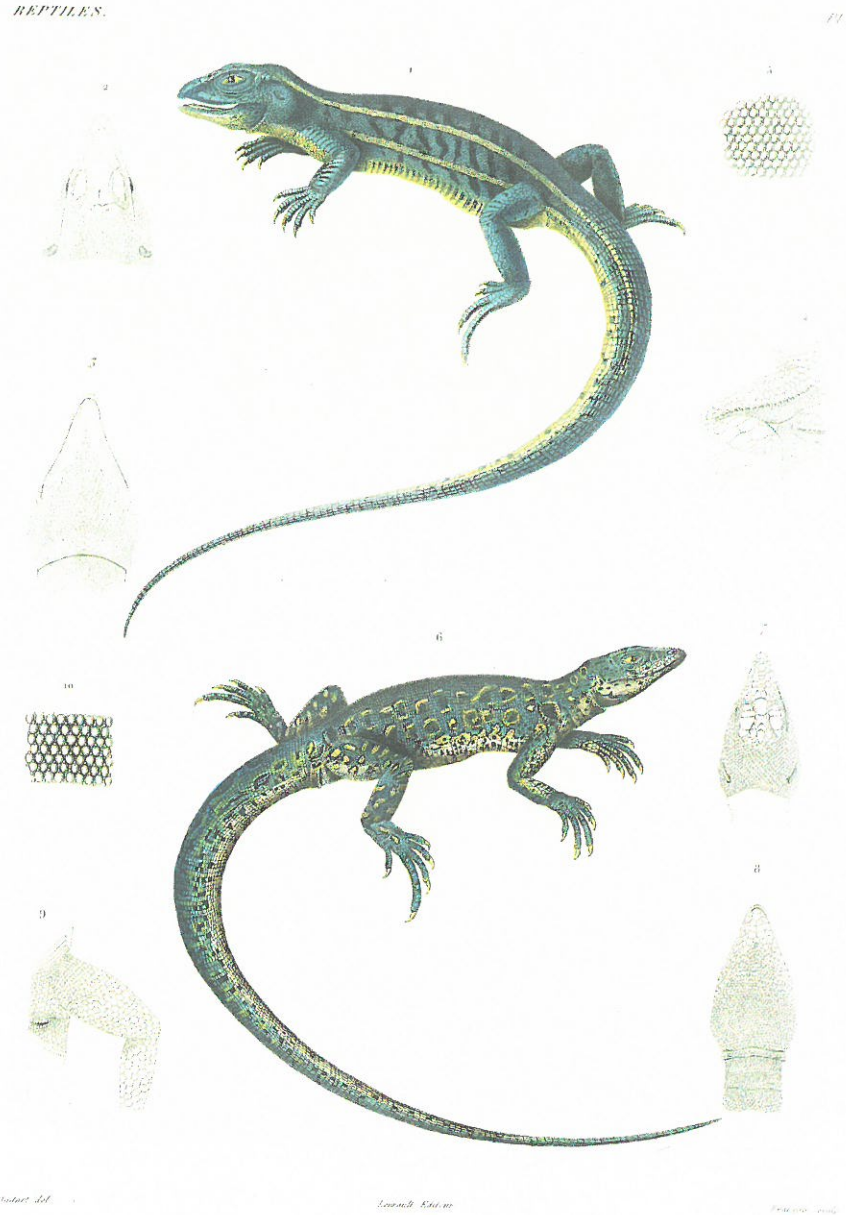
Levantamos el vivac antes de la salida del sol. Seguimos siempre el mismo brazo del Paraná, que se estrecha, sobre todo cerca de la desembocadura del San Lorenzo, que se pierde en él. Varias nutrias se balanceaban delante del barco, soplando con fuerza, como burlándose de nosotros, o bien saltando a cual mejor, una tras otra, como si estuvieran bailando. Un tiro de fusil puso punto final a sus juegos, sin que yo lograra resultado. Esos animales se sumergen y quedan en el fondo, heridos o muertos; de manera que siempre resulta imposible sorprenderlos así. El único medio de cazarlas es sorprenderlas en sus madrigueras, cerrándolas y cavando por debajo, para obligarlas a salir. Esa especie es mucho mayor que la nuestra. A poco más de una legua de la confluencia, el canal, después de estrecharse más y más, se ensancha de golpe. Las islas desaparecen y el Paraná se halla una vez más libre. La ribera es siempre baja, pantanosa, boscosa a intervalos y recién cambia de aspecto después de la aldea de *Bella Vista,* donde comienza a mostrar un acantilado arenoso muy elevado. Bella Vista es una hermosa aldea naciente, fundada en 1825 por don Pedro Ferré, sobre la misma orilla del Paraná. Envió, para aumentar la población, varias mujeres de mala vida, considerándola un lugar de deportación. El panorama es encantador y justifica, en todo, el nombre que se le ha dado. Desde la cumbre de un acantilado cubierto de verdura, se domina el majestuoso Paraná, cuya corriente se ve interrumpida por numerosas islas boscosas. Se divisa cualquier navío que vaya o venga de Corrientes. Los alrededores son arenosos, cubiertos de bos-

ques a intervalos, y la aldea, aunque sólo tenía tres años de existencia, se componía ya de más de cincuenta casas situadas alrededor de una plaza, en la cual uno de los lados era ocupado por una capilla. Allí se dirigen a caballo muchos pobladores de la campaña los domingos a oír misa. El puerto de la aldea está defendido de los golpes de viento por una serie de islas, y cuando la provincia se pueble, cuando el comercio tome vuelo, no cabe duda que se convertirá en uno de los principales mercados del interior. Está a treinta leguas de Corrientes por tierra; a siete leguas de San Roque; y a diez y ocho de Goya, el segundo puerto de la provincia. Fui recibido cordialmente por el comandante, pero no me quede más de una o dos horas. Volví a partir y seguí los acantilados elevados, de arcilla y arena mezcladas, que presentaban los aspectos más originales. El agua de lluvia caía perpendicularmente sobre la parte inclinada, y desgasta algunos lugares más que otros, irregularmente cortados, por intervalos, de pequeños cursos de agua, formando una gran cantidad de montículos cónicos, desgastados, como si estuvieran decrépitos, representando a veces torrecillas, un viejo castillo, iglesias góticas en ruinas, o bien, en grande, los restos de esas antiguas esculturas góticas medio borradas por la acción del tiempo, que exhiben las hermosas iglesias de Normandía. La imaginación novelesca podría ver de todo, encontrar de todo, en esa serie de acantilados, que siguieron desfilando el resto del día y que yo no podía dejar de admirar. En ninguna parte aparecen bosques; los acantilados están desnudos por todas partes, y sólo crecen numerosas gramíneas en la llanura que ellos dominan. Me detuve en una de las pequeñas ensenadas que forman, a fin de pasar la noche en una soledad completa, sin tener que temer a los jaguares. Sólo los numerosos sapos que allí residen hacían oír su grito semejante al choque de un pedazo de madera contra otro.

Al día siguiente, me puse en camino al despuntar la luz del día. Los mismos acantilados, sin ninguna diferencia, se presentaron a mi vista. El viento era impetuoso; el brazo del Paraná, que separa la tierra firme de las islas, era muy ancho; olas cortas, aunque altas, batían la costa y algunas de ellas arrojaban mucha agua en mi barquichuelo. El viento entraba violentamente en la cabaña de cuero que dominaba la embarcación y estuvo a punto, más de una vez, de sumergirla. ¿Qué hacer? No era posible detenerse a lo largo de esos acantilados, donde no se presentaba ningún abrigo; no quedaba otra alternativa que continuar la marcha, luchando contra el viento contrario que levantaba las olas. La punta *Ibaviyu* fue difícil de franquear, pero la llamada *Rubio*, frente al puesto del mismo nombre, nos presentó aún mayores dificultades. Estuvimos a punto de perecer en ese lugar; sin embargo logramos salvarnos

perdiendo uno de los cueros que cubrían la barca. Frente a esa punta, del otro lado del Paraná, hay un riacho que conduce a San Jerónimo, situado a cinco leguas hacia el interior, aldea india hoy en parte destruida. Casi de golpe la costa bajó mucho; las tierras se hicieron pantanosas; las islas se acercaron a las orillas y penetré en el brazo del Paraná que conduce a Goya y que debe a esa circunstancia el nombre de *Riacho de Goya*. Pasé frente a la confluencia del Río de Santa Lucía. La desembocadura es lo bastante ancha como para permitir a las embarcaciones de mediano tamaño remontar algunas leguas hacia arriba, cuando las aguas están bajas; y, en tiempo de las crecidas, no dudo que se pueda llegar hasta San Roque. Ese río está, entonces, bastante encajonado y bordeado de hermosos bosques en ambas riberas; el aspecto es aquí a tal punto diferente del que presenta cerca de Caacaty, que resulta difícil creer que se trata del mismo río.

El brazo mencionado se cierra mucho, así como el de Ambrosio. Tal disposición es común. Esos brazos comienzan por ser anchos del lado de la corriente y se estrechan de tal manera, cerca de la desembocadura, que, a menudo, sólo queda un canal que apenas da paso a una pequeña embarcación. Poco tiempo después llegué al puerto de Goya, donde me detuve; y, de inmediato, fui a visitar al comandante y al alcalde; este último, sobre todo, me hizo un recibimiento encantador. Era, a la vez, jefe de postas del lugar y me prometió caballos para un viaje que debía realizar al día siguiente. Uno de mis compatriotas, monsieur Périchon, casado, desde hacía mucho tiempo, en Corrientes, tenía una estancia a orillas del Batel, a doce leguas de Goya. Tuvo la amabilidad de conseguirme conchillas fluviales de ese río y del río Corrientes y me esperaba para recoger otras. El alcalde era su cuñado y a él me habían recomendado. Pasé el resto del día visitando Goya. Esta villa, porque Goya tiene el título de *villa*, fue fundada en 1807 por estancieros de los alrededores de Corrientes y del Río Batel. No era al principio más que un punto de reunión para oír misa los domingos y días de fiesta, porque el gobierno español no autorizaba más que un lugar de desembarco en toda la provincia. Goya no creció realmente hasta 1812, porque, esperando que las leyes provinciales se organizaran, ese lugar comenzó por servir de puerto a las mercaderías extranjeras y para la exportación de los numerosos productos de estas comarcas, lo que determinó que, en 1823, se le diera el título de ciudad (*ville*) y fuera el segundo puerto de la provincia. El comercio es allí tan libre como en Corrientes. Gran número de comerciantes se establecieron para embarcar los cueros del abundante ganado que hay en las márgenes de los tres grandes ríos vecinos, y debido a la concentración de los productos de los tabacales, en medio



1-5: *Ameiva caelestis*; 6-9: *Ameiva oculata*.

1: *Martinezia truncata*; 2: *Euterpe andicola*; 3: *Euterpe Haenkeana*.

de los bosques de palmeras yatais, que se extienden desde allí hasta Caacaty. Había entonces en Goya un comandante militar, un alcalde y un empleado de la aduana, y su importancia comercial, debido a su población, la convertía en el segundo puerto de la región. Goya está a cincuenta leguas de Corrientes y a veinte leguas de San Roque. Está situada a orillas de un brazo del Paraná, separado del curso propiamente dicho de este río por una isla, y comunicándose con él por medio de un canal natural, de manera que las embarcaciones que entran están al abrigo de los ventarrones. Las calles están bien alineadas. Las casas son bajas, de un solo piso y todas provistas de galerías interiores. La iglesia es pequeña y mal construida y ocupa por completo uno de los lados de una plaza, como en todas las poblaciones del país. Hay varios negocios atendidos por extranjeros e indios. Todo anuncia que Goya será muy importante por su comercio, siendo, por derecho, la salida de todos los productos de las regiones australes de este país, tan ricas en establecimientos donde se cría ganado.

Es muy probable que se haya pensado mucho antes en fundar Goya, pero la nación de los abipones, que ocupaba la parte del Gran Chaco situada enfrente, atacaba constantemente los establecimientos agrícolas de los alrededores y muchas veces destruía sus florecientes estancias y las esperanzas de sus propietarios, degollándolos a menudo. Goya sólo pudo existir después del aniquilamiento casi total de esa belicosa nación. Su último ataque tuvo lugar en 1820 ó 1821 y determinó su ruina completa. Fue perseguida y sus miembros masacrados sin piedad. He visto los últimos restos, consistentes en dos hombres y algunas mujeres, escapados de las guerras con los blancos y del furor de sus vecinos bocobis; son los únicos testimonios de su existencia. De creer a los primeros historiadores, muchas naciones, que existían en esas comarcas en la época de la Conquista, habrían desaparecido. No me cabe duda de que el número haya sido muy aumentado por la multiplicidad de nombres de cada una de sus tribus y por la diferencia de nombres que recibían de sus vecinos y de los españoles[1]; empero, es imposible dudar de que las naciones del Gran Chaco han disminuido mucho en número, debido a los combates que debieron sostener con los españoles, desde la Conquista hasta nuestros días; y no podrá dudarse de que varias naciones hayan desaparecido totalmente del territorio que habitaban. Me parece que la nación de los *abipones* sea parte de ellas, así como los belicosos *guaycurus*, aunque el nombre de esa horda subsiste aún y se emplea constantemente en la región.

---

1 En un trabajo aparte, trataré de colocar en su justo lugar las diversas afirmaciones acerca del número efectivo de naciones de las regiones que he recorrido.

El alcalde me invitó con mucha cordialidad a dormir en su casa y me fue imposible negarme, a pesar de los temores que tenía por mi barquichuelo. Pronto comprobé que mis aprensiones eran justificadas. Llovió mucho durante la noche; mi embarcación rompió amarras y mis gentes, dormidas dentro, fueron conducidas por la corriente hasta el Paraná, en medio del cual se despertaron y tuvieron gran trabajo para volver a la orilla, pudiendo sólo al día siguiente entrar en el puerto. Si hubieran dormido en tierra, yo habría perdido, tal vez en un solo instante, el fruto de tantos trabajos. Me salvé una vez más del desastre y de encontrarme con todos mis efectos mojados. Este accidente me trajo otro. Cansados de la mala noche y aburridos de la lluvia continua, mis gentes fueron a distraerse a una pulpería vecina. Cuando quise partir, encontré al piloto ebrio y furioso. Hasta me vi obligado a ponerlo preso para que no matara a nadie. En cuanto a mis dos marineros, tuve que dejarlos en tierra, al cuidado de mi joven correntino, en cuya probidad podía contar, y de dos guardias que el alcalde quiso poner a mi disposición, para vigilar mi barco durante mi ausencia. Todas estas medidas me llevaron una parte de la mañana. Eran las once cuando me puse en camino, y lo hice temblando, a pesar de las reiteradas promesas de las autoridades de la ciudad de vigilar especialmente mis intereses.

Me dieron un buen postillón y el mejor caballo de la posta, el mismo, según me aseguró el alcalde, que se reservaba para el gobernador, cuando pasaba por Goya. Era, en efecto, muy bueno y lo necesitaba, porque debía hacer un largo trayecto. Partí al galope y franqueé un pantano bastante ancho, llamado *Cañada*, a la orilla del cual mi guía me mostró un gran bosque frondoso, diciéndome: "Ese bosque no ha existido siempre en ese lugar. Estaba antes en la ribera del río Santa Lucía, pero el diablo lo ha transportado por la noche al lugar donde se ve ahora; por eso no nos atrevemos a acercarnos". Estas palabras me asombraron y debí hacérmelas repetir varias veces, antes de creerlas serias, pero mi buen hombre estaba a tal punto persuadido de lo que decía, que hasta parecía ofenderse de mis dudas. Fue lo mejor parecer convencido para quedar en buenas relaciones con él, y además, ¿cómo dudar de un hecho apoyado por el testimonio de todos los habitantes de Goya? Ese bosque, por otra parte, producía un efecto singular; era de forma circular y bordeaba solamente pantanos, circunscripto, en todos los otros puntos, por terrenos arenosos, cubiertos de palmeras yatais. Penetré en esas tierras, donde encontraría los mismos aspectos que vi entre San Roque y el Rincón de Luna. Los yatais estaban próximos los unos a los otros y formaban un bosque espeso, en el cual un pequeño sendero, apenas

25 de abril

marcado en la arena, serpenteaba, de mil maneras, en medio del bosque. Galopé así mucho tiempo, admirando la belleza de esos árboles, que terminé sin embargo por encontrar algo uniforme. Pequeñas fincas cultivadas se mostraban a intervalos, pero tan alejadas entre sí que parecían perdidas en medio del desierto. Mi guía parecía buscarlas, so pretexto de ir a pedir fuego para encender su cigarro.

Galopando así, estuvimos pronto bastante cerca del poblado de Santa Lucía, que se dibujaba a orillas del río del mismo nombre; tenía el aspecto más simple y creí que se parecía mucho al de Itaty, que he descrito detalladamente en otra ocasión. Fue fundado poco después que este último, hacia 1588 ó 1589. Fue, en un comienzo, una *encomienda* de indios. Parece, hoy, que la población se ha mezclado mucho y que hay pocos indios puros; es, por otra parte, el poblado de toda la provincia que más ha sufrido invasiones de los indios del Chaco, los cuales, después de haberlo destruido varias veces, le impidieron, hasta principios del siglo XIX, prosperar y aumentar. La fundación de Goya le hizo perder mucha importancia y le quita todos los días habitantes.

La rapidez de mi viaje me hizo perder de vista pronto a Santa Lucía, villorrio que desapareció para mí entre las palmeras que lo ocultaban, y continué así galopando hasta la noche, mientras hubo luz. Hasta entonces mi guía me hizo seguir una dirección bastante buena, aunque la lluvia, que caía a torrentes impedía a menudo ver claro para reconocer de lejos. Las casas se hacían mucho más raras, y sin embargo el terreno brindaba siempre un suelo apropiado para la agricultura, siempre arenoso, provisto, de tanto en tanto, de pequeños lagos, mucho más raros que en los alrededores de Caacaty. La noche, bastante oscura, nos hizo perder la ruta. Galopamos a la ventura tratando de descubrir una casa donde pudiéramos recoger informaciones; fue en vano. Nunca el campo había estado tan desierto y nunca, posiblemente, había estado tan impaciente por llegar, temiendo ir en una dirección equivocada y perder mucho tiempo. Mi guía no me inspiraba, empero, ningún temor, a pesar de su aspecto rudo, de los andrajos que lo cubrían y del gran cuchillo que cruzaba su cintura. Me había sido dado por el alcalde, y, por otra parte, creía en la buena fe de un correntino. Hacía ya mucho tiempo que caminábamos en silencio, a pesar de la oscuridad. Mi postillón respondía siempre a mis preguntas: "Vamos a llegar", y continuaba galopando, obligándome a seguirle, para no quedar retrasado. Eran ya las siete y media de la noche y no hallábamos ningún lugar habitado, cuando, al fin, una luz se hizo ver entre las palmeras. El guía avanzó en esa dirección y me confesó que nos habíamos perdido. En efecto, en la casa nos informaron que estábamos por lo menos a una legua y media del

punto donde quería llegar. No sabíamos cómo transportarnos; recurrí a la amabilidad que nos mostraron los ocupantes de la choza. Rogué al dueño de casa que nos acompañara hasta donde vivía el Sr. Périchon, ofreciéndome a indemnizarlo por su trabajo. Consintió, ensilló su caballo y partimos. Llegamos a la estancia solamente a las nueve de la noche; no vi despiertos más que a los perros, los cuales estuvieron a punto de devorarme; sin embargo, después de haber hecho mucho ruido, la gente se levantó y fui bien recibido. Me dieron, como todo lecho, un cuero, donde debí descansar de un galope de más de quince leguas, realizado en su mayor parte en la oscuridad, por caminos desconocidos, donde debía frenar al caballo con fuerza, porque se espantaba con cualquier cosa. El ruido del viento sobre las hojas secas de las palmeras, la aproximación de un hormiguero rojo, que tanto espantan a los caballos que tenían tendencia a confundirlos con jaguares, cuyo color tienen, todo lo asustaba y hacía el viaje más penoso.

Dormí poco. Estaba demasiado fatigado y, además, sentía un vivo deseo de ver las conchillas del río vecino; por eso, al apuntar el día, fui a buscar al propietario de la casa, quien me mostró varias especies, lo que me hizo desear buscarlas por mí mismo. Se ensillaron los caballos, y acompañado del Sr. Périchon y su capataz, partí hacia las orillas del Batel, poco distantes de la casa. Este río estaba entonces muy encajonado en un lecho bastante profundo y se parecía poco a los esteros o planicies de juncos que forma en Rincón de Luna, estando las aguas bajas, el lecho arenoso y en parte seco. Pude realizar una amplia cosecha de conchillas, que, con las que ya poseía, formaban una hermosa colección de almejas y anodontes de esa región. Me paseé mucho tiempo por las costas del Batel, donde las palmeras eran reemplazadas por esparcidos espinillos y algunos montes aislados, aquí y allí, entre los extensos prados, donde numerosos animales pacían tranquilamente. Me vi forzado a admirarlos, para complacer al estanciero, y después de una carrera de algunas leguas, regresé a la casa, vasta y distribuida, más o menos, como la del Rincón de Luna[2]. Se me ofreció de comer, sin pan, un pedazo de carne asada delante del fuego, de acuerdo al uso de la región; luego me dispuse a regresar a Goya, donde tenía interés en llegar cuanto antes, a causa de mi barco. Embalé mis conchillas de la manera que me pareció más apropiada para hacerles soportar un galope de doce leguas y me puse en camino. Atravesé los bosques de palmeras y estuve de regreso muy temprano en Goya, después de un trayecto de más de treinta leguas del país, en algo más de veinticuatro horas. Mi caballo tenía el galope algo duro, aunque muy vigoroso y casi infatigable; y si yo estaba fatigado, él no lo estaba mucho menos que yo. Se lo dejó en el campo después de mi llegada, para

2 Véase cap. VII.

que tomara descanso donde mejor le pareciera, como se practica habitualmente en el país.

Estaba impaciente por volver a ver mi embarcación; todo lo encontré en buen estado. La noche había calmado al piloto; mis gentes habían reflexionado; estaba todo, pues, en orden.

Arreglé mis cosas de manera de partir al día siguiente, 27, por la mañana, del puerto de Goya, para continuar mi viaje. Como mi fama de médico había pasado de San Roque a Goya, me vi obligado a visitar a varios enfermos abandonados para su cura a la naturaleza; les di algunos remedios, que fueron recibidos con agradecimiento. Pude escapar a las once de la mañana y solté amarras. Las tierras que seguí nada tenían de atrayente; primero navegué entre islas y tierra firme; luego el Paraná se hizo libre y entré después en otro brazo, llamado, a causa del rodeo que obligaba a hacer, *Vuelta de yagua rahi*. Pasé también por el de Caraguatai. Los terrenos eran constantemente bajos y en parte inundados, y me sentí muy feliz de poderme detener, por la noche, en un banco de arena, donde crecían muchos arbolitos; era una isla naciente.

27 de abril

Todos los años, las crecidas del río traen algún cambio en la forma y en el número de islas: algunas desaparecen y otras surgen del seno de las aguas. Los numerosos bancos de arena, que cortan el curso del Paraná, cambian, a cada instante, de forma y de lugar; algunos crecen de tal manera y toman tal dirección que atajan los restos de los vegetales que arrastra continuamente el río. Los troncos podridos, los árboles que desarraigados por los grandes derrumbes de las orillas y sobre todo esos grandes montones de plantas acuáticas, llamados *camalotes*, que conduce la rapidez de las aguas, como otras tantas islas flotantes, se fijan en esos bancos. Mientras estos son solamente de arena, no se cubren de vegetación; pero, cuando ese conjunto de troncos y los camalotes son atajados, gran cantidad de arcilla mezclada de arena se fija algo más abajo. Es la condición necesaria para la formación de una isla, porque en seguida las semillas flotantes de los alisos, especie arborescente de planta de la familia de las compuestas, que cubren las islas, se pegan a esa mezcla de arena y arcilla, y se quedan allí incluso cuando las aguas del río bajan. Germinan de inmediato y el mismo año hay ya arbustos pertenecientes a esa misma especie de plantas, que tienen hasta tres o cuatro pies de altura sobre el suelo, apretados unos a otros; al año siguiente, durante las crecidas, los troncos de árboles que se hallan en la cabeza de los bancos continúan atajando todavía a los que pasan; el agua no puede arrastrar la arena retenida entre las numerosas ramas de alisos y ese mismo tejido cerrado ataja con toda facilidad esa enorme cantidad de blo-

ques terrosos transportados por el río. El nuevo terreno se eleva por lo general uno o dos pies, de manera que el suelo llega a envolver, a veces, más de la mitad de la altura del tronco de esa primera planta. Durante el segundo año no crecen aún otras especies. Los arbolitos toman más vigor y alcanzan hasta seis o diez pies de alto, mientras las aguas permanecen bajas. Desde entonces, la isla queda consolidada, y resistirá, en lo sucesivo, a las crecidas. Al tercer año el suelo se levanta aún más; gran cantidad de semillas de sauces germinan en medio de los alisos y se diferencian de ellos por su follaje verde tierno, que contrasta con las hojas glaucas de estos últimos. Los sauces nuevos crecen algo más de una pulgada, protegidos por los alisos, que empiezan, entonces, a desarrollarse, hasta alcanzar veinte pies de alto, su mayor talla. Durante los años siguientes, los sauces crecen vigorosamente, superando y sofocando a los alisos, que desaparecen poco a poco, y son, más tarde, enteramente reemplazados por aquéllos. Si quedan todavía algunas de esas primeras plantas en la tierra, sólo están en los contornos de la isla o principalmente en los nuevos terrenos formados más abajo que los primeros. Los sauces dominan en todas partes sobre el terreno que crece poco a poco, se desarrollan rápidamente y se mezclan a gran cantidad de plantas trepadoras que se enrollan y enlazan mil veces alrededor de su tronco, hasta llegar a la copa. Al cabo de algunos años, cuando la isla está lo suficiente alta como para no ser inundada más que en época de las grandes crecientes, varias otras especies de árboles se unen a los sauces, que han reemplazado por completo a los alisos. Los *laureles*, laureles blancos, son los primeros; luego, los timbós, el *palo de leche*, la *juga*, etc.; todos grandes árboles, que, al tomar posesión del terreno, hacen, a su vez, desaparecer a sus predecesores y se convierten en los últimos habitantes de ese suelo, en el cual no son reemplazados. Así, los bancos de arena, formados originariamente por algunos troncos de árboles, cambian tres veces de vegetación, de acuerdo a su altura sobre las aguas. Los alisos, sus únicos propietarios durante los dos primeros años, son poco a poco reemplazados por los sauces, a los cuales, en el quinto o sexto año, han expulsado del todo, viéndose a su vez, en el décimo año, expulsados por una vegetación menos efímera. Tal playa se convierte así en un bosque tupido, hasta que un nuevo banco de arena cambia la dirección de las corrientes, cuya violencia socava y arrastra, poco a poco, a las aguas, a esas islas, desarraigando los árboles, que van, más lejos, a servir de base a nuevas concentraciones de tierra.

Había tenido oportunidad de examinar frecuentemente la formación de las islas; había visto siempre sucederse las vegetaciones, y ese paso alternado de las especies me había impresionado a menudo. En efecto, había notado que los sauces tiernos tienen necesidad de crecer a la sombra, y sobre todo de ser

protegidos contra la fuerza de las correntadas, por los troncos de alisos apretados unos contra otros; había notado también que la espesura de las plantas trepadoras, mezclada con los troncos de los sauces, no era menos necesaria para el crecimiento de los otros árboles. Tales observaciones, efectuadas con atención en las numerosas islas del Paraná, se confirmaron, cuando pude ver una sucesión de vegetales aún más contrapuestos en los terrenos aluviales de los numerosos ríos de la provincia de Moxos en Bolivia, donde se me presentará la oportunidad de hablar extensamente de esas revoluciones vegetales. Las islas de aluvión del Paraná, todas muy bajas, se inundan en época de crecientes; muchas permanecen bajo las aguas una parte del año, lo que impide utilizarlas para el cultivo o para la cría de ganado. Su terreno es una sucesión alternada de capas arenosas, terrosas y detritus de plantas. Terminan siempre por cubrirse de capas fangosas, lo que es fácil de explicar, puesto que cuanto más alto es el suelo, menos pueden llegar las arenas, obligándoles su peso a ocupar las capas de agua más profundas, mientras que las partículas de tierra se mezclan con el agua hasta en la superficie. Constituye un curioso accidente de esas islas tener, por lo general, en su centro, cuando son grandes, una o varias lagunas rodeadas de plantas acuáticas y de gran número de pájaros de río que se reúnen en la estación de la sequía.

En general, todas las islas son mucho más pintorescas de lejos que de cerca; vistas de cierta distancia, presentan un aspecto alegre y variado, de acuerdo con la vegetación de que estén cubiertas. Si apenas están por nacer o formadas de alisos, se ve en ellas un uniforme tinte azulado; o bien, en la estación de las flores, las copas de cada arbusto se cubren de hermosos ramilletes de flores blanquecinas o rosadas, pronto convertidas en semillas que, transportadas por los vientos a la superficie de las aguas, van a dar a terrenos bajos, donde producen una nueva vegetación. Entonces los troncos son tan apretados que sólo es posible penetrar derribando esos arbustos; si, por el contrario, las plantaciones son más antiguas y se mezclan los sauces, se ve ese conjunto del color glauco y verde tierno que ya he señalado; ya no son abordables, porque la enramada es más tupida. Si se componen enteramente de sauces de todas las edades, presentan ese color verde tierno que se ve en Europa sólo en primavera y los troncos están envueltos en convólvulos, que caen en verdes guirnaldas esmaltadas de hermosas flores blancas o de colores variados; pero si intentamos introducirnos bajo esas bóvedas de verdor, nos vemos detenidos, desde los primeros pasos, como por una red de pescar. Millares de ligaduras impiden avanzar, y después de fatigarse en vanos esfuerzos el viajero se ve obligado a seguir las orillas exteriores de esas islas, sin tratar de penetrar en su

centro, a menos de tener el hacha en la mano o, mejor todavía, el cuchillo de caza. En fin, si las islas, por la gran variedad de vegetación que las cubre, se asemejan a la tierra firme, es sin duda más fácil entrar en ellas; sin embargo, los troncos de sauces muertos están tumbados por todas partes y se cruzan de mil maneras sobre el suelo, en medio de una mezcolanza de plantas enredadas en todo sentido y de muchas espinas, que detienen a cada paso. Las riberas de estas islas están defendidas por numerosos grupos de mimosas de hojas sensibles o sensitivas, de cinco a seis pies de altura, fuertes tallos, cubiertas de espinas ganchudas, que terminan en manojos de flores rosadas, que invitan a acercarse; pero, semejantes a las islas que protegen, desgarran sin piedad al imprudente que se les aproxima. Cuando las islas son muy viejas, se desembarazan paulatinamente de los troncos de sauces y de las plantas parásitas; sus bosques forman montecillos que circundan las lagunas del interior, y es posible penetrar y recorrerlas, porque son tanto más abordables cuanto más antiguas, y los terrenos, que se elevan todos los años, terminan por ser lo suficiente altos como para ser muy raramente inundados.

El 28 abandoné, muy temprano, el banco de arena y reinicié la navegación. La costa era siempre baja, casi unida en todas partes o presentando, en las orillas, extensos pantanos. A menudo pasaba por pequeños brazos que la separan de islas más o menos grandes. Costeé la isla de *Quirquincho* (del tatú) y me detuve un momento en el lugar denominado *Costa del Talar*, a causa del gran número de arbustos talas que constituyen una parte de su vegetación. A duras penas hallé un sitio para ubicar nuestra cocina; era un montón de árboles muertos arrastrados por la corriente, en medio de bosques formados de espinosos talas y laureles. Cuando reinicié mi viaje, continué hasta la noche bordeando riberas también tristes y poco abordables. Franqueé la *Costa de Cordillate* y la dificultad de atracar era tal que no supimos dónde detenernos, cuando llegó la noche y que apenas nos fue posible poner pie en tierra en medio de árboles muertos y espinas, en un terreno muy pantanoso, donde millares de mosquitos no nos dieron un instante de reposo. Había tantos que el ruido argentino de su vuelo nos aturdía y que no era posible abrir la boca sin tragar gran número.

28 de abril

El 29 bordeé las mismas costas bajas hasta la entrada del *Riacho de la Esquina*, llamado así porque conduce a la población de ese nombre; es un brazo del Paraná que está separado de la desembocadura del río Corrientes por una gran isla. Ese río desemboca en un canal considerado siempre como parte del curso del río, aunque recibe aguas del mismo por el brazo de la Esquina. Así corre unas diez a doce leguas, antes de unirse al Paraná. Llegué a Esquina,

29 de abril

agradablemente situada en el sitio donde el río Corrientes se mezcla al brazo que acababa de dejar. El río es allí ancho y anuncia que podría ser navegable hasta una cierta distancia de su desembocadura, sobre todo en tiempos de crecidas del Paraná, cuando los pantanos están más cubiertos de agua. El río Batel ya está unido a ese río y forma uno solo con él. Esos cursos de agua se diferencian mucho por su aspecto de aquellos que surcan un terreno fuertemente ondulado. Allí, los lechos están bien marcados, las corrientes son rápidas, las costas alegres y variadas, animadas de laderas boscosas, en condiciones de ser habitadas en todas partes, mientras los ríos, que riegan una comarca enteramente llana uniforme, marchan con lentitud, mezclados a menudo con los pantanos ribereños y cubriendo a veces una extensión muy grande, sin que parezcan tener un curso verdadero. Sus márgenes están en parte inundadas, son poco abordables, poco capaces de sostener estancias debido a las inundaciones en la estación de las lluvias y presentando siempre un aspecto triste y salvaje, jamás agradable a la vista. Era la primera vez que veía ese río, que tiene su fuente en la laguna de Iberá y, como los otros, cruza diagonalmente la provincia, de noreste o suroeste.

La aldea de *Santa Rita de la Esquina* está ubicada en lo alto de un acantilado arenoso bastante elevado, de donde domina, de un lado, el río Corrientes, y del otro, las islas del Paraná; es, con *Curuzú Cuatiá*, la aldea más meridional de la provincia. Esquina es, sobre la costa del Paraná, el último punto habitado de Corrientes; es una aldea muy bonita, compuesta de más de veinte casas, de las cuales la mayoría permanecen abandonadas durante la semana, porque pertenecen a estancieros de los alrededores. Esas chozas, porque tales moradas no merecen el título de casas, están alrededor de una plazoleta; una de ellas es una pulpería, donde se venden bebidas. Creí notar, en las maneras poco amables de los habitantes, que allí comenzaban a cambiar las costumbres. No había esa sincera hospitalidad del norte, sino esa insolencia y ese odio inveterado a los extranjeros que existen en la provincia de Entre Ríos, donde iba a entrar. ¡Qué contraste de usos y costumbres!... Ya había visto en Goya algunos aspectos de esa transición, más marcada todavía en Esquina, que está a setenta y dos leguas de Corrientes y a cincuenta de La Bajada.

El acantilado escarpado, que comienza en Esquina, continúa muy adentro en el brazo del Paraná mezclado con el río Corrientes, al cual yo iba a seguir; a la izquierda, los terrenos siempre son elevados, y los de la derecha están compuestos de islas bajas, siempre boscosas. Partí, siguiendo el mismo canal; me detuve a corta distancia de Esquina, me puse a recorrer el campo, recogiendo muchos insectos y continuando mi camino, en medio de ese ca-

nal, que se obstruía más y más. Las aguas cubrían grandes pantanos, de tal manera que impedían ver el verdadero camino. El piloto se equivocó y me hizo entrar en una laguna sin salida, de donde me vi obligado a retroceder, lo que retardó mucho el viaje. Numerosas nutrias, que salían de la maleza, jugaban bajo nuestros ojos, soplando con fuerza, como lo hacen habitualmente; bandas de conejillos nadaban delante nuestro, ocultando todo su cuerpo y mostrando solamente su hocico fuera del agua. No me fue posible matar nutrias; fui más afortunado con los conejillos; descubrí uno en tierra, sin que él me viera, lo maté, me apoderé de él, lo traje al barco y continué la marcha. Algunos otros se presentaron lanzando un ligero grito (especie de ladrido), antes de arrojarse al agua, unos tras otros, y de reaparecer a la distancia. Me detuve, para pasar la noche, a la orilla izquierda, en un sitio donde había un campo cultivado, cubierto de calabazas; era el primer campo que veía a orillas del río, desde mi partida de Corrientes. La tierra era tan buena que todo estaba cubierto de una abundante cosecha. Tuve trabajo en impedir que mis gentes metieran mano. La sustracción de frutas nunca es considerada robo en la América del Sur; por eso carecen las gentes de escrúpulos. Casi me vi obligado a hacer de centinela para impedir el saqueo del campo. Mientras me paseaba por la orilla, encontré, a veinte o treinta pasos de la ribera, en un lugar bastante elevado sobre el agua, una tortuga de río, ocupada en su puesta. Esa pobre bestia había previamente cavado, sin duda por medio de su largo cuello, una madriguera de seis a ocho pulgadas de profundidad, más ancha en el interior que en la entrada y en la cual ponía sus huevos todos los días. La dominamos fácilmente y hallamos en su agujero ocho a diez huevos blancos casi esféricos. El animal no había depositado aún todos sus huevos, porque en el barco, donde lo llevé, puso tres o cuatro más. En los lugares de los alrededores donde la hierba era alta y donde yo veía la tierra recién removida, busqué nuevos nidos y hallé otros dos, conteniendo cada uno de diez a quince huevos. Parece que, una vez que la tortuga ha terminado de poner sus huevos, recubre de tierra el agujero y lo abandona. Los huevos se rompen y las tortuguitas ganan las aguas, donde crecen rápidamente. Los marineros querían comer esos huevos; yo los gusté también, pero los hallé sin sabor y llenos de pequeñas partículas calcáreas.

Pelé el conejillo muerto y deseaba comerlo... De inmediato, el joven correntino y el piloto se opusieron; pretendían que el olor desagradable de los *tobas* y otras naciones del Chaco proviene de que comen conejillos de Indias y, por tal razón, nadie quiere probarlos en la provincia de Corrientes. Me dijeron también que a fin de hacer pasable esa carne, los indios payaguas del Paraguay la asan primero, hasta que queda me-

Río Corrientes

dio cocida; luego la introducen en agua y la golpean, para hacer salir la sangre y desaparecer el mal gusto. No tuve en cuenta esas objeciones y la carne me pareció deliciosa. Mis remeros franceses eran de mi opinión; con gran trabajo logré que el joven la probara y la halló un poco del olor del almizcle. Me pareció, en efecto, que tenía una fragancia particular, pero buena, y que siempre me la ha hecho buscar como un excelente alimento; no sé qué ha podido desacreditarla entre los españoles de esas comarcas y motivar la cocción previa de los payaguas. De todos modos, los indios de todas las naciones americanas que habitan los terrenos pantanosos, patria de los conejillos, no temen comerlos y se muestran, al contrario, muy golosos de ellos. Es uno de los tantos prejuicios de los criollos de esas comarcas, los cuales, respecto a los alimentos, tienen muchos. Gustan de la carne de vaca y la mandioca, pero cualquier otro alimento es considerado, por ellos, malo y lo dejan solamente para los indios. Es cierto que el ganado abunda a tal punto que pueden, sin muchos inconvenientes, despreciar la caza que hace las delicias del cazador americano.

Establecí mi vivac sobre la orilla y toda mi gente se acostó en el barco; mi fiel perro permaneció solo conmigo, y mi mosquitero debía producir un curioso efecto en medio de un campo descubierto y de un prado verdeante. La noche estaba muy tranquila; un hermoso claro de luna alumbraba los alrededores. Debo confesar que era feliz de hallarme en medio de esa naturaleza salvaje. Al lejano canto del ñacurutú se agregaba el croar de una multitud de sapitos o ranas, que parecía el sonido de numerosas campanillas o de grandes cascabeles repicando a la vez diversos tonos. Oía esos ruidos discordantes, cuando, hacia la medianoche, percibí, a lo lejos, el paso de caballos. Reconocí que se trataba de muchas personas, y el ruido de sables me reveló que eran hombres armados. En esos lugares alejados de toda morada esa llegada me sorprendió, y debo confesar que tuve miedo por un momento; pronto reconocí que eran tres hombres, de los cuales dos estaban armados. Estos no se asombraron menos de ver, en esos campos tan raramente frecuentados, un cuadrado largo y blanco, colocado sobre el pasto. Hicieron alto para hablar entre sí sobre el encuentro. Los miré también e incluso armé mi fusil, con el cual siempre me acostaba, por si se tratara de malhechores. Los recién llegados, después de una larga conversación, se detuvieron, ataron sus caballos y entraron en el campo. Creí entonces que era el propietario del lugar, pero la hora resultaba poco propicia para visitarlo. Me puse en guardia. Los ladridos de mi perro despertaron finalmente a mi gente, los cuales aparecieron en la ribera. Esos hombres, empero, no llegaron hasta donde estábamos; se pasearon algún tiempo, montaron de nuevo a caballo y desaparecieron. Sorprendido por ese paseo nocturno, continué, por

prudencia, tomando precauciones hasta el día siguiente en que reconocí que eran superfluas. El dueño del campo, porque lo era efectivamente, como lo había pensado, mi visitante nocturno, volvió al apuntar el día. Me enteré de que había venido a buscar fruta durante la noche, con el fin de dársela a comer a soldados que iban de La Bajada a Corrientes; por lo demás, se mostró muy cordial conmigo. Le adquirí las calabazas que mi gente codiciaba y nos separamos mutuamente satisfechos. Ese hombre me previno que pronto llegaríamos al río Guayquiraró, que sirve de límite meridional a la provincia de Corrientes. Iba, pues, a abandonar para siempre esa comarca hospitalaria; confieso que lo lamenté, y que, más tarde, siempre la he recordado con renovado placer. Poco tiempo más tarde, siguiendo el mismo canal, separado del Paraná por terrenos bajos, cubiertos de árboles, llegué a la desembocadura del Guayquiraró, que tiene su fuente en medio de las llanuras. Es un pequeñito riacho, que no tiene más ancho en su desembocadura que el Riachuelo cerca de Corrientes. Me detuve algunos instantes antes de entrar en otra provincia, dando mi último adiós a aquella que me había acogido durante más de un año, sin que tuviera nunca que quejarme un solo instante de sus habitantes.

Provincia de Entre Ríos

El 30 de abril, habiendo pasado a la orilla opuesta del río Guayquiraró, me hallé en la provincia de Entre Ríos, llamada así porque está comprendida entre el Paraná, al oeste, y el Uruguay, al este. Seguí siempre el mismo canal, a orillas del cual maté muchos rascones gigantes, de aspecto alegre, cuyos gritos me aturdieron por momentos. Las orillas seguían inundadas. Me detuve hacia el mediodía para almorzar. El sitio por donde descendimos estaba cubierto en todas partes de rastros recientes de pasos de jaguares y conejillos, habiendo, sin duda, estos últimos atraído a aquellos sanguinarios animales. El piloto me hizo notar que las orillas de ciertas partes de ese brazo estaban cubiertas de una especie de zarzaparrilla, y se entabló un largo discurso respecto a las curas que operan diariamente las aguas del Paraná en los enfermos que salen de Buenos Aires y remontan el río. Es, a lo que parece, una idea generalizada en América, que las aguas de ciertos ríos son más o menos saludables, según las plantas que bañan. Es así que los indios de las costas del Mamoré en Bolivia pretenden curarse bebiendo esas aguas. El Sr. Humboldt ha encontrado las mismas condiciones

30 de abril

en los alrededores de Caracas[3], en Colombia, y ellas están extendidas por todas partes. Las aguas del río Guayquiraró me parecen tener un gusto bien distinto de las del Paraná, a las cuales prefiero mucho. Las del río Corrientes surgen de vastos pantanos y recorren, luego, una extensión demasiado grande de lagunas como para ser buenas, a pesar de su paso momentáneo por la zarzaparrilla. Cuando las surqué por primera vez les hallé un sabor agradable, aunque con algo de almizcle. He hallado ese mismo olor en los ríos de las llanuras, solamente en las partes cálidas, y he podido comprobar, verdad de lo que aseguran los indios, de que se debe al gran número de caimanes que las habitan y les comunican aquella característica. No lo he sentido jamás en las aguas de las partes frías, sin creer, por lo demás, que su paso sobre las raíces de plantas pueda influir mucho en su salubridad, ni que el olor del almizcle pueda darle un mal gusto. De cualquier manera, me ha sido demostrado que los ríos de América, a pesar de pasar sus aguas por pantanos, a pesar del gran número de peces muertos que arrastran sus corrientes, contienen muchas menos porciones deletéreas que nuestros ríos de Europa, que reciben todos los desperdicios de las ciudades que atraviesan, así como todos los residuos de las preparaciones químicas que se emplean en las manufacturas. El viajero es dichoso al encontrar aguas mas sanas, porque no es fácil corregirlas por medio de su mezcla con licores espirituosos y menos todavía purificarlas por medio de filtros.

Un terrible viento se levantó. No podíamos permanecer en el lugar donde habíamos desembarcado, tanto a causa del fango y de la humedad del terreno, como debido a la gran cantidad de rastros de jaguares, que hacían sospechosa la localidad. Partí de nuevo sólo para buscar más abajo, en el canal, un albergue mejor. Luchamos corajudamente contra el viento sur, que soplaba con fuerza extraordinaria; varias veces la embarcación estuvo a punto de zozobrar. Terrenos llanos e inundados aparecían a cada lado, amortiguando algo la violencia del viento. Las tierras bajas del continente estaban cubiertas de aves acuáticas. Al desembarcar hice fuego contra una cigüeña *baguarí*; luego, avancé por esos pantanos, para aproximarme a las innumerables bandadas de pájaros que veía de lejos. Entré con el agua hasta las rodillas y marché, agachándome, bajo el vuelo de esos pájaros. Era un suelo muy chato, sobre el cual gran número de peces habían sido arrastrados por el río, pero las aguas, al retirarse insensiblemente, dejaron en el lugar muchos peces, de la especie denominada *sábalo*, unos muertos, tirados sobre la hierba, y los otros todavía vivos, detenidos por centenares en lugares algo más profundos. Allí, millares de aves

3 *Voyage aux régiones équinoxiales*, t. 4, p. 180.

ictiófagas, atraídas por ese alimento fácil de alcanzar, se habían reunido, y presentaban una curiosa mezcla de colores; los acacalotes blancos, de alas negras, las blancas garzas, la rosada espátula, se habían reunido y cubrían una vasta superficie del suelo. Sólo existen tantas aves en medio de los vastos desiertos. Nuestros países civilizados no les ofrecen suficiente alimento. Me acerqué a la bandada, demasiado ocupada para verme; apunté e hice fuego en dirección al medio. La bandada voló ruidosamente, lanzando diversos chillidos, y vi el lugar cubierto de muertos y heridos; fue un buen tiro de fusil para un cazador. Quedaron tendidas dos cigüeñas, dos acacalotes, tres espátulas rosadas y tres garzas. A duras penas, pude transportar lo que había matado, y sólo doblándome bajo el peso pude llegar hasta el barco. Nubes de aves volaban de todas partes manteniéndose a la distancia y aguardando mi partida para volver a buscar alimento. De regreso a la embarcación, el piloto quiso detenerse algo más. Preferí pasar de largo que permanecer en el agua más tiempo.

El cansancio de remar contra la violencia del viento había indispuesto a mi tripulación, y cuando le intimé la orden de ir más lejos, lo hicieron de muy mala gana. Una hora más tarde, a fuerza de remar, llegamos a un terreno menos inundado, a la orilla misma de los pantanos. Por la noche, no apareció ningún mosquito; el excesivo viento los alejaba o les impedía salir sea de los bosques, sea de las altas hierbas, donde siempre se ocultan. El viento sur, sobre todo, pone, en todo el hemisferio sur, obstáculos a su aparición, más por el frío que trae que por su violencia, porque el viento fuerte del norte no impide que los mosquitos vuelen al abrigo de los bosques y piquen cruelmente. Yo había estado mojado todo el día, y por la noche sentía tanto frío que temblaba, hecho que me indicaba la proximidad del invierno que avanzaba hacia el sur. No se oía el canto de ningún pájaro terrestre; el viento sur los había obligado a refugiarse dentro de los bosques, mientras que estaban despiertas muchas aves acuáticas o de río, que se disputaban los alimentos, en medio de los pantanos que acabábamos de costear. Esa mezcla de diversos sonidos producía una extravagante cacofonía, que resultaba de los silbidos de los ánades de toda especie, del canto de los rascones, de la especie de ladrido de las garzas, que retumbaba, a intervalos, en medio de los roncos acentos de las diversas garzas reales, de las cigüeñas, de los acacalotes, de los ibis, de las espátulas y de los jabirús. La estación de los fríos comenzaba a avisar a las aves de las regiones meridionales para sustraerse a los rigores de su clima y ya, aunque en bandadas separadas, se veía a todos, guiados por el mismo instinto, alejarse de las inmensas llanuras del sur de Buenos Aires. Es necesario haber visto esas numerosas concentraciones de aves para tener una idea cabal de ellas; es necesario haber

pasado una noche entre ellos para imaginar la batahola que hacen, sea peleando entre ellas, sea con sus chillidos habituales, sea por el llamado característico de cada especie para reunirse con los suyos. Tuve realmente el placer de contemplar esa parte de la creación aún animada, cuando el resto estaba sumido en el sueño. "El gozo que experimento –me decía–, tratando de distinguir el canto característico de cada especie, es y será, por así decirlo, siempre desconocido a los habitantes de las ciudades, que se creerían tal vez muy desdichados de tener que pasar una noche al aire libre, en medio de una naturaleza tan salvaje".

El 1 de mayo, al apuntar el día, me puse en camino. El brazo en el cual estaba se extendía de golpe y doblaba su anchura, al unirse con otro llamado *Riacho del Espinillo*, a causa de la gran cantidad de acacias de esa especie que cubren las orillas de los pantanos de la costa firme. Lo seguí y vi muchos conejillos y grandes ciervos, aunque inútilmente, porque la humedad de la noche había puesto mis armas en mal estado. Pasé frente a un lugar llamado *Curuzú Chali*, donde el piloto me señaló algunas cruces de madera, indicando la sepultura de varias víctimas de los jaguares; habló extensamente del gran número de jaguares que hay en esos lugares. Me detuve, algo más lejos, en un sitio donde las orillas bastante altas permiten descender fácilmente a tierra y recorrer un terreno seco. El brazo del Paraná se había alargado a tal punto que en su mayor anchura, del lado donde yo me hallaba, las islas se alejaban, más y más, de la costa. Recorría esos alrededores, cuando vi en la playa una bandada de lo más numerosa de ánades de la especie llamada *specutirí*; estaban en la arena. Creí poder sorprenderlos, y en efecto, avanzando por detrás de los árboles, me acerqué lo suficiente como para dispararlos provechosamente, mientras estaban posados, preparando el segundo para el instante en que volaran. Los ánades no me veían y, realmente, sería difícil reflejar mi agitación; es necesario ser cazador para contener la emoción que se experimenta cuando un tiro calculado está a punto de dar en el blanco. Lancé mis dos tiros como lo había proyectado; la playa y la orilla de las aguas quedaron cubiertas de ánades. Levanté veintisiete, lo que podrá parecer asombroso, si no hubieran estado colocados sobre la playa, donde cada grano de plomo debía rebotar en la arena y podía ser doblemente mortífero; fue el más brillante tiro de fusil que he logrado en mi vida; pero no debe considerarse extraordinario... He visto a menudo tiros más brillantes todavía, logrados en el invierno por los cazadores en los pantanos de los alrededores de Buenos Aires.

1 de mayo

Me alejé de esos lugares a las tres; seguí costeando hasta la noche. La ribera se iba elevando poco a poco, dando nacimiento a los altos acantilados característicos de la provincia de Entre Ríos. Esos terrenos estaban cubiertos

de acacias espinosas, entonces desprovistas de hojas, todas áridas y tristes. El ruido de mi desembarco hizo levantar a un ágil ciervo, que buscó refugio en medio de la maleza y desapareció como relámpago. Recorrí ese bosque, donde el suelo estaba en todas partes cubierto de huellas recientes de ciervos y jaguares. Había, sobre todo, tal cantidad de huellas de estos últimos que resultaba imposible dudar que hubiera muchos en los alrededores. Creí prudente no acostarme en tierra y de ocupar, por la noche, el lecho que me quedaba, por más incómodo que fuera, obligado a ponerme atravesado en mi pequeña embarcación, falto de otro lugar. Debí dormir con el cuerpo arqueado, lo que resultaba muy molesto, tanto más cuanto que, esa noche, tenía una elevada fiebre, causada, sin duda, por el cansancio del día, y me acosté muy indispuesto. Desde el comienzo de la noche, los rugidos, primero lejanos, de los jaguares se hicieron oír cada vez más cerca; y esos animales eran tanto más peligrosos cuanto menos rugían, acechando a los tripulantes de mi frágil embarcación. Mi perro, que dormía en tierra, ladraba continuamente, lo que anunciaba la presencia de jaguares, y estuvo a punto de sucumbir, salvándose al precipitarse hacia donde nosotros estábamos. Había llegado el momento de pensar en nuestra seguridad personal. Un hermoso claro de luna hacía posible distinguir de lejos los objetos. El jaguar que había hecho huir a mi perro se acercó suavemente a la orilla, a cinco o seis pasos de nuestro refugio. No le di tiempo a saltar al barco y posiblemente elegir una víctima entre nosotros; le lancé un tiro de fusil, que lo hizo huir sin que pudiera saber si lo había alcanzado. No volvió tan cerca, pero otros menos audaces se hacían oír constantemente en los alrededores. La mañana puso fin a nuestros temores y costeamos los acantilados, cada vez más altos, hasta Caballú Cuatiá, donde me detuve; era el primer lugar habitado de la provincia de Entre Ríos, reunión poco numerosa de pobres cabañas bastante distantes entre sí, donde vivían hombres desconfiados y poco comunicativos, con rostros de aspecto tan feroz como el de los jaguares, sus vecinos. A duras penas quisieron hablarnos; por eso creí conveniente no acercarnos mucho a ellos. Pasé una parte del día preparando la caza de los días precedentes; luego hice que nos detuviéramos algo más lejos, en la desembocadura del arroyo Curuzú Cuatiá, de donde partí para cazar en los alrededores, en los bosques de espinillos, donde hormigueaban, por todos lados, las cotorras y los tinamús. Un árbol bastante grande de la costa, cerca del lugar donde acampamos, estaba cubierto de esos enormes nidos de espinas de los *anumbis*, que saben erizar tan bien para defender a sus pichones de la proximidad de otros pájaros. Esos nidos producen un curioso efecto, posados sobre las últimas ramitas de los árboles, son balanceados por el viento; allí el pájaro que lo cons-

truye va, con su compañera, a hacer oír sus alegres cadencias, antes de acostarse en el segundo o tercer compartimiento. El sitio donde yo estaba parecía muy cercano a aquél donde después de haber fundado gloriosamente Buenos Aires y de haberla consolidado, el desdichado general Juan de Garay, mientras dormía tranquilamente en tierra, fue sorprendido, con los suyos, por los indios minuanes, quienes lo mataron, así como a una parte de sus soldados.

El 3 de mayo costeé lentamente los elevados acantilados hasta las diez; luego me detuve para examinar con atención las capas superpuestas que los componen. Al principio ferruginosas en sus niveles inferiores, están formados, en la mayor parte de su altura, de capas alternadas de arcilla y yeso o cal sulfatada, de la cual se hacen algunas exportaciones a Buenos Aires; esos acantilados, de más de trescientos pies de altura sobre el río, son puramente terciarios. El litoral del Paraná, en lo bajo de la costa, es en todas partes arenoso, a veces con algunos árboles y más a menudo cortado a pico y poco abordable. Lo escalé, recogiendo muestras de las capas, hasta llegar a la cumbre, la cual estaba cubierta también de espinillos, mezclados empero a muchas otras especies de árboles. Desde ese lugar dominaba las hermosas campiñas despoblados de la orilla opuesta. El Paraná carecía de islas. Los terrenos de aluvión aparecían, en esa parte del río, a la orilla derecha, sobre la costa firme; pero mostraban, hasta donde podía alcanzar la vista, terrenos bajos. Había, sin embargo, algo raro y hasta tal punto salvaje que era imposible contemplar con sangre fría: grupos de bosques, inmensas llanuras donde serpenteaban los arroyos y una multitud de lagos y pantanos todavía cubiertos de agua, cortando de tal manera el suelo, que podría tomarse como un verdadero jardín inglés. Recorrí con la vista esos terrenos todavía vírgenes, esa extensa comarca todavía inútil, que podría proporcionar tantos beneficios al agricultor. ¡Qué contraste entre las tierras de la margen izquierda, entonces secas, áridas, sin vegetación por así decirlo, debido a la estación, y esas hermosas campiñas, siempre verdes, que animaban la orilla opuesta! Una ojeada sobre la primera me mostró, en la lejanía, una pequeña choza; me dirigí hacia ella y vi el primer campo de trigo desde mi partida de Corrientes. La explotación de cereales podría dar buenos resultados en las partes meridionales de la provincia de Corrientes puesto que da excelentes cosechas en las partes limítrofes con Entre Ríos; pero sólo se han utilizado poco y los resultados han sido tales que la provincia, empobrecida por las pérdidas de ganado, comienza a reconquistar la riqueza primitiva, uniendo al cuidado de los animales la agricultura del trigo, que da, constantemente, sesenta por uno, en terrenos enteramente nuevos, que hasta dentro de varios siglos no

3 de mayo

tendrán necesidad de ningún abono. Desde el lugar donde me hallaba, el campo parecía ondularse en algunos sitios y se veía, en el horizonte, un gran bosque de palmeras, cuyo color glauco me hizo suponer que eran yatais; por lo menos formaban como éstos un bosque de poca altura. Si fueran realmente yatais, lo que no puedo asegurar, no habiendo podido reconocerlos, esta especie ocuparía un espacio inmenso, desde el grado 27 hasta el 51 sur, y revelaría también la existencia de colinas arenosas situadas sobre la arcilla. Volví a partir, pasé frente a la desembocadura del *Arroyo Verde* y del *Arroyo Seco* y a lo largo de elevados acantilados que se extienden, sin interrupción, hasta La Bajada. Ya había recogido maderas fósiles en el asperón, cuando mi navegación ascendente a Corrientes; el recuerdo de esa circunstancia me hizo seguir las orillas del río con la esperanza de encontrar y tal vez de hallar esqueletos fósiles; por desgracia, las aguas estaban todavía demasiado altas, batían el pie mismo de los acantilados y cubrían así los sitios más favorables a ese género de investigaciones, playas en las cuales las partes más sólidas permanecen después de que las arenas son arrastradas por las corrientes; con todo, puse tanto cuidado en mi exploración que, hallé numerosos troncos *agatizados* y un gran hueso de mamífero, que me pareció ser un fémur. Llegué a las tres a Feliciano, segundo lugar habitado de la provincia de Entre Ríos, pequeño caserío, como el de Caballú Cuatiá. Allí fue donde vi, algo más lejos, la cabaña del portugués, cazador de jaguares, del quien he hablado al referirme a mi primer viaje por el Paraná. Sabía que ese intrépido cazador podía fácilmente satisfacer sus gustos, porque esos animales son bastante comunes en aquellos contornos. Desde lo alto del acantilado dominaba la orilla opuesta del río y vi, algo más abajo, la desembocadura del *Riacho de Cañasco*, brazo que está separado del Paraná por una inmensa isla baja, que se prolonga desde allí hasta cerca de Santa Fe. No pudiendo permanecer al pie del acantilado desnudo, porque un golpe de viento hubiera podido agitar las olas y hacerme naufragar, debí buscar un puerto, continuando al mismo tiempo mis observaciones geológicas. Me fatigué mucho, saltando a veces de piedra en piedra, pasando por terrenos casi perpendiculares que se desplomaban a mi paso y podían, a cada instante, arrastrarme con ellos al Paraná. A falta de un verdadero puerto, me detuve en una pequeña ensenada donde quise dormir en tierra, prefiriendo exponerme a las garras de los jaguares a sufrir los millares de mosquitos que me atormentaban en el barco, donde la penosa postura que estaba obligado a tomar para dormir agravaba aún más el suplicio.

Al día siguiente continué recorriendo la base de los mismos acantilados elevados. Varios islotes aparecían cerca de la costa. Pasé frente a la punta de Venandaria y me detuve en un pequeño puerto conocido con el nombre de

Fernández, en medio de una bahía bastante grande. Las numerosas huellas de jaguares que bahía en la arena esa noche me hicieron pensar que tales animales abundaban en esos lugares; el acantilado, cuyo pie ya no era batido por las aguas, se había ido cubriendo poco a poco de vegetación muy activa, en medio de la cual perseguí a varios pájaros que lanzaban agudos chillidos. Llegué así a la cumbre, donde hallé las palmeras de hojas flabeliformes que ya había observado al remontar el río; había pensado entonces, porque eran muy pequeñas y menudas, que estaban en el punto extremo de la zona donde crecen, pero como no las vi en ninguna otra parte de la provincia de Corrientes debí creer que es una especie completamente peculiar de los acantilados del Paraná. En la provincia de Entre Ríos vi algunas con frutas y pude traer una, en fragmentos, al Museo de París. Desde ese lugar, donde gozaba de una perspectiva magnífica, no dejaba de contemplar la impresionante irregularidad de las corrientes de agua, de los lagos y de los pantanos de esas islas de la otra orilla. Los acantilados pelados de los contornos presentaban aún bloques de yeso en gran cantidad. La explotación resultaba tanto más fácil cuanto que la extracción ya estaba hecha. Cuando volví a navegar, noté que el acantilado había cambiado de aspecto; no estaba más continuamente batida y socavada por las aguas del río; las costas, más inclinadas, permitían a la navegación retomar su dominio. De tanto en tanto, se abría y mostraba alegres vallecillos, boscosos, entre animadas colinas; pronto, después de la punta de la *Rosa*, la ribera se cubrió enteramente de bosques y me ocultó las capas de que estaba compuesta o me las mostró solamente en contados puntos. Pasé por la punta *Bera*. La costa seguía presentando algunos islotes, y uno de ellos forma el brazo denominado *Riacho del Chapetón*, en el cual me detuve; ascendí de inmediato a lo alto del acantilado, en medio de espinas y palmeras, y desde allí pude contemplar un instante el hermoso panorama de las ricas campañas despobladas del interior de la provincia de Entre Ríos; volví a ver los numerosos bosques de palmeras, semejantes a los yatais, plantados en largas hileras en medio de bellas llanuras, cuya uniformidad no era interrumpida por ningún ganado. Esa comarca sólo espera brazos laboriosos para producir al céntuplo. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la estabilidad de los gobiernos permita al extranjero hallar un refugio seguro? Los jaguares fueron de nuevo nuestros vecinos nocturnos, y sus rugidos, unidos a los ladridos del pobre perro, que quería advertirnos de la presencia de aquéllos, no nos dejaron disfrutar del reposo.

4 de mayo

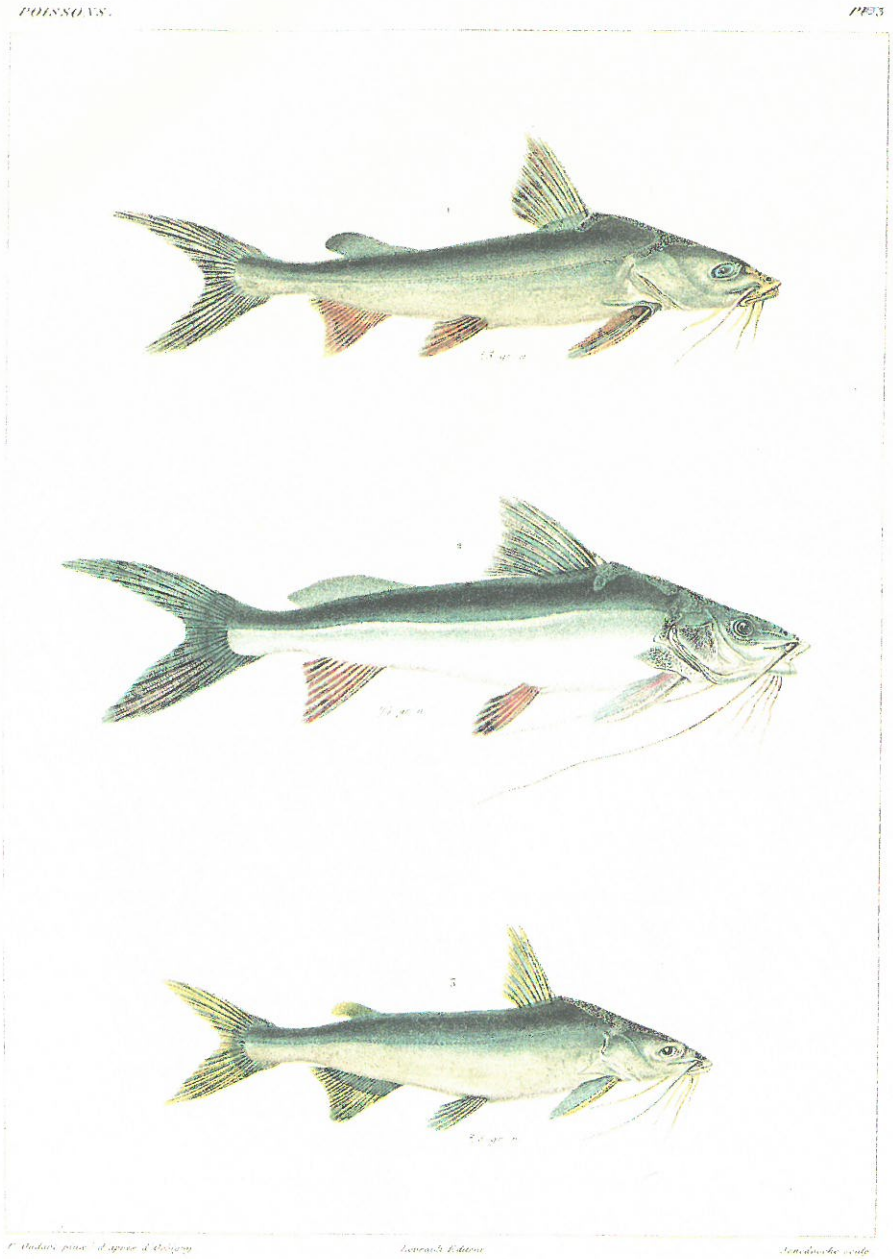
El 5 de mayo seguí bordeando las mismas costas, cada vez más boscosas; pronto me detuve para buscar, en medio de esas malezas, conchillas terrestres. Fui devorado por los mosquitos, pero hallé lo que buscaba y todo fue olvidado.

En cuanto a los bosques, eran de una naturaleza diferente de los de Corrientes y no estaban entremezclados de lianas, ni eran variados en especies; los árboles eran pequeños y su follaje se parecía más bien al de las comarcas templadas que a ese hermoso atavío de las comarcas cálidas. Arriba del bosque había un hermoso establecimiento agrícola, donde volví a ver, no sin vivo placer, los surcos trazados por el arado al sembrar trigo. Confieso que el aspecto de la granja, completamente europea, así como el de los bosques vecinos, me hacía soñar y me transportaba momentáneamente a nuestras campiñas de Francia. Sentíame feliz por la impresión que experimentaba; desgraciadamente volteé la cabeza y todo el encanto quedó destruido. La vista del Paraná, de ese ancho río, lo hizo desaparecer; volví a encontrarme en América. Vi, al mismo tiempo, los terrenos bajos que había explorado el año anterior y donde había recogido tan hermosas especies de conchillas; deseaba volver a visitar esos lugares, en los cuales una fiebre no me había impedido cazar. Me traían a la memoria algunos malos recuerdos; regresé rápidamente al barco y ordené la partida rumbo a la otra orilla. Nos pusimos en camino, luchando penosamente con los remos contra un viento sudoeste, tan violento que el barco estuvo varias veces a punto de zozobrar. Mis hombres comenzaron a tener miedo. Hasta el piloto me dijo que corríamos el riesgo de perecer, si nos obstinábamos en luchar contra el viento, en medio del río; nos vimos obligados a regresar con presteza a la orilla izquierda, pasando frente a desembocadura del riacho de *Las Conchillas*. Pronto tuvimos a la vista el puerto de la Bajada, capital de la provincia; nos dirigimos allí y no tardamos en vernos en medio de una veintena de embarcaciones grandes y pequeñas, que cargaban o descargaban.

5 de mayo

Ese puerto de la Bajada consiste en un hundimiento de la costa, defendido de los vientos del sur por una acantilado muy alto; está ubicado en un arroyuelo que permite a los barcos llegar a la misma costa. En el desembarcadero hay varias cabañas pequeñas, entre el canal y el acantilado, que siguen hacia el norte. Sobre la pendiente, a mitad de la cuesta, está colocada la casa de la aduana y del capitán del puerto, de manera que desde el mismo río se ven solamente los barcos y el movimiento comercial. El panorama está limitado por los acantilados cubiertos de prados; sobre la pendiente hay trazados numerosos senderos, entre los cuales está el gran camino que va a la aduana y a la ciudad propiamente dicha. El espacio comprendido entre la barranca y el Paraná está cubierto de todo lo que caracteriza a un establecimiento de esa naturaleza: troncos de árboles para construcciones, dispersos acá y allá, viejas embarcaciones abandonadas y pequeñas chozas donde se venden bebidas a los marineros.

1: *Conferva aculeata*; 2: *Sphacelaria callitricha*; 3: *Polysiphonia dendrítica*.



1: *Bagus commersoni*; 2. *Arius albidus*; 3. *Arius nigricans*.

Tan pronto como llegué me vi rodeado de curiosos, entre los cuales había franceses, italianos y otros extranjeros, que me aconsejaron, de inmediato, no ir del puerto a la ciudad sin armas, a la hora de la siesta o por la noche, porque me expondría a ser asesinado; y todos apoyaron sus consejos con relatos de aventuras trágicas acontecidas poco antes. Me dijeron en voz baja, señalándome a varios hombres a caballo, con grandes cuchillos a la cintura e indicándome uno tras otro: ese mató ya a cinco personas; aquél otro, seis; y, en fin, según ellos, el más inocente debía reprocharse la muerte de por lo menos uno de sus semejantes. Les pregunté si existía alguna justicia allí, y tuve la prueba de que tanto en esa región como en toda la República Argentina, las leyes carecen de fuerza, tratándose de crímenes. Cuando se encarcela al asesino, sólo lo es por un momento. Se salva, siempre que no se le deja huir, para no llenar las prisiones, y no se lo prende de nuevo o bien se hace de él un soldado. Es comprensible, por lo tanto, qué clase de tropas puede haber. Jamás los criminales son ejecutados; tal impunidad los estimula, pues, a continuar. Esa costumbre de asesinar no existía antes de las revoluciones que determinaron la emancipación de las Provincias Unidas. Podíase entonces ir, con la mayor seguridad, del Perú a Buenos Aires, con mulas cargadas de dinero, y el camino de Buenos Aires a Corrientes, que pasa por la Bajada, era considerado el más seguro; pero las guerras partidistas y el carácter un tanto sanguinario de la casta de los gauchos o pastores, acostumbrados a la sangre, desarrollaron en ellos los gérmenes del pillaje y los han hecho tan indiferentes a la muerte de un hombre como a la de los animales que están acostumbrados a sacrificar, o hasta a la del caballo que degüellan cuando no los obedece con presteza en sus marchas. Parece que hoy nadie se toma el trabajo de poner a buen recaudo a quien comete un crimen; por eso la campaña está infestada de bandidos considerados en la región como buenos ciudadanos, dispuestos, por lo demás, a saquear las provincias vecinas, como han saqueado ya las provincias ribereñas de la Banda Oriental.

Mi conversación fue interrumpida por la llegada de un soldado mal vestido y con los pies desnudos, que me notificó que debía presentarme, inmediatamente, como patrón de mi barco, en la capitanía del puerto. Poco habituado a hacerme el recalcitrante, acudí sin demora y me hallé ante un hombre bastante tratable, el cual me intimó la orden de presentarme, de inmediato, ante el gobernador o capitán general de la provincia. El funcionario no me dejó partir antes de formularme muchas preguntas. Ascendí a la cima del acantilado por un camino tortuoso en estado bastante bueno; una vez en campo raso, vi la ciudad de la Bajada, situada sobre los mismos terrenos llanos y arcillosos, ligera-

mente inclinados hacia el río, a medio cuarto de legua del puerto. Una multitud de senderos conducía a diferentes puntos, como puede imaginarse, a través de un terreno perteneciente a todo el mundo y no cultivado; su aspecto no tenía de lejos nada de alegre y menos de pintoresco. Veía una reunión de casas casi todas de un solo piso, la mayoría cubiertas de rastrojos, y en medio de las cuales se elevaba la cúpula de un campanario, bajo y poco elegante. Las casas eran bastante lindas en el centro de la ciudad, pero se hacían cada vez más pequeñas y mal construidas a medida que se alejaban, lo que, en un terreno horizontal, se observaba pronto y producía un raro efecto, representando el conjunto una especie de cono fuertemente aplastado. El hombre habituado al aspecto exterior de nuestras ciudades europeas, donde tantos jardines, bosques y casas de campaña ocultan, en parte, el panorama general de un lugar habitado, se asombraría por completo al ver los alrededores de una ciudad donde los habitantes se dedican más particularmente a la crianza del ganado. No aman la agricultura y ninguna de sus casas está adornada con jardines; no plantan un solo árbol y, por el contrario, cortan todos los que pueden hallar, para formar esos inmensos corrales agrupados alrededor de las cabañas dentro del perímetro de la ciudad; por eso se creería que el fuego ha pasado por todas partes; gran número de estacas erizan el contorno y lo hacen parecer a una plaza fuerte, defendida por caballos de frisa. No es aún todo; si se pasea la vista por los alrededores, uno no siente menos tristeza; ¡qué desnudez, qué aspecto salvaje! El terreno está en todas partes desprovisto de árboles a una gran distancia y se diría que la tierra se niega a cubrirse de vegetación. Se halla pisoteado en casi todas partes, mostrando la arcilla al desnudo; y, por lo menos en la estación en que estábamos, apenas el suelo mostraba, de tanto en tanto, por la aparición de algunas pequeñas gramíneas secas, que era capaz de alimentar a lo sumo una sombra de vegetación. El estado del tiempo no contribuía poco a hacer la aproximación a ese lugar tan triste como era posible. El viento soplaba siempre, recorriendo rápidamente esas llanuras descubiertas y levantando desde todos los puntos torbellinos de polvo, que, luego de girar largo tiempo sobre sí mismos, formaban una verdadera tromba y se elevaban en los aires en columnas rojizas móviles y vacilantes; varias de esas columnas se mostraban y se deshacían, y su polvo, al dispersarse en nubes por toda la llanura, ocultaba la ciudad. Otras veces me envolvía y me enceguecía por unos instantes; luego, iba a cubrir los campos vecinos. He ahí bajo qué auspicios se me presentaba la ciudad de la Bajada, capital de la provincia de Entre Ríos.

Entre la multitud de senderos que se abrían a mi impaciencia, seguí al azar el primero que se me presentó; encontré a cada paso hombres a caballo de cara hosca, ojo escrutador y cuchillo al cinto, capaces de hacer temblar al más co-

rajudo. Muchos me abordaron de una manera bastante insolente, para reírse luego entre sí al verme modestamente a pie. Tal era mi pasaporte de extranjero, porque ningún hombre del país habría ido a pie del puerto a la ciudad. Era la hora de la siesta, y a pesar de los consejos oficiosos de los europeos que había encontrado en el puerto, me creía seguro. Llegué finalmente a la ciudad; vi primero muchos corrales y pequeñas cabañas mal construidas; luego una gran plaza y, a un lado de ella, la iglesia, edificio vasto, pero de construcción bastante mala y poco en relación con el esplendor habitual de los templos españoles. Alrededor de esa plaza están las más hermosas moradas de la ciudad; algunas incluso tienen dos pisos y terraza. Muchos negocios, que vendían artículos al menudeo, comenzaban a abrirse. Daban la idea del mismo género de comercio que en Corrientes, aunque no de la misma amabilidad de parte de los mercaderes. A regañadientes se dignaron indicarme la residencia del gobernador, porque éste no estaba, a esa hora, en la casa de gobierno. Atravesé varias calles, más o menos ocupadas de casas y que se cortaban en ángulo recto, porque la ciudad está dividida en cuadras, como todas las construidas por los españoles; y llegué así, no sin preguntar varias veces por el camino, a un alojamiento de pobre apariencia, de un solo piso cubierto de rastrojo. Hallé abierta la puerta de una de las dos habitaciones de que se componía; entré y vi a dos mujeres con los pies desnudos, bastante mal vestidas, a quienes pregunté por el capitán general de la provincia. Una de ellas me respondió que su marido dormía, invitándome a esperar que terminara la siesta. Me ofrecieron un asiento con bastante gracia, porque las mujeres americanas son en todas partes las mismas; en ellas se encuentra siempre esa bondad cordial, esa amabilidad tan rara en sus maridos y que contrasta de una manera impresionante con la rusticidad habitual de estos últimos. Ese sexo conserva constantemente, desde la civilización más avanzada hasta el estado salvaje más simple, pasando por todos los grados intermedios, un lenguaje de lo más amable y maneras que endulzan y hasta hacen olvidar los malos procederes de algunos hombres.

Consideré atentamente, en silencio, el mezquino alojamiento del jefe supremo de la provincia y lo comparé, involuntariamente, con la morada suntuosa de las autoridades en las ciudades civilizadas, y sobre todo con su representación interior; sin embargo, pensé que ese gobernador no hubiera cambiado su lugar por el de uno de nuestros prefectos, teniendo más que éstos el derecho de mandar en todas las ramas de la administración; y sin embargo su morada no valía la pieza de un portero de prefectura. Las mujeres, poco comunicativas, como todos los habitantes de esta región, me hablaron poco y la conversación se limitó a saber de dónde venía y a dónde iba; finalmente, a las tres y media,

el gobernador se despertó; pidió que le llevaran un mate y fuego para alumbrar su cigarro; luego, un momento después, salió. Tenía los pies desnudos, y estaba vestido como verdadero gaucho, con un simple calzoncillo, chiripá y una mala chaqueta. Me abordó de una manera altanera, que estaba poco de acuerdo con su vestimenta; y, tratándome de manera descortés, me pidió el pasaporte, lo leyó, me lo devolvió y ablandándose me dijo que, puesto que permanecería poco tiempo en la región, no necesitaría otro y que podía irme. No me lo hice repetir dos veces y recorrí la ciudad durante algún tiempo. Pronto la vi toda; su uniformidad la hacía poco atrayente. Hice varias compras y la abandoné de inmediato, para estar en el puerto por la noche[4].

Antes de la llegada de los españoles, el territorio que lleva hoy el nombre de provincia de Entre Ríos estaba poblado por pequeñas tribus indígenas dispersas a orillas del Paraná y del Uruguay. Parece también, en medio de la oscuridad que reina a ese respecto en los antiguos historiadores, que las orillas del Uruguay lo habrían estado por los minuanes, quienes, según mi opinión, no serían más que una tribu de los charrúas. Se extendían entre los dos ríos hasta el lugar donde está hoy la Bajada; mientras que, hacia el sur, las islas del Paraná estaban habitadas por los guaraníes. Del lado norte, había un espacio deshabitado entre las últimas tribus de los minuanes y las de los guaraníes de la provincia de Corrientes; esta belicosa nación se alió, más tarde, con los charrúas, los más bravos de todos los indios de esas comarcas, y combatieron mucho tiempo a los españoles, a quienes vencieron a veces y hostigaron siempre en el territorio de la Banda Oriental. Ellos mataron al capitán Juan de Garay, fundador de Santa Fe y Buenos Aires, así como a sus soldados, y demostraron un odio implacable hacia los españoles, de quienes hasta nuestros días son enemigos. Transmitieron, sin duda, su carácter belicoso y feroz, con su suelo, a los criollos que viven hoy, porque se descubre una línea demarcatoria entre el carácter tan dulce de los habitantes de Corrientes, salidos de la mezcla con los guaraníes y de buen genio, y el de los demás criollos provenientes del cruce con otras naciones indias. Esta observación, por más audaz que parezca, no deja de ser interesante, pero volvamos a nuestra historia.

---

4 En aquellos días era gobernador provisorio de la provincia de Entre Ríos el comandante general del 1er. Departamento, D. Vicente Zapata. A él refiere, sin duda, el autor. Zapata había sido elegido gobernador provisorio a raíz del levantamiento del coronel Blas Martínez contra el gobernador Mateo García de Zúñiga y el derrocamiento de éste. El 24 de junio de 1828, es decir, al mes siguiente de la visita de D'Orbigny, Zapata era apresado por el coronel Juan Santa María. (N. del T.).

Durante mucho tiempo ese vasto territorio fue poco frecuentado; incluso era contemplado con indiferencia por los españoles establecidos en el Paraguay, que pasaban y repasaban por él para ir a Buenos Aires. Los frecuentes ataques de los minuanes contra los españoles de la Banda Oriental obligaron a éstos a perseguirlos hasta sus últimos refugios. Entraron en su territorio, se unieron más estrechamente con los charrúas y, desde entonces, abandonaron su suelo para ir, en la Banda Oriental, a unirse con sus aliados[5], porque no siendo buenos navegantes, no podían luchar sin grandes dificultades con la naciente ciudad de Santa Fe. El vasto territorio comprendido entre el Paraná y el Uruguay permaneció mucho tiempo deshabitado en sus partes australes, y estoy íntimamente persuadido de que no se pensó siquiera en poblarlo antes de reconocer la necesidad de establecer comunicaciones por tierra entre Buenos Aires y el Paraguay; supongo que es por tal motivo que el mismo año se fundaron varias ciudades en una línea seguida hoy día, porque las necesidades de los viajeros hacían imprescindible tal medida. En 1730 se construyó, al mismo tiempo, en ese camino, San Isidro, cerca de Buenos Aires; Arrecifes, Rosario y la *Bajada de Santa Fe*, porque la ciudad actual no era considerada más que un apeadero de Santa Fe, dependiente siempre de esta provincia. Incluso ese lugar fue, hasta 1780, el único punto habitado. La necesidad de recorrer frecuentemente esa ruta debía dar una importancia real a la Bajada, tanto más que allí solamente se encontraba la rica cantera de piedra calcárea en condiciones de proporcionar la cal necesaria a las construcciones de Buenos Aires y Santa Fe. Hacia fines del siglo XVIII, la Bajada fue erigida en ciudad, en el momento en que se fundaban, a orillas del Uruguay (en 1780), las aldeas de *Arroyo de la China*, *Gualeguay* y *Gualeguaychú*. En 1800, según Azara[6], la población ya era de 3.000 almas.

Hasta la época de la emancipación de la República Argentina, la Bajada no fue más que una dependencia de Santa Fe; pero entonces no quería pertenecer ni a Santa Fe, ni a Corrientes; y, después de la constitución de la República, fue erigida en provincia, con el nombre de *Entre Ríos*. Desde entonces sus límites fueron: al este, el río Uruguay; al oeste, el Paraná; al sur, la confluencia de ambos ríos; y, al norte, una línea de este a oeste, que seguía el curso del río Guayquiraró y se unía al Uruguay. Debido a esa situación, esta provincia tiene todos los medios comerciales posibles; los dos grandes ríos que la

---

5 No trato aquí lo referente a la descripción particular de los minuanes, reservándola para la parte etnológica. Puede consultarse a este respecto la obra de Azara, t. 2, pág. 30.

6 *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, t. 2, pág. 338.

circunscriben le brindan excelentes puertos para todos sus tráficos y le permiten esperar, en el porvenir, toda suerte de progresos.

Casi de inmediato después de la emancipación de las provincias del Río de la Plata, guerras que se prolongaron mucho tiempo arruinaron, por así decirlo, a Entre Ríos. El paso continuo de las tropas de los diferentes partidos y la miseria a que fue reducida, imprimieron a sus habitantes el carácter sanguinario que los destacó posteriormente; bandas de ladrones infestaron entonces el bosque de Montiel y vivieron a expensas de los viajeros. Citaré aquí un pasaje interesante del viaje de M. Parchappe, en la época de los asaltos:

"Cuando me dirigía de la Bajada de Santa Fe a Concepción del Uruguay, atravesé ese bosque con carretas pesadamente cargadas; esa empresa parecía temeraria; pero mi conductor me había persuadido de elegir ese camino como el más directo, y para desvanecer todo temor, me confesó que mantenía relaciones con los bandidos que habitaban esos parajes y que, por medio de algunos regalos, de los cuales siempre estaba provisto para ofrecérselos en caso de encontrarlos, no tenía por qué temer ningún maltrato. A pesar de esa seguridad, nos encaminamos siempre sin hacer ruido y vi por un momento pintarse la inquietud en el semblante de mi guía. Se inclinaba constantemente sobre el cuello de su caballo y sus miradas trataban de penetrar la espesura de los montes. El bosque estaba silencioso y no podía descubrir indicio del menor peligro. No pude dejar de hacérselo notar, diciéndole que no descubría ni siquiera uno de esos animales que son tan comunes a la entrada de los bosques. 'Esto es precisamente lo que me inquieta –me respondió–; el bosque está espantado; alguien ha pasado por aquí'; pero pronto un rugido, como el del trueno, resonó en el bosque. Ese ruido extraño, que me produjo una extraña emoción, pareció, por el contrario, tranquilizar a mi conductor. 'Son caballos salvajes que nos han visto y que se alejan de nosotros –me dijo, sonriendo de mi sorpresa–; si hubiera peligro no estarían aquí'. Efectivamente, encontramos más lejos bandadas de avestruces y gamos que pastaban pacíficamente y que revelaban la profunda soledad que reinaba en esos lugares"[7].

Hasta entonces todos los habitantes eran pastores; la gran abundancia de ganado desapareció. Esas campañas, tan ricas antes en bestias con cuernos, que en rebaños salvajes cubrían todas las llanuras, fueron reducidas a la mayor miseria; y la necesidad condujo a carnear los animales salvajes o *baguales*. En la época de las primeras conquistas, algunos de esos animales abandonados en

7 Leído el 25 de febrero de 1831 en la sesión mensual del Comité del Boletín Mensual de las Ciencias y de la Industria.

las llanuras del sur y en las de Entre Ríos dieron nacimiento a numerosas manadas, que se multiplicaron a tal punto que, dos siglos después de la Conquista, las estancias no pudieron mantenerlos más, por la costumbre que habían adquirido las tropillas salvajes de llevarse a los caballos domésticos, sea arrastrándolos en sus falanges, sea relinchando para llamarlos[8]. Se los veía generalmente llegar al trote corto hasta la vera de los caminos, detenerse algunos instantes, levantar las orejas, abrir las narices y reconocer las caravanas que recorrían los desiertos; luego, en el acto, una patada del macho, una pedorrera y algunas coces amenazadoras eran la señal de la rápida fuga, y la tropilla se alejaba vientre en tierra, haciendo volar nubes de polvo.

La miseria obligó a los pobladores a hacerles una guerra a muerte; se comenzó con cacerías ejecutadas por gran número de personas reunidas y cuyo resultado era, principalmente, la posesión de la crin y del cuero de los baguales, que luego se comerciaban en Buenos Aires. Esas hermosas manadas animaban las ricas campañas y cada una de sus sementales conducía una tropa, defendiéndola de la aproximación de los otros machos; y, para aumentarla, aprovechaban todas las oportunidades de alzar las tropillas de yeguas domésticas. Se los veía llegar arrogantemente frente a cualquiera que penetrara en la campaña para reconocerlo y huir en medio de los bosques con velocidad de flecha, corriendo tan ligero y con tan pocas precauciones que muchos se rompían la cabeza en los troncos de árboles colocados frente a ellos... Todos esos nobles habitantes de las llanuras han desaparecido; no queda más que el recuerdo de la caza cruel de que les hicieron los habitantes. Estos se reunían en gran número, construyendo previamente, en un lugar aislado, un inmenso corral, a la entrada del cual se colocaban dos hileras de empalizadas divergentes, que se extendían a lo lejos en la campaña y parecían, fuera del corral, un inmenso embudo. Una vez terminados esos preparativos, los cazadores recorrían a caballo la campaña, cercaban a las tropillas parciales de esos caballos salvajes, las perseguían, tratando de hacerlas entrar por una de las bocas de ese cono, y una vez que lo conseguían formaban, tras ellas, una valla cerrada, de manera de impedirles retroceder. Las obligaban así a acelerar su pérdida, al estrecharse el cerco a medida que avanzaban. Los jinetes, armados de una lanza, empujaban cruelmente a los caballos, y allí, hombres provistos también de lanzas, procuraban golpear a cada uno de ellos, los cuales, en seguida, iban a expirar en las cercanías.

---

8 Hablaré más adelante, al tratar de los mamíferos, de todo lo que se relaciona con los animales domésticos que se hicieron salvajes.

Una vez introducidos todos, se cerraba el corral; se mataban a todos aquellos que habían sobrevivido a la masacre previa; luego, los cazadores se dedicaban a cortar la cola y la crin de sus víctimas y a veces a desollarlas. Ese género de cacería, repetido a menudo, disminuyó en mucho el número de animales salvajes. Fueron reducidos casi a nada; una epizootia destruyó los que quedaban y hoy apenas sí existen algunas tropillas. Tal caza debía hacer aún más crueles a quienes la ejecutaban; por eso la vista de la sangre era tan familiar a los pobladores de esta provincia que se hicieron más ávidos que nunca.

La serie de guerras, las enfermedades del ganado y grandes sequías destruyeron sus recursos. No había más bestias con cuernos y sólo se disponía de contados caballos para cazar los ñandús y los ciervos de las campañas, que eran, de 1818 a 1825, el único sustento, reducidos como estaban a la mayor miseria. Acostumbrados a no comer más que carne, debieron buscar hasta las raíces, comenzando sólo entonces a sembrar mucho trigo y a convertirse en agricultores. Tienen, empero, muchas más ventajas que en Europa, porque sus tierras, aún vírgenes, producen del 60 al 70 por 1[9]. ¡Ojalá persistan en ese género de tareas que terminarán por suavizar sus costumbres! Siguieron sembrando hasta las guerras de las Misiones, en 1827. Cuando vieron a los indios de esos establecimientos penetrar en territorio del Brasil para robar en conjunto, fueron también en masa a ese saqueo común. La Bajada fue, por así decirlo, abandonada. Todos los habitantes armados corrieron en bandas a saquear a los pobladores brasileños, como ya lo he dicho al hablar de Corrientes. Millares de bestias con cuernos llegaban diariamente a la orilla oriental del Uruguay. En un comienzo, se empleaban caballos para arrastrar, de alguna manera, a los primeros vacunos, que se arrojaban al agua, y el resto de la manada, hostigado por los jinetes, terminaba por seguirlos y cruzaba así a nado ese ancho río. Todos los días la provincia se llenaba de nuevos rebaños; pero, más tarde, la abundancia de ganado a orillas del Uruguay llegó a tal punto que se tomaron precauciones y centenares de bestias con cuernos se ahogaron y llenaron con sus restos las costas cerca de *Salto* (cascada del Uruguay) de manera que los vientos transportaban un olor pestilente a las comarcas vecinas. La provincia de Entre Ríos, algún tiempo antes tan pobre y cuyos habitantes estaban reducidos a morirse de hambre, se vio entonces rica a expensas de los brasileños de las provincias de San Paulo (*Río Grande do Sul*). La abundancia de que gozaban era tal que, hasta en la época en que los visité, se arreaban

9 *Noticias estadísticas de la provincia de Entre Ríos*, por J. F. Acosta. Almanaque de Buenos Aires, 1825.

numerosos rebaños, a los cuales se les hacía cruzar el Paraná, para conducirlos a Santa Fe, donde la penuria se hacía sentir también; todos los días se transportaba carne de la Bajada a esa ciudad. Es muy seguro que esa prosperidad momentánea hará abandonar de nuevo la agricultura. El pan no es necesario a los habitantes de la campaña; prefieren la carne a todo, y cuando la poseen, cualquier otro alimento les resulta superfluo.

Encontré, pues, en la Bajada una abundancia tal que la carne valía dos y tres reales (24 a 36 *sous*) las veinticinco libras; el pan también era barato. Los habitantes eran de lo más ricos y la población se calculaba en 27.000 almas[10].

He dado, más arriba, los límites de la provincia; ahora voy a referirme a su extensión y a su aspecto, considerándolos desde el punto de vista de su sistema hidrográfico. Se ve, por la poca extensión de la región, entre el Uruguay y el Paraná, que no puede haber grandes ríos interiores; por eso sólo está regada por pequeños riachuelos, que se vuelcan al este y al oeste en los dos grandes ríos. Todos están bordeados de bosques que dan productos convenientes para la construcción de navíos. Es un grave error haber colocado una cadena de montañas como punto de partida de las vertientes de esos dos grandes ríos. Se ha pretendido representar las *lomas*, o colinas arenosas muy ligeras, que ocupan el centro. Esas eminencias, tan poco elevadas sobre el curso del Paraná, que no merecen ni siquiera el nombre de colinas, están cubiertas de palmeras yatais, pero no entrecortadas de ese asombroso número de lagunillas que constituyen la riqueza de la provincia de Corrientes; por eso los pobladores están obligados a establecerse sea cerca de los arroyuelos, sea a las orillas del Uruguay, o bien en las cercanías de esos inmensos pantanos que ocupan casi toda la extremidad sur de la provincia, en la confluencia de los dos grandes ríos.

Si se considera a la provincia con relación a sus recursos y a sus producciones, se la hallará, bajo esos puntos de vista, bastante distinta de Corrientes; pero el suelo es igualmente terciario. El centro está formado de una arena diluviana, que cubre en todas partes una arcilla llena de yeso, cuya explotación es fácil, sobre todas las costas del Paraná. Esa arcilla descansa sobre calizos groseros, empleados con éxito para hacer cal; ninguna mina puede existir en ese terreno demasiado moderno.

El suelo es generalmente más elevado sobre el nivel de las aguas que el de Corrientes. Los acantilados son más altos; por eso no existen esos inmensos pantanos que caracterizan a esa otra provincia, pero al mismo tiempo es me-

---

10 *Noticias estadísticas de la provincia de Entre Ríos*, por don José Francisco Acosta, impreso en el Almanaque de Buenos Aires, 1825.

nos propicio para la agricultura y la crianza de ganado, debido a la carencia de cursos de agua permanentes, que se hace sentir en la mayor parte de su extensión. La temperatura menos cálida origina también, en Entre Ríos, grandes cambios de vegetación. No se descubre en nada ese aspecto de las comarcas vecinas a los trópicos; está cubierta de vastos bosques, como el de Montiel, que forma, en el medio, una ancha banda norte y sur, y que está compuesta únicamente de acacias, pequeñas y desmirriadas, o de espinillos, de aspecto triste, mezclados con grupos diseminados de otras especies con más hojas.

Nada de flores brillantes, nada de lianas, nada de batiborrillos; es, con menos belleza, la vegetación de las zonas templadas, y semejante a la que había visto en la Banda Oriental. Las numerosas palmeras de las orillas de los bosques es lo único que recuerda el suelo americano. En compensación, la vastedad de las llanuras, donde sólo crecen gramíneas, aumenta; y éstas son mucho más numerosas que en la provincia de Corrientes. Todas las fronteras del norte, del lado del Guayquiraró y del río Meriñay, consisten en llanuras, donde los pobladores encuentran los mejores pastos de todo el país. Las orillas del Uruguay se presentan igual, así como toda la parte sur, en los alrededores del Gualeguay; toda la provincia ofrece, bajo ese aspecto, fuentes inextinguibles de prosperidad. Se recuerda todavía que antes de la crisis política no existían menos de 2.500.000 cabezas de ganado y que entonces el propietario que sólo tenía 20.000 cabezas no era considerado estanciero. En aquel entonces se mataba el ganado solamente para obtener su cuero y sebo; entonces un toro gordo valía 7 francos 50 céntimos, y un cuero de caballo 40 cent. Todas esas riquezas desaparecieron después a tal punto que en 1825 no había, en toda la provincia, más que 40.000 cabezas de ganado y 60.000 caballos. Todas las frutas de Europa se daban tan perfectamente como en su país de origen y, en ese aspecto, la abundancia más completa podría reinar de no ser los pobladores tan indolentes. Los animales son más o menos los mismos, a excepción de aquellos que encuentran la temperatura demasiado fría para su género de vida; así, los monos desaparecen por completo, los tapires son raros, así como los grandes ciervos, mientras que los ciervos gauzú-ti y los zorros son más comunes. Entre las aves, la mayoría de las brillantes especies de los trópicos no se hallan, pero el número de granívoros y de aves acuáticas aumenta. Empero, se ve al ligero pájaro-mosca revolotear, en la estación, sobre las flores bien nuevas para él, las de los perales, manzanos, etc. Los reptiles y peces son, más o menos, los mismos; los insectos se reducen a los de las regiones templadas. No aparecen esas brillantes crisómelas; las reemplazan gran número de carábidos y otros insectos nocturnos o carnívoros.

La provincia de Entre Ríos poco se diferencia de la de Corrientes en lo que se refiere a su sistema de gobierno; tiene también un gobernador, una cámara de diputados, compuesta de seis miembros; diputados al congreso nacional[11]; una administración de finanzas en la capital y recaudadores particulares en los diferentes puntos; una administración de aduanas, cuyos agentes se reparten por partes iguales en el Paraguay y en el Uruguay; una administración de correos. El personal del Estado Mayor militar se compone de dos coroneles, jefes de dos grandes divisiones políticas del territorio, que tienen bajo sus órdenes, cada uno, cuatro comandantes, que residen en otras tantas divisiones secundarias. Hay, en fin, los jueces, pero en cuanto a la ejecución, no se puede hacer comparaciones. Hemos visto en Corrientes una policía severa, mientras que no la hay en la Bajada, así como tampoco justicia. La inestabilidad del gobierno determina, sin duda, la escasa fuerza de las antiguas leyes españolas, todavía en vigor en el país. Seria inútil entrar aquí en detalles minuciosos acerca del carácter y manera de vivir de los habitantes, verdaderos gauchos, como los de las pampas de Buenos Aires, y me reservo para describirlos cuando considere a estos últimos, donde serán mejor caracterizados.

Hemos visto que el comercio de la provincia consiste en cal, que se fabrica a las puertas mismas de la capital; en yeso, que se encuentra en todas partes, en las riberas del Paraná; en trigo, que se lleva a Buenos Aires. El comercio de cueros tiene, actualmente, el mayor vigor y puede extenderse aún día a día. Las curtiembres fueron y no dejan de ser una rama lucrativa, debido a la multitud de coipos que viven en los pantanos de las partes del sur, donde los habitantes de la campaña los van a cazar. Sus pieles se entregan a la industria para la fabricación de sombreros.

Cuando regresé al puerto, el trayecto estaba mucho más lleno de curiosos y de gente ocupada, y encontré mucho más movimiento que cuando partí. Nadie dormía a las cinco de la tarde; es el momento, por el contrario, en que todo el mundo se pasea a caballo; así no tardé en ver llegar al gobernador, en traje algo más elegante. Tenía una media levita verde, con galones en el cuello y en los puños, y estaba armado de un gran sable; su acompañamiento consistía en dos soldados a caballo. Conversaba con uno y otro con la mayor familiaridad. No parecían mostrarles mayor deferencia. Es cierto que, por sus modales, no parecía haber diferencia entre ese pequeño soberano momentáneo y los gauchos harapientos, con su gran cuchillo y aspecto avinagrado. Por la

11 Ver la nota que hemos agregado en la parte relativa a Corrientes sobre el mismo punto. (N. del T.).

noche, me puse en guardia y tomé mis precauciones, a fin de no ser robado y atacado en el mismo puerto, lo que ha sucedido algunas veces.

El 6 de mayo pasé la vigilancia de mi barco al joven correntino y me dirigí hacia los acantilados donde se hacía la cal. Estaba impaciente por ver las capas que servían para esa explotación y más aún en recoger las conchillas fósiles que sabía que encontraría allí; en efecto, esos acantilados se alzan a unos doscientos pies sobre el nivel del agua. Se componen de una capa de más de cien pies de asperón friable, que contiene muchas ostras y cardos, sobre los cuales descansa un banco de calcáreo rosero o cal carbonífera, la capa explotada para hacer la cal; luego el asperón cubre esa capa, hasta que se llega al suelo superior. Recogí con avidez los fósiles que encontré, porque eran los primeros que descubría en América. Me ocupé, luego, de las fábricas, las cuales consisten en pequeñas cabañas colocadas a diversas alturas, a lo largo del acantilado; y cerca de cada una está un horno de cal, groseramente construido y de poco tamaño, donde se prepara lo necesario para la explotación. Como ya lo he dicho, se buscan provisiones de madera, necesaria para la fabricación, en las islas vecinas del Paraná, en la otra orilla; lo mismo que para la piedra de cal, sólo cuesta el trabajo de irla a buscar. La extracción de la piedra calcárea se hace con facilidad; durante mucho tiempo se explotará sin trabajo, porque las capas están al descubierto. No sucede lo mismo para conseguir madera; hay que transportar los caballos a la otra orilla para arrastrarla una vez cortada, formar almadías o cargar los barcos, a fin de conducirla a los hornos. Es demasiado exigir de la indolente apatía de los orgullosos entrerrianos, quienes, a pesar de ser ese trabajo lucrativo, lo consideran por debajo de ellos, conviniéndoles más el género de vida un tanto caballeresco de los pastores y sobre todo el poco trabajo de ese estado, que cualquier tipo de industria. El comercio de la cal se extiende, sin embargo, más y más, debido a las numerosas construcciones de Buenos Aires; pero como esa substancia se extrae también de las *conchillas*, que forman bancos en medio del Paraná, y como esta cal es menos cara que la de la Bajada, esta última sólo se emplea en último extremo. Seguí hasta la punta de la Bajada, desde el alto de la cual pude distinguir esa multitud de canales tortuosos que separan la costa firme del curso mismo del Paraná, antes de llegar a Santa Fe; es por uno de esos canales que se arriba. Las islas eran bajas, en parte desprovistas de bosques, todavía parcialmente sumergidas; y sólo se podían encontrar la tierra y las praderas al descubierto en puntos aislados. Al regresar por el lado sur vi la prolongación lejana de esas barrancas; la de *Punta Gorda* era la más alta de todas. Su elevación sobre el nivel de las aguas puede ser de trescientos pies y, de acuerdo con lo que me han

6 de mayo

informado los habitantes, se compone también de capas calcáreas. Del mismo lado, vi el curso majestuoso del Paraná, entonces carente de islas en la orilla donde yo estaba; su anchura era muy grande y la corriente rápida. Recorrí largo tiempo con la vista el hermoso paisaje que se desplegaba ante mí; luego regresé a mi embarcación, no sin volverme más de una vez, para ver de nuevo el conjunto del panorama que se me brindaba. Hice, al llegar, que mis hombres se prepararan, y me preparé yo mismo, para ir a Santa Fe, a cinco leguas de la Bajada, sobre la orilla opuesta del Paraná.

Provincia de Santa Fe

El Paraná, muy estrecho en ese lugar debido a la gran cantidad de islas, nos transportó casi inmediatamente a la provincia de Santa Fe, separada sólo por aquel río de la de Entre Ríos. Doblamos la punta avanzada de una isla y entramos en un brazo muy grande del río, que da a un canal natural muy angosto, llamado *Riacho de Santa Fe*, porque conduce a esta ciudad. Dos barcos nos pasaron, llenos de numerosos pasajeros, que van diariamente a comprar carne a la Bajada. Ese trayecto es, a cada instante, frecuentado por esas embarcaciones, que hacen esos viajes una vez al día. Entramos en ese nuevo brazo, estrecho y bordeado de terrenos entonces inundados; a su izquierda aparecía un gran lago, sin duda temporal. El canal no puede ser más tortuoso; da nacimiento a otros canales que van a desembocar en el Riacho de Coronda; esas costas nada tienen de pintoresco, porque los terrenos inundados le restan el panorama que pudieran tener. Vi también numerosos caimanes y me informé, más tarde, que viven más al sur, porque no ascienden arriba de los 31 grados 30 minutos de latitud, que era donde estaban. Al llegar cerca de la ciudad, cuyos campanarios se elevaban, a lo lejos, por encima de las casas, vi que el acantilado, sobre el cual está situado, se halla rodeada al norte de una gran masa de agua que se extiende hasta perderse de vista; era el Río Salado o Santo Tomé, entonces desbordado, que tiene su origen en la provincia de Salta. Me asombró mucho que Azara, en sus mapas, y todos los geógrafos modernos, de acuerdo con él, hayan ubicado la ciudad entre este río y el Paraná, mientras que está, por el contrario, al oeste de ese río, sobre la margen misma.

1828
Santa Fe

Llegué poco después de mediodía a Santa Fe, habiéndome conducido con rapidez la corriente. Me impresionó, al aproximarme, el aspecto de gran ciudad que presentaba, situada como está en lo alto de un acantilado arcilloso.

Todos los alrededores de la ciudad actual estaban habitados por los indios abipones, que vivían de la caza en esas inmensas llanuras que bordean el Paraná y que a su género de vida debían el carácter belicoso que presentan hasta nuestros días. Más tarde fueron reemplazados por los bmocobís, más belicosos aún, que hostigaban continuamente a los españoles, que hacen hasta hoy bastante daño a los habitantes actuales y seguirán siendo durante siglos, tal vez, hostiles a los habitantes de las campañas de los alrededores. En 1573, el general Juan de Garay, después de haber acompañado al general Casares hasta la desembocadura del Plata, regresó a esos lugares, llevando consigo ochenta hombres, que fueron el núcleo de la población de la ciudad naciente, llamada por él *Santa Fe de la Veracruz*. Esta ciudad fue fundada primero al sudeste del río hoy llamado Salado, a la orilla opuesta de donde habitan los indios quilaozas[12] y calchaquíes, a tres leguas de Paraná y a treinta leguas arriba del lugar donde está hoy, en una hermosa llanura. Fortificó la ciudad y realizó una salida[13], a fin de obtener indios, para repartirlos como siervos en *encomiendas*, de acuerdo al uso de la época. Los indios se reunieron con el fin de echar a los extranjeros, y su número aumentó al punto de causar miedo a Garay. Cuando éste comprobó que eran demasiado fuertes como para poder hacerles frente, invitó a su gente a retirarse y la hizo reembarcar. Estaban en eso, cuando el vigía vio a un hombre a caballo que combatía a los abipones. La sorpresa fue extrema y aumentó cuando otros combatientes aparecieron secundando al primero. Esos caballeros sólo podían ser españoles; en efecto, eran soldados, llegados de Tucumán, por orden de Cabrera, gobernador de esta última ciudad, a fin de fundar un establecimiento. Incluso ese jefe llegó en persona, para tratar de impedir que Garay fundara la ciudad; pero éste se mantuvo firme, obtuvo tierras del adelantado Ortiz de Zárate y, más tarde, el asentimiento de la Audiencia de Charcas. Los primeros fundadores experimentaron innumerables dificultades en esa operación. Los indios los atacaron frecuentemente, durante treinta años, y si llegaron a establecerse, sólo fue a fuerza de coraje y perseverancia. La ciudad permaneció en el mismo lugar hasta 1651, en que diversos inconvenientes obligaron a trasladarla a la orilla oeste del río Salado, mucho más abajo, en el lugar donde está todavía hoy. Alcanzó entonces el esplendor que la caracterizó hasta 1708, época en la cual los indios bocobis abandona-

12 Esos datos son extraídos de Funes. Los indios quilaozas, a los que nos referimos, eran sin duda una tribu de los actuales bocobís.

13 Azara ubica erróneamente en sus mapas la antigua ciudad en el lugar donde está actualmente Cayesta.

ron, bajo las órdenes de su cacique Notiviri, las fronteras de Salta, donde habían combatido durante mucho tiempo, y fueron a habitar el país de los abipones, en los alrededores de Santa Fe. Ese cacique logró sublevar a las naciones vecinas para arruinar la ciudad e hizo temer que su proyecto fuera demasiado practicable. Fueron, sin embargo, rechazados, pero la ciudad y las campañas eran siempre hostigadas. Los indios robaban el ganado, mataban a los pobladores y muchos encuentros tuvieron lugar de una y otra parte. Los españoles compensaban, con la superioridad de sus armas, el número de indígenas asaltantes. Triunfaron en 1712 y 1718; pero, dos años después, Santa Fe se encontró de nuevo en grandes apuros, con sus campos devastados, la ciudad atacada y sus habitantes se vieron obligados a abandonar el territorio a sus primeros amos, lo que duró hasta 1722, época en la cual el gobernador del Paraguay, Zabala, vino en su ayuda. También él estuvo a punto de ser derrotado por los bárbaros y nada logró. Los indios continuaron sus ataques hasta 1733, en que fueron vencidos por Echagüe, que trató bien a los prisioneros y creyó poder enviar a varios de ellos con propuestas de paz. Esas propuestas fueron favorablemente acogidas y los indios se mostraron amigos, a lo menos por algún tiempo. Llegaron, en 1743, hasta pedir misioneros, y una parte de los bocobís formó la aldea de San Francisco Javier.

Después de todas esas guerras, favorecidas por los bosques de los alrededores de Santa Fe, la ciudad se fortificó poco a poco; hacia fines del siglo XVIII, su población era ya de 4.000 almas, y desde entonces sus fuerzas fueron demasiado respetables como para temer todavía los ataques de los indios, quienes pensaban más en pelearse entre sí que en atacar a los españoles, cuyas armas conocían. Los abipones fueron en esa época destruidos, por así decirlo, por los bocobís, sus vecinos; y existía un camino de carretas entre Santa Fe y Santiago del Estero[14]; hoy no hay la menor comunicación entro esas dos ciudades y ese trayecto está ocupado por naciones salvajes siempre armadas para luchar entre sí. La transición de la esclavitud a la libertad era difícil; por eso la anarquía reinaba entre la capital de la República Argentina y la provincia de Santa Fe. El gobernador López quiso establecer un nuevo sistema militar; había elegido trescientos de esos indómitos bocobís, los había habituado al servicio y a la disciplina, haciendo de ellos su guardia particular y, frente a los otros gobernadores, se glorificó de ese éxito obtenido sobre naciones consideradas muy a menudo por los españoles como bárbaras incapaces de educación[15].

---

14 Es, por lo menos, lo que dice el gobernador de esa provincia, en su rendición de cuentas de 1790, documento cuyo original obra en mi poder.

Si, para no volver a lo que sucedió en la provincia de Santa Fe, en medio de las revoluciones de 1828 a 1830, doy un vistazo anticipado a los acontecimientos, veremos cuál debía ser el resultado de la educación militar de los bocobís. En 1828, el gobierno federal de Dorrego fue completamente derrocado por la revolución del general Lavalle. El partido unitario volvió a apoderarse entonces del gobierno. Esta singular sublevación, que tuvo lugar sin mayor dificultad en Buenos Aires, encendió pronto una guerra civil desoladora en sus campañas. El general Dorrego, sostenido por el coronel Rosas, reunió a todos los habitantes de la campaña contra la ciudad. Es sabido de qué manera Lavalle hizo fusilar a Dorrego, sin ningún juicio, lo que enconó aún más los espíritus. El partido federal estaba ofendido. El gobernador López no quiso quedarse atrás. Se presentó con sus fieles indios y una muchedumbre de milicianos ávidos de meter mano en el botín común y atraídos por la esperanza del saqueo. Buenos Aires fue bloqueada durante largo tiempo y sus campañas asoladas y arrasadas por las tropas reunidas; Lavalle tomó por fin las armas en 1829, y el coronel Rosas, para indemnizar al gobernador López de su ayuda y, además, de todo lo que había sido robado, le dio, según se aseguraba entonces, 100.000 cabezas de ganado que sacó de los alrededores[16]. Ese ganado fue entregado a los bocobís, que habían hecho prodigios de valor. Estos debían conducirlo a la misma ciudad de Santa Fe, pero les pareció más conveniente regresar, con armas y bagajes, y con ese inmenso botín, a los lugares salvajes habitados por sus padres. Desertaron, pues, en masa, y a principios de 1830, el coronel López buscó el medio de atraer de nuevo a esos indios, que había disciplinado con tanto cuidado y que vivían en la abundancia, mientras que los santafecinos estaban reducidos a los últimos extremos de la miseria. Como mi traslado a las costas del océano Pacífico me hizo perder la ilación de los acontecimientos de que esas comarcas fueron teatro posteriormente, no puedo seguir más lejos de la historia que, por lo demás, no ofrece, casi siempre, más que

15 El gobernador de Santa Fe era entonces el caudillo Estanislao López. (N. del T.).

16 Posiblemente D'Orbigny haya querido referirse a la entrega de 25.000 cabezas de ganado que, por una cláusula adicional del Tratado de Benegas (20 de noviembre de 1820), Rosas se obligó a entregar a Estanislao López. Don Juan Manuel cumplió lo pactado donando al gobernador de Santa Fe 5.146 cabezas más de las prometidas. Recibió, en cambio, 37.500 pesos, la estancia del Rey en la Magdalena y la recaudación del diezmo de cuatropea del Partido de Arrecifes, que le hizo el gobierno de Buenos Aires; y la ciudadanía santafecina, el grado de coronel mayor y una propiedad de cuatro leguas por ocho, con que el gobernador de Santa Fe compensó su "regalo". De ser exacta la información de D'Orbigny, Rosas habría entregado a López otras 100.000 cabezas en 1829. (N. del T.).

una sucesión demasiado funesta de movimientos revolucionarios; y vuelvo, pues, a retomar el relato de mi viaje.

Estaba en Santa Fe; había amarrado mi embarcación en el mismo puerto, en medio de gran número de pequeñas embarcaciones de pasajeros que hacían el trayecto a la Bajada, y de *lanchones*, que servían para ir a buscar madera a las islas, destinada al aprovisionamiento de la ciudad. Ningún navío grande estaba anclado en el puerto. Luego de haber dejado a mi gente al cuidado del barco fui a ver al gobernador y a ocuparme de todo lo necesario para levantar los obstáculos a la continuación de mi viaje. Hallé una ciudad como Buenos Aires, dividida regularmente en cuadras, o cuadrados iguales, cuyas calles son anchas; su aspecto, que me impresionó por su contraste con Corrientes y la Bajada, ciudades que acababa de dejar, era el de una verdadera ciudad, muy distinta de aquellas grandes aldeas. Se veía, de inmediato, que debía haber gozado de mucho esplendor en tiempo de los españoles; las casas tienen un aspecto exterior rico, con grandes puertas, patios y calles bien construidas que me condujeron a la plaza, donde están el cabildo y una de las iglesias. El primero de esos edificios se parece mucho al de Corrientes, pero es más vasto y mejor construido, revelando mayor opulencia. Los indios bocobís forman la guarnición de Santa Fe. Su color moreno cetrino y su rostro no desarmonizan con su uniforme; su mirada, naturalmente arrogante, produce buen efecto, con ese uniforme nuevo; los vi maniobrar hasta con placer. Estaban bien disciplinados y parecían poner en sus ejercicios todo el celo de que son susceptibles. En la visita que hice al gobernador, fui tratado con una altivez poco común; apenas se dignó responderme, me intimó la orden de tomar un nuevo pasaporte, si permanecía más de veinticuatro horas. Me tuve por bien advertido, sabiendo lo que cuestan los pasaportes en los países libres. Me dediqué entonces a recorrer la ciudad, a fin de tener una idea exacta; nada noté de notable. Una iglesia parroquial y otras tres pertenecientes a conventos de monjas: las de *Santo Domingo*, *San Francisco* y de *la Merced;* era lo mismo que en Corrientes, las mismas órdenes, y los conventos tenían más o menos la misma apariencia. Las mujeres del pueblo, que vi en el puerto, me chocaron por el grosero descaro con que se arrimaban a los marineros; me parecieron, por lo demás, igualmente poco recatadas en la ciudad. Contrastaban con las señoras que encontré en las calles; éstas estaban vestidas como las mujeres de Buenos Aires, con el mismo lujo, y sus modales eran igualmente graciosos. Movían, con una elegancia muy particular, el abanico que llevaban en la mano. Comprobé, por lo demás, tres clases bien diferenciadas de habitantes en Santa Fe: la primera es la de los *caballeros* o personas ricas que ocupan los empleos,

siguen las modas de Buenos Aires, aunque con algún retraso, y visten como los europeos. Son hombres de aspecto altanero, orgulloso, que, en el nuevo estado de cosas, reemplazan a los *hidalgos* o nobles de antes de la emancipación. Insolentes con los extranjeros, a los cuales detestan, debido a su superioridad sobre ellos, desprecian a los artesanos de toda especie, viviendo a la par y en compañía de los gauchos. La segunda clase, los *artesanos* u obreros de todo tipo, forman una serie de hombres indios, mulatos o extranjeros, despreciados por los caballeros porque trabajan para vivir y trabajar es un deshonor. No hay que confundir, sin embargo, a los tenderos con los artesanos; los primeros son tan estimados como los segundos lo son poco. Un comerciante, mientras no produce por sí mismo, pertenece a las primeras clases de la sociedad. El pobre artesano está obligado a vivir con los indios y los mulatos, porque no puede ser considerado por ninguna otra clase; hasta los hombres del campo evitan su sociedad. Por lo general está apenas cubierto de un poncho, y los domingos, de un chaleco redondo, no permitiéndose llevar traje ni levita. La tercera clase es la de los *gauchos* o *campesinos*; hombres de semblante siniestro, mal vestidos, siempre armados de un cuchillo, siempre dispuestos a matar, o a derramar sangre, siempre a caballo, ya los he presentado al referirme a la Bajada y volveré a hacerlo más extensamente al tratar de Buenos Aires y sus alrededores, porque en todas esas campañas son los mismos, aunque se asegura que los de la Bajada y Santa Fe son más feroces que los de las Pampas. Me reconocían fácilmente como extranjero, pero solamente cuando hablaba, porque mi piel, ennegrecida por el sol, me hacía parecer un indígena y allí, como en Córdoba, bajo el gobierno de Bustos, no ser americano constituía un crimen; por eso era muy mal recibido cuando pedía algunas informaciones. Cansado de pasearme por la ciudad, traté de conseguir un indio bocobí que supiera español, a fin de recoger una serie de palabras del idioma de esa nación, con el fin de compararlas con las de otras naciones del Chaco. Mi diligencia hubiera resultado vana, a no haber encontrado a un sombrerero compatriota, quien era amigo de otro artesano de la región, un zapatero medio indio, quien me prometió llevarme uno esa misma noche. Me sentí muy dichoso de la amabilidad de ese hombre, porque no la encontré en ningún otro. Me dirigí por la noche a su morada y pronto llegaron un indio y una india bocobís, a los cuales formulé numerosas preguntas, a menudo interrumpidas por las risas de lástima de los obreros del taller, que hallaban raro que se viniera de tan lejos para escribir la lengua de los *bárbaros*. De cualquier manera, continué hasta que los indios quisieron escucharme y responderme, y el vocabulario que formé me hizo fácilmente reconocer que su lengua es la misma que la de los tobas, con algunas alteraciones y

algunas palabras más, que se han deslizado durante siglos y que hacen que los bocobís la consideren distinta a la de sus vecinos. Inútilmente para mí, el autor del *Viaje por la América Meridional*, don Félix de Azara, repite al tratar cada nación: "Su lengua es completamente diferente de todas las otras". Estoy convencido no solamente de que el idioma de los bocobís o mocobís es el mismo que el de los tobas y abipones, sino también (y me será fácil probarlo) que es el de casi todas las pequeñas naciones belicosas del Gran Chaco, desde el 24º al 32º de latitud sur, tales como los lenguas, los enimagas, los machicuys, etc. El autor español, tan verídico, por lo demás, cuando ve por sí mismo las cosas se ha equivocado por completo en la descripción que hace de esa nación. Si bien tiene razón cuando la presenta como orgullosa, altanera y guerrera, está errado cuando dice que su estatura media es de cinco pies seis pulgadas. He visto numerosos bocobís y puedo asegurar que, en término medio, tienen apenas cinco pies una pulgada francesa; por lo demás, están bien formados, son macizos y fuertes, pero perezosos por excelencia. Habitan el centro del Chaco, entre los 26° y los 30° de latitud sur, y combatieron a los pobladores de Córdoba hasta 1708, época en la cual fueron a establecerse cerca de Santa Fe, donde, más tarde, una parte de ellos formó las aldeas de San Javier, San Pedro e Yspin. Son, por otra parte, verdaderos tobas por sus costumbres, lo mismo que por su manera de combatir. Entre ellos, la edad de la nubilidad de las mujeres se señala con dibujos tatuados en los senos, costumbre que han abandonado las que viven entre los cristianos.

La provincia de Santa Fe está limitada al este por el Paraná, que la separa de la provincia de Entre Ríos; al sur por el río Saladillo, que la separa de la de Buenos Aires; al oeste y al norte por desiertos que habitan los salvajes, que no permiten a la provincia tener límites fijos de ese lado, porque ellos se extienden, más o menos, en esa dirección, según el estado de mayor o menor hostilidad de sus habitantes. Los lugares habitados de la provincia están situados a orillas del Paraná, del río Salado, del *Saladillo Grande* o del Yspin, únicos ríos que riegan el territorio. Ninguna colina aparece en medio de las llanuras. Allí comienzan ya las pampas. Por su composición geológica, son recias capas de arcilla grosera, algo endurecida, efervescente, gris ceniza, que contienen solamente esqueletos de mamíferos. En esa capa se descubrió el megaterio que está en el Museo de Madrid. La superficie del suelo es horizontal, pero difiere de la de las pampas propiamente dichas, donde se presentan montes esparcidos de acacias espinillos, mientras que las pampas están totalmente desprovistas de árboles. Aquéllos se deben, posiblemente, a la proximidad del Paraná y a la vecindad de las tierras boscosas de Entre Ríos. El campo es árido, seco, y sus

tierras están lejos de tener valor para la agricultura, de donde resulta que los habitantes se ocupan principalmente de criar ganado, lo que constituye la riqueza de la región[17]. No hablaré ni de la zoología ni de la botánica de Santa Fe, muy poco distintas de las de Entre Ríos, para merecer una descripción especial. Desde el punto de vista comercial, Santa Fe es un lugar importante. La ciudad se comunica diariamente con Córdoba y las otras provincias llamadas *de arriba*, y cuando las guerras de los indios pampas, se hacía indispensable pasar por la ciudad, para ir a esas regiones limítrofes de Bolivia. Su comercio de exportación consiste en cueros de ganado y algunas pieles; si toma mayor extensión, cuando vuelva la tranquilidad, es seguro que las mercaderías de Córdoba en vez de ir por tierra de esa ciudad a Buenos Aires, podrán ir a Santa Fe, de donde se embarcarán para la capital argentina, reduciendo a la tercera parte de su longitud el trayecto por tierra, siempre más costoso que el trayecto por agua.

Las conversaciones que mantuve con muchos patrones de embarcaciones que venían de Buenos Aires debían inspirarme temores reales sobre la continuación de mi viaje. La entrada del Paraná estaba llena de piratas, que remontaban el río hasta San Pedro; asaltaban y robaban los navíos, mataban a los pasajeros, quemaban los buques y se entregaban a excesos que hacían imposible la navegación. ¿Qué hacer? No había llegado aún al teatro de esas depredaciones. Decidí avanzar algo más, a fin de informarme mejor, antes de modificar mi ruta. Volví a mi chalana donde me acosté, tanto para no verme obligado a obtener un nuevo pasaporte, como para no violar las leyes locales que me habían sido comunicadas. Me dispuse a continuar el viaje a la mañana siguiente, conociendo ya bien Santa Fe al punto que la prolongación de mi permanencia hubiera sido tiempo perdido.

7 de mayo

El 7 de mayo partí, bordeando un momento la costa, y luego, entre los numerosos canales que forman el *Riacho de Coronda*, elegí el que seguía la costa firme. Ese brazo del río, o por mejor decirlo, el curso del río Salado, está separado del Paraná por una gran extensión de terrenos bajos, en parte inundados, que forman inmensas islas. Ese canal se desarrolla en más de las dos terceras partes de su longitud, antes de reunirse con el Paraná; primero la ribera firme está formada de barrancas elevadas quince o veinte pies de altura por sobre el agua, todas

17 Santa Fe, cubierta de numerosas, ricas y prósperas colonias, es hoy una de las primeras provincias agrícolas de la República Argentina, lo que demuestra la superficialidad de esa afirmación del autor. D'Orbigny no pudo, evidentemente, juzgar el valor de las tierras al no alejarse de la capital provincial. (N. del T.).

arcillosas. Su cima está cubierta de bosques de *espinillos* y *algarrobos*, cuyas dos especies son acacias. La primera produce, durante su temporada, una flor amarilla de pequeños capullos, cuyo olor se expande a lo lejos por los alrededores y que en Bolivia se llama *aroma*. He hablado ya varias veces del triste aspecto de este árbol. La otra especie, si bien no tiene un aspecto elegante a la vista, es por lo menos más productiva y da esa cáscara carnosa, harinosa y azucarada, con la cual los habitantes de la provincia de *Santiago del Estero* se alimentan casi exclusivamente, tanto en su estado natural como en bebida. Me detuve en medio de esos bosques achaparrados. A las once, pude cazar y matar, en poco tiempo, muchos ánades y palomas salvajes, así como varios pájaros interesantes a la ciencia. Volví a ver, no sin placer, agujeros de vizcachas, singulares mamíferos que he sido el primero en enviar a Europa y que no se sabía a qué género pertenecían antes de mi viaje, porque sólo eran conocidos por las descripciones de Azara. El sol lanzaba sus rayos con fuerza, lo que nunca me detenía. Regresaba de la caza al barco, cuando, pasando cerca del baquiano, dormido sobre la hierba, vi, a lo largo de su pierna, una enorme víbora de la especie que se llama *Víbora de la Cruz*, considerada, con razón, la más peligrosa de todas; no sabía qué hacer, temiendo que al despertarlo se volteara sobre el maligno animal, el cual hubiera podido morderlo; tuve un instante de indecisión; luego me acerqué, cogiendo a la vez sus dos piernas, y bruscamente, arrastrándolo lejos de allí, antes de que se despertara. Al abrir los ojos, parecía asombrarse de esa manera un tanto brutal de despertar a las personas, pero cuando vio el peligro de que acababa de salvarlo me dio las gracias y matamos al animal venenoso. Abandoné esos lugares y seguí por las mismas costas; luego, creyendo acortar distancias, tomé por un brazo del riacho que parecía más directo. Ese brazo, después de prolongarse bastante tiempo en medio de esas llanuras inundadas, me condujo a un gran lago sin salida, de donde me vi obligado a regresar. Tomé otro brazo, donde una corriente bastante rápida parecía anunciar una salida; atravesé una gran laguna; después las aguas se extendieron por llanuras todavía inundadas y me encontré en un gran embarazo, porque debimos buscar un canal que nos condujo al principal. Nada mejor imaginamos que detenernos e ir por tierra, con el agua hasta la rodilla, buscando un camino. Descubrimos finalmente un paso y, luego de dos horas, empleadas en arrastrar la embarcación con el agua hasta la cintura, llegamos a un canal profundo; nos detuvimos entonces para descansar, antes de alcanzar, contra la corriente, el brazo principal. Todas esas llanuras inundadas estaban cubiertas de innumerables ánades de diferentes especies, en distintas bandadas. No exagero al decir que una de esas bandas cubría varios millares de me-

tros cuadrados de extensión. Esas ruidosas aves venían de las regiones australes de donde huían debido a los fríos que ya se hacían sentir. Dos de sus especies sólo iban siempre en grandes bandadas más andarinas que las otras, pareciéndose algo, por sus costumbres, a los gansos; son el ánade de cara blanca[18] y el ánade rojo y negro de Azara. Los otros, por el contrario, van en pequeñas bandadas y se mantienen, por lo general, sobre las aguas. Quienes no han visto más que a nuestros ánades europeos no pueden tener una idea justa de esas reuniones, que coloran, con sus tintes variados, una gran extensión, o que, con sus extensos vuelos, forman una nube en el horizonte, mientras que aturden los gritos de unas y los silbidos de otras. Las gallinas de agua, no menos numerosas, son sobre todo mucho más ruidosas. Tratando de acercarme a esos ánades para hacerles fuego, vi en todas partes, en el agua que cubría esas llanuras, muchos peces de los llamados sábalos; había tantos a flor de agua que pude matar varios a golpes de fusil. Esos peces sucumben todos los años cuando las aguas se retiran poco a poco y sus cuerpos muertos atraen gran cantidad de aves cultrirrostras, las más ictiófagas de esas comarcas. Recorriendo una pequeña llanura menos inundada que las otras, vi, en un lugar seco, una gran cantidad de cáscaras de huevo de tortuga de agua dulce; las contemplé de cerca y comprobé que cada una de esas cáscaras yacía cerca de un agujero recién abierto por rascones gigantes, de los cuales muchos, todavía en los alrededores, se ocupaban de vaciar o romper los huevos, que les gustan mucho. Muy a menudo los huevos que encierran esos hoyos no están todos rotos; por otra parte, había tantos nidos que pude encontrar muchos aún intactos, conteniendo de ocho a doce huevos esféricos, todos del mismo diámetro, que pertenecían a la misma especie de émido. Parecía como si todas las tortugas de los alrededores se hubieran reunido en esos lugares, a fin de hacer una postura común. Esa circunstancia me recuerda, aunque en pequeño, el instinto de sociabilidad de los émidos del Orinoco, tan bien descrito por el Sr. de Humboldt, en su *Viaje a las regiones ecuatoriales*. Si es raro encontrar análogas costumbres entre los quelonios que, de especies diferentes, viven en comarcas tan distantes entre sí, lo es más todavía encontrar ese espíritu de sociabilidad en animales de sangre fría, cuyas facultades instintivas son tan limitadas.

Volví con trabajo al acantilado de la costa firme, prometiendo no abandonarlo, temiendo equivocarme de nuevo. Recorrí los alrededores del lugar donde estaba; había siempre espinillos distantes entre sí, en medio de peque-

18 *Anas viduata*, Linn.

ñas llanuras arcillosas. Vi con placer las madrigueras de las vizcachas; por la noche fui a espiarlas; las examiné atentamente y vi, alrededor de cada pequeña colonia, un ancho espacio enteramente libre de todo, hasta de hierbas, limpiado con raro cuidado; y, en medio de cinco o seis de sus entradas, pedacitos de madera, de piedras, sobre todo de huesos, que harían creer que esa morada debía pertenecer más bien a un animal carnicero que a un roedor, y en fin, todos los cuerpos sólidos que la colonia había podido hallar en los alrededores. Supe, más tarde, que ese solícito animal no deja nunca un muerto en sus bóvedas subterráneas; que, cuando uno de ellos perece por una causa cualquiera, los otros lo empujan y lo colocan en medio de los hoyos. Los pobladores de esas llanuras tienen una idea tan cabal del instinto de las vizcachas para recoger todo lo que hallan en el campo, que van a buscar, en el conjunto de materiales heterogéneos reunido por esos animales, su cuchillo o todo otro objeto extraviado o perdido. Observé que cada colonia está separada y posee su propio terreno; que cada una de ellas está compuesta de cinco o seis madrigueras solamente; que el espacio desprovisto de vegetación tiene más o menos diez a quince pies de ancho, y que la hierba está roída en un espacio de cincuenta a sesenta pies de circunferencia. Estuve algún tiempo sin oír nada; luego, cuando anocheció, se oyó desde las galerías subterráneas cantos cadenciosos mezclados a gritos agudos. La familia estaba despierta. Poco después, una vieja vizcacha mostró su nariz a la entrada de uno de los agujeros, salió luego y fue seguida de algunas otras, que se pusieron a jugar sobre la tierra, no lejos de la madriguera, recordando esos pasatiempos, los de los conejos. Entonces, a pesar de la pena que experimentaba de turbar la tranquilidad de esa pacífica familia, recordé que era naturalista y que necesitaba una vizcacha. Hice fuego en medio de la banda, que desapareció, dejando en el lugar dos desdichadas víctimas. La vizcacha es un animal próximo a la marmota por sus formas y sus costumbres, más gruesa y rechoncha que nuestra liebre, de orejas más cortas, cabeza más ancha y cola larga y levantada; su pelaje es gris moreno por arriba, gris ceniza por debajo, con una ancha faja transversal frente a la cara, lo que, junto a unos bigotes negros muy largos que adornan su labio superior, le dan un aspecto de animal horrible. Sus colonias cubren aquí y allá todas las pampas de Buenos Aires y se extienden hasta la Patagonia. Cavan hasta tal punto la tierra que hacen peligroso el galope en la campaña. Sucede a menudo que un caballo se hunde en las madrigueras, en medio de la carrera, y arroja pesadamente al jinete por tierra. Las madrigueras de las vizcachas sirven también de morada a un animal que no se esperaría ni so-

Santa Fe. Coronda

ñando encontrar en semejante compañía, la lechuza urucurea (*noctua cunicularia*, Mol.), tan común en todas las provincias del Plata. Es raro encontrar una *vizcachera* (reunión de madrigueras de vizcachas) sin ver una o dos lechuzas posadas en el lugar más elevado del montículo. El ave, aunque nocturna, ve bastante bien de día, y cuando advierte la presencia de un viajero da muestras de su pavor con una serie de gritos agudos, destinados, sin duda, a despertar a la familia que vive abajo. Podría considerarse la lechuza un centinela, pagando, con ese servicio, la hospitalidad que se le brinda.

Regresé con mi caza, contento de poseer un animal tan poco común en Europa. Nos acostamos por tierra, en esos lugares deliciosos; la proximidad de los pantanos y de los bosques llenaba el aire de sonidos tan raros como variados; los ánades silbaban a cual mejor; las alegres gallinas acuáticas, así como los rascones gigantes hacían, por intervalos, oír sus canciones cadenciosas. De tiempo en tiempo renacía la calma, como por encanto, después de un gran alboroto; y se oía entonces a los tímidos quiyás (*myopotamus coypus*), ese castor de la América meridional, cuyos gritos se repiten por todas partes. A menudo son acentos lastimosos, que podrían compararse a balidos de corderitos; otras veces es un sonido grave, análogo, aunque menos fuerte, al mugido de una vaca cuando llama a su ternero. Esos diversos sonidos me agradaban, aunque me conducían paulatinamente a la melancolía, pero a una melancolía mezclada de un encanto que no era nuevo para mí. Gustaba con frenesí el placer de vivir en medio de una naturaleza virgen, rodeado de seres que parecían felices, cuando el rugido de un jaguar hizo cambiar mis ideas y ver las cosas desde un punto de vista diferente. Permanecí, sin embargo, en tierra y la noche transcurrió, aunque no sin haber experimentado, a lo largo de ella, algunos temores, bastante justificados por la vecindad del tirano de los despoblados.

Antes del día, fui de nuevo, pero en vano, a espiar a las vizcachas; no salieron y me resolví a partir. La costa firme estaba primero desierta, pero una legua más abajo se iba animando poco a poco, y algunas pequeñas cabañas cubiertas de paja, a la manera de la región, le daban vida. La campaña estaba poblada de ganado, que pastaba sobre las bellas llanuras, menos cubiertas de espinillos; las orillas del canal estaban también animadas de mil maneras; tanto eran bandadas de gallinas acuáticas que se alejaban rápidamente frente al barco, nadando o procurando volar; tanto nubes de gaviotas o de geolandias que hendían el aire haciendo resonar los alrededores con sus gritos desagradables. Millares de ánades se elevaban a la vez, mientras que las majestuosas cigüeñas surcaban plácidamente la superficie de las aguas, que entrecortaban

las llanuras. La naturaleza era viva por doquier y ese movimiento continuo amenizaba, en todas sus partes, la campaña, haciendo reposar agradablemente la vista. Había observado que en ciertos lugares las barrancas arcillosas estaban cavadas de una manera uniforme. Incluso ese fenómeno me intrigaba desde algún tiempo, hasta que pude, finalmente, conocer la causa, al ver a vacunos, reunidos en una de esas excavaciones, lamer con avidez la tierra. Descendí y observé que esos terrenos están saturados de porciones salinas buscadas por los animales, los cuales, a fuerza de lamer, forman esos hoyos. La navegación por las orillas ofrece un panorama monótono. Llegué frente a cabañas abandonadas, cerca de lugares donde los carboneros se habían establecido momentáneamente para explotar los bosques de espinillos, que producen excelente carbón; es un negocio que realizan, a intervalos, los habitantes de Rosario o de San *Nicolás de los Arroyos*. Me detuve a fin de preparar mi caza de la víspera y buscar insectos bajo la corteza de los árboles muertos. Esos insectos eran muy numerosos y encontré muchos murciélagos bajo la de un viejo sauce. Reanudé la marcha y llegué a la aldea de Coronda, que da su nombre al arroyo por el cual navegaba.

Ese villorrio fue fundado en 1768 por los hacendados de los alrededores y debe haber sufrido mucho durante las guerras de la independencia, o la cifra que da Azara comprende también a la población de las regiones vecinas, porque este autor hizo elevar el número de habitantes a 2.000 almas[19], a fines del siglo pasado (siglo XVIII), mientras que hoy llega apenas a seiscientos u ochocientos habitantes. Es un villorrio mal construido, con una capilla poco vasta, donde todo respira miseria. Los estancieros parecen ser todos, sin embargo, estancieros o hacendados; por eso resulta difícil establecer por el vestido si son ricos o pobres, porque esos hombres se preocupan tan poco de su aspecto exterior que, a menudo, un hacendado muy rico inspira piedad a causa de los harapos que lo cubren. Permanecí sólo algunos instantes en el villorrio; el aspecto de los habitantes me pareció poco tranquilizador y pronto emprendí viaje, yendo a instalarme algo más abajo, en los pantanos de la orilla oriental, temiendo acostarme en tierra firme. El sitio que ocupaba estaba en parte inundado y en parte seco; el agua acababa de abandonarlo. Los lugares donde estuvo el agua se hallaban repletos de peces, y como éstos no mordían el anzuelo los maté a culatazos, así como a numerosos pájaros interesantes. Pasé toda la noche en el agua y dormí en medio de millares de aves acuáticas.

---

19 *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, t. 2, p. 338.

Así mojado, en medio de las islas inundadas, recordé la descripción pomposa, hecha por don Ignacio Núñez[20] de Buenos Aires, de las crecidas periódicas del Paraná, que compara al Nilo, diciendo que los dos ríos tienen sus fuentes en la zona tórrida y se arrojan al mar más o menos en la misma latitud, dirigiendo su curso en dirección al polo, y que ambos son igualmente navegables. Hasta aquí los puntos de comparación pueden ser más o menos justos, pero cuando el autor hispanoamericano compara las crecidas periódicas de ambos ríos, está completamente equivocado. El Paraná no sale de su lecho como Núñez pretende; sería necesaria una crecida extraordinaria al extremo para que llegara arriba de las altas barrancas que lo bordean. Inunda únicamente las islas de aluvión, como todos los ríos de Europa, pero no deja ese limo que enriquece a los agricultores ribereños del río de Egipto. Las islas que cubre permanecen sumergidas algún tiempo y no son más productivas después que antes de la inundación; sólo sirven para dar, en la estación seca, abundantes pastos al ganado que se traslada allí momentáneamente. Por lo demás, esta descripción no es más que una copia menos enfática de la de Falconer, quien va más lejos todavía, al decir que el limo, depositado por las aguas, abona la tierra y le da la mayor fertilidad. Podríamos preguntar al autor citado dónde se hallan esas tierras, porque las menos inundadas y las más aprovechables de las islas del Paraná son aquéllas en las cuales yo estaba y podía apreciarlas. Las vi en época de sequía, así como en días de crecida, y puedo afirmar que ninguna de ellas está cultivada, ni puede serlo, porque cuando se cortan las hierbas que las cubren, las corrientes rápidas que pasan por encima durante las inundaciones se llevan la tierra y la isla desaparece rápidamente. Es fácil ver, por otra parte, en la exageración de las descripciones del autor inglés, un propósito bien claro: empujar al gobierno británico a apoderarse del Plata y sus afluentes. Es sabido que tal fue el resultado de las tentativas hechas con ese fin.

9 de mayo

Pasé la noche en medio de esos terrenos. El 9 por la mañana, una espesa niebla cubría la tierra e impedía distinguir los objetos. La aproveché para cazar en los alrededores; luego el sol reapareció y continué camino. Llegué muy pronto a la entrada de una inmensa laguna, donde el piloto me asustó, diciéndome que las olas se elevaban a veces a tal altura que los barquichuelos se veían obligados a pararse y aguardar la calma. Esa laguna parece tener dos leguas de largo por algo menos de ancho; las aguas estaban tranquilas y el viento no hacía más que rizar la

20 *Esquisses historiques, politiques et statisques de Buenos Aires*, et, traducido al francés, p. 257.

superficie, impulsando el barco. Atravesamos un pequeño mar cuya costa tocamos, donde me detuve para hacer una corta excursión por los alrededores; luego continuamos la navegación. La costa firme siempre era boscosa y, de vez en cuando, podía ver cabañas sobre el acantilado o bien algunos animales pastando a orillas del canal, pareciendo que el mismo se ensanchaba sensiblemente. Los bosques cedieron su lugar a llanuras peladas; desde ahí en adelante sólo debíamos encontrarlos de tanto en tanto, antes de desaparecer enteramente, para dejar paso a las pampas propiamente dichas. Los encontramos de nuevo solamente por la noche y estos bosques algo extensos me fueron funestos durante algunos momentos. Penetré en aquél para cazar; había espiado una vizcacha y me dejé sorprender por la noche. Luego vi una chotacabras que voló rápidamente, fue a posarse a veinte pasos de allí y volvió a volar, sin que yo pudiera tirarle. Me propuse ahincadamente seguirla, pero cambió de dirección de tal manera que me perdí. Cuando quise regresar al barco, ninguna estrella podía servirme de guía y, en medio de espinas aceradas, marché siempre en vano... Llamé; solamente el eco me respondió; comencé a inquietarme, tanto más cuanto los rugidos lejanos de los jaguares no eran lo indicado para tranquilizarme... Finalmente, encontré un arroyuelo, y como no dudaba que debía volcarse en el Paraná, lo seguí, en medio de la maleza y de las espinas, y llegué al río, que descendí hasta llegar donde estaban los míos, sin recibir de ellos una sola respuesta a mis gritos repetidos. Estaba fatigado al extremo y hallé a mis gentes inquietas, porque había caminado mucho durante más de dos horas, desde el momento que me perdí.

10 de mayo

El 10 de mayo, por la mañana, llegué a la desembocadura del río Carcarañán[21]; puse de inmediato pie en tierra para recorrer el lugar donde se fundó el primer fuerte español del Paraná. Venían a mi memoria recuerdos históricos a la vista de ese lugar, donde hoy no queda ningún rastro del establecimiento fuera de la desigualdad del terreno, que muestra claramente que hubo en otra época construcciones en tierra. Fue, en efecto, allí donde Gaboto[22], en 1526, después de haber sido expulsado por los charrúas de la desembocadura del Uruguay, fundó el fuerte *Sancti-Spiritu*; fue en ese lugar que cuatro aventureros partieron para atravesar solos el Gran Chaco, con la intención de unirse a los

21 *Carcarañán* es una corrupción de *carácará aña* (*carácará*, diablo), nombre dado por los indios guaraníes, sea porque el lugar estuviese habitado por los indios carácará, sea porque hubieran hallado un pájaro de ese nombre, más malo y astuto que los otros.

22 Informes extraídos de Funes. *Historia del Paraguay*, etc.

conquistadores del Perú, pasando intrépidamente en medio de naciones bárbaras, lo que no se haría en la actualidad. El lugar donde ese fuerte fue construido pertenecía a la nación caracará o timbué, que le hizo buena acogida al extranjero. Gaboto, después de haber construido su fuerte, remontó el Paraná y, a continuación, el Uruguay; luego regresó al establecimiento, donde los indios, dulces y buenos, consagraban su afecto a los españoles; y se selló, de una y otra parte, un tratado de amistad. Dos años transcurrieron en paz, bajo el sabio gobierno de Nuño de Lara, pero el amor que despertó en el jefe de los indios una hermosa española llamada Lucía Miranda destruyó para siempre la tranquilidad de la colonia naciente. El cacique sólo podía obtener a la mujer amada por medio de la violencia; se puso de acuerdo con su hermano y decidió eliminar a los españoles. Trataron de ocultar sus intenciones, sabiendo que carecían de fuerza, y esperaron que una parte de la guarnición se viera obligada a ir lejos en busca de víveres, porque la escasez era muy grande en Sancti-Spiritu. El jefe indio reunió cuatro mil hombres, que apostó cerca de la fortaleza; al ocaso, se presentó con trescientos guerreros elegidos, cargados de víveres, ofreciéndolos al jefe español como prueba de su afecto. Lara recibió el obsequio con agradecimiento, y el astuto indio, que todo lo había calculado, fue invitado por el comandante a pasar la noche bajo el mismo techo; era lo que deseaba. Cuando los españoles estuvieron dormidos, Mangorá puso fuego a la sala de armas y abrió la puerta del fuerte para que entraran los suyos. Los españoles, que tuvieron tiempo de armarse, vendieron cara la vida; Lara, herido de múltiples flechazos, quiso vengar, con la sangre de Mangorá, su vil traición y los dos cayeron muertos. Sólo sobrevivieron a ese ataque los niños y las mujeres, entre otras Lucía Miranda, la cual fue llevada por el hermano de Mangorá, que le prometió la libertad si consentía en ser su esposa, pero esa mujer prefirió la esclavitud. Al día siguiente de la catástrofe, el marido de la española, que mandaba el destacamento enviado en busca de víveres, regresó con los suyos al fuerte, donde sólo halló cadáveres tendidos en el suelo. Llegó al colmo de la desesperación, pero conservó la vida, al saber que su mujer estaba en poder de los indios. Huyó solo y se presentó ante el cacique, quien, dominado por los celos, ordenó la muerte del desdichado español. Lucía se arrojó a los pies del indio, que concedió la vida a su marido bajo la condición de que se casara con una india, no viviera más con su mujer y ambos no hablaran más entre sí... cosa bien difícil; por eso, pronto fueron sorprendidos por el bárbaro en medio de sus expresiones de ternura y, condenados a muerte, murieron al mismo tiempo a la vista uno de la otra. Esto aconteció en 1535; cuatro años más tarde el odio implacable de las dos naciones produjo la ruina completa del fuerte, que fue abandonado para siempre.

Es imposible pisar una tierra donde han sucedido acontecimientos trágicos, sin sentirse involuntariamente dominado por la tristeza; tal era el sentimiento que yo experimentaba entonces con intensidad. Cada vestigio despertaba en mí el recuerdo de esas tragedias tan a menudo repetidas desde la conquista de América. Se conocen numerosos hechos semejantes al ocurrido en el fuerte de *Sancti-Spiritu*, donde el amor desorbitado de un jefe indio causó la ruina de un establecimiento. Se recuerda lo que hizo un jefe araucano en Concepción de Chile, así como muchas otras aventuras semejantes. Diré, sin embargo, que son casos raros. El indio está demasiado apegado a las costumbres que le son transmitidas por los suyos y difícilmente se une a una india de nación distinta de la suya, a menos que sea para hacerla su concubina; constituye, en numerosos pueblos, una regla sagrada y fundamental de su religión.

Casi frente a esa desembocadura, un segundo brazo del Paraná se unía al Coronda y formaba un ancho canal; otros brazos seguían reuniéndose además, de tanto en tanto. La ribera occidental se hacía cada vez más escarpada, más alta y más y más desprovista de árboles. Descendí a tierra, y en la cima del acantilado turbé la tranquilidad de que parecían gozar numerosos ciervos guazúti, que, en grupos, pastaban en el campo, casi mezclados a los avestruces de América o ñandúes, igualmente en tropillas. Primero se inquietaron por mi presencia; pero, cuando vieron que me dirigía en dirección a la costa, huyeron y desaparecieron en medio de las llanuras. Esos animales son de lo más comunes en las pampas, donde resulta difícil sorprenderlos y donde siempre son centinelas dispuestos a advertir el peligro. Vi, por primera vez, el *ara patagón*[23], hermoso papagayo de color variado; deseaba vivamente cazarlo y pensaba lograrlo. Ordené entonces al piloto seguir la corriente e ir a aguardarme en el primer lugar donde se pudiera descender, porque el acantilado, de más de cien pies de altura, cortado en todas partes perpendicularmente sobre las aguas del río, no podía abordarse. Apenas partimos unos y otros, oí que me llamaban; era mi joven correntino que, sabiendo con qué interés yo buscaba esqueletos fósiles en Feliciano, me informó que allí en el acantilado gran número de esos esqueletos sobresalían de la arcilla; me aproximé a la escarpada y descubrí, claramente, la mayor parte de un esqueleto de megaterio, cuya cabeza salía fuera de las capas que lo encerraban; pero estaba por lo menos a unos quince pies debajo mío y, para verlo, tuve que acostarme en tierra y avanzar con la cabeza sobre la escarpada. Me resultaba imposible conseguirlo, a menos de permanecer mucho tiempo en ese lugar salvaje y de tener la ayuda de gran

23 Azara, núm. 277.

número de operarios; considerándolo bien, no disponía de ningún medio de extracción. Debí entonces, con gran pesar, abandonar esos restos de una antigua fauna perdida. Los esqueletos de esos animales tan peculiares, vecinos de los armadillos y cubiertos de una poderosa coraza ósea, se hallan en todas partes, con la capa arcillosa, en la inmensa extensión de la cuenca de Pampas. Así, el que existe entero en el Museo de Madrid ha sido hallado en el Río Luján, bastante cerca de Buenos Aires, y hace muy poco tiempo se han hallado restos muy cerca de esa misma ciudad[24]. No dudo que investigaciones asiduas permiten descubrir en toda la extensión de las pampas, en esa poderosa capa arcillosa y aun en el arenisca inferior, nuevos restos; están mezclados con esqueletos de mamíferos roedores y carnívoros de mediana talla.

Mi barco, llevado por una rápida corriente, me dejó pronto atrás, y yo, cazando, seguía las cimas del acantilado, dominando una inmensa llanura, donde nada limitaba la vista. Era la pampa propiamente dicha, desnuda de árboles y cuya horizontalidad sólo era interrumpida por algunas ondulaciones, por así decirlo, insensibles, o que únicamente rompían la uniformidad en los primeros planos. El suelo no estaba cubierto más que de plantas gramíneas, entonces en estado de reposo, es decir, sin fructificar y a ras de tierra; sólo los tallos secos revelaban que, durante la primavera, esas llanuras, ahora tan áridas, se cubren de una vegetación fresca y de buenos pastos. Las aves que yo buscaba, los guacamayos, se mostraban todavía ocultándose en los agujeros del acantilado, donde, sin duda, habían establecido su domicilio. Tiré al vuelo y los vi caer al agua, sin esperanza de tenerlos; lo mismo sucedió con un águila *aguya*. Perdía las esperanzas de ver mis propósitos cumplidos. Es menester amar la historia natural con pasión para comprender cuánto se anhela poseer un objeto nuevo, cuando se lo ve, y la pena que se experimenta cuando se escapa.

---

24 Falconer, *Description des terres magellaniques*, dice t. 1, p. 78 (traducción de Lausanne, 1787): "Sobre las costas del Carcarañan o Tercero, cerca de tres o cuatro leguas del lugar donde ese río se echa en el Paraná, hay un conjunto de huesos de tamaño extraordinario y que parecen ser huesos humanos. Unos son mayores que otros, como si hubieran pertenecido a personas de edades muy diferentes. He visto huesos de la pierna o fémures, costíllas, tórax y otras partes del hombre. He visto también dientes, y particularmente dientes molares, que tenían unas tres pulgadas de diámetro en su base.
"He hallado en los mismos lugares el cascarón de un animal compuesto de huesos más o menos hexagonales, cada uno de los cuales tenía una pulgada de diámetro por lo menos; el cascarón tendría alrededor de nueve pies de extensión. Parecía, en todos sus aspectos, excepto en su tamaño, ser la parte superior de la caparazón de un armadillo o tatú, pero éste no tiene hoy más que alrededor de una palma de ancho".
Se ve que el megaterio ha sido descrito hace mucho tiempo e ignorado de los zoólogos.

La gente de mi barco no había hallado sitio donde detenerse. El acantilado era cada vez más escarpado y resultaba imposible comunicarse; así que me vi en la necesidad de marchar largo tiempo con temor. Ese barco contenía toda mi riqueza, mis colecciones, y no podía, sin temblar, verme alejado de él. Finalmente, vi de lejos a mis hombres; y, aunque muy fatigado, pude unirme a ellos. Continué caminando al pie de los acantilados siempre abruptos y fui lo bastante afortunado como para conseguir los guacamayos, tan largo tiempo anhelados. No me sucedió lo mismo con muchos esqueletos, que vi de tanto en tanto hundidos en las capas de los acantilados; me fue preciso abandonarlos.

Por la noche llegué al puerto San Lorenzo, donde veía, a lo lejos, el colegio de San Carlos, monasterio de predicadores y misioneros franciscanos, fundado en 1786 y situado sobre el acantilado, a poca distancia del río, pero a media legua, por lo menos, del lugar donde yo estaba. El campanario en cúpula, de construcción bastante elegante, contrastaba con los campos pelados de las cercanías; parecía haber alrededor algunas casas. No quería ir hasta allí, por la razón que iba a pasar la noche en ese lugar; temía que, viendo tan poca gente, algunos pobladores me atacaran. Comprobé, más tarde, que mis precauciones no habían sido inútiles. Me habían visto los habitantes del campo y un gaucho se me presentó, antes de la caída del día, sin duda para reconocernos, porque vino solamente, como cosa común, a pedir fuego, a fin de encender su cigarro, y se fue en seguida. A la entrada de la noche, creí más prudente no dejar en tierra más que a mi fiel perro, para que me advirtiera lo que podía suceder de ese lado, mientras yo dormía en el barco. Permanecí solo en la cabaña que había mandado hacer, rodeado de fusiles cargados. Mi joven correntino se acostó detrás, sobre un baúl; mis dos marineros adelante, sobre cueros vacunos; y mi piloto instaló su domicilio sobre los que servían de techo; yo era el único armado, confiando únicamente en mí mismo la defensa, porque sabía cuán poco podía esperar de mis compañeros indígenas, que tratarían de salvarse a la primera alarma. Hasta medianoche dormimos en una tranquilidad perfecta, pero en ese momento mi perro ladró con fuerza y creí que corríamos peligro. En efecto, salí de la cabaña, donde me acostaba siempre vestido, y vi varios hombres a caballo que pusieron pie en tierra cerca de allí y avanzaron sigilosamente hacia nosotros; les grité el *¿Quién vive?*, al que ninguno respondió; pero cuando los amenacé con hacer fuego si se acercaban se detuvieron algunos instantes, lanzándome una andanada de injurias, porque reconocieron que yo era extranjero por mi pronunciación española, y volvieron a avanzar. No quise matarlos, lo que me hubiera sido fácil, porque estaban bastante cerca y la noche no era tan oscura como para no verlos. Me contenté

con tirar al aire, a un par de pies por encima de la cabeza de ellos, con la intención de que oyeran el silbido de las balas, y los amenacé con un segundo tiro, lo que les hizo reflexionar. Volvieron a montar a caballo y partieron con toda rapidez; habían pensado, sin dura, realizar una captura fácil, puesto que los comerciantes raramente van provistos de armas. Esa pequeña alarma me tuvo despierto el resto de la noche...; pero fue inútil. Los gauchos no habían venido a buscar balas y su instinto de rapiña no llegaba hasta el riesgo de la vida.

El 11, mientras acariciaba a mi buen perro, que me había salvado del asalto de los semisalvajes de estas comarcas, hice los preparativos de partida, y cuando ya era bien de día me puse en camino. Los acantilados, cada vez más altos, están cortados perpendicularmente; no existe ningún punto abordable.

11 de mayo

Las islas se separan más y más de la costa; y pronto el Paraná, completamente despejado, tiene en la majestad de su curso, que se desarrolla en toda su extensión no sé qué de imponente que resulta imposible definir. Llegué así, por la mañana, al puerto de la ciudad de Rosario, la segunda de la provincia de Santa Fe; me detuve para visitarla. Fue fundada en 1730[25], a orillas del Paraná, arriba del alto acantilado calcáreo de ese lugar; es un agradable villorrio, cuya población parece superar las cuatro mil almas; está bien ubicado y bien construido. Fui a ver el cabildo, situado en una plaza muy bonita; es un momento que los pobladores de la región mencionan por su elegancia. Tiene dos pisos y está construido, como todos los cabildos, con dos galerías, una arriba y otra debajo. Las casas de Rosario son también bastante hermosas y se ve reinar un comienzo de lujo que revela comunicaciones frecuentes con la capital y un puerto de mar. Se nota una mezcla de trajes bastante pintoresca: los hombres y mujeres de la burguesía y los comerciantes van vestidos a la europea, mientras que el resto de los habitantes son verdaderos gauchos, con modificaciones, en mayor o menor grado, impuestas por su género de trabajo. Luego de recorrer la ciudad y de conocerla, lo que no me exigió mucho tiempo, partí del puerto, concibiendo aún más temores acerca de la continuación de mi viaje. Los piratas infestaban el Paraná y saqueaban indistintamente todos los barcos que podían sorprender.

---

25 El capitán Luis Romero de Pineda, instalado en 1689 a orillas del arroyo Ludueña, puede considerarse el primer poblador estable de las tierras que hoy ocupa Rosario. En 1730, el gobernador de Buenos Aires, don Bruno Mauricio de Zavala, consiguió del Cabildo del Clero la creación del curato de los Arroyos, al que se incorporó la capilla de Nuestra Señora del Rosario. (N. del T.).

Navegamos rápidamente descendiendo el río y costeando los acantilados elevados, del mismo tipo que los de los días anteriores; vi sobre una de ellos una cruz de madera, colocada allí, sin duda, como atalaya o para señalar la sepultura de alguna víctima. La cruz me trajo a la memoria que algo más arriba[26], en la época de los descubrimientos, Heredia, en 1540, viniendo de Córdoba a través del Chaco, para buscar inexistentes riquezas en el renombrado Río de la Plata y marchando por los acantilados, encontró una cruz, primer signo de unión de los conquistadores. Recuerdo la emoción que experimentó, así como sus acompañantes, a la vista de ese símbolo sagrado, elevado en medio de los lugares deshabitados. Adoraron esa cruz; besaron el tronco del grueso árbol que la formaba; pero si se echa un vistazo a los acontecimientos que sucedieron en esa época, se verá hasta qué punto los celos autoritarios, el orgullo y el espíritu de venganza hicieron cometer crímenes a hombres tan llenos de piedad. ¡Curiosa conjunción de exaltación religiosa, coraje llevado hasta la temeridad y perfidia, en ese primer período tan borrascoso de la conquista de América!

Mis pensamientos me llevaron, a pesar mío, a los siglos caballerescos, y con la historia del doctor Funes en la mano gustaba de seguir tan audaces expediciones, mientras cruzábamos rápidamente frente a los acantilados. Fui, sin embargo, obligado de golpe a volver al presente. Un tiempo, primero sereno y calmo, aunque algo cálido, había acompañado a nuestra navegación y no había contribuido poco a provocar en mí una dulce melancolía; pero, pronto, se oscureció intensamente del lado sur. El trueno retumbó; torbellinos de polvo se levantaron en el horizonte y sobrecargaron el aire. No podía seguir costeando los acantilados y me sentí muy dichoso al entrar en un canal, cerca de la *Vuelta de Montiel*. Apenas llegamos allí, cuando estalló la tempestad. Los vientos se desataron y la lluvia cayó a cántaros. Nada mejor podíamos hacer que cubrir todo con cuero y esperar. La lluvia duró poco. Reiniciamos momentos después nuestra marcha; doblamos la punta de Montiel, formada por un grupo de islas, que rodeaban un lago bastante grande. Las islas son boscosas y las habría considerado pintorescas, por contraste con las barrancas áridas de las costas vecinas; los sauces estaban todavía verdes y conservaban su follaje, a pesar de lo avanzado de la estación; pero cuando en un barco demasiado incómodo uno se siente mojado, los más hermosos parajes se oscurecen y los más hermosos cuadros se cargan de muchas sombras. ¡Hasta ese punto es cierto que el estado de espíritu, en el instante en que se ven las cosas, influye, más de lo que podría creerse, en la manera de verlas! Es un prisma que colorea diversamente

26 Esa cruz fue vista arriba del río Carcarañan, en el riacho de Coronda.

los objetos de acuerdo a la posición en que se hallan. Me detuve cerca de un arroyo llamado *del Medio*, que separa la provincia de Santa Fe de la de Buenos Aires. Allí terminó, pues, mi viaje por la primera de esas provincias.

Provincia de Buenos Aires

El 12 de mayo crucé la desembocadura del *Arroyo del Medio* y entré en la provincia de Buenos Aires, de la cual había estado ausente catorce meses. Vi con placer acercarse el término de mi viaje. La estación era, debido a las crecidas del Paraná, muy poco favorable para las investigaciones y no compensaba las fatigas. Los relevamientos topográficos que hacía del curso del río eran lo único que podía sostener mi empresa.

Seguí por una gran bahía a lo largo de un acantilado y entré en el riacho de San Nicolás, que recorrí entre las islas y los acantilados, hasta el puerto de la ciudad de ese nombre.

San Nicolás
12 de mayo

Me impresionó, al llegar, el gran número de navíos que encontré; pero no tardé en informarme que, por prudencia, se reunían para formar un convoy y defenderse mutuamente de los piratas, los cuales, con patentes dobles del Brasil y de Buenos Aires, hacían alternativamente de corsarios de las dos naciones. Numerosos robos y navíos apresados motivaban esos temores, lo que me inquietó mucho. Descendí y encontré al capitán de Corrientes que me había conducido desde Buenos Aires a esa provincia. También estaba él a la expectativa, queriendo formar parte del convoy; me aconsejó vender la chalana y subir al barco más grande. Estaba de lo más indeciso; me presenté ante el comisario, quien empleó un lenguaje completamente distinto, al decirme que con mi barquichuelo me salvaría siempre y nada tenía que temer. No tenía mucha confianza en ese funcionario, a quien el asunto interesaba poco, y puesto que había en San Nicolás navíos que, aunque bien armados, no aguardaban menos el momento de entrar en convoy, yo no debía tratar de luchar solo contra un peligro demasiado seguro; por lo demás, me exponía a reproches, si, falto de prudencia, comprometía las colecciones de historia natural que llevaba al Museo. Me decidí, pues, a vender mi barco y a pedir pasaje a Buenos Aires, a bordo de un navío mejor. Había ocho en el puerto; me dirigí al capitán del mayor de todos, la sumaca *Pura y Limpia Concepción*, ricamente cargada en la Bajada, armada de dos cañones sobre ejes y provista de doce o quince hombres

de tripulación. No quiso aceptarme con mi equipaje y, debido a su negativa, me presenté al capitán portugués de la balandra *La Paz*, que estaba cargada de cal; me aceptó de buena gana porque le quedaba espacio vacío encima de su carga. Una vez concluido el trato, transbordé, sin pérdida de tiempo, mis cajones y tomé posesión de mi nueva embarcación; en cuanto a mi barco, pude venderlo de inmediato. Hice todo eso rápidamente, sin un instante de reposo. El viento del sur, que retenía la flotilla, podía cambiar durante la noche y la partida tener lugar a la mañana siguiente; sin embargo, sucedió de otra manera. El viento contrario se mantuvo hasta el 18 de mayo y fue necesario esperar que cambiara.

Aproveché esa prórroga para recorrer la ciudad y sus alrededores, volviendo a ver con placer el lugar donde, durante mi primer viaje, recogí esqueletos fósiles e insectos. Encontré también algunos objetos nuevos; pero, preocupado del peligro que mis colecciones podían correr en el trayecto que me restaba hacer, en tiempo de guerra y en un medio de piratas, no me entregué a mis búsquedas con esa tranquilidad de espíritu tan necesaria al naturalista observador. Por otra parte, el viento podía cambiar de un momento a otro y no osaba alejarme, temiendo perder el instante de la partida.

La ciudad, en cuyo puerto yo estaba, se llamaba *San Nicolás de los Arroyos* a causa de los numerosos arroyos de sus vecindades; es, después de Buenos Aires, la segunda gran ciudad de la provincia. Fue fundada por los españoles en 1749, y sus ricas campañas le dieron en seguida importancia como centro de las numerosas haciendas que se establecieron en los alrededores y como escala de los navíos que remontaban o descendían el Paraná. Pronto creció a tal punto que, cincuenta años después de su fundación, contaba ya cerca de 5.000 habitantes. Luego debió sufrir mucho por las guerras de la independencia; pero, sin embargo, su población siguió aumentando. El gobierno de Buenos Aires le confirió el título de *ciudad*, y de hecho bien merece, al lado de Corrientes, ese título. Está agradablemente situada en lo alto de acantilados arcillosos que bordean el río; lo domina y está separada por una isla que la defiende de los golpes de viento y hace de ella un buen puerto. La ciudad está bien construida, bien alineada, como todas las ciudades españolas de esas comarcas, pero no posee ningún edificio notable. Sus casas con terrazas recuerdan a Buenos Aires; es, por lo demás, una ciudad muy comercial, donde se ven muchos negocios, comercios llenos de mercaderías de Europa, y su aspecto general es completamente europeo. Sus alrededores están adornados de algunos jardines repletos de nuestros árboles frutales, tales como perales, durazneros, cerezos, higueras, etc., con algunos naranjos y limoneros; no hay ningún árbol de

lujo. El exterior de esos vergeles, a menudo rodeados de paredes, y los árboles que los pueblan, recuerdan los alrededores de una ciudad francesa; pero, mirando algo más lejos, volvemos a hallarnos en América. Nada de campos cultivados, nada de brillantes casas de campo. La llanura... la llanura pelada se ve hasta que se pierde la vista, sin ser animada por ningún árbol. Caballos y algunas vacas o bueyes libres pacían de un lado a otro; o, de distancia en distancia, a duras penas se mostraba una pobre cabaña, para indicar al viajero que el país no estaba desierto. La gran cantidad de jardines que posee la ciudad prueba que el territorio está en condiciones de ser dedicado a una agricultura fácil y muy productiva, puesto que son las mismas tierras de Buenos Aires donde, cuando se quiso sembrar, la cosecha produjo hasta cincuenta por uno; pero todavía no ha llegado la época de la agricultura y muchísimos lugares permanecen aún desocupados, hasta para el hacendado, que necesita una superficie mayor que el agricultor; por eso no se pensará en la agricultura hasta que la población haya aumentado de manera que el número de cabezas de ganado, dejando de estar en relación con ella, no alcance a abastecerla. Es menos penoso al habitante de las campañas criar ganados cuyo cuidado no le cuesta casi nada, que cultivar la tierra. Habría, pues, para que la agricultura tome vuelo en esas comarcas, que verse obligados a buscar la manera más productiva de explotación agrícola, en interés del mayor número posible de consumidores, lo que tal vez no sucederá antes de muchos siglos, porque las dos terceras partes, por lo menos, de las tierras de la República Argentina carecen de dueños y no prestan utilidad alguna.

Al vender mi chalana, pude desembarazarme de mi piloto mediante el pago integral de su salario. No sucedió lo mismo con los dos marineros franceses y el joven correntino; me hicieron presente que los había contratado bajo la condición de conducirlos a Buenos Aires y que no podía abandonarlos en el camino. Me vi, pues, obligado a llevarlos conmigo, a bordo del mismo barco, los que, con los marineros de la tripulación, formaban diez hombres bastante bien armados, teniendo el capitán una docena de fusiles de munición. Los restantes pasajeros eran mujeres y niños. En la noche del 18 al 19, el viento saltó al norte y debimos partir.

Se convino entre los capitanes de las ocho embarcaciones que todas se detendrían en el mismo lugar y se prestarían apoyo mutuo, y que el camino a seguir sería el curso mismo del Paraná, sin entrar en el brazo de Baradero. La flotilla se dio a la vela y marchó bastante de acuerdo. San Nicolás se alejó pronto de nosotros. Pasamos entre las islas boscosas y la tierra firme, donde los acantilados, cubiertos en parte de hierba y abandonados por las aguas, estaban limitados por terrenos de aluvión bajos y húmedos, muy a menudo cubiertos de sauces y hasta donde

19 de abril

llegaba el ganado perteneciente a las estancias que se veían, de tanto en tanto, sobre las alturas de los acantilados. Viajamos así hasta San Pedro; allí, de acuerdo al convenio hecho con los otros capitanes, nos detuvimos, para aguardar los otros navíos, menos veloces que el nuestro; ellos llegaron sucesivamente. En cuanto a los cinco más pequeños, en lugar de quedarse a pasar la noche con nosotros, entraron en el Baradero, gritándonos *sálvese quien pueda*. En este momento la corriente nos empujaba arriba de la desembocadura de ese brazo y no podíamos entrar; permanecimos el máximo de tiempo posible a la espera de los retrasados. La sumaca *Pura y Limpia Concepción* llegó al alcance de la voz, y como estaba armada de dos cañones y tenía doce hombres de tripulación, su capitán, al pasar, se divirtió un poco a nuestra costa, gritándonos que, sin duda, seríamos por la noche apresados por los piratas; que, en lo que a él respectaba, entraría en el Baradero, y se dirigiría hacia su desembocadura; pero se equivocó... su navío tocó el légamo del río y, a pesar de todos sus esfuerzos, tuvo que quedarse allí a pasar la noche. Durante ese tiempo, la corriente nos había empujado y estábamos a un cuarto de legua del Baradero. Nuestro capitán hizo atracar el navío en una isla de viejos sauces, repitiéndonos siempre: "Soy portugués y nada puedo temer de mis compatriotas". Otro navío, que partió con nosotros, atracó más o menos en medio del espacio que nos separaba de la Concepción. Llegó así la noche, en medio de las preocupaciones por los riesgos que debíamos correr. Por mi parte, entregado a reflexiones bastante tristes, veía que estábamos demasiado separados como para prestarnos apoyo mutuo, en caso de ataque; y, por lo demás, juzgaba que era poco lo que podía esperarse de la tripulación, especialmente del capitán. Estábamos, empero, a la expectativa; tenía todas mis armas cargadas, así como las de a bordo. Hasta las once no oímos nada, pero, de pronto, dos disparos de cañón y una descarga de fusilería nos dieron la certeza de que la Concepción era atacada. Resonaron descargas de mosquetería, durante algún tiempo, en medio de la noche silenciosa; luego se restableció la calma. Juzgamos que la sumaca se había rendido, lo que hizo desaparecer a los marineros, que fueron a buscar sus cosas, para tenerlas a mano. El capitán parecía alegre, creyendo siempre que eran brasileños, sus compatriotas; las mujeres invocaban a todos los santos; yo estaba dominado por una terrible inquietud; mi título de extranjero no sería respetado. No lo sería por los piratas de Buenos Aires o del Brasil; con mayor razón no lo sería por piratas de todas las naciones reunidas. No cabía la menor duda de que esos asaltantes al encontrar los cajones se los llevarían, sin siquiera abrirlos, y que yo vería así mis colecciones, reunidas con tanto trabajo, tal vez arrojadas al agua, cuando esos hombres comprobaran su error al haberlas tomado

por objetos valiosos. Mi posición era de lo más crítica y no sabía realmente qué hacer. Me dejé dominar a ratos por la desesperación, aunque sabiendo que uno de los jefes de los piratas era francés, ¿cómo contar con un hombre capaz de ejercer semejante oficio? Por lo demás, lo sabía acompañado de italianos y de gauchos del país, y, aunque lo quisiera, ¿podría hacerme respetar? En otros momentos, pensaba en la defensa y arengaba a los hombres de a bordo, quienes, de tanto en tanto, confiaban en mi buen sentido y me hacían alentar alguna esperanza. Tales fueron mis angustias durante la hora que duró el silencio, porque los clamores no llegaban hasta nosotros. Pronto el ruido recomenzó, pero mucho más cerca de nuestro barco; era, sin duda, el último barco que atacaban. Se hicieron oír tiros de fusil. Los gritos de los pobres pasajeros se mezclaban con las vociferaciones de los asaltantes. Pronto no oímos más que los juramentos e imprecaciones de los últimos, en la medida en que el alejamiento nos permitía apreciar, aunque el viento nos traía el menor ruido y nada detenía los sonidos, porque una calma perfecta reinaba en todas partes. Era una noche de invierno, donde todos los animales nocturnos callaban momentáneamente. Mis temores aumentaban; estaba muy inquieto, tanto más que una gran llamarada se elevaba del lado donde estaba la Concepción revelando que había sido incendiada por los piratas. Pronto, repetidos golpes de hacha nos hicieron temer que estuvieran hundiendo al segundo navío. Dirigí una segunda arenga a las gentes de a bordo para animarlos a la defensa. Me dijeron que estaban dispuestos a hacer lo que les indicara. Descendí a buscar mis armas; pero, a mi regreso, sólo encontré, sobre el puente, al capitán y a uno de mis franceses. Los otros habían recogido sus ropas y se ocultaron en la isla a la cual estábamos amarrados, lo que me obligó a ocultar mis armas y renunciar a la resistencia. Confieso que fue un momento terrible para mí. Me di cuenta de que el capitán no quería apagar, en su cabina, la luz que podía traicionarnos y que afectaba hablar en alta voz, hallando, sin duda, un beneficio en dejar que saquearan su barco; no me quedaba otro recurso que emplear la fuerza para hacerle observar, por lo menos, la prudencia que todavía podía salvarnos. Cogí una barra del cabrestante, apagué las luces, hice que mi compatriota mantuviese cerrada la boca de mi perro para que no ladrara, amenacé al capitán con romperle la cabeza a la primera palabra que pronunciara y quedé a la espera de los acontecimientos. Estábamos en una pequeña ensenada, en medio de elevados sauces y era posible que nuestro barco no fuera visto por los piratas. Un instante después oímos ruido de ramas y los gritos tumultuosos y alegres de los remeros; en medio de esos gritos, reconocí claramente las siguientes palabras en español: *Vamos a buscar la balandra La Paz*. Vi también su

barco, que doblaba la punta, alejado unas doscientas toesas a lo sumo de nosotros, y se dirigía en dirección a la otra punta, un poco más abajo. Cuando vi a los piratas tan cerca, experimenté la mayor agitación; si nos habían visto, todas mis colecciones estaban perdidas para la ciencia y para mí. Mí corazón latía intensamente y yo retenía la respiración, deseando ardientemente que se alejaran. Una ligera nube, que hizo caer algo de lluvia, nos protegió también contra ellos y les impidió vernos, sin contar que los licores que habían hallado a bordo de la Concepción les habían turbado la vista. Lo cierto es que, gritando siempre en busca de nuestro barco, pasaron a no más de cien pasos, y sólo comencé a respirar cuando hubieron doblado la punta de abajo, porque debiendo luchar contra la corriente ya no tenían posibilidad de retornar, lo que sucedió como esperaba.

Cuando, una hora más tarde, todavía en guardia, no vi más que el fuego de la Concepción, seguro de no tener ya nada que temer, por esta vez debí dar gracias a la Providencia, que acababa de salvarme como por milagro. No temí por mi vida ni un solo instante; el fruto de mis investigaciones había sido el único objeto de mis preocupaciones. Si en esas circunstancias hubiera perdido esas colecciones reunidas con tanto trabajo, lo que, mirándolo bien, estuvo casi a punto de suceder, habría, sin duda, sido acusado de no haber hecho nada; y todas mis protestas no habrían sido bastantes para establecer mi inocencia y poner mi conducta al abrigo de la suspicacia.

Pasamos el resto de la noche a la espera de nuevos acontecimientos; pero nada sucedió. Cuando apareció el día, quise enterarme de lo que había pasado. Me embarqué en el bote, determinado a tomar una decisión sobre la mejor manera de continuar mi viaje hasta Buenos Aires. Acababa de salir de un paso demasiado malo como para intentar seguir el mismo camino; pensaba desembarcar todos mis efectos en San Pedro y hacer el resto del trayecto por tierra, en carreta. Al llegar al sitio donde estaba el primer navío, no vimos más que algunas virutas sobre el agua; habían cortado los palos y abierto el barco a golpes de hacha para hundirlo. Los pasajeros y marineros se habían salvado en tierra firme, de donde habían alcanzado por tierra la desembocadura del Baradero, donde los encontramos. Allí se ofreció a nuestros ojos un espectáculo que no podía dejar de inspirarnos piedad. La Concepción ardía aún y trataban de sumergirla para extinguir el fuego, continuamente alimentado por su carga, compuesta, en parte, de cueros secos no curtidos, de sebo, crines y jabón. Llegué en el momento en que se trataba de hundirla para salvar lo que quedaba de la carga; encontré al capitán y a los pasajeros. Estos últimos estaban todavía medio desnudos, y me contaron lo acontecido. La barca que los había

atacado era una chalupa sin puente, provista de dos cañones pedreros con ejes y con treinta hombres de tripulación, todos armados hasta los dientes, grosera mezcla de los desperdicios de todos los países, porque el jefe era un tal Víctor, que se decía francés, y los restantes, italianos, portugueses y sobre todo naturales de las costas del Plata. A las once, habían llegado remando sin hacer ruido; cuando los vieron desde la Concepción, los dos cañones con ejes no podían ya funcionar, porque uno estaba adelante y el otro entre el trinquete y el palo mayor, y sus fuegos eran impedidos por esos palos, habiéndose colocado los piratas detrás del navío. Tiraron, sin embargo, en el instante en que los asaltantes subían a bordo, luego de haber ensayado el fuego de una descarga de mosquetería, después de la cual los tripulantes se salvaron en tierra, no sin que les dirigieran algunos tiros de fusil que no los alcanzaron. El propietario de la carga, rico comerciante de Buenos Aires, había hecho armar así la nave, porque transportaba un rico cargamento y muchas onzas de oro. Desde el primer ataque, sorprendido en la cabina con su hijo, se escondió, aguardando los acontecimientos. Los piratas, una vez dueños del barco, descendieron a la cámara; y, temiendo que alguien estuviera oculto, tiraron por todos lados con sus pistolas, aunque sin alcanzar felizmente a los pasajeros; pero se los arrancó del lecho, se los amenazó para hacerles confesar dónde tenían el dinero y luego se los llevó a la isla parcialmente inundada de la otra orilla del Baradero. Los piratas continuaron apoderándose de todo lo que les interesaba; luego, antes de retirarse, prendieron fuego a ese primer navío y pasaron, en seguida, al saqueo del segundo.

Los pasajeros, abandonados así en camisa en la isla, tiritaban de frío al partir los piratas, mientras veían brillar las llamas que devoraban sus mercaderías. Por desgracia no sabían nadar, y, debido a la educación afeminada de la clase burguesa de Buenos Aires, carecían de esa energía que hace desafiar todos los obstáculos. Fueron, pues, testigos del rápido progreso del incendio, que hubieran podido extinguir al comienzo con muy poca agua. La tripulación y el capitán habían ido a San Pedro y permanecieron allí hasta el amanecer. Experimentaron una desgracia más: un pescador, que con su barquichuelo pasaba por el Baradero, se negó largo rato a transportarlos a la otra orilla, que se comunicaba a la costa firme por los pantanos, porque ellos no tenían dinero para darle; y fue sólo después de arrancarles la promesa de una suma bastante elevada que consintió en prestarles ese servicio, tan necesario en su situación. Ese trato ilustra suficientemente acerca del egoísmo que domina a los naturales de esas comarcas, tan distintos de los serviciales correntinos.

Me dirigí de prisa a San Pedro, donde alquilé muy caro una chalupa, porque en todos los países del mundo se saca proyecto de las dificultades de las

personas. Regrese a la balandra *La Paz*, haciendo desembarcar inmediatamente mis baúles para transbordarlos a mi embarcación. Me vi obligado a dejar al capitán el pasaje pagado, muy feliz de salvar mis cajones del gran peligro. Regresé a San Pedro casi de noche y no me sentí satisfecho hasta que, a las ocho de la noche, todos mis efectos estuvieron seguros en una de las celdas de un convento abandonado, que el alcalde del lugar me cedió por habitación; era una habitación abovedada, sombría, de la que sólo se veían las cuatro paredes y por la cual debía pasar el maestro de escuela del villorrio para ir a la suya. Me relegaron allí, con mis gentes y todos los demás pasajeros de la balandra *La Paz*, o sea tres mujeres y tres niños; de manera que, sin contar mi equipaje, éramos nueve amontonados en una sola habitación. Me sentía atormentado, pero por lo menos tenía a mano mis riquezas.

Al día siguiente realicé gestiones para obtener carretas, a fin de irme a Buenos Aires; me pedían un precio exorbitante, y el alcalde, así como muchas otras personas, me aconsejaron renunciar a mi proyecto, porque si el trayecto por agua era peligroso, el camino por tierra lo era más todavía, debido a la estación de los *cardos*, que, no estando aún secos, servían de refugio a los ladrones, los cuales, no contentos con saquear, asesinaban a los comerciantes antes demasiado imprudentes que seguían ese camino; por eso nadie quería arriesgarse a hacer ese trayecto, a menos que fuera para conducir cueros o cualquier otro producto de la región. Esos informes me desolaron y me dejaron en una cruel incertidumbre.

21 de mayo

El 22 de mayo vi el barco más grande de Corrientes, que reconocí como la sumaca *Itaty*, anclado justamente cerca del lugar donde, según dicen los pobladores, los piratas se ocultan durante el día, cerca de una multitud de pequeños brazos del Paraná, que separan islas bajas y boscosas. Creí de mi deber prevenir al capitán del peligro que corría, lo que lo decidió a anclar cerca del mismo villorrio. Subí a bordo y encontré a varios comerciantes que había conocido en Corrientes, y allí permanecí hasta la noche. El capitán resolvió no partir sin escolta. Al descender a tierra, hallé en mi residencia, o mejor dicho, en nuestra residencia, una reunión de virtuosos que habían ido con sus guitarras; tuve mucho trabajo en desembarazarme de ellos, lo que no pude lograr antes de haber sufrido varias coplas entonadas en mi honor y acompañadas de la *despedida*, varias veces repetida.

22 de mayo

Los naturales de la zona demostraron mucho interés por mí, así como por las otras personas que compartieron mi desventura; trataron, por todos los

medios, de hacernos olvidar el percance. Llegaron hasta aprovechar la llegada de la fiesta cívica del 25 de Mayo, aniversario del primer grito de libertad de la República Argentina, día religiosamente festejado en todas partes, para dar un baile a los derrotados, como llamaban a todos aquellos que estaban en San Pedro, a consecuencia del ataque de los piratas. Ese baile fue encantador y las mujeres de la región desplegaron una gracia infinita en la contradanza española. Fue seguido de otro baile, dado antes de nuestra partida.

El villorrio de San Pedro, fundado en 1750 por los españoles, no se componía en un principio más que de un convento de recoletos que existe hasta hoy y que se rodeó, poco a poco, de casas. Puede tener actualmente una población de mil almas. El convento está ubicado en lo alto del acantilado, de manera de dominar el Paraná, que corre, por mil canales tortuosos, entre las islas boscosas y ofrece un panorama imponente; es vasto, bien construido, provisto de una iglesia grande, bien adornada de cuadros y decorada con una cúpula bastante hermosa. Los alojamientos de los monjes son espaciosos. Desde la expulsión de los jesuitas, reunidos en Buenos Aires, por orden de Rivadavia, el convento ha servido de cuartel durante las guerras y era, entonces, asilo de posiblemente veinte familias distintas, entre las cuales había una mezcla monstruosa de toda especie de gentes. Entre el convento y la llanura está situado el villorrio, compuesto de varias calles que bordean casas de un solo piso, bastante limpias, la mayoría cubiertas de rastrojos, aunque un francés hizo construir, hace algunos años, en los alrededores, un horno de ladrillos, que abastece al consumo del país. Se ve claramente que se trata de un villorrio naciente, que toma rápido crecimiento y que, en el porvenir, podrá llegar a ser muy importante, a causa de la proximidad del Paraná y de hermosas llanuras, donde numerosas cabezas de ganado prometen a los hacendados una gran producción. Hay ya, en el radio urbano, muchos negocios bastante bien montados de mercaderías extranjeras.

Las costas del Paraná, al pie de los acantilados, ofrecen, en algunas partes, salinas, donde se desarrollan los salicornios y sosas que, al quemarse, producen cenizas empleadas en Buenos Aires para fabricar jabón.

En los alrededores de San Pedro está la pampa propiamente dicha; por eso se buscarían en vano árboles indígenas; sólo se ven los que han sido plantados por los pobladores, como vergeles o como bosques de leña. La campaña está, hasta perderse la vista, uniformemente cubierta de hierba seca, y, de tanto en tanto, de cardones invasores. Iba a menudo a la casa de mi compatriota propietario del horno de ladrillos, la única de los alrededores; era bastante buena, adornada de un jardín rodeado de fosos, que son los cercos usados en la

región. Me mostró su horno, y en respuesta a mi pregunta sobre sus medios de obtener combustible en una región sin árboles, me mostró una pila de huesos de animales muertos en las estancias vecinas. "He aquí –me dijo– mis combustibles". Vi, en efecto, en su horno, los restos de ese nuevo cuero de combustible, que, más tarde, comprobé que era de uno generalizado en las pampas. Se comprende que, si la industria estuviera más adelantada, podría sacarse mejor partido de esos huesos y adquirirían el mismo valor que en Europa. Es una gran suerte para los hacendados que algunas personas se ocupen de emplear esos huesos, porque permaneciendo inútiles en los alrededores de sus moradas las harían insalubres.

Cuando deseaba recorrer la campaña, iba a la casa de mi compatriota, quien me prestaba caballos; y pude así visitar, en detalle, toda la llanura que pertenecía a la pampa propiamente dicha; es en todas partes arcillosa, uniformemente llana, a excepción de pequeños montículos apenas perceptibles, formados por bancos de esa especie de corbulas de las aguas salobres o dulces que hoy vive en el Plata, cerca de Buenos Aires y de Montevideo. Esos bancos, que sirven para hacer cal, conocidos con el nombre de *conchillas*, son demasiado macizos para poder ser transportados; por lo demás, el carácter a medias fósil de sus conchillas aún enteras demuestra que han vivido allí. Uno de ellos se halla cerca del convento de San Pedro y tiene de dos a tres metros de espesor, en una extensión de centenares de toesas; su altura es de ochenta o cien pies por encima del curso actual del Paraná. Debe suponerse, de acuerdo a ese hecho, un levantamiento muy insensible de toda la superficie de las pampas o un descenso de las aguas en toda su extensión; por lo demás, la presencia de esos bancos coincide perfectamente con elevaciones semejantes arriba de las aguas, conteniendo conchillas marinas, que he visto en la Patagonia, en Chile, en Bolivia y en el Perú, tanto en las costas del océano Atlántico como en las del Gran Océano; hecho curioso que se halla en relación con una multitud de otros observados en las costas del Mediterráneo. De cualquier manera, la existencia de esos montones de corbulas en toda la extensión de esas inmensas tierras revela una larga permanencia de las aguas, después de la desaparición de los mamíferos que las poblaban, cuyos esqueletos se hallan en estado fósil en todas las capas arcillosas que les son inferiores. He dicho que, salvo esas ligeras asperezas, la horizontalidad de las pampas parece perfecta. Son, en todas partes, llanuras de una uniformidad desesperante; únicamente, algunas veces, sorprende ver elevarse bandadas de ánades. Si nos aproximamos al punto de partida de esas aves, sorprende encontrar, en medio de la llanura, un lago que no habíamos visto. Las aves que así vuelan van a posarse más lejos, y

cuando se las persigue se llega a un nuevo receptáculo natural de aguas pluviales que, a doscientos metros de distancia, tampoco se podía ver. Son los numerosos lagos de todas dimensiones que caracterizan a las pampas propiamente dichas; en efecto, en los alrededores de Buenos Aires sucede lo mismo, así como en toda la extensión de los terrenos arcillosos. Es difícil explicar cómo en un terreno casi llano ha podido formarse tal cantidad de lagos, todos casi tan poco hondos los unos como los otros, porque su mayor profundidad apenas excede de seis a ocho metros por debajo del suelo superior. La uniformidad de las pampas inspira tristeza. Lo que se ve en una extensión de mil metros cuadrados se lo encuentra en todas partes; únicamente en los alrededores de los lugares habitados ha cambiado desde la llegada de los europeos. Los cardos o alcachofas salvajes han invadido gran parte de los terrenos.

Esos cardales, que cubren casi todo el territorio de la provincia de Buenos Aires, desde esta ciudad hasta las orillas del río Salado, como lo he dicho más arriba, estaban parcialmente caídos. El *cardo asnal*[27] lo estaba desde hacía poco tiempo, puesto que comienza a secarse en febrero; en cuanto al *cardo de Castilla*, que no es más que una alcachofa salvaje, análoga a nuestra alcachofa silvestre, resiste mucho tiempo, porque su tallo es más grueso y leñoso; es el preferido como combustible, aunque arde igual que el otro y constituyen juntos la única leña que se usa en el campo. Los pobladores agregan la boñiga de vaca y los huesos. Cuando los cardos comienzan a crecer, sirven de alimento para el ganado; al desarrollarse, ahogan toda otra especie de vegetación, pero apenas caen el terreno se cubre de vegetación. Los pobladores se sirven de la flor de la segunda especie para cuajar la leche, como se hace en gran parte de nuestros campos de Francia. Hay una tercera especie de cardo que los habitantes llaman *carda*[28], cuyo tallo es más delgado y se seca más tarde. Se lo quema cuando falta por completo otro combustible. Los cardones son, en general, de gran utilidad en un país completamente desprovisto de bosques, pero tienen el inconveniente, cuando llegan a su mayor altura, de servir de refugio a los bandoleros y de proporcionarles un cómodo escondite; por eso se viaja siempre con temor durante los primeros meses del verano. Las rutas sólo presentan, entonces, una avenida de cardones, tan altos e impenetrables que no permiten a la mirada extenderse y no dejan ninguna salida abierta para huir del peligro.

Resulta imposible dudar que dos de esas especies no hayan sido traídas de Europa por los españoles, porque las he visto sólo en los alrededores de los

---

27 *Cynara cardunculus*, Linn.

28 Un *Eryngium*, vecino del *Bromelifolium*.

lugares habitados y en un radio que sigue, por así decirlo, la misma marcha que la expansión gradual de la población en esos terrenos silvestres. Hoy esas especies de plantas se extienden de una manera que asusta; parecen estar, hasta el presente, encerradas entre los ríos de la Plata, Paraná y Salado. Si, en la superficie comprendida entre esos dos ríos, se toma por límite al sudeste el mar, y al noroeste el río de Arrecife, se tendrá una extensión de más de setecientas leguas, de las cuales a lo menos la mitad puede ser considerada cubierta de esas alcachofas silvestres, lo que hace temer que en el porvenir las pampas sean sucesivamente invadidas. De las tres especies conocidas en el país, el *cardo de Castilla* es evidentemente nuestra alcachofa, así como el *cardo asnal* nuestro *cardón María*, pero la *carda* es una planta americana que, en vez de acompañar al hombre en sus migraciones, desaparece de los lugares cultivados y hasta de los alrededores de las poblaciones. Esa carda se parece, por sus hojas, a un ananás; su tallo, que lleva flores, tiene el grosor de un dedo y los más altos no se alzan a más de un metro; es vivaz; se encuentran tallos verdes en todas las épocas; comienza a abundar en el grado 37 de latitud sur y en las proximidades de las montañas. Lo vi, por primera vez, en los alrededores de Maldonado; y en Corrientes, una especie vecina sirve de índice a los pobladores para juzgar la fertilidad de un terreno.

Se reconoce fácilmente en las pampas el lugar donde se ha detenido, durante largo tiempo, una horda indígena; su morada está, por lo común, marcada por cardones que se desarrollan. Apenas se construye una casa en las llanuras, los habitantes tratan de procurarse combustible y traen, de inmediato, tallos secos de esos cardones; las semillas, por consiguiente, se distribuyen por todos los alrededores. Los animales las pisan y entierran. Cuando llueve esas plantas se desarrollan y las semillas son transportadas más lejos, sea por los vientos, sea por las nuevas casas que se construyen. De ahí su rápida difusión en el suelo de la República Argentina, difusión que hace temer para el porvenir que cubran por completo la provincia de Buenos Aires.

Fui testigo en San Pedro de un juicio bastante raro, que puede dar una idea de las costumbres de la región. Se trataba de un hombre del villorrio, que partió como marinero en un barquichuelo con un comerciante francés, el cual iba, por agua, de poblado en poblado, vendiendo sus mercaderías; ese mercader abandonó San Pedro con su marinero, luego de haber realizado su comercio; pero, después de la partida de su patrón, este último concibió la idea de apoderarse del cargamento del barco. Esperó el momento favorable y, mientras el desdichado amo se agachaba para amarrar una escota, le dio un golpe de hacha en la cabeza, lo mató, arrojó el cadáver al agua, regresó a la ciudad,

como si no tuviera nada de que reprocharse, descargó el barco, puso un negocio de mercaderías y se dedicó a venderlas. Empero la justicia descubrió el robo y puso preso al ladrón. Este no negó el hecho, diciendo solamente para atenuar su delito que era un francés y que matar un francés no le parecía más criminal que matar ganado en la campaña. Se mantuvo en esa convicción y fue enviado de nuevo a prisión, donde, muy alegremente, clamaba por la injusticia que se le había hecho y esperaba su liberación, que no podía tardar, porque las leyes del país carecen de todo poder y no son respetadas por nadie en esta república naciente. Ese hombre estaba seguro de que al cabo de pocos meses se lo dejaría en libertad y que podría reiniciar su negocio, porque se cansarían de retenerlo.

Pasé mis días recorriendo los alrededores, cazando multitud de aves acuáticas en los lagos, entre las cuales se distinguen las cigüeñas de cuello negro y gracioso modo de nadar; y no cesé, de realizar observaciones de historia natural, buscando a la vez el medio más seguro de llegar a Buenos Aires. Los jueces del lugar se prestaron de buena gana a ayudarnos y enviaron un mensaje al villorrio de Baradero, para saber si un corsario de Buenos Aires, armado para proteger el comercio, estaba todavía allí y si podía venir a escoltar el Itaty. El capitán nos hizo responder que no podía venir a recogernos, pero que de buena gana nos llevaría, si íbamos a reunirnos con él a Baradero. Esa noticia me hizo alentar la esperanza de llegar a puerto. Hice embarcar mis colecciones a bordo del Itaty y me preparé para partir.

El 28 de mayo nos dispusimos muy temprano a salir, se levó el ancla y dimos nuestros últimos adioses a los pobladores de San Pedro, de quienes habíamos recibido tantas pruebas de benevolencia. La sumaca desplegó sus velas y pronto San Pedro se alejó. Partimos a primera hora para llegar en el día al villorrio de Baradero, pero no lo conseguirnos. El navío era demasiado grande como para pasar por ese brazo; por eso tocó fondo, como lo había hecho la Concepción, y debimos emplear una parte del día en sacarlo del apuro, de manera que por la noche estábamos a una legua, a lo sumo, de la desembocadura, lo que asustó a los pasajeros y al capitán. El carácter nacional de dos comerciantes de Buenos Aires los llevó a aceptar con entusiasmo la propuesta de organizar nuestras fuerzas, en caso de ataque; eso era fácil. Teníamos a bordo veinte hombres armados de fusiles y la altura de la borda hacía de la embarcación una pequeña fortaleza. Una vez todo arreglado, se cargaron las armas, que fueron colocadas en lugar conveniente, y ninguno de los preparativos para el combate fue olvidado; la mitad de las fuerzas debía vigilar y tratar de ver u oír lo que podía

28 de mayo

suceder. Se dio la alarma a medianoche, pero no tuvo otra causa que un enorme banco de hierbas flotantes arrastradas por la corriente. Pude entonces apreciar cuán poco podía contar con esos hombres, tan valientes de palabra, cuando suponían el peligro lejano. Una parte de ellos huyó a tierra y no volvieron a sentirse valientes hasta no estar bien seguros de que el peligro había desaparecido. Apenas renació la calma, cuando poco antes del amanecer una segunda alarma, más seria que la primera, vino a turbar la tranquilidad; se oyó un ruido de remos y pronto se distinguió una embarcación; entonces, so pretexto de hacer mucho más fuego desde el medio de los arroyos de la costa, los más decididos descendieron a tierra, el capitán en primer término, de manera que sólo quedaron dos o tres personas conmigo a bordo. Se gritó el *¿quién vive?*; luego se ordenó a los remeros detenerse, bajo pena de recibir nuestro fuego. Vimos, entonces, que teníamos que luchar solamente contra seis hombres; se detuvieron, nos dijeron que iban a cortar madera a las islas y, en consecuencia, que no eran nada hostiles. Entonces nuestros intrépidos compañeros regresaron a bordo y presentaron una fila armada a los pobres leñadores, que se burlaron de su miedo con todas sus fuerzas. Esta última alarma duró hasta el día en que reiniciamos nuestra marcha, riendo de nuestros temores nocturnos.

Baradero

Estábamos en el lugar más estrecho del canal de Baradero, en medio de praderas verdes, en parte inundadas, donde se habían reunido grandes bandadas de aves acuáticas: cisnes de un plumaje de deslumbradora blancura se unían a numerosos ánades; hubiérase dicho que toda la naturaleza vivía. Vastas praderas se extendían hasta el pie de los acantilados, la punta de los cuales, menos abrupta, estaba cubierta de vegetación, y su cumbre la coronaban las casas de los estancieros, cuyo ganado pacía diseminado por el campo. Nuestro barco siguió la corriente y apenas tenía espacio para pasar, a tal punto que la víspera, habiendo girado sobre sí mismo en un lugar más ancho, quedó en la misma posición y fue necesario avanzar con la popa hacia adelante, hasta el momento en que el canal se hizo, finalmente, lo bastante ancho como para que pudiera volver a su posición natural, lo que tuvo lugar en la confluencia del río de Arrecife, el canal pasa cerca del poblado de ese nombre y sirve de cloaca a la llanura; una vez producida esa unión, el canal se hizo más ancho. Nos pusimos a la vela, y pronto estuvimos en el villorrio de Baradero, donde, efectivamente, encontramos al corsario de que se nos había hablado; era un pequeño *sloop* armado de dos cañones sobre ejes y con veinticinco hombres de tripulación, todos italianos, así como el capitán, muy parecidos a esos asaltantes tan bien descritos en los romances, dispuestos a hacer cualquier cosa por un puñado de dine-

ro; en una palabra, no me inspiraron la menor confianza. Fui, empero, al encuentro del capitán, y luego de algunas dificultades de su parte por el precio, convine que nos escoltaría hasta Buenos Aires por trescientos pesos. Nos advirtió que partiría esa misma tarde, y mientras esperaba la hora fui al villorrio de Baradero, que hallé tal como lo he descrito en mi primer viaje por el mismo canal; fue fundado por los españoles en 1780 y su población, contando la de la campaña dependiente, puede elevarse a mil habitantes, casi todos hacendados o gauchos.

Por la tarde, el corsario nos anunció que iba a darse a la vela. Nos preparamos y partimos. El día nos acompañó hasta la desembocadura del Baradero en el *Riacho de las Palmas*, donde una noche sombría nos hizo temer perder de vista a nuestra escolta. La navegación nocturna, cuando se está expuesto a peligros, tiene algo de triste: cada árbol inspira terror; por eso los pasajeros estaban intimidados al punto de sentir miedo por todo. Llegamos finalmente a la *Boca de las Palmas*. El Itaty tocó fondo y no pudo avanzar; por lo demás su destino era Buenos Aires y no las Conchas, donde quería ir el corsario, que se ofreció, mediante un nuevo pasaje (gentileza digna de su profesión), a conducirnos a ese villorrio con todos nuestros efectos. Permaneciendo en la sumaca, corríamos el riesgo de ser apresados por los brasileños, que merodeaban siempre por los alrededores. Decidimos confiar en el corsario e hice transportar una vez más mis colecciones a bordo de su barco, operación que no resultaba fácil en plena noche, y con pequeñas embarcaciones. Partimos para seguir los innumerables rodeos de los múltiples canales que separan una multitud de islotes boscosos de los pantanos igualmente boscosos que llevan a la tierra firme. Esos canales son estrechos y oscuros; todo estaba tranquilo e impresionaba. Guardábamos el más profundo silencio: cada uno estaba entregado a sus reflexiones, y comprobé que los comerciantes tenían entonces más miedo de los corsarios que el que habían tenido de los piratas; uno de ellos me comunicó sus temores. Confieso que sus caras no eran más tranquilizadoras que su conversación; sólo hablaban de robar, de matar, y los pasajeros se encomendaban a todos los santos para escapar de la muerte, porque todas las veces que los tripulantes se acercaban a la caja de armas, que estaba sobre el puente, esperaban que cayeran sobre ellos para arrojarlos al agua, en medio de esos lugares salvajes. Esta navegación duró más de tres horas, que a todos nos parecieron bien largas, porque ni yo mismo confiaba en nuestros huéspedes, pero a nadie comuniqué mis aprensiones, afectando, por el contrario, conversar con el capitán. ¡Con qué placer vi que llegábamos junto a numerosos navíos amontonados en las Conchas! Amarramos junto a otros barcos y el capitán descendió

a tierra; en cuanto a nosotros, juzgamos más conveniente permanecer en el navío, porque nada se desembarcaría hasta el día siguiente. Esa noche fue por lo menos tan mala como la anterior, pero me consolé con la idea de haber llegado finalmente a puerto, después de tantos contratiempos.

El 30 de mayo, desde la aurora, pensé en conseguir carretas, para transportar mis colecciones a Buenos Aires: la cosa no era muy fácil; sin embargo, pagando algo caro, las conseguí el mismo día. Me faltaban seis leguas para llegar a la capital, donde debía gustar del reposo que me era tan necesario; pero ese trayecto, aunque corto, no era tampoco muy seguro, porque diariamente se asaltaba y se robaba en el camino, de manera que quise escoltar armado mis carretas. Mientras se reunían los bueyes, recorrí el villorrio de las Conchas: es, por su aspecto, uno de esos lindos caseríos del Sena, que se hubiera transportado a lo largo del arroyo de las Conchas; se compone solamente de casas donde se venden diversos productos y bebidas a los numerosos marineros que acuden. Una línea de navíos ocupaba las orillas fangosas del canal, sobre el cual están situadas las residencias, colocadas, sin orden, en medio de jardines, bosques y terrenos inundados, durante las grandes mareas del Plata, a tal punto que en esa época es necesario ir en lancha de una casa a la otra. Veía el villorrio en su peor momento; la mayoría de los árboles estaba desprovista de hojas, y el conjunto no podía ser más triste. Lo volví a ver más tarde en la primavera y lo hallé muy distinto; todo, en esta última época, revela la vida y ofrece una morada encantadora. Lo recorrí durante más de una hora; era mucho más tiempo del necesario para conocerlo. Por fin llegaron mis carretas. Las hice cargar y partí, entregándome por entero a su vigilancia. ¡El contenido me había costado tan caro, a causa de las fatigas experimentadas y de los peligros que había corrido para salvar mis cosas, había hecho tantos gastos para llegar allí! Esos diversos transportes, esos transbordos continuos habían quintuplicado los gastos del viaje. ¡Podía sentirme feliz de no haber perdido nada! El recuerdo de todas esas contrariedades me absorbía a tal punto que no pude admirar las campañas que recorría. Dejé pronto los terrenos bajos de las Conchas y llegué a terrenos arcillosos, en parte pelados o plantados de bosquecillos de duraznos, que se utilizan solamente por la madera de combustión que producen. Vi, a la izquierda, el poblado de San Fernando, o el puerto *del Tigre*, que se dibuja debajo del acantilado; y más lejos, el de *San Isidro*. El camino estaba en todas partes poblado. Aquí, pulperías o posadas; allá, se extendía un villorrio rodeado de vergeles. En todas partes se veían gauchos a caballo, con aspecto rudo y mirada insolente y escrutadora. Pasé por el villorrio de *los Olivos* y vi los campana-

30 de mayo

rios de la capital argentina, en la cual entré algunos momentos después, habiendo empleado cuarenta y dos días para hacer un trayecto que dura por lo común de quince a veinte.

Fin del Tomo I

de apuntes científicos y una extraordinaria colección, en la que están comprendidos ejemplares de geología, de mamíferos, de pájaros, de reptiles, de peces, de moluscos, de foraminíferos, de crustáceos, de insectos, así como de criptogamas y de palmeras que permitirán dar un verdadero salto a las ciencias naturales de la época. Todo ello lo confirma, por cierto, como un naturalista fuera de serie, que nos ha dejado una herencia científica excepcional.

Si bien su formación fue esencialmente en ciencias naturales, Alcide d'Orbigny mostró durante su aventura americana, una capacidad sorprendente para la etnología. Sus observaciones sobre las costumbres, los trajes, la música, las lenguas nativas, son de una rara riqueza. Este rasgo profundamente humanista queda manifiesto en la actitud que asumió frente a las injusticias cometidas en suelo americano.

De vuelta a Francia, Alcide d'Orbigny, naturalista excepcional, precursor de la etnología, ecólogo que antecedió a la disciplina, humanista determinado nos ofrece a través de las páginas de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, un documento científico, cultural y humano de un inmenso valor que alcanzó una gran resonancia en Europa y América. Paradójicamente, su difusión ha sido desgraciadamente restringida, en particular en los países que visitó como estudioso.

En el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Alcide Dessalines d'Orbigny, la Embajada de Francia en Bolivia y el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) decidieron reeditar el diario de viaje y dar a conocer, al menos en parte, las magníficas y sabias ilustraciones de d'Orbigny, de las que ofrecemos un centenar de ellas. Esta edición no habría sido posible sin la valiosa colaboración de TotalFinaElf, del IRD, (Instituto de Investigación para el Desarrollo) y de Plural Editores.

Françoise Le Bihan y Jean-Joinville Vacher, Embajadora de Francia en Bolivia y Director del IFEA, respectivamente.

ISBN 99905-64-49-3

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF